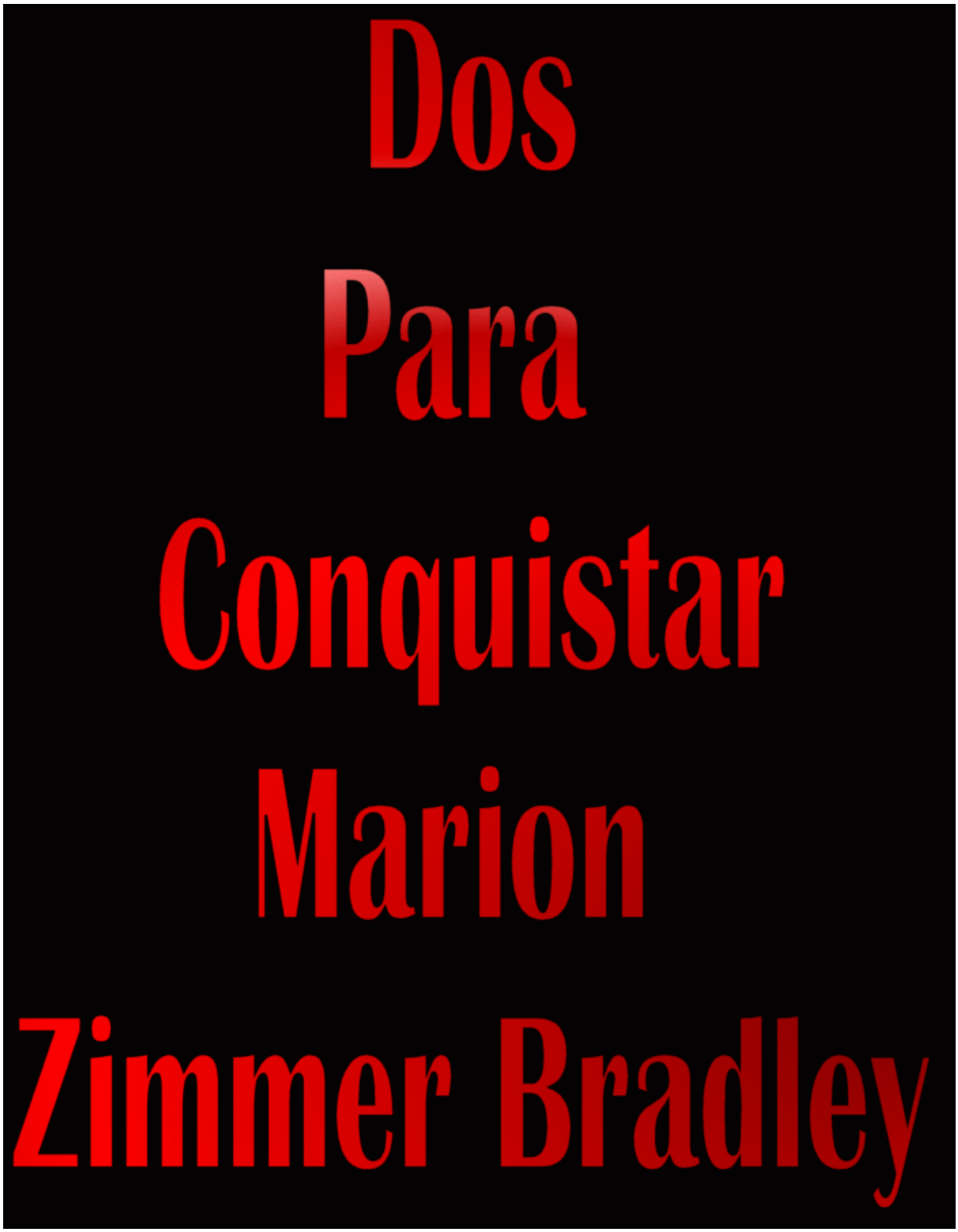
Dos Para Conquistar
Marion Zimmer Bradley



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

A TANITH LEE

Para conmemorar una vieja discusión
que ninguna de nosotras ganó, ni perdió,
ni jamás lo hará.

AGRADECIMIENTOS

A «Cinhil MacAran» de la SCA por el primer verso de «Veinticuatro *Leroni»,* con la melodía de *El baile de Kirriemuir*

A Patricia Mathews por haber creado la Hermandad de la Espada y haberla vestido de rojo.

PRÓLOGO EL EXTRANJERO

Paul Harrel se despertó, confundido y semiinconsciente, con la sensación de haber sobrevivido a pesadillas durante largo tiempo. Cada músculo del cuerpo estaba resentido como si fuera un dolor de muelas, y tenía la cabeza como si sufriera una resaca terrible después de una borrachera sensacional. Recuerdos vagos, un hombre con su cara y su propia voz preguntando: *¿ Quién demonios eres tú? ¿No serás el diablo, por casualidad?* Y no porque él creyera en el diablo ni en el infierno ni en ninguna de esas cosas inventadas para obligar a la gente a hacer lo que otros quieren en vez de hacer lo que cada uno considera mejor.

Movió la cabeza y el dolor lo acobardó.

¡Puf! ¡Realmente, me parece que debí de pescar una buena, anoche!

Se estiró, intentando darse vuelta, y descubrió que estaba acostado con las piernas extendidas, cómodamente estirado. Eso acabó por despertarlo del todo, en un estado de confusión.

Podía moverse, estirarse: *¡No estaba en la caja de estasis!*

¿Todo había sido una pesadilla, entonces? La huida de la policía de Alfa, la rebelión que había liderado en la cocina, el enfrentamiento final, sus hombres baleados en torno a él, la captura y el juicio, y finalmente el horror de la caja de estasis que se cerró alrededor de él para siempre.

Para siempre. Ésa había sido su última idea. Para siempre.

Indoloro, por supuesto. Incluso placentero, como irse a dormir cuando uno estaba completamente exhausto. Pero él se había debatido y había luchado para detener ese último instante de conciencia, sabiendo que en efecto sería el último; nunca despertaría.

Los gobiernos humanos habían abolido la pena de muerte mucho tiempo atrás. Con demasiada frecuencia, pocos años después de la ejecución del prisionero, nuevas evidencias solían demostrar que el condenado había sido inocente. La muerte convertía el error en irrevocable, lo cual incomodaba a todo el sistema judicial. La caja de estasis mantenía al prisionero alejado de la sociedad, pero siempre podía ser sobreseído y vuelto a la vida. Nada de prisiones, nada de recuerdos traumáticos por la asociación con criminales reincidentes, nada de motines en las cárceles, ninguna necesidad de consejeros, de recreación, de rehabilitación. Sólo había que

encerrarlos en una caja de estasis, dejarlos envejecer naturalmente para que al final murieran en la inconsciencia, en el olvido... a menos que se demostrara su inocencia. Entonces, siempre podían sacarlos de allí.

Pero, pensó Paul Harrel, nadie conseguiría probar que él era inocente. Era más culpable que el demonio y, lo que es más, él mismo lo había admitido y había intentado con todas sus fuerzas que lo mataran antes de capturarlo. Además, se había asegurado de llevarse diez policías por delante, para que legalmente no pudieran concederle la opción de Rehabilitación.

El resto de sus hombres, los que no resultaron

muertos, fueron a rehabilitación dóciles como ovejas, para acabar transformados en esas nadas conformistas que es lo único que admiten en este estúpido mundo. Garitos domésticos. Fenómenos sin coraje. Y hasta el final, Paul advirtió que el juez y sus asesores legales esperaban que él se desmoronara y suplicara la clemencia del ejecutivo, una oportunidad de ir a Rehab, para que ellos pudieran meterse en su cabeza con drogas, reeducación y lavado de cerebro, con el propósito de convertirlo en un nadie y que siguiera a los otros marcando el paso a través de lo que ellos llamaban vida.

Pero yo no, gracias. Yo no quería jugar a su condenado juego. Al terminar mi turno, estaba dispuesto a irme, y me fui.

Había sido una buena vida mientras duró. ¡Se había burlado de sus estúpidas leyes porque durante años ellos no alcanzaron siquiera a sospechar que alguien pudiera transgredir sus leyes salvo accidentalmente o por ignorancia! Él había tenido todas las mujeres que había querido, todos los lujos.

Sobre todo mujeres. Él no participaba en los juegos estúpidos a que las mujeres solían empujar a los hombres. Él era un hombre, y si ellas querían un hombre en vez de una oveja, tenían que aprender enseguida que Paul Harrel no jugaba según sus reglas conformistas y de castrados.

Esa condenada mujer que me echó encima a la policía.

Probablemente su madre le había enseñado que debía gritar si la violaban, o si el hombre no se ponía de rodillas y fingía ser un capón, un estúpido sin pelotas que permitiera que una mujer lo arrastrara de la nariz... ¡y que no la tocara salvo cuando ella se lo permitía! Demonios, él sabía más. Eso era lo que las mujeres querían y lo que les gustaba: que un hombre las tomara sin aceptar un no como respuesta. Bien, ella lo había descubierto; Paul no entraría en ese juego, ni siquiera con la caja de estasis pendiendo sobre su cabeza. Ella probablemente supuso que él gimotearía pidiendo la oportunidad de ir a Rehab... ¡para que lo convirtieran en un maricón que ella pudiera arrastrar de las pelotas!

Bien, al diablo con ella, se despertará todas las noches de su vida, recordando que al menos una vez tuvo a un verdadero hombre...

Cuando Paul Harrel llegó a ese punto de sus recuerdos, se sentó y observó. No estaba en la caja de estasis, pero tampoco en ningún lugar que recordara. Todo habría sido una pesadilla: la muchacha, la rebelión, el combate contra la policía, el juez, el juicio, la caja de estasis...

¿Habría estado alguna vez allí, habría ocurrido todo eso en el pasado?

En ese caso, ¿quién lo había sacado?

Yacía sobre un mullido colchón, estaba cubierto con sábanas rústicas pero limpias, gruesas mantas de lana y edredones de piel. A su alrededor brillaba una luz tenue y rojiza. Extendió la mano y descubrió que la luz entraba a través de gruesos cortinajes que rodeaban la cama, que él se encontraba en una alta cama doselada como las que había visto una vez en un museo, y que las cortinas que rodeaban la cama filtraban la luz. Cortinas rojas.

Las abrió. Se encontraba en una habitación que nunca había visto con anterioridad. No sólo se trataba de eso, sino que en su vida había visto nada que se le pareciera remotamente.

Una cosa era condenadamente segura; no estaba en la caja de estasis, a menos que una parte del castigo consistiera en una serie de sueños exóticos. Tampoco se encontraba en ninguna parte del centro de Rehab. En realidad, pensó mientras miraba a través de la alta

ventana de medio punto al sol enorme y rojo que se veía más allá, no estaba en absoluto en Alfa, ni en Terra, ni en ninguno de los planetas de los Mundos Confederados que hubiera visitado antes.

Tal vez esto fuera el Valhalla, o algo así. Circulaban viejas leyendas sobre el lugar perfecto de los guerreros que habían muerto como héroes. Sin duda él había caído combatiendo; en el juicio declararon que había matado a ocho policías y que había dejado a otro inválido de por vida. Había caído como un hombre, no como un conformista con el cerebro lavado; no había gemido como un cobarde ni había suplicado que le dieran la oportunidad de arrastrarse de rodillas un poco más en un mundo que no sentía el menor respeto por quienes preferían morir de pie.

De todas maneras, estaba fuera de la caja, lo cual era un buen punto de partida. Sin embargo estaba desnudo y todavía tenía el cabello muy corto, como cuando lo habían encerrado en la caja. No. Le habían afeitado la cabeza, de modo que había estado allí dentro un par de meses, porque ahora notaba en la cabeza el suave crecimiento.

Miró alrededor. El cuarto tenía el suelo de piedra, con algunas alfombras de piel. No había mobiliario salvo la cama y una pesada cómoda tallada de madera oscura.

De pronto, aunque todavía le dolía la cabeza, recordó otra cosa: un dolor ardiente, relámpagos azules rodeándolo, un círculo de caras, una caída desde una gran altura, dolor y después un hombre. Un hombre con su propia cara y su propia voz preguntándole: *¿ Quién eres tú? ¿Eres el diablo, por casualidad?*

Viejas leyendas. Si encuentras a un hombre con tu misma cara, si encuentras a tu doble, tu *doppelganger,* estás listo; o bien es el diablo o un anuncio de la muerte. Pero él había muerto, prácticamente, cuando lo habían encerrado en la caja de estasis. Entonces, ¿qué más podían hacerle? De todos modos, eso había sido un sueño. ¿O no? ¿Acaso, cuando lo metieron en la caja, lo habían clonado y le habían lavado el cerebro a su clon para que fuera el ciudadano conformista y respetable que siempre habían deseado que él fuera?

De alguna manera, algo lo había traído hasta aquí. ¿Pero quién, cuándo y cómo? Y, sobre todo, ¿por qué?

Entonces se abrió la puerta y entró el hombre con su mismo rostro.

No era un parecido, como el de hermanos o gemelos. Era él.

Como él, el hombre tenía cabello rubio, pero espeso, largo y recogido en una trenza apretada atada con una cuerda roja. Paul nunca había conocido a nadie que llevara el pelo de esa manera.

Nunca había visto a un hombre vestido como aquel hombre, con prendas de gruesa lana y cuero, un chaquetón de cuero con tiras sobre una gruesa túnica de lana sin teñir, pantalones de cuero, botas altas. Ahora que Paul estaba en parte destapado, advirtió que en el cuarto hacía frío, suficiente frío como para que esas ropas cobraran sentido. A través de la ventana descubrió una espesa capa de nieve que cubría el suelo. Bien, ya sabía que no estaba en Alfa; si le hubiera quedado alguna duda, las suaves sombras púrpuras sobre la nieve y el gran sol rojo la habrían disipado.

Pero más allá de todo eso, estaba el hombre con su misma cara. No era una mera semejanza ni un parecido que fuera a desaparecer al acercarse. Ni siquiera se trataba de la imagen que él veía en el espejo, invertida, sino el rostro que había visto cuando observaba el vídeo de sí mismo, durante el juicio.

Un clon, si alguien aparte de los ricos excéntricos pudieran permitirse algo semejante. Una réplica absoluta e idéntica de sí mismo, hasta el mentón hendido y la pequeña y parda marca de nacimiento en el pulgar izquierdo. *¿ Qué demonios está pasando aquí?*

-¿Quién demonios eres tú? -preguntó.

-He venido a hacerte la misma pregunta -respondió el hombre del chaquetón de cuero.

Paul registró la extrañeza de las sílabas. Sonaban vagamente parecidas al español antiguo, un idioma del que Paul sólo conocía unas pocas palabras. Sin embargo, comprendió a la perfección lo que decía el extraño, y eso lo asustó más que cualquier otra cosa que hubiera ocurrido hasta el momento. Se estaban leyendo los pensamientos.

-Diablos -espetó-. ¡Tú eres yo!

-No del todo -replicó el otro hombre-, pero casi. Por eso te trajimos hasta aquí.

-Aquí -repitió Paul, como si se aferrara a la palabra-. ¿Dónde es aquí? ¿Qué mundo es éste? ¿Y cómo he llegado hasta aquí? ¿Quién eres tú?

El hombre meneo la cabeza, y una vez más Paul tuvo la pavorosa sensación de estar contemplándose a sí mismo.

-El sol es el sol -dijo-, y estamos en lo que llaman los Cien Reinos, éste es el reino de Asturias. En cuanto a qué mundo es éste, lo llaman Darkover, y es el único mundo que conozco. Cuando era niño me contaron una fábula acerca de la existencia de otras estrellas parecidas a nuestro sol, con miles de millones de otros mundos que giraban alrededor de ellas, como el nuestro, pero siempre sospeché que eran historias para asustar a los bebés y a las niñas. Sin embargo, anoche vi y oí cosas más extrañas que ésa. La brujería de mi padre te trajo hasta aquí, y si quieres saber por qué debes preguntárselo a él. Pero no pretendemos hacerte daño.

Paul apenas si atendió a la explicación. Miraba fijamente al hombre con su rostro, su cuerpo, sus propias manos, tratando de comprender qué sentía por el hombre.

Su hermano. Él mismo. Él me comprendería.

Las ideas se apiñaban en su mente. Al mismo tiempo, envolviéndolas, sintió una ira súbita:

¿ *Cómo se atreve a andar por ahí con mi cara?*

Y luego, con total confusión:

Si él es yo, entonces, ¿quién demonios soy yo?

El otro hombre pronunció la pregunta en voz alta:

-Si tú eres yo -dijo con los puños apretados-, entonces, ¿ quién soy yo ?

-Tal vez eres el diablo, después de todo -contestó Paul, con una áspera especie de carcajada-. ¿Cómo te llamas?

-Bard -respondió el hombre-, pero me llaman *Lobo.* Bard di Asturien, el Lobo de Kilghard. ¿Y tú?

-Mi nombre es Paul Harrel -dijo, mareado.

¿Era todo esto un sueño raro producido por la caja de estasis? ¿Habría muerto y renacido en el Valhalla?

Nada de todo esto tenía sentido para él. Nada en absoluto.

Siete años antes...

LIBRO PRIMERO
LOS HERMANOS DE CRIANZA

La luz se filtraba por cada ventana y cada resquicio del castillo Asturias: esa noche era de gran celebración para el rey Ardrin de Asturias, pues iba a prometer a su hija Carlina con su hijo de crianza y sobrino, Bard di Asturien, hijo de su hermano, don Rafael de High Fens. Casi todos los nobles de Asturias y algunos de los reinos vecinos habían venido a hacer honores al compromiso y a la hija del rey, y el patio estaba encendido de brillos: extraños caballos y bestias de montar que había que albergar en los establos, nobles ricamente vestidos, plebeyos que se apiñaban para espiar lo que pudieran desde el otro lado de las puertas y para aceptar las raciones de comida, vino y dulces que las cocinas prodigaban a todos los asistentes, criados que corrían de aquí para allá llevando recados auténticos o inventados.

En lo alto del castillo, en las aisladas habitaciones de las mujeres, Carlina di Asturien miró con disgusto a los velos bordados y la túnica de terciopelo azul, bordada con perlas de Temora, que llevaría para la ceremonia de compromiso. Tenía catorce años, era una joven esbelta y pálida, de largas trenzas oscuras recogidas detrás de las orejas y grandes ojos grises que eran su único rasgo hermoso en un rostro demasiado

pensativo y delgado para ser bello. Tenía la piel enrojecida alrededor de los ojos; había estado llorando largo rato.

-Vamos, vamos -la urgió su niñera Ysabet-. No debes llorar de este modo, *chiya.* Mira ese bello vestido; nunca tendrás otro tan bonito. Además, Bard es apuesto y valiente, piénsalo, tu padre lo nombró portaestandarte por su valentía en la batalla de Snow Glens. Y, después de todo, querida niña, no es como si tuvieras que casarte con un extraño. Bard es tu hermano adoptivo, criado aquí en la casa del rey desde que tenía diez años. Bien, cuando erais niños, siempre jugabais juntos, yo creí que lo amabas...

-Y lo amo... como a un hermano -susurró Carlina-. Pero casarme con Bard... no, aya, no quiero. No quiero casarme con nadie, en absoluto...

-Eso es una tontería -espetó la mujer más vieja, chistándola, y sostuvo la túnica bordada con perlas para que la joven se la pusiera.

Carlina se sometió como una muñeca a quien vistieran, sabiendo que de nada le valdría oponerse.

-¿Y por qué no quieres casarte con Bard, entonces? Es guapo y valiente. ¿Cuántos jóvenes se distinguen como él antes de cumplir dieciséis años? -preguntó Ysabet-. Estoy segura de que algún día será general de los ejércitos de tu padre. No pensarás mal de él porque es *nedestro,* ¿verdad? ¡El pobre muchacho no eligió nacer de una mujer que sólo fue un antojo de su padre, en vez de nacer de su legítima esposa!

Carlina esbozó una sonrisa ante la idea de que alguien pudiera decirle a Bard «pobre muchacho».

Su niñera le pellizcó la mejilla y le dijo:

-¡Bien, eso sí que conviene a la noche de tu compromiso: una sonrisa! Deja que te haga bien los lazos. -Tiró de las cintas, luego las anudó-. Siéntate aquí, cariño, mientras te ato las sandalias. ¡Mira qué hermosas, tu

madre pidió que hicieran juego con el vestido, cuero azul con perlas! ¡Qué bonita estás, Carlie, como una flor azul! Deja que te ponga estas cintas en el pelo. No creo que esta noche haya una novia más bella en nueve reinos. Sin duda Bard es digno de ti, tan rubio y tú morena...

-Qué lástima -replicó Carlina con sequedad-, que no pueda casarse contigo, ya que te gusta tanto.

-¡Oh, vamos, él no me querría a mí, vieja y marchita como estoy! -contradijo Ysabet, ocupada con ¡as cintas-. Un apuesto guerrero joven como Bard debe tener una novia joven y hermosa, y eso es lo que su padre ha dispuesto. No entiendo por qué la boda no se celebra también esta misma noche.

-Porque yo le supliqué a mi madre, y ella habló por mí ante mi padre y señor, y él consintió en que no me casara hasta los quince años -respondió Carlina-. La boda se celebrará dentro de un año, en el festival del Solsticio de Verano.

-¿Cómo soportas esperar tanto? Que Evanda te bendiga, niña, si yo tuviera un amante joven y apuesto como Bard me consumiría la impaciencia.

La mujer vio que Carlina esbozaba un gesto de disgusto y siguió hablando con mayor suavidad.

-¿Tienes miedo del lecho matrimonial, niña? Ninguna mujer ha muerto jamás por eso, y no dudo de que te resultará placentero, pero te resultará menos atemorizador desde el principio, ya que tu esposo ha sido también tu compañero de juegos y tu hermano de crianza.

Carlina meneó la cabeza.

-No, no es eso, niñera, aunque, como te dije, no me interesa el matrimonio. Preferiría pasar mi vida en castidad y haciendo buenas obras con las sacerdotisas de Avarra.

-¡Que el cielo nos proteja! -exclamó la mujer

con expresión consternada-. ¡Tu padre jamás lo permitiría!

-Lo sé, aya. La diosa sabe que rogué a mi padre que me evitara este matrimonio y me permitiera marcharme, pero él me recordó que yo soy una princesa y que mi deber era casarme para sellar así alianzas poderosas para el trono. Como mi hermana Amalie, que ya ha sido enviada a casarse con el rey Lorill de Scathfell. Más allá del Kadarin, pobre chica, sola en esas montañas del norte, y mi hermana Manila fue casada al sur, en Dalereuth.

-¿Te molesta que ellas se hayan casado con príncipes y reyes, y tú tan sólo con el hijo bastardo del hermano de tu padre?

Carlina meneó la cabeza.

-No, no -dijo con impaciencia-. Sé lo que quiere padre: desea que exista un vínculo fuerte entre Bard y él, para que algún día Bard sea su más fuerte campeón y protector. No pensó en mí, ni en Bard. ¡Es tan sólo una de las maniobras de mi padre, destinadas a proteger el trono y el reino!

-Bien -suspiró la niñera-, la mayoría de los matrimonios se celebran por razones menos dignas que ésa.

-Pero no es necesario -objetó Carlina, impaciente-. Bard estaría satisfecho con cualquier mujer, y mi padre podría haber encontrado a alguna de sangre noble que contentara la ambición de Bard. ¡Por qué forzarme a pasar la vida con un hombre a quien no le importa que sea yo, Carlina, o cualquier otra, siempre que sea de alta cuna para satisfacer su ambición, y que tenga un rostro bonito y un cuerpo dispuesto! Por piedad de Avarra, ¿crees que no sé que hasta la última criada del castillo ha compartido su cama? ¡Después se jactan de ello!

-En cuanto a eso -replicó Ysabet-, él no es mejor ni peor que cualquiera de tus hermanos o de tus hermanos de crianza. No puedes reprochar a un joven porque ande con mujeres, y al menos sabes por los alardes de ellas que no es inválido ni un invertido. Cuando esté casado contigo, simplemente tendrás que darle en tu cama lo suficiente para mantenerlo alejado de las otras.

Carlina hizo un gesto de disgusto ante esta vulgaridad.

-Les doy la bienvenida -aseveró-, y no les disputaré el lugar en la cama de Bard. Sin embargo, he oído decir algo peor: que él no acepta negativas, que si una muchacha se resiste, o si él tiene motivos para pensar que se negará, su orgullo es tan grande que pone sobre la mujer una compulsión, un encantamiento, de modo que ella no pueda rechazarlo y vaya a la cama contra su voluntad, sin el poder de impedirlo.

-He oído decir que algunos hombres tienen ese *laran* -admitió Ysabet con un esbozo de sonrisa-. Es una cosa útil, aun en el caso de un joven apuesto y valeroso, pero nunca he tenido mucha fe en esos cuentos de hechizos. ¿Qué mujer joven necesita ser hechizada para ir a la cama de un hombre joven? Sin duda, usan ese viejo cuento para excusarse si las encuentran con la barriga hinchada fuera de época...

-No, aya -objetó Carlina-. Sé que al menos en un caso es cierto, porque se trata de mi antigua doncella, Lisarda, una buena chica, y ella me dijo que no pudo impedirlo.

-¡Cualquier sucia dice después que no pudo evitarlo! -espetó Ysabet con una áspera carcajada.

-No -la interrumpió Carlina con furia-, Lisarda apenas tiene doce años, es huérfana de madre y apenas sabía qué deseaban de ella, sólo que no pudo elegir, tuvo que hacer lo que él quería. Pobre, no era más que una niña; después lloró en mis brazos y me vi en aprietos para explicar por qué un hombre podía desear a una mujer de esa manera...

Ysabet frunció el ceño.

-Me preguntaba qué le habrá pasado a Lisarda... -murmuró.

-A mí me resulta difícil perdonar a Bard por haber tratado así a una chica joven que jamás le había hecho daño alguno -espetó Carlina, todavía furiosa.

-Bien, bien -suspiró la vieja niñera-, los hombres se comportan así de vez en cuando, y se espera que las mujeres lo acepten.

-¡No veo por qué!

-Así es el mundo -dijo Ysabet, luego se sobresaltó y miró el reloj de la pared-. Ven, Carlina, cariño, no debes llegar tarde a tu propio compromiso.

Carlina se incorporó y exhaló un suspiro de resignación mientras su madre, la reina Ariel, entraba en la habitación.

-¿Estás lista, hija mía?

La reina examinó a la joven de la cabeza a los pies, desde las trenzas recogidas debajo de las orejas hasta las delicadas pantuflas azules bordadas con perlas.

-No habrá novia más bonita, al menos en los Cien Reinos. Lo has hecho bien, Ysabet.

La anciana se inclinó en una reverencia, agradeciendo el cumplido.

-Sólo te falta un toque de maquillaje en el rostro, Carlie, tienes los ojos enrojecidos -comentó la dama-. Trae la polvera, Ysabet. Carlina, ¿has estado llorando?

Carlina agachó la cabeza y no respondió.

-No corresponde que una novia derrame lágrimas, y esto es tan sólo tu compromiso -declaró su madre con firmeza. Con sus propias manos puso un poco de polvo sobre los párpados de la joven-. Ya está. Ahora un toque de lápiz aquí, en las cejas... -prosiguió, indicando a Ysabet que preparara el maquillaje-. Encantadora. Ven, querida, mis damas esperan...

Hubo un pequeño coro de exclamaciones admirativas cuando Carlina, con sus atavíos de novia, se unió a las mujeres.

Ariel, reina de Asturias, acompañada por sus damas, tendió la mano a Carlina.

-Esta noche te sentarás entre mis damas, y cuando tu padre te llame, te adelantarás y te reunirás con Bard ante el trono -explicó su madre.

Carlina miró el rostro sereno de su madre y barajó la posibilidad de un último ruego. Sabía que a su madre no le gustaba Bard, aunque por razones equivocadas: simplemente objetaba a su condición de bastardo. Nunca le había gustado que fuera hermano de crianza de Carlina y de Beltrán. Sin embargo, no era su madre quien había concertado este matrimonio, sino su padre. Además, sabía que el rey Ardrin no acostumbraba prestar demasiada atención a lo que decían sus parientes femeninas. Su madre sólo había logrado de él la concesión de que Carlina no se casara hasta que hubiese cumplido los quince años.

Cuando me llamen para comprometerme gritaré y me negaré a hablar, responderé con un no cuando pidan mi consentimiento, saldré corriendo del recinto...

Pero en lo más profundo de su corazón, Carlina sabía que no haría ninguna de esas cosas impropias, sino que pasaría por la ceremonia con todo el decoro que correspondía a una princesa de Asturias.

Bard es un soldado, pensó con desesperación, tal vez muera en combate antes de la boda; y luego se sintió culpable, porque en un tiempo había querido a su compañero de juegos y hermano de crianza. Rápidamente enmendó sus pensamientos: tal vez encuentre a otra mujer con la que desee casarse, tal vez mi padre cambie de idea...

Avarra, diosa piadosa, Gran Madre, compadécete de mí, evítame esta boda de alguna manera.

Furiosa, desesperada, parpadeó para contener las lágrimas que de nuevo amenazaban con inundarle los ojos. Su madre se enfadaría si los humillaba a todos de este modo.

En una habitación más baja del castillo, Bard di Asturien, hijo de crianza del rey y su portaestandarte, se vestía para su compromiso con la ayuda de sus dos camaradas y hermanos de crianza: Beltrán, el hijo del rey, y Geremy Hastur, quien, al igual que Bard, había sido criado en la casa del rey, pero era el hijo menor del señor de Carcosa.

Los tres jóvenes tenían pocas cosas en común. Bard era alto y de poderosa contextura, ya convertido en un hombre adulto, con espeso cabello rubio recogido en una trenza de guerrero en la parte posterior de la cabeza, con los brazos fuertes y los grandes músculos de un espadachín y un jinete. Superaba en estatura a los otros dos, como un joven gigante. El príncipe Beltrán también era alto, aunque no tanto como Bard, sin embargo todavía era delgado y esbelto como un potrillo, huesudo con la redondez de un muchacho, y en sus mejillas se veía la pelusa típica de la primera barba. Tenía el cabello corto y rizado, pero tan rubio como el de Bard.

Geremy Hastur era el menor de los tres, pelirrojo y de rostro delgado, con agudos ojos grises y la rapidez de un halcón o de un hurón. Llevaba ropas oscuras y sencillas, la vestimenta de un erudito más que de un guerrero, y sus modales eran tranquilos y poco ampulosos.

Ahora levantó la vista para mirar a Bard y comentó, riendo:

-Tendrás que sentarte, hermano de crianza. ¡Ni

yo ni Beltrán alcanzamos a atarte la cuerda roja alrededor de la trenza! ¡Y no puedes asistir a la ceremonia sin ella!

-Desde luego que no -asintió Beltrán, empujando a Bard para que se sentara--. Ya está, Geremy, átala tú, tus manos son más hábiles que las mías o las de Bard. Recuerdo el otoño pasado, cuando le cosiste la herida a ese guardia...

Bard soltó una risita mientras bajaba la cabeza para que sus amigos pudieran atarle la cuerda roja que simbolizaba su condición de guerrero probado en el combate y reconocido por su valentía.

-Siempre creí que eras cobarde, Geremy, que no luchabas y que tenías las manos tan suaves como Carlina -comentó-. Sin embargo, cuando te vi hacerlo, decidí que eras más valiente que yo, ya que en tu lugar no hubiera podido hacerlo. ¡Creo que es una lástima que no haya cuerda roja para ti!

-Pero entonces tendríamos que dar una cuerda roja a cada mujer que tiene un hijo, o a cada mensajero que pasa sin ser visto a través de las filas enemigas -observó Geremy, con su voz calma-. La valentía adopta muchas formas. Creo que yo puedo arreglármelas sin trenza de guerrero y sin cuerda roja.

-Tal vez, en el futuro -dijo Beltrán-, cuando llegue el día en que yo gobierne sobre estas tierras... ¡y que largo sea el reinado de mi padre!..., tal vez podamos recompensar otra forma de valentía además de la que vemos en el campo de batalla. ¿Qué te parece, Bard? Tú serás mi campeón entonces, si todos vivimos lo suficiente. -De repente frunció el ceño a Geremy y dijo-: ¿Qué te pasa, hombre?

Geremy Hastur meneó su cabeza pelirroja.

-No lo sé -dijo-. Un súbito escalofrío; tal vez, como dicen en las montañas, algún animal orinó la tierra donde estará mi tumba.

Terminó de enroscar la cuerda roja alrededor de la trenza de guerrero de Bard, le entregó la espada y la daga y lo ayudó a ponérselas.

-Soy soldado, sé muy poco acerca de otras clases de valentía -dijo Bard.

Vistió su bordada capa de ceremonias, de color rojo brillante, para hacer juego con la cuerda roja enroscada todo a lo largo de su trenza.

-Creedme que hace falta más valentía para enfrentar esta tontería esta noche... ¡prefiero enfrentarme a mis enemigos espada en mano!

-¿Qué es esta charla de enemigos, hermano de crianza? -preguntó Beltrán, observando a su amigo-. ¡Sin duda no tienes enemigos en el salón de mi padre! ¿Ya cuántos hombres de tu edad se les ha concedido una cuerda de guerrero, y han sido nombrados portaestandartes del rey en el campo de batalla antes de cumplir los dieciséis años? Y cuando mataste a don Ruyven de Serráis y a su escudero, salvando dos veces la vida del rey en Snow Glen...

Bard meneó la cabeza.

-Lady Ariel no me quiere. Si pudiera, impediría mi matrimonio con Carlina. Y está furiosa porque fui yo, y no tú, Beltrán, quien ganó renombre en el campo de batalla.

Beltrán meneó la cabeza.

-Quizá sean simplemente cosas de madre -aventuró-. Para ella no basta con que yo sea príncipe y el heredero del trono de mi padre, sino que también debo tener renombre como guerrero. O tal vez... -prosiguió, tratando de bromear, pero Bard advirtió que también había amargura en su voz- teme que tu valentía y tu renombre hagan que mi padre piense mejor de ti que de su propio hijo.

-Bien, Beltrán, has tenido la misma enseñanza que yo -replicó Bard-, tú también pudiste haber ga-

nado la condecoración de soldado. Es la suerte de la guerra, supongo, o la suerte en el campo de batalla.

-No -objetó Beltrán-. No soy guerrero por naturaleza y carezco de tu talento para el combate. Todo lo que puedo hacer es comportarme honrosamente y cuidar mi pellejo matando a cualquiera que intente atacarme.

-Bien, créeme, Beltrán, eso es todo lo que yo hago -dijo Bard entre risas.

Pero Beltrán meneó la cabeza con expresión sombría.

-Algunos hombres son guerreros naturales, otros aprenden a serlo; yo no soy ninguna de ambas cosas.

Geremy interrumpió, tratando de aligerar el tono de la conversación.

-Pero no es necesario que seas un gran soldado, Beltrán, debes prepararte para gobernar Asturias algún día, y entonces podrás tener tantos guerreros como quieras, y si ellos te sirven bien, no importará mucho que tú sepas por qué extremo hay que aferrar la espada. Tú serás quien mande a todos los soldados, y también a todos tus hechiceros. ¿Me aceptarás entonces como uno de tus *laranzu?*

Usó el antiguo término por «hechicero», y Beltrán sonrió y le palmeó el hombro.

-De modo que tendré un hechicero y un guerrero entre mis hermanos de crianza, y los tres gobernaremos juntos Asturias, defendiéndola contra sus enemigos, ¡en el combate y en la hechicería! Pero, por los dioses, que tarde mucho en llegar ese día. Geremy, envía otra vez a tu paje al patio para ver si ha llegado el padre de Bard a presenciar el compromiso de su hijo.

Geremy dirigió un gesto hacia el joven que esperaba para llevar sus recados, pero Bard meneó la cabeza.

-Ahórrale el trabajo al niño -dijo, mientras su

mandíbula se endurecía-. No vendrá, y ni siquiera es necesario fingir que pueda hacerlo, Geremy.

-Pero el compromiso es el verdadero vínculo -objetó Beltrán-. Desde el momento del compromiso, Carlina y tú seréis cónyuges legales, ¡y ella no podrá aceptar a ningún otro mientras tú vivas! Mi madre opina que Carlina es demasiado joven para la cama, y por eso retrasarán un año esa parte de la ceremonia. Pero Carlina es tu esposa, y tú, Bard, eres mi hermano.

Lo dijo con una sonrisa tímida, y Bard, a pesar de su expresión impasible, se conmovió.

-Probablemente ésa sea la mejor parte de todo -dijo.

-¡Pero me asombra que don Rafael no venga a presenciar tu compromiso! -agregó Geremy-. Sin duda se ha enterado de que fuiste condecorado en el campo de batalla por tu valentía, que eres el portaestandarte del rey, que mataste a don Ruyven y a su escudero de un solo golpe... ¡si mi padre se enterara de esas cosas con respecto a mí, estaría loco de placer y de orgullo!

-Oh, no dudo de que mi padre esté orgulloso de mí -declaró Bard, y su rostro se contorsionó en una expresión de amargura extraña para alguien tan joven-. Pero él escucha en todo a lady Jerana, que es su esposa legal, y ella nunca ha olvidado que él traicionó su lecho cuando ella no le dio un hijo durante doce años de matrimonio, ni tampoco ha perdonado nunca a mi madre por haberle dado un hijo. También le molestó que mi padre me criara en su propia casa, y me entrenara con las armas y me enseñara los modales cortesanos, en vez de hacerme educar para manejar el arado o para remover la tierra y cultivar hongos.

-Tendría que haberse alegrado de que alguien diera a su esposo un hijo, si ella no podía hacerlo -apuntó Beltrán.

Bard se encogió de hombros.

-¡Ése no es el estilo de lady Jerana! En cambio, se rodeó de *leroni y* hechiceras. La mitad de sus damas de compañía tienen el pelo rojizo y son brujas entrenadas, hasta que tarde o temprano una de ellas, gracias a un hechizo, curó su esterilidad. Entonces dio a luz a mi hermano pequeño, Alaric. Cuando mi padre ya no podía negarle nada porque le había dado un hijo legítimo y heredero, se las arregló para librarse de mí. Oh, Jerana fue muy amable mientras no tuvo a su propio hijo. ¡Pretendía ser una verdadera madre para mí, pero yo veía que detrás de cada uno de sus besos se ocultaba un golpe! Creo que temía que ocultara la luz de su propio hijo, porque Alaric era pequeño y enfermizo, y yo era fuerte y sano, y me odiaba aún más porque Alaric me quería.

-Yo hubiera creído -adujo Beltrán- que ella estaría satisfecha de que su hijo tuviera un hermano fuerte, un protector, alguien que se ocupara de él...

-Quiero a mi hermano -dijo Bard-. A veces pienso que no hay nadie más que él en el mundo a quien le importe si vivo o muero. Desde que Alaric tuvo edad suficiente para distinguir un rostro de otro, me sonrió y me tendió los brazos para que lo subiera a mis espaldas y me rogaba que lo llevara a dar un paseo en mi caballo. A lady Jerana no le parecía adecuado que un medio hermano bastardo fuera el compañero de juegos y guardián preferido de su principito. ¡Ella deseaba que los compañeros de su hijo fueran príncipes e hijos de nobles! Entonces llegó un momento en el que sólo podía ver a Alaric mediante ardides, y una vez se enfureció porque me escurrí sin permiso en el cuarto del príncipe, que estaba enfermo. Era un niño de cuatro años, y ella se enojó porque su hermano podía hacerlo dormir cantándole, y no quería dormir con ella.

El rostro de Bard se había endurecido en una expresión amarga, concentrada en el pasado.

-Después, no dejó en paz a mi padre hasta que consiguió que me enviara lejos. Y él, en vez de imponerle silencio y de mandar en su propia casa, como debe hacerlo un hombre, prefirió tener paz en su cama y en su chimenea, de forma que me envió lejos de mi hogar y de mi hermano.

Beltrán y Geremy quedaron momentáneamente acallados por la amargura de Bard. Después Geremy lo palmeó en un brazo y le dijo, con una ternura casi tímida:

-Bien, esta noche tienes dos hermanos que estarán a tu lado, y muy pronto tendrás parientes aquí.

La sonrisa de Bard fue sombría, inflexible.

-La reina Ariel no me quiere más que mi madrastra. Estoy seguro de que encontrará la manera de volver a Carlina contra mí, y tal vez también a vosotros dos. No acuso a mi padre, salvo por escuchar las palabras de una mujer. ¡Que Zandru retuerza mis pies si alguna vez presto atención a lo que dice una mujer!

-Nadie diría que aborreces a las mujeres, Bard -rió Beltrán-. Por lo que cuentan las criadas, es más bien lo contrario. ¡El día en que te acuestes con Carlina, habrá llantos en toda Asturias!

-Oh, en cuanto a eso -dijo Bard, haciendo un deliberado esfuerzo por ponerse a tono con la conversación alegre-, sólo presto atención a las mujeres en un solo lugar, y ya imaginarás cuál es.

-Sin embargo -continuó Beltrán-, cuando éramos pequeños y estábamos todos juntos con las niñas, recuerdo que siempre escuchabas a Carlina; solías trepar a un árbol al que nadie se atrevía a subir solamente para buscar su gatito, y cuando ella y yo discutíamos... ¡muy pronto aprendí a ceder, pues de lo contrario tú me aporreabas! Siempre le dabas la razón.

-Oh... Carlina -murmuró Bard, y su expresión amarga se distendió en una sonrisa-. Carlina no es como las demás mujeres. ¡Yo no pronunciaría su nombre junto al de las otras putas y perras de por aquí! ¡Cuando esté casado con ella, Creedme, no tendré tiempo para el resto! Os aseguro que no tendrá que rodearse de hechizos como lo hizo lady Jerana para lograr que le sea fiel. Desde que llegué aquí, fue amable conmigo...

-Todos hubiéramos sido amables contigo -protestó Beltrán-, pero tú no querías dirigirle la palabra a nadie y amenazabas con golpearnos…

-Sin embargo, Carlina que hizo sentir que la vez hubiera alguien a quien le importaba si yo vivía o moría -alegó Bard-, y yo no lucharía con ella. Ahora tu padre ha decidido dármela en matrimonio, que es algo que nunca creí poder conseguir, al ser bastardo de mi padre, y medio hermano de Alaric, pero tal vez ahora tenga aquí un hogar.

-¿Aunque tengas que soportar a Carlina también? -se burló Beltrán-. Ella no es precisamente lo que yo elegiría como esposa: flaca, morena, poco atractiva… ¡casi preferiría acostarme con el espantajo que ponen en un palo en los campos para ahuyentar a los cuervos!

-No espero que su hermano sea consciente de la belleza de Carlina, y además no la amo por su belleza.

Geremy Hastur, que tenía el cabello rojo y el don del *laran* de la familia Hastur de Carcosa, el poder de leer los pensamientos incluso sin las piedras estelares que usaban las *leroni* o hechiceras, captó los pensamientos de Bard mientras los tres se dirigían al gran salón para la ceremonia del compromiso.

En este mundo hay muchas mujeres para acostarse con ellas, pensaba Bard. *Pero Carlina es diferente. Es la hija del rey; casándome con ella, ya no seré un bastardo*

y un don nadie, sino el portaestandarte y el campeón del rey; tendré hogar, familia, hermanos, hijos algún día… A una mujer que pueda darme todo esto, le estaré agradecido toda la vida; juro que nunca tendrá motivos para, reprocharle a su padre que la haya dado en matrimonio al bastardo de su hermano.

Desde luego, pensó Geremy, ésa era una razón suficiente para casarse. Tal vez no quiera a Carlina por sí misma, sino como símbolo de todo lo que ella puede darle. Sin embargo, en el reino se establecen todos los días alianzas con menos justificaciones que ésta. Y si es bueno con Carlina, seguramente ella estará satisfecha.

Sin embargo sintió inquietud, porque sabía que Carlina temía a Bard. Él había estado presente cuando el rey Ardrin le habló del matrimonio a su hija, y había oído la exclamación consternada de Carlina; también la había visto llorar.

Bien, no había manera de evitarlo, el rey haría cumplir su voluntad y sin duda era correcto que recompensara a su portaestandarte, que era también su sobrino aunque bastardo, con honores y un buen matrimonio que lo incorporara a su propia casa: el gesto confirmaría a Bard como campeón del trono del rey Ardrin. Tal vez fuera una lástima por Carlina, pero tarde o temprano todas las jóvenes eran entregadas en matrimonio, y podrían haberla casado con algún viejo libertino, con algún cansado guerrero o incluso con algún bandido bárbaro de alguno de los pequeños reinos que estaban más allá del Kadarin, si a su padre eso le hubiera parecido una buena manera de sellar una alianza con otro reino. En cambio, la estaba entregando a un pariente cercano, a uno que había sido su compañero de juegos y su hermano de crianza y que la había defendido en la infancia. Carlina se resignaría muy pronto.

A pesar de ello, sus ojos penetrantes advirtieron

los párpados enrojecidos, incluso detrás de la capa de maquillaje. Alzó la vista y miró compasivamente a Carlina, deseando que ella conociera a Bard tan bien como lo conocía él. Tal vez, si la joven comprendía a su prometido, atenuaría su amargura, podría hacerlo sentir menos excluido, menos descastado entre los demás. Geremy exhaló un suspiro, pensando en su propio

exilio.

Porque Geremy Hastur tampoco había ido voluntariamente a la corte del rey Ardrin. Era el hijo menor del rey Istvan de Carcosa, y había sido enviado a medias como rehén y a medias como diplomático, para que lo criaran en la casa del rey Ardrin como símbolo de las relaciones amistosas existentes entre la casa real de Asturias y la casa de los Hastur de Carcosa. Él hubiera querido ser el consejero de su padre, un hechicero, un *laranzu* -toda su vida había sabido que no tenía madera de soldado-, pero a su padre le había parecido que ese hijo te sobraba y lo había enviado a Asturias como rehén, tal como hubiera podido enviar a su hija para que se casara lejos. Al menos, pensó Geremy, Carlina no tendría que irse de casa debido a su matrimonio.

Toda la corte se puso en pie ante la entrada del rey Ardrin. Bard, erguido junto a Beltrán, escuchando las exclamaciones de los heraldos, descubrió que seguía observando la multitud con la esperanza de que tal vez su padre hubiera decidido venir a último momento, con la intención de darle una sorpresa. Al advertir lo que hacía, desistió y, furioso, se dedicó a mirar hacia delante. ¿Qué le importaba? El rey Ardrin se preocupaba por él más que su propio padre, lo había condecorado en combate, le había otorgado una rica propiedad y una cuerda roja de guerrero, y también le había concedido a su hija menor en matrimonio. Con todo eso, ¿por qué debía preocuparse por su padre, que se

quedaba en casa escuchando el veneno que la sucia bruja de Jerana vertía en sus oídos?

Sin embargo, me gustaría que mi hermano estuviera aquí. Me gustaría que Alaric supiera que soy el campeón del rey y su hijo político. Ya debe de tener siete años, ahora...

Cuando llegó el momento, dio un paso al frente, instado por Beltrán y Geremy. Carlina estaba de pie a la derecha del trono de su padre. A Bard le zumbaban los oídos y apenas oyó las palabras del rey.

-Bard mac Fianna, llamado Di Asturien, a quien he nombrado mi portaestandarte -declamó Ardrin de Asturias-, te hemos llamado aquí esta noche para comprometerte con mi hija menor, la dama Carlina. Dime, Bard, ¿es tu voluntad entrar en mi familia?

La voz de Bard sonó perfectamente firme; le sorprendió porque interiormente temblaba. Supuso que era algo similar a entrar en combate: había algo que te daba seguridad cuando debías mostrarte firme.

-Es mi voluntad, mi rey y señor.

-Entonces -prosiguió Ardrin, tomando la mano de Bard en una de las suyas, y la de Carlina en la otra-, os ordeno que unáis vuestras manos ante todos, y que os hagáis la promesa.

Bard sintió la mano de Carlina en la suya; era muy suave, con los dedos tan delgados que parecían no tener huesos. Estaba helada, y la joven no lo miró.

-Carlina -dijo Ardrin-, ¿accedes a tener a este hombre como esposo?

Ella susurró algo que Bard no alcanzó a oír. Supuso que era la frase formal de consentimiento. Al menos ella no se había negado.

Bard se inclinó hacia delante, tal como exigía el ritual, y besó los labios temblorosos de la joven. Ella estaba temblando. ¡Diablos! ¿La joven le tenía miedo? Olió el perfume floral de su cabello, de algún cosmético que

se había puesto en el rostro. Cuando se retiró, una punta del rígido cuello bordado de su vestido le arañó un poco la mejilla. Bien, pensó, ya había tenido suficientes mujeres, muy pronto ella perdería el miedo en sus brazos, siempre lo hacían, aunque ahora pareciera una muñeca rígida. La idea de tener a Carlina en su cama lo mareaba, casi lo desmayaba. Carlina. Suya para siempre, su princesa, su esposa. Entonces nadie podría volver a llamarlo bastardo, o descastado. Carlina, su hogar, su amada... suya. Sintió un nudo en la garganta mientras musitaba las palabras rituales.

-Ante los nuestros aquí reunidos, juro casarme contigo, Carlina, y protegerte siempre.

Oyó la voz de Carlina, apenas un murmullo.

-Ante los nuestros aquí reunidos... juro casarme con... -pero por más que se esforzó no logró pronunciar su nombre.

¡Maldita fuera la reina Ariel y sus planes estúpidos para librarse de él! ¡Deberían casarse y acostarse esta misma noche, para que Carlina le perdiera rápidamente el miedo! Al pensarlo, temblaba. Nunca había deseado tanto a una mujer. Apretó la mano sobre los dedos de ella, tratando de tranquilizarla, pero sólo percibió que la joven, involuntariamente, esbozaba un gesto de dolor.

-Que por siempre seáis uno -declaró el rey Ardrin

De mala gana, Bard soltó la mano de Carlina. Juntos bebieron de una copa de vino que alzaron hasta sus labios. Ya estaba hecho: Carlina era su prometida. Ahora era demasiado tarde para que el rey cambiara de opinión. Bard advirtió que hasta ese momento había sentido que algo se interpondría entre él y su buena suerte, incluso mientras los dos asistían a la ceremonia de compromiso, que la malignidad de su madrastra, o la de la reina Ariel, se interpondría entre él

y Carlina, quien significaba para él un hogar, un lugar, honor...

¡Malditas todas las mujeres! ¡Es decir, todas menos Carlina!

Beltrán le dio un abrazo de pariente y le dijo:

-¡Ahora eres verdaderamente mi hermano!

Y Bard sintió que de alguna manera Beltrán siempre había estado celoso de su amistad con Geremy; ahora el vínculo con Beltrán era tan fuerte que Geremy no podría igualarlo. Beltrán y Geremy habían hecho el juramento de hermandad, con el ritual intercambio de dagas, antes de salir de la infancia. Nadie, pensó Bard con un súbito acceso de resentimiento, le había pedido a *él* que hiciera el juramento de *bredin;* no a él, bastardo y descastado. Ahora era el hijo político del rey, el esposo prometido de Carlina.

El hermano político, aunque no el hermano de juramento, del príncipe Beltrán.

De alguna manera le pareció que era más alto; al echar un vistazo a uno de los largos espejos que adornaban el gran salón, le pareció que por una vez se veía apuesto, que era más corpulento y de algún modo un hombre mejor del que siempre veía en el espejo.

Más tarde, cuando los músicos iniciaron la danza, él abrió el baile con Carlina. La danza separaba las parejas y las recombinaba con pasos elaborados, para volver luego a reunirías; mientras pasaban una y otra vez uno junto al otro, uniendo sus manos y soltándolas, le pareció que Carlina se mostraba menos reticente a tomar su mano. Geremy estaba bailando con una de las damas más jóvenes de la reina, una doncella pelirroja llamada Ginevra. Bard ignoraba su apellido, la joven había jugado con Carlina cuando ambas eran niñas, y luego se había convertido en dama de compañía. Bard se preguntó por un momento si Ginevra compartía el lecho de Geremy. Probablemente, ¿qué

hombre dedicaría tanto tiempo y esfuerzo a una mujer si no era así? O tal vez Geremy todavía trataba de conquistarla. Bien, en ese caso, Geremy era tonto. El propio Bard nunca se ocupaba de doncellas de alta cuna, ya que eran proclives a pedir demasiado en cuanto a lisonjas y promesas de devoción.

Tampoco se ocupaba especialmente de las bonitas: había descubierto que prometían más pero daban menos. Ginevra era lo bastante vulgar como para mostrarse adecuadamente agradecida ante las atenciones masculinas. Pero ¿qué hacía pensando en esas cosas cuando tenía a Carlina?

O mejor dicho, reflexionó con malhumor mientras la conducía a la mesa en busca de una copa de vino después de la agitada danza, cuando no tenía a Carlina... ¡no todavía! ¡Un año de espera! Maldición, ¿por qué habría hecho eso su madre?

Carlina meneó la cabeza cuando él hizo el gesto de volver a llenarle la copa.

-No, gracias, en realidad no me gusta, Bard... y creo que tú ya has bebido lo suficiente -observó con severidad.

Él estalló.

-¡Preferiría tener un beso tuyo antes que cualquier bebida!

Carlina lo miró asombrada, luego su boca se extendió en una pequeña sonrisa.

-Bien, Bard, nunca había escuchado palabras galantes de tu boca. ¿Has estado tomando lecciones de cortesía de nuestro primo Geremy?

-No conozco palabras bonitas -se avergonzó Bard-. Lo lamento, Carlina, ¿quieres que aprenda el arte de cortejarte? Nunca he tenido tiempo para esas cosas.

Y la parte que no llegó a pronunciar de su idea, con resentimiento: *Geremy no tiene otra cosa que hacer,*

aparte de quedarse en casa y aprender a decir cosas agradables a las mujeres, fue perfectamente audible para Carlina.

De repente la joven pensó en Bard tal como había sido cuando llegó al castillo para ser criado, tres años atrás, cuando le había parecido un gran patán del campo, que se negaba a utilizar los buenos modales que había aprendido, ceñudo, y que se resistía a unirse a todos los juegos. Incluso entonces era más alto que cualquiera de los demás, más alto que la mayoría de los hombres, y de complexión más robusta. Tenía poco interés en cualquier cosa que no fueran las lecciones de manejo de las armas y se pasaba el tiempo de ocio escuchando a los guardias que le contaban historias de las campañas de guerra. A ninguno de ellos les había caído bien, pero Geremy afirmó que estaba solo y se había preocupado por instarlo a que se uniera a sus juegos.

De pronto, la joven casi se compadeció del muchacho con el que acababa de comprometerse. No quería casarse con él, pero tampoco a él le habían consultado, y no cabría esperar que un hombre rechazara el matrimonio con la hija del rey. Él se había pasado una parte tan grande de su vida en la guerra o preparándose para la guerra que no era culpa suya si ignoraba los modales cortesanos de Geremy. Ella hubiera preferido casarse con Geremy... aunque, tal como le había dicho a su niñera, en realidad hubiera preferido no casarse con nadie. No porque amara locamente a Geremy, sino simplemente porque era un muchacho más amable, y ella sentía que lo comprendía mejor. Pero Bard parecía muy desdichado.

-¿Nos sentamos a conversar un rato? ¿O prefieres volver a bailar? -preguntó mientras apuraba las últimas gotas de la copa, que no deseaba.

-Prefiero conversar -dijo él-. No soy bueno bailando... ¡ni en ninguna de las artes cortesanas!

Ella volvió a sonreiría, mostrándole sus hoyuelos.

-Si eres lo bastante ágil como para ser buen espadachín, y Beltrán me ha dicho que nadie te supera, también deberías ser buen bailarín. Y recuerda que solíamos bailar juntos de niños, durante las lecciones. ¿Pretendes que crea que has olvidado cómo bailar desde que tenías doce años?

-Para decirte la verdad, Carlina -dijo Bard con tono vacilante-, me convertí en hombre a muy temprana edad, cuando todos vosotros todavía erais pequeños. Como era corpulento, siempre sentí que mis pies eran todavía más grandes. ¡Me consideraba un bruto! Cuando fui a la guerra, al combate, sentí que mi tamaño y mi peso me daban una ventaja, pero me resulta difícil pensar en mí como cortesano.

Algo de su confesión la conmovió intolerablemente. Le pareció que él nunca había confiado así en nadie, y que ni siquiera lo había pensado.

-No eres torpe, Bard -rebatió Carlina-. Me pareces un buen bailarín. Pero si te sientes incómodo, no es necesario que vuelvas a bailar, al menos conmigo. Nos sentaremos un rato a conversar. -Se volvió, sonriente-. Tendrás que aprender a ofrecerme el brazo cuando cruzamos una habitación juntos. ¡Con ayuda de la diosa, tal vez consiga civilizarte algún día!

-Tienes entre manos una tarea ingente, *damisela* -dijo Bard, y posó levemente la punta de los dedos sobre el brazo de Carlina.

Encontraron un asiento doble en un extremo del salón, fuera de la pista de baile, cerca de algunas personas mayores que estaban jugando a las cartas y a los dados. Uno de los servidores del rey se acercó a ellos,

con la evidente intención de reclamar una danza con Carlina, pero Bard lo miró con furia y el hombre descubrió que tenía algo urgente que hacer en otra parte.

Bard extendió la mano que creía torpe y rozó la sien de Carlina.

-Cuando estábamos ante tu padre, me pareció que habías estado llorando. Carlie, ¿alguien te ha maltratado?

Ella meneó la cabeza.

-No -dijo.

Pero Bard era suficientemente telépata -aunque cuando la *leronis* de la casa lo había sometido a prueba, a los doce años, había dicho que no tenía mucho *laran*- como para percibir que ella no diría en voz alta la verdadera razón de sus lágrimas, y el joven logró adivinarla.

-Este matrimonio no te complace -observó con expresión formidablemente ceñuda, y sintió que ella retrocedía una vez más, tal como lo había hecho antes, cuando él le había apretado la mano.

Carlina agachó la cabeza.

-No tengo deseo de casarme -dijo por fin- y lloré porque nadie pregunta a una muchacha si desea ser entregada en matrimonio.

Bard volvió a fruncir el ceño. Apenas daba crédito a sus oídos.

-¿Qué haría una mujer, en nombre de Avarra, si no se casara? ¿No querrás quedarte en tu casa todos los días de tu vida, hasta que seas vieja?

-Me gustaría tener la posibilidad de hacerlo, si así lo deseara -replicó Carlina-. O tal vez quiera elegir por mí misma con quién casarme. Pero en realidad preferiría no contraer matrimonio. Me gustaría ir a una Torre como *leronis,* tal vez conservar mi virginidad para la Vista, como lo han hecho algunas viejas doncellas, o tal vez me gustaría vivir entre las sacerdotisas de Avarra, en la isla sagrada, perteneciendo tan sólo a la diosa. ¿Eso te parece extraño?

-Sí -admitió Bard-. Siempre he oído decir que

el mayor deseo de todas las mujeres es casarse tan pronto como sea posible.

-Y así es, en la mayoría de los casos, pero ¿por qué las mujeres no podrían ser tan diferentes entre sí como tú y Geremy? Tú eliges ser soldado, y él convertirse en un *laranzu;* ¿acaso dirías que todo el mundo debería preferir ser guerrero?

-Con los hombres es diferente -acotó Bard-. Las mujeres no comprenden estas cosas, Carlie. Tú necesitas un hogar, niños y alguien que te ame.

Tomó la mano de ella y se llevó los dedos suaves y pequeños a los labios.

Carlina sintió una súbita furia, mezclada con una corriente de compasión.

Tenía ganas de asestarle una furiosa respuesta, pero él la miraba con tanta suavidad, con tanta esperanza, que reprimió sus pensamientos.

Él no tenía la culpa; si alguien la tenía era su padre, que la había entregado a Bard como si fuera la cuerda roja que el joven llevaba anudada en su trenza de guerrero, una recompensa por su valentía en combate. ¿Por qué inculparlo por las costumbres de la tierra, que convertían a una

mujer en un títere, en una marioneta de las ambiciones políticas de su padre?

Él percibió parte de sus pensamientos y frunció el ceño mientras permanecía a su lado, asiéndole la mano.

-¿No quieres casarte conmigo, Carlie?

-Oh, Bard... -suspiró ella, y él captó el dolor que había en su voz- no se trata de ti. De verdad, de verdad, hermano de crianza y futuro esposo, ya que debo casarme, no preferiría a ningún otro. Tal vez algún día, cuando haya crecido, cuando los dos seamos mayores, tal vez, si los dioses son buenos con nosotros, lleguemos a amarnos como corresponde a personas casadas. -La joven estrechó la manaza de él entre sus

dos pequeñas manos y agregó-: Que los dioses así lo quieran.

Entonces alguien vino a pedirle un baile a Carlina, y aunque Bard se enfurruñó, ella le dijo:

-Bard, debo hacerlo: una de las obligaciones de la novia es bailar con todos los que la reclamen, como bien lo sabes, y cada una de las jóvenes que están aquí y que desean casarse esta noche cree que trae buena suerte bailar con el novio. Más tarde podremos hablar, querido.

Bard la dejó ir de mala gana y, al recordar su deber, circuló por el salón. Bailó con tres o cuatro de las damas de la reina Ariel, como correspondía a un hombre asimilado a la familia del rey, a su portaestandarte. Pero una y otra vez sus ojos buscaban a Carlina, y el vestido azul bordado en perlas y el oscuro cabello de la joven lo tranquilizaban.

Carlina. Carlina era suya y advirtió que odiaba, violentamente, a cualquier hombre que la tocara. ¿ Cómo se atrevían? ¿ Qué se creía ella, alzando los ojos hasta todos los hombres que bailaban con ella, como si fuera una soldadera cualquiera? ¿Por qué los estimulaba? ¿Por qué no podía ser púdica y modesta, negándose a bailar con todos salvo con su prometido? Sabía que sus sentimientos no eran razonables, pero le parecía que ella trataba de ganar la aprobación y la sonrisa seductora de cada uno de los hombres que la tocaban. Contuvo su ira mientras la joven bailaba con Beltrán y con su padre, y con el encanecido veterano de sesenta años cuya hija había sido su hermana de crianza, pero cada vez que la veía bailar con algún joven soldado o guardia de la casa del rey, le parecía que la reina Ariel lo miraba con expresión de triunfo.

Por supuesto, eso que había dicho Carlina, que en realidad no deseaba casarse con ningún hombre, era una tontería de muchacha, él no creía ni una palabra.

Sin duda, abrigaba alguna pasión infantil por algún hombre, alguien que en realidad no era digno de ella, alguien a quien sus padres no la entregarían; y ahora que estaba comprometida y que tenía edad suficiente para bailar con hombres que no fueran sus parientes, seguramente lo buscaría. Bard sabía que si encontraba a Carlina con otro hombre, lo descuartizaría, y en cuanto a Carlina... ¿le haría daño? No. Simplemente, exigiría de ella lo mismo que le habría dado al otro, la haría suya de tal modo que ella nunca volvería a pensar en otro hombre durante toda su vida. Con mirada celosa, escrutó las filas de guardias, pero Carlina no parecía prestar especial atención a ninguno, sino que bailaba cortésmente con todos los que se lo pedían, sin aceptar una segunda danza con ninguno.

Pero no, estaba bailando con Geremy Hastur un poco más cerca de lo que lo había hecho con los demás, se reía con él, cuya cabeza estaba inclinada un poco demasiado sobre la morena de ella. ¿Estaría haciéndole confidencias, le habría dicho a él que no deseaba casarse con Bard? ¿Acaso sería Geremy con quien ella preferiría casarse? Después de todo, Geremy era un Hastur, descendiente de los legendarios hijos e hijas de Cassilda, la hija de Robardin, parientes de los propios dioses, o eso decían. Malditos fueran todos los Hastur, los Di Asturien también procedían de un antiguo y noble linaje... ¿por qué habría ella de preferir a Geremy?

Mientras la furia y los celos lo invadían, cruzó el salón hacia la pareja; todavía tenía suficiente control como para no interrumpir su danza, pero cuando la música cesó y los jóvenes se separaron, riéndose, Bard se dirigió hacia ellos con tanta violencia que empujó a otra pareja, sin disculparse.

-Ya es hora de que vuelvas a bailar con tu futuro esposo, señora -dijo.

Geremy soltó una risita.

-Qué impaciente eres, Bard, teniendo en cuenta que viviréis juntos el resto de vuestra vida -comentó, poniendo afectuosamente una mano sobre el hombro de Bard-. ¡Bien, Carlie, al menos sabes que tu futuro esposo está ansioso!

Bard captó el tono de ironía en la expresión y dijo furioso:

-¡Mi futura esposa -espetó acentuando pesadamente las palabras- es para ti lady Carlina, no Carlie!

Geremy lo miró con asombro, sin poder creer que el otro no estuviera bromeando.

-A mi hermana de crianza le corresponde indicarme si ya no corresponde que me dirija a ella con el nombre con el que la he llamado desde que tenía el cabello demasiado corto para trenzárselo -replicó con afecto-. ¿Qué te ocurre, Bard?

-Lady Carlina se ha comprometido a ser mi esposa -declaró Bard con rigidez-. Debes comportarte con ella como corresponde con una mujer casada.

Carlina abrió la boca, atónita, y volvió a cerrarla.

-Bard -dijo con cuidado y paciencia-, tal vez cuando seamos verdaderamente marido y mujer, y dejemos de estar tan sólo comprometidos, te permita que me digas cómo debo comportarme con mis hermanos de crianza, y tal vez no lo permita. Por el momento, seguiré haciendo lo que se me antoje al respecto. ¡Discúlpate con Geremy, o no pienses que volveré a mirarte a la cara esta noche!

Bard la observó furioso y apenado. ¿Pretendía que se arrastrara ante este que usaba sandalias, este hechicero *Teneretzu* ¿Estaba dispuesta a insultar en público a su prometido, a rebajarlo ante Geremy Hastur? Entonces, ¿era verdaderamente Geremy su amado?

Geremy también observaba atónito, sin poder creer en lo que oía, pero el rey Ardrin le estaba observando, y él se daba cuenta de que ya había bastantes problemas aquella noche como para iniciar una pelea, eso no hubiera sido inteligente. Además, no quería pelear con su amigo y hermano de crianza. Bard estaba solo allí, no contaba con el apoyo de un padre, y sin duda se sentía ofendido ante el hecho de que su pariente más

cercano no se molestara en cabalgar durante medio día para verle agasajado y casado con la hija del rey, así que intentó no darle mayor importancia.

-No necesito que Bard se disculpe, hermana -dijo-. Por el contrario, soy yo quien le suplica que me perdone si le he ofendido. Y me está esperando Ginevra. Bard, amigo mío, quiero que seas el primero en desearnos felicidad. Le he pedido permiso para escribir a mi padre solicitándole su consentimiento para nuestra unión. Y ella no me ha rechazado, ha dicho sólo que debo pedirle también el consentimiento a su padre. Si nuestros mayores están de acuerdo, puedo encontrarme dentro de un año en la misma situación en que te encuentras tú ahora. O, si los dioses son favorables, quizás en mi propio país.

Carlina tomó a Geremy del brazo.

-¿Sientes añoranza, Geremy? -le preguntó con dulzura.

-¿ Añoranza? No, supongo que no. Tuve que marcharme de Carcosa antes de que se hubiera convertido realmente en mi hogar -dijo él-. Pero a veces, con el ocaso, mi corazón suspira por aquel lago, por las torres de Carcosa, erigiéndose contra la puesta de sol; y el croar de las ranas cuando el sol ya ha desaparecido, un sonido que fue mi primera nana.

-Nunca he estado lejos de casa -dijo Carlina dulcemente-, pero debe de ser más triste que la propia tristeza. Soy una mujer y crecí sabiendo que, pasara lo que pasase, debería abandonar mi hogar algún día...

-Y ahora -dijo Geremy, tocándole la mano-,

los dioses han sido buenos, pues tu padre te ha entregado a un miembro de su casa y no tendrás necesidad de marcharte de tu hogar.

Ella le sonrió, perdonando a Bard.

-Creo que si algo puede reconciliarme con este matrimonio es eso.

Sus palabras fueron como sal en una herida abierta para Bard, que estaba escuchando. La interrumpió con aspereza:

-Ve entonces a reunirte con Ginevra. -Bruscamente tomó a Carlina de la mano para alejarla de allí.

Cuando se apartaron lo suficiente como para que nadie los oyera, la hizo girar bruscamente para mirarla de frente.

-Entonces, ¿le dijiste a Geremy que no querías casarte conmigo? ¿Has estado contando esa patraña a todos los hombres con los que bailaste, burlándote de mí a mis espaldas?

-Oh, no -exclamó ella, mirándolo con sorpresa-. ¿Por qué habría de hacerlo? Abrí mi corazón a Geremy porque es mi hermano de crianza y el hermano de juramento de Beltrán, ¡y porque pienso en él como si fuera de mi misma sangre, como si hubiera nacido de mi padre y de mi madre!

-¿Y estás segura de que él es igualmente inocente? Él procede de mi tierra, de las montañas, donde un hombre puede acostarse con su hermana -manifestó Bard-. Y por la manera en que te toca...

-Bard, es ridículo hablar de esto -se impacientó Carlina-. ¡Aunque estuviéramos casados y hubiéramos dormido juntos, estos celos no serían apropiados! ¿O acaso cuando estemos casados piensas desafiar a duelo a todos los hombres que me dirijan la palabra? ¿Debo tener miedo, acaso, de

decir una palabra agradable a mis propios hermanos de crianza? ¿Estarás ahora celoso también de Beltrán, o de don Cormel?

Este último era un veterano que había prestado servicios a su padre y a su abuelo durante cincuenta años.

Ante la mirada iracunda de la joven, él bajó los ojos.

-No puedo evitarlo, Carlina -se disculpó-. Me enerva el temor a perderte. Fue cruel por parte de tu padre no entregarte a mí ahora, ya que había decidido que nos casáramos. No puedo evitar pensar que se está burlando de mí, y que más tarde, antes de que compartamos el lecho, te entregará a algún otro que le guste más, o que pague un precio mejor por la novia, o cuya posición le otorgue una alianza más ventajosa. ¿Por qué habría de entregarte al hijo bastardo de su hermano?

Ante el dolor que inundaba los ojos de su prometido, Carlina se compadeció. ¿Era tan inseguro detrás de sus palabras arrogantes? Le cogió una mano.

-No, Bard, no debes pensar eso. Mi padre te quiere bien, futuro esposo, te ha ascendido por encima de mi propio hermano Beltrán, te ha designado su portaestandarte y te ha dado la cuerda roja... ¿cómo puedes creer que te engañaría de esa manera? ¡Pero tendría motivos para enojarse si tuvieras una estúpida pelea con Geremy Hastur el día de nuestra fiesta! Ahora debes prometerme que no volverás a ser tan tonto y tan celoso, Bard... ¡O yo misma pelearé contigo!

-Si estuviéramos verdaderamente casados y nos hubiéramos acostado -protestó-, no tendría razones para estar celoso, porque sabría que eres mía sin discusión. Carlina -suplicó de pronto, tomando ambas manos de la joven y cubriéndolas de besos-, la ley reconoce que somos marido y mujer, esa ley nos permite consumar el matrimonio cuando queramos. ¡Déjame tenerte esta noche y entonces sabré que eres mía y estaré seguro de ti!

La joven no pudo evitarlo: retrocedió en un gesto de terror mortal.

Había ganado un respiro y ahora se le exigía esto como precio para que finalizaran la escenas de celos. Sabía que su gesto lo había herido, pero de todos modos bajó los ojos y dijo:

-No, Bard. No quiero... cortar fruta del árbol en flor, y tú tampoco deberías hacerlo. Todas las cosas llegan en el momento apropiado. -Se sintió estúpida y pusilánime al pronunciar el viejo proverbio-. ¡Es indecoroso que me pidas eso el día de nuestro compromiso! -añadió.

-Dijiste que esperabas llegar a amarme...

-En el momento apropiado -añadió ella con voz aguda.

-¡Éste es el momento apropiado, y lo sabes! -replicó él-. ¡A menos que sepas algo que yo ignoro, que tu padre pretende jugar sucio conmigo y entregarte a otro, atándome a él mientras tanto!

Carlina sintió un nudo en la garganta, sabiendo que él realmente lo creía, y sintió verdadera pena de él.

Él advirtió su vacilación, percibió su compasión, y la rodeó con un brazo, pero ella se retiró con tanta aprensión que Bard la soltó.

-Es verdad, entonces. No me amas -suspiró con amargura.

-Bard -suplicó ella-, dame tiempo. Te prometo que, cuando llegue el momento, no te evitaré. Pero no... no me dijeron esto, me dijeron que tendría un año más... Tal vez cuando sea mayor...

-¿Te llevará todo un año resignarte al terrible destino de tener que compartir mi cama? -preguntó él con tal amargura que ella deseó ser capaz de no sentir tanto rechazo.

-Tal vez -contestó ella, vacilante-, cuando sea mayor no sienta de esta manera. Mi madre dice que soy

demasiado joven para casarme o acostarme con alguien, entonces quizá cuando sea mayor...

-Eso es una tontería -espetó él despectivamente-. Todos los días se casan doncellas más jóvenes que tú y van a la cama. Ésa es una treta para reconciliarme con la espera y con la idea de perderte luego, pero si nos acostamos, mi amor, entonces ningún ser viviente podrá separarnos, ni tu padre, ni tu madre... ¡Te doy mi palabra de que no eres demasiado joven, Carlina! ¡Déjame probártelo!

La estrechó en sus brazos, besándola, aplastando su boca bajo la de él. Ella se debatió en silencio, con tanto pesar que él la soltó.

-Y si me niego, ¿me hechizarás con una compulsión, tal como hiciste con Lisarda, que también era muy joven para estas cosas? -objetó ella con amargura-. ¿Me someterás a un encantamiento para que no pueda negarte lo que deseas de mí, para que haga lo que quieres incluso en contra de mi voluntad?

Bard agachó la cabeza, con los labios apretados hasta convertirlos en una delgada línea de ira.

-¿Así que esa ramera fue a quejarse a ti y te llenó la cabeza de sucias mentiras sobre mí?

-Ella no mintió, Bard; yo le leí los pensamientos.

-De todas formas, no fue contra su voluntad -soltó Bard.

Carlina se enfureció de verdad.

-¡No, eso es lo peor, que forzaste su voluntad para que ella no deseara resistirse!

-A ti te resultaría tan placentero como a ella -respondió Bard acaloradamente.

La joven le replicó con igual ira:

-¿Y tú podrías aceptar eso... que yo no fuera Carlina, sino tan sólo un deseo tuyo impuesto a mi voluntad? ¡Sin duda me sometería a ti, incluso de buena gana, bajo el influjo de esa compulsión, tal como

ocurrió con Lisarda! ¡Y al igual que ella, te odiaría cada momento durante el resto de mi vida!

-Creo que no -dijo Bard-. Creo que tal vez, si te liberas de tus tontos miedos, llegarías a amarme y a saber que lo que he hecho era lo mejor para los dos.

-No -replicó ella, temblando-. No, Bard... te lo suplico... Bard, soy tu esposa. -Una sensación de culpabilidad la invadió: estaba avergonzada de sí misma por intentar manipularlo de este modo, pero estaba asustada y desesperada-. ¿Me usarías como si fuera una de mis criadas?

Él la soltó, consternado.

-¡Que los dioses no permitan que te trate con deshonor, Carlie!

-Entonces -continuó ella, aprovechando rápidamente la ventaja-, esperarás hasta el momento convenido. -Con premura, se apartó de él-. Te seré fiel. No debes tener miedo de perderme, pero todas las cosas llegan en el momento oportuno.

Le rozó levemente la mano y se alejó.

Bard, observándola mientras se perdía de vista, pensó que ella lo había tomado por tonto. No, tenía razón: era una cuestión de honor que ella, su esposa, viniera a él por propia voluntad y sin compulsión. Sin embargo estaba excitado y la furia contribuía a sublevar su mente y su cuerpo.

¡Ninguna mujer se había quejado nunca de sus avances! ¿Cómo era posible que esa condenada moza, Lisarda, hubiera tenido la presunción necesaria para quejarse de él? ¡A la muy puta no le había molestado nada, en realidad él sólo le había dado la oportunidad de hacer lo que ella deseaba de todos modos! Él lo recordaba: sí, al principio había estado asustada, pero antes de terminar con ella la había hecho gemir de placer. ¿Qué derecho tenía a cambiar de idea después y de ir a llorar con Carlina por la pérdida de su preciosa ir-

ginidad, como si tuviera algún valor en particular? ¡Ella no era una heredera que debiera conservarla por cuestiones de honor ni de dote!

Y ahora Carlina lo había excitado y lo había dejado en estado de necesidad. La furia y el resentimiento se mezclaban en él. ¿Acaso la muchacha pensaba que él iba a esperar con tanta paciencia como una criada?

De pronto supo qué debía hacer para vengarse adecuadamente de ambas, de esas dos condenadas mujeres que lo habían tratado como a un tonto.

Las mujeres eran todas iguales, empezando por su desconocida madre, que lo había entregado sin chistar al dinero y a la posición de su padre. Y lady Jerana, que había envenenado la mente de su padre y lo había echado de su casa. Y esa condenada perra de Lisarda, con sus gimoteos y sus mentiras a Carlina. ¡Y ni siquiera la propia Carlina estaba libre de la maldad generalizada de las mujeres!

Con ira, se dirigió «hacia las galerías desde donde los criados de mayor rango observaban los festejos. Vio a Lisarda entre ellos, una muchacha delgada y de aspecto infantil, con suave cabello castaño y el cuerpo esbelto que se redondeaba apenas con las primeras formas de la adultez.

El cuerpo de Bard se puso tenso de excitación al recordar.

Ella había sido virgen, era casi ignorante, estaba asustada, pero bien pronto había perdido toda su desconfianza. ¡Sin embargo había tenido el atrevimiento de ir a quejarse a Carlina, como si le hubiera disgustado! ¡Condenada muchacha, esta vez le demostraría algo mejor!

Esperó hasta que ella miró en su dirección y entonces le sostuvo la mirada. La vio estremecerse, esforzándose por desviar sus ojos, pero él penetró, tal como había aprendido a hacer, en la mente de ella,

internándose allí profundamente, por debajo de la voluntad consciente, buscando la respuesta de un cuerpo a otro cuerpo.

¿Qué importancia tenía lo que ella creía que deseaba? Esto estaba allí y también era real, y todas las arrogantes ideas de la chica acerca de su inocencia, tan orgullosamente conservada, no significaba nada ante esta realidad.

La retuvo hasta sentir que los sentidos de la joven se agitaban; observó con distante y maligno placer cuando ella se dirigió hacia él. Permaneciendo fuera de la vista, la atrajo detrás de una columna, la besó expertamente y sintió que la respuesta de ella los invadía a ambos.

Muy lejos, en un distante rincón de su mente, percibió e incluso vio en los ojos de ella el pánico de la mente consciente, ahora sometida, su pánico y su horror porque esto estuviera ocurriéndole de nuevo a pesar de sus propios deseos, que su cuerpo estuviera respondiendo a Bard aunque su voluntad se negara. Bard rió en silencio y le susurró algo; la observó irse, como una sonámbula, y subir la escalera hasta la habitación de él, donde, sabía, estaría esperándolo, desnuda y anhelante, hasta el momento en que él decidiera subir.

La haría esperar un rato. Eso le demostraría a la chica qué deseaba verdaderamente, la haría esperar; sus propios sollozos y sus lágrimas le recordarían que ella había deseado eso desde el primer momento. ¡Eso le enseñaría a no ir a quejarse a Carlina, como si él la hubiera maltratado o como si la hubiera tomado contra su voluntad!

Y si Carlina llegaba a enterarse... bien, ella también era culpable. Ella era su esposa, por la ley y de hecho, y si no reconocía su responsabilidad, no tenía derecho a quejarse si él recurría a otra mujer.

Era entrado el año, y ya había comenzado la primera cosecha de heno cuando Bard di Asturien fue a ver al rey Ardrin a su sala de audiencias.

-Tío -le dijo, porque tenía este privilegio, ya que el rey era su padre de crianza-, ¿iremos a la guerra antes de la cosecha de manzanas?

El rey Ardrin enárcalas cejas. Era un hombre alto e imponente, de cabello rubio como la mayoría de los Di Asturien, y había sido muy fuerte, pero unos años atrás había sufrido una herida que le había dejado paralizado el brazo izquierdo.

-Bien -dijo-, yo esperaba que no, hijo adoptivo. Pero sabes mejor que yo lo que ocurre en las fronteras, ya que has estado allí con los guardias durante los últimos cuarenta días. ¿Qué noticias hay?

-Ninguna en las fronteras -respondió Bard-, ya que todo está tranquilo; después de Snow Glen no hay posibilidad de rebelión en esa zona. Pero oí un rumor mientras cabalgaba de regreso a casa. ¿Sabías que don Eiric Ridenow, el joven, ha casado a su hija con el duque de Hammerfell?

El rey Ardrin pareció pensativo, pero se limitó a pedir que prosiguiera con su relato.

-Uno de mis guardias tiene un cuñado que es

soldado mercenario del duque -continuó Bard-. Mató a un hombre por accidente y fue exiliado durante tres años, de modo que se puso al servicio de Hammerfell y ha sido liberado de su juramento de servicio. Mi guardia dijo que cuando su cuñado fue a servir a Hammerfell puso como condición

que no debería combatir contra Asturias; y me resulta interesante que se lo libere de su juramento precisamente ahora, en vez de hacerlo en el solsticio de invierno, como es la costumbre.

-Así, tú piensas,..

-Creo que el duque de Hammerfell está fortaleciendo su nuevo parentesco con los Ridenow de Serráis -explicó Bard-, al lanzar su ejército contra Asturias. Nosotros podríamos esperar algo así para la primavera. Si ataca antes de las nevadas invernales, es porque espera pillarnos desprevenidos. Además, Beltrán tiene con sus hombres un *laranzu* cuyo don consiste en establecer contacto telepático con los pájaros centinelas; dijo que aunque no hay ejércitos en camino, los hombres se estaban reuniendo en el mercado de Tarquil, que no está muy lejos de Hammerfell. Es cierto que es época de feria de contrato, pero el *laranzu* aseguró que había pocos hombres con horquillas y tarros de ordeñe, y demasiados de a caballo. Se diría que más bien son mercenarios. Además, había una caravana de bestias de carga en el camino que viene de la torre de Dalereuth, y tú sabes tan bien como yo qué se hace en Dalereuth. ¿Qué puede pretender el duque de Hammerfell con el fuego perpetuo, sino atacarnos junto con los Ridenow de Serráis?

'El rey Ardrin asintió lentamente.

-Estoy seguro de que tienes razón. Bien, Bard, tú que has visto este ataque en marcha contra nosotros, ¿qué harías si estuvieras al mando?

No era la primera vez que formulaba esta pregunta

a Bard. Nunca había significado nada especial, salvo que su padre adoptivo deseaba ver si tenía buen instinto para las tácticas militares; les habría planteado la misma pregunta a Beltrán y a Geremy, si hubieran estado presentes, y luego habría recurrido a sus asesores habituales. No obstante, Bard dedicó toda su capacidad a resolver el problema.

-Yo los atacaría ahora, antes de que reúnan a sus mercenarios, antes incluso de que partan de Hammerfell -respondió-. Sitiaría Hammerfell mucho antes de que sospecharan que estamos al corriente de la situación. No esperan un ataque contra su país, simplemente están reuniendo mercenarios para enviarlos a ayudar a don Eiric, para que cuando los Ridenow nos ataquen este verano, como seguramente lo harán, descubramos que su ejército ha aumentado de manera desagradable. Pero si atacamos Hammerfell ahora y lo sitiamos hasta convencer al duque de que debe prestar juramento y enviarnos rehenes que garanticen la paz, lograrás reprimir a don Eiric y confundir a sus asesores. Además, si yo estuviera al mando, enviaría algunas tropas al sur, para capturar y destruir el fuego perpetuo antes de que puedan usarlo en contra de nosotros; tal vez, incluso, para agregarlo a nuestro arsenal. Y como seguramente estará custodiado por hechiceros, enviaría a un par de *laranzu* con ese grupo.

-¿Cuándo podemos estar listos para marchar contra Hammerfell? -preguntó el rey Ardrin.

-Dentro de diez días, señor. Los caballos estarán preparados y reunidos para entonces, y los hombres estarán en libertad de responder a la llamada de reclutamiento para la guerra -respondió Bard-. Pero yo ¡a enviaría en secreto, en vez de convocar a los hombres por medio de las

hogueras; ellos pueden tener hechiceros que avisten los fuegos desde lejos. Entonces podremos atacar Hammerfell diez días después de que él

sepa que hemos cruzado la frontera. Si nos desplazamos rápidamente, con unos pocos hombres elegidos, podremos cortar los puentes sobre el Valeron y detener a cualquiera que pretenda atacarnos; después enviaremos un destacamento para que sitie el castillo.

El rostro severo del rey Ardrin se iluminó con una sonrisa.

-Ni yo mismo hubiera pensado un plan mejor; en realidad, Bard, creo que ni siquiera se me hubiera ocurrido uno tan bueno. Ahora tengo otra pregunta para ti: si yo conduzco las tropas hacia el norte, contra Hammerfell, ¿puedes ir al sur a capturar el fuego perpetuo? Puedo concederte algunos *leroni,* y tres docenas de jinetes elegidos. Tú mismo puedes elegirlos, pero nada más. ¿Resultará suficiente?

Bard no respondió durante un minuto.

-¿ No puedes darme cuatro docenas, señor? -dijo después.

-No, necesitaré esa docena de jinetes más para atacar Hammerfell -respondió el rey Ardrin.

-Entonces, tendré que arreglarme con tres docenas, señor. Al menos podrán desplazarse con rapidez cuando sea necesario.

El corazón le latía con fuerza. Nunca antes le habían conferido un comando independiente.

-El príncipe Beltrán estará al mando de tu grupo... oficialmente -señaló el rey Ardrin-, pero los hombres te obedecerán a ti. ¿Me entiendes, Bard? Debo darle el mando a Beltrán. Pero le explicaré con toda claridad que tú eres el asesor militar.

Bard asintió. Ésta era la simple realidad: un miembro de la casa real debía estar nominalmente al mando. El rey Ardrin era un experimentado jefe en la guerra, pero él, Bard, era quien debía cumplir una misión peligrosa y rápida, con una fuerza de ataque pequeña y escogida.

-Iré a elegir a mis hombres, señor.

-Un momento -lo retuvo el rey Ardrin-. Llegará el momento en que tú, como hijo político mío, estarás al mando. Celebro tu valentía, Bard, pero te prohibo que corras demasiado peligro. Necesito mucho más tu habilidad estratégica que la fuerza de tu brazo o tu valor. No te hagas matar, Bard. Tengo los ojos puestos en ti; ya soy demasiado viejo para ser mi propio general durante más de un par de años. Sabes lo que intento decirte.

Bard hizo una profunda reverencia y dijo:

-Estoy a tus órdenes, mi rey y señor.

-Y llegará el día en que yo seré de los tuyos, pariente. Ahora ve y escoge a tus hombres.

-¿Puedo despedirme de lady Carlina, señor?

Ardrin sonrió.

-Por supuesto que sí.

Bard, exultante, pensó en su buena suerte. Ahora su carrera parecía asegurada y era posible que, si cumplía con éxito esta misión, el rey Ardrin le concediera otro favor: que pudiera tener a Carlina para el festival del Solsticio de Invierno. O tal vez lograra convencerla a ella, al menos de que

consumaran su matrimonio en esa noche tradicionalmente licenciosa. ¡Sin duda, cuando fuera el campeón y general del rey, ella no lo seguiría rechazando!

Tuvo que reconocerlo: estaba cansado de andar con mujeres un día tras otro. Sólo quería a Carlina. Al principio la había querido solamente como manifestación de que el rey lo tenía en alta estima, como puerta de entrada para conseguir una posición y poder dentro del reino, un poder que un *nedestro* no tendría de otro modo dentro del reino de Asturias. Pero cuando ella le había hablado con tanta amabilidad durante el Solsticio de Verano, Bard comprendió que ésa era la única mujer que verdaderamente deseaba.

Estaba cansado de ser un mujeriego. Estaba cansado de Lisarda, cansado incluso del jueguecito que llevaba con ella, logrando que el cuerpo de la muchacha respondiera a pesar de que ella llorara e insistiera en que lo odiaba. ¡Condenada melindrosa y malcriada, cuando él había hecho todo lo posible por darle placer! Pero ahora ya no le importaba. No quería a nadie, sólo a Carlina.

La encontró en los cuartos de costura, supervisando a las mujeres que hacían almohadones de lienzo, y le hizo una seña para que pudieran hablar en privado. Una vez más se sorprendió: ¿por qué habría de desear a esta muchacha poco agraciada cuando había tantas otras hermosas a su alrededor? ¿Era tan sólo porque se trataba de la hija del rey, porque había sido su compañera de juegos en la infancia?

La joven llevaba el cabello trenzado con descuido, como para sacárselo de la cara, pero aun así tenía hilachas del relleno de los cojines; por otra parte, el vestido azul que lucía ya se lo había visto, le pareció, desde que tenía diez años... ¿o era que se habría mandado a hacer uno nuevo cuando el viejo le quedó estrecho, o estaba demasiado usado?

-Tienes hilachas en el pelo, Carlina -comentó.

Ella se las quitó, preocupada, y rió.

-No me extraña. Las mujeres están haciendo acolchados para el invierno, y rellenando cojines y almohadas; yo debo ocuparme de las plumas mientras las mujeres de mi madre se dedican a salar y escabechar las aves para el invierno. -Carlina miró los desechos de plumas que colgaban de sus dedos y agregó-: ¿Recuerdas, hermano de crianza, el año en que tú, Beltrán y yo nos metimos en los depósitos de plumas, y las plumas salieron volando por todo el cuarto de costura? Yo me sentí muy culpable, ya que tú y Beltrán recibisteis una paliza... ¡y a mí tan sólo me mandaron a mi cuarto sin cenar!

Bard se rió.

-Entonces nos tocó lo más liviano, porque prefiero que me castiguen antes que ayunar. Seguramente Beltrán pensó lo mismo. ¡Y todos estos años he sentido que te llevaste la peor parte!

-Pero la travesura fue mía; tú y Beltrán, y también Geremy, siempre recibíais el castigo por las travesuras que se me ocurrían a mí -dijo ella-. Nos divertimos bastante, ¿verdad, hermano de crianza?

-Claro que sí -asintió Bard, y le cogió las manos-. Pero ahora no te llamaría hermana de crianza, *Carlina, mea.* ¡Además, he venido a traerte grandes noticias!

Ella le sonrió.

-¿De qué se trata, mi futuro esposo? -le preguntó, utilizando las palabras con timidez.

-El rey, tu padre, me ha puesto al mando de las tropas -estalló él, exultante-. Debo conducir a tres docenas de hombres escogidos para capturar una caravana que trae fuego perpetuo... Beltrán está nominalmente al mando, pero tú sabes, y también lo sé yo, que yo soy el verdadero comandante. Debo escoger a mis hombres, y también llevaremos *leroni.*

-¡Oh, Bard, qué maravilloso! -exclamó ella, excitándose a pesar de sí misma al escuchar las buenas nuevas-. ¡Me alegro tanto por ti! Sin duda esto significa que, tal como esperabas, ascenderás de portaestandarte a capitán, y que tal vez algún día estarás al mando de todos los ejércitos.

Bard respondió, tratando de no demostrar demasiado orgullo.

-Sin duda ese día llegará, pero dentro de muchos años. Sin embargo, esto demuestra que tu padre sigue pensando bien de mí; y se me ha ocurrido, Carlina *mea,* que si esta misión tiene éxito, tal vez podamos adelantar nuestra boda medio año, y casarnos para el Solsticio de Verano.

Carlina trató de contener su involuntario gesto de desagrado. Ella y Bard debían casarse; era la voluntad de su padre y no había motivos para que no fueran amigos. Después de todo, no había tanta diferencia entre el Solsticio de Invierno y el Solsticio de Verano. Sin embargo, a pesar de repetirse este razonamiento, no podía dejar de sentir un incontenible rechazo.

A pesar de ello, la alegría de Bard ante esa idea era tan intensa que no podía echársela a perder.

-Eso será como lo desea mi padre y señor, Bard.

Bard sólo percibió el adecuado pudor de una doncella en sus palabras. Apretó los dedos sobre las manos de ella y dijo:

-¿Me darás un beso de despedida, futura esposa?

¿Cómo podía negárselo? Permitió que la estrechara un poco, sintió sus labios, duros e insistentes, sobre los de ella, casi asfixiándola. Él nunca la había besado antes salvo por los fraternales y respetuosos besos que se habían dado, ante testigos, durante su compromiso. Esto era diferente y de alguna manera alarmante, ya que la joven sintió que él intentaba hacerle abrir los labios; ella no luchó, sino que se sometió al contacto, asustada y pasiva, y de algún modo esto resultó más excitante para Bard que una pasión violenta.

Cuando se separaron, él le dijo en voz baja, casi como si tuviera miedo de su propia emoción:

-Te amo, Carlina.

Al percibir el temblor de la voz de su prometido, Carlina se conmovió y experimentó ternura a su pesar. Le rozó una mejilla con el dedo y le dijo suavemente:

-Lo sé, mi futuro esposo.

Cuando él se marchó, la joven se quedó mirando la puerta cerrada, invadida por un torbellino de emociones. Todo su ser anhelaba el silencio y la paz de la Isla del Silencio, pero parecía que eso nunca ocurriría, que debía convertirse, de buen grado o por la fuerza, en la

esposa de su primo, de su hermano de crianza, de su prometido, Bard di Asturien. «Tal vez -se dijo-, tal vez no sea tan malo, cuando éramos niños nos queríamos mucho.»

-Ah, Carlina -la llamó una de las mujeres-, ¿qué debo hacer con esta pieza de tela? Tiene hilos sueltos en los bordes y hay un gran pedazo roto aquí...

Carlina se acercó y observó la tela.

-Tendrás que remendarlo lo mejor que puedas, y si no alcanza para una sábana, tendrás que usar este extremo para forrar cojines, que luego pueden bordarse con lanas de colores para ocultar la falla...

-Caramba, señora -se burló una de las muchachas-, no sé cómo puedes ocuparte de esas cosas cuando acabas de recibir la visita de tu amante.

Había utilizado la inflexión que cambiaba sutilmente el significado de «futuro esposo» a «concubino», y Carlina se sonrojó, sintiendo que la sangre afluía a sus mejillas. Pero cuando respondió, se controló la voz para que sonara tranquila y distante.

-Oh, Carlina, creí que te habían mandado aquí a aprender a hilar y bordar y todas las artes femeninas entre las doncellas de la reina, pero veo que también necesitas que te enseñen *casta,* para que puedas decir «futuro esposo» con la debida cortesía; si lo dices de esa manera entre las otras doncellas de la reina, se burlarán de ti por ser campesina.

Bard partió a caballo a la mañana siguiente, antes del alba. Era tan temprano que el cielo del este todavía no había empezado a clarear con el rojo del alba; las cuatro lunas estaban en el cielo, aunque sólo una de ellas casi llena; tres en pequeños cuartos, y luego se veía el disco pálido Mormallor flotando sobre las montañas distantes, detrás de ellos. La mente de Bard estaba colmada por el recuerdo del tímido beso de Carlina; tal vez llegaría el día en que ella lo besara por propia voluntad, cuando se enorgulleciera de haberse casado con el portaestandarte del rey, con el campeón del rey, tal vez el general de sus ejércitos... Sus pensamientos eran gratos mientras cabalgaba a la cabeza de los hombres en su primera misión al mando, por pequeña que fuera.

Al otro lado, Beltrán, vestido de oscuro y envuelto en una gran capa, permanecía sombrío y ceñudo; Bard percibió que estaba molesto y se preguntó por qué.

-Tú pareces bastante contento, y tal vez celebres estar al mando de esta misión -gruñó Beltrán-, pero yo hubiera preferido marchar hacia el norte junto a mi padre, donde él pudiera ver si actúo bien o mal... ¡y aquí estoy, enviado a capturar una caravana, como si fuera el jefe de una banda de bandidos!

Bard trató de decirle a su hermano hasta qué punto

podría ser importante conseguir que el fuego perpetuo procedente de Dalereuth no llegara a Serráis, a fin de impedir que lo utilizaran contra los campos, aldeas y bosques de Asturias, pero Beltrán sólo veía que se le había negado el privilegio de cabalgar a la derecha de su padre, a la vista de todos los soldados del ejército.

-Mi único consuelo es que tú no ocuparás allí el lugar que me corresponde -gruñó-. Le dio ese puesto a Geremy. ¡Malditos y condenados sean todos los Hastur!

En ese punto Bard compartía el disgusto de Beltrán, y le pareció prudente hacérselo saber.

-Es verdad: me prometió que tendría a Geremy a cargo de los hechiceros que nos acompañan, pero en el último momento me dijo que no podía prescindir de Geremy y me ha dado a tres desconocidos -comentó, añadiendo su queja a la de Beltrán.

Dirigió la mirada hacia donde cabalgaban los hechiceros, un poco separados de los hombres que él mismo había escogido; un *laranzu* alto, encanecido, con rojos bigotes que le ocultaban la mitad inferior del rostro, y dos mujeres, una de ellas demasiado robusta para cabalgar montada en un asno, y una muchacha delgada e infantil, tan envuelta en su capa gris de hechicera que Bard no pudo distinguir si era bonita o vulgar. No sabía nada de esos tres, ignoraba por completo su capacidad, y se preguntó, con nerviosismo, si estarían dispuestos a aceptarlo como jefe de la expedición.

En particular, el *laranzu;* a pesar de que, al igual que todos los de su clase, cabalgaba desarmado salvo por una pequeña daga que pendía de su cintura, un cuchillo pequeño como el que usaban las mujeres, tenía aspecto de haber estado cabalgando en campañas como ésta desde mucho antes de que Bard naciera.

Se preguntó si ésa sería también la causa de la

aprensión de Beltrán, pero muy pronto descubrió que el disgusto del príncipe se debía a otro motivo.

-Geremy y yo nos prometimos que este año iríamos juntos al combate, y ahora ha preferido permanecer junto al rey…

-Hermano de crianza -dijo Bard con seriedad-, un soldado sólo escucha la voz de su comandante y debe subordinar a ella sus propios deseos.

La voz del príncipe Beltrán fue petulante:

-Estoy seguro de que si le hubiera contado nuestro juramento a mi padre éste hubiera hecho honor a la promesa y hubiera enviado a Geremy en esta expedición. Después de todo, sólo se trata de una cuestión bastante estúpida: capturar una caravana, algo no mucho más importante que capturar a los bandidos que asolan la frontera -agregó.

Bard, frunciendo el ceño, comprendió de repente por qué el rey le había dicho con tanta firmeza que era él, y no el príncipe Beltrán, quien estaba verdaderamente al mando de la expedición; ¡obviamente, el príncipe no captaba la importancia de las caravanas que transportaban fuego perpetuo!

Si el príncipe no tiene instinto militar, no es raro que mi rey y señor esté ansioso por entrenarme para el mando; si no puede confiar sus ejércitos a su hijo, al menos podrá confiárselos a su hijo político... Como no tiene un hijo capaz de convertirse en general de todos sus ejércitos, quiere casar a su hija con su propio general, en vez de casarla con un rival más allá de sus fronteras...

Intentó hacer comprender al príncipe Beltrán la importancia de la misión, pero Beltrán estaba enfurruñado.

-Me doy cuenta de que quieres que la misión sea importante, Bard, porque eso te hace sentir más importante a ti.

Bard se encogió de hombros y abandonó el tema.

A media tarde estaban cerca de la frontera sur de Asturias; y durante el descanso para que los caballos se repusieran, Bard se dirigió hacia donde estaban los hechiceros, un poco separados del resto. Era lo acostumbrado: casi todos los soldados (y Bard no era una excepción) se mostraban cautos con los *leroni.*

Se le ocurrió que el rey Ardrin había considerado importante esta misión, pues en otro caso no hubiera enviado con ellos a un hombre experimentado en campañas, sino que les hubiera encomendado al joven e inexperto Geremy. Sin embargo, Bard se descubrió repitiendo el deseo del príncipe, el deseo de que Geremy, a quien conocía tan bien, estuviera con ellos en lugar de aquel desconocido. No sabía cómo dirigirse a un *laranzu.* Geremy, desde la época en que todos tenían doce años, había recibido lecciones aparte, no clases de esgrima, de combate sin armas o de manejo de la daga, como el resto de los adoptivos del rey, sino del oculto dominio de las piedras estelares, los cristales azules de los hechiceros que daban su poder a los *leroni.* Geremy había compartido con ellos las lecciones de táctica y estrategia militar, de equitación y de caza, y había salido con ellos en los turnos de vigilancia de incendios y en las campañas contra los bandidos. Sin embargo, desde el primer momento, era evidente que su destino no era convertirse en soldado, y cuando dejó de usar espada para adoptar la daga de los hechiceros, con la excusa de que no necesitaba más arma que la piedra estelar que pendía de su cuello, un gran abismo se había abierto entre ellos.

Ahora, mientras Bard miraba al *laranzu,* que el rey había enviado con ellos, sintió que se abría un abismo semejante. Sin embargo, el hombre parecía estar endurecido por las campañas, cabalgaba como un soldado e incluso manejaba su caballo con estilo militar. Tenía

facciones marcadas, como de halcón, y ojos penetrantes e incoloros, con la dureza gris del acero templado.

-Soy Bard di Asturien -se presentó-. No conozco tu nombre, señor.

-Gareth MacAran, *a ves oraras, vai dom...* -dijo el hombre, con una leve inclinación.

-¿Qué te han dicho de esta expedición, maese Gareth?

-Solamente que estaba a tus órdenes, señor.

Bard tenía suficiente *laran* para captar ese levísimo y casi indetectable énfasis puesto en aquella frase. Interiormente, experimentó una clara satisfacción. Así pues, él no era el único en creer que Beltrán sería desesperadamente incapaz en las cuestiones militares.

-¿Tienes pájaro centinela? -preguntó.

Maese Gareth señaló.

-Yo participaba en campañas antes de que te engendraran, señor. Si me dices qué información necesitas... -respondió claramente, pero con clara reprobación.

-Soy joven, señor, pero no inexperto en campaña -replicó Bard con rigidez, al sentir el aguijón del reproche-. He pasado casi toda mi vida con la espada, y no estoy acostumbrado a las cortesías habituales del trato con los

hechiceros. Necesito saber en qué lugar se encuentra la caravana de fuego perpetuo que avanza hacia el sur, para que podamos atacarla por sorpresa, antes de que tengan oportunidad de destruir su carga.

-¿Así que se trata de fuego perpetuo? -dijo maese Gareth, con los labios apretados-. Me gustaría ver que arrojan al mar todas esas cosas. Al menos, no lo utilizarían para atacar a Asturias este año. ¡Melora! -llamó, y la *leronis* de mayor edad se aproximó a él.

Bard había creído, por el cuerpo robusto de la mujer, que se trataba de alguien de más edad; ahora, al verla, advirtió que era joven aunque corpulenta, de

rostro redondo en forma de luna, con ojos pálidos y vagos. Su cabello, de brillante rojo fuego, estaba recogido con descuido.

-Tráeme el pájaro...

Bard observó la escena con asombro, con una sorpresa que no era nueva para él, pero que nunca dejaba de experimentar, mientras la mujer quitaba hábilmente la capucha al pájaro posado en un escabel de su montura. Él había tenido oportunidad de manejar pájaros centinela; junto a ellos, hasta los más feroces halcones cazadores parecían dóciles pajaritos domésticos. El largo cuello serpentino se retorció y el pájaro soltó hacia Bard un agudo grito penetrante, pero cuando Melora le acarició las plumas se aquietó lanzando un canto casi quejoso, ansioso de más caricias.

Gareth tomó el pájaro, mientras Bard retrocedía interiormente, asustado por la proximidad de las feroces garras ante sus ojos. Sin embargo maese Gareth lo manejó con la misma facilidad y soltura con que Carlina hubiera cuidado a sus diminutos pájaros canoros.

-Aquí, precioso... -dijo el hechicero, acariciando amorosamente al pájaro-. Ve a ver qué están haciendo.

Lanzó el pájaro al aire y éste se alejó agitando sus fuertes alas, girando en círculos cada vez más amplios hasta que desapareció entre las nubes.

Melora se acurrucó en su montura y cerró sus ojos de mirada perdida. Gareth dijo en voz baja:

-No es necesario que permanezcas aquí, señor. Yo estaré en contacto telepático con ella y veré cuanto ella descubra a través de los ojos del pájaro. Después, cuando volvamos a ponernos en marcha, te daré mi informe.

-¿Cuánto tiempo llevará?

-¿Cómo puedo saberlo, señor?

Una vez más, Bard sintió que el viejo lo reprobaba.

Se preguntó si el rey Ardrin lo habría puesto al mando por este motivo, para mostrarle todos los aspectos que debía aprender, además del combate... incluyendo la apropiada cortesía que había que mostrar a un *laranzu* experto. Bien, aprendería.

-Cuando el pájaro haya visto todo lo que necesita ver y esté regresando hacia nosotros, podremos ponernos en marcha -dijo maese Gareth-. Él nos encontrará donde estemos, pero Melora no puede cabalgar y permanecer en contacto telepático con el pájaro al mismo tiempo. Se caería de la montura, y además no es buena jinete en ningún caso.

Bard frunció el ceño, preguntándose por qué habrían mandado con las tropas a una mujer que apenas podía montar un asno... ¡por no hablar de un caballo!

-Porque, señor, es la mejor de todas las *leronis* de Asturias para establecer contacto con pájaros centinelas -indicó maese Gareth-. Es un arte de mujeres y ni siquiera yo mismo soy tan hábil como ella. Puedo establecer con los pájaros un contacto telepático como para tocarlos sin que me maten a picotazos, pero Melora puede volar con ellos y ver todo lo que ellos ven, y luego interpretarlo para mí. Y ahora, señor, si me perdonas, no puedo perder más tiempo hablando, debo seguir a Melora.

Su rostro se tornó inexpresivo, los ojos le giraron en las órbitas. Bard, al mirarle el blanco del ojo, sintió un escalofrío de aprensión. El hombre no estaba allí; alguna parte esencial de su mente estaba lejos, con Melora y el pájaro centinela...

De repente se alegró de que Geremy no les hubiera acompañado. Ya era suficientemente desagradable ver cómo este desconocido se iba a algún dominio pavoroso al que él no tenía acceso; si se hubiera tratado de su amigo y hermano de crianza, Bard no hubiera podido soportarlo.

La tercera *leronis* se había quitado la capa de montar gris y se había bajado la capucha; Bard pudo ver ahora que era una esbelta joven, con un rostro agraciado y remoto, bello y serio, y el cabello llameante cayendo en rizos. Cuando la joven advirtió la mirada de Bard, se ruborizó y volvió la cabeza, y algo en ese gesto pudoroso le recordó a Carlina, frágil, casi fantasmal.

La muchacha estaba conduciendo a su caballo hacia el manantial, después de dedicar apenas un vistazo a sus dos colegas, sumergidos en profundo trance y montados en sus cabalgaduras. Bard desmontó y fue a tomar las riendas del caballo de la joven.

-*Damisela,* ¿puedo ayudarte?

-Gracias -dijo ella, entregándole las riendas.

No lo miró a los ojos; él trató de captar su mirada, pero sólo vio que la muchacha se sonrojaba. ¡Qué bonita era! Bard condujo al caballo hacia el pozo, manteniendo las riendas en una mano.

-Cuando maese Gareth y la dama Melora vuelvan en sí, enviaré a dos hombres para que se ocupen de sus cabalgaduras.

-Gracias, señor, ellos también estarán agradecidos, pues siempre están fatigados después de un prolongado contacto telepático con los pájaros. Yo no puedo hacerlo en absoluto -comento la joven. Tenía una voz suave, susurrante.

-¿Pero eres una *leronis* hábil?

-No, *vai dom,* sólo una principiante, una aprendiza. Tal vez algún día llegue a serlo -suspiró-. Por ahora, mi don es ver en los lugares donde no pueden enviar a un pájaro.

Otra vez bajó los ojos y se ruborizó.

-¿Y cómo te llamas, *damisela*

-Mirella Lindir, señor.

El caballo había acabado de beber.

-¿Tienes una bolsa de pienso para tu caballo? -preguntó Bard.

-Con tu permiso, ahora no, señor. El caballo de una *leronis* está entrenado para permanecer quieto durante largo tiempo, sin moverse… -Con un gesto señaló a las dos figuras inmóviles de maese Gareth y Melora-. Pero si alimento al mío, los otros se agitarán.

-Comprendo. Bien, como te parezca -terció Bard, recordando que debía ir a ver qué estaban haciendo sus hombres.

Por supuesto, el príncipe Beltrán debía ocuparse de eso, pero a estas alturas ya había empezado a desconfiar de la capacidad de Beltrán, e incluso de su interés por la campaña. Bien, mucho mejor; si todo salía bien, el crédito sería para Bard.

-No permitas que te distraiga de tus obligaciones, señor -dijo Mirella tímidamente.

Él le hizo una reverencia y se marchó. Le pareció que la muchacha tenía bellos ojos y una timidez semejante a la de Carlina. Se preguntó si todavía sería virgen. Sin duda, lo había mirado con interés. Él se había prometido a sí mismo que dejaría de ser mujeriego, que se mantendría fiel a Carlina, pero en campaña un soldado debía tomar lo que se le ofrecía. Iba silbando cuando se acercó a sus nombres.

Le complació mucho cuando, un rato más tarde, la graciosa Mirella, otra vez envuelta en su capa gris y con toda modestia, se acercó a él a la vista de sus soldados para hablarle tímidamente.

-Con tu permiso, señor, maese Gareth informa que el pájaro está volando de regreso y que podemos ponernos en marcha.

-Muchas gracias, *damisela.* -asintió Bard, y meticulosamente se volvió hacia el príncipe Beltrán, esperando órdenes.

-Da la orden de partir -indicó Beltrán con indiferencia, montando él mismo.

Cuando todos los hombres estuvieron en marcha, Bard, que los había dejado adelantarse para detectar cualquier detalle incorrecto en ellos, equipo oxidado, un caballo que diera muestras de haber tropezado con alguna piedra o de estar a punto de perder una herradura, azuzó a su montura para reunirse con los tres *leroni.*

-¿Qué noticias ha traído tu pájaro centinela, maese Gareth?

El rostro arrugado del veterano *laranzu* se veía tenso y fatigado. Comía una tira de carne seca mientras cabalgaba. Melera, a su lado, estaba igualmente exhausta, con los ojos enrojecidos como si hubiera llorado, y también ella estaba comiendo, echándose a la boca puñados de fruta seca con miel.

-La caravana se encuentra a unos dos días de marcha hacia allá -dijo, señalando-, a la velocidad del pájaro. Hay cuatro carros; conté dos docenas de hombres además de los que conducen, y por el aspecto de su equipo, por los caballos y por el estilo de sus espadas, sé que son mercenarios de las Ciudades Secas.

Bard apretó los labios, pues los mercenarios de las Ciudades Secas eran los más feroces guerreros conocidos, y se preguntó cuántos de sus hombres habrían combatido alguna vez contra sus curiosas espadas curvas y las dagas que usaban en lugar de escudos en la otra mano.

-Advertiré a mis hombres -respondió.

Entre sus hombres escogidos se contaban varios veteranos de las guerras contra Ardcarrán. Había tenido una buena intuición, pensó, al elegir hombres que ya habían combatido contra las Ciudades Secas. Tal vez pudieran aconsejar a los otros acerca de la mejor manera de vérselas con ese estilo de ataque y de defensa.

Y otra cosa. Miró a maese Gareth y dijo, frunciendo levemente el ceño:

-Eres un veterano de las campañas, señor. No espero que las mujeres sepan esta norma, pero me enseñaron que no correspondía a un soldado comer mientras montaban, salvo en las más graves emergencias.

Percibió la sonrisa detrás de los bigotes color cobre del anciano.

-Está claro que sabes muy poco del *laran,* señor, no sabes hasta qué punto agota. Pregúntales a tus cocineros: ellos te dirán que nos han asignado raciones triples y por razones poderosas. Como en la montura con el propósito de tener la fuerza necesaria para no caerme de ella, señor, ya que eso sería mucho más perturbador que comer mientras cabalgo.

A pesar de lo mucho que Bard odiaba que lo reprendieran, tomó nota de la lección, tal como hacía con todas las cuestiones militares, memorizándola para cuando volviera a necesitar ese conocimiento. Pero frunció el ceño a maese Gareth y se alejó tras dirigirle una levísima reverencia.

Cabalgando entre sus hombres, les dijo a todos que deberían luchar, cuando llegara el momento de capturar la caravana, contra mercenarios de las Ciudades Secas; y escuchó durante cierto tiempo los recuerdos de un veterano que había combatido junto a su propio padre, don Rafael, años antes de que naciera Bard.

-Hay un truco cuando se combate con los de las Ciudades Secas: hay que vigilar ambas manos, porque son tan hábiles con esas condenadas dagas pequeñas como cualquiera de nosotros con una espada de verdad, y cuando tienes la espada ocupada, te atacan con la otra mano para clavarte la daga en las costillas; están entrenados para combatir con ambas manos.

-Asegúrate de advertir de eso a los hombres, Larion -dijo Bard, y siguió adelante, profundamente inmerso en sus pensamientos.

¡Qué honor sería para él poder capturar el fuego perpetuo intacto y llevárselo al rey Ardrin! Como la mayoría de los soldados, odiaba el fuego perpetuo y lo consideraba un arma de cobardes, aunque conocía la importancia estratégica que podía tener para incendiar un objetivo enemigo. ¡Al menos se aseguraría de que no lo utilizaran para atacar las torres de Asturias! ¡Ni tampoco para incendiar sus bosques!

Esa noche acamparon en la frontera de Asturias, en una pequeña aldea situada en la periferia de las Llanuras de Valeron, una tierra de nadie que no debía fidelidad a ningún rey. Los aldeanos se reunieron sombríamente en torno a los hombres de Bard como si prefirieran negarse a darles autorización de acampar allí. Después, al ver a los tres *leroni* con sus capas grises, los campesinos esbozaron un gesto de disgusto pero se retiraron.

-Estas tierras -dijo Bard a Beltrán, cuando desmontaron- deberían estar bajo el dominio de algún señor; es peligrosa su existencia, ya que están dispuestas a cobijar descastados y bandidos, y tal vez incluso están abiertas a algún descontento que podría establecerse aquí como rey o barón.

Beltrán miró desdeñosamente a su alrededor, a los escasos campos de magros cereales, los huertos con pocos árboles de nueces de mala calidad, algunos de los cuales tenían tan pocas hojas que los granjeros se habían visto obligados a cultivar hongos en ellos.

-¿Quién se molestaría en conquistarlos? Nadie puede pagar tributo aquí. ¡Sin duda sería un señor muy pobre quien se tomara la molestia de dominar a esta gente! ¿Qué honor podría recibir un águila al combatir contra un ejército de conejos astados?

-Ésa no es la cuestión -objetó Bard-. Lo más

importante es que algún enemigo de Asturias podría venir aquí y volver a estos aldeanos contra nosotros, y tendríamos enemigos en nuestras propias fronteras. Hablaré de esto con mi señor el rey y tal vez me envíe aquí la próxima primavera, para asegurarme de que si no pagan ningún tributo a Asturias, al menos tampoco acaten la ley de Ridenow de Serráis. ¿Tú hablarás con los hombres para asegurarte de que todo esté en orden, o lo hago yo?

-Oh, yo lo haré -le respondió Beltrán, con un bostezo-. Supongo que deben saber que su príncipe se preocupa de su bienestar. No sé gran cosa de cuestiones militares, pero aquí hay suficientes veteranos que podrán decirme si algo anda mal.

Bard sonrió irónicamente mientras Beltrán se alejaba. Beltrán sabía muy poco de tácticas militares, en efecto, pero era un estadista lo bastante hábil para desear que sus hombres le fueran fieles y leales. También era suficientemente inteligente como para saber que Bard era el comandante militar de aquella campaña; no podría ser de otro modo. ¡Pero no pensaba correr el riesgo de que sus hombres lo creyeran indiferente con respecto al bienestar personal de sus soldados!

Bard observó al príncipe Beltrán ir de un hombre a otro, preguntándoles por sus caballos, sus mantas, sus equipos y sus raciones. Los cocineros estaban encendiendo el fuego y algo se guisaba en una marmita. Olía extremadamente bien después de un largo día de cabalgata, con un simple almuerzo que consistió en un pedazo de dura galleta y un puñado de nueces.

Desocupado por un momento, descubrió que vagaba en dirección al lugar un poco aislado donde los *leroni* tenían su campamento. El recuerdo de los ojos de la hermosa Mirella era como un imán; no podía tener más de quince años.

La encontré encendiendo el fuego. Habían armado

una tienda, y a través de la tela Bard vislumbró el voluminoso cuerpo de la *leronis* Melora moviéndose en el interior.

Bard se arrodilló junto a la joven.

-¿Puedo ofrecerte lumbre, *damisela')*

Le tendió el encendedor alimentado con aceite, que era de uso más sencillo que la yesca.

adorable, invadiéndole la pálida nuca.

-Te lo agradezco, señor, pero no lo necesito.

En efecto, cuando la joven observó intensamente la leña apilada, con la mano posada sobre la bolsa de seda que pendía de su garganta, donde,

supuso Bard, guardaba la piedra estelar, las llamas aparecieron repentinamente sobre los troncos.

Él posó suavemente una mano en la muñeca de la joven y susurró:

-Si al menos me miraras a los ojos, *damisela,* yo también ardería en llamas.

Ella se volvió un poco hacia él, y aunque no alzó los ojos, Bard distinguió la curva de una media sonrisa en las comisuras de los labios.

De pronto, una sombra se cernió sobre ellos.

-Mirella -dijo maese Gareth con severidad-, ve adentro de la tienda y ayuda a Melora a preparar los catres.

Ruborizándose, la joven se incorporó rápidamente y se dirigió con premura a la tienda. También Bard se incorporó, furioso, para enfrentarse al anciano hechicero.

-Con todo respeto, te lo advierto, *vai dom* -espetó maese Gareth-. Vete a hacer conquistas a otra parte. Ella no es para ti.

-¿Qué te importa a ti, viejo? ¿Es tu hija? ¿O tal vez tu amante, o tu prometida? -preguntó Bard con ira-. ¿O has ganado su lealtad por medio de tus hechizos?

Maese Gareth meneó la cabeza, sonriendo.

-Nada de eso, pero en campaña yo soy responsable de las mujeres que marchan conmigo, y nadie debe tocarlas.

-¿Salvo, tal vez, tú mismo?

Otra vez meneó la cabeza y sonrió.

-No sabes nada del mundo en que viven los *leronis,* señor. Melora es mi hija; no quiero que los amoríos casuales la toquen, salvo por deseo de ella. En cuanto a Mirella, debe mantenerse virgen para la Vista, y una maldición caerá sobre cualquiera que la tome, a menos que ella renuncie por propia voluntad. Te lo advierto, evítala.

Afectado, sintiéndose como un escolar reprobado ame los ojos del anciano hechicero, Bard bajó la cabeza y masculló:

-No lo sabía.

-No, y por eso te aviso -dijo el anciano con amabilidad-. Mirella fue demasiado tímida para decírtelo ella misma. No está acostumbrada a los hombres que no pueden leerle el pensamiento.

Bard lanzó una mirada de resentimiento hacia la tienda. Pensó que debería haber sido la gorda y fea Melora, la hija del viejo, quien se mantuviera virgen para la Vista, porque ¿qué hombre la desearía, al menos sin taparle la cara con una bolsa de pienso de los caballos? ¿Por qué la bonita Mirella? Maese Gareth seguía sonriéndole amablemente, pero de pronto Bard experimentó la extraña sensación de que el viejo estaba leyéndole los pensamientos.

-Vamos, vamos, señor -dijo maese Gareth con una sonrisa amable-, estás prometido con la princesa Carlina. No es digno de ti fijarte en una simple *leronis.* Duerme solo esta noche, y tal vez sueñes con la mujer

de alta cuna que te espera en casa. Después de todo, no puedes tener a todas las mujeres sobre las que se posan tus ojos vagabundos. ¡No seas tan malhumorado!

Bard soltó un juramento ahogado y se alejó. Sabía que no debía enojar a un *laranzu* de quien podía depender el destino de la campaña, pero la voz del hombre, que parecía hablarle a un muchacho inexperto, lo enfurecía. ¿Qué le importaba eso a maese Gareth?

El criado encargado de atender a los oficiales había preparado para ellos un tercer campamento pequeño, separado de los otros. Bard fue a probar la comida preparada para los hombres -había aprendido que no debía tomar su propia comida mientras los hombres y los caballos no hubieran sido correctamente atendidos para pasar la noche-, y a inspeccionar los caballos; después regresó para encontrarse con que Beltrán lo esperaba.

-Pareces de mal humor, Bard. ¿Qué te ocurre?

-Condenado y viejo pájaro carroñero -gruñó Bard-. ¡Temeroso de que toque a sus preciosas doncellas *leroni,* cuando no hice más que ofrecerle fuego a una de ellas!

Beltrán soltó una risita.

-Bien, es un cumplido, Bard. ¡Sabe que siempre consigues lo que deseas con las mujeres! Después de todo, lo único que ocurre es que tu reputación te ha precedido, nada más, y él teme que ninguna doncella pueda resistirte ni conservar su virginidad en tu presencia.

Expresado de esta forma, Bard empezó a recuperar un poco de autoestima y a dejar de sentirse como un escolar castigado.

-En cuanto a mí-continuó Beltrán-, me parece mal llevar mujeres en las campañas... es decir, buenas mujeres. Supongo que cualquier ejército debe tener soldaderas, aunque a mí no me gustan esas mujeres. Si

debo tener mujeres cerca, prefiero las que parecen lavarse con mayor frecuencia, y no solamente cuando la lluvia las pilla al aire libre. Pero las buenas mujeres en una campaña son una tentación para los libertinos y una molestia para los castos, que dedican todos sus pensamientos al combate.

Bard asintió, admitiendo que las palabras de Beltrán eran acertadas.

-Y lo que es más, si hay mujeres, los hombres discutirán por ellas; y si no las hay, se volverán locos por ellas -añadió-. Cuando llegue el día en que esté al mando de los ejércitos de mi padre, prohibiré que las *leroni* acompañen a los soldados. Hay suficientes *laranzu,* y creo que los hombres son mejores en esa habilidad; las mujeres son muy timoratas y no tienen lugar dentro de un ejército... ¡como Carlina o alguno de nuestros hermanos pequeños! ¿Qué edad tiene ahora tu hermanito?

-Debe de tener ocho años ahora -le respondió Bard-. Nueve para el Solsticio de Invierno. Me pregunto si me habrá olvidado... No he regresado a casa desde que mi padre me envió aquí como hijo adoptivo.

Beltrán le palmeó el hombro con gesto comprensivo.

-Bien, sin duda tendrás autorización para ir a tu casa antes del Solsticio de Invierno.

-Si el combate contra Hammerfell termina antes de que la nieve obstruya los caminos, así lo haré. Mi madrastra no me quiere, pero no puede impedir que vaya a casa. Sería bueno ver que Alaric todavía me quiere.

Pensó para sus adentros que tal vez le pediría a su padre que asistiera a su boda. ¡El rey Ardrin no casaba a cualquiera de sus hijos de crianza *di catenas!*

Se quedaron hablando hasta tarde, y cuando final-

mente se durmieron, Bard estaba contento. Pensó un poco, lamentándose, en la bonita Mirella, pero después de todo, lo que había dicho maese Gareth era cierto: él tenía a Carlina y pronto estarían casados. Beltrán tenía razón, después de todo. Las mujeres virtuosas no tenían un lugar en los ejércitos del rey.

A la mañana siguiente, tras una breve conferencia con maese Gareth y Beltrán, dirigieron sus pasos hacia el vado del Molino de Moray. Nadie vivo sabía quién había sido Moray, aunque las leyendas del campo lo convertían en cualquier cosa: desde un gigante hasta un domador de dragones. Pero aún había un molino en ruinas cerca del vado y un trecho corriente arriba se erguía un molino todavía en funcionamiento.

Una barrera de peaje cerraba el camino, y cuando los hombres de Bard llegaron hasta ella, el guardián de la barrera, un hombre gordo y canoso, salió para decir:

-Por orden del señor de Dalereuth, este camino queda cerrado, señores míos. He jurado no abrirle a nadie que no le pague tributo, si no tiene un salvoconducto extendido por el propio señor que le permita circular dentro de sus fronteras.

-Bien, por todos los infiernos de Zandru... -empezó a decir Bard, pero el príncipe Beltrán adelantó su caballo, irguiéndose ante el hombre enfundado en su delantal de molinero.

-Estoy perfectamente dispuesto a pagar con una cabeza el peaje al señor de Dalereuth -manifestó-. Estoy seguro de que apreciará la cabeza de un hombre insolente como tú. Rannvil... -indicó, haciendo un gesto, y uno de los jinetes desenvainó la espada-. Levanta la barrera, hombre, no seas estúpido.

El hombre, con los dientes castañeteando, se acercó al mecanismo que franqueaba el paso por el camino. Desdeñosamente, Beltrán le arrojó algunas monedas.

-Aquí está tu tributo. Pero si este camino está otra vez cerrado cuando regresemos... ¡puedes creerme, haré que mis hombres derriben esta cerca y que luego pongan tu cabeza sobre ella, para espantar a los cuervos!

Cuando pasaron, Bard oyó que el hombre gruñía algo y se inclinó en su caballo para cogerlo del hombro.

-¡Sea lo que fuere, dilo en voz alta para que todos te oigamos!

El hombre levantó la vista, con expresión empecinada y furiosa.

-No tengo por qué entrometerme en las disputas de mis superiores -espetó-. *Vai dom,* ¿por qué debo sufrir porque vosotros, los nobles, no sabéis respetar vuestras propias fronteras? Lo único que me importa es hacer funcionar mi molino. Pero no volveréis por aquí, ni por ningún otro sitio. No tengo nada que ver con lo que os espera en el vado. ¡Ahora, si así lo quieres, cúbrete de honores matando a un hombre desarmado!

Bard lo soltó y se incorporó.

-¿Matarte? -se extrañó-. ¿Por qué? Gracias por tu advertencia, te hemos pagado bien.

Observó al hombre que se alejaba hacia el molino, y aunque había sido soldado desde los catorce años, frunció el ceño y de pronto se preguntó por qué las cosas debían ser así. ¿Por qué un noble podía exigir a su antojo ser soberano de su propia tierra? Eso tan sólo daba trabajo a los mercenarios.

Tal vez, pensó, *toda esta tierra debería tener un único gobernante y paz en sus fronteras, desde los Hellers hasta el mar, y los hombrecitos como éste podrían cosechar sus tierras y trabajar en sus molinos en paz... y*

yo podría, vivir en las propiedades que el rey me ha dado, con Carlina...

Pero ahora no había tiempo de pensar en eso. Llamó urgentemente a maese Gareth, alzando una mano para detener a sus hombres.

-He tenido una advertencia, algo nos espera en el vado, pero no veo nada. ¿Tu pájaro te ha advertido de algo, o alguna de tus mujeres ha visto algo gracias a los hechizos?

Maese Gareth dirigió un gesto a Mirella, envuelta en su capa, y le habló en voz baja. Mirella extrajo su piedra estelar y fijó la vista en ella.

Al cabo de un breve momento dijo, con voz baja y neutra:

-En el vado no hay hombres ni bestias esperándonos, pero reina la oscuridad y hay una barrera que tal vez no podamos pasar. Debemos tener mucho cuidado, hermanos.

Maese Gareth levantó la vista, y sus ojos se encontraron con los de Bard.

-Ella posee la Visión -dijo-. Si existe una oscuridad que ella no pueda penetrar, eso significa que realmente debemos tener cuidado, señor.

Pero el vado era un remanso de paz bajo la luz del sol, surcado por ligeras ondas con reflejos carmesíes. Bard frunció el ceño, intentando asegurarse de lo que tenían delante. No veía nada, no había señales de una posible emboscada, no se movía ni una rama al otro lado del vado, donde un sendero ascendía entre gigantescos árboles. De hecho aquél era un buen lugar para tender una emboscada.

-Si no puedes ver más allá del vado con la magia de la Visión -dijo-, ¿no puede pasar el pájaro guardián al otro lado y ver si se esconde allí alguna emboscada?

Maese Gareth asintió.

-Por supuesto; el pájaro *es* un animal y no tiene nada que ver con la magia de una mente ejercitada. La única magia relacionada con el pájaro es la habilidad que Melora y yo tenemos para mantenernos en contacto con la criatura. Melora -llamó-, deja ir al pájaro guardián.

Bard observó cómo el feroz pájaro se elevaba muy por encima del vado, volando en círculos. Al poco rato, maese Gareth se agitó, pareció despertar y le hizo señas a Melora, quien extendió la mano para que se posara el pájaro, que volvía haciendo círculos; le acarició las plumas y le dio golosinas antes de cubrirle la cabeza con la capucha. Maese Gareth dijo:

-No hay nadie, ni hombre ni animal, escondido más allá del vado; no hay criatura viviente en leguas, sólo la pastora de un rebaño de conejos

astados. Sea lo que fuera lo que nos espera en el vado, *vai dom,* no es una emboscada de hombres armados.

Bard y Beltrán intercambiaron una mirada.

-No podemos quedarnos aquí todo el día debido a un terror que nadie puede ver -decidió Beltrán finalmente-. Opino que debemos *cruzar* el vado pero tú, maese Gareth, quédate atrás, pues debemos mantenerte en reserva por si te necesitamos. He visto a hechiceros que incendiaban bosques enteros en el camino de ejércitos en marcha, y supongo que podría haber algo así más allá del vado. Debemos andar con cautela. Bard, ¿darás la orden de seguir adelante a los hombres?

A Bard se le erizó la piel. Un par de veces antes ya había experimentado la misma reacción en presencia del *laran;* él mismo tenía muy poco, pero de alguna manera podía percibirlo. Sabía que existía un talento que podía detectar el uso del *laran;* tal vez, si lo hubieran entrenado, podría haberlo tenido. Podría haber sido útil, después de todo. Siempre había creído que Geremy, entrenado como *laranzu,* era de algún modo

menos hombre, menos soldado que él mismo y Beltrán. Ahora, al observar a maese Gareth, advirtió que ese trabajo podía tener sus propios peligros y terrores, aunque un *laranzu* fuera a la batalla desarmado.

Eso, en sí mismo, ya. podía ser bastante aterrador, pensó Bard, quien apoyó la mano en la empuñadura de su espada para tranquilizarse.

Se volvió hacia los hombres y ordenó:

-¡Formad filas de cuatro!

No podía obligar a un hombre solo a avanzar hacia un terror desconocido. Cuando los hombres obedecieron, agregó:

-Grupo dos, adelante.

Acto seguido se puso a la cabeza del grupo.

Se le volvió a erizar la piel mientras avanzaba, y su caballo agitó la cabeza en señal de protesta cuando puso una pata en el vado; pero las aguas estaban tranquilas.

-¡Avanzad lentamente, manteneos juntos! -ordenó Bard.

Por encima de ellos, en el límite de su campo visual, distinguió un atisbo de movimiento. Pensó que maese Gareth ya había hecho regresar al pájaro centinela... Un rápido vistazo le confirmó que el pájaro de Melora estaba posado, encapuchado y quieto, en la montura de la mujer.

Entonces, los vigilaban desde lejos. ¿Habría alguna manera de defenderse de eso?

Se encontraban ahora en medio del vado, en la parte más profunda. El agua, que remolineaba alrededor de los cascos de los caballos, llegaría a la altura de los muslos de un hombre alto.

-No hay nada aquí, señor; podemos decirles a los otros que vengan -observó uno de sus soldados.

Bard meneó la cabeza. Sentía en su interior ese cosquilleo que presagiaba peligro, cada vez más intenso, de modo que apretó los dientes y se preguntó si rechazaría la comida, antojadizo como una mujer embarazada...

Oyó que maese Gareth gritaba, hizo girar el caballo en medio de la corriente.

-¡Atrás! -gritó-. Regresad...

Las aguas se alzaron, agitadas, en torno a los caballos, y de repente el pacífico vado se convirtió en un espumoso torrente que rugía, una corriente desatada que engullía y arrastraba.

Sintió que su caballo se tambaleaba bajo su cuerpo como si atravesara un río de montaña al que el deshielo de la primavera hubiera llenado de rápidos furiosos.

¡Aguas embrujadas!

Tiró de las riendas, tratando de calmar a su cabalgadura, que se agitaba y relinchaba aterrada, sosteniéndola firmemente ante la amenaza que podía arrastrarlos corriente abajo. A su alrededor, todos los integrantes del grupo luchaban con las monturas enloquecidas de miedo ante la súbita transformación de las tranquilas aguas, ahora salvajes. Maldiciendo, luchando contra su aterrado caballo, Bard logró finalmente controlarlo y conducirlo hasta la orilla. Vio a uno de sus hombres caer de la montura, lanzado al torrente. Otro caballo se tambaleó y Bard extendió una mano y aferró las riendas, tratando de controlar a su propio caballo con una sola mano.

-¡Sostenedlos! ¡En nombre de todos los dioses, con firmeza! ¡Regresad a la orilla! -gritó-. ¡No os separéis!

La sorpresa fue lo peor; su caballo estaba acostumbrado a los ríos y los vados de montaña. De haberlo sabido, quizá Bard hubiera podido manejar la situación. Atenazando al caballo con las rodillas, instándolo cuidadosamente a avanzar por las aguas que ahora le llegaban al pescuezo, consiguió conducirlo

hasta tierra firme, donde se dedicó a coger las riendas de los otros a medida que llegaban. Un caballo se había roto una pata; estaba tendido y coceaba, gimiendo como una mujer en el torrente, hasta que se ahogó. Bard maldijo, con un nudo en la garganta. La pobre criatura nunca había hecho daño a nadie, y había padecido una muerte terrible.

No había rastros del jinete. Otro caballo había caído, y su jinete, tras saltar al agua, había conseguido ponerlo en pie; aunque el animal renqueaba, logró conducirlo a la orilla. El hombre se sumergió y gritó, casi ahogado, y otro hombre, que se arrojó desde la orilla, lo cogió y consiguió sacarlo.

Bard vio salir del agua al último hombre y luego soltó una exclamación de pavor y pesar, pues de nuevo las aguas fluían calmas y tranquilas ante ellos; el pacífico y normal vado del Molino de Moray.

De modo que eso era lo que quería, decir el hombrecito...

Con pesar, calcularon sus bajas. El caballo que se había quebrado la pata yacía ahora inmóvil y sin vida; y no había rastros de su jinete. O estaba ahogado en el fondo de la corriente o había sido arrastrado por el torrente y su cuerpo emergería a la superficie corriente abajo. Otro hombre había conseguido salvarse, pero su caballo estaba inválido e inútil; un tercer caballo había derribado a su jinete y ganado la orilla, pero el hombre yacía inconsciente y su cuerpo se encontraba casi en la orilla, lamido por el agua. Bard indicó a uno de los soldados que lo arrastrara a tierra firme y

examinó al tacto la gran herida que el hombre presentaba en la cabeza. Era posible que no volviera a recobrar la conciencia.

Bard bendijo cualquier intuición premonitoria que lo había instado a enviar tan sólo a unos pocos soldados a cruzar la corriente. Si no, hubiera perdido media docena de hombres, en vez de dos y dos caballos, y tal vez tendrían ahora más inválidos o heridos. Pero llamó a maese Gareth y le dijo con voz sombría:

-¡Así que esto era lo que se ocultaba en esa oscuridad que tu muchacha no podía penetrar!

El hombre meneó la cabeza, suspirando.

-Lo siento, *vai dom...* Somos psíquicos, no hechiceros, y nuestros poderes no son infinitos. ¿Puedo aventurarme a decir en nuestra defensa que sin nosotros tus hombres hubieran entrado al vado completamente inadvertidos?

-Es verdad -admitió Bard-, pero ¿qué hacemos ahora? Si el vado está hechizado contra nosotros ;ya hemos desactivado la trampa, o volverá a actuar en el momento en que volvamos a meternos en el agua?

-No sabría decirlo, señor. Pero tal vez la Vista de Mirella nos ayude -respondió, al tiempo que indicaba a la muchacha que se acercara.

Le dijo algo en voz baja y una vez más la joven miró fijamente su piedra estelar, para decir finalmente con voz neutra, hechizada:

-No veo nada... hay una sombra sobre el agua...

Bard maldijo, irritado. Entonces, el hechizo todavía estaba allí, esperándolos.

-¿Crees que podremos cruzar el vado ahora que estamos sobre aviso? -preguntó a Beltrán.

-Tal vez. Si los hombres saben a qué deben enfrentarse... bien, todos ellos son soldados escogidos y buenos jinetes. Pero probablemente maese Gareth y las *leroni* serán incapaces de cruzar, y sin duda no podrá hacerlo la que va montada en el asno...

-Somos *leroni* entrenados, señor -intervino maese Gareth-, correremos los mismos riesgos que el ejército, y mi hija y mi hija adoptiva me seguirán donde vaya. No tienen miedo.

-No dudo de su valor -replicó Bard con impaciencia-, sino de su habilidad como jinetes. Además, ese pequeño asno se ahogaría con la primera ola. No quiero ver ninguna mujer muerta por accidente, pero además también la necesitaremos cuando haya combate. Además, antes de que tomemos una decisión, ¿no puedes lograr que no nos espíen?

Con impaciencia, hizo un gesto en dirección al pájaro centinela que volaba en círculos por encima de sus cabezas.

-Haré lo que pueda, señor, pero creo que nuestros hechizos serán más necesarios para contrarrestar a las aguas embrujadas del vado -respondió maese Gareth.

Bard asintió, reflexionando. Como comandante, debía dar el mejor uso posible a sus guerreros, y ahora advertía que también debía ahorrar la fuerza de los *leroni* de su ejército para usarlas con el mayor provecho.

¿Acaso el rey Ardrin me puso al mando para que tuviera oportunidad de liderar no sólo a los soldados, sino también a los hechiceros?

Aún urgido por la necesidad de tomar decisiones, pensó con nerviosismo que esto significaba algo bueno para su futuro.

Si es que... pensó, ya más serio... *¡si es que consigo cumplir con esta misión aparentemente simple sin perder a todos sus hombres en el vado embrujado!*

-Maese Gareth, esto es tu especialidad. ¿Qué me aconsejas?

-Podemos intentar un contrahechizo con las aguas, señor. No puedo garantizar nada. No sé a qué debemos enfrentarnos ni cuáles pueden ser sus poderes, pero haremos todo lo posible por aquietar la corriente. Tenemos un punto a nuestro favor: interferir de este modo con la naturaleza exige un poder tremendo, y no podrán sostenerlo durante mucho tiempo. La naturaleza siempre tiende a normalizarse; las aguas

siempre buscan su correcto fluir, y por eso la fuerza natural del agua trabaja a nuestro favor, mientras que ellos deben luchar en contra de esa fuerza natural. Por eso, tal vez no nos resultará difícil lograr un contrahechizo.

-Que los dioses quieran que tengas razón -dijo Bard-, pero aun así, advertiré a los hombres que estén preparados para enfrentarse a los rápidos.

Se dirigió hacia los soldados, hablando primero con unos y luego con otros, e indicó al hombre que había perdido el caballo que tomara el otro, cuyo jinete había muerto. Después se acercó a Beltrán.

-Cabalga a mi lado, hermano de crianza... ¡no quisiera tener que decirle a mi rey y señor que falleciste en los rápidos por mi culpa! Si murieras en combate, creo que él podría soportarlo... ¡pero yo no querría ser responsable si no fuera así!

Beltrán se rió.

-¿Consideras que eres mejor jinete que yo, Bard? ¡No lo creas! Me parece que te estás excediendo en tu autoridad. ¡Yo, y no tú, estoy al mando de esta expedición!

Pero lo dijo riéndose, y Bard se encogió de hombros.

-Como quieras, Beltrán, pero en nombre de Dios, cuida dónde te metes. Mi caballo es más grande y más pesado que el tuyo, porque es necesario un caballo grande para cargar mi peso. Recuerda que sólo podré quedarme montado.

Giró y se encaminó hacia maese Gareth.

-Doña Melora no puede cruzar de ningún modo el vado en ese pequeño asno, y menos aún si tu encantamiento falla. ¿Puede montar un caballo?

-Soy su padre, no su mentor ni el amo de su destino -respondió maese Gareth-. ¿Por qué no se lo preguntas a la dama en persona?

Bard apretó los dientes.

-No acostumbro hacerles preguntas a las mujeres cuando hay un hombre superior a ellas. Pero si insistes, bien, *damisela,* ¿puedes montar? En ese caso, tu padre llevará a doña Mirella con él en su caballo, ya que es más liviana que tú, y tú montarás el caballo de ella, que parece suficientemente fuerte.

-Preferiría confiar en los encantamientos de mi padre y en los míos propios -declaró Melora con firmeza-. ¿Crees que abandonaría a mi pequeño asno, permitiendo que se ahogara?

-Oh, maldición de maldiciones, mujer -estalló Bard-. Si puedes montar un caballo, uno de mis hombres conducirá a tu asno. ¡Supongo que el animal sabrá nadar!

-Debes hacer todo lo posible por montar, Melora -intervino maese Gareth-y *Wbitefur* tendrá que arreglárselas nadando. Estoy seguro de que puede arreglárselas mejor que tú en el vado. Mirella, niña, dale tu caballo a Melora y monta delante de mí en el mío.

La joven lo hizo con agilidad, aunque los hombres que observaban tuvieron una visión de sus piernas largas y torneadas, enfundadas en medias rayadas rojas y azules, cuando Mirella trepó detrás el anciano *laranzu y* se acomodó, tras lo cual se alisó la falda y se aferró al hombre.

El mismo Bard ayudó a montar a la robusta y desmañada Melora en el caballo de Mirella. Melora montaba, se dijo Bard despiadadamente, como un saco de patatas arrojado sobre la montura.

-Siéntate un poco más erguida, te lo imploro, *vai leronis,* y sostén las riendas más tirantes -le indicó, y luego suspiró-. Creo que será mejor que cabalgue a tu lado y lleve a tu caballo de las riendas.

-Sería de desear-comentó maese Gareth-, pues

ella tendrá que concentrarse en el contrahechizo, y también sería amable de tu parte que pidieras a uno de tus hombres que guiara al asno de Melora, ya que de lo contrario ella estará preocupada por él.

Uno de los veteranos rompió a reír.

-Doña Melora -dijo-, ¡si puedes idear un hechizo que aquiete estas aguas, yo mismo llevaré a tu pequeño asno en mi montura, como si fuera un bebé!

Ella soltó una risita. Gorda y desmañada como era, tenía sin embargo una voz muy dulce y una risa adorable.

-Me temo que lo asustarías más que los rápidos, señor. Creo que si lo llevas de las riendas se las arreglará de algún modo para nadar, siguiendo la cola de tu caballo.

El veterano buscó una gruesa cuerda y sujetó las riendas del asno a las de su propio caballo.

Bard cogió las riendas de Melora, pensando que era una lástima que no se tratara de la bonita Mirella, y volvió a oír la dulce risita de Melora. Se preguntó, inquieto, si podría leerle el pensamiento, pero desechó la idea. No era momento de pensar en mujeres, con un vado encantado por cruzar y una batalla inminente.

-Por amor de todos los dioses, maese Gareth, envía tu contrahechizo.

La pesada figura de Melora permanecía inmóvil sobre su caballo. Una expresión absorta, concentrada, se instaló en el rostro de maese Gareth. El rostro de Mirella estaba cubierto por la capucha, de modo que sólo era visible su pequeña barbilla. Bard observó a los tres *leroni,* sintiendo en la espalda ese cosquilleo que significaba que había poderoso *laran* en las cercanías... ;Cómo podía definirlo?

Silencioso, sintiendo una curiosa reticencia a quebrar el silencio temeroso con una palabra o un grito,

Bard dirigió a los hombres un gesto para que avanzaran. Todavía abrumado por esa sensación de estremecida intensidad que flotaba en el

ambiente, tiró de las riendas de su caballo, instándole a avanzar. El animal agitó la cabeza y relincho con inquietud, recordando lo que había ocurrido cuando se había metido antes en el vado.

-Tranquilo, tranquilo -lo calmó Bard en voz baja, pensando:

Lo comprendo, yo me siento del mismo modo...

Pero él era un ser humano pensante, no un animal, y no se entregaría al miedo ciego, irracional. Instado por su voz y por sus manos, el animal entró al vado, y Bard, por señas, indicó a sus hombres que le siguieran.

No ocurrió nada... Pero tampoco había ocurrido nada la otra vez, es decir, no hasta que llegaron al centro de la corriente. Bard azuzó a su montura, aferrando las riendas del caballo de Melora y mirando hacia atrás. Detrás de él venía maese Gareth, con Mirella aferrada a su cintura y, detrás, los hombres y el príncipe Beltrán cubriendo la retaguardia.

Todos estaban ya en el agua y Bard sintió que se le tensaba la piel de la cara. Si el encantamiento todavía funcionaba, caería sobre ellos ahora, barriéndolos como un torrente.

Se afirmó en la montura, sintiendo ese cosquilleo, cada vez más intenso, que era su manera personal de advertir el funcionamiento del *laran,* hasta que se hizo tan tangible que casi distinguió la interacción entre el hechizo puesto sobre el vado y el contrahechizo. Su caballo parecía avanzar por un laberinto de densas malezas, aunque no había allí nada concreto.

Entonces, de pronto, desapareció... simplemente se esfumó, se desvaneció; el vado fluía silencioso e inocente, una vez más sólo agua. Bard soltó el aliento y azuzó a su caballo con un golpe de talones. Los primeros jinetes se encontraban ya llegando a la otra orilla, y él detuvo a su caballo allí, en medio de la corriente, vigilando a los jinetes que cruzaban para llegar a la otra orilla.

Por ahora, al menos, los *leroni* habían conseguido disipar el encantamiento que los otros hechiceros habían invocado contra ellos.

Hasta entonces, en esta campaña, el clima se había mantenido agradable. Pero ahora, con los últimos fulgores del día, el cielo se oscureció con densas nubes y al anochecer la nieve empezó a caer, suavemente pero con persistencia; primero fueron unos escasos copos densos y húmedos; luego muchos, duros y pequeños, que caían sin cesar con estúpida persistencia. Melora, otra vez montada en el asno, se envolvió en su capa gris y se echó una manta sobre la cabeza. Los soldados, uno a uno, extrajeron bufandas, tapabocas y gruesas capuchas, y cabalgaron, sombríos e irritados.

Bard sabía qué estaban pensando. Por tradición, la guerra era una cuestión estival; en invierno todos, salvo los locos o los desesperados, se quedaban en sus casas, junto a la chimenea. Una campaña invernal comportaba grandes peligros. Los hombres podían decir, y con razón, que aunque habían jurado servir al rey Ardrin, esto trascendía lo acostumbrado y lo correcto, y cabalgar de este modo bajo una tormenta de nieve que bien podía convertirse en una cellisca no era lo acostumbrado, y por lo tanto el rey no tenía derecho a exigirlo.

¿Cómo podía Bard asegurarse su lealtad? Por primera vez deseó no estar al mando, sino cabalgando hacia el norte, hacia Hammerfell, a la derecha del rey, como portaestandarte del soberano. El rey podía lograr la lealtad de sus tropas, usar su influencia y su poder personales para exigir una fidelidad que trascendía

lo acostumbrado. Él podía hacer promesas a los hombres y cumplirlas.

Bard fue penosamente consciente de que sólo tenía diecisiete años, de que sólo era el sobrino bastardo del rey y su hijo de crianza, de que había sido ascendido por encima de oficiales experimentados.

Probablemente, entre los hombres escogidos que había seleccionado para esta misión, había algunos que esperaban verlo cometer algún terrible error del que no podría recuperarse. ¿El rey lo habría puesto al mando sólo para que no pudiera responder a la responsabilidad, a fin de demostrar que era un guerrero inmaduro y poco experimentado? A pesar de su triunfo y de su ascenso en el campo de batalla de Snow Glen, él era tan sólo un muchacho. ¿Podría cumplir esta misión? ¿Esperaba el rey que fracasara, para poder negarle así a Carlina? ¿Qué le esperaba si fracasaba? ¿Lo degradarían, lo enviarían de regreso a su casa en desgracia?

Se adelantó para reunirse con maese Gareth, quien se había envuelto la parte inferior de la cara con una bufanda de punto, gruesa y de color rojo, colocada debajo de su capa gris.

-¿No puedes hacer nada con este tiempo? -le preguntó Bard con aspereza-. ¿Se trata de una cellisca, o es tan sólo una nevada pasajera?

-Exiges demasiado a mis poderes, señor-respondió el otro-. Soy un *laranzu,* no un dios; no me corresponde controlar el tiempo.

Un rastro de humor arqueó una comisura de su boca en un gesto pícaro.

-Créeme, maese Gareth, si tuviera poder sobre el clima, lo usaría para mi propio beneficio. Tengo tanto frío como tú, y estoy tan cegado por la nieve como tú, mientras que mis huesos son más viejos y sienten más el frío.

Bard, odiando tener que confesar su ignorancia, dijo:

-Los hombres se están quejando y temo un motín. Una campaña invernal... mientras reina el buen tiempo, no les molesta. Pero ahora...

Maese Gareth asintió.

-Lo comprendo. Bien, trataré de ver hasta dónde se extiende esta tormenta, y si saldremos de ella pronto; aunque la magia climática no es mi don especial. Sólo uno de los *laranzu'in* de su majestad tiene ese don, y maese Robyl fue hacia el norte, a Hammerfell, con el rey; le pareció que allí sería más necesario, en el límite norte de los Hellers, donde las nevadas son más intensas. Sin embargo, me esforzaré al máximo. -Cuando Bard se volvió, el hombre añadió-: No te preocupes, señor. La nieve puede dificultarnos el avance, pero no tanto como lo dificultará a la caravana que transporta el fuego perpetuo; tienen que empujar bajo la nieve todos esos carromatos, y si la nieve se hace muy profunda no podrán moverse en absoluto.

Bard advirtió que tendría que haber pensado en eso. La nieve inmovilizaría los carromatos y vagones de la caravana, mientras que los jinetes del grupo escogido todavía estaban en condiciones de avanzar y de combatir. Más aún, si era cierto que se habían contratado mercenarios de

las Ciudades Secas para custodiar la caravana, éstos estaban acostumbrados a un clima cálido, y la nieve los confundiría.

Cabalgó entre sus hombres, escuchando sus rezongos y protestas, y les recordó lo que maese Gareth le había señalado. Aunque la nieve siguió cayendo e incluso se hizo más densa, esta idea pareció animarlos un poco.

Sin embargo, las nubes y la nieve se hicieron cada vez más densas, y después de intercambiar algunas palabras con Beltrán, ambos decidieron dar temprano la señal de detenerse. No se ganaba nada forzando a los hombres, que se mostraban descontentos, a seguir adelante a través de la misma nieve que inmovilizaría a su presa.

La cabalgata bajo la nieve había dejado a los hombres fatigados y desalentados, y algunos hubieran comido algunos bocados de comida fría y se hubieran acostado envueltos en sus mantas de inmediato, pero Bard insistió en que se encendieran hogueras y se preparara comida caliente, sabiendo que esto levantaría la moral de los hombres más que cualquier otra cosa.

Con sus hogueras encendidas sobre losas, con leña proporcionada por los árboles caídos de un huerto abandonado -afectado por la plaga arbórea de la temporada anterior-, el campamento se veía alegre, y uno de los hombres extrajo una pequeña flauta y empezó a tocar gimientes y viejas endechas más antiguas que el mundo.

Las dos jóvenes dormían en la tienda que compartían, pero maese Gareth se unió a los hombres alrededor del fuego y, después de un rato, a pesar de sus protestas de que no era bardo ni juglar, accedió a contarles el cuento del último dragón.

Bard estaba sentado junto a Beltrán entre las sombras de las llamas, comiendo frutos secos y escuchando la historia de cómo el último dragón había muerto a manos de un hombre perteneciente al linaje de Hastur, y cómo, al percibir con el *laran* de las bestias que el último de su raza había muerto, cada una de las aves y bestias de los Cien Reinos habían soltado un gemido agudo, hasta las banshees se lamentaron por la desaparición de la última de las serpientes sabias... y el hijo de Hastur, erguido junto al cadáver del último dragón de Darkover, había jurado no volver a cazar ningún ser vivo por deporte.

Cuando maese Gareth concluyó su relato, los soldados aplaudieron y pidieron más, pero él meneó la cabeza, alegando que era un anciano que había estado cabalgando todo el día, y que se iba a dormir.

Muy pronto el campamento estuvo oscuro y silencioso; tan sólo el pequeño ojo carmesí del fuego, cubierto de hojas verdes en previsión de la necesidad de preparar el potaje caliente de la mañana, siseaba y vigilaba bajo su cobertor. Alrededor del fuego, unos triángulos oscuros marcaban el sitio donde los hombres estaban tendidos envueltos en sus mantas, bajo las lonas impermeables extendidas en ángulo y destinadas a protegerlos de la nieve que caía todavía, como carpas en miniatura sostenidas por una horquilla, y que daban cobijo a tres o cuatro hombres cada una, acurrucados muy juntos para compartir las mantas y el calor corporal.

Beltrán estaba tendido junto a Bard, con aspecto curiosamente infantil y pequeño, pero Bard yacía despierto, observando el fuego y las ráfagas de nieve de un blanco plateado que parecían pálidas flechas al caer ante la luz.

En algún sitio no muy lejano, el enemigo estaba inmovilizado, con sus pesados carromatos sepultados en la nieve y las bestias de carga agitadas.

-Me gustaría que Geremy estuviera con nosotros, hermano de crianza -murmuró Beltrán suavemente, a su lado.

Bard rió en silencio.

-También lo deseaba yo, al principio. Ahora ya no estoy tan seguro. Tal vez dos muchachos inexpertos al mando sean suficientes, y tenemos suerte de contar con la sabiduría y la experiencia de maese Gareth. Por otra parte, Geremy, como *laranzu* inexperto, acompaña a tu padre, que es un comandante experimentado. Tal vez tu padre pensó que si marchábamos los tres juntos se parecería demasiado a una excursión de caza como las que solíamos hacer juntos cuando éramos niños...

-Recuerdo cuando los tres éramos pequeños y marchábamos juntos -dijo Beltrán-. Solíamos acostarnos juntos, mirar el fuego y hablar del día en que

seríamos mayores y marcharíamos juntos a la guerra, al mando, en la verdadera guerra y no en nuestros combates ficticios contra los rebaños de cabras... ¿Le recuerdas, Bard?

Bard sonrió en la oscuridad.

-Lo recuerdo. Qué grandes guerras y campañas preveíamos, cómo someteríamos todo este territorio, desde los Hellers hasta la costa del Carthon, y más allá de los mares. Bien, parte de lo que soñábamos se ha cumplido; aquí estamos en campaña, y en la guerra, tal como decíamos cuando éramos niños y apenas sabíamos por qué extremo debíamos empuñar la espada...

-Y ahora Geremy es un *laranzu* que cabalga con el rey, y sólo piensa en Ginevra, y tú eres el portaestandarte del rey, ascendido en batalla y prometido a Carlina, y yo...

El príncipe Beltrán exhaló un suspiro en la oscuridad.

-Bien -continuó-, sin duda algún día sabré qué haré de mi vida, o si no lo sé, mi padre el rey me revelará mi destino.

-Oh, tú -exclamó Bard, riéndose-. Algún día el trono de Asturias será tuyo.

-Eso no es cuestión de risa -replicó Beltrán, y su voz sonó sombría-. Saber que llegaré al poder sobre la tumba de mi padre, por su muerte. Amo a mi padre, Bard, y sin embargo a veces creo que me volveré loco si debo estar a su lado esperando para poder hacer algo verdadero... Ni siquiera tengo derecho a salir del reino en busca de aventuras, como podría hacerlo cualquier otro súbdito.

Bard percibió que el joven se estremecía.

-Tengo mucho frío, hermano de crianza -comentó Beltrán.

Por un momento, a Bard le pareció que Beltrán no era mayor que su propio hermanito, que había llorado

colgado de su cuello cuando tuvo que marcharse hacia la casa del rey.

Con torpeza, palmeó el hombro de Beltrán en la oscuridad.

-Ven, toma un poco más de la manta, yo no siento el frío tanto como tú, nunca he sido friolero. Trata de dormir. Tal vez mañana tengamos una

batalla entre manos, una verdadera batalla, no uno de esos combates ficticios que tanto nos gustaban. Debemos estar preparados.

-Tengo miedo, Bard. Siempre estoy asustado. ¿Por qué tú y Geremy nunca tenéis miedo?

Bard soltó una breve carcajada.

-¿Qué te hace pensar que no tenemos miedo? No sé nada en cuanto a Geremy, pero yo he tenido tanto miedo como para mojarme los pantalones como un bebé, y sin duda volveré a tenerlo. Sólo que no tengo tiempo para hablar de eso cuando me está ocurriendo, y cuando ya ha pasado no tengo deseos de contarlo. No te preocupes, hermano de crianza. Recuerdo que lo hiciste muy bien en Snow Glen.

-Entonces, ¿por qué mi padre te ascendió a ti y no a mí?

Bard se incorporó en la oscuridad y lo miró fijamente.

-¿Todavía te pica esa pulga? Beltrán, amigo mío, tu padre sabe que ya tienes cuanto necesitas. Eres su hijo y su legítimo heredero, cabalgas a su lado, todos te reconocen como alguien que está al borde del trono. Me promovió a mí porque soy su hijo de crianza y un bastardo. Antes de poder ponerme por encima de sus hombres, para comandarles, debía convertirme en alguien a quien pudiera designar legítimamente, y no podía hacerlo sin darme algún reconocimiento especial. Ascenderme fue un medio que él deseaba usar como estrategia, un signo de su amor o de alguna consideración especial. ¡Por el frío viento arremolinado del tercer infierno de Zandru, yo lo sé aunque tú lo ignores! ¿Eres tan tonto como para estar celoso de mí, Beltrán?

-No -respondió Beltrán lentamente, en la oscuridad-. No, supongo que no, hermano de crianza.

Después de un rato, escuchando la silenciosa respiración de Beltrán en la penumbra, Bard se durmió.

A la mañana siguiente todavía nevaba, y el cielo estaba tan encapotado que a Bard se le encogió el corazón mientras observaba a los hombres que, sombríamente, se ocupaban de los caballos, cocinaban una gran marmita de potaje y se preparaban para la marcha, ensillando sus caballos.

Escuchó rumores y murmullos acerca de que el rey Ardrin no tenía derecho a enviarlos en campaña durante el invierno, que esta incursión era idea de su hijo adoptivo, que ignoraba lo adecuado y lo correcto.

¿Quién había oído hablar de una campaña como ésta con el invierno ya encima?

-Vamos, muchachos -los instó Bard-. Si los de las Ciudades Secas pueden cabalgar en un clima así, ¿nos quedaremos atrás nosotros y los dejaremos que transporten fuego perpetuo para lanzarlo contra nuestras aldeas y nuestras familias?

-Los de las Ciudades Secas pueden hacer cualquier cosa -rezongó uno de los hombres-. ¡Ahora pensarán cosechar en primavera! ¡La guerra es un asunto de verano!

-Precisamente, como creen que nos quedaremos abrigados en casa, piensan que es buen momento para

atacarnos -discutió Bard-. ¿Queréis quedaros en casa y dejarlos a sus anchas?

-Sí... ¿por qué no quedarnos en casa y dejarlos que vengan contra nosotros? Defender nuestras casas de un ataque es una cosa -gruñó un robusto veterano-, ¡pero salir a buscar problemas es otra muy distinta!

Pero a pesar de que protestaban y rezongaban, no se produjo ningún motín ni actitud de rebeldía abierta. Beltrán permanecía pálido y silencioso y Bard, al recordar la conversación de la noche anterior, advirtió que el joven estaba aterrado. Le resultaba muy fácil pensar en Beltrán como en alguien menor que él, aunque en realidad sólo había medio año de diferencia entre ambos; Bard siempre había sido más desarrollado que sus hermanos de crianza, el más fuerte, siempre el más hábil con la espada, luchando y cazando, su líder incuestionable.

De modo que buscó el momento de comentar con Beltrán su temor de que los hombres se amotinaran, y le pidió que fuera con ellos y tratara de sondearlos mientras cabalgaban.

-Eres su príncipe y representas la voluntad del rey. Puede llegar el momento en que no me obedezcan, pero no creo que estén dispuestos a desafiar al hijo de su rey -sugirió cautelosamente.

Beltrán, mirando a Bard con furia -después de todo, ¿debía aceptar las órdenes de Bard?-, acabó asintiendo y fue a cabalgar primero junto a uno de los hombres, luego junto a otros, para formularles preguntas y hablar con todos.

Bard lo observó, pensando que tal vez, al ocuparse de los hombres, Beltrán olvidaría su miedo. Además, acaso ese gesto de preocupación personal por parte del príncipe lograra aquietar la rebelión de los soldados.

La nieve seguía cayendo. Ya cubría una parte de las patas de los caballos y Bard empezó a preocuparse seriamente por la posibilidad de que no pudieran seguir avanzando. Le pidió a maese Gareth que soltara a los pájaros centinelas, pero recibió la respuesta -que en parte ya esperaba- de que los pájaros no volarían en medio de la tormenta.

-Pájaros sensatos -gruñó Bard-. ¡También a mí me gustaría quedarme quieto! Bien, ¿hay alguna manera de averiguar a qué distancia de nosotros se encuentra la caravana, y si la alcanzaremos hoy?

-Consultaré con Mirella; por eso está con nosotros, para poder utilizar la Vista -respondió maese Gareth.

Bard observó a Mirella, montada en su caballo en medio de la nieve que caía, con el cabello cobrizo brillante entre los espesos copos que blanqueaban sus trenzas. La joven miraba fijamente su cristal. La pálida luz azul que se reflejaba sobre su rostro parecía ser la única luminosidad en aquel día oscuro; la luz azul y la llama de su cabello cobrizo. Estaba envuelta en bufandas y en la capa, pero todas las prendas no conseguían ocultar la esbelta gracia de su cuerpo, y Bard descubrió, una vez más, que su propia mente se demoraba, prendado de la belleza de la joven.

Sin duda, era la muchacha más hermosa que había visto en su vida; comparada con ella, Carlina era delgada y pálida.

Sin embargo, Mirella estaba completamente fuera de su alcance, era una mujer sagrada, una *leronis,* una virgen prometida a la Vista, y había pavorosos relatos acerca de lo que podía ocurrirle a la virilidad de cualquier

hombre que asaltara la virginidad de una *leronis* en contra de la voluntad de ella. Él se dijo que, por medio de su don, podría asegurarse de que no fuera contra la voluntad de la muchacha, que podría obligarla a ir de buen grado a su lecho...

Pero eso convertiría a maese Gareth en su enemigo. ¡Maldición, en el mundo había suficientes mujeres! Además, él estaba comprometido con una princesa y de todos modos éste no era momento apropiado para estar pensando en mujeres de ninguna clase.

Mirella suspiró y abrió los ojos, mientras la luz azul s« hacía más tenue sobre su rostro. La mirada de la joven se posó en él, tímida, seria, tan directa que Bard se preguntó, avergonzado, si la joven podría haber leído sus pensamientos.

-No están lejos, *vai dom* -se limitó a decir ella, con voz neutra-. A tres horas más allá de esas montañas -señaló, pero las montañas de las que hablaba resultaban invisibles bajo la densa nieve-. Han acampado porque ha caído más nieve allí, y más espesa, y sus carros no pueden moverse. Están enterados hasta los ejes de las ruedas, y los animales de tiro no consiguen moverlos. Uno se rompió una pata, y los otros, mientras estaban uncidos, salieron de estampida y se cocearon entre sí casi hasta matarse. Si seguimos avanzando como hasta ahora, llegaremos allí poco después del mediodía.

Bard fue a transmitir la noticia a sus hombres y vio que la novedad no disminuía el enfurruñamiento.

-Eso significa que deberemos luchar en nieve profunda. Además, ¿qué haremos con la caravana cuando la capturemos, si sus bestias de tiro no pueden marchar? -inquirió ásperamente un viejo veterano-. Sugiero que acampemos aquí y esperemos que la nieve se derrita, así todo nos resultará más fácil. ¡Si no pueden moverse, sin duda nos esperarán!

-Nos quedaremos sin provisiones y sin pienso para los caballos -objetó Bard-, y es una ventaja combatir cuando nosotros podemos decidirlo. ¡Vamos, dirijámonos allí tan pronto como sea posible!

Siguieron avanzando, mientras la nieve continuaba cayendo. Bard observó a los *leroni* vestidos de gris,

frunciendo el ceño. Por fin se adelantó y preguntó maese Gareth:

-¿Cómo protegeremos a las mujeres durante £ combate, señor? No podemos prescindir de un hombre para que las defienda.

-Ya te lo dije antes -respondió maese Gareth- Estas mujeres son *leroni* entrenadas. Saben cuidar de s mismas. Melora ya ha estado antes en combate, y aun que Mirella no, no temo por ella.

-Sin embargo, los hombres con quienes combatí remos están acompañados por mercenarios de las Ciudades Secas -arguyó Bard-. Si llegan a tomar prisioneras a tu hija y a tu hija adoptiva, sean o no *leroni, leí* pondrán cadenas y las venderán en algún burdel de Daillon.

-No temas por nosotros, *vai dom* -dijo suavemente Melora, que cabalgaba cerca de ellos, montada en su asno. Se llevó la mano a la pequeña daga que llevaba a la cintura, debajo de la capa-. Mi hermana y yo no caeremos en manos de los de las Ciudades Secas con vida.

Su tono reposado y tranquilo provocó un escalofrío a Bard. Curiosamente, el tono le resultaba familiar. También él sabía que con cada

combate debía enfrentarse con la muerte o con algo peor, lo había sabido desde muy joven, y el tono de la voz de Melora le recordó sus primeras batallas. Descubrió que estaba sonriéndole a la mujer, una sonrisa tensa, espontánea.

-Que la diosa no permita que lleguemos a eso, *damisela.* Pero ignoraba que había mujeres capaces de tomar estas decisiones, ni de ser valientes en la guerra.

-No es valentía -explicó Melora con su dulce voz-, sino que temo más a las cadenas y a los burdeles de Daillon que a la propia muerte. Me han enseñado que la muerte es la puerta de entrada a otra vida mejor,

y la vida no tendría sentido para mí si fuera una ramera encadenada en Daillon. Además, mi daga es muy afilada, de modo que podría poner fin a mi vida rápidamente, sin mucho dolor. Creo que tengo bastante miedo del dolor, pero no de la muerte.

-Oh -exclamó él, frenando su caballo para cabalgar a la par del asno de Melera-, debería usarte para alentar a mis hombres, dama Melora. No sabía que las mujeres fueran capaces de semejante valentía.

Descubrió que estaba preguntándose si Carlina sería capaz de hablar de este modo en camino a una batalla. No lo sabía. Nunca se le había ocurrido preguntárselo.

Ahora pensó que había conocido a muchas mujeres íntimamente desde que tenía quince años. Sin embargo, de repente le parecía que en realidad sabía muy poco de cómo eran las mujeres. Había conocido sus cuerpos, sí, pero nada más; no se le había ocurrido que alguna mujer podía resultarle interesante, salvo para copular con ella.

A pesar de todo, recordaba que, cuando todos ellos eran niños, él había hablado con Carlina tan libremente como con cualquiera de sus hermanos de crianza, había pasado mucho tiempo con ella, se había enterado de cuáles eran sus comidas favoritas, los colores que más le gustaban para sus vestidos y cintas, había conocido su miedo a los búhos y los insectos nocturnos, su disgusto por el potaje de nueces y la torta de semillas, cómo se aburría cuando debía pasar largas horas cosiendo, el desagrado que le causaban los vestidos de color rosa y los zapatos con tacones muy altos; la había consolado por las callosidades que aparecieron en sus dedos a consecuencia de tocar el *rryl* y el arpa alta, y la había ayudado con sus lecciones.

No obstante, al convenirse en un hombre, cuando empezó a pensar en las mujeres en términos de lujuria,

se había alejado de Carlina y no sabía en qué clase de mujer se había convertido aquella niña.

Y lo que ahora le parecía peor, en realidad no le había importado; sólo había pensado en ella como su futura esposa. Últimamente había pensado mucho en acostarse con ella, pero por algún motivo no se le había ocurrido conversar con su prometida, simplemente conversar con ella como lo estaba haciendo con esta extraña *leronis,* poco agraciada y de suave voz.

Resultaba inquietante: no tenía particular interés en acostarse con aquella mujer. En realidad, la idea más bien le repelía: era gorda, tan desmañada y vulgar; era una de las pocas mujeres que había conocido que no despertaba en lo más mínimo su virilidad.

No obstante, deseaba seguir hablando con ella; de manera extraña, se sentía más próximo a ella de lo que se había sentido durante muchos años con cualquier persona, salvo con sus hermanos de crianza. Miró hacia delante, hacia donde cabalgaba Mirella, silenciosa, distante y encantadoramente hermosa. Como antes, sintió la súbita agitación del deseo, y acto seguido volvió a mirar a la sólida y desmañada Melora, a horcajadas sobre su asno como si fuera -otra vez la despiadada comparación- un saco de patatas.

¿Por qué, se preguntó, la bella Mirella no podía tener una voz tan suave y mostrarse tan cálida y amistosa como esta otra? ¿Por qué él no podía cabalgar a su lado mientras ella lo miraba con interés y comprensión? El cabello de Melora era casi del mismo color que el de Mirella, y detrás de sus mejillas regordetas, de luna llena, se atisbaba la misma estructura ósea delicada.

-Bien, vosotras dos os parecéis mucho. ¿Es ella tu hermana o medio hermana?

-No -respondió Melora-, pero somos parientes; su madre es mi hermana mayor. Tengo otra hermana que también es *leronis...* todos nosotros tenemos el don del *laran.* ¿No eres tú el hijo de don Rafael di Asturien? Bien, entonces, mi hermana menor, Melisendra, es una de las damas de tu madrastra; fue a servir a doña Jerana tres estaciones atrás. ¿Nunca la has visto allí?

-No he estado en mi hogar desde hace muchos años -replicó Bard sucintamente.

-Ah, eso es triste -observó ella con cálida comprensión, pero Bard prefirió abandonar este tema.

-¿Has estado antes en combate y por eso pareces tan serena y sin temor?

-Bien, sí, estuve junto a mi padre en la batalla de Snow Glen, con los pájaros centinelas. Vi cuando te entregaron el estandarte del rey.

-No sabía que había mujeres allí, ni siquiera entre los *leroni.*

-Sin embargó, yo te vi -repitió ella-. Y no era la única mujer presente. Había un destacamento de renunciantes, las mujeres que hacen el juramento de la Hermandad de la Espada, y también ellas lucharon con valentía. Si hubieran sido hombres, hubieran ganado honores y los elogios del rey, igual que tú. Cuando los enemigos quebraron el flanco sur e irrumpieron con sus hachas, ellas los contuvieron con los escudos hasta que los jinetes a las órdenes del capitán Syrtis llegaron a auxiliarlas. Dos resultaron muertas y una perdió una mano, pero defendieron el flanco al que estaban asignadas.

Bard hizo una mueca de disgusto.

-He oído hablar de las renunciantes. ¡No sabía que el rey Ardrin pudiera condescender a utilizarlas en una batalla! Ya es suficientemente malo que compartan con los hombres la vigilancia de los incendios. ¡No creo que el lugar de una mujer esté en el campo de batalla!

-Tampoco yo -admitió .Melora-. Pero tampoco pienso que el lugar de un hombre esté en el campo de batalla, ni tampoco lo cree así mi padre. Él

preferiría quedarse en casa, tocando la laúd y el *rryl,* usando las piedras estelares para curar a los enfermos y extraer metales de la tierra. Pero mientras haya guerra, debemos luchar como lo ordena nuestro rey y señor, maese Bard.

Bard sonrió amablemente.

-Las mujeres no comprenden estas cosas. La guerra es un asunto de hombres y los hombres nunca son tan felices como cuando están en combate, creo, pero las mujeres deberían quedarse en casa, para componer canciones y curar nuestras heridas.

-¿Verdaderamente piensas que la ocupación de un hombre es luchar? -preguntó Melora-. Bien, pues yo no, y espero que llegue el día en que los hombres estén tan alejados de la guerra como tú deseas que estén todas las mujeres.

-Soy un soldado, *damisela* -alegó Bard-. En un mundo de paz femenina, no tendría lugar ni ocupación. Pero si amas tanto la paz, ¿por qué no les dejas la guerra a los hombres, que pueden disfrutar con ella?

-Porque no conozco muchos hombres que verdaderamente gocen de ella -le replicó ella animosamente.

-Yo sí, *damisela*

-¿ De verdad ? ¿ No será que, en resumidas cuentas, nunca has tenido muchas oportunidades para otras cosas? -preguntó Melora-. Hubo una época en que todas estas tierras estaban en paz, bajo el gobierno de los reyes Hastur; pero ahora tenemos un centenar de pequeños reinos, que luchan año por medio porque no pueden ponerse de acuerdo. ¿De verdad piensas que así debe ser el mundo?

-El mundo marchará como quiera, dama Melora, y no como tú o yo deseemos -respondió Bard, sonriendo.

-Pero el mundo marcha según el ritmo que le imprimen los hombres. Sin duda los hombres podrían hacerlo marchar de otro modo, si tuvieran suficiente valor.

Él le sonrió. En realidad, ahora le parecía bonita, con sus ojos animados, su rostro redondo de luna llena arrugado como la crema fresca. Advirtió que, a su manera, ella tenía una presencia cálida y sensual; sin duda no gemiría como esa estúpida muñeca, Lisarda, sino que le hablaría animadamente.

-Sería un mundo mejor si de ti dependiera, dama Melora. Tal vez sea una lástima que las mujeres no tengan parte en las decisiones que configuran a nuestro mundo.

Beltrán se acercó a él. Disculpándose, Bard fue a reunirse con el príncipe.

-Maese Gareth dice que están acampados más allá de aquel bosque -informó-. Deberíamos detenernos aquí y dejar que descansen los caballos y que los hombres coman bien. Después, ya que una de las mozas tiene el don de la Vista, podríamos averiguar cuál es la mejor manera de atacarles.

-Muy bien -asintió Bard, y dio las órdenes necesarias para que los hombres se dispusieran en círculo, atentos a cualquier posible ataque, ya que no era imposible que los de las Ciudades Secas, al saber que estaban

detenidos en un lugar para atacar, salieran a su encuentro para tomar la iniciativa.

-Es posible -dijo Beltrán-, aunque no es probable. Por así decirlo, la nieve les gusta todavía menos que a nosotros. Además, tienen que defender la caravana. -Desmontó y buscó un saco de pienso para alimentar a su caballo-. Veo que estabas cortejando a

una de nuestras *leroni.* ¡Sin duda debes de ser un mujeriego incorregible para encontrar en tu corazón una palabra dulce para esa vaca! ¡Qué estúpida parece!

Bard meneó la cabeza.

-Oh, es bastante atractiva, a su manera, y su voz resulta muy dulce. A pesar de lo que se pueda decir de ella, está muy lejos de ser estúpida.

-¡Al verte, empiezo a creer que el viejo proverbio es cierto, aquel que asegura que todas las mujeres son iguales con la luz apagada! -respondió Beltrán con una risa sardónica-. Desde luego, eres capaz de arrimarte a cualquier cosa con faldas. ¿Estás tan desesperado por tener compañía, que anhelas poseer a una *leronis* gorda y fea?

-Te doy mi palabra de que no anhelo poseerla -espetó Bard, exasperado-. En este momento, sólo pienso en la batalla que nos espera en esa colina, y si deberemos enfrentarnos también con fuego perpetuo y hechicería. Fui cortés con ella porque es la hija de maese Gareth, nada más. ¡En nombre del cielo, hermano de crianza, presta atención a nuestra misión, no a mis desdichas con las mozas!

Su casco pendía de la montura. Lo cogió, se lo ajustó en la cabeza con una cinta de cuero y quitó del medio meticulosamente su trenza de guerrero.

Sin prisa, Beltrán imitó su ejemplo. Tenía el rostro pálido y por un momento Bard sintió simpatía por él, al recordar la conversación de la noche anterior; pero ahora no disponía de tiempo para eso.

Cabalgó hacia atrás para revisar las filas y el equipo de los hombres. Mientras tanto, dirigía una palabra a cada uno. Sentía el estómago tenso, como siempre que se preparaba para el peligro.

-Nos acercaremos tanto como podamos a la cima de la colina sin que nos descubran, y esperaremos allí hasta que maese Gareth nos dé la señal. Entonces cargaremos sobre ellos tan rápido como podamos, tratando de tomarlos por sorpresa.

-¡Si es que todos sus *laranzu'in* están dormidos! -gruñó uno de los hombres.

-Si nos están vigilando por medio de pájaros centinelas o hechicería, tal vez no podamos sorprenderlos totalmente -admitió Bard-. Sin embargo, no pueden saber de antemano cuántos somos, ni con cuánto esfuerzo lucharemos. Recordad, soldados, que son mercenarios de las Ciudades Secas, y esta guerra no significa nada para ellos. Además, la nieve es nuestra mejor aliada, ya que esos hombres no están acostumbrados a ella.

-Tampoco nosotros -masculló un hombre desde las filas-. ¡Los hombres cuerdos no combaten bajo la nieve!

-¿Prefieres que este fuego perpetuo llegue a destino? Si ellos son capaces de transportar fuego perpetuo en invierno, nosotros bien podemos

capturarlo -arguyó Bard con aspereza-. Muy bien, soldados, basta de charla por ahora, ellos pueden oírnos y quiero sorprenderlos dentro de lo posible. -Se adelantó hacia maese Gareth y le dirigió unas breves palabras-: Trata de ver cuántos hombres están custodiando los carros.

Maese Gareth señaló a Mirella.

-Ya lo he hecho, señor. No puede contar más de cincuenta; es decir, aparte de los conductores, que tal vez llevarán armas, pero que seguramente estarán ocupados con las bestias.

Bard asintió. Llamó con un gesto a dos hombres experimentados, los mejores jinetes de todo el grupo.

-Vosotros dos, antes de que carguemos, debéis cubrirnos con los escudos y cabalgar hacia el principio de la caravana; soltad las bestias y tratad de espantarlas en estampida hacia atrás, hacia el resto de la caravana.

Eso creará mayor confusión. Id con cuidado, pueden disparar flechas.

Los soldados asintieron. Eran hombres hábiles, veteranos de muchas campañas, y cada uno de ellos llevaba una cuerda roja alrededor de la trenza de guerrero. Uno de ellos se puso el casco y sonrió, aprestando la daga que llevaba pendiendo del cinturón.

-Para este trabajo, ésta es mejor que una espada -comentó.

-Maese Gareth -dijo Bard-, ya has llevado a cabo tu parte, y la has realizado bien. Puedes quedarte aquí con las mujeres. En cualquier caso, no es necesario que nos acompañen en la carga. Si nos lanzan hechizos, serás necesario para invocar un contrahechizo de su brujería, pero serías inútil en combate.

-Señor -intervino el *laranzu*-, sé muy bien cuál es mi papel en combate. Y también lo saben mi hija y mi hija de crianza. Con todo respeto, señor, ocúpate de tus soldados y deja lo demás en mis manos.

Bard se encogió de hombros.

-Es entonces responsabilidad tuya, señor. No tendremos tiempo de ocuparnos de ti cuando comience el combate.

Sus ojos se cruzaron con los de Melora y de repente le perturbó la idea de que ella entraría en lo más denso del combate desarmada, salvo por su daga, y montada en su pequeño asno. Pero ¿qué podía hacer? Ella había dejado perfectamente claro que no necesitaba en absoluto la protección de Bard.

No obstante, la miró preocupado, sintiendo que su temor por ella crecía. Latía en su interior, como un ser vivo, un terror irracional y salvaje. Vio la carne de ella cortada, separada de sus huesos, la vio encadenada, arrastrada, mientras los bandidos de las Ciudades Secas se aprovechaban de su cuerpo mutilado, vio a su hermano de crianza Beltrán alcanzado por una espada. Se

escuchó gemir de terror. Uno de los hombres, desde las filas, soltó un grito agudo y estridente, de absoluto pánico.

-Ah, no... Mira cómo vuela, ese demonio...

Bard levantó la vista y descubrió la oscuridad que se cernía sobre ellos, con garras, terrible, bajando cada vez más. Oyó el grito de Mirella, las llamas llovieron sobre ellos y él se encogió al sentir el aliento del fuego...

De pronto volvió a la realidad: no había olor a quemado.

-Mantened las filas, soldados -gritó-. Es una ilusión, un espectáculo para asustar a los niños. ¡Nada peor que los fuegos artificiales del Solsticio de Verano! Vamos, soldados, ¿esto es lo mejor que pueden hacer contra nosotros? Si pudieran, provocarían un verdadero incendio en el bosque, pero esto no quema a nadie. ¡Nadie arderá entre toda esta nieve! ¡Adelante! -gritó, sabiendo que la acción era el mejor sistema para derrotar los espejismos-. ¡A la carga! ¡Bajad la colina, hombres!

Espoleó a su caballo, sintió que partía al galope, llegó a la cima de la colina y miró hacia abajo, donde por fin avistó los carros. Había cuatro, y vio a sus hombres que llegaban a galope tendido para cortar las riendas de las bestias de tiro y azotarlas con grandes látigos. Bramando, los animales huyeron al galope; uno de los carros se balanceó y cayó, para acabar estrellado.

Un mercenario de las Ciudades Secas, un hombre alto y pálido, con cabello rubio largo y suelto, se irguió con una gran lanza, apuntando al caballo de Bard. Éste se agachó y descargó un mandoble de su espada. Por el rabillo del ojo vio que Beltrán atropellaba a otro con su caballo, y el hombre se tambaleó, cayó y gritó bajo los cascos de la montura de su hermano de crianza. Después perdió de vista a Beltrán al recibir el ataque simultáneo de tres mercenarios de las Ciudades Secas.

Nunca consiguió recordar aquella batalla: sólo el ruido, la sangre derramándose sobre la nieve, el frío que cortaba el aliento y la incesante nevada.

En algún momento, su caballo tropezó y él cayó y se encontró luchando a pie. No tenía idea de la cantidad de hombres que había derrotado, y tampoco sabía si los había matado o si simplemente los había dejado fuera de combate. En otro momento vio a Beltrán acosado por dos enormes mercenarios. Corrió a través de la nieve, sintiendo que se le empapaban las botas, desenvainó la daga y dio cuenta de uno de los hombres; después la batalla volvió a separarles. Más tarde se encontró de pie en el primer carromato, gritando a sus hombres que se reunieran y tomaran los carros; a su alrededor crecían los ruidos del combate, el entrechocar de las espadas y las dagas, los gritos de los heridos y de los caballos agonizantes.

Después todo quedó en calma y Bard vio a sus hombres que se acercaban a los carros a través de la nieve, reuniéndose en torno a ellos. Descubrió con alivio que Beltrán seguía erguido, a pesar de que la sangre manaba sobre su rostro. Envió a uno de sus hombres a contar los muertos y los heridos, y fue a inspeccionar los carromatos en compañía de maese Gareth. Pensó lo estúpido que se sentiría si aquellos barriles llegaran a contener frutos secos para las cocinas del ejército, en vez del fuego perpetuo que le habían prometido.

Subió a uno de los carromatos y con prudencia levantó la tapa de un barril. Olfateó el olor acre y amargo, y asintió sombríamente. Sí, era fuego perpetuo, aquella maligna sustancia que, una vez encendida, seguía incendiando todo lo que tocara, ardiendo sobre la ropa, sobre la carne y sobre los huesos... En la naturaleza, eso no ocurría normalmente; era producto de la brujería.

Él y sus hombres habían tenido suerte: probablemente los mercenarios de las Ciudades Secas pensaron que no se encendería bajo la nieve. O tal vez no les habían dicho qué transportaban. A veces se usaban flechas con la punta sumergida en fuego perpetuo para arrojarlas contra los caballos en el campo de batalla; una treta indigna de soldados, ya que los caballos, enloquecidos por la quemadura, corrían desesperadamente y sin gobierno, haciendo más daño que un incendio.

Ordenó a media docena de hombres sin heridas de gravedad que custodiaran los carromatos, agregando que debían obedecer a maese Gareth. Vio entonces con alivio que Melora estaba indemne, aunque tenía el rostro manchado de sangre.

-Un hombre se lanzó contra mí, y lo apuñalé. Es su sangre, no la mía -explicó ella suavemente.

Bard ordenó a otros tres soldados que reunieran a los caballos sueltos. De los mercenarios de las Ciudades Secas que no habían huido, los que sufrían heridas graves recibieron una muerte rápida. Los que todavía podían cabalgar, o correr, habían escapado.

Estaba a punto de hacer el inventario final de cuántas bestias de carga quedaban -pues no podrían mover los carros sin ellas-, cuando oyó un súbito alarido detrás de él, y Bard se encontró frente a un mercenario que corría a atacarlo premunido de espada y daga.

Evidentemente, el hombre había estado oculto detrás de los carromatos. Sangraba copiosamente de una herida en la pierna, pero paró la estocada de Bard y lanzó su daga contra él. Bard logró zafarse, soltando la espada y desenvainando de un manotazo su propia daga. Ambos hombres se unieron en un abrazo mortal,

debatiéndose, girando, con las dagas en ristre, rozando la garganta de Bard. Con su mano libre, la de la espada, Bard hizo saltar ambas dagas, cogió la suya al vuelo y la clavó con fuerza entre las costillas del hombre. £1 mercenario aulló, todavía debatiéndose, y murió.

Estremecido, todavía aturdido por el golpe del sorpresivo ataque, Bard recogió su espada y la envainó; después se agachó para recuperar la daga del cuerpo del hombre, pero estaba atascada en una de las vértebras. Por más que tiró, el arma se negó a salir.

-Enterradle con ella -resolvió finalmente, con una carcajada triste-. Que la lleve consigo a los infiernos de Zandru. A cambio, tomaré su daga.

Recogió el arma del mercenario de las Ciudades Secas, una daga bellamente ornamentada con hoja de metal oscuro y empuñadura de cobre con gemas verdes engarzadas. Bard la miró apreciativamente.

-Era un hombre valiente -comentó, y envainó la daga en su cinturón.

Tardaron el resto del día en reunir todos los carros y las bestias de tiro, y sepultar a los tres hombres que habían perdido. Había otros siete heridos de diferente gravedad; Bard sabía que uno de ellos no lograría sobrevivir el largo camino de regreso a Asturias en invierno. Maese Gareth tenía una herida en el muslo, pero afirmó que probablemente estaría en condiciones de montar al día siguiente.

Y sin un momento de tregua, con despiadado silencio y justicia, la nieve siguió cayendo. El breve día de otoño se convirtió en noche muy temprano. Los hombres de Bard revisaron los carros en busca de las mejores provisiones

y prepararon un banquete. Una de las bestias de tiro se había quebrado una pata, y uno de los hombres, que tenía experiencia como carnicero, la mató y la descuartizó adecuadamente, para prepararla asada. Los mercenarios de las Ciudades Secas llevaban además

mucho vino, el licor dulce, pesado y traicionero de Ardcarrán, y Bard autorizó a sus hombres para que bebieran todo lo que quisieran, ya que el pájaro centinela y la Vista de Mirella habían confirmado que no había enemigos en los alrededores. Todos se sentaron para entonar canciones belicosas y se jactaron de lo que habían hecho en combate, y Bard se sentó y los observó.

Melora, de pie detrás de él, envuelta en su manto gris, comentó:

-Me pregunto cómo pueden reunirse de esta manera, a reír y cantar, después de un día de matanza y sangre, cuando algunos de sus amigos, e incluso sus enemigos, yacen muertos.

-Oh, *damisela,* no me digas que tienes miedo de los espectros de la muerte. ¿Crees que los muertos nos rodean, celosos porque los vivos se divierten?

Ella meneó silenciosamente la cabeza.

-No. Pero para mí éste es un momento de duelo.

-Tú no eres un soldado, señora. Para un soldado, cada batalla a la que sobrevive constituye una ocasión de regocijo por seguir con vida. Y por eso festejan, y cantan, y beben, y si estuviéramos en un ataque del ejército completo, no en una misión aislada como ésta, también se entregarían al placer con las soldaderas, o con las mujeres de la población más cercana.

-Al menos no hay poblaciones cerca, que podrían sufrir el pillaje y las violaciones... -comentó ella, estremeciéndose.

-Pero, *damisela,* si los hombres se enfrentan al peligro de muerte, porque así es la guerra, ¿por qué las mujeres tendrían que ser inmunes a la suene? La mayoría de las mujeres lo aceptan con bastante tranquilidad -observó Bard, riendo, y advirtió que ella no se reía ni desviaba la mirada, como habría hecho la mayoría de las mujeres, fingiendo consternación o sintiendo auténtico pesar ante sus palabras.

-Supongo que así es; la excitación, el alivio de estar con vida y no muerto, la conmoción general de la batalla... -se limitó a decir con suavidad Melora-. No lo había pensado. Yo no lo hubiera aceptado tranquilamente si hubieran triunfado los de las Ciudades Secas, sin embargo. Me alegra que no haya sido así; me alegra mucho estar todavía con vida.

Melora estaba de pie tan cerca de él que Bard percibió el leve perfume de su cabello y su capa.

-Tenía miedo -agregó ella-, de que si la batalla no nos favorecía, yo no fuera capaz de matarme, y de que llegara a aceptar... la esclavitud, la violación antes que la muerte. La muerte me pareció muy horrible mientras veía cómo fallecían los hombres.

Él se volvió y le cogió una mano; ella no protestó.

-Me alegra que todavía estés con vida, Melora -le dijo Bard en voz baja.

-También yo -respondió ella, en voz igualmente baja.

Él la abrazó y la besó, sorprendiéndose de la suavidad de aquel cuerpo redondeado y aquellos pechos plenos contra su propio cuerpo. Sintió que ella se entregaba completamente al beso, pero enseguida se apartó un poco.

-No, te lo ruego, Bard. No aquí, ni de esta manera, con todos tus hombres alrededor. No te rechazaría, te doy mi palabra de eso, pero no quiero que sea así; me han dicho... que no está bien...

Bard la soltó de mala gana.

Podría amarla con mucha facilidad, pensó. No *es bonita, pero es tan cálida, tan dulce...*

Y de repente lo invadió toda la excitación que había acumulado durante el día. Sin embargo, sabía que ella tenía razón. Donde no había mujeres accesibles para los demás hombres, era absolutamente contrario a las costumbres y a la decencia que el comandante disfrutara de una mujer. Bard era un soldado y sabía muy bien que no debía concederse privilegios que sus hombres no pudieran compartir.

La buena voluntad de ella empeoraba aún más las cosas. Nunca antes se había sentido tan próximo a una mujer.

Sin embargo exhaló un profundo suspiro de resignación.

-La suerte de la guerra, Melera. Tal vez... algún día...

-Tal vez -asintió ella con suavidad, mientras le entregaba la mano y lo miraba a los ojos.

A él le pareció que nunca había deseado tanto a una mujer. Junto a ella, todas las mujeres que había conocido parecían niñas; Lisarda no era más que una chiquilla jugando a las muñecas, e incluso Carlina le resultaba infantil e inmadura. No obstante, para su propia sorpresa, no sentía deseos de seguir delante con la cuestión o de forzarla. Sabía perfectamente que podía someterla a una compulsión, para que ella, sin que los hombres la descubrieran, acudiera a la cama de Bard cuando todos durmieran en el campamento. No obstante, la idea misma lo colmaba de repulsión. La quería tal como era, toda ella, deseándolo por propia voluntad. Sabía que si sólo poseía si cuerpo, todo lo que la hacía ser Melora desaparecería. Su cuerpo, después de todo, sólo era el de una mujer gorda y desmañada, joven pero ya floja y estirada. Si la sentía como una mujer infinitamente deseable era por algo más, y durante un momento quedó perplejo y alzó la mirada.

-¿Me has sometido a un hechizo, Melora? -le espetó.

Ella alzó las manos para acariciar el rostro de Bard. Los dedos regordetes se cerraron alrededor de las mejillas de él con gran ternura y lo miró directamente a los

ojos. Al otro lado del fuego, los hombres entonaban una canción picaresca:

Veinticuatro *leroni* fueron a Ardcarrán, Y cuando regresaron ya no podían usar su *laran...*

-Oh, no, Bard -respondió Melora muy suavemente-. Es tan sólo que nos hemos tocado, tú y yo; hemos sido honestos el uno con el otro, y eso es algo poco frecuente entre un hombre y una mujer. Te quiero bien; me

gustaría que las cosas fueran diferentes, que estuviéramos en algún otro lugar esta noche.

Ella se inclinó un poco y rozó los labios de Bard con los suyos, muy levemente, no con deseo sino con una ternura que lo conmovió más que la pasión más salvaje.

-Buenas noches, mi querido amigo.

Él le apretó los dedos y luego la dejó ir. Mientras Melora se alejaba, la observó con un pesar y una tristeza que eran nuevos para él.

Vinieron todos los caminantes,
ya no cabía allí ni un alfiler;
Y vimos cómo lo hacían, colgados
de las vigas.
Veinticuatro granjeros, cargando saco
de nueces,
separarlos no consiguieron.

-Parece que se están divirtiendo -comentó Beltrán detrás de él-. Tienen algunos versos nuevos que nunca había oído -rió-. Recuerdo cuando nuestros tutores nos azotaron por copiar esos versos obscenos en el cuaderno de Carlina.

Bard, contento de tener otra cosa en qué pensar, respondió:

-Recuerdo que les dijiste que eso demostraba que las niñas no debían aprender a leer.

-Pero sin duda yo hubiera preferido dejar la lectura para las mujeres, que no tienen nada más que hacer -agregó Beltrán-, aunque se supone que tendré que firmar documentos de estado y cosas así.

Se inclinó sobre Bard; su aliento era dulce y alcohólico y Bard se dio cuenta de que el joven había estado bebiendo, tal vez incluso un poco más de lo aconsejable.

-Es una buena noche para emborracharse -comentó Beltrán.

-¿Cómo está tu herida?

-¡Herida! ¡Un cuerno! -rió Beltrán entre dientes-. Mi caballo se desbocó galopando colina abajo, y yo me deslicé de la montura y me golpeé la cara contra la silla de montar. Me sangró la nariz, y por eso combatí con sangre en el rostro. Supongo que tenía un aspecto aterrador.

Se deslizó dentro de la tienda de Bard, que tenía el extremo abierto hacia el fuego, y se sentó allí. La tela impermeable los protegía de la nieve.

-Al fin parece estar amainando.

-Tendremos que averiguar si alguno de los hombres sabe guiar carromatos y manejar las bestias de tiro.

Beltrán soltó un tremendo bostezo.

-Ahora que todo acabó, creo que podría dormir durante diez días. Mira, todavía es temprano, pero la mayoría de los hombres están tan borrachos como monjes el día del Solsticio de Invierno.

-¿Y qué otra cosa esperas que hagan, si no hay mujeres a mano?

Beltrán se encogió de hombros.

-No les niego su placer, Bard. Pero entre tú y yo, casi me alegra que no haya mujeres. Recuerdo que

después de la batalla de Snow Glen, un grupo de soldados jóvenes me arrastró a un burdel de la ciudad... -Hizo un mueca de disgusto-. No me gustan esos juegos.

-Yo mismo prefiero compañeras de lecho bien dispuestas, no mujeres mercenarias -coincidió Bard-, aunque, después de una batalla como ésta, no sé si reconocería la diferencia.

Sin embargo, interiormente sabía que no estaba diciendo la verdad. Esta noche deseaba a Melora, y aun cuando tuviera para elegir a las más bellas cortesanas de Thendara o de Carcosa, hubiera seguido prefiriendo a Melora. ¿La hubiera preferido también a Carlina? Descubrió que no deseaba pensar al respecto. Carlina era su futura esposa, algo muy distinto.

-No has bebido lo suficiente, hermano de crianza -observó Beltrán, quien le entregó una botella.

Bard se la llevó a los labios y bebió largamente, contento de sentir que el fuerte vino hacía más difusa la conciencia de que Melora y él se habían deseado mutuamente, que él, sorprendido de sí mismo, la había dejado ir. ¿Lo habría despreciado ella, considerándolo un muchacho inexperto que temía imponer su voluntad a una mujer? ¿Estaría burlándose de él? No, él podría apostar toda su virilidad a que Melora era honesta.

Uno de los hombres estaba tocando el *rryl.* Llamaron a gritos a maese Gareth, para que fuera a cantar para ellos, pero quien se acercó silenciosamente desde la tienda fue Melora.

-Mi padre os ruega que lo disculpéis -dijo-. Sufre mucho dolor debido a su herida, y no puede cantar.

-¿No quieres venir a compartir nuestro vino, señora? -le preguntaron, pero con tono muy respetuoso.

Melera meneó la cabeza.

-No, pero le llevaré una copa a mi padre, si me lo permitís. Tal vez eso lo ayude a dormir. Yo y mi pariente debemos cuidar de él, y por eso no beberemos. A pesar de ello, os lo agradezco.

Sus ojos buscaron a Bard, sentado en las sombras del otro lado del fuego, y a él le pareció percibir en ellos una tristeza nueva.

-Creía que su herida no era grave -dijo Bard.

-A decir verdad, también yo -dijo Beltrán-, aunque he oído decir que a veces los de las Ciudades Secas ponen alguna clase de veneno en la hoja de sus armas. Sin embargo, nunca he oído decir que alguien muriera por eso-

Una vez más bostezó profundamente.

Los hombres reunidos alrededor del fuego cantaron una balada tras otra. Por fin el fuego se extinguió y fue cubierto, y los hombres, en grupos de dos, tres o cuatro para defenderse del frío, se acostaron envueltos en sus mantas.

Silenciosamente, Bard se dirigió a la tienda que compartían las mujeres, donde ahora también se encontraba el hombre herido.

-¿Cómo está maese Gareth? -preguntó, agachándose ante la entrada.

-La herida está muy inflamada, pero él duerme ahora -susurró Mirella, arrodillada en la entrada-. Te agradezco tu preocupación.

-¿Está ahí Melora?

Mirella lo miró con ojos grandes y graves, y él supo repentinamente que Melora había confiado en ella. ¿O acaso la más joven le habría leído los pensamientos a la otra?

-Está durmiendo, señor -respondió Mirella, vacilando. Luego añadió rápidamente-: Lloró hasta dormirse, Bard.

Sus miradas se cruzaron con simpatía y calidez. Ella le rozó levemente la mano. Él descubrió que tenía un nudo en la garganta.

-Buenas noche, Mirella.

-Buenas noches, amigo mío -se despidió ella suavemente, y él advirtió que la joven no estaba utilizando la palabra con ligereza.

Colmado de una extraña mezcla de amargura y calor, Bard se alejó, de regreso hacia la hoguera del campamento y el oscurecido toldo que compartía con Beltrán.

En silencio se desató las botas, el cinturón del que pendía su espada, y se quitó también la daga que llevaba a la cintura.

-Eres *bredin* de un bandido de las Ciudades Secas, Bard -rió Beltrán en la oscuridad-. Ya que habéis intercambiado las dagas...

Bard sostuvo la daga en la mano.

-Dudo que alguna vez combata con ella, pues es demasiado liviana para mí, pero está maravillosamente ornamentada, labrada con cobre y gemas, y es un verdadero trofeo de guerra; por eso la usaré en las grandes ocasiones y provocaré la envidia de todo el mundo. -Guardó el arma en el bolsillo de la tienda-. Pobre diablo, él tiene más frío que nosotros esta noche.

Se tendieron uno junto al otro. Bard pensaba en la mujer que había llorado hasta dormirse, al otro lado del campamento. Había bebido lo suficiente como para ahogar parte de su dolor, pero no todo.

-No tuve tanto miedo como creía -dijo Beltrán en la oscuridad-. Ahora que todo ha terminado, ya no parece tan aterrador...

-Siempre es así -respondió Bard-. Después, todo resulta sencillo, incluso estimulante... y todo lo que uno quiere es un trago, o una mujer, o ambas cosas...

-Yo no -replicó Beltrán-. Creo que en este

momento una mujer me daría asco, preferiría beber con mis camaradas. ¿Qué tienen que ver las mujeres con la guerra?

-Ah, bien, todavía eres joven -le dijo Bard afectuosamente, tomando la mano de su hermano de crianza.

Sin saber si la idea era suya o de Beltrán, un pensamiento fugaz cruzó por su cabeza:

Me gustaría que Geremy estuviera, con nosotros...

Al borde del sueño, recordó las noches en que los tres juntos habían dormido de esta manera, durante las excursiones de caza, durante la vigilancia contra incendios: los tentativos e infantiles experimentos a oscuras; recuerdos placenteros, amables, que atenuaban la herida y su dolor por Melora. Tenía amigos y camaradas fieles, hermanos de crianza que lo querían bien.

Prácticamente dormido, casi soñando, sintió que el cuerpo de Beltrán se aproximaba al suyo y que el joven susurraba:

-Yo... yo también te haría el juramento de lealtad, hermano de crianza... ¿Quieres que intercambiemos nuestros cuchillos?

Bard, bruscamente despierto por la consternación, se quedó mirándolo con fijeza y rompió a reír.

-¡Por la diosa! -exclamó brutalmente-. ¡Eres más joven de lo que creí, Beltrán! ¿Todavía crees que soy un muchacho que busca su placer con un compañero? ¿O supones que porque eres el hermano de Carlina te tomaré en lugar de ella?

No podía parar de reírse.

-Bien, bien... quién hubiera pensado... ¡que Geremy Hastur es todavía tan joven como para permitirse libertades con sus compañeros!

La palabra que utilizó era más brutal, de la peor jerga del ejército, y en la oscuridad escuchó la consternada y avergonzada exclamación de Beltrán.

-Bien, ignoro qué prefiere Geremy, Beltrán, pero a mí no me gustan esos juegos infantiles. ¿No puedes comportarte como un hombre?

Incluso en la oscuridad Bard advirtió que Beltrán se había ruborizado. El muchacho se ahogó, casi sollozando, y se incorporó para sentarse.

-¡Maldito seas, bastardo hijo de una ramera! Juro que te mataré por esto, Bard... -le espetó con un sollozo de ira.

-¿Cómo, del amor al odio con tanta celeridad? -se burló Bard-. Todavía estás borracho, *bredillu.* Vamos, hermanito, eso es tan sólo un juego, algún día crecerás y lo dejarás atrás. Acuéstate y vuelve a dormirte ahora, no seas tonto -aconsejó amablemente, ya que la sorpresa había cedido-. Todo está bien.

Pero Beltrán estaba muy erguido en la oscuridad, con el cuerpo rígido de furia.

-¡Tú te burlas de mí, tú...! -masculló entre dientes-. ¡Bard mac Fianna, te juro que las rosas crecerán en el noveno infierno de Zandru antes de que tú logres llevarte a Carlina a la cama!

Se levantó y se alejó a grandes zancadas, tras calzarse bruscamente las botas, Bard, consternado, se quedó mirándolo.

Repentinamente supo, como iluminado por un destello de la nieve que caía suavemente, que había cometido un grave error. Debería haber recordado lo joven que era Beltrán en realidad. Tendría que haberlo rechazado con mayor suavidad. Lo que el muchacho había pedido, sin duda, era tan sólo proximidad y afecto, y eso era lo mismo que había deseado Bard. No tendría que haber insultado la virilidad de Beltrán. Sintió un súbito impulso de levantarse y correr tras su hermano de crianza, de disculparse por haberse burlado de él y zanjar así la disputa.

Pero el recuerdo del insulto que le había lanzado Beltrán lo inmovilizó.

Me llamó *hijo de ramera, Bard mac Fianna, no Di Asturien, como me corresponde ahora por derecho.*

Aunque en su interior sabía que Beltrán simplemente le había soltado el primer insulto que se le había ocurrido, lo que la injuria tenía de verdadero lo hería de manera insoportable. Furioso, apretando los dientes,

volvió a acostarse. ¡Por él, que el príncipe Beltrán durmiera en los carromatos o entre los caballos!

La noche del Solsticio de Invierno, Ardrin de Asturias celebró su victoria sobre el duque de Hammerfell.

El invierno era inusualmente benigno y la gente acudió desde muy lejos. El hijo del duque estaba allí; lord Hammerfell lo había enviado para que creciera en la corte de Asturias… al menos eso se decía. Todos sabían, incluso el niño, que era un rehén para garantizar la paz entre Hammerfell y Asturias. No obstante, el rey Ardrin, que era un hombre amable, presentaba al muchacho como su hijo adoptivo, y saltaba a la vista que lo trataban muy bien y que le ofrecían lo mejor, desde tutores y gobernantes hasta lecciones de esgrima e idiomas, la educación adecuada para un príncipe. La misma educación, pensó Bard, mirando al niño vestido con su elaborado atavío festivo, que él mismo había recibido, junto a Geremy Hastur y el príncipe Beltrán.

-Sin embargo -dijo Carlina-, me da lástima ese niño, al que tan pequeño alejaron de su hogar. Tú eras mayor, Bard. Ya tenías doce años, y eras tan alto como un hombre. Cuántos años tiene el pequeño Garris… ¿ocho o nueve?

-Ocho, creo -respondió Bard, pensando que su propio padre podría haber venido, o si quería, podría

haber enviado a su hijo legítimo, el pequeño Alaric. No podía alegar el mal tiempo como excusa, y Alaric ya tenía edad suficiente como para enviarlo a otra casa a ser educado.

-¿Te gustaría bailar otra vez, Carlina?

-Creo que todavía no -contestó la joven, abanicándose.

Llevaba puesto un vestido verde, apenas poco más adornado que el que había usado en el Solsticio de Verano, para el compromiso; a Bard le pareció que el color no le sentaba bien porque le daba una apariencia pálida y demacrada.

Geremy se acercó a ellos.

-Carlie, todavía no has bailado conmigo. Vamos, Bard, ya has tenido lo tuyo, y Ginevra no está aquí. Ha ido a pasar la fiesta con su madre, y no estoy seguro de que regrese. Su madre ha tenido una disputa con la reina Ariel…

-¡Es una vergüenza que seas tan chismoso, Geremy! -exclamó Carlina, quien le propinó un golpecito juguetón con su abanico-. Estoy segura de que mi madre y lady Marguerida se reconciliarán muy pronto, y Ginevra regresará con nosotros. Bard, ve a bailar con alguna de las damas de mi madre. ¡No puedes quedarte toda la noche de pie a mi lado! ¡Hay muchas damas ansiosas de bailar con el portaestandarte del rey!

-La mayoría no quiere bailar conmigo. ¡Soy demasiado torpe! -dijo Bard enfurruñado.

-Sin embargo, no podemos pasarnos toda la noche aquí. Ve y baila con lady Dará. Es tan torpe que a su lado resultarás tan gracioso como un *chieri,* y ella ni se dará cuenta si la pisas, pues es tan gorda que no ha tenido relación directa con sus pies desde hace veinte años…

-¿Y tú me reprochas que sea chismoso, Carlie? -Geremy soltó una risita y tomó del brazo a su hermana de crianza-. Vamos a bailar, *breda.* ¿De modo que ya le das órdenes a Bard como si fuera tu esposo?

-Bien, prácticamente lo es -explicó Carlina con una risita-. ¡Creo que ya tenemos el derecho de darnos órdenes mutuamente!

Dedicó una alegre sonrisa a Bard y se alejó del brazo de Geremy.

Al quedarse solo, Bard no siguió el consejo de Carlina, ni fue a ofrecerle una danza a la desmañada lady Dará. Se dirigió a la mesa y se sirvió una copa de vino. El rey Ardrin y un grupo de consejeros se encontraban allí, y amistosamente hicieron lugar para que Bard se uniera a ellos.

-Que tengas un buen festival, hijo de crianza.

-Lo mismo para ti, pariente -dijo Bard.

Sólo en privado llamaba padre adoptivo al rey.

-He estado explicando a lord Edelweiss lo que me contaste acerca de la gente que vive cerca del Molino de Moray -dijo el rey-. Que tantas personas vivan sin un señor apropiado implica el caos y la anarquía. Cuando llegue el deshielo de primavera, creo que deberemos marchar y poner las cosas en orden allí. Si cada aldea reclama ser independiente y hacer sus propias leyes, habrá fronteras en todas partes y nadie podrá cabalgar medio día sin tener que someterse a leyes diferentes.

-El muchacho tiene una buena cabeza sobre los hombros -comentó Lord Edelweiss, un hombre canoso vestido como un petimetre.

Y Bard oyó que decía a sus espaldas:

-Es una lástima que tu hijo mayor no muestre ese mismo talento para la estrategia y la habilidad militares. Espero que al menos tenga alguna habilidad como estadista, ya que de lo contrario este otro muchacho tendrá el reino en sus manos antes de los veinticinco años.

-Bard es el devoto hermano de crianza de Beltrán; son *bredin* -alegó el rey Ardrin rígidamente-. En manos de Bard, no hay nada que temer por Beltrán.

Bard se mordió un labio, preocupado. Él y Beltrán apenas si se hablaban desde la secuela de aquella batalla; esta noche, Beltrán no le había hecho ningún regalo por el Solsticio de Invierno, aunque Bard meticulosamente había enviado al príncipe un huevo de su mejor halcón de caza, para que fuera empollado en la halconera del palacio. Era un regalo bien pensado, que en una situación normal habría provocado el deleite y el efusivo agradecimiento de su hermano de crianza. En realidad, parecía que Beltrán lo estaba eludiendo.

Una vez más, Bard maldijo su propia necedad por haber discutido con Beltrán. Resentido por su frustración, por la obligatoria separación de Melora -pues él sabía que ella lo había deseado tanto como él a la joven-, había ofendido a Beltrán porque el muchacho era el objeto más a propósito para descargar su furia. Pero en cambio, tendría que haber aprovechado la oportunidad para fortalecer su vínculo con el joven príncipe. ¡Caramba, echaba de menos la vieja intimidad! Bien, al menos Beltrán todavía no había envenenado a Geremy en su contra. Al menos eso esperaba. Resultaba difícil adivinar lo que ocurría detrás del rostro sombrío de Geremy, y aunque tal vez se tratara tan sólo de que Geremy echaba de menos a Ginevra, a Bard

eso le resultaba difícil de creer. No estaban comprometidos, y en realidad Ginevra no tenía un origen lo bastante aristocrático para convertirse en la pareja del heredero de los Hastur de Carcosa.

Tal vez esta noche buscara a Beltrán, le pediría disculpas y explicaría a su hermano de crianza por qué se había mostrado tan brusco con él. Su orgullo ultrajado se rebeló ante la simple idea. Pero una disputa seria y no zanjada con el príncipe podría perjudicar su

carrera, y si algunos de los consejeros del rey ya estaban preguntándose si Bard no se encontraría peligrosamente próximo al trono -después de todo, él era el hijo mayor del hermano del rey-, entonces sería mejor que se asegurara de que Beltrán no lo considerara una amenaza.

Pero antes de que pudiera llevar a cabo su decisión, una voz dijo amablemente a sus espaldas:

-Que tengas un buen festival, don Bard.

Bard se volvió para enfrentarse con el anciano *laranzu.*

-Lo mismo para ti, maese Gareth. Señoras -agregó, haciendo una reverencia a Mirella, que estaba encantadora con su vestido de gasa azul pálido, y a Melora, que llevaba un vestido escotado de color verde, con un collar alto. Como el vestido era tan suelto como el de una embarazada y ella era corpulenta, sin duda parecía estar esperando un bebé, pero el color resaltaba la tonalidad de su piel clara y hacía brillar su cabello rojo-. ¿No bailas, maese Gareth?

El anciano meneó la cabeza con una sonrisa de pesar:

-No puedo.

Bard advirtió que se apoyaba en un grueso bastón.

-Un recuerdo, señor -agregó el *laranzu*-, de aquel combate con los de las Ciudades Secas.

-Pero esa herida tendría que haber sanado hace mucho -comentó Bard, preocupado.

El otro se encogió de hombros.

-Me parece que la daga estaba envenenada; si el veneno no hubiera estado diluido por los combates anteriores, habría perdido la pierna -dijo maese Gareth-. La herida nunca se curó por completo, y ahora empiezo a pensar que no se curará nunca. Ni siquiera el *laran* ha bastado. Pero no me ha impedido asistir al festival -agregó para dejar de lado cortésmente el tema.

El joven hijo del duque de Hammerfell se acercó y dijo con timidez:

-¿Lady Mirella querrá bailar conmigo?

Ella miró a su guardián pidiéndole permiso -Mirella era demasiado joven para bailar públicamente, salvo con parientes-, pero evidentemente maese Gareth consideraba al mozalbete demasiado pequeño como para que representara una amenaza; era obvio que ambos eran unos niños. Hizo un gesto de aprobación y los dos se alejaron. El muchacho ni siquiera era tan alto como Mirella, por lo que ambos formaban una pareja bastante atípica.

-¿Me harás el honor, Melora? -le preguntó Bard a Melora.

Maese Gareth enarcó ligeramente las cejas ante el uso informal del nombre de la joven, pero ella respondió.

-Encantada. -Y ofreció la mano a Bard.

Ella probablemente era, pensó Bard, varios años mayor que él, y le sorprendía que aún no se hubiera casado ni comprometido.

Al cabo de un momento, mientras bailaban, le planteó la pregunta.

-Estoy comprometida con la Torre de Neskaya -respondió Melora-. Estuve un tiempo en Dalereuth, pero nos pusieron a fabricar fuego perpetuo, y yo opino firmemente que los *leroni* deben mantenerse neutrales en las guerras. De modo que estoy destinada a Neskaya, cuyo celador ha jurado permanecer neutral durante todas las guerras entre Dominios.

-Me parece una mala elección -dijo Bard-. Si nosotros debemos luchar, ¿por que eximir a los *leroni* del combate? Ya de por sí no llevan armas, ni siquiera en combate. ¿Por qué habrían de vivir en paz mientras todos los demás luchamos por nuestras vidas?

-Alguien debe empezar a luchar por la paz -dijo

Melora-. He hablado con Varzil y me parece un gran hombre.

Bard se encogió de hombros.

-Un idealista ilusionado, nada más. Quemarán la Torre de Neskaya sobre vuestras cabezas, y siempre seguirán haciendo la guerra. Sólo espero, señora, que tú no sufras la caída.

-También yo lo espero -asintió ella, y ambos guardaron silencio mientras bailaban.

Ella era singularmente ágil y se movía con tanta levedad como una brisa.

-Eres muy bella bailando, Melora -le comentó Bard-. Qué extraño: la primera vez que te vi, no me pareciste en absoluto hermosa.

-Y ahora que te miro, advierto que eres un hombre apuesto -respondió ella-. No sé qué habrás oído acerca de las *leroni...* Yo soy telépata y no me fijo mucho en las personas, en su aspecto físico. Ni siquiera sabía si eras rubio o moreno cuando hablé contigo en campaña. Y ahora, eres el portaestandarte del rey y un hombre apuesto, y todas las damas me envidian porque no sueles bailar con frecuencia con ninguna de ellas.

En cualquier otra mujer, pensó Bard, esas palabras hubieran resultado insoportablemente coquetas y provocativas. Pero Melora las pronunció con sencillez, como podría haber comentado cualquier otra cosa.

Bailaron en silencio, mientras la antigua simpatía volvía a establecerse entre ambos. En un rincón apartado del salón, él la estrechó en sus brazos y la besó. Ella suspiró y aceptó el beso, pero después, lamentándolo, se apartó.

-No, querido mío -dijo con gran suavidad-. No vayamos tan lejos como para no poder separarnos como simples amigos.

-¿Por qué no, Melora? Sé que sientes lo mismo

que yo, y ahora nada nos lo impide como sucedió después de la batalla...

Ella lo miró directamente.

-Lo que podríamos haber hecho, de haberse dado la oportunidad, acalorados todavía por la excitación y el peligro del combate, es algo diferente; ahora, fríamente, tú y yo sabemos que no sería adecuado. Estás aquí con tu futura esposa, y la princesa Carlina ha sido muy bondadosa

conmigo. No le pisaría el ruedo del vestido ante sus propios ojos. Bard, sabes que tengo razón.

Él lo sabía, pero su orgullo ultrajado le impedía reconocerlo.

-¿Qué hombre, salvo un usador de sandalias, puede desear ser amigo de una mujer? -espetó, lleno de ira.

-¡Oh, Bard! -suspiró ella, meneando la cabeza-. ¡Creo que eres dos hombres! Uno es despiadado y cruel, especialmente con las mujeres... ¡y no le importa cuánto daño haga! El otro es el hombre que yo he visto, y al que amo... aunque no compartiré la cama contigo, ni hoy ni ninguna otra noche -agregó con firmeza-. Pero ansío de todo corazón, por el bien de Carlina, que sea siempre ese hombre que yo conozco el que le muestres a ella. Porque a ése, lo querré toda la vida.

Le apretó levemente una mano, se alejó de él y se perdió con rapidez entre la multitud de bailarines.

Bard quedó solo, con las mejillas en llamas de indignación, y trató de seguir la figura de la mujer ataviada de verde a través de la multitud, pero ella se había ocultado de manera tan completa como si hubiera desaparecido del salón.

Bard sintió ese cosquilleo que le revelaba que había *laran* en uso, y se preguntó si ella se habría rodeado de un manto de invisibilidad, ya que sabía que algunos *leroni* podían hacerlo. Su furia y su orgullo herido se desataron.

Aquella mujer gorda y estúpida probablemente habría arrojado sobre él un hechizo para que la deseara, porque sin duda ningún hombre lo había hecho. Bien, que se arreglara con Varzil de Neskaya, maldito fuera, y esperaba que incendiaran la torre sobre sus cabezas. Volvió a la mesa y con ira bebió otra copa de vino, y otra, y otra, sabiendo que estaba emborrachándose, consciente de que el Ardrin, que era abstemio, no lo aprobaría.

Y tampoco Carlina: cuando la joven volvió a reunirse con él, había desaprobación en su voz.

-Bard, has estado bebiendo más de lo conveniente.

-¿Vas a convertirme en un marido regañado incluso antes de la boda? -le respondió él con aspereza.

-Oh, querido, no me hables en ese tono -dijo ella, sonrojándose hasta el escote de su vestido verde-. Pero mi padre se enojará también. Sabes que aborrece que alguno de sus oficiales jóvenes beba tanto que luego no pueda comportarse correctamente.

-¿He hecho algo inadecuado? -le preguntó él.

-No -admitió ella, sonriendo un poco-, pero prométeme que no beberás más, Bard.

-*A ves oraras, domna* -concedió él-, pero sólo si aceptas bailar conmigo.

Era otra vez una danza de pareja y, con la libertad concedida a una pareja comprometida, él pudo abrazarla estrechamente, no a la distancia decorosa que se requería de las demás parejas.

Bard advirtió que Geremy había recibido el privilegio de bailar con la reina Ariel, desde luego a una distancia más que respetuosa. Beltrán (probablemente a instancias de Carlina) estaba bailando con la desgarbada

lady Dará. También ella bailaba grácilmente, ¿era habitual que damas tan robustas se movieran con tanto donaire?

¡Maldición, no volvería a pensar en Melora ahora! ¡Por lo que a él concernía, si quería podía bailar con los amigos de los infiernos de Zandru!

Vengativamente, estrechó aún más contra sí a Carlina, advirtiendo el cuerpo delgado y huesudo que tenía en sus brazos. ¡Un hombre podría arañarse contra esos huesos!

-No tan fuerte, Bard, me haces daño... -protestó la joven-. Además, no es adecuado...

Él la soltó, arrepentido.

-No querría hacerte daño por nada del mundo, Carlie. A cualquier otra persona sí, pero nunca a ti.

La danza terminó. El rey y la reina, con todos los señores y damas de más edad de la corte, empezaron a retirarse, para que su presencia no inhibiera las diversiones de los más jóvenes. El rey se ocupó de que el joven hijo del duque de Hammerfell fuera llevado por su gobernanta, y de que la bonita Mirella saliera debidamente custodiada por maese Gareth. Luego Ardrin pronunció un pequeño discurso, deseándoles a los más jóvenes un alegre festival y autorizándoles a bailar hasta el amanecer si querían.

Carlina permanecía junto a Bard, sonriendo a sus padres que se retiraban.

-El año pasado yo también me retiré a medianoche, junto con los viejos y los niños. Supongo que este año piensan que, como novia prometida, no corro ningún peligro, ya que tengo a mi futuro esposo para protegerme.

Su sonrisa era alegre.

Verdaderamente, Bard sabía que las diversiones del Solsticio de Invierno a veces subían de tono. En efecto, el ruido aumentaba en cuanto se retiraban los mayores y los niños; se bebía más, había más juegos y

alardees y besos, y las danzas se hacían más salvajes y menos decorosas. A medida que la noche avanzaba hacia el alba, más y más parejas se deslizaban a la galería y hacia los pasillos laterales del castillo. En una ocasión Bard y Carlina, al pasar bailando ante el largo corredor, vieron una pareja tan estrechamente abrazada, tan íntimamente, que Carlina desvió la mirada con *rapidez.* Pero Bard la condujo en dirección a las galerías.

-Carlina, ya estás comprometida conmigo. Creo que todas las parejas comprometidas ya se han alejado. -La abrazó más estrechamente contra su pecho-. Sabes lo que deseo de ti, mi futura esposa. Es el Solsticio de Invierno, estamos prometidos… ¿por qué no hacerlo todo ahora, ya que las leyes lo permiten?

Su boca se cerró sobre la de Carlina, y cuando ella se retorció para librarse y poder respirar, Bard dijo con un murmullo denso:

-¡Ni siquiera tu padre podría protestar!

-Bard, no, no -rogó ella suavemente.

Él percibió el pánico que crecía dentro de ella, a pesar de que la joven hablaba en voz baja, tratando desesperadamente de calmarse.

-Me he resignado a este matrimonio, Bard. Honraré el deseo de mi padre, te lo prometo. Pero no ahora.

Él percibió que ella se esforzaba al máximo para no demostrarle su pesar y su repulsión, y eso le produjo un dolor profundo.

-Dame tiempo, Bard. No... no ahora, esta noche.

A él le pareció oír otra vez las palabras amenazantes que le había espetado Beltrán:

¡Las rosas crecerán en el noveno infierno de 7.andru antes de que tú te acuestes con Carlina!

-¿Entonces Beltrán ha cumplido su amenaza? -espetó Bard.

También Melora le había rechazado, a pesar de que

apenas cuarenta días antes lo había deseado. Melora era telépata; sin duda debía conocer su discusión con Beltrán, y sabía que Beltrán podía envenenar la mente de su padre, el rey, en contra de Bard; una relación con un cortesano que había perdido el favor real no le haría ningún bien a Melora... Beltrán había puesto a Melora en su contra, y también a Carlina, ahora...

-No sé de qué hablas, Bard. ¿Has discutido con mi hermano? -dijo Carlina con voz temblorosa.

-Si así fuera, ¿eso cambiaría tu opinión acerca de mí? -le preguntó con amargura-. ¡Entonces tú también eres como las demás mujeres, capaz de burlarte de mí como si yo no tuviera ninguna virilidad! Eres mi futura esposa... ¿por qué te alejas de mí como si yo pretendiera violarte?

-Acabas de decir que no quieres herirme -replicó ella, mirándolo fijamente con una amargura tan grande como la de él-. ¿Eso se mantiene solamente cuando yo accedo a todo lo que pretendes de mí? ¿Crees que no sería una violación porque soy tu futura esposa? Te amo como hermana de crianza y como amigo y, con la ayuda y la misericordia de la diosa, ha de llegar el día en que te ame como el esposo al que me ha entregado mi padre. Pero ese momento no ha llegado todavía; me prometieron que me darían tiempo hasta el Solsticio de Verano. ¡Bard, te lo ruego, suéltame!

-¿Para que tu padre tenga suficiente tiempo como para cambiar de opinión acerca de mí? ¿Para que Beltrán pueda envenenarle contra mí y para hacer que te entregue a su propio amante?

-¡Cómo te atreves a decir eso de Geremy! -replicó ella, furiosa, y por algún motivo ese nombre disparó las últimas barreras de contención de la ira de Bard.

-¡Así que te muestras celosa de su honor...! Ese *ombredin,* ese medio hombre...

-No hables de ese modo de mi hermano de crianza -ordenó ella, enardecida.

-Hablaré como me dé la gana, y ninguna mujer me lo impedirá -le espetó él.

-Bard, todavía estas borracho; es el vino quien habla, no tú.

La furia lo inundó, haciendo desaparecer sus últimos vestigios de autocontrol. ¡Había permitido que Melora se marchara por respeto a Carlina! ¿Cómo se atrevía la joven a rechazarle ahora, como si él no significara nada para ella? ¡No permitiría que ofendieran su virilidad dos veces la noche del Solsticio de Invierno, por culpa de los caprichos de una condenada mujer!

La arrastró hasta la galería, aferrándola con tanta fuerza que Carlina gritó, y apretó sus labios contra los de ella, ignorando los esfuerzos que ella hacía por liberarse.

Una mezcla de deseo y furia lo invadió; por segunda vez, una mujer que deseaba y ante la cual se sentía con derecho a ella lo había rechazado, y esta vez Bard no se sometería dócilmente a sus deseos. ¡Le impondría su voluntad! ¡Maldición, era su esposa y esta noche él la poseería, de buen grado si ella lo prefería, pero en cualquier caso la poseería!

Ella se debatió en sus brazos, cada vez más aterrada, y eso lo excitó de manera casi insoportable.

-Bard, no, no -rogó ella, sollozando-. No así, no así... oh, por favor, por favor...

Él la abrazó con ferocidad, consciente de que le estaba haciendo daño con su violencia.

-¡Ven a mi cuarto, entonces! ¡No me obligues a forzarte, Carlina!

¿Cómo era posible que fuera tan indiferente al torrente de deseo que lo invadía? De alguna manera, debía lograr que ella lo sintiera. ¡Quería que ella lo deseara tan

ferozmente como él la deseaba a ella, que igualara su propio deseo y su propia necesidad, y aquí estaba ella luchando y debatiéndose contra él como si fuera una niña a la que nunca nadie había besado y ni siquiera supiera lo que él anhelaba!

Una mano se posó sobre el hombro de Bard, y con violencia lo separó de Carlina.

-¿Bard? ¿Estás borracho o completamente fuera de ti? -preguntó Geremy, mirándolos con pesar.

Carlina se cubrió el rostro con las manos, sollozando de alivio y de vergüenza.

-¡Maldito seas, cómo te atreves a interferir, tú, medio hombre...!

-Carlina es mi hermana de crianza -replicó Geremy-. No permitiré que la violen en una fiesta, aunque se trate de su futuro esposo. ¡Bard, en nombre de todos los dioses, ve a lavarte la cara con agua helada, discúlpate con Carlina, y no hablaremos más del asunto! La próxima vez, deja de beber cuando todavía seas capaz de controlarte.

-Maldito seas...

Bard avanzó sobre Geremy con furia, con los puños apretados. Beltrán lo sujetó desde atrás.

-No, no lo hagas, Bard. Carlina, tú no deseabas esto, ¿verdad?

-No, no lo deseaba -sollozó ella.

-¡Es mi futura esposa! -alegó Bard con ira-. ¡No tenía derecho a rechazarme de este modo! ¡Desde luego, nadie la ha oído gritar pidiendo auxilio! ¿Con qué derecho suponéis que ella desea que la libréis de mí? Le gustaba bastante, hasta que vosotros llegasteis a interferir.

-Estás mintiendo -dijo Beltrán con ira-. ¡Porque todo el mundo que tiene un vestigio de *laran* en este salón habrá percibido sus gritos! ¡Me ocuparé de que mi padre se entere de esto! ¡Condenado bastardo, tratando de tomar por la fuerza lo que nunca podría tener voluntariamente...!

Bard desenvainó la daga con gesto brusco. Las gemas verdes centellearon bajo la luz.

-¡Tú, entrometido sodomita, no pretendas interferir en algo de lo que no sabes absolutamente nada! -masculló entre dientes-. Apártate de mi camino...

-¡No! -Geremy le aferró la muñeca-. ¡Bard, estás completamente loco! ¿Blandir un arma en el Solsticio de Invierno, ante tu príncipe? ¡Beltrán, está borracho, no hagas caso de lo que dice! Bard, ve y tranquilízate, y te doy mi palabra de honor de que el rey no se enterará de esto...

-Entonces tú también estás contra mí, tú, sucio amante de muchachos, tú y tu amante -aulló Bard, y saltó sobre el otro.

Geremy se apartó, tratando de evitar el ataque de la daga, pero Bard, fuera de sí de ira, se lanzó sobre Geremy y ambos cayeron al suelo, debatiéndose. Geremy se retorció, asiendo su propia daga.

-Bard, no... hermano de crianza, no lo hagas -suplicaba sin cesar.

Pero Bard ni siquiera lo oía, y Geremy supo que ahora debería luchar en serio, pues de lo contrario Bard lo mataría.

Habían luchado otras veces, de niños, pero nunca con armas verdaderas en la mano. Bard era más fuerte que él. Geremy tiró una estocada hacia arriba, tratando de sacar la daga del medio, de interponer su rodilla entre él y el arma de Bard, que descendía. Sintió que su cuchillo entraba en el brazo de Bard, rasgando el cuero y lastimando la piel, y al momento siguiente la daga de Bard penetró profundamente en su muslo, cerca de la ingle. Gritó agudamente de dolor, y sintió que la pierna se le adormecía.

De pronto, una docena de hombres del rey los apartaron y Bard, repentinamente sobrio debido a la marea de adrenalina, como si le hubieran echado un cubo de agua helada, miró fijamente a Geremy, que se retorcía en convulsivos espasmos de dolor en el suelo.

-¡Por los infiernos de Zandru! *Bredu...* -suplicó, dejándose caer de rodillas junto a su hermano de crianza; pero sabía que Geremy no podía oírlo.

Carlina sollozaba en brazos de Beltrán.

-Escolta a mi hermana hasta sus habitaciones y busca a sus doncellas; después ve a despertar a mi padre -ordenó Beltrán a uno de los soldados-. Yo me hago responsable.

Cayó de rodillas junto a Geremy, apartando a Bard con un empujón brusco.

-¡No lo toques, tú! ¡Ya has hecho suficiente! Geremy, *bredu,* mi amado hermano... háblame, te lo ruego, háblame... -Sollozó y Bard percibió la angustia de su voz.

Pero Geremy no podía oír a nadie.

Uno de los soldados asió a Bard con brusquedad y le quitó la daga.

-Envenenada -observó-, una daga de las Ciudades Secas.

Y Bard, horrorizado, recordó por primera vez esa noche que era la daga que había conseguido en aquel combate. Una herida leve producida por una daga de las Ciudades Secas, envenenada como ésta, había hecho que maese Gareth quedara lisiado, probablemente de por vida. Y él, en su ira,

había herido profundamente a Geremy en la ingle. Consternado, demasiado horrorizado para hablar, dejó que los soldados se lo llevaran y lo pusieran bajo arresto.

Pasó cuarenta días bajo arresto en sus habitaciones, y nadie se acercó a él. Tuvo mucho tiempo para lamentar su falta de templanza, su ira de borracho; pero también había veces en que acusaba a Carlina de todo.

Los soldados le llevaban comida a sus habitaciones, y ellos le dijeron que durante una semana Geremy había sido presa del delirio, debatiéndose entre la vida y la muerte; pero habían mandado llamar a un *laranzu* de Neskaya, quien le había salvado la vida y también la pierna. Pero habían oído decir que la pierna, envenenada por la ponzoña, se había marchitado y encogido, y que probablemente Geremy no pudiera volver a caminar sin ayuda.

En una helada oleada de pánico, Bard se preguntó qué harían con él. Blandir armas en el festival del Solsticio de Invierno ya era un crimen; herir a un hermano de crianza, incluso en un juego, constituía un delito grave. Beltrán le había roto la nariz a Bard en una oportunidad, durante uno de sus juegos, y sus tutores lo habían azotado severamente, fuera o no príncipe. Luego lo habían obligado a disculparse durante la cena, ante todos los miembros de la casa real, y el rey le había pedido que diera a Bard como multa, su mejor halcón y su mejor capa. Bard todavía conservaba la capa.

Trató de sobornar al soldado que lo custodiaba para que llevara clandestinamente un mensaje a Carlina. Si ella intercediera por él... la princesa era su única esperanza. Lo menos que podía esperar era un año de exilio y la cancelación del favor del rey. No podrían anular su matrimonio con Carlina, pero sí interponer algunos obstáculos. Si Geremy hubiera muerto, Bard habría tenido que soportar al menos tres años de exilio y una multa como compensación para la familia de Geremy; pero Geremy no había muerto. Sin embargo el soldado se negó de pleno, alegando que el rey había prohibido que transmitieran mensajes de él.

Completamente solo, librado a sus propios recursos, Bard experimentó tanta amargura que ese sentimiento acabó por disipar sus remordimientos. Todo era culpa de Melora: si la joven no lo hubiera rechaza-

do, él no habría descargado toda su ira y su frustración en Carlina, le hubiera concedido el medio año más que ella deseaba, hasta el momento previsto. ¡Melora lo había atraído y después lo había rechazado, la maldita coqueta!

¡Y después Carlina! ¡Le había dicho que lo amaría como esposo, y después lo había frustrado de esa manera! ¿Y cómo se habían atrevido Geremy y Beltrán a interferir, malditos *ombredin* Beltrán estaba celoso, maldito fuera, porque Bard lo había rechazado, de modo que había llamado a su amante para que luchara... ¡Era culpa de ellos! ¡Bard no había hecho nada malo!

La furia hizo desaparecer su remordimiento hasta el día en que, mientras la suave lluvia primaveral mojaba los tejados del castillo y se acercaba el deshielo, dos soldados entraron a su habitación.

-Vístete con tus mejores ropas, don Bard -indicaron-, el rey te concederá audiencia.

Bard se vistió meticulosamente con sus ropas de gala, se afeitó y se trenzó el cabello, para enroscar la cinta roja en torno a su trenza de guerrero. Tal vez cuando el rey la viera recordara que Bard le había servido bien, y durante mucho tiempo. Sabía que si hubiera matado o mutilado al hijo del rey, nada podría haberlo salvado; sería afortunado si lo condenaran a una muerte rápida en vez del descuartizamiento. Pero Geremy era simplemente un rehén, el hijo de los enemigos del rey...

No, Geremy era el hijo de crianza del rey y su propio hermano de crianza. Nada lo salvaría.

Entró en la sala de audiencia del rey con paso desafiante, erguido, mirando desde arriba a todos los que estaban en el recinto. Carlina estaba allí, entre las damas de la reina, pálida y demacrada, el cabello recogido en un moño tenso, con los ojos enormes y asustados.

Beltrán parecía furioso, desafiante, y se negó a mirar a Bard a los ojos.

Bard buscó a Geremy. Allí estaba, apoyado en unas muletas, y Bard advirtió que la pierna herida estaba calzada con una pantufla en vez de una bota, y que Geremy no la apoyaba en el suelo.

Sintió que se le formaba un nudo en la garganta. No hubiera querido hacer daño a Geremy. Maldición, ¿por qué Geremy no se había quedado al margen del asunto, por qué habían insistido en interferir en algo que ocurría solamente entre Bard y su futura esposa?

-Bien, Bard mac Fianna, ¿qué tienes que decir en tu favor? -dijo el rey Ardrin.

El nombre de un bastardo... el nombre de su madre desconocida, no el *Di Asturien* con que lo llamaban en la corte, le dolió.

Bard se arrodilló ante su padre de crianza.

-Sólo esto, pariente: yo no busqué la pelea, sino que ellos me obligaron. Por otra parte, te he servido durante cinco años, y creo que te he servido bien. Con tu propia mano me condecoraste en Snow Glen y me diste una cuerda roja, y he capturado fuego perpetuo para tus ejércitos. Quiero bien a mi hermano de crianza y nunca le hubiera hecho daño voluntariamente; no sabía que la daga estaba envenenada, lo juro.

-Miente -intervino Beltrán desapasionadamente-, pues bromeamos acerca de que se había convertido en *bredin* de uno de las Ciudades Secas, y él había oído que la dama Melora, la *leronis,* había dicho que la herida de su padre estaba envenenada.

-Olvidé que no se trataba de mi daga -protestó Bard con ira-. Lo admito, pariente, no debí blandir mi arma durante el festival. Hasta ese punto soy culpable, pero Geremy fue quien me obligó a pelear... ¿Te dijo el príncipe Beltrán que simplemente estaba celoso?

-¿Fue Geremy quien desenvainó la daga primero? -preguntó el rey.

-No, pariente -respondió Bard, agachando la cabeza-, pero juro que yo no sabía que la daga estaba envenenada, lo había olvidado. Además, estaba borracho; si ellos son justos, te dirán que era así, y que me obligaron a pelear pues me pusieron las manos encima de manera brusca. Yo desenvainé la daga en defensa propia. ¡No quería que me azotaran como a un lacayo, y ellos eran dos!

-Geremy -preguntó el rey-: ¿tú y Beltrán le pusisteis las manos encima a Bard primero? Exijo toda la verdad de este asunto, y sólo la verdad.

-Lo hicimos, tío -admitió Geremy-, pero él le había puesto las manos encima a Carlina de una manera que ella no deseaba, y Beltrán y yo no podíamos permitir que la forzara ni que la violara.

-¿Es verdad eso, Bard? -preguntó el rey, mirándolo con sorpresa y desagrado-. No me lo habían dicho. ¿Estabas tan perdido como para maltratar a Carlina en estado de embriaguez?

-En cuanto a eso -contestó Bard, sintiendo que su furia le hacía abandonar toda cautela-, Carlina es mi futura esposa, y ellos no tenían ningún derecho de interferir. Beltrán ha exagerado todo esto porque está celoso... ¡quiere entregar a Carlina a su *bredu* Geremy, para que eso los acerque aún más! Está celoso porque yo he demostrado ser mejor con la espada y en la guerra, y también con las mujeres... ¡Y no porque él sepa qué hacer con una mujer cuando está a solas con ella! ¿Dónde estaba Beltrán cuando te defendí en Snow Glen, tío?

Supo que sus últimas palabras habían atravesado las defensas del rey, porque Ardrin de Asturias esbozó una mueca de dolor y miró con furia a su hijo, y luego paseó la mirada sobre sus dos hijos de crianza.

-Padre -intervino Beltrán-, ¿no te das cuenta de que él pretende arrebatarte el reino de las manos, tomar a Carlina lo quiera ella o no, ganar la lealtad de tus ejércitos a tus espaldas? Si fuera todavía tu súbdito leal y obediente, ¿acaso hubiera blandido su arma en el festival del Solsticio de Invierno?

-En cualquier caso, no cabe duda de que he criado a un cachorro de lobo para que mordiera mi mano. ¿No era suficiente para ti, Bard, que Carlina estuviera comprometida contigo y que hubiera sido tuya a su debido tiempo?

-Según todas las leyes de este reino, Carlina es mía -protestó Bard, pero el rey lo interrumpió alzando una mano.

-Basta. Presumes demasiado. Un compromiso no es un matrimonio, y ni siquiera el hijo de crianza del rey puede ponerle las manos encima a la hija del rey, si ella no lo desea. Has transgredido demasiadas leyes de esta corte, Bard; eres un agitador. No permitiré que haya en esta casa ningún transgresor de las leyes ni un mutilador de parientes. Te irás de aquí. Te daré tu caballo y tu espada, y tu arco de caza y tu armadura, y una bolsa con cuatrocientos reales de plata, y así recompenso los servicios que me has prestado en el pasado. Pero te declaro proscrito dentro de Asturias. Te doy tres días para que abandones este reino; y después de eso, si alguien te ve dentro de las fronteras de Asturias durante siete años, a contar desde el Solsticio de Invierno, ninguna ley te protegerá. Cualquier hombre podrá matarte como a un animal, sin ser culpable de derramamiento de sangre, sin derecho a disputas de familia ni a dinero de compensación que deba pagarse a tus parientes porque te hayan herido o matado.

Bard quedó atónito ante la severidad del castigo. Había esperado perder su lugar en la corte... el rey no hubiera podido hacer otra cosa. Hubiera aceptado con

ecuanimidad la sentencia habitual de un año de exilio; incluso se había preparado, pensando en la severidad del rey, para la posibilidad de un

exilio de tres años. También había estado seguro de que cuando el rey hubiera tenido que marchar a la guerra, lo perdonaría y lo habría llamado nuevamente a la corte. ¡Pero siete años de exilio eran demasiados!

-Es un duro castigo, *vai dom* -protestó, arrodillándose ante el rey-. Te he servido bien y fielmente, y ni siquiera he acabado de crecer. ¿Merezco entonces este tratamiento?

El rostro del rey Ardrin era pétreo.

-Si eres lo suficiente maduro para comportarte como un hombre, y un hombre malvado, sin duda también lo eres para sufrir el castigo que yo impondría a un hombre así. Algunos de mis consejeros me han considerado demasiado compasivo, porque no he ordenado tu muerte. ¡He situado un cachorro doméstico cerca de mi corazón y me encuentro con un lobo que me muerde los talones! Te declaro lobo y proscrito, y te ordeno que te marches de esta corte antes del atardecer y de este reino dentro de tres días, antes de que cambie de opinión y decida que no quiero que un hombre así siga con vida. Quiero bien a tu padre, y preferiría no mancharme las manos con la sangre de su hijo... Pero no abuses de eso, Bard, porque si veo tu cara dentro de las fronteras de Asturias en el término de siete años, sin duda te mataré como el lobo que eres.

-¡Ni en siete años, ni en siete veces siete años, tirano! -exclamó Bard, irguiéndose de un salto y arrojando a los pies del rey la cuerda roja que el soberano le había otorgado en combate-. ¡Que todos los dioses quieran que nos encontremos en combate mientras estés defendido solamente por tu hijo y su digno y amado sodomita! ¿Y tú hablas de transgredir la ley? ¿Qué

ley es más fuerte que la que une a un hombre y su esposa? ¡Tú, señor, estás quebrantando esa ley!

Dio la espalda al rey y se dirigió a grandes pasos hacia el sitio donde se encontraba Carlina, entre las mujeres.

-¿Y tú qué dices, esposa mía? ¿Al menos tú demostrarás ser justa, dentro de la ley, y me seguirás al exilio como debe hacerlo una esposa?

Ella alzó los ojos hacia el joven, y su mirada fue fría y sin lágrimas.

-No, Bard, no lo haré. Un proscrito no tiene derechos, ni ninguna protección de la ley. Hubiera cumplido la voluntad de mi padre y me habría casado contigo, pero en una oportunidad le rogué que me evitara este matrimonio, y ahora me regocijo de que haya cambiado de opinión; y tú sabes por qué.

-En el pasado me dijiste que podrías amarme...

-No -lo interrumpió ella-. Pongo a Avarra por testigo: creí que tal vez cuando yo fuera mayor y tú quizá más sabio, si la diosa tenía piedad de nosotros, algún día podríamos llegar a amarnos tal como corresponde a las personas casadas. Hubiera sido más sincero decir que esperaba que eso ocurriera, no que creía que sin duda ocurriría. Hubo una época en la que te quise mucho, como amigo y hermano de crianza. Pero has traicionado y destruido ese sentimiento.

El rostro de Bard se contrajo en un gesto de desprecio.

-¡Así que eres como todas las mujeres, perra! ¡Y yo que te creía diferente, por encima de todas las demás!

-No, Bard, yo... -intervino.

Pero el rey Ardrin la silenció con un gesto.

-Basta ya, muchacha. No es necesario que sigas hablando con él. De ahora en adelante, no significa nada para ti. Bard mac Fianna -agregó-, te doy tres días para que salgas de mi reino. Después de ese lapso, te someto a la condena de un proscrito: ningún hombre, mujer o niño puede darte albergue o refugio, comida ni bebida, fuego ni leña, ayuda ni consejo. Y durante siete años, si se te encuentra dentro de las fronteras de este reino, serás muerto como un lobo por la mano de cualquier hombre, y tu cadáver será entregado a las bestias salvajes sin que reciba ninguna sepultura ni duelo público. Ahora, vete.

La costumbre exigía que el proscrito se arrodillara ante el rey, demostrando así que había aceptado su sentencia. Tal vez, si el rey Ardrin le hubiera impuesto la condena acostumbrada, Bard se hubiera arrodillado; pero era joven y orgulloso, y estaba arrebatado por la furia y la frustración.

-Me iré, ya que no tengo alternativa -le espetó-. Me has declarado lobo... ¡y lobo seré a partir de hoy! Te dejo a merced de aquellos a quienes has elegido por encima de mí, y regresaré cuando no puedas impedírmelo. En cuanto a ti, Carlina... -Sus ojos buscaron a la muchacha, y ésta se aterrorizó-. Te juro que te conseguiré algún día, lo quieras o no. ¡Eso te lo juro yo, Bard mac Fianna, yo, el lobo!

Giró sobre sus talones y salió del gran salón. La puerta se cerró de golpe detrás de él.

-Pero ¿adonde irás? -preguntó don Rafael de Asturias a su hijo-. ¿Qué planes tienes, Bard? Eres demasiado joven para abandonar las tierras de tu propio reino, solo y proscrito. -El padre de Bard se retorció las manos-. ¡Señor de la Luz, qué infortunio!

Bard meneó la cabeza con impaciencia.

-Lo hecho, hecho está, padre -dijo-, y gemir no mejorará las cosas. Me han tratado injustamente; el rey, tu hermano, no me demostró justicia ni piedad, por una pelea que yo nunca deseé. Mi única alternativa es volver la espalda a la corte de Asturias y buscar mejor fortuna en otra parte.

Ambos se encontraban en la habitación que había sido la de Bard desde que su padre lo había traído a aquella casa, para criarlo junto con su hijo legítimo; por amabilidad y por cariño, don Rafael había mantenido el cuarto preparado para Bard, aunque el joven no había puesto un pie allí desde que tenía doce años. Era el cuarto de un muchacho, no el de un hombre, y no había allí muchas cosas que Bard deseara llevarse al exilio.

-Vamos, padre -dijo, casi con afecto, al tiempo que pasaba su mano sobre el hombro de Rafael-, no vale la pena lamentarse. Aunque el rey se hubiera

mostrado generoso conmigo y tan sólo me hubiera expulsado de la corte por esa condenada locura del Solsticio de Invierno, tampoco habría podido quedarme aquí: lady Jerana no ha cambiado con respecto a mí. Ahora apenas si logra disimular su regocijo porque me han sacado de su camino, de una vez por todas. -Hizo una mueca feroz-. Me pregunto si cree que yo intentaría apropiarme de la herencia de Alaric, tal como el rey llegó a pensar que yo podría hacer con Beltrán. Después de todo, en el pasado, el hijo mayor solía ser preferido al hijo legítimo. Vamos, padre, ¿me dirás que nunca se te ha ocurrido que yo podía mostrarme descontento al ver que

Alaric era el preferido, y que podría tratar de apoderarme de lo que legalmente es suyo?

Don Rafael di Asturien miró con seriedad a su alto hijo. Rafael era un hombre que había pasado apenas la flor de la edad, tenía hombros poderosos y el aspecto del hombre activo y musculoso que se ha ablandado en el retiro.

-¿Y lo harías, Bard?

-No -respondió éste; y se dedicó a hacer girar entre sus dedos una capucha de halcón que él mismo había hecho a los ocho años-. No, padre... ¿crees que no tengo honor, por culpa de esta pelea que tuve con mis hermanos de crianza? Eso fue una locura, una locura de borracho, algo muy parecido a la locura común, y si pudiera reparar lo que hice... pero ni siquiera el señor de la Luz puede hacer que el tiempo retroceda, o deshacer lo que ya ha ocurrido. En cuanto a Alaric *j* su herencia... Padre, hay muchos hijos bastardos que crecen como descastados, sin nombre salvo el de madre deshonrada, y ninguna mano de hombre que les guíe, sin ninguna fortuna excepto la que puedan arrebatar al mundo con el trabajo de sus manos, o convirtiéndose en bandidos. Pero tú me criaste en tu pro

casa, y desde la infancia tuve buenos compañeros. Me educaron bien y luego me criaron en la casa del rey, cuando llegó el momento de que aprendiera las habilidades de la madurez.

Con una timidez sorprendente en el arrogante y joven guerrero, Bard extendió los brazos y abrazó a su padre.

-Podrías haber tenido paz en tu cama y junto a tu chimenea si hubieras estado dispuesto a colocarme como aprendiz de un herrero o de un granjero o de algún comerciante. En cambio, tuve caballos y halcones, me criaste como hijo de un noble. Por eso soportaste disputas con la mujer con la que te habías casado legalmente. ¿Crees que podría olvidarlo, o que pretendo tener más que esa generosidad, quitándole algo al hermano que siempre me ha llamado hermano, y nunca bastardo ? Alaric es mi hermano, y yo lo amo; sería más que ingrato, no tendría honor si pusiera una mano sobre lo que por derecho le corresponde. Y si por algo lamento mi disputa con ese usador de sandalias de Beltrán, es porque de alguna manera puede haberte dañado, a ti o a Alaric.

-No me has hecho ningún daño, hijo -murmuró don Rafael-, aunque me resultará difícil perdonar a Ardrin por lo que te ha hecho. Cuando mancha tu lealtad, mancha también la mía, y hace que me pregunte lo que nunca me he preguntado antes: si él es el legal rey de estas tierras. En cuanto a hacer algún daño i Alaric... -se interrumpió, se rió y agregó-: Tú mismo puedes preguntárselo. Creo que está tan contento ¿e que estés en casa que agradecería cualquier cosa que se haya hecho regresar.

Mientras hablaba, se abrió la puerta y un niño muy pequeño, de alrededor de ocho años, entró en la habitación. Bard dejó las alforjas que estaba preparando.

-Bien, Alaric, sólo eras un niñito cuando me marche a la corte del rey, y ahora... ¡ya casi tienes edad suficiente para tener tus propias espuelas y honores!

Abrazó al niño y lo levantó en brazos.

-Déjame ir contigo al exilio, hermano mío -pidió el niño con ferocidad-. ¡Padre quiere que vaya a educarme a la casa de ese viejo rey! ¡Yo no quiero servir a un rey que ha exiliado a mi hermano!

Vio que Bard reía y meneaba la cabeza, e insistió:

-Sé montar, puedo ir contigo como paje, incluso como tu escudero, ocuparme de tu caballo y cargar tus armas...

-No, no, muchacho -respondió Bard, mientras dejaba al niño en el suelo-. No necesitaré paje ni escudero en los caminos que ahora debo recorrer; tú debes quedarte y ser un buen hijo para nuestro padre mientras dure mi exilio, y eso significa que debes convertirte en un buen hombre. En cuanto al rey, si eres tranquilo y razonable y hablas en voz baja, eso le gustará más que si eres valiente y dices todo lo que piensas; es un tonto, pero es el rey y debes obedecerlo por más que te parezca tan estúpido como el asno de Durramán.

-Pero, ¿adonde irás tú, Bard? -insistió el niño-. Escuché a los hombres que gritaban tu sentencia de exilio en las encrucijadas, y dijeron que nadie podía darte comida ni fuego ni ayuda...

-Llevaré comida para tres días -rió Bard-, y antes de que transcurra ese tiempo estaré lejos de Asturias, en tierras donde nadie respeta las sentencias ni la justicia del rey Ardrin. Tengo dinero y un buen caballo.

-¿Te convertirás en un bandido, Bard? -preguntó el muchacho, y Bard meneó la cabeza.

-No, solamente en un soldado. Hay muchos señores que necesitan un hombre experto.

-¿Pero dónde? ¿Lo sabremos -preguntó el muchacho, y Bard soltó una risita y le respondió con el fragmento de una vieja balada:

Iré hacia el sol poniente, Hada donde se hunde más allá del mar; La condena del proscrito será mi suerte Y todos los hombres de mí huirán.

-Querría ir contigo -suspiró el muchacho, pero Bard volvió a menear la cabeza.

-Cada hombre marcha hacia su propio destino, hermano, y tu camino conduce hacia la casa del rey. El hijo del rey ya es adulto, pero hay allí un nuevo adoptivo, Garrís de Hammerfell, que tiene tu misma edad, y sin duda seréis hermanos de crianza y *bredin,* y por eso, sin duda, te ha mandado llamar.

-Por eso -intervino don Rafael, curvando sardónicamente la boca-, y para asegurarse de que yo he comprendido que su disputa es contigo y no conmigo. Bien, si prefiere pensar que olvido tan rápido, que así sea. En cuanto a ti, Bard, podrías cabalgar hasta la frontera y ponerte al servicio de El MacAran. Él es quien defiende El Haleine contra los ataques procedentes de todos lados, y también hay bandidos y ese tipo de gentuza que bajan de las montañas Venza, sin duda estará contento de contratar una buena espada.

-Había pensado en eso -dijo Bard-, aunque está cerca de Thendara, y hay Hastur allí. Alguno de los parientes de Geremy podría declarar una disputa de sangre, y tendría que protegerme las espaldas noche y día. Prefiero estar lejos de las tierras de los Hastur durante algunos años.

Se mordió un labio y se quedó mirando el suelo con fijeza. Ante sus ojos danzaba la imagen de Geremy, pálido y demacrado por la enfermedad, con la pierna inválida encogida. ¡Maldito Beltrán, que había arrastrado a Geremy a esa pelea! Si tenía que herir a un hermano de crianza, ¿por qué no podría haber sido aquel con quien verdaderamente tenía una disputa? Un enfrentamiento tonto, pero un enfrentamiento al fin; en cambio, Geremy y él casi nunca habían cambiado una palabra airada, y ahora, por mano de Bard, Geremy estaba lisiado de por vida. Apretó los dientes y descartó mentalmente el recuerdo.

A lo hecho, pecho.

Era demasiado tarde para lamentarse. Pero sentía que daría los diez mejores años de su vida por ver otra vez entero a Geremy y por sentir la mano de su hermano de crianza en la suya.

Tragó saliva con dificultad y apretó los dientes con determinación.

-Había pensado cabalgar hacia el este y ponerme al servicio de Edric de Serráis. ¡Cómo me gustaría luchar contra el rey Ardrin! ¡Tal vez eso le enseñaría que es mejor tenerme como aliado que como enemigo!

-No puedo aconsejarte, hijo mío -respondió don Rafael-. Menos aún puedo darte órdenes. Eres mayor y pronto estarás fuera del alcance de mi palabra; tienes que abrirte camino solo en el mundo durante siete años. Pero te lo ruego: pasa los años de exilio lejos de Asturias, y no hagas la guerra contra nuestro pariente.

-No había pensado en eso -dijo Bard-. Pero si me uno a las filas de los enemigos del rey Ardrin, él te considerará su enemigo también; en cierto sentido, Alaric es un rehén que garantiza mi buena conducta. No puedo enfrentarme a él en combate mientras sea el padre de crianza de mi hermano, a quien amo.

-No sólo eso -señaló don Rafael-. Siete años, a tu edad, sólo te llevarán a la plenitud de tu adultez. Cuando regreses... y cuando hayan pasado siete años estarás en libertad de regresar, puedes hacer la paz con

Ardrin y procurarte una carrera honorable en tu tierra de nacimiento.

Bard soltó una risotada.

-Ardrin de Asturias hará las paces conmigo cuando la loba de Alar deje de roer el corazón de su víctima, y cuando los *kyorebni,* en pleno invierno, procuren alimento a los conejos astados al borde de la inanición. Padre, mientras vivan Beltrán y Geremy, yo nunca hallaré paz aquí, aunque Ardrin haya muerto.

-No puedes estar seguro de eso -observó don Rafael-. Algún día Geremy regresará a sus propias tierras y el príncipe Beltrán puede morir en combate. Además, Ardrin no tiene otro hijo. Si Beltrán muriera sin hijos, Alaric sería el siguiente heredero del trono, y creo que el rey lo sabe, y por eso llama a Alaric para educarlo en su casa, para que tenga la crianza apropiada de un posible príncipe.

-La reina Ariel todavía está en edad de concebir -dijo Bard-. Todavía puede darle otro hijo al rey.

-Aun si así fuera, el nuevo rey no tendría ningún resentimiento contigo, y tal vez se alegrara de tener un pariente, aunque *nedestro,* tan hábil para la guerra como tú.

Bard se encogió de hombros.

-Que así sea. Por tu bien, por el de mi hermano y el de ese posible aspirante al trono, no haré la guerra contra el rey Ardrin, aunque me reconfortaría enfrentarme a él en combate, o arrasar Asturias y tomar a Carlina mediante la fuerza de las armas.

-¿Tan bella es la princesa Carlina? -preguntó Alaric, con los ojos muy abiertos.

-Bien, en cuanto a eso, supongo que todas las mujeres son muy semejantes cuando se ha apagado la lámpara. Pero Carlina era la hija del rey y fue mi hermana de crianza, yo la quería mucho; además, estaba comprometida conmigo, y según todas las leyes es mi

futura esposa. ¡Contraría todas las leyes y la justicia que algún otro hombre pueda llevarse a la cama a mi futura esposa!

Una vez más la amargura lo invadió: furia contra Carlina, que se había negado a seguirlo al exilio como debía hacerlo una futura esposa; furia contra Beltrán y contra Geremy, que se habían metido entre ellos; furia contra Melora, quien le había obligado a acercarse a Carlina con tal sentimiento de frustración que le hizo perder su autodominio, beber demasiado y ponerle las manos encima de aquella manera...

-Tal vez le hagas un gran servicio a algún rey de otra parte, y tal vez él te entregue a su hija... -apuntó el pequeño Alaric.

Bard rió.

-¿Y la mitad de su reino, como dicen las viejas leyendas? Supongo que ocurren cosas aún más extrañas, hermanito.

-¿Tienes todo lo que necesitas? -le preguntó su padre.

-El rey Ardrin, maldito sea, me pagó bien -respondió Bard-. Yo salí furioso, demasiado airado como para reclamar lo que me había otorgado, y entonces un lacayo se acercó a mí, jadeante y acalorado, con todas las cosas que el rey me había prometido: un corcel castrado, dorado, de las llanuras de Valeron; una espada y una daga que bien podrían ser herencia familiar de los Hastur; la coraza de cuero que usé en el campo de batalla de Snow Glen, y una bolsa con cuatrocientos reales de plata. Cuando las conté descubrí que además había agregado cincuenta *reís* de cobre. De modo que no puedo decir que me haya pagado mal por mis años de servicio... en realidad, ¡no podría haber sido más generoso, incluso con uno de sus capitanes que se retirara después de veinte años de servicio! ¡Me pagó para echarme, que Zandru lo azote con sus escorpiones! Me gustaría devolvérselo todo, diciéndole que como me quitó a mi legítima esposa no sería más que un rufián si aceptara dinero y bienes a cambio de ella. Sin embargo... -se encogió de hombros-. Debo ser práctico. Ese gesto no me devolvería a Carlina, y necesitaré el caballo, la espada y la armadura cuando me marche de Asturias...

Se interrumpió cuando se abrió la puerta para dar paso a una mujer joven, de cuerpo lleno y dos largas trenzas cobrizas que le caían sobre los hombros. Por un momento, al echarle el primer vistazo, a Bard le pareció estar viendo a Melora; pero no, esta mujer era más delgada y mucho más joven. Tenía el mismo rostro redondo, los mismos grandes ojos grises, de mirada vaga.

-Mi señor, lady Jerana me ha enviado a preguntar si debe preparar algo antes de que se marche tu hijo -dijo la joven con timidez-. Si Bard mac Fianna necesita algo, debe hacerlo saber de inmediato, a mí o a ella, para que podamos buscar lo pedido en la despensa y tenerlo listo.

-Necesitaré alimentos de viaje para tres días, y agradecería un par de botellas de vino. No molestaré más a la señora.

Sus ojos se demoraron en las facciones y en el cuerpo femenino, que le resultaban familiares y al mismo tiempo sutilmente desconocidos. La muchacha pelirroja era más bonita que Melora, más esbelta, más joven, pero despertaba en Bard la misma sutil combinación de resentimiento y deseo que ya había experimentado por Melora.

-Ya ves -observó don Rafael-, mi esposa no tiene mala voluntad para contigo, Bard; está ansiosa por asegurarse de que no sufrirás penurias durante tu exilio. ¿Tienes suficientes mantas? ¿No te convendría llevar también uno o dos cazos para cocinar?

-¿Pretendes convencerme del amor de lady Jerana, padre? ¡De ninguna manera! -Bard rió-. ¡Como el rey, no le duele darme cosas para que me marche, y con la mayor rapidez posible! Pero me aprovecharé de su generosidad: una o dos mantas no me vendrán mal, y tal vez una tela impermeable para cubrir mi equipaje. ¿Me traerás tú esas cosas, *damisela?* ¿Eres nueva entre las damas de compañía de mi señora madre?

-Melisendra no es dama de compañía, sino hija adoptiva de mi esposa -señaló don Rafael-, además de ser pariente tuya: es una MacAran, y a esa familia pertenecía tu madre.

-¿Es así? Bien, *damisela,* entonces conozco a tu pariente -respondió Bard-, ya que maese Gareth vino como *laranzu* a combatir por el rey Ardrin, y también lo hizo tu hermana Melora, y tu parienta Mirella...

El rostro de la joven se iluminó rápidamente con una sonrisa.

-¿De verdad? Melora es mucho más hábil que yo como *leronis,* me hizo saber que iría a Neskaya. ¿Y cómo está mi padre, señor?

-La última vez que lo vi, en el Solsticio de Invierno, estaba bien -respondió Bard-, aunque supongo que sabes que quedó lisiado en la batalla que hubo cerca del Molino de Moray, debido a una herida producida por una daga envenenada de uno de las Ciudades Secas; y todavía caminaba con ayuda de un bastón.

-Me envió una carta -asintió la joven-. Melora la escribió, y en ella hablaba bien de tu valentía... -agregó, y de pronto bajó la vista y se sonrojó.

-Me alegra que Melora piense bien de mí -dijo Bard con reposada cortesía. Sin embargo, interiormente ardía de furia. ¡Melora, que lo había rechazado a pesar de todas sus bellas palabras de amistad! Luego añadió-: Si tus parientes piensan bien de mí, *damisela,*

eso me alegra, porque se me ha ocurrido dirigirme a El Haleine y ponerme al servicio de El MacAran.

-Pero El MacAran no necesita soldados mercenarios, señor -respondió la joven-, ya que ha firmado un pacto con los Hastur y con Neskaya, y todos han jurado mantener la paz dentro de sus fronteras y no hacer la guerra

fuera de ellas. Puedes ahorrarte el trabajo de viajar hasta allá, señor, pues no contratarán mercenarios que vengan del otro lado de sus fronteras.

Bard enarcó las cejas. ¿De modo que los Hastur de Thendara y de Hali estaban extendiendo su influencia hasta El Haleine?

-Te agradezco la advertencia, *damisela.* Tal vez la paz sea una buena noticia para los granjeros, pero siempre perjudica a un soldado.

-Pero -intervino Melisendra con sonrisa ingenua-, si hay paz durante un tiempo largo, llegará el día en que los hombres puedan hacer algo mejor con sus vidas que guerrear... ¡^ los hombres como mi padre pueden hacer cosas mejores con su talento que arriesgar la vida, desarmados, en medio del combate!

Don Rafael intervino, y de algún modo se le veía levemente disgustado.

-Ve con tu señora, muchacha, y hazle conocer los deseos de mi hijo. Dile que se marchará a la puesta del sol.

-¿Cómo, padre, estás tan ansioso por librarte de mí? -preguntó Bard-. Pretendo dormir esta noche en la casa de mi padre. ¡No volveré a verla, ni a ti tampoco, durante siete largos años!

-¿Ansioso por librarme de ti? Dios no lo permita -exclamó don Rafael-, pero sólo tienes tres días para marcharte de Asturias.

-Sólo tardaré un día en llegar a la frontera, si es que marcho hacia el norte, hacia el Kadarin -señaló Bard-, pues si El Haleine está en manos de los Hastur, ese lugar queda vedado para mí. Así pues, me marcharé a los Hellers, y veré si lord Ardáis necesita un mercenario que sea además un conductor de hombres. ¿O piensas que tus dignos parientes pueden enviar asesinos para emboscarme en el camino mientras me marcho de Asturias, señor?

Don Rafael se detuvo a reflexionar.

-Sinceramente, espero que no. Sin embargo, si tienes una disputa de sangre con Geremy y con el príncipe... alguno de ellos puede tratar de asegurarse de que no volverás para hacer las paces con Ardrin dentro de siete años. Yo iría con gran cautela, hijo mío, y no me demoraría hasta el último momento.

-Tendré cuidado, padre -le prometió Bard-, ¡pero tampoco me escurriré al exilio como un perro apaleado, con la cola entre piernas! Pasaré la última noche en la casa de mi padre.

Sus ojos se posaron largamente en los de Melisendra. La muchacha se ruborizó y trató de desviar la mirada, pero Bard retuvo sus ojos, manteniéndola bajo esa compulsión. Maese Gareth le había advertido que permaneciera lejos de Mirella como si fuera un escolar desobediente, y Melora se había burlado de él, lo había atormentado, para acabar rechazándolo finalmente.

Retuvo la mirada de Melisendra hasta que la joven se retorció, con el rostro carmesí, y logró por fin romper el contacto visual y salir corriendo de la habitación, con la cabeza gacha.

Entonces Bard se rió y se inclinó hacia Alaric:

-Vamos, elegirás lo que quieras entre mis arcos y flechas y entre todos mis juguetes. Ya soy un hombre y no los necesitaré... ¿ya quién podría dárselos, ahora que me marcho, más que a mi propio hermano? Quédate a

revisar estas cosas y a elegir entre ellas, y yo te diré qué harás en la casa del rey, cuando estés allí como su hijo de crianza.

Más tarde, después de que el niño se marchara con los brazos llenos de balones y arcos de caza y cosas así, Bard se quedó de pie junto a la ventana, sonriendo con placer al pensar en lo que ocurriría. La joven Melisendra vendría. No sería capaz de resistir la compulsión que le había impuesto. ¡Malditas fueran todas las mujeres, que creían poder burlarse de él, rechazarlo y convertirlo, con sus caprichos, en algo menos que un hombre! Entonces sonrió, no con sorpresa, sino con una especie de codicia satisfecha, cuando oyó los pasos leves en la escalera.

Ella entró lentamente en la habitación, con paso tardo.

-Oh, dama Melisendra -saludó él con una sonrisa que revelaba sus blancos dientes-, ¿qué estás haciendo aquí?

Ella levantó la vista para observarlo, con sus ojos grandes, grises y vagos, ligeramente asustada.

-Bien... no lo sé -respondió con voz temblorosa-. Pensé... me pareció que tenía que venir...

Con una sonrisa perezosa, él extendió una mano, la abrazó y la besó, oprimiéndola con brusquedad. Bajo su mano sintió el corazón de ella que latía apresuradamente, y supo que la joven estaba aterrada y confundida.

Tendría que haber intentado esto con Carlina, entonces no hubiera tenido problemas; él no le hubiera hecho daño y su prometida no hubiera protestado. Había sido un estúpido. De alguna manera había creído que por alguna razón Carlina debía compartir el tormento que lo invadía, que lo desearía tanto como él la deseaba a ella. Y todavía la deseaba, con una devastadora turbulencia en la sangre, una sed que ninguna otra mujer podía saciar: ella era suya, su esposa, la hija del rey, la señal y el símbolo de todo lo que él había conseguido, de su honor, de sus logros. ¡Y el

rey Ardrin se había atrevido a interponerse entre ellos!

Las manos de Bard se posaron en las cintas de la túnica interior de la joven, forzando su paso hacia dentro. Ella no opuso resistencia, en un silencio aterrado, como si fuera un conejo astado en manos de una banshee.

La joven gimió un poco cuando la mano de Bard se cerró sobre el pezón. Sus pechos eran plenos, no como el magro seno de Carlina; ésta era una cerda, una cerda gorda como Melora... ¡como Melora, que se había burlado de él y había jugado con sus emociones! ¡Bien, ésta no haría lo mismo!

La arrastró a la cama, manteniendo la misma presión sobre su cuerpo y su mente. Ella no se debatió, ni siquiera cuando él la arrojó sobre el lecho para levantarle la falda. Siguió gimiendo suavemente, pero él no la oyó, sino que se arrojó sobre ella. Ella gritó una vez. Después permaneció tendida, en silencio, temblando, sin llorar siquiera. Bien, sabía que no debía hacerlo. Su mismo terror lo excitaba, como le había ocurrido con Carlina. ¡Esta mujer no se le resistiría, ésta sabía que no debía hacerlo!

Se apartó de ella y rodó en la cama, agotado, exhausto y triunfante. ¿Por qué lloriqueaba ella? Lo había deseado tanto como él; y él le había dado todo lo que en realidad deseaba una mujer, una vez que se atravesaba toda esa tontería de las bellas palabras y los halagos. Él suponía que debía acceder a esos remilgos con una esposa. Recordó, con una súbita oleada de dolor, cómo él y Melora se habían sentado junto al fuego del campamento,

a hablar. Él no había deseado someterla a ninguna compulsión, y por eso Melora se había burlado de él. ¡Bien, esta mujer no tendría oportunidad de hacer lo mismo! De todas maneras, todas eran unas rameras, y él ya había tenido bastante de

ellas. No provocaban ningún problema... ¿por qué una muchacha de buena cuna habría de ser diferente? Todas tenían lo mismo bajo las faldas, ¿verdad? Simplemente, lo que difería era el precio: las putas exigían dinero, y las mujeres nobles bellas palabras, halagos y el sacrificio de la propia virilidad de Bard.

Y entonces, de pronto, se sintió mortalmente asqueado y exhausto. ¡Iba al exilio, estaría muchos años lejos de su hogar, y se veía obligado a malgastar tiempo y energía pensando en las mujeres! ¡Malditas todas ellas!

Melisendra aún yacía dándole la espalda, y los sollozos la estremecían. ¡Maldita también! No le hubiera ocurrido lo mismo con Carlina. Ella lo amaba, hubiera aprendido a amarlo, habían sido amigos desde la infancia; él le hubiese demostrado que no quería hacerle daño... Tendría que haber sido Carlina. ¿Qué estaba haciendo allí con aquella condenada zorra, en la cama? ¿ Lo habría impulsado alguna confusa idea de venganza contra Melora? El cabello rojo, lacio sobre la almohada, por algún motivo lo colmó de pesar. Maese Gareth se habría enojado, maese Gareth habría advertido que Bard mac Fianna no era un muchacho que podía ser espantado de la mujer que deseaba. Pero los sollozos de la joven lo llenaban de inquietud.

Extendió hacia ella una mano vacilante.

-Melora -dijo-, no llores.

Ella se dio vuelta y lo miró. Sus ojos húmedos parecían enormes en el rostro pálido.

-No soy Melora -dijo-. Si le hubieras hecho esto a ella, sin duda te hubiera matado con *laran.*

No, pensó él. Melora lo había deseado, pero por sus propias y quijotescas razones había preferido frustrarlos a ambos. Esta otra... ¿cómo se llamaba?... Melisendra, eso era. Había sido virgen. Él no lo había previsto; sabía que casi todas las *leroni* tenían el privilegio

de escoger los amantes que se le antojaran. Deseó que hubiera sido Melora. Ella hubiera respondido a su propio deseo. En cambio, Melisendra sólo había sido un cuerpo inerte y poco dispuesto en sus brazos. Sin embargo... A pesar de todo, eso también resultaba excitante, saber que él le había impuesto su voluntad, que ella no podía convertirlo en un tonto como había hecho Melora.

-No te preocupes -espetó él-. Ya está hecho. ¡Maldita sea, deja de llorar!

Ella se esforzó por reprimir sus sollozos.

-¿ Por qué estás tan enfadado conmigo, ahora que has obtenido lo que querías?

¿Por qué hablaba como si ella no lo hubiera deseado? Había advertido cómo lo había mirado; Bard simplemente le había dado la oportunidad de hacer lo que en realidad deseaba... ¡sin necesidad de experimentar esos estúpidos escrúpulos que habían impedido que Melora llegara a estar en sus brazos!

-Mi señora se enfadará -musitó ella-. ¿Y qué haré, primo, si me has dejado embarazada?

Él le arrojó las ropas.

-No tiene nada que ver conmigo -resolvió-. Me marcho al exilio; a menos que estés tan loca de amor por mí como para seguirme, disfrazada de hombre, como las doncellas de las antiguas baladas, que seguían a sus amantes ataviadas con ropas masculinas, como pajes... ¿No? Bien, *damisela,* entonces no serás la primera ni la última que tenga un bastardo de los Di Asturien... ¿O te consideras mejor que mi propia madre? Si quedas embarazada, estoy seguro de que mi padre no permitirá que ni tú ni el bebé muráis de hambre en medio del campo.

Ella lo observó fijamente, con los ojos muy abiertos, enjugándose las lágrimas que aún le bañaban el rostro.

-Oh -susurró-, ¡no eres un hombre, eres una bestia!

-No -rió él con amargura-. ¿Nadie te lo ha dicho? Soy un proscrito, un lobo. El rey así lo ha dicho. ¿De verdad esperabas que me comportara como un hombre?

Ella recogió sus ropas y escapó, y él oyó sus sollozos que se apagaban a medida que la joven descendía la escalera.

Volvió a echarse sobre la cama. Las sábanas conservaban el perfume del cabello de ella.

Maldición, pensó con amargura, *tendría que haber sido Carlina...*

Sin Carlina soy un proscrito, un bastardo, un lobo...

La furia, el orgullo y la nostalgia lo invadieron.

Todo hubiera sido tan diferente contigo... ¡Carlina, Carlina!

Se marchó a media mañana, tras despedirse con un abrazo de su padre y de Alaric, con gran dolor; pero era joven, y sabía que se encaminaba al mundo, en busca de aventuras. No podía permanecer triste durante mucho tiempo. Tal vez los demás lo llamaran exilio, pero para un joven con experiencia militar también existía la aventura y la esperanza de obtener beneficios, y además podría regresar al cabo de siete años.

Mientras cabalgaba, la bruma se disipó y el clima mejoró. Tal vez se encaminara hacia las Ciudades Secas, a ver si el señor de Ardcarrán necesitaba una espada de alquiler, un guardaespaldas que hablara la lengua de Asturias y del país occidental, alguien que instruyera a sus guardias en el uso de la espada y que lo defendiera de sus enemigos. Sin duda debía de tener muchos enemigos. Por algún motivo, eso le recordó la canción subida de tono que habían cantado sus soldados:

Veinticuatro leroni fueron a Ardcarrán

y cuando volvieron ya no podían usar su laran.

Todas ellas, pensó, debían de ser como Mirella, *leroni* mantenidas vírgenes para la Vista. Se preguntó por qué debería ser de ese modo. ¿Por qué solamente una virgen podía ejercer esa forma de *laran")* Él lo ignoraba casi todo del *laran,* salvo que debía temerlo. Sin embargo todo podría haber sido diferente, él podría haber sido elegido, como Geremy, para convertirse en un *laranzu,* para portar una piedra estelar en la batalla, en vez de una espada.

Silbó algunas estrofas más de la balada, pero el sonido se extinguió al perderse en los vastos espacios. Anheló tener algún amigo o pariente que lo acompañara, incluso un criado. O una mujer: Melora, cabalgando a su lado en su asno, y que hablara con él de la guerra, de la ética y de las ambiciones, con aquella confianza que nunca había establecido con ninguna mujer viviente, ni con ningún hombre... No. No pensaría en Melora. Cuando pensaba en ella evocaba su brillante cabello rojo, y eso le hacía recordar a Melisendra, inerte, debatiéndose en sus brazos.

Carlina. Si Carlina hubiera accedido, como correspondía a una esposa, a seguirlo al exilio, hubiera cabalgado a su lado, riéndose y conversando como cuando ambos eran niños. Y cuando desmontaran para acampar por la noche, él la abrazaría suavemente y la envolvería en las mantas con suma ternura. Lo perturbaba pensar en eso. Después se sintió embargado por la ira, al pensar que el rey Ardrin no perdería tiempo para entregarla a algún otro hombre, tal vez a Geremy Hastur. Salvajemente, deseó que Carlina gozara bien de Geremy, inválido con su pierna marchita... pero la idea lo atormentaba. ¡Carlina entregándose a Geremy como no lo había hecho con él!

¡Malditos todos ellos! Y, de todos modos, ¿qué le importaban las mujeres?

Se detuvo a mediodía para refrescar su caballo. Lo ató a un árbol de vainas plumosas y extrajo galleta y pasta de carne de sus alforjas, para comer mientras el caballo pastaba la hierba nueva de la primavera. Tenía comida para varios días... Doña Jerana se había mostrado generosa con las provisiones. No se arriesgaría a comprar comida ni forraje para su caballo hasta haber cruzado las fronteras de Asturias. Llenaría sus botellas de agua en los arroyos en vez de hacerlo en los pozos de las poblaciones; estaba sentenciado al exilio, y todos tendrían derecho a negarle cualquier ayuda. En realidad, no temía que lo mataran, pues el rey Ardrin no había puesto precio a su cabeza; mientras se mantuviera fuera del alcance de los parientes de Geremy, que podrían declararle una disputa de sangre, tenía poco que temer. Sin embargo, se sentía muy solo, y no estaba acostumbrado a ello. Le hubiera gustado contar con alguna compañía, incluso con la de algún criado.

Recordó que, en una oportunidad, Beltrán y él habían seguido aquel mismo camino, en una salida de caza. Tendrían entonces alrededor de trece años, y algunos problemas que habían surgido en la casa les había hecho considerar la posibilidad de fugarse, de viajar hasta las Ciudades Secas y buscar allí trabajo como mercenarios. Aun cuando sabían que no iba en serio, todo el asunto había sido muy real para ellos. Eran buenos amigos entonces. Una repentina tormenta de nieve los había obligado a buscar refugio en un granero medio derruido y habían compartido las mantas y conversado hasta muy tarde, y antes de dormir se habían hecho mutuamente el juramento de *bredin,* tal como suelen hacerlo los jóvenes. ¿Por qué, en nombre de todos los dioses, se habría peleado con Beltrán por una tontería? Había sido por aquella condenada Melora; Bard estaba resentido por la

negativa de la mujer, y eso le había hecho discutir con su hermano de crianza. ¿Por qué una mujer debía entrometerse en las relaciones entre hombres? ¡Ninguna de ellas valía lo suficiente! Y como Melora lo había rechazado, él había disputado con Beltrán y había dicho cosas

imperdonables, y como resultado estaba aquí... Aunque ya era demasiado mayor para esos juegos de muchachos, tendría que haber recordado los largos años de amistad con Beltrán, que era su hermano y su príncipe. Bard se cubrió el rostro con las manos y, por primera y última vez desde su infancia, lloró al recordar los años de cercanía entre ambos y al pensar que Beltrán se había convertido en su enemigo y Geremy sería un inválido toda su vida.

El fuego se extinguió, pero Bard yació allí exhausto, con la cabeza entre las manos, enfermo de dolor, desesperado. ¿Qué se había apoderado de él para que dejara de lado su ambición, la amistad, la vida que él mismo se había construido, todo por una mujer? Y ahora también había perdido a Carlina. El sol se puso, pero Bard no logró incorporarse, ni lavarse la cara, ni volver a montar. Deseó haber muerto en la batalla del Molino de Moray, que la daga de Geremy hubiera cumplido su cometido.

Estoy solo. Siempre estaré solo. Soy el lobo que me declaró mi padre adoptivo. La mano de cualquier hombre es mi enemiga y soy el enemigo de cualquier hombre.

Nunca antes había sido tan consciente del significado de la palabra proscrito, ni siquiera cuando había estado ante el rey escuchando su sentencia.

Por fin, exhausto, se durmió.

Cuando despertó, emergiendo bruscamente del sueño como un animal salvaje y sintiendo la piel del rostro tensa por la sal de las lágrimas secas, las últimas lágrimas

mas de su infancia, supo repentinamente que había dormido demasiado: alguien estaba cerca de él. Desenvainó la espada incluso antes de haber abierto los ojos del todo, y se incorporó de un salto.

El alba había teñido el paisaje de gris, y Beltrán, envuelto en una capa azul con capucha, con una espada desenvainada en la mano, se erguía de pie ante él.

-Entonces no estás satisfecho con haber logrado mi exilio -espetó "Bard-. ¿Te pareció que siete años no bastaban para hacerte sentir seguro, Beltrán?

Estaba enfermo de odio y de debilidad... ¿La noche anterior había llorado hasta dormirse por haber peleado con un hermano de crianza que hubiera podido matarlo mientras él permanecía sumido en el sueño?

-Qué valiente eres, mi príncipe, ya que te consideras capaz de matar a un hombre dormido. ¿Pensaste acaso que siete años no te bastaban para librarte de mí?

-No hablaré contigo, Lobo -masculló Beltrán-. Tú elegiste retrasar tu salida del reino en vez de partir a toda prisa; ahora la sentencia pesa sobre ti, y cualquier hombre puede matarte impunemente. Mi padre prefirió mostrarse piadoso contigo, pero yo no te quiero en mi reino. Tu vida es mía.

-Ven por ella -espetó Bard y corrió hacia Beltrán con la espada en ristre.

Eran contrincantes igualados. Habían recibido las mismas lecciones, las del mejor maestro de armas de todo el reino, y siempre habían

practicado juntos; conocían los puntos débiles del otro demasiado bien. Bard era más alto y tenía mayor alcance; sin embargo, nunca habían combatido con armas verdaderas, sino tan sólo con las romas espadas de práctica. Y constantemente, ante los ojos de Bard flotaba aquella condenada noche del Solsticio de Invierno, cuando había luchado contra Geremy y lo había mutilado de por vida. No deseaba matar a Beltrán y le resultaba imposible pensar que su hermano de crianza, a pesar de lo sucedido, quisiera matarlo.

¿Por qué, en nombre de Zandru, por qué?

¿Sólo para poder entregarle a Geremy su hermana, para que Carlina sea viuda antes de convertirse en una mujer casada?

La idea lo enfureció; traspasó la guardia de Beltrán y, luchando como un poseso, logró hacerle saltar la espada de la mano.

El arma cayó a cierta distancia.

-No quiero matarte, hermano de crianza. Permite que me marche en paz de este reino. Si dentro de siete años todavía estás dispuesto a matarme, te retaré a duelo y lucharé limpiamente contigo entonces.

-¡Si te atreves a herirme mientras estoy desarmado, tu vida no valdrá nada en ninguna parte de los Cien Reinos!

-¡Entonces, ve a recoger tu espada, volveré a demostrarte que no eres contrincante para mí! -gruñó Bard-. ¿O acaso crees, muchachito, que te convertirás en mi igual si me matas?

Beltrán fue a recoger su espada con lentitud. Cuando se agachó para levantarla, se oyó el estrépito de cascos, y un caballo se dirigió hacia ellos a galope tendido.

Cuando la montura se detuvo bruscamente entre ambos, Bard dio un paso atrás y descubrió asombrado que el jinete era Geremy Hastur, pálido como la muerte. Geremy desmontó precipitadamente y permaneció en pie, sosteniéndose de la cincha de su montura, incapaz de permanecer erguido sin apoyo.

-Os lo ruego... Bard, Beltrán... -jadeó-. ¿Sólo la muerte zanjará esta disputa entre vosotros? No hagáis esto *bredin.* Yo nunca volveré a caminar; Bard debe marcharse proscrito al exilio durante media vida. Te lo ruego, Beltrán... si me quieres, deja las cosas como están.

-No te metas, Geremy -ladró Beltrán con la boca tensa en una mueca de disgusto.

-Esta vez, Geremy, te juro por el honor de mi padre y por el amor que siento por Carlina, que la pelea no fue culpa mía; Beltrán pretendía matarme mientras yo dormía, y cuando lo desarmé, no quise matarlo -intervino Bard-. Si puedes infundirle a este tonto alguna sensatez, en nombre de Dios, hazlo, y deja que me marche en paz.

-No te odio, hermano de crianza -sonrió Geremy-. Estabas borracho, fuera de ti, y yo creo, aunque el rey no comparta mi opinión, que habías olvidado que ya no llevabas la misma vieja daga con que cortabas la carne de niño. Beltrán, no seas idiota, envaina esa espada. He venido a despedirme, Bard, y hacer las paces contigo. Ven y dame un abrazo, pariente.

Extendió los brazos y Bard, con la vista nublada por las lágrimas, fue a abrazar a su hermano de crianza. Cuando lo besó en ambas mejillas, se sintió

de nuevo al borde de las lágrimas. Luego el mundo se disolvió en furia y odio, al ver por encima del hombro que Beltrán corría hacia él con la espada en ristre.

-¡Traidor! ¡Condenado traidor! -gritó mientras se desprendía del abrazo de Geremy y se volvía, con la espada centelleando bajo la luz.

Con dos mandobles desarmó a Beltrán, y mientras oía el grito de horror y dolor de Geremy, atravesó el corazón de Beltrán. Sintió que el cuerpo de su contrincante se derrumbaba contra su espada y caía.

Geremy también había caído, golpeándose con violencia la pierna disminuida, y yacía gimiendo en el suelo.

-Los *cristoforos* cuentan que su Portador de Pecados también fue traicionado por su hermano de crianza mientras se daban un abrazo de parientes -se enfureció Bard-. No sabía que fueras *cristoforo,* Geremy, ni que pudieras hacerme una jugarreta semejante. Te creí.

Sintió que su boca se curvaba como a punto de llorar, pero se mordió la lengua con fuerza para no delatarse.

Geremy se mordió los labios y se debatió para incorporarse.

-Yo no te he traicionado. Ayúdame a incorporarme, hermano de crianza. Te lo juro, Bard.

Bard meneó la cabeza.

-No me engañarás dos veces -le respondió con amargura-. ¿Conspiraste con Beltrán para conseguir tu venganza?

-No -aseguró Geremy. -Asiéndose de las bridas, consiguió levantarse con dificultad-. Lo creas o no, Bard, he venido aquí en un intento de hacer las paces. -Estaba llorando-. ¿Beltrán está muerto?

-No lo sé -respondió Bard.

Se agachó para ver si el corazón de Beltrán latía. Al comprobar que no había ningún signo de vida, miró el cuerpo de Beltrán con desesperación y luego a Geremy.

-No tuve alternativa -declaró.

-Lo sé -dijo Geremy, y su voz se quebró-. Él te habría matado. Por piedad de Avarra, ¿cómo hemos llegado a esto?

Bard apretó los dientes, preparándose a desenterrar su espada del cuerpo de Beltrán. Lo hizo y limpió la hoja en la hierba antes de envainarla. Geremy seguía llorando, sin hacer ningún esfuerzo por disimular sus lágrimas.

-No sé qué le diré al rey Ardrin -dijo finalmente-. Él estaba a mi cuidado. Siempre fue el más joven de todos nosotros... -Fue incapaz de proseguir.

-Lo sé -respondió Bard-. Mucho después de que todos llegáramos a ser hombres, él era todavía un

niño. Tendría que haberme imaginado... -Se interrumpió.

-Cada hombre debe recorrer el camino de su propio destino. Bard, odio pedirte esto, pero no puedo caminar solo. ¿Pondrás el cuerpo de Beltrán sobre su caballo, para que pueda llevarlo de regreso al castillo? Si tuviera conmigo algún servidor o escudero...

-Pero no querías tener ningún testigo de tu traición -alegó Bard.

-¿Todavía crees eso? -Geremy meneó la cabeza-. No, en realidad no quería ningún testigo de mi debilidad, porque pensaba rogarle a Beltrán que hiciera las paces contigo. No soy tu enemigo, Bard. Ya ha habido suficientes muertes. ¿También quieres mi vida?

Bard sabía que podría tomarla con mucha facilidad. Geremy, como correspondía a un *laranzu,* iba desarmado.

Meneó la cabeza y fue a buscar el caballo de Beltrán. Lo condujo hasta un lugar apropiado para poner sobre la montura el cuerpo sin vida del príncipe.

-¿Necesitas ayuda para montar, Geremy?

Éste agachó la cabeza, poco dispuesto a mirar a Bard a los ojos. Aceptó de mala gana la mano que Bard le ofrecía para ayudarle a montar, y se sentó en su caballo, tambaleante, temblando de pies a cabeza. Las miradas de ambos se cruzaron y los dos supieron que nada más podían decirse. Incluso una despedida formal sería demasiado. Geremy aferró las riendas y cogió también las riendas del caballo que llevaba el cuerpo sin vida de Beltrán; lentamente volvió al camino y lo tomó en dirección a Asturias.

Bard observó su partida, con el rostro ceñudo y grave, hasta que el otro se perdió de vista; después exhaló un suspiro, ensilló su propio caballo y se alejó sin mirar atrás, fuera del reino de Asturias, al exilio.

LIBRO SEGUNDO
EL LOBO DE KILGHARD

Medio año antes de que finalizaran sus siete años de exilio, Bard mac Fianna, también conocido como el Lobo, tuvo noticias de la muerte del rey Ardrin, y supo que estaba en libertad de regresar a Asturias.

Se hallaba entonces en lo más profundo de los Hellers, en el pequeño reino de Scaravel, ayudando a defender Saint Scarp del ataque de bandidos procedentes de más allá de Alardyn. Poco antes de que concluyera el asedio, don Rafael transmitió a su hijo las noticias de Asturias.

Tres años después de la muerte del príncipe Beltrán, la reina Ariel había dado otro hijo al rey. Cuando Ardrin murió, y el niño príncipe Valentine lo sucedió en el trono, la reina, con gran prudencia, escapó con sus parientes de las llanuras de Valeron, dejando Asturias en manos de quien se apoderara del reino. El principal aspirante fue Geremy Hastur, cuya madre era prima del rey Ardrin. El aspirante al trono alegaba que en épocas pasadas todas estas tierras habían estado bajo el dominio de los Hastur, por lo que ahora deberían permanecer bajo su custodia.

Don Rafael le había escrito: *Nunca más doblaré la rodilla ante el linaje de Hastur, y mi argumento es mejor que el de Geremy; Alaric es mi heredero legal y el heredero de Ardrin después de Valentine. Ven, hijo mío, y ayúdame a sacar a Alarte de la custodia de Geremy, afin de conseguir este reino para tu hermano.*

Bard caviló sobre el contenido del mensaje, de pie y con armadura en la sala de guardia de Scaravel, donde el mensajero lo había encontrado. Durante siete años había servido como mercenario, y después como capitán de mercenarios, en muchos reinos pequeños; no tenía ninguna duda de que la fama del Lobo de Kilghard se había difundido más allá de los Hellers y en las tierras bajas, hasta Valeron. En esos años había luchado en muchos combates, y el mensaje le decía entre líneas que le esperaban más batallas; pero al final de esas batallas habría paz y honores, y un lugar cercano al trono de Asturias. Miró al mensajero frunciendo el ceño.

-¿Y mi padre no te dio más mensaje que esto, ni tampoco te dijo nada que debas transmitirme personalmente?

-No, *vai dom.*

«¿Ninguna noticia de mi esposa? -se preguntó Bard-. ¿Acaso Geremy había tenido el atrevimiento de casarse con Carlina? ¡Toda esa cháchara acerca del antiguo linaje de Hastur era pura basura, y Geremy debe saberlo tan bien como yo!»

-Pero también te traigo un mensaje de lady Jerana -le ofreció el mensajero-. Me pidió que te dijera que doña Melisendra te envía saludos, y también saludos de tu hijo Erlend.

Bard frunció el ceño, y el mensajero se retiró ante su gesto de enfado.

Lo había conseguido todo menos olvidar a Melisendra. Habían pasado varias mujeres por su vida desde entonces, y al parecer tenía uno o dos hijos por aquellos reinos. De hecho le daba dinero, cuando lo tenía, a una prostituta porque su hijo le recordaba a

él mismo cuando era niño, porque le arreglaba el cabello cuando necesitaba un corte y le lavaba la ropa, y porque cocinaba platos mejores de los que había podido probar en el cuerpo de guardia. Ahora pensaba con disgusto en Melisendra. ¡Llorosa y gimoteante mujerzuela! Aquel encuentro le había dejado mal sabor de boca. Fue la última vez que había usado su don para atraer a una mujer hasta su cama. Bueno, había sido una buena doncella, y al parecer a la estúpida muchacha no se le había ocurrido una idea mejor que explicarle a su señora todo lo que había pasado. La actitud de lady Jerana hacia él había sido siempre hiriente, desde que era niño y su hermano Alaric le había preferido a él a cualquier otro compañero. Ahora Jerana incurría en actos aún más malvados para mantener su dominio sobre él.

La presencia de Melisendra podría ser una buena razón para prescindir de Asturias. Y con todo, no era del todo desagradable pensar que podía tener un hijo de una joven de buena familia, un hijo elevado a la categoría de noble *nedestro.* El chico debía de tener unos seis años de edad. Lo suficientemente mayor como para ser instruido en las artes varoniles; y no cabía duda de que Melisendra haría todo lo que estuviera en su mano para convertirlo en un afeminado y volverlo en contra de su padre. No quería ningún hijo glorificado por aquella puta pálida y gimoteante ni por su arisca señora. Así que si Jerana pensaba que se libraría de él sólo con hacerle saber que su comportamiento con Melisendra era del dominio público, se equivocaba.

-Comunícale a mi padre -le confirmó al mensajero- que cabalgaré hasta Asturias y estaré allí en tres días. Mi trabajo aquí ha terminado.

Antes de irse, caminó entre las prostitutas hasta encontrar a la mujer llamada Lilla, a la que le entregó *casi* todo el dinero que había ganado en Scaravel.

-Quizá quieras comprarte una pequeña granja en estas colinas -le dijo-; y quizás encuentres un marido que te ayude a trabajarla y a criar a tu hijo.

-Por lo que me dices -respondió Lilla-, comprendo que no volverás cuando hayas resuelto tus asuntos en tu tierra natal. ¿No es así?

Bard negó con la cabeza.

-No lo creo -dijo.

Vio cómo ella tragaba saliva y frunció el ceño anticipándose a una escena; pero Lilla era una mujer demasiado sensible como para eso. Se puso de puntillas y le dio un sincero beso y un abrazo.

Él le devolvió el beso, sonriendo.

-¡Ésa es una buena mujer de soldado! Me gustaría despedirme del muchacho -dijo, y ella llamó al robusto niño, quien se acercó y miró a Bard, ataviado con su casco reluciente, listo para marchar hacia el sur.

Bard lo alzó y le dio un pellizco en el mentón.

-No puedo reconocerlo, Lilla -dijo-. No sé si tendré un hogar donde llevarlo, y en cualquier caso hubo muchos hombres en tu vida, antes y después de mí.

-No esperaba que lo hicieras, Lobo. El marido que encuentre podrá criar a mi hijo como propio, o deberá buscarse otra mujer.

-De todos modos -prosiguió Bard, sonriendo al ver los ojos brillantes del muchacho-, si llega a mostrar algún talento para las armas, y tienes otros hijos y no lo necesitas para que te ayude a sostenerte en la vejez, envíamelo a Asturias, y yo lo encaminaré para que se gane el pan con la espada. Si puedo, incluso haré por él algo mejor que eso.

-Es muy generoso de tu parte -agradeció Lilla, y se rió.

-Es fácil ser generoso con algo que tal vez nunca ocurra; todo eso que digo es siempre y cuando todavía

esté con vida dentro de unos doce años, algo que un soldado nunca puede saber. Bien, si te enteras de que he muerto, entonces tu hijo tendrá que abrirse paso solo en el mundo, como lo hizo su padre: con su inteligencia y su fuerte brazo. Que todos los demonios sean con él más amables de lo que han sido conmigo.

-Extraña manera de bendecir a tu hijo, Lobo -comentó Lilla.

-¿La bendición de un lobo? -Bard volvió a reírse y agregó-: Es posible que después de todo no sea mi hijo, y la bendición de un pariente posiblemente no le haga ningún bien, así como mi maldición tampoco le perjudicaría en absoluto. No tengo fe en esas cosas, Lilla. Las maldiciones y las bendiciones son lo mismo. Le deseo suerte, y también a ti.

Dio al niño un brusco beso en la mejilla y lo depositó en el suelo, y luego también besó a Lilla. Después montó y se alejó, y si Lilla lloró, fue lo bastante sensata como para no hacerlo hasta que Bard se perdió de vista.

Bard, sin embargo, se sentía eufórico mientras cabalgaba hacia el sur. Se había librado del único lazo que lo había atado durante todos esos años, y la liberación sólo había implicado para él deshacerse de un dinero que en realidad no necesitaba. Probablemente el muchacho no fuera su hijo, ya que todos los niños rubios se parecían mucho, sin que eso implicara vínculos familiares. Crecería con los pies firmemente plantados en la bosta de la vaquería de su madre, y Bard nunca tendría necesidad de volver a acordarse de ninguno de los dos.

Cabalgó solo hacia el sur, hacia el Kadarin. Avanzó a través de una tierra devastada por pequeñas guerras, ya que los Aldarán, que habían mantenido la paz en tiempos de su padre, habían caído. Ahora había cuatro reinos pequeños y los bosques estaban arrasados,

ya que los cuatro hermanos, todos codiciosos de tierras y ambiciosos, habían luchado allí con fuego perpetuo y hechicería.

Bard había pasado un año al servicio de uno de ellos, y cuando fue vencido -don Anndra de Scathfell había tomado para sí una muchacha que Bard deseaba, una maravilla de catorce años, de largo cabello oscuro y ojos que le recordaban a Carlina-, Bard se había marchado y se había puesto al servicio de otro hermano. Entonces había conducido a don Lerrys directamente al interior de la fortaleza por un pasadizo secreto que había conocido mientras servía a Scathfell. Después los dos hermanos hicieron las paces y se aliaron por juramento contra un tercer hermano, y la muchacha

advirtió a Bard que uno de los precios de la alianza era la cabeza del mercenario, ya que ambos hermanos sentían que él podría traicionarlos. Así las cosas, Bard huyó por el mismo pasaje secreto en dirección a Scaravel y juró que nunca más se involucraría en disputas familiares.

Ahora cabalgaba hacia su hogar, para hacer precisamente eso. ¡Pero al menos ahora se trataba de sus propios parientes!

Cruzó el Kadarin y cabalgó a través de las Kilghard, advirtiendo a su alrededor las señales de la guerra. Cuando cruzó la frontera de Asturias, reconoció también allí señales de guerra y se preguntó si no debería marchar a toda prisa a la casa del rey. Pero río, Geremy había reclamado el trono y se había establecido en el castillo del rey. Si don Rafael ya hubiera sitiado ese lugar, el mensaje que le había enviado le habría indicado que debía reunirse con él allí; de modo que decidió dirigirse hacia su antiguo hogar.

No había supuesto que el paisaje pudiera cambiar tanto en siete años; y tampoco había pensado, paradójicamente, hasta qué punto seguiría siendo el mismo.

Era el principio de la primavera; durante la noche había caído una densa nevada y los árboles de vaina plumosa estaban cubiertos de nieve. Cuando Carlina y él eran niños, solían jugar bajo un árbol de vainas plumosas que había en el jardín. Entonces él ya había superado los juegos infantiles, pero había trepado al árbol para bajarle vainas a Carlina, para que ella pudiera hacer cunas para sus muñecas, acomodándolas cómodamente entre las fibras plumosas. Una vez encontraron una vaina realmente enorme y Carlina había acostado en ella a un gatito en vez de una muñeca, arropándolo con la lana plumosa y cantándole nanas; pero el gatito se había cansado del juego y se había escurrido de su cuna. Bard recordaba a Carlina, con el cabello rizado y despeinado cayéndole hasta la cintura, de pie, sosteniendo la vaina rota en las manos, chupándose el dedo que el gatito le había arañado y los ojos llenos de lágrimas. Bard había atrapado al gato con la intención de romperle el cuello, pero Carlina se lo había arrebatado, cobijándolo contra su pecho y protegiéndolo con sus deditos.

Carlina. Estaba regresando a Carlina, que era su esposa según la antigua ley, y él exigiría que su padre la hiciera cumplir. Si habían entregado a Carlina a algún otro hombre, primero mataría al rival y después se casaría con ella. Y si el otro hombre era Geremy, le cortaría los *cayones* y los asaría ante sus propios ojos.

Cuando vio a lo lejos las torres del Gran Salón de don Rafael, ya se había puesto frenético de ira contra Geremy y contra Carlina. ¡Si ella hubiera aceptado acompañarlo, ni siquiera Ardrin podría haberlos separado!

El sol se había puesto, pero la noche era clara y se veían tres lunas en el cielo. Pensó que eso era un buen augurio, pero cuando llegó ante los portales descubrió que estaban cerrados con tranca, y cuando desmontó y

golpeó con fuerza, la voz del viejo *coridom* de su padre, Gwynn, le respondió desde dentro, con dureza:

-¡Fuera de aquí! ¿Quién cabalga hasta aquí a esta hora, cuando la gente honesta debe estar en la cama? Si quieres algo de don Rafael, vuelve de día, cuando los bandidos permanecen en sus guaridas.

-Abre la puerta, Gwynn -gritó Bard, riendo-, pues soy el Lobo de Kilghard, y si no lo haces saltaré el muro y te haré pagar con sangre si los bandidos me roban el caballo. ¿Cómo pretendes echarme de la casa de mi propio padre?

-¡Joven amo Bard! ¿De verdad eres tú? ¡Brynat, Haldran, venid a quitar la tranca! Sabíamos que estabas en camino, joven señor, pero no creíamos que pudieras llegar a estas horas.

La puerta se abrió. Bard desmontó y condujo su caballo al interior. El viejo Gwynn se acercó a abrazarlo torpemente con una mano. Era viejo, canoso y encorvado; caminaba con dificultad y había perdido un brazo, a la altura del codo, mientras defendía la casa él solo, antes de que Bard naciera, ocultando a la dama, la primera esposa de don Rafael, en el ático. Él había dado a Bard las primeras lecciones de esgrima cuando era un niño de siete años. Ahora Bard lo abrazó y lo besó.

-Padre adoptivo, ¿por qué están cerradas las puertas en esta tierra pacífica?

-En estos días no hay paz en ningún lado, maese Bard -explicó el anciano con seriedad-. Los Hastur han jurado que todas estas tierras les pertenecen desde siempre, estas tierras que han sido de los Di Asturien durante todos estos años... Cómo, si hasta el nombre, *Asturias,* significa *tierra de los Di Asturien...* ¿Cómo puede ser que esos condenados Hastur la reclamen? Y ahora los De Hali han jurado que toda la tierra se unificará bajo el dominio de sus tiranos, y tratan de quitarles las armas a las personas honestas para que todos quedemos a merced de los criminales y los bandidos. ¡Oh, maese Bard, desde que te marchaste han pasado días perniciosos para esta tierra!

-He oído decir que el rey Ardrin había muerto -dijo Bard.

-Es cierto, señor, y el príncipe Beltrán fue liquidado por bandidos, más o menos cuando tú te marchaste, señor, aunque confidencialmente te diré que nunca he estado seguro de que el Hastur que ahora reclama el trono no haya tenido algo que ver con esa muerte. Él y el joven príncipe salieron juntos a caballo, o eso dicen, y sólo uno de los dos regresó, por supuesto el Hastur, ese sucio *laranzu* usador de sandalias. Así, con Beltrán muerto, la reina Ariel huyó del reino.' Cuando el rey murió, don Rafael dijo: «Mal le va a la tierra cuyo rey es un niño.» Sin duda, hay luchas por todas partes, y la gente honesta no puede recoger sus cosechas porque el campo está siempre lleno de bandidos, cuando no de soldados. Y ahora, según dicen, si los Hastur ganan esta guerra nos quitarán todas las armas, hasta los arcos de caza, dejándonos tan sólo las dagas y las horcas, y si se salen con la suya, me atrevo a decir que un pobre pastor no dispondrá siquiera de un garrote para ahuyentar a los lobos.

Tomó las riendas del caballo de Bard con el brazo sano y añadió:

-¡Pero entra, señor, don Rafael se alegrará de tu llegada!

Llamó a gritos a un par de lacayos para que desensillaran el caballo, llevaran las alforjas al Gran Salón y buscaran lámparas y a los criados; en

pocos minutos había muchas personas corriendo por el patio, perros que ladraban, ruido y confusión.

-Me gustaría saber si mi padre ya se ha acostado -dijo Bard.

-No, señor -respondió una voz infantil a sus pies-, pues yo le dije que tú llegarías esta noche: lo vi en mi piedra estelar. Entonces el abuelo se quedó esperándote en el salón.

El viejo Gwynn exclamó, sobresaltado:

-¡Pequeño amo Erlend! -Su voz tenía una nota de irritación-. ¡Te han prohibido ir a los establos, hombrecito desobediente, los caballos podrían aplastarte! ¡Tu mamá se pondrá furiosa conmigo!

-Los caballos saben quién soy y reconocen mi voz -alegó el niño, saliendo a la luz-. No me pisarán.

Parecía tener unos seis años, era menudo para su edad, y con una larga melena pelirroja y rizada, que brillaba como cobre fundido bajo la luz de las antorchas. Bard supo quién era incluso antes de que el muchacho flexionara una rodilla para hacerle una reverencia anticuada, y dijera:

-Bienvenido a casa, padre mío. Quería ser el primero en verte. Gwynn, no tengas miedo, le diré al abuelo que no se enfade contigo.

Bard frunció el ceño al muchacho.

-Así que tú eres Erlend.

Era raro que no se le hubiera ocurrido: Melisendra tenía el cabello rojo del antiguo linaje, el que habían producido en ellos muchas generaciones atrás, la sangre del linaje de Hastur, de Hastur y Cassilda, pero no se le había ocurrido que el niño pudiera estar dotado de *laran.*

-¿Así que me conoces?

¿Cómo le habría hablado de él Melisendra?

-Sí-respondió Erlend-. Te he visto en la mente de mi madre y en sus recuerdos, aunque me sucedía con más frecuencia de pequeño. Ahora ella dice que está demasiado ocupada criando a un mozalbete como yo para perder el tiempo recordando tiempos pasados. Además, te he visto en mi piedra estelar, y el abuelo me ha contado que eres un gran guerrero, y que te llaman Lobo. Creo que tal vez a mí también me gustaría ser un gran guerrero, aunque mi señora madre dice que es más probable que sea un *laranzu,* alguien que sabe usar la magia, como el padre de ella. ¿Puedo ver tu espada, padre?

-Sí, claro.

Bard sonrió al chico y se arrodilló junto a él, desenvainando la espada.

Erlend posó una pequeña mano respetuosa sobre la empuñadura. Bard empezó a advertirle que no debía tocar el filo de la hoja, y luego se dio cuenta de que el chico ya lo sabía. Envainó la espada y alzó al chico sobre sus hombros.

-De modo que mi hijo es el primero que sale a recibirme cuando vuelvo a casa después de todos estos años de exilio. Lo considero muy adecuado. Acompáñame a saludar a mi padre.

El Gran Salón le pareció más pequeño que la última vez que lo había visto, y menos lujoso. Era un recinto largo y bajo, con suelo de piedra, y en los muros los escudos y estandartes de generaciones de hombres Di

Asturien, junto a armas demasiado antiguas para asarlas: picas y las viejas lanzas que eran inútiles ahora rara el combate. También había tapices tejidos cientos de años atrás, que representaban los antiguos dioses y diosas, la diosa de la cosecha ahuyentando una bruja de os campos, Hastur durmiendo en las costas de Hali, Cassilda ante su telar. El suelo de piedra no era regular los pies, y un fuego ardía en cada extremo del largo salón. En el más alejado, las mujeres se apiñaban en JE grupo y Bard oyó el sonido de un *rryl;* ante la chimenea más próxima, don Rafael di Asturien se incorporo de su sillón cuando Bard se acercó con su hijo en brazos

Don Rafael llevaba puesta una túnica de lana verde

oscura con el cuello y los puños bordados. Todos los hombres Di Asturien eran rubios, y don Rafael tenía el cabello tan claro que resultaba imposible distinguir si las canas habían avanzado, pero su barba era blanca. Tenía un aspecto muy semejante a la última vez que lo había visto Bard, sólo que más delgado, con ojos un poco más hundidos por las preocupaciones.

Le tendió los brazos, pero Bard dejó a Erlend en el suelo y se arrodilló ante su padre. No había hecho eso ante ninguno de los señores a los que había servido durante los siete años de exilio.

-He regresado, padre mío -declaró, percibiendo en algún lugar de su mente la sorpresa del pequeño al ver a su padre, el renombrado proscrito y guerrero, arrodillándose ante su abuelo tal como lo hacían los vasallos.

Bard sintió que la mano de su padre le rozaba el cabello.

-Tienes mi bendición, hijo mío. Y si en efecto existen los dioses, alabados sean por haberte permitido regresar a mí sano y salvo. Pero en realidad nunca lo dudé. Levántate, querido hijo, y abrázame.

Bard, obedeciendo, vio las arrugas en el rostro de su padre y palpó la aguda delgadez de su cuerpo.

Pensó, consternado y pesaroso: *Oh, ya. es viejo. ¡El gigante de mi juventud es ya un anciano!*

Lo perturbaba ser más alto que su padre, y tanto más robusto que podría alzarlo en brazos como lo había hecho con Erlend.

¡Así de rápido había transcurrido el tiempo, mientras él luchaba en tierras extrañas!

El tiempo también ha dejado su marca en mí, pensó, exhalando un suspiro.

-Veo que Erlend ha salido a recibirte -observó don Rafael cuando Bard se sentó con él ante el fuego-. Pero ahora debes irte a la cama, nieto mío. ¿En

qué estaba pensando tu niñera, que te permitió andar levantado hasta tan tarde?

-Creo que pensaba que yo estaba en la cama, ya que allí fue donde me dejó -replicó Erlend-, pero me pareció más adecuado ir a saludar a mi padre. Buenas noches, abuelo, buenas noches, señor -agregó, esbozando una vez más su extraña reverencia precoz.

Don Rafael soltó una carcajada mientras el niño abandonaba el salón.

-¡Menudo hechicero está hecho! La mitad de la servidumbre ya le tiene miedo, pero es inteligente y maduro para su edad, y estoy orgulloso de él. Sin embargo, me habría gustado que me hubieras advertido que habías preñado a Melisendra. Eso le hubiera ahorrado a ella, y también a mí, el enojo de mi dama; yo no sabía que estaban manteniendo virgen a Melisendra para la Vista. Así que todos sufrimos, pues Jerana estaba muy irritada por haber perdido a su *leronis* tan joven. *

-No te lo expliqué porque no lo sabía -contestó Bard-; después de todo, la prudencia de Melisendra no podía ser tan maravillosa cuando no le impidió entrar en mi habitación cuando yo estaba solo y deseoso de una mujer.

En cuanto lo hubo dicho se sintió un poco avergonzado, al recordar que en realidad ella no había tenido elección. Pero, se dijo, si Melisendra hubiera sido la mitad de *laran* de lo que su cabello pelirrojo prometía, jamás hubiera sucumbido. Él no hubiera sido capaz, por ejemplo, de hacerle eso a Melora.

-Bueno, por lo menos su hijo es apuesto e inteligente, y veo que lo has criado en tu casa en lugar de dejarlo al cuidado de cualquier don nadie.

-Tú te exiliaste para dedicarte al bandolerismo -dijo su padre mirando fijamente al fuego-. Temía que se convirtiera en todo lo que yo detestaba de ti. Y

en cualquier caso -añadió a la defensiva, como si se avergonzara de su propia debilidad-, Jerana no hubiera tenido valor para separar a Melisendra de su hijo.

Bard pensó que nunca había creído que lady Jerana tuviera sentimientos, así que no le hubiera sorprendido que lo hiciera. Pero no quería explicarle eso a su padre, y dijo:

-Veo que le ha transmitido a su hijo algo de su astucia; ya lleva una piedra tallada, siendo tan joven. Pero basta de hablar de mujeres y niños, padre. Creí que te habrías enfrentado al levantamiento de ese maldito Hastur que ha intentado convertirse en señor de estas tierras.

-No puedo enfrentarme ahora a Geremy -dijo don Rafael- porque todavía tiene a Alaric a su cargo. Te he llamado para que me ayudes a encontrar una forma de hacer que tu hermano vuelva; entonces podré enfrentarme a los Hastur.

-¡Geremy es una serpiente enroscada en todas partes! Una vez lo tuve a mi merced, y no quise matarlo -replicó Bard, enfurecido-. ¡Ojalá hubiera tenido el poder de predicción que según dices poseía Melisendra!

-Oh, no le guardo ningún rencor al muchacho -dijo don Rafael-. De haber estado en su lugar, yo hubiera hecho lo mismo que él, sin duda. ¡En la corte de Ardrin fue rehén como garantía de la buena conducta del rey Carolin de Thendara! ¡No me cabe la menor duda de que Geremy creció sabiendo que si había algún problema entre Ardrin y Carolin su propia cabeza sería la primera en rodar, por más que fuera hermano de crianza del hijo de Ardrin! Y hablando de los hijos de Ardrin... ya sabías que Beltrán murió, ¿verdad?

Bard apretó los dientes y asintió. Algún día le contaría a su padre la muerte de Beltrán, pero no ahora.

-Padre -dijo, dispuesto a preguntar lo que nunca había osado-, ¿yo fui rehén en la corte de Ardrin para garantizar tu buena conducta?

-Creí que siempre lo habías sabido -le respondió don Rafael-. Ardrin nunca confió demasiado en mí. Sin embargo, no cabe duda de que sabía tu mérito, pues si no nunca te hubiera nombrado portaestandarte, ni te hubiera puesto por encima de su propio hijo. Tú perdiste todo eso por tu propia necedad, muchacho, pero pareces haber prosperado durante estos años de exilio, de modo que no diré más. Pero mientras tú, y luego Alaric, estuvieran en la corte, Ardrin estaba seguro de que yo no le causaría problemas, ni le disputaría el trono, a pesar de que mis argumentos eran tan válidos como los suyos, y más aún que los de su hijo menor. Sin embargo, ahora que han muerto Ardrin y Beltrán, sería una catástrofe, en los tiempos que corren, que gobernara un rey niño. ¡Las ratas se apiñan en la cocina cuando el gato es muy pequeño! Si estás conmigo...

-¿Puedes dudarlo, padre? -preguntó Bard, pero antes de que pudiera seguir hablando, una mujer se acercó desde la otra chimenea, una mujer delgada, con cabello que encanecía, vestida con ropa ricamente bordada.

-¿De modo que has regresado, hijo adoptivo? Después de todo, los siete años de exilio no parecen haberte hecho mucho daño. Lo que es más -agregó, observando las ropas de Bard, orladas de piel, la daga y la espada enjoyadas que pendían de su cintura, la trenza de guerrero atada con una cinta también enjoyada-: ¡por lo visto has prosperado bastante con las guerras ajenas!

Bard hizo una reverencia a lady Jerana y pensó:

Siempre la misma perra avinagrada y de lengua viperina. Harían falta tres veces siete años para que

mejorara en algo, y en realidad la única mejora posible sería una mortaja.

Pero en siete años había aprendido a no decir todo lo que le cruzaba por la cabeza.

-Sin duda estos siete años no te han cambiado en absoluto, madre adoptiva -dijo Bard, con una sonrisa de amargura.

-Al menos tus modales han mejorado visiblemente.

-Bien, *domna,* he vivido siete años gracias a mi inteligencia y mi espada; en esas circunstancias, señora, hay que mejorar rápidamente para no morir y, como ves, todavía me cuento entre los vivos.

-Pero tu padre no ha sido suficientemente hospitalario -observó Jerana-. No te ha ofrecido alimentos. ¿Cómo es que cabalgas tan tarde en estos tiempos? -añadió, mientras indicaba a los criados que trajeran vino y comida con un gesto.

-¿Es tan peligroso, *domna?* El viejo Gwynn me comentó algo, pero pensé que su mente flaqueaba debido a la edad.

-Su mente sigue perfectamente clara -dijo don Rafael-. Fui yo quien dio la orden de que se cerraran las puertas todas las noches, y ordené que todos, bestias, hombres, mujeres y niños, estuvieran dentro. Además, he destacado exploradores en los límites, con antorchas y fuegos para que nos adviertan si hay grupos de más de tres. Por eso no te recibieron como es

debido. ¡Nunca se nos ocurrió que llegarías solo, sin criados, guardaespaldas ni escudero!

-No me llaman Lobo por capricho -apuntó Bard-. *Lobo solitario* y *villano* son los apelativos más amables que me dan.

-Sin embargo, a pesar de todas estas precauciones -agregó don Rafael-, han caído atacantes sobre las aldeas y han robado caballos. Dicen que son bandidos,

pero yo creo que se trata de los hombres de Geremy. Aquí en el castillo hemos construido cercas, donde los aldeanos pueden dejar sus animales si lo desean, pero han empezado a guardarlos otra vez en las casas. Los asaltantes también se llevaron sacos de grano y nueces, y la mitad de la cosecha de manzanas. No habrá demasiada escasez, pero los mercados estarán poco provistos y la gente tendrá poco dinero, de forma que algunos aldeanos ya se han armado. Hasta se habló de contratar a una *leronis* para que ahuyentara a los bandidos con hechicería, pero no se decidió nada, y eso no me disgustó, ya que no me complace esa clase de guerra.

-Tampoco a mí -convino Bard-, pero el pequeño Erlend comentó que se convertiría en un *laranzu* entrenado.

Lady Jerana asintió.

-El chico tiene *donas, y* sus tutores opinan que posiblemente carecerá de músculos suficientes para manejar la espada.

Los criados habían traído vino y estaban ofreciendo sabrosos bocadillos. De pronto Bard se quedó helado al mirar a los ojos de una mujer pequeña y de cuerpo redondeado cuyo cabello era como una llamarada que le enmarcaba el rostro, y que se escapaba en pequeños rizos rojizos a pesar de que lo llevaba recogido en la nuca.

-¿Melisendra?

-Mi señor -saludó ella, agachando la cabeza en una reverencia-. Cuando Erlend vino para que volviera a acostarlo me dijo que te había visto.

-Es un muchacho educado y de buen aspecto. Justo antes de encaminarme hacia aquí me enteré de su existencia; antes ni siquiera se me había ocurrido la idea. Cualquier hombre estaría orgulloso de un hijo así.

Una sonrisa iluminó el rostro de ella.

-Y sin duda, con esos cumplidos cualquier mujer está recompensada por el precio que haya pagado. Ahora creo que tal vez él sea un justo precio por lo que perdí, pero me llevó muchos años llegar a pensar de este modo.

Bard estudió a la madre de su hijo en silencio. Su rostro aún era redondo, con el mentón alto, llevaba un sobrio vestido gris sobre una túnica interior de color azul, bordado con un diseño de mariposas en el cuello y en los puños. Tenía una apostura y una dignidad que le recordaron, súbitamente, la solemne manera de hablar de su hijo. Él no la recordaba así.

-Lady Jerana ha sido muy buena con los dos, al igual que tu padre -comentó ella.

-Era de esperar -dijo Bard-. Yo mismo fui criado en la casa de mi padre, y no había motivo para que mi propio hijo no fuera tratado con la misma benevolencia.

En los ojos de Melisendra centelleó una sonrisa irónica.

-Bien, señor, eso fue lo último que me dijiste, que estabas seguro de que tu padre no permitiría que el niño y yo nos muriéramos de hambre en los campos.

-Un nieto es un nieto -afirmó Bard-, aunque su nacimiento no haya sido bendecido por ninguna basura ceremonial.

-Todos los nacimientos son benditos, Bard-dijo Melisendra con suavidad-. Las ceremonias sirven para confortar el corazón de los ignorantes y los más sabios saben que es la diosa quien otorga la bendición. Pero, ¿cómo puedes considerar basura algo que ofrece consuelo?

-¿Debo suponer, entonces, que no te encuentras entre los ignorantes que tienen necesidad de esa clase de ceremonias ?

-Cuando tenía necesidad de ellas, mi señor, era

más ignorante de lo que puedes imaginar, ya que era muy joven. Ahora sé que la diosa sola puede ofrecer mayor consuelo que todas las ceremonias inventadas por el género humano.

Bard soltó una risita.

-¿Cuál es la diosa, de entre las docenas que existen, que conforta a los ignorantes en estas tierras?

-Hay una sola Diosa, se llame a sí misma como se llame, o la llamen como la llamen los ignorantes.

-Bien, supongo que debo encontrar algún nombre con el que poder dirigirme a ella para agradecerle que me haya dado un hijo tan bueno -dijo Bard-. Aunque preferiría pensar que es a ti a quien debo agradecérselo, Melisendra.

Ella negó con la cabeza.

-No me debes nada, Bard -dijo, y se giró para marcharse.

Él la hubiera seguido, pero los cantores habían empezado a tocar junto al fuego. Bard se acercó y se sentó de nuevo junto a su padre. Al otro lado del salón danzaban algunas mujeres, pero Melisendra no se encontraba entre ellas.

-¿Cómo es que Geremy reclama el trono? -preguntó-. El propio nombre *Asturias* significa *tierra, de los Di Asturiens.* ¿ Qué tiene que ver un Hastur con eso ?

-Él afirma -contestó don Rafael- que hubo un tiempo en que todas estas tierras pertenecían a los Hastur, y que Asturias fue cedida a los Di Asturiens sólo para que cuidaran de ella según la voluntad de los Hastur; dice que *Asturias* significa, en la antigua lengua, *tierra de los Hastur.*

-Está loco.

-Si es así, se trata de una locura de la que se siente muy seguro, puesto que reclama esta tierra para el rey Carolin de Carcosa.

-¡Qué petición sin sentido! -empezó a decir

Bard; luego rectificó-: Dejando aparte la reclamación del príncipe Valentine... y yo la dejaría rápidamente de lado, ya que mal le va a la tierra donde reina un niño, ¿qué argumento puede tener para reclamar el trono, salvo el viejo mito de los hijos de Hastur y Cassilda? ¡No aceptaré que me gobierne un rey cuya base procede de las leyendas y los mitos!

-Tampoco yo -asintió don Rafael-. Sería como si aceptara que los Hastur fueron dioses en el pasado, tal como lo afirma el mito, y que los Hastur eran verdaderos hijos del Señor de la Luz. Pero aun cuando los primeros Hastur fueran hijos del mismo Aldones, yo no depondría pacíficamente mi exigencia de la tierra que los Di Asturien han gobernado durante todos estos años. No puedo atacarlo mientras tenga a Alaric en su poder, pero creo que sabe que la gente se resistirá a tener un Hastur en el trono. Tal vez esté reteniendo a Alaric para entronizarlo como su títere, pero el muy desdichado debe de estar temblando, calzado con sus sandalias.

-Cuando sepa que he regresado, tendrá buenos motivos para temblar -rió Bard-. Pero pensé que tal vez se hubiera casado con la hija del rey Ardrin para asegurarse el trono para sus hijos.

-¿Con Carlina? -inquirió don Rafael, y meneó la cabeza-. No sé nada de ella, y desde luego no se casó con Geremy: de eso sí que me habría enterado.

Al poco rato despidieron a los juglares, lady Jerana despidió también a sus damas y don Rafael deseó a su hijo buenas noches con gran cariño. Lady Jerana había enviado un criado personal a la antigua habitación de Bard, para que lo ayudara a desnudarse y le preparara el baño, pero cuando Bard se dirigió a la cama, el criado omitió la cortesía habitual de preguntarle si deseaba una mujer para la noche. El criado se marchó y Bard estuvo a punto de llamarlo, pero se encogió de hombros: ese día había hecho un largo viaje a caballo y entre las damas de lady Jerana no había visto ninguna que le interesara. Apagó la lámpara y se metió en la cama.

Entonces se incorporó repentinamente, atónito, pues la cama estaba ocupada.

-¡Por los infiernos de Zandru!

-Soy yo, Bard -dijo Melisendra, sentándose a su lado.

Tenía puesto un camisón largo y fino de algún color pálido, y su cabello era una nube luminosa.

Bard se rió.

-¡De modo que has regresado, a pesar de que gemiste y te quejaste la vez que te impuse mi voluntad!

-No estoy aquí por mi voluntad, sino por la de lady Jerana -explicó Melisendra-. Tal vez ella no desea perder otra de sus *leroni* vírgenes; en cuanto a mí, lo que tenía para perder sólo puede perderse una vez.

Se encogió de hombros con expresión cínica.

-Me ha autorizado a utilizar estas habitaciones, diciendo que tenía derecho a ellas, y el pequeño Erlend y su niñera duermen aquí al lado. No eres peor que cualquier otro, y la diosa sabe que he debido imponerme más de una vez para que me dejaran sola aquí. Lady Jerana prefiere pensar en mí como la barragana de su hijo adoptivo, y además te he dado un hijo. Pero si no me quieres aquí, estaré más que feliz de dormir en otro lado, aunque deba compartir el lecho de mi hijo.

Bard se enfureció ante su aceptación tranquila e indiferente, aunque advirtió que también se habría enfadado si ella hubiera manifestado disgusto o rechazo. Estaba a punto de echarla de su cama con un golpe y una maldición, gritándole que se marchara. Pero percibió que ella aceptaría

cualquier cosa con la misma indiferencia, para enfurecerlo aún más. Maldita mujer, cualquiera pensaría que él le había hecho daño, en vez

de darle un hijo de sangre noble y un seguro lugar de barragana en aquella gran casa...

Y como no podía tener a Carlina en su cama, una mujer era muy parecida a otra cuando se apagaba la lámpara.

-*Ven* aquí, entonces -dijo brutalmente-, y cállate. No me gustan las mujeres ruidosas y no quiero oír más tu cháchara desvergonzada.

Ella lo miró sonriente, mientras Bard la abrazaba.

-Por supuesto, como prefieras, mi señor. Que los dioses no permitan que debas tolerar algo que te disguste.

No dijo nada más. Si lo hubiera hecho, pensó Bard, iracundo, él la habría golpeado para ver si eso le borraba del rostro aquella condenada sonrisa.

Se despertó debido a un gran griterío y se sentó en la cama, instantáneamente despierto. Había dormido en demasiadas salas de guardia para no reconocer ese ruido. Melisendra se incorporó a su lado.

-¿Nos están atacando?

-Eso parece. ¿Cómo podría saberlo, por todos los infiernos?

Bard ya estaba levantado y se vestía apresuradamente. Ella se echó una bata sobre el camisón.

-Debo ir a ver si mi señora y los niños están ¡ salvo. Deja que te ayude a calzarte las botas -agrego y Bard se preguntó cómo sabía que él no quería perder tiempo y llamar a su criado-. Y aquí tienes la espada i la capa -añadió Melisendra.

Bard se dirigió a toda prisa hacia la escalera, diciendo por encima del hombro:

-¡Ocúpate de que el chico esté a salvo!

Se sintió vagamente sorprendido de sí mismo el castillo bajo ataque, no era precisamente el momento de preocuparse por las mujeres y los niños.

Encontró a su padre en el Gran Salón y era EVIdente que se había vestido deprisa.

-¿Nos están atacando?

-No, sólo una incursión rápida, han caído sobre las aldeas para marcharse enseguida; se llevaron caballos que nos resultaban imprescindibles y algunos sacos de grano. El ruido que oíste eran los aldeanos, que vinieron al galope a avisarnos, y mis guardias que se armaban para salir en pos de los saqueadores. Tal vez logren recuperar los caballos...

-¿Eran hombres de Geremy?

-No, ellos hubieran atacado la Casa Grande, no las aldeas. Me parece que son los hombres de Serráis, que merodean en nuestras fronteras y aprovechan la anarquía para mandar a esa basura de las Ciudades Secas contra nosotros. La tierra está infestada de ellos. ¡Me gustaría que fueran a molestar a Geremy en el castillo Asturias!

Entró Gwynn y don Rafael se volvió con irritación hacia el viejo *coridom.*

-¿Qué ocurre ahora?

-Un mensajero del rey, señor.

Don Rafael frunció el ceño y le preguntó con desdén:

-¿Dónde hay en esta tierra un rey que pueda enviar un mensajero?

-Con tu perdón, señor. Tendría que haber dicho un mensajero de don Geremy. Llegó en medio de toda esta confusión, mientras tus hombres ensillaban para perseguir a los bandidos...

-Yo debería haber ido con ellos -exclamó Bard, pero su padre meneó la cabeza.

-¡Sin duda eso es lo que desean, que malgastes tu fuerza con bandidos y ataques aislados! -Se volvió hacia Gwynn y agregó-: Recibiré al hombre de Geremy. Dile a lady Jerana que envíe a una *leronis* para que imponga un hechizo de la verdad en el salón. Sin eso no escucharé a ningún lacayo de Hastur. Bard, ¿me acompañas ?

Cuando el enviado de Geremy entró en el Gran

Salón, con una bandera de tregua y el estandarte de los Hastur de Carcosa, el abeto plateado sobre azul adornado por las velas encendidas, Bard ya había tomado un rápido desayuno -un cuenco de potaje de nueces de la cocina y una taza de cerveza amarga-, se había lavado la cara y se había vestido con los colores de su padre, el azul y plata de los Di Asturien.

Don Rafael estaba sentado en una silla tallada, sobre el estrado, dos pasos detrás de Bard, quien ocupaba el sitio del servidor, con la mano en la empuñadura de la espada.

Melisendra, también ataviada con ropas de color azul y plata, por los Di Asturien -¿y cómo era, se preguntó Bard, que los Hastur y los Di Asturien habían llegado a tener los mismos colores?-, estaba sentada en un escabel, inclinada sobre su piedra estelar que difundía la bruma azulada del hechizo de la verdad en todo el recinto.

El enviado se detuvo en el umbral, disgustado.

-Mi señor, esto no es necesario.

-En mi salón -espetó don Rafael- yo juzgo qué es necesario a menos que esté recibiendo a mi propio rey; y no reconozco como rey a ningún hijo de Hastur. ni tampoco a su mensajero como la voz de mi verdadero rey. Transmite tu mensaje sometido al hechizo de la verdad, o no digas nada en absoluto y vuelve a salir de mi salón.

El mensajero estaba demasiado bien entrenado para su tarea como para encogerse de hombros, pero de alguna manera dio la impresión de que había hecho ese gesto.

-Que así sea, *vai dom.* Como yo no digo falsedades, el hechizo de la verdad tiene más relación con las costumbres imperantes en tu salón que con el mensaje de mi amo. Escucha, entonces, la palabra del gran señor Geremy Hastur, custodio de Di Asturien y regente de Asturias, que gobierna estas tierras en nombre de su legal señor, el rey Carolin de Carcosa...

Don Rafael lo interrumpió, en voz baja pero audible:

-¿Qué está haciendo esa *leronis?* Creí que había impuesto el hechizo de la verdad en esta habitación, para que nadie pudiera pronunciar aquí una falsedad, y sin embargo acabo de escuchar una afirmación...

Bard sabía que don Rafael había dicho esas palabras solamente para molestar: el hechizo de la verdad actuaba tan sólo sobre los hechos y las intenciones, no sobre argumentos en disputa. Por supuesto el mensajero

también lo sabía, por lo que pasó por alto la interrupción. Su postura cambió y Bard supo que se trataba de una voz o mensajero mímico profesional, cuya tarea era pronunciar el mensaje exactamente con las mismas palabras e inflexiones con que le había sido entregado. Cualquier mensajero podía repetir textualmente un mensaje, pero el arte de repetirlo con la misma voz del emisor, y de llevar la respuesta en el tono exacto del receptor para que se pudiera juzgar cada sutileza, ironía o doble tono, era una habilidad rara y especial.

-Para mi pariente y viejo amigo de mi padre, don Rafael di Asturien -empezó la Voz, y Bard se estremeció, porque el efecto era pavoroso.

La Voz era un hombrecito pequeño y regordete, con patillas claras y un aspecto vulgar, pero por medio de un truco de la voz, o por encantamiento, parecía que el mismo Geremy Hastur se encontraba ante ellos, un hombre agachado, con un hombro más alto que el otro, una pierna encogida para evitar el peso, apoyado en alguna clase de bastón. Bard volvió a experimentar un escalofrío al ver lo que la disputa juvenil había hecho al hombre amargado que se encontraba ante él...

No, era un truco, una Voz entrenada, un mimo, un criado de una clase especial; el verdadero Geremy estaba muy lejos.

-Pariente, nuestras reclamaciones para el trono de Asturias pueden discutirse más tarde; en este momento toda Asturias está sitiada por la gente de Serráis, quien observa que el trono de Asturias está en disputa y cree que esta tierra es un pájaro que vuela solo, una presa fácil para cualquier halcón. Sean cuales fueren los méritos de tu exigencia y de la mía, te pido una tregua para poder rechazar a estos invasores de Serráis y expulsarlos de nuestras fronteras; después de eso, tú y yo podremos sentarnos a discutir como parientes quién *y* cómo gobernará esta tierra. Te pido que por el momento hagas causa común conmigo, ya que eres el mayor de los generales que sirvieron a mi primo Ardrin en el pasado. Comprometo mi palabra de Hastur de que mientras dure la tregua, tu hijo Alaric, que vive como pariente en mi casa, será«protegido de la guerra y cuando los invasores hayan sido expulsados, juro reunirme personalmente contigo para discutir la suerte de esta tierra y para devolver a Alaric al cuidado de su padre.

Al cabo de algunos segundos, la Voz agregó, ahora con su propia voz:

-Y ése es todo el mensaje que el señor Geremy Hastur te envía en esta oportunidad, salvo que te ruega que vayas con tanta rapidez como te sea posible.

Don Rafael estaba sentado y miraba el suelo con d ceño fruncido. Fue Bard quien preguntó:

-¿Cuántos invasores habían cruzado las fronteras de Asturias?

-Señor, es un ejército.

-Parece que no tenemos alternativa -comentó don Rafael-; si no lo hacemos estos Serráis caerán sobre nosotros por separado y nos vencerán con tranquilidad. Dile a mi pariente que me uniré a él con todos

los hombres que pueda llamar y tantas *leroni* como consiga en cuanto me asegure que mi castillo, mi dama y mi nieto quedan bien protegidos. Puedes decirle que he declarado esto sometido al hechizo de la verdad.

La Voz hizo una reverencia, y se intercambiaron algunas cortesías más. Después el mensajero se retiró y don Rafael se dirigió a Bard.

-Bien, hijo mío. He oído hablar de tu renombre como guerrero, y mira... ¡aquí tienes una oportunidad para demostrarlo, en cuanto llegas a Asturias!

-Preferiría luchar contra el propio Geremy -dijo Bard-, pero es necesario asegurar el trono de Asturias antes de que alguien se siente en él. Si Geremy considera que nuestra ayuda fortalecerá su aspiración al trono, a nosotros nos corresponderá demostrarle cuando llegue el momento que se equivoca. ¿Cuándo partimos?

Durante todo el día ardieron las fogatas que llamaban a todos los hombres que debían fidelidad a Asturias, lo cual significaba todos los hombres con buena salud que pudieran combatir contra los invasores. Cuando partieron, más y más hombres se les unieron, nobles con armaduras de cuero reforzado, con espadas y escudos y a caballo; arqueros de a pie con flechas normales e incendiarias y largas picas, granjeros y campesinos montados en asnos y en bestias de carga astadas, blandiendo viejas lanzas, mazas llenas de clavos y púas, e incluso horcas y azadas.

Bard cabalgaba con los oficiales de su padre, y cerca de ellos marchaba un pequeño grupo de hombres y mujeres desarmados, con largos mantos encapuchados que les ocultaban el rostro: los *leroni* que combatirían junto a los soldados.

Bard comprendió que durante su ausencia su padre debió de reclutar y entrenar a todos ellos, y de repente

experimentó un escalofrío. ¿Durante cuánto tiempo habría estado su padre incubando esta rebelión, como si fuera un huevo monstruoso empollado dentro de su cabeza? ¿Hacía tanto tiempo que planeaba que la corona fuera de Alaric?

Bien, él, Bard, estaba mejor dotado para la guerra que para el gobierno; prefería ser el hombre del rey y no el rey mismo, y si algún día el gobernante era su amado hermano, sin duda ante él se extendía la posibilidad de una buena vida. Empezó a silbar y siguió cabalgando con ánimo alegre.

Pero más o menos una hora después sufrió un contratiempo, pues entre las *leroni* había reconocido, a pesar de la capucha, la figura y los rasgos de Melisendra.

-Padre -preguntó-, ¿por qué marcha con d ejército la madre de mi hijo? ¡Ella no es ninguna soldadera!

-No, es la más hábil de las *leroni* que están a nuestro servicio.

-Pero por que me dijiste, creí que lady Jerana me acusaba de haberla estropeado para ese servicio...

-Oh, ya no sirve para la Vista -respondió don Rafael-. Tenemos a un joven de doce años para esa tarea. Pero en todo lo demás, Melisendra es muy competente. Había pensado en tomarla como barragana mía, en una oportunidad, porque a Jerana le cae bien, y cuando te cases te darás cuenta de que es inútil tomar una concubina que tu esposa detesta. Pero... -se encogió de hombros- Jerana deseaba que se conservara virgen para la Vista, de modo que dejé que se saliera con la suya, y ya sabes lo que ocurrió después. De todos modos, prefiero tener un nieto. Y como

Melisendra ha demostrado ser fértil contigo, tal vez quieras tomarla como esposa.

Bard frunció el ceño, con gesto de rechazo.

-Te recuerdo, señor, que ya tengo una esposa; no tomaré a ninguna otra mujer mientras Carlina viva.

-Sin duda puedes tomar a Carlina como esposa, si es que la encuentras -respondió don Rafael-, pero no ha estado en la corte desde la muerte de su padre. Abandonó la corte incluso antes de que la reina Ariel se llevara a Valentine a la casa de sus parientes de Valeron.

Bard se preguntó si Carlina no se habría marchado de la corte para evitar casarse con Geremy. Sin duda, él habría considerado que ese casamiento era el camino más directo para autorizar su aspiración al trono. ¿Acaso Carlina estaría esperando a Bard en algún sitio, estaría esperando que él fuera a buscarla?

-¿Dónde esta Carlina, entonces?

-Sé tanto como tú, hijo mío. Por lo que sé, está en alguna torre, aprendiendo a ser *leronis,* o incluso... -don Rafael miró el grupo más reciente de combatientes que acababa de unirse al ejército, en el camino- ¡es posible que se haya cortado el cabello y haya hecho los votos de la Hermandad de la Espada!

-¡Nunca! -exclamó Bard, con un escalofrío de horror, mirando a las mujeres de capa escarlata.

Eran mujeres con el pelo más corto que los monjes, sin gracia ni belleza, mujeres que llevaban una daga de renunciante, no en las botas como lo hacían los hombres, sino atada alrededor del pecho, como señal de que el hombre que les pusiera la mano encima moriría, y que la mujer misma moriría antes de entregarse como trofeo de guerra.

Bajo la capa llevaban el extraño atavío de su hermandad, pantalones y largos chalecos atados, botas bajas sujetas a los tobillos; tenían las orejas perforadas como las de los bandidos, y en el lóbulo izquierdo pendía una gran argolla.

-Me pregunto, padre, por qué admites a estas... a estas perras entre nosotros.

-Pues porque son combatientes de gran pericia, que han jurado morir antes de caer en manos del enemigo; nunca han tomado prisionera a ninguna de ellas, ni ninguna ha traicionado nunca su juramento de servicio y lealtad.

-¿Pretendes decirme que viven sin hombres? No lo creo -se mofó Bard-. Y qué piensan los hombres, ¿que deben cabalgar junto a mujeres que no son soldaderas ?

-Las tratan con el mismo respeto que a las *leroni* -respondió don Rafael.

-¿Respeto? ¿Por esas mujeres con pantalones y las orejas perforadas? ¡Yo las trataría con la decencia que se merecen todas las mujeres que olvidan la decencia propia de su sexo!

-No te lo aconsejaría, pues he oído decir que si alguna de ellas es violada, y si no se mata o acaba con el violador, sus hermanas los persiguen y matan a ambos. Por lo que puede decirte cualquier hombre, son tan castas

como las sacerdotisas de Avarra; pero nadie sabe con certeza lo que ocurre entre ellas. Es posible que simplemente sean adeptas al arte de la seducción secreta. Además, como te he dicho, muestran gran habilidad en el combate.

Bard no podía imaginar a Carlina entre ellas. Siguió adelante, enfurruñado y silencioso, hasta que a media tarde lo llamaron para examinar las armas de un grupo de jóvenes granjeros que acababan de unirse a ellos. Uno de los campesinos blandía una espada hereditaria, pero los otros llevaban hachas, picas que parecían tener generaciones de uso, horcas y azadas.

-¿Sabes montar? -preguntó Bard al hombre de la espada-. En ese caso, puedes marchar con los jinetes.

El joven campesino meneó la cabeza.

-No, *vai dom,* ni siquiera podría montar una bestia de carga -confesó en su rústico dialecto-. La espada pertenecía a mi bisabuelo, quien la usó hace cien años en Firetop. Pudo combatir con ella, un poco, pero aun así será mejor que permanezca con mis hermanos.

Bard asintió. Las armas no hacían a un soldado.

-Como prefieras, hombre, y buena suerte. Tú y tus hermanos podéis uniros a aquellos hombres. Ellos hablan tu lengua.

-Sí, son mis vecinos, *vai dom* -dijo, y luego le preguntó con timidez-: ¿Ño eres tú el hijo del gran señor, *dom,* al que llaman Lobo?

-Así me han llamado -asintió Bard.

-¿Qué estás haciendo aquí, *dom* Oí decir que estabas exiliado, en tierras extrañas...

Bard soltó una risita.

-El que me exilió ha ido a explicarlo en el infierno. ¿Intentarás matarme porque se ha puesto precio a mi cabeza, hombre?

-No, nada de eso -aseguró el joven campesino, con los ojos muy abiertos de pesar-. No al hijo del gran señor. Sólo quiero decirte que si tú nos guías sólo podemos triunfar, don Lobo.

-Ojalá todos los zorros y los salvajes de Serráis piensen lo mismo, hombre -dijo Bard y observó a los campesinos que se reunían con el grupo de sus vecinos.

Con expresión pensativa, fue a reunirse con su padre. Aquí y allá captaba retazos de conversación:

El Lobo, el Lobo de Kilghard ha venido a comandamos.

Bien, tal vez les sirviera de algo.

Cuando llegó junto a su padre, don Rafael llamó al más joven de los *leroni,* un chico pecoso de rostro fresco, cuyo cabello rojo centelleaba debajo de la capucha gris; sólo tendría unos doce años.

-Rory ha visto algo, Bard. Cuéntale a mi hijo lo que has visto, muchacho.

-Más allá del bosque, don Lobo... don Bard -se corrigió rápidamente-, hay un grupo de hombres que nos ha tendido una emboscada.

Bard entornó los ojos.

-Tú viste eso. ¿Con tu Vista?

-No pude ver bien, cabalgando, no como puedo ver en mi cristal o en un estanque de aguas claras -respondió el *laranzu*-. Pero allí están.

-¿Cuántos son? ¿Dónde están? ¿Con qué armas?

Le disparó las preguntas al muchacho. Rory desmontó de su poní y, cogiendo una ramita, empezó a dibujar en el polvo del camino.

-Son cuatro o tal vez cinco docenas de hombres. Alrededor de diez están montados, en esta formación- -Hizo una línea recta en ángulo con la otra-. Algunos de los otros tienen arcos...

Melisendra se inclinó por encima del hombro del chico.

-¿Hay *leroni* con ellos?

-Creo que no, *domna.* Es muy difícil ver con claridad...

Rápidamente Bard miró a su alrededor, observando la gran cantidad de hombres que los seguían. ¡Maldición! No había considerado necesario que marcharan en formación todavía, pero si los sorprendían ahora desde algún flanco, incluso unos pocos hombres podrían causarles terribles daños. Antes incluso de pensar seriamente en la emboscada, espetó:

-¡Rory, fíjate en lo que te digo! ¿Hay hombres siguiéndonos?

-No, don Lobo, el camino está libre por detrás, hasta el castillo de don Rafael, y más allá, hasta la frontera con Marenji -le respondió el chico, bizqueando.

Eso significaba que el ejército invasor, procedente de Serráis, se encontraba en algún punto situado entre ellos y el castillo Asturias. ¿Tendrían que abrirse paso luchando entre el enemigo para encontrar el castillo sitiado? Tal vez los invasores pudieran derrotar a Geremy Hastur antes de que ellos llegaran a auxiliarlo. No, no podía desear algo así si habían establecido una tregua. Mientras tanto, habían tendido una emboscada a su ejército. Era una emboscada ridícula, por supuesto, con la única finalidad de retrasarlos un poco para que no llegaran al castillo antes del anochecer, o tal vez al día siguiente. Esto podría significar que habían urdido un ataque para esa misma noche. Un ejército de las dimensiones del de Bard no podía evitar ser observado; si ellos tenían pájaros centinelas o *leroni* con la Vista, seguramente el ejército de Serráis ya sabía que estaban en camino, y tendrían especial interés en mantenerlos lejos durante otro días más.

Le contó esto a su padre y don Rafael asintió.

-¿Pero qué haremos? -preguntó.

-Es una lástima que no podamos rodearlos de alguna manera -respondió Bard-, y dejarlos allí emboscados como gatos ante una ratonera abandonada. Pero no podemos llevar un ejército de estas dimensiones a través del bosque sin que nadie nos descubra. Rory dice que no tienen *leroni* con ellos, pero eso no significa que no haya alguna *leronis* en contacto telepático con uno de sus jefes, viendo a través de los ojos de él. De modo que no podremos atacarlos sin alertar a todo el ejército de Serráis.

Reflexionó durante un rato.

-Y si los atacamos, aunque los aniquilemos rápidamente, ya que cuatro docenas de hombres no pueden hacer frente a nuestro ejército, eso daría tiempo suficiente para que una *leronis* o un pájaro centinela pudiera espiar y determinar el número de nuestras fuerzas,

nuestra posición y armas. Pero una *leronis* no puede informar dé lo que no ve. Creo que la parte principal del ejército puede ir por un sitio del bosque donde no se tope con la emboscada. Padre, dale tu capa a algún hombre, déjale montar tu caballo y envíalo conmigo, junto con tu estandarte, mientras tú conduces al grueso del ejército rodeando el bosque. Mientras tanto, dame... -hizo una pausa para reflexionar- diez o doce jinetes escogidos y un par de docenas de arqueros. Nosotros seguiremos por el camino principal; con suerte, los observadores que están en contacto telepático con la emboscada creerán que ésas son todas las fuerzas de las que disponemos para desarticular el sitio del castillo Asturias. Llévate todos los *leroni, y* cuando hayas pasado d bosque, siéntate con ellos y con los pájaros centinelas, y haz que nos digan qué clase de ejército ha preparado esta vez Serráis contra nosotros.

Rápidamente dispusieron todos los detalles.

-Llévate los arqueros del Gremio -le dijo su padre-, y los jinetes de lord Lanzell; son quince, actúan bien en conjunto y siguen al mismo líder. Elige los soldados de a pie por ti mismo.

-Padre, no conozco a los hombres lo suficiente como para escogerlos rápidamente.

-Jerral los conoce -apuntó don Rafael, quien llamó a su portaestandarte con un gesto-. Hace veinte años que está conmigo. Jerral, ve con mi hijo y obedécele como si fuera yo mismo!

A la cabeza de su grupo escogido, y observando el grueso del ejército que tomaba por el otro camino, Bard sintió que se le formaba un nudo en la garganta Había estado combatiendo desde los trece años, pero era la primera vez que luchaba bajo el estandarte de su padre; y la primera vez, desde que lo habían proscrito, que combatía por una tierra suya cuya suerte le importaba más de un *sekal.*

Cayeron sobre la emboscada desde atrás, tomaron por sorpresa a los jinetes y mataron a la mitad de sus caballos antes de que los soldados de infantería pudieran atacarlos. Los hombres de Bard formaron una barrera de protección con sus escudos y lanzaron flechas incendiarias. La batalla duró menos de media hora, tras la cual los hombres de Bard se habían apoderado del estandarte de Serráis. Los heridos sobrevivientes huyeron en todas direcciones.

Bard había perdido dos o tres hombres, pero habían logrado capturar o matar todos los caballos del enemigo. Dio la orden de degollar a los que estaban más gravemente heridos -no sobrevivirían si los movían, y en cualquier caso, era más piadoso aniquilarlos que dejarlos a merced de los *kyorebni* y los lobos-, y apoderarse de todos los equipos y las armaduras.

Cuando se reunieron de nuevo con el grueso del ejército, hizo que los prisioneros fueran interrogados por un *laranzu* capaz de examinar las mentes.

Por este procedimiento se enteraron de que en efecto tendrían que abrirse paso luchando a través de todo el ejército de Serráis para poder llegar al castillo Asturias. El ejército, apostado alrededor de las murallas del castillo, preparaba un ataque, pero estaba previsto que podrían establecer un sitio si el ataque sorpresa no daba buenos resultados.

Bard asintió, con expresión sombría.

-Debemos avanzar a marchas forzadas. No podremos desplazarnos rápidamente con todos los carromatos de las provisiones, pero al menos nuestros mejores hombres deben llegar a tiempo para echar a perder la sorpresa que urden los de Serráis.

Ya empezaba a caer la lluvia nocturna típica de la estación, pero marcharon tan rápido como pudieron, incluso cuando la lluvia se convirtió en una nieve leve, y en las filas empezaron a dejarse oír algunas protestas.

-¿Acaso piensan atacar el castillo Asturias en medio de esto? ¡Ni siquiera podrían divisar las murallas contra las que deben disparar!

Las protestas recordaron a Bard aquella otra campaña, mucho tiempo atrás, la primera vez que había estado al mando. Melisendra, con su cabello brillante cubierto por la capucha gris de una *leronis,* le recordó, de repente y con un aguijonazo de dolor, a Melora. ¿Dónde estaría ahora? Incluso la voz de Melisendra se parecía a la de ella, cuando la joven le dijo suavemente:

-El tiempo aclarará antes del alba, puedes estar seguro de eso. Y también puedes estar seguro de que los hechiceros enemigos lo saben igualmente. Tal vez dentro del castillo crean que están seguros debido a la tormenta. Pero cuando el cielo se aclare, habrá luz de luna.

El hombre la miró con respetuoso temor.

-¿Lo sabes gracias a la hechicería, *domna?*

-Lo sé porque conozco los ciclos de las lunas -respondió Melisendra, riéndose-. Cualquier granjero te podría decir lo mismo. Hay cuatro lunas en el cielo esta noche, y Liriel y Kyrdis están llenas. ¡Habrá claridad suficiente como para cazar con halcones! De modo que debemos llegar a tiempo para el combate. Pero -agregó reflexivamente-, también habrá luz suficiente para permitir que sus hechiceros trabajen, y debemos prepararnos para eso.

A Bard le alegró la información, pero en realidad no le gustaba la hechicería en la batalla. ¡Prefería las honestas espadas y las lanzas!

La tormenta arreció, de modo que los *leroni* abrían la marcha con antorchas y el joven Rory escrutaba el camino con su Vista. Hombres y caballos avanzaban con dificultad detrás, siguiendo las antorchas, debatiéndose contra la nieve y las ráfagas de viento, entre maldiciones.

Bard se preguntó si habrían sido los *leroni* del enemigo quienes habían provocado la tormenta. Parecía demasiado intensa para ser natural. No tenía manera de saberlo, y decidió, con odio, que no se lo preguntaría a Melisendra.

Y luego, de repente, todo se calmó. Habían salido de la tormenta para entrar en una noche clara, el viento se extinguió y en el cielo las grandes faces serenas de las lunas mayores aparecían en todo esplendor: la pálida Liriel, Kyrrdis centelleando con fulgor azulado en la noche. Bard percibió las expresiones de asombro de los hombres. Desde la cumbre de una montaña contemplaron a sus pies el valle que rodeaba el castillo.

Todo estaba pavorosamente silencioso. Bard sabía, por lo que le habían dicho los hechiceros, que todo el ejército de Serráis se encontraba allí, acampado alrededor del castillo, listo para atacar al alba; pero no se distinguía ni una hoguera, ni se percibía siquiera un paso en lo profundo del valle.

-Sin embargo, allí están -declaró Melisendra a su lado.

En la mente de ella, Bard captó la imagen del valle, no a oscuras como él lo veía, sino iluminado por extraños centelleos que correspondían a hombres, caballos y máquinas de guerra.

-¿Cómo puedes ver eso, Melisendra?

-No lo sé. Tal vez mi piedra estelar siente el calor de sus cuerpos y lo traduce en imágenes que mi mente es capaz de ver. Cada uno lo percibe de manera diferente. Rory me dijo que él los oía, tal vez capta el movimiento de la respiración o percibe el crujido de la hierba bajo sus pies.

Bard se estremeció, deseando no haber preguntado. Había poseído a aquella mujer, ella le había dado un hijo, y sin embargo no sabía nada de ella; en el fondo la temía. Había oído hablar de un don del *laran* que

podía matar con el pensamiento. ¿Lo poseería ella? No, pues de lo contrario seguramente lo hubiera matado para defender su castidad...

-¿Los *leroni* saben que nos acercamos?

-Estoy segura de que saben que estamos cerca. La presencia de todos estos hombres y bestias no puede pasar inadvertida para cualquiera que tenga *laran.* Pero Rory y yo hemos concentrado nuestros Dones en lo posible y, con suerte, creerán que estamos mucho más lejos. Dejamos al viejo maese Ricot y a la dama Arbella con los carros de provisiones, y les pedimos que transmitieran imágenes falsas, como si todo el ejército estuviera todavía allí con ellos. Ahora sólo nos queda esperar y ver qué pasa.

Esperaron. Kyrrdis estaba bajando sobre el horizonte y el cielo del este empezaba a sonrojarse cuando Melisendra tocó a Bard en el brazo.

-Allí abajo han dado la señal de atacar.

-Entonces nos adelantaremos a ellos -decidió Bard con tono sombrío.

Hizo un gesto a su paje para dar la orden. No estaba cansado, a pesar de que hacía tres noches que no dormía. Comió una galleta rellena con carne asada. Sabía a cuero, pero la experiencia le decía que con el estómago vacío podría marearse. Sabía que a otros hombres les sucedía todo lo contrario: Beltrán siempre decía que si comía un solo bocado, lo vomitaría como si fuera una mujer embarazada. ¿Por qué pensaba ahora en Beltrán? ¿Por qué había acudido este fantasma a sentarse sobre sus hombros?

De modo que atravesarían el ejército invasor de Serráis hasta salvar el castillo Asturias y la indigna vida de Geremy Hastur. ¿Y después volverían a atacar? Con el ejército de don Rafael allí, ¿acaso Geremy realmente creía que podría conseguir el trono? ¿Acaso Geremy pensaba que la tregua podía durar un minian; más de lo conveniente para don Rafael? Sin embargo, le había pedido a don Rafael que acudiera con su ejército.

¿Cuántos de los integrantes del ejército respaldarían a don Rafael? Probablemente la mayoría de los soldados estaban tan poco dispuestos como su jefe a ver el trono ocupado por un Hastur.

A sus pies hubo un fulgor, y Bard dio rápidamente una orden:

-¡Luces!

En todas partes se descubrieron las antorchas. Una flecha incendiaria cayó como un cometa en medio del ejército de Serráis.

-¡Al ataque! -gritó Bard.

Aullando el antiguo grito de batalla de Di Asturien, el ejército cargó colina abajo sobre el ejército de Serráis, tomándolo por la espalda mientras atacaban las murallas del castillo Asturias.

Cuando el sol subió por el este, derramando su luz roja sobre las montañas, el ejército de Serráis yacía hecho pedazos y los sobrevivientes escapaban en medio de una gran confusión; se habían descorazonado con el primer ataque de Bard, que había dado cuenta de la mitad de su retaguardia. Ni siquiera habían conseguido disparar una sola catapulta, ni utilizar ninguna máquina de guerra, ni tampoco encender el fuego perpetuo; Bard había capturado todo el armamento. Luego había hecho explotar algunas bombas de fuego perpetuo entre ellos, para matar a los caballos que quedaban o provocar una frenética estampida. Luego todo terminó, salvo la matanza final y la rendición. Los hombres armados del castillo los habían cubierto con sus arcos desde las murallas, y finalmente los *leroni* se habían aunado para difundir el terror entre los soldados de

Serráis, de modo que el resto de los soldados enemigos huyeron chillando como si los persiguieran todos *los* demonios de los nueve infiernos de Zandru. Bard, que había tenido que enfrentarse alguna vez con los terrores del *laran,* consideró posible que los diablos los persiguieran... o al menos que los nombres de Serráis creyeran que los perseguían, lo cual era lo mismo.

Habían capturado a don Eiric Ridenow de Serráis, y cuando Bard entró en el castillo con su portaestandarte, ya estaban discutiendo si lo retendrían como rehén para garantizar la buena conducta de los otros señores de Serráis, si impondrían un rescate y lo enviarían a su hogar tras exigirle un juramento de neutralidad, o si lo colgarían de las murallas del castillo como escarmiento para otros que pudieran intentar cruzar las fronteras de Asturias con intenciones bélicas.

-Puedes hacer lo que te *plazca* -dijo el anciano. apretando los dientes" con tanta fuerza que la barba se le agitó-. ¿Crees que mis hijos no marcharán contra Asturias con todo su poder, ahora que saben lo ocurrido a su destacamento de avanzada?

-Está mintiendo -intervino un joven *laranzu*-. Su ejército no era una avanzada, sino que contaba con todos los hombres que pudo reunir para el combate. Sus hijos no tienen edad para combatir. Lo ha arriesgado todo en una sola jugada.

-Y hubiera tenido éxito de no ser por tus esfuerzos, pariente -dijo Geremy Hastur a don Rafael.

Llevaba una larga túnica, la túnica de un erudito, de un color púrpura tan profundo que era casi negra. No iba armado, salvo por una daga pequeña. La larga túnica ocultaba su invalidez, pero no podía disimular el paso irregular ni su postura asimétrica. Caminaba apoyándose en una muleta como un hombre cuatro veces más viejo. Su cabello rojo ya encanecía sobre las

sienes y Geremy, como un hombre anciano, había empezado a lucir una barba sobre el mentón.

Bard pensó, con desprecio, que su hermano de crianza tenía menos aspecto de guerrero que las renunciantes que combatían en su propio ejército.

Don Rafael y Geremy se abrazaron como parientes, pero luego se separaron; los ojos de Geremy se posaron sobre Bard, de pie dos pasos detrás de su padre.

-¡Tú!

-¿Te sorprende verme, pariente?

-Te exiliaron de este reino durante siete años, Bard, y ahora tienes las manos manchadas de sangre real. Tu vida está doblemente condenada aquí. ¡Dame una sola razón para que no ordene a mis hombres que te apresen y te cuelguen de las murallas!

-Tú sabes muy bien qué traición manchó mis manos con esa sangre -replicó Bard acalorado.

Pero don Rafael lo silenció con un gesto.

-¿Ésta es tu gratitud, primo Geremy? Bard condujo el ataque que salvó el castillo Asturias. Gracias a él no cayó en poder de los de Serráis. Si mi hijo no hubiera acudido, tu cabeza pendería ahora de alguna pica para que los hombres de don Eiric la usaran como blanco en sus prácticas.

Geremy apretó los labios.

-Nunca he dudado de la valentía de mi primo y supongo que debo concederle una amnistía, una vida por otra vida. Que así sea, Bard; puedes ir y venir por el reino como desees. Pero no en mi presencia. Cuando el ejército se retire, vete con él y no regreses a mi corte durante toda tu vida, pues el día que vuelva a verte, sin duda te haré matar.

-En cuanto a eso... -empezó a decir Bard, pero don Rafael lo interrumpió.

-Ya basta. Antes de que pronuncies sentencias de

muerte o de destierro, Hastur, será mejor que tengas un trono desde el cual hablar. ¿Con qué fundamentos reclamas reinar aquí?

-Como regente de Valentine, hijo de Ardrin, a instancias de la reina Ariel; y como custodio de estas tierras, que han sido desde épocas inmemoriales una parte de los dominios Hastur y que volverán a serlo cuando hayan pasado estos años de anarquía. Los Hastur de Carcosa son gente pacífica y permitirán que los Di Asturien reinen aquí, siempre y cuando juren fidelidad al dominio de Hastur. Valentine ya lo ha hecho.

-¡Oh, bravo! -replicó don Rafael-. Gran gloria y valiente gesto el tuyo, Geremy Hastur. ¡Tomarle juramento de fidelidad a un niño que no ha cumplido aún cinco años! ¿Le prometiste una espada de juguete y un nuevo poní, o se lo sacaste barato, con una torta azucarada y un puñado de caramelos?

Geremy esbozó un gesto de disgusto ante el sarcasmo.

-Escuchó las razones de su madre, la reina Ariel -explicó-. Ella sabía muy bien que yo protegería los derechos del niño hasta que fuera adulto, en cuyo momento, según me dijo, pronunciaría el mismo juramento como un hombre y reinaría aquí en nombre de los Hastur.

-¡No queremos ningún Hastur en esta tierra que los Di Asturien han gobernado desde que se la ganaron al pueblo-gato, siglos atrás! -dijo don Rafael con ferocidad.

-Los hombres de esta tierra seguirán a Valentine, su verdadero señor, que se mantiene leal al verdadero rey Hastur.

-¿Eso crees? En ese caso, será mejor que se k> preguntes a ellos, mi señor.

-Yo creía que habíamos establecido una tregua.

don Rafael -masculló Geremy, quien se contenía con evidente esfuerzo.

-Una tregua mientras el ejército de Serráis te tuviera sitiado; pero mira: el ejército está hecho pedazos y dudo de que don Eiric logre reunir hombres suficientes para organizar otro ejército durante los diez próximos años o más aún. ¡Aunque lo dejemos con vida! Y en cuanto a eso -agregó, haciendo un gesto a uno de sus guardaespaldas-, llévate a don Eiric a un lugar seguro.

-¿A un calabozo, señor?

Don Rafael miró a Eiric Ridenow de arriba abajo.

-No. Eso sería duro para sus viejos huesos. Si jura bajo el hechizo de la verdad que no intentará escapar hasta que hayamos decidido su destino, lo alojaremos cómodamente, como corresponde a su rango y a sus canas.

-Por cada cana que tengo en mi cabeza -espetó don Eiric sinceramente-, hay diez en la tuya, Rafael di Asturien.

-Aun así, te alojaré cómodamente hasta que tus hijos puedan rescatarte, pues te necesitarán en casa hasta que sean adultos. Los muchachos jóvenes son impetuosos y podrían intentar hacer algo demasiado peligroso para ellos.

Don Eiric lo miró con ira.

-Traed los *leronis* -dijo finalmente-. Juraré por las murallas de Serráis que no me marcharé de este lugar hasta que vosotros mismos me despidáis, vivo o muerto.

Bard se rió con aspereza.

-Tómale un juramento más importante que las murallas de Serráis, padre, pues puedo ir y derrumbarlas en cuanto se me ocurra.

Don Eiric siguió furioso, pero no replicó, pues lo que había afirmado Bard era cierto, y él lo sabía.

Don Rafael se dirigió al guardia.

-Llévalo a alguna habitación cómoda y mámenlo allí, a buen recaudo, hasta que pueda tomarle el juramento. Tu vida está en juego si logra escapar antes de que una *leronis* le tome juramento.

Geremy Hastur esbozó un gesto de disgusto mientras se llevaban al anciano señor.

-No abuses tanto de mi gratitud, primo. Me parece que te tomas demasiadas libertades al disponer de mis prisioneros.

-¿Tus prisioneros? ¿Cuándo asumirás la verdad, primo? -preguntó don Rafael-. Tu autoridad aquí ha terminado, y te lo demostraré.

Hizo un gesto a Bard, quien salió a un balcón.

En el patio de abajo, donde estaba acuartelado d ejército, se oyó un estallido de vítores.

-¡El Lobo! ¡El Lobo de Kilghard!

-¡Nuestro general! ¡Él nos condujo a la victoria!

-¡El hijo de don Rafael! ¡Larga vida a la casa de los Di Asturien!

Don Rafael salió al balcón y gritó:

-¡Escuchadme, hombres! Habéis ganado vuestra libertad de Serráis. ¿Entregaréis Asturias a los Hastur? Reclamo el trono para la casa de los Di Asturien; no para mí, sino en custodia para mi hijo Alaric.

Salvajes vítores ahogaron sus palabras. Cuando reinó el silencio, don Rafael agregó:

-Es tu turno ahora, mi señor Geremy. Pregunta si hay allí abajo algún hombre que desee vivir durante más de doce años bajo el dominio de Hastur, mientras Valentine, hijo de Ardrin, alcanza la mayoría de edad.

A Bard le pareció que podía palpar el odio y la ira de Geremy, pero el otro no habló, sino que salió al balcón. Hubo un par de gritos:

-¡Nada de Hastur!

-¡Abajo los tiranos Hastur!

Geremy esperó hasta que se hizo el silencio,

-Hombres de Di Asturien -dijo. Tenía una profunda voz de bajo que contradecía su frágil cuerpo-. En épocas pasadas, Hastur, Hijo de la Luz, ganó este reino y puso aquí a los Di Asturien como custodios. Represento al rey Valentine, hijo de Ardrin. ¿Sois traidores, hombres, para rebelaros contra vuestro verdadero rey?

-¿Dónde está ese rey, entonces? -gritó un hombre de la multitud-. Si es nuestro verdadero rey, ¿por qué no está aquí, criándose entre sus verdaderos súbditos?

-¡No queremos reyes títeres de los Hastur! -gritó otro-. ¡Regresa a Hali, donde perteneces, Hastur!

-¡Queremos un verdadero Di Asturien en el trono, no un lacayo de Hastur!

-¡En Asturias no les besaremos el trasero a los Hastur!

Bard escuchó con creciente satisfacción los gritos que iban en aumento. Alguien arrojó una piedra. Geremy no se amilanó, simplemente alzó una mano y la piedra estalló con un fulgor de luz azul. Hubo una exclamación y un aullido de ira.

-¡No queremos reyes hechiceros en Asturias!

-¡Queremos un soldado, no un condenado *laranzu*

-¡Don Rafael! ¡Don Rafael! ¿Quién apoya al rey Alaric? -aullaron. También se alzaron otros gritos:

-¡Bard! ¡Bard di Asturien! ¡Queremos al Lobo de Kilghard!

Alguien lanzó otra piedra, que pasó muy cerca de Geremy. Éste ni siquiera se molestó en hacerla estallar.

Después alguien arrojó un puñado de bosta de caballo, que salpicó la túnica púrpura de Geremy. El escudero de Hastur lo tomó del brazo y lo alejó del balcón.

-¿Todavía crees que puedes reclamar el trono de Asturias, don Geremy? -dijo don Rafael-. Tal vez deba enviarle tu cabeza a la reina Ariel y a los de Carcosa, como advertencia para que la dama elija a sus siervos con mayor cuidado.

La sonrisa de Geremy fue tan sombría como la del anciano.

-No te lo aconsejaría. El rey Valentine ama a su compañero de juegos Alaric, pero no dudo de que la reina Ariel podrá persuadirlo de que te devuelva un obsequio por otro.

Bard dio un paso al frente, apretando los puños, pero don Rafael meneó la cabeza.

-No, hijo mío. No quiero derramamientos de sangre aquí. No deseamos hacer ningún daño mientras los Hastur se ocupen de sus propias tierras y no se metan con las nuestras. Pero tú seguirás siendo mi huésped hasta que mi hijo Alaric vuelva a estar bajo este techo.

-¿Piensas que Carolin de Carcosa hará tratos con un usurpador?

-Entonces -respondió don Rafael-, me complacerá albergarte todo el tiempo que quieras, mi señor. Si no viviera lo suficiente para ver tu regreso a Carcosa, tengo un nieto que reinará como Custodio de Asturias en nombre de mi hijo Alaric. -Luego añadió, dirigiéndose a Bard-: Lleva a nuestro real huésped a su habitación... es real en Carcosa, aunque nunca lo será en Asturias. Y dispón criados que se ocupen de que no le falte de nada, y que se aseguren de que no sale a explorar el bosque, donde podría caerse y hacerse daño en la pierna lisiada. Debemos cuidar mucho al hijo del rey de Carcosa.

-Me aseguraré de que permanezca en su cuarto entregado al estudio y la meditación, y no corra el riesgo de hacerse daño con algún ejercicio -dijo Bard,

quien apoyó una mano sobre el hombro de Geremy-. Ven, primo.

Geremy le quitó la mano de encima como si le quemara.

-¡Condenado bastardo, no te atrevas a ponerme una mano encima!

-El contacto no me produce ningún placer-aseguró Bard-. No soy amante de hombres. ¿Así que te niegas a venir aceptando mi cortés solicitud? Bien, entonces...

Hizo un gesto a dos soldados.

-Mi señor Hastur tiene cierta dificultad para caminar: es inválido, como veis. Por favor, ayudadlo a llegar a sus habitaciones.

Geremy aulló y gritó mientras los bruscos soldados lo alzaban y se lo llevaban; después, recordando su dignidad, cedió y les permitió llevarlo. Pero la mirada que le lanzó a Bard revelaba que si alguna vez volvía a encontrarse con él armado y preparado, Bard debía esperar una lucha a muerte.

Tendría que haberlo matado cuando tuve la oportunidad, pensó Bard con amargura. *Pero como lo había dejado inválido por accidente, no podía matarlo desarmado.*

Preferiría tener a Geremy como hermano de crianza y amigo, no enemistado.

¿ Qué dios me odia, para que todo esto haya llegado a ocurrir?

El cambio de mando en el castillo Asturias se realizó al cabo de pocos días y sin grandes problemas. Tuvieron que colgar a unos pocos hombres leales a Geremy, quienes organizaron una rebelión en palacio, pero uno de los *laranzu* descubrió la conspiración antes de que el asunto llegara más lejos. Muy pronto todo

estuvo tranquilo. Melisendra anunció a Bard que una de las damas exiladas de la reina Ariel estaba embarazada de Geremy Hastur, y había rogado que se le permitiera estar con él en cautiverio.

-No sabía que Geremy tuviera una amante. ¿Sabes cómo se llama?

-Ginevra -respondió Melisendra.

Bard enarcó las cejas. Recordaba a Ginevra Harryl.

-Tú eres *leronis.* ¿No puedes obligarla a abortar, o algo así? Ya es bastante carga tener prisionero a un Hastur; no quisiera iniciar una dinastía.

Los ojos de Melisendra palidecieron de ira.

-¡Ninguna *leronis* abusaría de su poder de esa manera!

-¿Crees que soy estúpido, mujer? ¡No me vengas con cuentos de hada virtuosos! ¡Todas las soldaderas que se descubren embarazadas en contra de su voluntad conocen a alguna hechicera que las libera de ese peso tan poco conveniente!

-Si la mujer no desea tener un niño en medio de la sordidez, o en campaña, o sin padre, o cuando sabe que no tendrá leche para alimentarlo... ¡entonces, sin duda, alguna *leronis* se compadecería de ella! -replicó Melisendra, enfurecida-. ¿Pero matar a un niño deseado, simplemente porque a algún otro le resulta inconveniente para conseguir el trono? -Sus ojos centellearon-. ¿Crees que yo deseaba a tu hijo, Bard di Asturien? Pero la cosa ya estaba hecha, y de todas formas, yo ya había perdido la Vista. Así las cosas, preferí no dañar una vida inocente, a pesar de que no había deseado ese hijo. Y si pude abstenerme en ese caso, ¿acaso crees que perjudicaría al bebé de Ginevra, ni siquiera con el pensamiento? ¡Ginevra ama al niño y al padre! ¡Si quieres que alguien haga ese trabajo sucio, envía a un hombre armado para que le corte el cuello y acabe con ella!

Bard se encontró sin saber qué decir. Era una idea que le disgustaba... que Melisendra podría haberse librado tan fácilmente del niño que luego había sido Erlend. ¿Por qué no lo había hecho?

Además, estaba el problema de Ginevra. ¡Malditas mujeres y sus condenados escrúpulos! Melisendra había matado en combate, él lo sabía. Sin embargo, había ante ellos un enemigo potencial de los Di Asturien, un enemigo más peligroso que los que blandían espadas o picas... ¡y ese enemigo debía vivir! No se rebajaría a discutir con ella, ¡pero que se cuidara de volver a contrariarlo! Se lo advirtió y salió del cuarto dando un portazo.

La obligación de pensar en la mujer que no había deseado pero había tenido le llevó a recordar a la mujer que sí había deseado y no había podido conseguir. Al cabo de un rato se le ocurrió una manera de utilizar a Ginevra y a su futuro hijo.

Cuando la tierra se hubo pacificado y todos los soldados regresaron a sus casas, salvo el ejército permanente que Bard estaba entrenando para

defensa y tal vez para conquista (pues era consciente de que algún día los Hastur caerían sobre ellos, a pesar de los rehenes), lady Jerana no perdió el tiempo para trasladarse a la corte.

Bard la visitó en las habitaciones que habían pertenecido a la reina Ariel.

-La dama Ginevra Harryl, embarazada del hijo de Hastur... ¿se encuentra sana y en buen estado? ¿Cuándo tiene que parir?

-Tal vez dentro de tres lunas -respondió lady Jerana.

-¿Quieres hacerme un favor, madre adoptiva? Ocúpate de que esté cómodamente alojada, con damas adecuadas que se ocupen de ella, y atendida por una partera competente y digna de confianza.

La dama frunció el ceño.

-Bien, está bien servida, tiene tres criadas que simpatizan con los Hastur, y será atendida por la misma partera que hizo nacer a tu hijo. Sin embargo, te conozco demasiado como para creer que haces esto por cariño a la dama Ginevra.

-¿No? -dijo Bard-. ¿Has olvidado que Geremy es mi hermano de crianza?

Lady Jerana pareció escéptica, pero Bard no añadió nada más.

Sin embargo, ese mismo día, más tarde, tras comprobar por sí mismo que la esposa de don Rafael no le había engañado, se dirigió a las habitaciones de Geremy.

Geremy se entretenía con una partida de un juego llamado Castillos junto con uno de los pajes enviados a atenderlo. Cuando Bard entró, Geremy dejó de lado las fichas y se levantó con dificultad.

-No es necesario que te pongas en pie por cortesía, Geremy. En realidad, no es en absoluto necesario que te levantes.

-Es la costumbre que un prisionero se ponga en pie ante su carcelero -espetó Geremy.

-Como quieras. He venido a traerte noticias de La dama Ginevra Harryl. Estoy seguro de que eres demasiado orgulloso para pedir información por tu cuenta, de modo que he venido a asegurarte que ella se aloja en la habitación contigua a la de mi madre adoptiva y que hemos enviado a sus propias damas, Camila y Rafaela Delleray y Felizia MacAnndra, para que la atiendan. Además, la asistirá una partera entrenada en nuestra propia casa.

Geremy apretó los puños.

-Conociéndote, estoy seguro de que ésta es tu manera de decirme que te has vengado de algún insulto imaginario arrojándola, a ella y a sus damas, en alguna

sucia mazmorra con alguna asquerosa y condenada bestia que la maltratará durante el parto.

-Me juzgas mal, primo. Está alojada más confortablemente que tú, y podría decirlo sometido al hechizo de la verdad, si lo deseas.

-¿Y por qué harías eso? -preguntó Geremy con suspicacia.

-Porque, sabiendo que un hombre siempre se preocupa por el bienestar de sus mujeres, me pareció que podrías estar ansioso por tener

noticias de tu dama, tan ansioso como yo por tener noticias de la mía. Si lo deseas, puedo hacer que Ginevra se reúna aquí contigo...

Geremy se dejó caer en su silla y se cubrió el rostro con las manos.

-¿Te causa placer atormentarme, Bard? -preguntó luego-. No tienes nada en contra de Ginevra, pero disfrutas al verme humillado, y si es así, me arrastraré ante ti de rodillas, si es necesario: no hagas daño a Ginevra ni a su hijo.

Bard abrió la puerta para dar paso a una *leronis* de la casa, que no era Melisendra.

Cuando la luz azul del hechizo de la verdad inundó la habitación, declaró:

-Escúchame ahora, Geremy. Lady Ginevra está alojada en lujosas habitaciones, a menos de un tiro de piedra de las que pertenecían a la reina Ariel cuando éramos niños. Tiene la comida necesaria para una mujer embarazada y todos los caprichos que se le antojen, todo por orden mía. La acompañan sus propias damas, que duermen en sus habitaciones con ella, para que nadie la moleste. Además, la propia partera de mi madre la atiende.

Geremy observó la luz del hechizo de la verdad, que no parpadeó. Todavía recelaba, pero sabía lo suficiente del *laran,* ya que había sido entrenado en ese

arte, como para comprender que no había ningún engaño.

-¿Por qué me dices todo esto? -preguntó.

-Porque yo también tengo una esposa -respondió Bard-, a quien no he visto durante largos años de exilio. Si tú me dices, bajo el hechizo de la verdad, dónde puedo encontrar a Carlina, estoy dispuesto 2 permitir que Ginevra se reúna aquí contigo, o a llevarte, bajo custodia, a sus habitaciones, hasta el nacimiento de tu hijo.

Geremy echó atrás la cabeza y se rió, una larga carcajada de desesperación.

-¡Ojalá pudiera decírtelo! Había olvidado con cuánta seriedad tomaste aquel compromiso. Todos lo tomamos en serio entonces, antes de tu pelea con Ardrin.

-Carlina es mi esposa -declaró Bard-. Como estamos bajo el hechizo de la verdad, contéstame sinceramente: ¿Ardrin no se arrepintió de su promesa para entregártela a ti, retoño de Hastur?

-Se arrepintió rápido y demasiado tarde -k respondió Geremy-, y con Beltrán muerto y tú en el exilio, estimó que el vínculo entre tú y ella ya no existía. En efecto, me la ofreció a mí. Pero no aprietes los dientes ni frunzas el ceño de ese modo, Lobo; Carlina no quiso tener nada que ver conmigo, y se lo dijo, aunque el viejo rey tuvo una gran rabieta y juró que ninguna mujer viviente lo contrariaría de ese modo.

La luz del hechizo de la verdad que le bañaba el rostro no vaciló; Bard supo que decía la verdad. La alegría lo invadió. ¡Carlina recordaba el vínculo entre ellos y se había negado a olvidarlo, incluso por Geremy!

-¿Y dónde está ella, Geremy? Habla y Ginevra podrá reunirse aquí contigo.

La risa de Geremy reveló la amargura de la desesperación.

-¿Dónde está ella ahora? ¡Con placer, con sumo placer te lo diré, primo! Ha tomado los votos de las sacerdotisas de Avarra, algo que ni siquiera su padre se atrevió a prohibirle. Ha abandonado la corte y el reino, para dirigirse a la isla del Silencio, donde ha jurado vivir el resto de su vida en castidad y oración. Si la quieres, primo, tendrás que ir allá y buscarla.

Tras la conquista de Asturias, el padre de Bard le había cedido el mando de sus ejércitos. Pero Serráis había sido sometido, por el momento, y Bard todavía no estaba en condiciones de combatir contra los Hastur, de modo que fue a hablar con don Rafael y le pidió algunos días de permiso.

-Es evidente que te4o has ganado, hijo mío. ¿Dónde quieres ir?

-Convencí a Geremy para que me dijera dónde ha ido Carlina -respondió Bard-, y quiero llevar conmigo una guardia de honor y traerla de regreso conmigo.

-Pero no si se ha casado con algún otro hombre -advirtió su padre con ansiedad-. Conozco tus sentimientos, pero no puedo dejarte ir para que le quites la esposa a otro de mis súbditos. ¡Gobierno esta tierra según las leyes!

-¿ Qué ley es más fuerte que la unión de un hombre con su prometida? Pero cálmate, padre, Carlina no se ha vuelto a casar; se ha refugiado en un lugar donde nadie puede obligarla a contraer matrimonio con otro hombre.

-En ese caso -dijo su padre-, llévate los hombres que quieras, y cuando regreses con ella celebra-

remos la boda aquí, con gran fausto. -Vaciló un momento.- La dama Melisendra no estará muy contenta de ocupar su lugar de barragana cuando tu esposa esté aquí. ¿ Quieres que la envíe de regreso a nuestra propiedad? Puede ocuparse de su hijo allí y vivir en un retiro honorable.

-No -respondió él con tono salvaje-. ¡Se la entregaré a Carlina como criada!

Algo en él se regocijó ante la idea de humillar a Melisendra, verla atendiendo a Carlina, peinándola y ocupándose de sus cintas y de sus zapatos.

-Haz lo que mejor te parezca -concedió don Rafael-, pero es la madre de tu hijo mayor, y al humillar a la madre menosprecias al hijo. Supongo que tampoco Carlina sentirá mucho placer en contemplar constantemente el rostro de su rival. Veo que no comprendes a las mujeres.

-Tal vez no -admitió Bard-, y puedes estar seguro de que si Carlina quiere que envíe lejos a Melisendra, no perderé tiempo para hacerlo. Como mi esposa legal, Carlina tendrá la obligación de criar a todos mis hijos, y pondré a Erlend a su cuidado.

Eso, pensó, sería mejor que permitir que Melisendra envenenara la mente del niño en contra de él. Le gustaba el pequeño Erlend, y no tenía intención de separarse de él.

Eligió una guardia de honor de una docena de hombres: eso bastaría para demostrarles a las mujeres de la isla del Silencio que estaba decidido a llevarse a su esposa, y que no debían vacilar en entregársela. ¡Sin duda no haría falta una fuerza muy numerosa para enfrentarse a un puñado de mujeres reclusas y poco mundanas!

Además de la guardia de honor, llevó consigo a dos hechiceros: el joven *Iaranzu* Rory y a la misma Melisendra. Desde la infancia había oído hablar de la magia de las sacerdotisas de Avarra, y quería tener también

magia de su lado para contrarrestarla. Además a Melisendra *le* convendría saber que él tenía, sin duda, una esposa legal, y que ya no podía esperar nada de él.

La isla del Silencio se encontraba fuera del reino de Asturias, en el condado independiente de Marenji. Bard sabía muy poco de Marenji, salvo que su gobernante había sido elegido por aclamación unos años atrás, entre los plebeyos; no tenían ejército permanente y se mantenían libres de cualquier alianza con reyes o gobernantes vecinos. Una vez el padre de Bard había recibido al alguacil de Marenji en su Gran Salón; en aquella ocasión cerró con él un trato por algunos barriles de su vino de fruta y acordó custodiar sus fronteras.

Cabalgó a través de la pacífica campiña de Marenji, con sus bosquecillos de manzanos y perales, ciruelos y bayas, sus huertos de árboles de nuez y sus arbustos de vaina plumosa. En un empinado desfiladero descubrió un arroyo embalsado para dar energía a un molino que trabajaba las fibras de las vainas plumosas, para hacer edredones. Había allí una aldea de tejedores; recordó que hacían bellísimas telas de tartán para chales y faldas. En ningún lado había la menor señal de defensas.

Si aquel lugar estuviera armado y se acuartelaran soldados en las aldeas, serviría como espléndido muro de contención contra los ejércitos de Serráis, cuando éstos marcharan a atacar a Asturias, y a cambio los hombres de Asturias podían ofrecer protección a Marenji. Sin duda era posible hacérselo comprender al alguacil de Marenji. Y si no aceptaba, bien, no había ningún ejército que pudiera oponer resistencia.

Se lo aconsejaría a su padre en cuanto regresara, para no perder tiempo en acuartelar tropas en Marenji.

A medida que avanzaban, la tierra se oscurecía. Marchaban a la sombra de las grandes montañas, más allá de lagos y zonas brumosas. Cada vez había menos granjas; sólo se veía ocasionalmente alguna propiedad

aislada. Melisendra el muchacho cabalgaban juntos y parecían incómodos.

Bard repasó mentalmente todo lo que sabía acerca de las sacerdotisas de Avarra. Habían vivido desde tiempos inmemoriales en la isla que se encontraba en el centro del lago del Silencio, y la ley siempre había establecido que cualquier hombre que pisara la isla debía morir. Se decía que las sacerdotisas hacían votos de por vida, dedicándose a la oración en absoluta castidad, pero además de las sacerdotisas, otras muchas mujeres, casadas, viudas o doncellas, acudían a la isla apesadumbradas, por piedad o como penitencia, para vivir durante algún tiempo bajo el manto de Avarra, la Madre Oscura. Y fueran quienes fuesen, mientras veneraran a Avarra y usaran el hábito de la hermandad durante su estancia, y no hablaran con hombre alguno y observaran la regla de castidad, podían permanecer allí tanto tiempo como quisieran. Ningún hombre sabía verdaderamente lo que ocurría entre ellas, y las mujeres que acudían allí debían hacer el juramento de no contarlo nunca.

Las mujeres doloridas y desesperadas por la pérdida de un hijo o un esposo, las mujeres estériles que deseaban un bebé, las mujeres desgastadas por los partos que deseaban pedir a la diosa salud o esterilidad, las mujeres que sufrían cualquier dolor... todas ellas acudían al santuario de Avarra a suplicar la asistencia de las sacerdotisas, o la ayuda de la Madre.

En una oportunidad, una anciana que servía a lady Jerana -Bard era tan pequeño que ni siquiera lo habían echado mientras las mujeres conversaban entre sí- había dicho delante de él:

-¿El secreto de la isla del Silencio? ¡El secreto es que no hay secreto! Una vez pasé una temporada allí. Las mujeres viven en sus casas, en silencio, castas y solitarias, y sólo hablan cuando es necesario, o para orar,

o para curar, o por caridad. Rezan al alba y al atardecer, o cuando salen las lunas. Han jurado prestar ayuda a cualquier mujer que la solicite en nombre de la diosa, sean cuales fueren sus pesares o sus cargas. Saben muchísimo de hierbas curativas y de otras clases, y mientras estuve con ellas me enseñaron. Son mujeres buenas y santas.

Bard se preguntó cómo podían ser buenas unas mujeres que habían jurado matar a cualquier hombre que pisara la isla. Aunque tuvo que conceder (bromeando para sí, para atenuar su ansiedad) que al menos debían de ser diferentes de las demás mujeres, si podían permanecer en silencio. ¡Eso siempre era una virtud en una mujer!

Sin embargo, no le parecía conveniente que las mujeres vivieran solas, sin protección; si él fuera el alguacil de Marenji, enviaría algunos soldados para protegerlas.

Se hallaban ahora en la boca de un valle, y a sus pies se extendían las aguas del lago del Silencio.

Era un lugar tranquilo y extraño. Mientras avanzaban hacia la orilla del lago, no se oía un ruido, salvo el de los cascos de los caballos y el grito de un ave acuática, asustada en su nido, que alzó el vuelo con un súbito aleteo. Los árboles oscuros agachaban sus ramas flexibles sobre las tenebrosas aguas, negras contra la escasa luz del crepúsculo que invadía el cielo; *y* cuando se acercaron más a la costa oyeron las quejas de las ranas.

Marcharon a través del cenagoso terreno de la costa y Bard oyó ruidos de succión mientras las patas de su caballo hollaban los pantanos.

¡Uf, qué lugar tan siniestro! ¡Carlina tendría que agradecerle que hubiera ido a llevársela de allí! Tal vez había sido sensata al buscar refugio en aquel lugar, para que nadie pudiera forzarla a casarse con otro por razones políticas, pero seguramente siete años era tiempo suficiente para pasarlos dedicada a la piedad y la plegaria, lejos de todos los hombres. ¡Su vida como la princesa Carlina, esposa del Comandante de los ejércitos del rey, sería muy diferente!

Y ahora la niebla se elevaba en círculos desde la superficie del lago, un velo espeso que se arremolinaba hacia ellos al punto de hacer casi invisible el sendero. Los hombres empezaron a gruñir... ¡hasta el aire parecía denso y oprimente! El pequeño Rory, montado en su poni junto a Bard, alzó hacia él un rostro pálido y asustado.

-Por favor, *vai dom,* deberíamos regresar. Nos perderemos en la niebla. ¡Además, no nos quieren aquí, puedo sentirlo!

-Utiliza la Vista -le ordenó Bard-. ¿Qué ves?

El niño, obedientemente, extrajo su piedra y miró en ella, pero tenía el rostro contorsionado, como si se esforzara para no llorar.

-Nada, no veo nada, sólo la niebla. Se ocultan de mí, dicen que es impío que un hombre venga aquí.

-¿Y tú te llamas un hombre? -se burló Bard.

-No -dijo el niño-, pero son ellas quienes me llaman así, y afirman que no debo estar aquí. ¡Por favor, mi señor Lobo, se nos prohibe estar en este lugar, debemos regresar o algo terrible ocurrirá!

Furioso, frustrado, Bard se preguntó si aquellas brujas de la isla creerían poder asustar con engaños a un niño que tenía una piedra estelar.

-Conten tu lengua y trata de comportarte como un hombre -le dijo al muchacho con severidad, y el niño, lloroso, se enjugó las lágrimas y siguió cabalgando en silencio, temblando.

La niebla se hizo más espesa y oscureció más aún. ¿Habría una tormenta en ciernes? Era raro, pues en la montaña que dominaba el lago reinaba el buen tiempo.

Probablemente se debía a la humedad de aquel pantano insano.

¡Qué pandilla de supersticiosos eran sus hombres, que protestaban de esa manera por un poco de niebla!

De pronto la bruma se arremolinó y se desplazó para formar una figura; Bard percibió que su caballo daba un paso de costado con nerviosismo, mientras la niebla se movía ante él hasta adquirir la figura de una mujer. No un espectro de la niebla, sino una mujer, tan sólida y tan real como él mismo. Bard podía distinguir hasta el último mechón de su cabello blanco, recogido en dos trenzas que enmarcaban el rostro. Llevaba la cara cubierta, salvo unos pocos centímetros, por un grueso velo negro tejido. La mujer lucía una falda negra y el grueso chal tejido de las campesinas, simple y sin adornos, sobre una especie de camisa de tosco lino. En torno a la cintura llevaba un largo cinturón de colores, del que pendía un cuchillo con forma de hoz y empuñadura negra.

La mujer alzó una mano con gesto severo.

-Regresad -ordenó-. Sabéis bien que ningún hombre puede poner un pie aquí; éste es suelo sagrado, santificado para la Madre Oscura. Dad la vuelta y regresad por donde habéis venido. Hay aquí arenas movedizas y otros peligros de los que nada sabéis.

Bard abrió la boca y le costó un poco dejar salir su voz.,

-No pretendo hacer ningún daño ni tampoco faltar al respeto, madre -consiguió decir finalmente-, ni a ti ni a ninguna de las devotas servidoras de Avarra. Estoy aquí para escoltar de regreso a casa a mi futura esposa, Carlina di Asturien, hija del difunto rey Ardrin.

-No hay novias comprometidas aquí-declaró la vieja sacerdotisa-. Sólo las hermanas juramentadas de Avarra, que moran aquí dedicadas a la piedad y la oración, y algunas pocas penitentes o peregrinas que han venido a vivir una temporada entre nosotras para aliviar así sus dolores y sus pesares.

-Me estás eludiendo, vieja madre. ¿Se encuentra entre ellas lady Carlina?

-Nadie aquí lleva el nombre de Carlina -le respondió la vieja sacerdotisa-. No preguntamos a nuestras hermanas cuál era el nombre que llevaban cuando estaban en el mundo; cuando una mujer viene aquí a tomar sus votos, su antiguo nombre se pierde para siempre, y sólo la Diosa lo conoce. No hay ninguna mujer aquí a la que puedas reclamar como tu esposa, seas quien fueres. Te lo aconsejo con la mayor sinceridad: no cometas esta blasfemia, pues de lo contrario atraerás sobre ti la ira de la Madre Oscura.

Bard se agachó desde su montura.

-¡No me amenaces, anciana! Sé que mi esposa está aquí, y si no me la entregas tú, yo mismo iré a buscarla. No me haré responsable de lo que puedan hacer mis hombres.

-Sin embargo, no cabe duda de que serás el responsable, aunque no asumas tal responsabilidad.

-¡No hagas juegos de palabras! Será mejor que vayas a decirle que su esposo ha venido a llevársela. Si lo haces, no cometeré ninguna blasfemia, sino que esperaré aquí, fuera de tus recintos sagrados.

-No temo a tus amenazas -respondió la anciana sacerdotisa-. Ni tampoco la Gran Madre.

La niebla se arremolinó en torno a su rostro, y de repente no hubo nadie en el sitio donde había aparecido, sólo ráfagas de niebla informes que se alzaban de los juncos de la orilla del lago.

Bard soltó una exclamación. ¿Cómo se las había ingeniado para desaparecer? ¿Habría estado allí alguna vez o era tan sólo una ilusión? Perversamente, se sintió ahora más seguro que nunca de que Carlina se encontraba allí, y que la estaban ocultando de él. ¿Por qué la anciana no había comprendido que lo más sensato era hacer lo que él le había pedido, ir a buscar a Carlina y decirle que él había venido en paz, sin intenciones de hacer daño ni de blasfemar, para llevársela a casa, a la chimenea del hogar y a su lecho? Después de todo, Carlina era su legítima esposa. ¿Debían obligarlo, entonces, a cometer una blasfemia?

Retrocedió hasta situar su caballo junto al de Melisendra.

-Ha llegado el momento de que utilices tu hechicería, a menos que quieras que todos quedemos atrapados en las arenas movedizas. ¿Hay arenas movedizas aquí?

Ella extrajo su piedra estelar y escudriñó su interior, mientras su rostro adquiría esa expresión distante y distraída que él había visto con tanta frecuencia en el rostro de Melora.

-Hay arenas movedizas cerca, aunque no peligrosamente cerca, me parece. Bard, ¿estás decidido a seguir adelante con esta locura? De verdad, es poco prudente desafiar la ira de Avarra. Si Carlina deseara marcharse contigo, podría venir: nadie la tiene prisionera en la isla.

-No tengo manera de saberlo -replicó Bard-. Estas mujeres son locas que tratan de vivir solas, poniendo la castidad y la oración en el lugar de las tareas adecuadas para las mujeres...

-¿De verdad crees que la castidad y la plegaria son inadecuadas para las mujeres? -inquirió ella con tono sarcástico.

-De ninguna manera, pero sin duda una mujer puede orar tanto como quiera junto a su propia chimenea, y ninguna mujer casada tiene derecho a comprometerse a ser casta contra la voluntad de su legítimo esposo. ¿De qué sirven estas sacerdotisas si contrarían

de este modo las leyes de la naturaleza y las de los hombres?

Su pregunta había sido retórica, pero Melisendra la tomó literalmente.

-Me han dicho que hacen gran cantidad de buenas obras -respondió-. Saben mucho de hierbas y medicinas, y pueden hacer fértiles a las estériles. La plegaria siempre es algo bueno.

Bard la ignoró. Habían atravesado la niebla y se encontraban en una pequeña playa de arena, libre de los cañaverales que cubrían el resto de la costa. Allí encontraron una pequeña choza y un bote atado.

Bard desmontó y gritó:

-¡Eh! ¡Barquero!

Una pequeña figura encorvada y envuelta en chales salió de la choza. Bard se sintió ultrajado al descubrir que no era un barquero, sino una mujer vieja y pequeña; inválida, canosa y encorvada.

-¿Dónde está el barquero?

-Yo manejo este bote, *vai dom,* para las buenas damas.

-¡Crúzame hasta la isla, rápido!

-No puedo hacerlo, señor. Está prohibido. Ahora bien, a esta dama sí puedo llevarla, si ella desea cruzar. Pero no a un hombre; está prohibido, la diosa lo prohibe.

-Tonterías -espetó Bard-. ¿Acaso crees saber cuál es el deseo de los inmortales, suponiendo que existe algún dios o alguna diosa? Y si a las sacerdotisas no les gusta que las visiten hombres, bien, de todas maneras no pueden hacer nada al respecto.

-No seré responsable de tu muerte, *vai dom.*

-No seas estúpida, vieja. ¡Sube a ese bote y crúzame de inmediato!

-No me insultes llamándome estúpida, señor; no sabes de qué estás hablando. Ese bote no te llevará

hasta la otra orilla. A mí, sí; a la dama, sí, pero no te llevará a ti en absoluto.

Bard decidió que la mujer era retrasada. Probablemente las sacerdotisas le habían asignado la tarea de ser barquera por caridad, pero su función principal era la de ahuyentar a la gente. Bien, a él no podría ahuyentarlo. Desenvainó la daga.

-¿Ves esto? ¡Sube al bote! ¡Ahora!

-No puedo hacerlo -gimió ella-. ¡De verdad, no puedo! ¡Las aguas no son seguras, salvo cuando las sacerdotisas quieren que lo sean! ¡Nunca cruzo si no me llaman desde el otro lado!

Frunciendo el ceño, Bard recordó el vado hechizado cercano al Molino de Moray, donde una corriente plácida y poco profunda se había convertido súbitamente en un torrente. Pero hizo un gesto amenazador con su daga.

-¡Al bote!

Ella avanzó un paso y luego otro, temblando, y luego se derrumbó, sollozando, como un empapado bulto de harapos.

-¡No puedo! -gimoteó-. ¡No puedo!

Bard sintió ganas de darle un puntapié. En cambio, con un gesto de determinación, pasó por encima del cuerpo caído y subió al bote. Manejó el remo para hacer avanzar la embarcación con unos pocos movimientos enérgicos, hasta internarse en las aguas.

Las aguas del lago eran agitadas, con una corriente salvaje, diferente a cualquiera que Bard hubiera conocido, y que zarandeaba al botecito como si fuera un corcho; pero Bard era muy fuerte y había aprendido a controlar barcas pequeñas en las agitadas aguas del lago Mirion. Condujo el bote a través de las aguas con golpes firmes...

Entonces descubrió, para su horror, que de alguna manera había girado en redondo, y en vez de dirigirse

hacia la costa de la isla del Silencio, el bote se encaminaba en línea recta hacia la playita de arena donde se encontraba la choza de la barquera.

Bard maldijo, impotente, al sentir que el bote era impulsado por la intensa corriente al mismo punto de la playa del que había zarpado. Hundió el remo, obligando al bote a dirigirse una vez más al centro de la corriente. Tuvo que recurrir a toda su fuerza para llevar el bote hasta el canal, pero por más que lo intentara, no lograba hacerlo avanzar hacia la isla. Lenta e inexorablemente, la pequeña embarcación giraba en círculos, derivando, por mucho que él remara. La barquera se había incorporado hasta quedar de rodillas, y lo observaba muerta de risa. La embarcación enfiló hacia la costa, a pesar de todos los esfuerzos de Bard, y encalló en la arena. El último golpe de remo aterrizó en tierra firme.

-Te lo dije, señor -rió la vieja barquera-. No lo lograrás aunque lo intentes todo el día y toda la noche. Ese bote no irá a la isla a menos que las sacerdotisas lo llamen.

A Bard le pareció que algunos de sus hombres esbozaban una sonrisa. Los miró con tal ira que muy pronto cobraron expresiones absolutamente impasibles. Dio un paso amenazador hacia la vieja barquera. Estaba dispuesto a retorcerle el cuello. Pero después de todo, la mujer sólo era una pobre retrasada.

De pie junto a la vieja, reflexionó. El vado del Molino de Moray había estado hechizado. Era evidente que este bote había sido sometido a un hechizo, igualmente. En cualquier caso, si en efecto las sacerdotisas querían impedirle que llegara a Carlina, y saltaba a la vista que así era, un hombre solo se toparía con más hechizos y brujerías.

Tal vez una *Ieronis* pudiera aquietar las aguas, tal como lo había hecho Melora en el Molino de Moray, y

entonces sus hombres podrían cruzar a nado con sus caballos.

-¡Melisendra!

Ella se acercó en silencio. Bard se preguntó si la joven no se habría estado riendo a sus espaldas, al presenciar su lucha contra el bote.

-¡Si las sacerdotisas han impuesto un hechizo a las aguas, tú puedes calmarlas y revertirlo!

Ella lo miró directamente y meneó la cabeza.

-No, mi señor. No me arriesgaré a despertar la ira de Avarra.

-¿Ella es la diosa de la que siempre hablas?

-Es la diosa de todas las mujeres, y yo no la desobedeceré.

-Melisendra, te lo advierto...

Y alzó una mano, dispuesto a golpearla.

Ella lo miró con mortal indiferencia.

-No me puedes hacer nada peor de lo que ya me has hecho. Después dé lo que me ha ocurrido, ¿crees que unos golpes me harán obedecer tu voluntad?

-¡Si tanto te disgusto deberías estar contenta de ayudarme a recuperar a mi esposa! ¡Entonces te librarías de mí, ya que tanto me odias!

-¿Al precio de tener que traicionar a otra mujer, haciéndola caer en tus manos?

-Estás celosa -la acusó él-, y no quieres que tenga en mis brazos a ninguna otra mujer.

Ella lo miró a los ojos con firmeza.

-Si tu esposa estuviera prisionera en esa isla y deseara reunirse contigo, me arriesgaría a sufrir la ira de Avarra para ayudarte a rescatarla. Pero ella no parece muy dispuesta a abandonar su lugar de refugio y venir a ti. Si eres prudente, Bard, te marcharás de inmediato de este sitio antes de que ocurra algo peor.

-¿Ésa es tu Vista? -preguntó él, y sus palabras se hicieron sarcásticas debido a la frustración.

Ella bajó la cabeza. Cuando le respondió, él advirtió que Melisendra sollozaba silenciosamente.

-No, mi señor. Ese don lo he perdido para siempre. Pero sé que no se puede desafiar a la Diosa impunemente. Será mejor que regresemos, Bard.

-¿Acaso llorarías por mí si tuviera un final horrible? -le preguntó con violencia.

Pero ella no respondió, se limitó a volver su caballo para alejarse del lago.

¡Maldita mujer! ¡Malditas todas las mujeres, y su diosa junto con ellas!

-Vamos, hombres -gritó-. ¡Que los caballos naden, el hechizo sólo afecta al bote!

Espoleó a su caballo hasta el borde del agua, a pesar de que el animal se resistía, relinchando y retrocediendo con nerviosismo, tratando de evitar que el agua le mojara los cascos. Bard volvió la cabeza y vio que nadie lo seguía.

-¡Vamos! ¿Qué os pasa? ¡Seguidme, hombres! ¡Hay mujeres en aquella isla, y me han desafiado, así que os permitiré que hagáis lo que queráis con ellas! ¡Vamos, hombres, hay saqueo y mujeres! No tendréis miedo de los parloteos de las brujas, ¿verdad? ¡Vamos!

Más o menos la mitad de los hombres permanecieron inmóviles, mascullando por lo bajo, con temor.

-No, don Lobo... ¡Es terrible, está prohibido!

-¡La diosa lo prohibe, señor! ¡No, no lo hagas!

-¡Blasfemia!

Pero algunos otros espolearon a sus caballos con ansiedad, tironeando de las riendas, forzando a las asustadas bestias a entrar en el agua.

La niebla volvía a alzarse, cada vez más densa, y esta vez tenía un extraño y pavoroso tinte verdoso. Parecía haber rostros en su interior, rostros que hacían muecas burlonas y amenazadoras; esos rostros derivaban muy lentamente hacia la costa.

Uno de los hombres que había quedado atrás, sin querer entrar en el agua, aulló súbitamente como un loco, vociferando:

-¡No, no! ¡Madre Avarra, ten piedad de nosotros! ¡Compadécete!

El hombre tironeó de sus riendas con violencia y Bard oyó los cascos del caballo que chapoteaban de regreso a la costa, a todo galope. Uno tras otro, a pesar de que Bard se irguió sobre los estribos y los maldijo, los hombres regresaron y condujeron a sus caballos hasta el sendero, hasta que tan sólo Bard quedó en el borde del agua. ¡Malditos fueran todos ellos! ¡Asustarse por un poco de niebla! ¡Cobardes, los degradaría a todos, si es que no los ahorcaba a todos por su cobardía!

Se irguió, desafiando la niebla.

-Vamos -urgió en voz alta, y azuzó a su caballo, pero el animal no se movió, temblando como si se encontrara en medio de una tormenta de nieve.

Bard se preguntó si la bestia podría ver aquellos horribles rostros que se aproximaban cada vez más a la costa.

De pronto, un terror ciego invadió también a Bard, calándolo hasta los huesos. Supo, con cada fibra de su ser, que si uno de aquellos rostros lo tocaba a través de la niebla todo el valor y la vida que había en él desaparecerían de su cuerpo, fríamente, y él moriría, la niebla lo calaría hasta los huesos y él caería de la montura, sin fuerzas y gritando, para no levantarse nunca más. Tiró de las riendas de su caballo y trató de galopar en pos de Melisendra y de sus hombres que huían, pero estaba congelado y su caballo siguió temblando bajo él, inmóvil. Una vez había oído decir que la Gran Madre podía adoptar la forma de una yegua... ¿Habría embrujado a su caballo?

Los rostros se acercaron más, horribles e informes,

rostros de muertos, de mujeres violadas, cadáveres con jirones de carne colgando de los huesos, y de algún modo Bard supo que eran los hombres que *él* había llevado al combate y a la muerte, todos los hombres que *él* había matado, todas las mujeres que *él* había maltratado o violado, o a las que había expulsado de sus hogares al incendiarles las casas, el rostro aullante de una mujer en medio del pillaje de Scaravel, a quien le había arrebatado su niño y lo había arrojado desde un muro para que muriera al caer... una mujer que había tomado en el saqueo de Scathfell, mientras su esposo yacía muerto junto a ella... una niña, lastimada y sangrante después de que una docena de hombres abusaran de ella... Lisarda, llorando en sus brazos... Beltrán, toda la carne fundida ya sobre sus huesos... Los rostros estaban tan próximos ahora que parecían informes; le lamían los pies, las rodillas, girando y subiendo cada vez más. Se enroscaron alrededor de sus ingles, y él sintió que debajo de la ropa sus genitales se encogían y se marchitaban, quitándole su virilidad; sintió que un frío ascendía por su

vientre; cuando los rostros llegaran a morderle la garganta no podría ya respirar y caería, ahogándose, muriéndose.

Bard gritó y de alguna manera el sonido le devolvió suficiente vida para aferrar las riendas, espolear frenéticamente a su caballo, que despertó y salió de estampida. Bard se aferró a él con todas sus fuerzas para salvarse, dejando que la bestia corriera, que lo llevara a cualquier parte, a cualquier sitio lejos de allí. En la estampida perdió las riendas y los estribos, pero el pánico le dio fuerzas para asirse a las crines. Finalmente sintió que el animal se detenía y andaba al paso, y volvió en sí atontado, para descubrir que marchaba a la retaguardia de sus hombres, junto a Melisendra.

Decidió que si ella pronunciaba una sola palabra, si pronunciaba siquiera una sílaba para decirle que ya se

lo había advertido, o que él debería haber aceptado su consejo, la golpearía. ¡Por algún motivo aquella condenada mujer siempre parecía salir mejor parada que él en sus discusiones! ¡Estaba hasta la coronilla de tenerla siempre cerca para que se burlara de él! Si llegaba a decir una sola palabra acerca del ridículo que había hecho mientras huía, aferrado a las crines de su caballo...

-Si estás tan condenadamente bien dispuesta para la piedad y la castidad -le espetó-, y estás tan contenta de mi derrota, ¿por qué no regresas y te quedas para siempre allá?

Pero ella no se reía de él. En realidad, ni siquiera lo estaba mirando. Se había cubierto el rostro con el velo y detrás de él lloraba en silencio.

-Me quedaría -respondió en un susurro-. ¡Me quedaría con muchísimo gusto! Pero no quieren aceptarme.

Y bajó la cabeza, sin mirarlo.

Bard siguió adelante enfermo de ira. Una vez más, Carlina había huido de él. ¡Otra vez lo había hecho quedar como un tonto! ¡Y ahora, que había estado tan seguro de ella! ¡Y además estaba atado a Melisendra, a quien empezaba a odiar!

Mientras cabalgaban, se volvió y blandió un puño con furia hacia el lago, que yacía a sus espaldas, silencioso y pálido en el anochecer.

Regresaría. Esas mujeres lo habían derrotado una vez, pero él ya idearía alguna manera de regresar, ¡y esa vez no lo ahuyentarían las brujerías! ¡Que se cuidaran de él!

Y si Carlina se ocultaba allí... ¡que también ella se cuidara!

El verano había llegado a Kilghard Hills, y con él la temporada de los incendios, cuando los árboles de resina estallaban en llamas y todos los hombres disponibles eran asignados al control contra incendios. Un día, a finales del verano, Bard di Asturien cabalgó lentamente hacia el sur, con un pequeño grupo de hombres escogidos y guardaespaldas, finalmente cruzó, desde Marenji, la frontera de Asturias.

Que nunca más será una verdadera frontera, pensó. El condado de Marenji, a pesar de las protestas de su alguacil, estaba armado y protegido por soldados instalados en cada casa y en cada aldea de Marenji. Se había establecido un sistema de hogueras de aviso y de transmisiones telepáticas para advertir a la gente de Asturias de cualquier ataque procedente del

norte o del este, de bandidos que venían de más allá del Kadarin, o de jinetes de Serráis.

El pueblo de Marenji había protestado. ¿Pero cuándo, se preguntó Bard, había sabido distinguir el pueblo lo que le convenía? ¿Acaso querían permanecer desarmados entre Serreis y Asturias, arrasados por los ejércitos cada pocos años? Si no querían allí los soldados de Asturias, deberían tener un ejército propio que los mantuviera lejos.

Pasó una noche en su antiguo hogar, pero no había nadie allí salvo el viejo *coridom;* Erlend había sido enviado a la corte, a unirse con su madre. Muy pronto, pensó Bard, tendría que ocuparse de enviar a su hijo para que fuera criado en la casa de algún noble. Aun cuando Erlend estuviera destinado a convertirse en un *laranzu,* debería tener algún conocimiento de las armas y de la guerra. Bard recordó que Geremy, quien sabía que nunca blandiría armas en combate, no había estado por debajo de sus hermanos de crianza en el uso de la espada.

Eliminó la idea de raíz, apretando los dientes, y se negó a pensar en eso.

Erlend debía convertirse en *laranzu,* si estaba dotado para ello: era tan sólo un hijo *nedestro.* Cuando Bard encontrara la manera adecuada de reclamar a Carlina, ella ya le daría suficientes hijos legítimos. Pero Erlend debía ser educado como correspondía a su alcurnia, y Bard suponía que Melisendra haría alguna escena al respecto. ¡Maldita mujer, tenía todos los inconvenientes de una esposa y ninguna de sus ventajas! Si no fuera la más valiosa *leronis* de su padre, la enviaría lejos de inmediato. Tal vez alguno de los hombres de don Rafael estuviera dispuesto a casarse con ella, y sin duda su padre le daría alguna dote.

Llegó al castillo Asturias al anochecer y encontró el patio colmado de caballos desconocidos, estandartes de Hastur, embajadas procedentes de los Cien Reinos. ¿Qué había ocurrido? ¿El rey Carolin habría enviado por fin el rescate de Geremy?

Eso, se enteró más tarde, era tan sólo una parte de la cuestión. Cuarenta días antes, la dama Ginevra Harryl había dado a luz un niño, y Geremy había decidido, en primer lugar, legitimar al muchacho, y al mismo tiempo casarse con Ginevra *di catenas.* Como demostración de que Geremy Hastur no era prisionero sino un invitado de honor (la ficción legal de siempre, pensó

Bard con ironía, respecto a todos los rehenes), don Rafael había decidido celebrar el matrimonio él mismo y festejar la boda con gran pompa, invitando a los Hastur de todas partes. Aunque don Carolin no se había arriesgado a acudir en persona a Asturias, había enviado a uno de sus ministros, el *laranzu* Varzil de Neskaya, para dar solemnidad a la ceremonia.

A Bard no le gustaban esta clase de celebraciones y los preparativos le recordaban, dolorosamente, el hecho de que antes de su derrota en el lago del Silencio había esperado celebrar esta clase de boda para sí mismo en algún momento de aquel mismo verano. No obstante, el comandante de los ejércitos del rey debía estar presente; cabizbajo, se puso su túnica y el manto ceremonial azul, ricamente bordado con hilos de cobre. También Melisendra se veía noble y orgullosa, con el cabello recogido en alto, un vestido verde y una capa de piel. Antes de que se marcharan de sus

habitaciones, el pequeño Erlend apareció y observó a sus padres con ojos muy abiertos por la admiración.

-¡Oh, madre, estás muy bonita! ¡Y tú, padre, también te has puesto muy guapo!

Bard soltó una risita y se agachó para alzar a su hijo.

-Me gustaría poder bajar, presenciar la boda y ver todas esas ropas tan bellas, y a los nobles y a las damas... -dijo Erlend con tono de anhelo.

-Ése no es lugar para los niños... -empezó a decir Bard, pero Melisendra lo interrumpió.

-Tu niñera puede llevarte a la galería para que eches un vistazo, Erlend, y si te portas bien, te buscará algunas tortas de la cocina para tu cena.

Bard lo dejó en el suelo y Melisendra se arrodilló para besarlo.

Bard, celoso de la manera en que el niño abrazaba a su madre, añadió:

-Y mañana saldrás a cabalgar conmigo.

Erlend se marchó con su aya, deslumbrado ante las fiestas que le habían prometido.

Pero Bard frunció el ceño mientras bajaba la gran escalera, junto a Melisendra.

-¿Por qué, en nombre de todos los dioses, mi padre decidió celebrar de manera tan pomposa la boda de Geremy?

-Creo que tiene un plan, pero no sé cuál -respondió Melisendra-. Estoy segura de que no lo hizo por buena voluntad hacia Geremy. Y tampoco, me imagino, por amor a Ginevra, aunque don Regis Harryl pertenece a la más antigua nobleza de Asturias, y al linaje de Hastur pocas generaciones atrás.

Bard pensó en eso. Por supuesto, don Rafael pretendía conservar el trono para Alaric, y para ello tenía que ganarse la buena voluntad de los nobles que debían lealtad a los Di Asturien. Una boda en la corte para la hija de un partidario valioso era un simple gesto diplomático, por el que valía la pena pagar algún precio. Aunque personalmente, Bard hubiera vacilado en demostrar tantos favores a uno de sus propios aliados que se uniera en matrimonio con los Hastur, en un momento en que los Hastur podían rápidamente convertirse en enemigos.

-¿De verdad crees que iremos a la guerra contra los Hastur, Bard?

Bard esbozó una mueca de disgusto, irritado ante el hábito de Melisendra de leerle los pensamientos.

-No veo cómo podría evitarse.

-Pero si estás complacido... -se estremeció ella.

-Soy un soldado, Melisendra. La guerra es mi profesión, y la profesión de todo hombre leal a Asturias, si tenemos que defender este reino con la fuerza de las armas.

-A mí me parece que sería fácil hacer la paz con los Hastur. Ellos tampoco desean una guerra.

Bard se encogió de hombros.

-Bien, que se rindan a nosotros, entonces.

Bard deseó que Melisendra dejara de hablar de cosas que no le concernían.

-Pero sí me conciernen, Bard. Soy una *leronis* y las batallas no me son ajenas. Incluso si no lo fuera, si fuera una de esas mujeres que no tienen nada que hacer salvo quedarse en casa, tendría que ocuparme de los heridos y sufrir el saqueo y la pérdida de mis hijos en una guerra... ¡la guerra también concierne a las mujeres, no sólo a los hombres!

Tenía el rostro sonrojado de indignación, pero Bard simplemente le contestó, con aspereza:

-Tonterías. Y si vuelves a leerme el pensamiento, Melisendra, sin mi permiso... ¡tendrás que lamentarlo!

Ella se encogió de hombros.

-Lamento todo lo que tenga que ver contigo, mi señor -dijo con perfecta compostura-. Y si no quieres que lea tus pensamientos, deberías cuidarte y no transmitirlos hacia todas partes, porque así es imposible no captarlos; rara vez estoy segura de si has hablado en voz alta o no.

Bard se quedó perplejo. Nunca había creído tener un *laran* considerable. ¿Por qué a Melisendra le resultaba tan fácil leer sus pensamientos?

El Gran Salón estaba atestado de hombres y mujeres. También se oían los llantos de dos o tres bebés; recientemente, se había difundido entre las mujeres nobles la estúpida costumbre de amamantar a los críos, en vez de entregarlos, como correspondía, a las nodrizas. Además, Ginevra era una madre tan reciente, que muchas otras matronas jóvenes habían decidido que también podían traer a sus bebés al salón. ¡Bard esperaba que se los llevaran antes de que comenzara la ceremonia! Decidió que, cuando Carlina acudiera a la corte, él insistiría en que se comportara de manera más digna.

¡Con los aullidos de todos aquellos niños, el lugar se parecía a un corral de yeguas parteras!

Pero, evidentemente, lady Jerana había exigido que todos los bebés salieran de allí antes de la ceremonia. Los brazaletes matrimoniales se cerraron, con gran solemnidad, alrededor de las muñecas de Geremy y Ginevra, y el regente de Asturias dijo:

-Que por siempre seáis uno.

Bien, Geremy tenía una esposa, y al menos una cuya fertilidad ya estaba comprobada. Bard se encogió de hombros y fue a felicitar a su pariente.

Ginevra y Melisendra se abrazaban y se decían tonterías, como siempre hacían las jóvenes en una boda, Bard hizo una reverencia.

-Te felicito, primo -dijo cortésmente.

Si Geremy era al menos medianamente inteligente, pensó, dejaría sus diferencias libradas a la suerte de la guerra y terminaría con ellas. Bard no estaba resentido contra Geremy: suponía que, de haber estado en el lugar del otro, él mismo habría hecho algo semejante.

-Veo que tus parientes han venido desde todas partes para honrarte, hermano de crianza.

-Creo que en realidad han venido a honrar a mi dama -respondió Geremy, y presentó a Ginevra.

Era una mujer menuda y morena, que casi parecía descender de los forjadores de la montaña: a pesar de que Geremy no podía mantenerse erguido, ella sólo le llegaba al hombro. Además, la joven tenía el pecho liso, y había seguido la estúpida moda de usar el vestido atado con lazos en la pechera, para poder amamantar a su niño en público. ¡Qué vergüenza!

Pero Bard habló con gran cortesía, haciéndole una reverencia.

-Espero que tu hijo sea sano y fuerte, como debe serlo un varón.

Ella le respondió con una o dos palabras corteses,

y se hizo evidente que Geremy compartía con Bard la idea de que era prudente que los demás los vieran mantener una conversación cortés durante algunos minutos.

-Oh, sí -dijo Geremy-, las mujeres aseguran que es un hermoso muchacho. Yo no soy un buen juez de esas cosas. A mí me parece igual que cualquier otro recién nacido, mojado por ambos extremos y aullando de la noche a la mañana; pero a Ginevra le parece hermoso, aun después de todo lo que la hizo sufrir.

-Yo tuve suerte -dijo Bard-, porque conocí a mi hijo cuando ya podía caminar y hablar como una persona razonable, no como un cachorrito sin entrenamiento.

-He visto al joven Erlend -apuntó Geremy-, y me parece guapo e inteligente. Y su madre, he escuchado, es una *leronis...* ¿el muchacho también está dotado de *laran?*

-Eso me ha dicho su madre.

-Ya me parecía; he visto que tiene el cabello rojo del linaje de Hastur. ¿Has pensado en enviarlo a educar a alguna de las torres, Hali o Neskaya? Estoy seguro de que lo recibirían con sumo placer. Mi pariente Varzil de Neskaya está aquí, él podría arreglarlo.

-No lo dudo. Pero me parece que Erlend es todavía muy joven para que lo envíe fuera del reino en época de guerra, y no tengo deseos de que lo retengan como rehén.

Geremy pareció consternado.

-No me interpretes mal, pariente. Las torres han jurado neutralidad, y es por eso que un Ridenow llegó a ser celador de Hali. Y después del incendio de Neskaya, cuando la torre se reconstruyó, Varzil fue allí con un círculo. Juró que observaría el Pacto de los Hastur y que nunca más lucharía con las armas del *taran.*

-Salvo del lado de los Hastur, querrás decir-adujo Bard con sonrisa cínica-. ¡Muy astuto por parte de Carolin, asegurarse su lealtad de esa manera!

-No, primo, tampoco del lado de los Hastur. Han jurado no combatir ni siquiera a favor de los Hastur, y sólo acceden a usar sus piedras estelares por causas pacíficas.

-¿Y Carolin permite que esa torre siga en pie dentro de su reino ?

-Mi padre así lo desea -explicó Geremy-. Esta tierra es arrasada cada año por guerras necias y fratricidas, y los campesinos ni siquiera pueden recoger sus cosechas. El fuego perpetuo ya es bastante malo, pero ahora se hacen armas peores mediante la hechicería. La Dama de Valeron usó carros aéreos para lanzar polvo fundehueso al norte de Thendara, y creo que tal

vez nunca crezcan cosechas otra vez allí. Los hombres que viajan a través de esa zona suelen morir después, porque la sangre se les vuelve agua y los huesos se les quedan quebradizos... Y cosas peores, cosas de las que no quiero hablar en una fiesta. Por eso todos hemos jurado que no utilizaremos el *laran* nunca más contra ningún enemigo desde estas torres, y todas las tierras cercanas a los reinos de Hastur han jurado observar el Pacto.

-No sé nada de ese pacto -admitió Bard-. ¿Qué significa?

-Bien, donde el pacto está en vigencia ningún hombre puede atacar a otro con arma alguna, salvo las que dejan al portador a una distancia de un brazo del atacado...

-No sabía nada de eso, y también yo preferiría luchar con una honesta espada o una pica, y no con hechicería. No me agrada usar *leroni* en combate, y creo que tampoco le gusta a ningún soldado. Pero tampoco me complacería tener en mi reino *leroni* que no

hayan jurado combatir a mi lado y protegerme contra el ataque de otros hechiceros. Cuéntame más.

-Bien, pero no he estado en el reino de mi padre desde que era niño, y no sé demasiado al respecto, sólo lo que me ha contado mi pariente Varzil.

-¿Aceptas como pariente a un Ridenow de Serráis?

-Todos pertenecemos al linaje de Hastur -apuntó Geremy-, y todos llevamos por igual la sangre de Hastur y Cassilda. ¿Por qué habríamos de luchar?

Esta afirmación consternó a Bard. Si los Hastur y los Serráis hacían causa común, ¿qué pasaría con el reino de Asturias? Quería correr hacia su padre para transmitirle esta novedad, pero los músicos ya habían empezado a tocar para la danza y los bailarines se apiñaban en la pista.

-¿Te gustaría bailar, Ginevra? No es necesario que te quedes conmigo porque soy inválido; estoy seguro de que alguno de mis parientes bailará contigo.

Ella sonrió y le apretó brevemente la mano.

-En mi boda no bailaré con ningún hombre, ya que no puedo hacerlo con mi esposo. Esperaré una danza de ronda de mujeres y bailaré con mis damas.

-Tienes una esposa leal -comentó Bard, y Geremy se encogió de hombros.

-Oh, Ginevra siempre he sabido que yo nunca conseguiría renombre en el campo de batalla ni en la pista de baile.

Uno de los parientes de Hastur, vestido de azul y plata, se acercó a solicitar una danza con la novia. Observando la graciosa negativa de Ginevra, Bard empezó a advertir por qué su pariente había elegido como esposa a esta mujer fea y oscura. Tenía todo el encanto y la gracia de una reina; a pesar de sus facciones poco armónicas, podría lucir en cualquier corte.

-Pero no debes negarte -protestó el hombre-.

¡Bailar con la novia es un poderoso hechizo para cualquier hombre que desee casarse en el mismo año! ¿Cómo puedes tener corazón para privarnos de eso, *domna?*

-Bien, bailaré con mis damas solteras -respondió Ginevra en tono alegre-; eso las ayudará a ellas a conseguir maridos, y como deben

encontrar algún hombre para compartir la boda... ¡también ayudará a los solteros a encontrar novia!

Con un ademán, indicó a los músicos que interpretaran una danza con rondas. Tomando a Melisendra de la mano, Ginevra la llevó a la pista de baile. Otras mujeres y muchachas demasiado jóvenes para bailar con extraños, y mujeres cuyos esposos y hermanos estaban en otra parte, se apiñaron tras ellas.

¿Dónde, se preguntó Bard, estaría Melora ahora? ¿Por qué su recuerdo lo perseguía tan intensamente? Sabía que era una locura, pero se le ocurrió la idea de que si estuviera casado con Melora ambos caminarían juntos, podrían ser amigos íntimos, a la manera en que lo eran Geremy y Ginevra. Recordó el modo en que Ginevra había oprimido la mano de Geremy contra su mejilla. Ninguna mujer se había comportado de ese modo con él, y sin embargo podía imaginarse a Melora haciendo algo así...

Tonterías: no podía casarse con Melora; ella no era de alcurnia y de todos modos estaba comprometida con una torre. No era ése el modo en que se concertaba un matrimonio. Para sus adentros, había criticado a Geremy por casarse con Ginevra, quien, a pesar de pertenecer a una antigua familia y de poseer graciosos modales, estaba considerablemente por debajo de él en jerarquía. Sólo un estúpido se casaría con una mujer que no le ofreciera una alianza poderosa o una crecida dote. Él mismo, por ejemplo, no podía resignarse a casarse con Melisendra, que era la hija de un humilde *la-*

laranzu... aunque, ¿qué había dicho Geremy acerca del linaje de Hastur y el cabello rojo? Después de todo, Melisendra no podía ser de tan baja cuna...

-Yo creía que muy pronto tendríamos el honor de bailar en tu boda, Bard -intervino Geremy-. ¿No pudiste persuadir a Carlina de que abandonara la hospitalidad de la Hermandad de Avarra?

-No tuve oportunidad de hablar con ella. Las costas del lago del Silencio están protegidas por hechicería. ¡Necesitaría un regimiento de *leroni* para contrarrestar ese hechizo! ¡Pero puedes creerme, eso ocurrirá!

Geremy esbozó un gesto como si estuviera colmado de piadoso horror.

-¿Y no temes la ira de Avarra?

-¡No temo a ningún grupo de estúpidas mujeres que pretenden que su voluntad sea la de alguna diosa! -gruñó Bard.

-Pero, ¿cómo es posible que tu novia prefiera la castidad y las buenas obras a los placeres que la esperan cuando esté casada contigo? ¡Cómo puede ser tan tonta!

Los ojos grises de Geremy centellearon con maliciosa alegría, y Bard le dio la espalda y se marchó. No quería incomodar a su padre discutiendo en una gran fiesta como ésta. Ni siquiera admitió que en realidad no tenía más deseos de volver a pelear con Geremy.

Más tarde, mientras todos los jóvenes bailaban, habló un poco con su padre acerca de lo que había hecho en la frontera norte.

-No es probable que nos ataquen desde Serráis mientras tengamos a don Eiric como rehén, pero si nos ven amenazados por los Hastur, también

ellos pueden aprovechar para atacarnos. He oído hablar de una tregua entre Aldaran y Scathfell; si nos atacan juntos, nos

costaría contenerlos, ya que gran parte de nuestro ejército se ocupa de contener la amenaza procedente de Serráis. Por otra parte, hay algunos a quienes les gustaría aliarse con los Hastur. Si Varzil de Serráis ha hecho una alianza con Hastur, creo que deberíamos tratar de poner de nuestro lado a MacAran, de El Haleine, para que proteja nuestra frontera sur, tal como Marenji nos defiende en el norte.

-No creo que los MacAran ni la gente de Syrtis estén dispuestos a provocar la ira de los Hastur. Dicen de lord Colryn de Syrtis que puede erguirse en la cima de su fortaleza y contemplar todo su pequeño reino desde allí, y aunque el ratón subido a la muralla puede observar de lejos al gato, se cuida bien de chillar para llamarle la atención... ¡Don Colryn no tiene ningún deseo de convertirse en el ratón del rey Carolin! -Hizo una mueca de disgusto-. A menos que devolvamos a don Eiric a Serráis, los que están aliados con Serráis caerán sobre nosotros antes del invierno. Tal vez debamos establecer una tregua con don Eiric para ganar tiempo. ¡Lo que necesitamos es tiempo! -Se golpeó una rodilla con la mano abierta-. ¡Tal vez nos veamos obligados a establecer una tregua también con los Hastur!

-Yo combatiré contra los Hastur -dijo Bard con desdén-. ¡No les tengo miedo! ¡Si defendí Scaravel con un puñado de hombres, puedo hacer lo mismo por Asturias!

-Pero tú eres un hombre solo -objetó don Rafael-, y únicamente puedes conducir un ejército. ¡Con Serráis en el este, los Hastur al oeste, y tal vez con los del otro lado del Kadarin listos a atacarnos desde el norte, Asturias no podrá resistir!

-Tenemos cierta protección en Marenji, pues cualquiera que venga de ese lado deberá luchar ahora para cruzar esas tierras. Tal vez podamos reclutar mercenarios en el norte, y en las Ciudades Secas... conocen mi reputación y lucharán bajo mis órdenes. Además, quizá podamos forzar a don Eiric a una tregua: sus hijos son jóvenes y no podrá entrar en combate durante un tiempo. Si lo forzamos a una tregua de medio año, y eso es lo menos que puede esperar un rehén liberado, no podrá reunir un ejército hasta el deshielo de primavera. Y para entonces podríamos tener mercenarios, incluso aliados suficientes como para poder atacar Serráis y reducirlo al vasallaje. ¡Piensa en eso, padre! ¡Tener en paz todas esas tierras del este, sin constantes luchas! ¡Parece como si hubiéramos estado peleando contra Serráis desde que yo era un niño de pecho!

-Eso es lo que hemos estado haciendo -respondió don Rafael-, incluso desde antes. Pero aun cuando conquistemos Serráis, todavía tendríamos que enfrentarnos con los Hastur, ya que el rey Carolin alega que estas tierras fueron antes de los Hastur...

-Geremy me ha comentado algo al respecto. Yo no le presté demasiada atención. Pero si Carolin alega eso, simplemente tendremos que demostrarle que se equivoca.

-Pero tendré que hacer juramentos y establecer treguas -sugirió don Rafael con prudencia-. Sigue siendo una cuestión de tiempo, ya que ha llegado la hora de soltar a Geremy. Carolin ha advertido nuestra treta y ha enviado a Varzil de Neskaya para escoltar a Geremy a su casa. Nos trajo además a tu hermano Alaric.

-No lamentaré que Geremy se marche de la corte -dijo Bard, pero advertía que eso implicaba una pérdida diplomática para don Rafael.

Mientras tuviera un rehén Hastur, podría conservar cierta influencia diplomática con los Hastur. Sin embargo, el regreso de Alaric disminuía esa pérdida.

-¿Cómo está mi hermano? -preguntó Bard con

ansiedad-. ¿Está en buena salud y feliz? ¿Lo ha tratado bien Carolin? Cuando la reina Ariel se refugió allí, supe que Alaric estaba en manos de Carolin y no en las de ella.

-Todavía no lo he visto -respondió don Rafael cautelosamente-. Todavía está al cuidado de Varzil. El intercambio formal se realizará más tarde, ya que tengo entendido que Varzil me ha traído un mensaje de Carolin y ha solicitado una audiencia formal en la que expondrá su misión.

Bard enarcó las cejas. ¿Así que el celador de Neskaya se había rebajado al nivel de un lacayo de Hastur? ¡Tal vez las cosas fueran peores de lo que creía, quizá todas las tierras situadas entre Kilghard Hills y Thendara estaban bajo el dominio de los Hastur! ¿Asturias se encontraría entre ellas en años venideros?

¡Por encima de mi cadáver!

Experimentó un escalofrío premonitorio. Si llegaba a ocurrir algo semejante, bien, sin duda sería por encima de su cadáver. ¡Pero de todos modos ése era el destino de un soldado! En cualquier caso, era poco probable que Bard no terminara así.

Si devolvían a Alaric, al menos eso le daría excusa a don Rafael para celebrar una coronación, ya que su padre todavía insistía en que no era el rey, sino simplemente el regente en nombre de Alaric. Bard se preguntó cuál sería la diferencia entre tener un rey niño u otro. Pero, en cualquier caso, Alaric estaba allí y no había huido, como Valentine, a buscar la protección de otro reino. Entonces Bard se dio cuenta de que había estado pensando en Alaric tal como era siete años atrás: un niño, complacido por recibir los juguetes de su hermano mayor. Pero ahora Alaric debía de tener catorce o quince años, la edad legal de un adulto. ¡Erlend, su propio hijo, tenía casi la edad que había tenido Alaric cuando ambos se separaron!

El tiempo. El tiempo era el enemigo de todos los hombres. El mismo Bard ya había vivido más tiempo que la mayoría de los que se ganaban el sustento como mercenarios. Al menos no debería perder el tiempo y casarse para poder tener algunos hijos legítimos. Debía conseguir que el reino estuviera seguro para su hermano, y después tendría que encontrar alguna manera de atacar la isla del Silencio, aunque necesitara un ejército entero de hechiceros. Su principal objetivo era recuperar a Carlina.

¡Mientras ella viva, no me casaré con ninguna otra mujer!

Se le ocurrió entonces, por primera vez, que quizás había cometido un gran error. Si Carlina verdaderamente no lo amaba, tal vez hubiera otras mujeres que sí. Otra vez pensó en Melora... pero no. Carlina era la hija del rey Ardrin, era su futura esposa, y si ella no lo quería, bien, él le enseñaría cuál era su deber. ¡Ninguna mujer había deseado rechazarlo por segunda vez!

Rafael de Asturias liberó a don Eiric de Serráis a la mañana siguiente.

-¿Pero por qué ahora, padre? -preguntó Bard-. ¡Sin duda podrías haberlo retrasado diez días más!

-Una cuestión de protocolo -explicó don Rafael con tono sombrío-. Varzil de Neskaya, que es un Ridenow, desea entrevistarse con él, pero por cortesía no puede hacerlo hasta que haya cumplimentado lo que ha venido a hacer aquí, el intercambio de rehenes; y no puede hablar con mi prisionero sin autorización mía. De modo que tomaré juramento a don Eiric y lo pondré en camino antes de que Varzil esté en libertad de hablar con él. ¡No quiero más señores Ridenow aliados con los Hastur!

Bard asintió tras haber digerido la información.

Cuando don Eiric hubiera jurado no actuar contra Rafael de Asturias durante medio año, ya no podría aliarse legalmente con un enemigo de Asturias. Bard tenía pleno conocimiento de todo tipo de tácticas y estrategias militares, pero la diplomacia todavía era un arte nuevo para él. Sin embargo, con los conocimientos de estadista de su padre y su propia pericia para la guerra, tal vez pudieran dominar estas tierras algún día.

Descubrió que sentía curiosidad por conocer a Varzil, que se había aliado con los Hastur. A pesar de que Neskaya se encontraba fuera de las tierras de Serráis, había estado en manos de los Ridenow durante más de doscientos años. En esa época los Hastur y los Ridenow habían combatido en una prolongada guerra, y se había establecido la paz durante el reinado de Allart de Thendara. ¿Los Hastur todavía tendrían la ilusión de reclamar las tierras de Serráis?

Bard fue convocado al consejo, en calidad de comandante militar de su padre, y también Melisendra, para que conjurara el hechizo de la verdad.

Cuando Bard la vio entrar en la cámara de audiencias, con su delgado y sencillo vestido gris con capa, que la identificaban como *leronis* en misión oficial, advirtió que Melisendra, en su calidad de hechicera elegida de la corte de su padre, tenía ahora jerarquía y poder por derecho propio, una posición de poder que nada tenía que ver con su título oficial de madre del nieto del regente. La idea lo irritó un poco: había suficiente cantidad de *laranzu'in,* ¿por qué su padre no había tenido la decencia de escoger a uno de ellos? ¿Acaso su padre intentaba poner a Melisendra en una posición que le permitiera rechazar a su legal señor y padre de su hijo?

Esperaba que Alaric tuviera alguna habilidad con las armas. Como hijo adoptivo de Ardrin, tenía que haber aprendido algo. El propio Bard era un hombre

solo; pero si llegaba a contar con un líder militar hábil que lo respaldara desde el trono -y sin duda un rey debía ser capaz, como lo era Ardrin, de conducir a sus hombres en la batalla-, eso sería un buen augurio para Asturias en años venideros.

Varzil de Neskaya era un hombre menudo y delgado. Con el deslumbrante atavío ceremonial que había usado el día de la boda había resultado imponente, pero ahora, vestido con el verde y oro de su casa, parecía pequeño, de hombros estrechos; tenía facciones delgadas, de estudioso, y sus manos, advirtió Bard con desprecio, eran tan pequeñas y bien cuidadas como las de una mujer, sin callos debido al uso de la espada o de la daga, y sin el cabello desarreglado en las sienes debido al uso del yelmo.

No era un hombre de armas, entonces, sino un usador de sandalias, un petimetre. ¿Y éste era el embajador elegido por Hastur?, pensó Bard con menosprecio, agregando para sí:

¡Podría quebrarlo en dos con mis propias manos!

Hasta Geremy, encorvado como estaba y arrastrando su pierna inválida, era más alto que Varzil. Geremy llevaba su acostumbrado atavío muy sobrio, y no iba armado salvo por una pequeña daga ornamentada, con la empuñadura engastada con piedras rojas.

Bard observó, de pie en el lugar del servidor, detrás del trono de su padre, mientras se realizaban las formalidades de imposición del hechizo de la verdad.

-Geremy Hastur -dijo don Rafael-, ya que mi hijo se me devolverá sano y salvo, declaro que eres libre de regresar al reino de tu padre, o al sitio que prefieras ir, con tu esposa, que es súbdita mía, y tu hijo, y tus vasallos, y todo lo que es tuyo. Aún más, como símbolo de la estima que siente mi mujer por la tuya, si las doncellas de tu esposa desean acompañar a lady Ginevra a su nuevo hogar, están en libertad de hacerlo, si cuentan con la autorización de sus padres para ello.

Geremy hizo una reverencia y pronunció un breve discurso cortés, en el que dio las gracias a don Rafael y reafirmó el agradecimiento que sentía por la amable hospitalidad que se le había brindado. La ironía fue lo suficientemente intensa como para que la luz del hechizo de la verdad titilara sobre su rostro, pero no valía la pena tomar ese hecho en consideración. De todas maneras, pensó Bard con picardía, la cortesía prácticamente consistía *en* mentiras.

-Geremy, si lo deseas, eres libre de dejar a tu hijo para que sea criado en mi casa. El padre de su madre es mi leal súbdito, y te doy mi palabra de que se lo criará en todo sentido como a mi propio hijo y como compañero de mi nieto.

Geremy se lo agradeció cortésmente, pero rechazó el ofrecimiento, alegando que el niño era demasiado pequeño para separarlo de su madre, ya que aún no había sido destetado y Ginevra tenía la voluntad de amamantarlo ella misma.

Varzil se adelantó.

-Yo he venido en nombre de Carolin, gran rey de Thendara, guardián de Valentine di Asturien, el rey legal de Asturias y señor de todas estas tierras, a devolver a Alaric di Asturien, hijo del regente y custodio de Asturias, a manos de su padre. ¿Alaric?

Bard contuvo el aliento, golpeado por la consternación. Desde atrás de Varzil, un muchacho delgado avanzó renqueando: el avance claudicante y los hombros retorcidos eran una espectral parodia de Geremy, y Bard no pudo contenerse.

-¡Padre! -exclamó, adelantándose-. ¿Permitirás que se burlen de nosotros en nuestro propio salón? ¿No ves lo que le han hecho a mi hermano, en venganza por la herida de Geremy? ¡Juraré bajo el hechizo de la verdad que Geremy fue herido por accidente, no con premeditación, y que Alaric no merecía que Carolin le hiciera *esto!* -Desenvainó la daga-. ¡Ahora, por todos los dioses, renacuajo de Hastur, defiéndete, porque esta vez tu

vida está perdida y no será por accidente! Haré ahora lo que debía haber hecho hace siete años.

Aferró a Geremy por el hombro y lo hizo volverse en redondo.

-¡Desenvaina tu daga, o te mato en el acto!

-¡Basta! ¡Yo lo ordeno!

Varzil no gritó, pero su voz hizo que Bard perdiera su ímpetu y se alejara de Geremy, pálido y sudoroso. Durante muchos años no había escuchado la voz de mando de ningún *laranzu* entrenado. La delgada figura de Varzil parecía erguirse sobre él, amenazadora, mientras la daga de Bard caía de sus dedos debilitados.

-Bard di Asturien -manifestó Varzil-, no hago la guerra contra los niños y tampoco la hace Carolin; tu acusación es monstruosa, y aquí estoy, bajo la luz del hechizo de la verdád, dispuesto a decirte en la cara que estás mintiendo. No dijimos nada de la enfermedad de Alaric por temor de que llegarais exactamente a esta conclusión. Nada tuvimos que ver con la invalidez del muchacho. Cinco años atrás cayó presa de la fiebre muscular que ataca a tantos niños en la región de los lagos, y a pesar de que todos los curadores de Ardrin hicieron cuanto fue posible por él, y luego lo enviaron a Neskaya para proseguir la curación, cuando lo consideraron en condiciones de viajar... por eso no volvió con vosotros aquí cuando la reina Ariel huyó del reino, porque estaba a mi cuidado en Neskaya. A pesar de todos nuestros esfuerzos, su pierna se marchitó y se le debilitó la espalda. Ahora sólo puede caminar con apoyo y ha recuperado su capacidad de habla; de modo que podéis preguntarle al mismo Alaric si tiene alguna queja del trato que le dimos.

Bard lo miró con dolor. ¡Este pobre inválido era

entonces el hermano fuerte y viril que le ayudaría a comandar los ejércitos! Tuvo la sensación de que los dioses se burlaban de él.

Don Rafael abrió los brazos y Alaric se acercó renqueando a recibir el abrazo de su padre.

-¡Mi querido hijo! -exclamó don Rafael, dolorido y consternado, mientras Alaric paseaba la mirada de su padre a Varzil, con gran pesar.

-Padre querido. Verdaderamente, mi pariente Ardrin no tiene la culpa de lo ocurrido, ni tampoco lord Varzil. Cuando caí enfermo y durante los años que siguieron, él y sus *leroni* me cuidaron noche y día. Han sido tan amables conmigo, que ni tú ni mi madre podríais haberlo hecho mejor.

-¡Dioses del cielo! -gruñó don Rafael-. ¿Y Ardrin no me avisó de nada? ¿Ni tampoco Ariel, cuando huyó al exilio ?

-Me habían enviado a Neskaya años antes -replicó Alaric-, y como tú nunca venías a la corte, no me pareció que te importara mucho lo que me hubiera ocurrido. Desde luego -agregó con un tono irónico y distanciado que convenció a Bard de que, si bien el cuerpo de su hermano estaba tullido, sin duda su mente no había quedado disminuida-, no estabas tan ansioso por recuperarme como para disputarme demasiado a Carolin. Yo sabía que conservarías el trono para mí, al menos mientras no me vieras. Después, ya no estaba seguro de que quisieras rescatarme.

-Eres mi propio hijo querido, y te doy la bienvenida al trono que reclamé para ti -dijo don Rafael lealmente.

Pero Bard intuyó la parte no pronunciada:

Si es que puedes conservarlo.

Y estuvo seguro de que también Alaric lo había captado.

El rostro de Varzil era grave y colmado de compasión; sus ojos se demoraron sobre don Rafael y Alarde como si no pensara en otra cosa más que en el niño y en el consternado padre. Pero Bard supo que Varzil, a pesar de su genuina preocupación por el joven Alaric, lo había retenido para exhibirlo en el momento en que la aparición causara la mayor confusión y consternación posibles. Había querido mostrarles a todos, tan públicamente como fuera posible, que el joven aspirante al trono de Asturias era tan sólo un lastimoso y pequeño inválido.

Bard sintió ira y desesperación. ¿Éste era el fuerte guerrero joven que iría al combate junto a él? Y sin embargo, le dolía el corazón por el hermanito que amaba. ¡A pesar de toda la desilusión que pudiera experimentar su padre, y la suya propia, Alaric debía lamentarlo más que ellos! ¡Era inexcusable utilizar al muchacho de este modo para exhibir la debilidad del trono de Asturias! En ese momento, de no haber sido por su conocimiento de la inmunidad diplomática, con gusto hubiera estrangulado a Varzil en el acto. ¡Sí, y también a Geremy!

Sin embargo, pensó, reconciliándose lentamente con la nueva situación, podría haber sido peor. Alaric estaba tullido, pero por lo demás parecía fuerte y saludable. ¡Y, desde luego, su mente funcionaba como un reloj! Geremy tenía un hijo sano; no había motivos para que Alaric no tuviera una docena. Después de todo, no sería el primer rey inválido que llegara al trono; y, después de todo, contaba con un hermano leal para comandar sus ejércitos.

No ambiciono el trono, pensó Bard. *No tengo el ingenio ni la habilidad necesarias para, gobernar... prefiero ser el general del rey!*

Su mirada se cruzó con la de Alaric y le sonrió.

También don Rafael había recuperado él equilibrio. Se incorporó de su sillón de audiencias y dijo:

-Como símbolo de que sólo he reinado aquí como regente, hijo mío, te cedo este sitio como legal rey de Asturias. Mi hijo y señor, te ruego que ocupes este trono.

El muchacho se ruborizó, pero había sido bien educado en el protocolo. Cuando su padre se arrodilló a sus pies para entregarle la espada, Alaric dijo:

-Te ruego que te incorpores, padre, y que guardes tu espada, como regente y custodio de este reino, hasta que yo haya alcanzado la edad de la adultez.

Don Rafael se incorporó y se situó a tres pasos de distancia detrás del trono.

-Hermano mío -dijo Alaric, mirando a Bard-, me han dicho que eres el comandante de los ejércitos de Asturias.

Bard hincó la rodilla ante el muchacho y les respondió:

-Estoy aquí para servirte, mi hermano y señor.

Alaric sonrió por primera vez desde que había aparecido desde detrás de Varzil, y la sonrisa fue como si saliera el sol para caldear el corazón de Bard.

-No te pido tu espada, querido hermano. Te ruego que la conserves para defender el reino y que sólo sea desenvainada contra mis enemigos. Te designo el hombre más importante de este reino, después de nuestro padre, el regente. Pronto pensaré en alguna manera de recompensarte.

Bard dijo brevemente que el favor de su hermano era suficiente recompensa. Desde niño, en la casa del rey, había aborrecido esta clase de ceremonias; dio un paso atrás, satisfecho al menos de no haber pasado por tonto y haber logrado no tropezar con nadie.

-Y ahora, pariente Varzil -dijo Alaric-, sé que se te confió una misión diplomática que, correctamente, no comentaste con un niño. ¿La revelarás ahora ante el trono de Asturias, y ante mi padre el regente?

Don Rafael secundó el ruego.

-Doy la bienvenida a la embajada enviada por Carolin, pero ¿no sería posible llevar a cabo la reunión en un recinto más adecuado para una conferencia que esta sala de audiencias en la que todos debemos permanecer de pie en actitud ceremonial, atentos a todas las formalidades?

-Me sentiría honrado -respondo Varzil-, y estoy dispuesto a prescindir del hechizo de la verdad si también tú accedes a ello; las cuestiones a discutir no son hechos, sino actitudes, reclamaciones, opiniones y consideraciones éticas. El hechizo de la verdad no tiene validez sobre las diferencias de opinión, cuando cada una de las partes cree honestamente tener razón.

-Es verdad -respondió don Rafael ceremoniosamente-. Con tu permiso, entonces, primo, despediremos a la *leronis y* prescindiremos de su trabajo, y volveremos a encontrarnos dentro de una hora en mi sala privada, si es que eso no te resulta demasiado informal, primo. Quiero ofrecer mayor comodidad, y no pretendo menospreciar la importancia de tu misión.

-Me serán gratas la comodidad y la intimidad.

Cuando la embajada de Hastur se hubo retirado momentáneamente, don Rafael y sus hijos se demoraron un poco antes de salir de la cámara de audiencias.

-Alaric, hijo mío, no es necesario que estés presente durante toda la conferencia, si eso te agota.

-Padre, con tu permiso, asistiré --replicó Alaric-. Eres mi regente y mi guardián, y me someteré a tu juicio hasta que se me declare un hombre, y sin duda también después, y durante muchos años. Pero soy lo bastante mayor como para entender estas cosas. Si es que algún día he de gobernar, será mejor que conozca la política que prefieres.

Bard y don Rafael intercambiaron una mirada de ¿aprobación?.

-Quédate, por favor, alteza.

Don Rafael utilizó la expresión formal, *vai Altezu,* sólo usada con respecto a un superior y alguien muy próximo al trono. Bard sabía que su padre estaba reconociendo al muchacho como adulto, aunque Alaric todavía no había llegado a la mayoría de edad legal. Tal vez pareciera un niño

enfermo, pero ni su padre ni su hermano dudaban de que era lo bastante maduro para ocupar su lugar como un hombre.

Volvieron a reunirse en el estudio privado de don Rafael, alrededor de una mesa, y el anfitrión ordenó a un criado que sirviera vino para todos. Cuando el criado se retiró, Varzil dijo:

-Con tu autorización, don Rafael, y con la tuya, alteza -agregó formalmente dirigiéndose a Alaric, y su tono contradecía el de cariñosa informalidad con el que antes se había dirigido al muchacho-, Carolin de Thendara me ha confiado una misión. Había pensado traer conmigo una Voz, para que escucharas las propias palabras de Carolin. Pero, con vuestro permiso, también prescindiré de eso. Soy aliado y amigo de Carolin; soy celador de la torre de Neskaya. Y he firmado con él en nombre de Neskaya, el mismo pacto que ahora os pedimos que firméis. Como sabéis, Neskaya fue destruida por bombas de fuego hace una generación, y cuando Carolin Hastur la hizo reconstruir, acordamos el pacto. No me lo exigió como señor y soberano, sino que me lo pidió como hombre racional, y yo estuve de acuerdo en hacerlo.

-¿Qué es este pacto del que hablas? -preguntó don Rafael.

Varzil no respondió de manera directa.

-Los Cien Reinos son devastados, cada año, por innecesarias guerras fratricidas; tu lucha contra la reina Ariel, en vuestra disputa por el trono de Asturias, es tan sólo una de ellas. Carolin de Thendara está dispuesto a reconocer a la casa de Rafael di Asturien como los custodios legales de este reino, y la reina Ariel accede a renunciar, por ella misma y por su hijo, a cualquier aspiración al trono, si vosotros firmáis el pacto.

-Reconozco que la oferta es generosa -dijo don Rafael-, pero no tengo deseo de regatear como Durramán cuando compró su asno. Debo conocer exactamente la naturaleza de este pacto, primo, antes de someterme a él.

-El pacto declara que no utilizaremos armas de hechicería en la guerra. Tal vez la guerra entre los hombres sea inevitable; confieso que lo ignoro. Carolin y yo trabajamos para el día en que todas estas tierras lleguen a estar unidas y en paz. Mientras tanto, te pedimos que te unas a nosotros en el juramento sagrado de que sólo lucharán honorablemente los soldados que van al combate y arriesgan sus propias vidas, y que no se combatirá con armas cobardes que someten a la hechicería a mujeres y niños, armas que incendian bosques y arrasan las ciudades y los campos. Te pedimos que destierres de tu reino todas las armas que actúen más allá de un brazo de distancia del hombre que las porta, para que el combate sea honorable y entre iguales, y para que no ponga en peligro las vidas inocentes con armas que matan a distancia.

-¡No puedes estar hablando en serio! -exclamó don Rafael. Miró fijamente a Varzil, con expresión incrédula-. ¿Qué locura es ésta? ¿Acaso marcharemos a la guerra tan sólo con nuestras espadas, mientras nuestros enemigos caen sobre nosotros con flechas y fuego perpetuo, bombas y hechicería? Don Varzil, me resisto a creerte un loco, pero ¿verdaderamente crees que la guerra es una partida de *castillos,* que los niños y las mujeres juegan con fichas apostando una torta o unas monedas? ¿De verdad piensas que cualquier hombre

cuerdo consideraría durante un instante semejante idea?

El rostro tranquilo y apuesto de Varzil permaneció absolutamente serio.

-Te doy mi palabra, con toda honestidad. He dicho en serio lo que has oído, y muchos reinos pequeños ya han firmado el pacto con el rey Carolin y los Hastur. Se prohibirán totalmente las armas de cobardes, y la guerra con *laran.* No podemos impedir la guerra en el estado actual del mundo, pero podemos ponerle límites, evitar que se destruyan los bosques y las cosechas, prohibir que se usen armas malignas como la que arrasó Hali hace nueve años, cuando los niños se hincharon y padecieron la enfermedad que convierte la sangre en agua, porque habían jugado en los bosques cuyas ramas habían sido destruidas con polvo fundehuesos. ¡Esas tierras todavía son inhabitables, don Rafael, y es probable que sigan siéndolo en la época de los nietos del joven Alaric! La guerra es un juego, don Rafael. Sin duda podría arreglarse con una partida de dados, o de *castillos.* Las leyes de la guerra no han sido decretadas por los dioses; nadie ha dicho que debamos utilizar armas cada vez más poderosas que algún día nos destruirán a todos, vencedores y vencidos por igual. Antes de que llegue esa hora, ¿por qué no limitarnos a las armas que todos podemos usar con honor?

-En cuanto a eso, mi pueblo jamás accederá. No soy un tirano para quitarles las armas y dejarlos indefensos ante pueblos sin escrúpulos que siempre se negarán a deponer sus armas. Tal vez cuando esté seguro de que todos nuestros enemigos lo han hecho... Pero no creo que eso llegue a ocurrir.

-Bard di Asturien -dijo Varzil, dirigiéndose sorpresivamente a él-, tú eres un soldado, y la mayoría de los soldados son hombres razonables. Eres el

comandante de los ejércitos de tu padre. ¿No verías con buenos ojos que se prohibieran esas armas atroces? ¿No has visto una aldea incendiada por el fuego perpetuo, o niños pequeños muriendo de la enfermedad fundehuesos?

Bard sintió un desgarrón interior, al recordar una aldea así cerca de Scaravel: los interminables gritos y llantos de los niños quemados con el fuego perpetuo. Pareció durar días, hasta que murieron uno a uno, y entonces el silencio le resultó todavía más terrible, como si aún pudiera oír sus gritos interiormente... Él preferiría no usar fuego perpetuo, pero ¿por qué Varzil se lo preguntaba a él? Solamente era un soldado, el hombre leal a su padre, que debía cumplir órdenes.

-Don Varzil, con sumo placer lucharía solamente con espadas y escudos, si es posible que los demás hagan lo mismo. Pero soy un soldado" y mi obligación es ganar las batallas. No puedo cumplir mi misión si estoy al frente de hombres armados con espadas y debo enfrentarme con un ejército que usa fuego perpetuo, o que lanza a los demonios de la brujería y el miedo contra mis hombres, y que me somete al viento, al agua, a las tormentas y a los terremotos.

-No se te pediría eso -prometió Varzil-. Pero, ¿ accederías a prometer que si el *laran* no se usa contra ti no serás tú el primero en emplearlo? Y, sobre todo, ¿jurarías no usarlo en contra de los no combatientes?

Bard empezó a decir que la propuesta parecía razonable, pero don Rafael lo interrumpió con ira:

-¡No! ¡La guerra no es un juego!

-Si no es un juego, ¿qué es? -soltó Varzil con desprecio-. ¡Sin duda es un juego para aquellos qué la hacen con el propósito de imponer las leyes que se les antoja!

-Bien, entonces, ¿por qué no llevas tu política al extremo? -propuso don Rafael con gesto despectivo-. Deberías sugerir que en el futuro todas nuestras guerras se resolvieran por medio de un partido de fútbol o incluso por una competencia de saltos de rana. ¿Por qué no enviar a nuestros ancianos a resolver la guerra con una partida del juego del rey en el tablero, o a nuestras niñas en una competencia de salto a la cuerda, para zanjar así nuestras disputas?

-El origen de casi todas las guerras suele ser algún asunto que siempre se resolvería por medio de un debate razonable entre hombres inteligentes -adujo Varzil-. Cuando la razón no consigue resolver la disputa, ésta también podría ser zanjada por una partida de pelota entre niños, y no sólo por medio de esas interminables campañas que parecen demostrar que los dioses aman más a aquellos que tienen soldados mejor entrenados.

Su voz fue inconmensurablemente amarga.

-Hablas como un cobarde -espetó don Rafael-. La guerra puede ser perturbadora para los débiles, pero no puedes discutir con los hechos, y como los hombres no son razonables... ¿por qué habrían de conformarse con la razón, en lugar de obtener lo que quieren? A la larga todas las discusiones se resolverán a favor del que pueda imponer sus condiciones con la mano más dura. No puedes cambiar la naturaleza humana, y eso es lo que en realidad sabemos con respecto al hombre después de muchos años. Si un hombre no está satisfecho con la respuesta que se le da, por razonable y correcta que parezca a los demás, ese hombre saldrá a luchar por lo que quiere. De otro modo, todos naceríamos sin manos ni brazos ni cerebros para usar las armas. Sólo un cobarde podría contradecirme; aunque en realidad era de esperar en un usador de sandalias, un *laranzu.*

-Las palabras duras no quiebran huesos, señor -replicó Varzil-. ¡No me importa mucho que me

llamen cobarde, y no necesito hacer una guerra para evitarlo, como si fuera un escolar que pone a otro un ojo morado porque lo llamaron hijo de ramera o hijo de seis padres! ¿Me estás diciendo que si te atacan solamente con espadas quemarías al otro ejército con fuego perpetuo?

-Sí, por supuesto, si en ese momento dispongo de fuego perpetuo. Yo no fabrico ese maligno material, pero si lo usan contra mí, debo tenerlo, y debo usarlo antes de que me ataquen con él. ¿De verdad crees que alguien cumplirá este pacto, a menos que tenga la seguridad de la victoria?

-¿Y tú lucharás con esas armas, aun sabiendo que tus propias tierras estarán envenenadas con polvo fundehuesos, o con algún nuevo veneno que produce pústulas negras a todos los hombres, mujeres o niños que lo respiren, y al que ahora llaman la enfermedad de la máscara? ¡Yo creía que eras un hombre compasivo y razonable!

-Bien, lo soy -asintió don Rafael-. Pero no tan razonable como para deponer mis armas y aceptar que debo entregar mi país y mi pueblo para que viva como esclavo de algún otro estado. En mi opinión, cualquier cosa que brinde una victoria rápida y decisiva es un arma compasiva y

razonable. Una guerra con espadas, como si fuera un torneo, podría arrastrarse durante años, y mi pueblo ha estado luchando contra Serráis durante toda mi vida. Además, los hombres sensatos lo pensarán dos veces antes de emprender una guerra contra armas poderosas como las que yo puedo oponerles. No, don Varzil, tus palabras pueden parecer razonables, pero bajo ellas acecha la locura; los hombres disfrutarían demasiado con esa clase de guerra y la prolongarían como si fuera un juego, sabiendo que podrían entregarse a la guerra sin hacerse demasiado daño. Puedes regresar y decirle a Carolin que despreció su pacto y jamás lo cumpliré. Si me ataca, me encontrará preparado con todas las armas que mis *leroni* me recomienden, y será su responsabilidad si él prefiere armar a sus hombres solamente con espadas y escudos; en lo que a mí respecta, puede armarlos con pelotas de tenis y facilitarme el trabajo, o incluso decirles que se rindan de inmediato. ¿Te enviaron a decirme esta tontería del pacto, don Varzil?

-No -respondió Varzil.

-¿Qué más debes comunicarme? No quiero luchar contra los Hastur. Preferiría una tregua.

-También yo -reconoció Varzil-, y también el rey Carolin. Fue enviado con la capacidad de tomarte el juramento de que te abstendrás de combatir contra nosotros. Dices que eres un hombre razonable... ¿por qué, entonces, esta tierra debe estar arrasada por las luchas ?

-No quiero luchar -repitió don Rafael-, pero tampoco entregaré a los Hastur las tierras donde los Di Asturien han reinado desde épocas inmemoriales.

-Eso no es cierto -objetó Varzil-. Los registros escritos de Nevarsin y de Hali, que posiblemente sean más fidedignos que las leyendas patrióticas y los cuentos folklóricos que tú utilizas para reunir a tus hombres, te harían saber que menos de doscientos años atrás estas tierras estaban gobernadas por Hastur, pero después de la invasión del pueblo-gato, lord Hastur concedió a los Di Asturien el derecho y el deber de protegerlas, nada más. Y ahora todas estas tierras se han dividido en pequeños reinos, y cada uno de ellos reclama un derecho inmemorial a ser independiente y soberano sobre su propio pueblo. Esto es el caos. ¿Por qué no volver a la paz?

-¿Paz? ¡Tiranía, querrás decir! -protestó don Rafael-. ¿Por qué el pueblo de Asturias debería someterse a los Hastur?

-¿Y por qué, entonces, habrían de someterse a los Di Asturien? La paz se consigue al precio de perder un poco de autonomía local. Supongamos que cada uno de tus granjeros insistiera en que es un hombre libre, y que tiene derecho a autogobernarse, negando a cualquier otro el derecho de *cruzar* los límites de su propiedad si no paga tributo, sin jurar lealtad a nada que no sea su propio capricho...

-Eso sería una tontería -dijo don Rafael.

-Entonces, ¿por qué no es una tontería decir que El Haleine y Asturias y Marenji son todos reinos, cada uno con su propio rey y su propio gobierno totalmente independiente de los demás? ¿Por qué no establecer la paz bajo los hijos de Hastur, y tener libertad de movimiento, sin que haya hombres armados por todas partes? Serías libre dentro de tu propio reino, y simplemente jurarías no interferir con ningún otro reino libre e independiente, sino cooperar con tus pares en calidad de amigo y de igtól.

Rafael di Asturien meneó la cabeza.

-Mis antecesores ganaron estas tierras. Valentine, el hijo de Ardrin, perdió el derecho a ellas cuando huyó a refugiarse con el rey Carolin, junto con su traidora madre. Pero yo las conservaré para mis hijos, y si los Hastur las quieren, tendrán que venir a apoderarse de ellas, si es que pueden.

Habló con valentía, pero Bard sabía que su padre estaba recordando la conversación que habían sostenido la noche de la boda de Geremy.

Serráis al este.

Aldaran y Scathfell al norte.

Los Hastur y todos sus aliados al oeste, y, sin duda, algún día la gente de Valeron al sur.

-Entonces -dijo Varzil-, ¿no jurarás lealtad a Hastur, a pesar de que todo lo que él te pide es la promesa de que no tomarás las armas contra Hali o Carcosa o el castillo Hastur o Neskaya, que también está bajo su protección?

-El trono de Asturias no es súbdito de Hastur. Ésta es mi última palabra al respecto. No tengo ninguna intención de atacar a Hastur, pero él no puede pretender gobernar aquí.

-Alaric -dijo Varzil-, tú eres el señor de Asturias. No tienes edad suficiente para hacer pactos, pero no obstante te pido que, por amabilidad de parientes, le niegues a tu padre que se muestre sensato en este tema.

-Mi hijo no es tu prisionero, don Varzil -manifestó don Rafael con gesto decidido-. No sé cuánta traición podrás haberle infundido, cuánta capacidad de ponerse en contra de los suyos, pero ahora...

-Padre, eso es injusto -protestó Alaric-. ¡Te pido que no dispute con mi pariente Varzil!

-Por ti, hijo, me quedaré en paz. ¡Pero te ruego, don Varzil, que dejes de lado toda esa estúpida cháchara acerca de entregar a los Hastur el trono de Asturias!

-Incluso en este momento estás considerando la posibilidad de hacer la guerra contra tus vecinos pacíficos, que no son en absoluto invasores. Sé lo que has hecho en Marenji. Me han informado de que en la primavera pretendes ir a la guerra contra Serráis, y que piensas fortificar las tierras a orillas del Kadarin...

-¿Y eso qué te importa? -preguntó Bard con fría hostilidad-. ¡Las tierras a orillas del Kadarin no pertenecen a los Hastur!

-Tampoco pertenecen a Asturias -alegó Varzil-, y Carolin ha jurado protegerlas de los ataques de los reinos pequeños deseosos de expandirse. Haced lo que queráis dentro de vuestro propio reino, pero os lo advierto, ¡no salgáis de él si no estáis dispuestos a luchar con todos los que han jurado lealtad a Hastur y al pacto!

-¿Me estás amenazando?

-Así es -asintió Varzil-, aunque preferiría no hacerlo. Te pido, como enviado de Hastur, que tú y tus dos hijos juréis no atacar las tierras del pacto que se han comprometido mutuamente como iguales, pues de lo contrario tendremos un ejército en marcha dentro de cuarenta días, y tomaremos el reino de Asturias para ponerlo bajo custodia de alguien que pueda mantenerlo en paz entre los *com'ii* leales a Hastur.

Bard escuchó estas palabras con terrible tristeza. En realidad, no estaban preparados para hacer la guerra contra Hastur... ¡no con los hombres sublevados más allá del Kadarin, ni con Serráis al este!

Y si los Hastur los atacaban ahora, Asturias no podría defenderse.

Don Rafael apretó los puños con ira.

-¿Qué juramento nos exiges?

-Os pido que realicéis, no a mí, sino a Geremy Hastur, en nombre de ^u pariente Carolin, un juramento de parientes, que no podrá ser quebrantado por ninguna de ambas partes sin medio año de advertencia. Ese juramento os comprometería a no atacar ninguna tierra que se halle bajo la protección de los Hastur, y a cambio de eso formaríais parte de la paz que reinará bajo la Alianza. -Usó la palabra *comyn* de una manera nueva-. ¿Juraréis?

Se produjo un largo silencio, pero los Di Asturien estaban en desventaja, y lo sabían. No tenían más alternativa que jurar. Se sintieron agradecidos cuando habló Alaric, evitando que cualquiera de ellos dos tuvieran que ceder públicamente.

-Don Varzil, yo realizaré el juramento de pariente, aunque no me comprometeré con vuestra Alianza. ¿Bastará eso? Juraré que no declararé la guerra a mi pariente Carolin de Thendara sin dar medio año de advertencia. Pero -agregó, y Bard vio la expresión

resuelta de su rostro juvenil- este juramento sólo tendrá valor mientras mi pariente Carolin de Thendara me deje en posesión del trono de Asturias, ¡y el día en que ataque el trono, en ese mismo momento me retractaré del juramento y pasaré a considerarlo mi enemigo!

-Acepto tu juramento, primo -intervino Geremy-. Y juro que me ocuparé de que Carolin también lo honre. Pero ¿cómo lograrás someter a tu padre y a tu hermano al mismo juramento? Todavía no has alcanzado la mayoría de edad, y ellos son los poderes que respaldan tu trono.

-Por los dioses y por el honor de mi familia -dijo Alaric-; Bard, hermano mío ¿cumplirás mi juramento?

-Lo haré, hermano, cumpliendo exactamente la forma en que se ha establecido -declaró Bard. Empuñó su espada y agregó-: Que Zandru me arrebate la espada y se lleve mi corazón si demuestro ser un traidor a tu honor.

-Y también yo me atengo -intervino don Rafael, apretando los labios y empuñando su daga-, por el honor de los Di Asturien, que ningún hombre podrá poner en duda.

No, pensó Bard, mientras Geremy y Varzil se marchaban con interminables formalidades, no tenían alternativa, no con un niño tullido en el trono, en el lugar del guerrero joven y fuerte que habían esperado. Necesitaban tiempo, y este juramento era tan sólo una manera de ganarlo.

Su padre mantuvo la apariencia de tranquilidad hasta que los embajadores de Hastur se marcharon y Alaric, terriblemente pálido debido a la tensión del largo ceremonial, fue acompañado a sus habitaciones. Entonces don Rafael estalló:

-¡Hijo mío! Es mi hijo, y lo amo y lo honro, pero,

en nombre del infierno, Bard, ¿es capaz de reinar en épocas como ésta? ¡Por todos los dioses, ojalá tu madre hubiera sido mi legítima esposa!

-Padre -lo consoló Bard-, sólo sus piernas son inválidas; su cerebro y su inteligencia funcionan a la perfección. Yo soy un soldado, no un estadista... ¡Alaric será un rey mejor que yo!

-Pero todos te siguen a ti, te llaman Lobo y comandante. ¿Alguna vez mirarán de este modo a mi pobre inválido?

-Si yo respaldo el trono -dijo Bard-, lo harán.

-¡Alaric tiene una bendición, entonces, en su hermano! Es cierto el viejo proverbio: «Desnuda está la espalda de quien no tiene hermanos.» Pero tú eres un solo hombre, y has hecho un juramento a los Hastur, lo que también te invalida. Si tuviéramos tiempo, o si nuestro Alaric hubiese sido fuerte y capaz...

-Si la reina Lorimel hubiera llevado pantalones en vez de faldas, habría sido rey y Thendara jamás habría caído -replicó Bard con aspereza-. No tiene sentido hablar de «si tal cosa», ni de «ojalá», ni de todas esas tonterías. ¡Debemos cortar la chaqueta con la tela que tenemos! Los dioses saben que amo a mi hermano, y que podría haber llorado como el bebé de Geremy al verlo allí ante nosotros, encorvado y retorcido, pero lo hecho, hecho está, el mundo marchará como se le antoje. Sólo soy un hermano.

-Los Hastur tienen suerte de que no hayas tenido un mellizo -comentó don Rafael, con una risa desesperada-, pues con dos como tú, hijo querido, yo podría conquistar los Cien Reinos.

En ese momento se interrumpió. Su carcajada se quebró y miró a Bard con tal intensidad que el otro se preguntó si el golpe producido por la enfermedad de Alaric no habría trastornado al anciano.

-Dos como tú -repitió-, con dos como tú,

Lobo, yo podría conquistar todas las tierras, desde Dalereuth hasta los Hellers. Bard, imagínate si hubiera dos como tú -insistió en un susurro-, como si yo hubiera tenido otro hijo exactamente igual a ti, con tu talento para la guerra, tu genio para la estrategia y tu feroz lealtad... ¡Dos como tú! Y sé cómo encontrar otro. No otro como Bard, sino otro Bard.

Bard miró a su padre, horrorizado.

Que todos los dioses quieran que Alarte sea lo bastante maduro como par a gobernar, pensó, pues nuestro padre ha enloquecido de repente.

Pero don Rafael no parecía estar loco; su voz y su actitud eran tan normales que a Bard se le ocurrió una explicación más racional

-No has confiado en mí, señor, ¿pero quieres decirme que tienes otro hijo bastardo, lo bastante parecido a mí como para suplantarme cuando sea necesario?

Don Rafael meneó la cabeza.

-No. Y sé que mis palabras suenan como el delirio de un demente, querido hijo, así que no es necesario que te molestes en seguirme la corriente; no te preocupes, no empezaré a delirar como una embarazada en medio del Viento Fantasma, ni tampoco me lanzaré a cazar mariposas en la nieve. Pero lo que voy a sugerirte ahora es muy extraño y... -echó un vistazo a la vacía sala del trono-, en cualquier caso no podemos hablar aquí.

En las habitaciones privadas de su padre, Bard esperó a que don Rafael despidiera a los criados y sirviera vino para ambos.

-No demasiado vino -advirtió secamente-. No

quiero que creas que estoy borracho, así como pensaste que me había vuelto loco. Dije, Bard, que con dos como tú, con dos generales con tus conocimientos de la guerra y de la estrategia... y esos talentos deben haber nacido contigo, ya que los que te criaron no parecían tenerlos, y sin duda tampoco se deben a mis enseñanzas... con dos como tú, Bard, yo podría conquistar todo este reino. Si los Cien Reinos deben estar reunidos en uno solo, y admito que me parece una buena idea, porque no tiene sentido que estas tierras estén arrasadas por las luchas en primavera y en otoño... ¿por qué deberían gobernarlas los Hastur? En estas montañas hubo hombres Di Asturien mucho antes de que el señor de Carthon entregara su hija a los Hastur. En nuestro linaje también hay *laran,* pero es el *laran* de los humanos, no del pueblo *chieri;* los Hastur son *chieri, o* de linaje *chieri,* como comprobarás si te molestas en contarles los dedos. Aún hoy, muchos de ellos nacen *emmasca,* ni hombre ni mujer; Félix de Thendara nació de ese modo, hace unos pocos cientos de años, de modo que esa dinastía se extinguió.

-No hay nadie de estas montañas que no tenga un poco de sangre *chieri,* padre.

-Pero sólo los Hastur procuran conservar esa sangre en su linaje, por medio del programa genético -explicó don Rafael-, y así muchas antiguas familias, los Hastur, los Aillard, los Ardáis, y hasta los Aldaran y los Serráis, llevan en la sangre cosas tan extrañas que los verdaderos hombres desconfían de ellos. Puede nacer un niño capaz de matar con el pensamiento o ver en el futuro como si el tiempo fluyera en ambos sentidos, o hacer que el fuego se encienda o que los ríos desborden. Hay dos clases de *laran:* la clase que tienen y pueden usar todos los hombres, con la ayuda de una piedra estelar, y el tipo maligno que poseen los del linaje de Hastur. Nuestro linaje no está completamente libre de él, y

cuando tuviste ese hijo pelirrojo con la *leronis de* tu madre, volviste a introducir el *laran* del linaje de Hastur en nuestra familia. Pero lo hecho, hecho está, y Erlend puede llegar a sernos útil algún día. ¿Has vuelto a embarazar a la muchacha? ¿Por qué no? -En realidad no esperó la respuesta de Bard, sino que prosiguió-: Sin embargo, estoy seguro de que adviertes por qué no quiero ser gobernado por los Hastur: están completamente colmados de sangre *chieri,* ya que sus características no han sido diluidas por la raza humana normal, sino que se han fijado en su linaje mediante el programa genético. ¡Yo creo que deberían gobernar los humanos, no un pueblo de hechiceros!

-Pero ¿por qué me cuentas todo esto ahora? ¿O estás diciéndome que cuando Erlend sea suficientemente mayor estará tan próximo a su verdadera familia que podrá reclamar la sucesión?

Bard habló sarcásticamente, y su padre no se molestó en contestarle.

-Lo que ignoras es que estudié el arte del *laran* cuando era joven. Como sabes, no me educaron para ser rey, pues Ardrin era el primogénito, pero tampoco recibí la fortaleza de los Di Asturien, ya que había otros tres hermanos entre nosotros, y yo tuve tiempo para el ocio y el estudio. Fui

laranzu, y viví algún tiempo en la torre de Dalereuth, donde aprendí un poco de ese arte.

Bard sabía que su padre llevaba una piedra estelar, pero eso no era nada extraño, y no todos los que llevaban una piedra estelar conocían el arte del *laran.* Lo que no sabía es que su padre había vivido en una torre.

-Hay una ley para el uso de una piedra estelar -continuó don Rafael-. No sé quién la formuló, ni por qué debe ser así, pero existe, y esa ley postula que todo lo que vemos, salvo las piedras estelares, tiene uno, y sólo un duplicado exacto. Nada es único, salvo

una piedra estelar, que no tiene ningún duplicado. Sin embargo, todo lo demás... todo, cada conejo astado de los bosques, cada árbol y flor, cada roca de los campos, tiene un duplicado exacto, y también cada ser humano tiene en alguna parte un doble exacto, más semejante a él que su propio gemelo. Y eso me dice que en alguna parte, Bard, tienes un doble exacto. Puede vivir en las Ciudades Secas, o en las tierras desconocidas que se extienden más allá del Muro Alrededor del Mundo, puede ser el hijo de un campesino, o encontrarse más allá del intransitable abismo del mar de Dalereuth, el que conduce al mar Desconocido. Y sería más parecido a ti que tu propio gemelo, aun cuando viviera mucho más allá de los Cien Reinos. Espero que no sea así, espero que viva en Kilghard Hills, de otro modo resultaría difícil enseñarle nuestro idioma y las costumbres de nuestro pueblo. Pero en cualquier caso, tendrá *laran* aun cuando nunca le hayan enseñado a utilizarlo; y también tendrá tu genio militar, aunque tal vez no sepa cómo servirse de él; y se parecerá tanto a ti que tu propia madre, si estuviera viva, no podría diferenciaros a simple vista. ¿Ahora ves, querido hijo, por qué sería bueno tenerlo?

Bard frunció el ceño.

-Empiezo a comprender...

-Y otra cosa. Tu doble no estaría comprometido con ningún juramento a Hastur, ni ligado a él. ¿Me sigues?

Bard comprendió. Sin duda que comprendió.

-¿Pero dónde encontraremos a ese duplicado mío?

-Te dije que estudié el artedel *laran* -dijo don Rafael-, y sé dónde hay una pantalla, es decir, un equipo de piedras estelares de transmisión construido con el propósito de reunir estos duplicados. Cuando yo era joven, podíamos, a pesar de que era difícil, traer

a otros hombres y mujeres, otros *leroni,* desde un equipo de piedras estelares a otro. Si tenemos un par de duplicados en la pantalla, conseguiremos traer a tu doble desde el lugar donde esté viviendo, sea cual fuere.

-Pero cuando lo tengamos, ¿cómo podremos saber si está dispuesto a ayudarnos? -objetó Bard.

-No puede evitar ser lo que es -respondió don Rafael-. Si ya fuera un gran general, sabríamos algo de él. Desde luego, puede ser uno de mis propios hijos bastardos, o alguno de los de Ardrin, que viva en la pobreza y sin tener ningún conocimiento de la guerra. Pero en cuanto le demos la oportunidad de conseguir poder y grandeza... por no hablar de ejercitar el genio militar que, al ser tu doble, sin duda poseerá, aunque sólo sea potencialmente..., entonces se sentirá agradecido y sin duda estará

dispuesto a convertirse en nuestro aliado. Porque, Bard, si es tu doble, también será ambicioso.

Tres días más tarde, Alaric-Rafael, heredero de Asturias, fue solemnemente coronado bajo la regencia de su padre. Bard repitió en público el juramento que ya había formulado a Alaric, y su hermano le obsequió con una bella espada hereditaria. Bard sabía que era la misma que su padre había conservado durante muchos años, esperando que su hijo legítimo la blandiera en batalla alguna vez. Pero saltaba a la vista que el rey Alaric, fuera la clase de gobernante que fuera, nunca se convertiría en un gran guerrero; de modo que Bard aceptó la espada de manos de su hermano, y con ella el mando de todos los ejércitos de Asturias y de sus reinos subordinados.

Por el momento, sólo soy general de Asturias y Marenji, nada más. Pero esto sólo es el principio.

Llegará el día en que seré general de los Cien Reinos, y todos conocerán y temerán al Lobo de Asturias.

Y como general de Marenji, pensó, estaba legalmente autorizado a ir a ese país para ocuparse de aquellas condenadas mujeres de la isla del Silencio.

¡Podría declarar que son un grupo traidor, y advertirles que deben abandonar la isla!

Pero estaba seguro de que en ese momento la gente de Marenji consideraría que era una blasfemia. Le pidió a Alaric que sancionara una proclama diciendo que la gente de Marenji estaba ocultando a la futura esposa de Bard di Asturien, y que cualquier persona que ocultara el paradero de Carlina di Asturien sería considerada traidora y se la sometería a las penalidades más extremas de la ley.

Alaric divulgó la proclama, pero en privado expresó su pesar a Bard.

-¿Por qué quieres tener a una mujer que no te ama? Creo que deberías casarte con Melisendra. Es muy hermosa y es la madre de tu hijo, y Erlend debería ser legitimado. Es un hermoso muchacho dotado de *laran.* Cásate con ella y celebraremos una gran boda.

Bard respondió con firmeza que su hermano y señor no debería hablar de cosas que no comprendería hasta que fuera mayor.

-Bien, si tuviera diez años más, yo mismo me casaría con Melisendra -le dijo Alaric-. Me gusta. Es buena conmigo, nunca me hace sentir como un inválido.

-Mejor que no lo haga -gruñó Bard-. ¡Si se atreviera a mostrarse desagradable contigo, yo le rompería el cuello! ¡Bien lo sabe ella!

-Bien, soy un inválido, y debo aprender a vivir con esa pena -dijo Alaric-. Lady Hastur, la *leronis* que me cuidó en Neskaya y me ayudó a volver a hablar, me enseñó que no tenía importancia que tuviera un cuerpo inválido. Geremy también es inválido, y sin embargo me parece un buen hombre, fuerte y honora-

ble. Me resultará muy difícil aprender a pensar en los Hastur como enemigos -agregó con un suspiro-. Me cuesta comprender la política, Bard. Me gustaría que reinara la paz entre todas las personas, y que pudiéramos ser amigos de lord Varzil, que ha sido como un padre adoptivo para mí. Pero

estoy acostumbrado a que me traten como a un inválido, porque en efecto lo soy, y necesito ayuda para vestirme, y para caminar. Pero cuando alguien como Melisendra me ayuda no me importa demasiado, porque me hace sentir, incluso cuando me está ayudando a ponerme el aparato en la pierna, que no soy peor que cualquier otro.

-Tú eres el rey -dijo Bard, pero Alaric exhaló un suspiro de resignación.

-No sabes en absoluto de qué estoy hablando, ¿verdad, Bard? Eres fuerte, nunca has estado enfermo... ¿cómo podrías saberlo? ¿Comprendes lo que es sufrir auténtico miedo, Bard? La primera vez que caí enfermo y ni siquiera podía respirar... Geremy y tres de las mujeres curadoras de Ardrin se sentaron toda la noche conmigo, con sus piedras estelares. Permanecieron allí siete noches, sólo para ayudarme a respirar cuando no podía hacerlo.

En contra de su voluntad, Bard pensó en el terror que lo había invadido en la costa del lago del Silencio, cuando los pavorosos rostros de la niebla se le habían apiñado alrededor, convirtiéndole las entrañas en agua. Pero ni siquiera a su hermano le confesaría eso.

-Tuve miedo la primera vez que fui al combate -dijo.

No le importaba mucho decir eso.

Alaric exhaló un suspiro de envidia.

-¡Tenías la misma edad que yo tengo ahora, y te designaron el portaestandarte del rey Ardrin! Pero es diferente, Bard; tú tenías una espada, podías hacer algo para combatir tu miedo, y yo... yo sólo podía estar ahí

tendido, preguntándome si moriría, sin tener manera de evitarlo. En cualquier caso estaba impotente. Después de eso... siempre sabes que puede volver a ocurrir, que puedes morir o ser destruido. Ahora soy consciente de que por valiente que sea, siempre habrá algo que no podré combatir. Y con alguna gente, me siento siempre ese pobre cobarde, enfermo y paralítico. Y otros, como Varzil y Melisendra, me recuerdan que no tengo que ser así, que la vida no es tan terrible. ¿Entiendes lo que digo, Bard? ¿Un poco, al menos?

Bard miró al muchacho y suspiró, sabiendo que su hermano le rogaba comprensión; pero él ignoraba cómo ofrecérsela. Había visto soldados así, heridos de muerte, y cuando después de todo sobrevivían, les había ocurrido algo que Bard no podía entender. Eso mismo le había sucedido a Alaric pero le había ocurrido antes de que tuviera edad suficiente como para enfrentarse a ello.

-Creo que pasas demasiado tiempo solo y eso te pone demasiado imaginativo -comentó-. Pero me alegra que Melisendra sea amable contigo.

Alaric suspiró y extendió una mano, blanca y pequeña, a Bard, quien la envolvió con su enorme manaza morena. Bard, pensó Alaric, no lo entendía en absoluto, pero lo amaba, y eso era igualmente agradable.

-Espero que puedas recuperar a tu esposa, Bard. Es una maldad que haya gente que la oculte de ti.

-Alaric, padre y yo debemos alejarnos de la corte durante algunos días. Padre, yo y algunos de sus *leroni.* Don Jerral estará aquí para aconsejarte si lo necesitas.

-¿Dónde vais?

-Padre conoce a alguien que sería una gran ayuda para comandar los ejércitos, y vamos a buscarlo.

-¿Y por qué no le ordenáis simplemente que

venga a la corte? El regente puede exigirle a cualquiera que se presente.

-No sabemos dónde vive. Debemos encontrarlo por medio del *laran.*

Le pareció que ésa era una explicación suficiente.

-Bien, en ese caso debéis hacerlo. Pero por favor, ¿puede quedarse conmigo Melisendra? -preguntó.

Bard, aunque sabía que Melisendra era una de las *leroni* más hábiles, decidió no contradecir a su hermano.

-Si quieres a Melisendra, por supuesto ella se quedará contigo.

Se había preparado para tener una discusión con su padre, pero para su sorpresa don Rafael asintió.

-De todas maneras no pensaba llevar a Melisendra; es la madre de tu hijo.

Bard se preguntó qué importaba eso, pero no se molestó en preguntarlo en voz alta. Para él bastaba con el hecho de que su hermano deseara la compañía de Melisendra.

Salieron del castillo por la noche y cabalgaron hacia el antiguo hogar de Bard. Tres *leroni,* dos mujeres y un hombre, los acompañaban, y don Rafael los condujo a una habitación que Bard nunca había visto, en lo alto de una vieja torre, a la que se llegaba por medio de una escalera rota.

-No he usado estas cosas desde hace décadas -comentó su padre-, pero el arte del *laran,* una vez aprendido, no se olvida jamás.

-¿Sabéis qué es esto? -preguntó a los hechiceros.

El hombre miró la máquina y luego a sus dos compañeras. Por fin contempló a don Rafael, asustado.

-Lo sé, mi señor -respondió-. Pero pensé que estaba prohibido usar estas cosas sin la seguridad de una torre.

-¡En Asturias, la única ley es la mía! ¿Sabes tú usarla?

El *laranzu* volvió a mirar con inquietud a las mujeres.

-¿Un duplicado según la Ley de Cherllys? Supongo que sí. ¿Pero de qué o de quién?

-De mi hijo aquí presente; del comandante de los ejércitos del rey Alaric.

Una de las mujeres miró a Bard, y éste captó su irónico pensamiento:

¿ Otro Lobo de Kilghard? ¡Pensé que con uno solo era, más que suficiente!

Bard supuso que sería amiga de Melisendra. Pero todos se encogieron de hombros y volvieron a amurallarse.

-Sí, señor, si ése es tu deseo.

Bard percibió su sorpresa, su disgusto, su perplejidad, pero ninguno de ellos protestó de manera audible y se entregaron a sus preparativos. Sellaron la habitación para que no entraran presencias extrañas y para que otros *leroni* no pudieran espiarlos desde cualquier otro lado.

Cuando todo estuvo preparado, don Rafael hizo una seña a Bard para que ocupara su lugar ante la pantalla, indicándole que permaneciera en silencio e inmóvil.

Él obedeció y se arrodilló sin pronunciar ni una palabra. Estaba situado en un lugar desde el cual no veía a su padre ni a ninguno de los tres telépatas, pero podía sentirlos cerca de él. Bard no creía tener mucho *laran, y* lo poco que tenía no estaba regulado por el entrenamiento. Siempre había despreciado bastante el arte de la hechicería al considerarlo un arte de mujeres; se sintió ligeramente atemorizado cuando la red casi tangible de los pensamientos de los demás se tensó en torno a él. Percibió que ellos estaban introduciendo sus

pensamientos en su interior, profundamente, dentro de su cerebro y de su cuerpo, buscando el diseño mismo de su ser; a él le pareció que lo que perseguían era su propia alma, para atarla y aprisionarla en aquella reluciente pantalla.

No podía mover ni un dedo. Sintió un momento de pánico paralizante... No. Era un efecto perfectamente vulgar de la hechicería del *laran, y* no había nada que temer: su padre no permitiría que le ocurriera nada malo.

Permaneció inmóvil, observando su reflejo en la brillante superficie. De alguna manera supo que no sólo era su sombra lo que se reflejaba en el cristal, sino que él mismo estaba ahí, en esa pantalla de muchas capas, reforzada en todos los niveles con piedras estelares que resonaban con las de los *leroni* allí presentes. Sintió la compleja red de los pensamientos combinados extendiéndose a través de vastos abismos de espacio vacío, agrandándose, busóando, buscando a alguien que coincidiera con esa pauta, que coincidiera exactamente. Algo se acercó, estuvo a punto de ser apresado... casi... no. No era un duplicado, sino algo semejante, algo que se parecía en un noventa por ciento, pero no el duplicado exacto, el único que podía ser aprisionado dentro de la pantalla. Sintió que el otro se alejaba, desaparecía, y la búsqueda proseguía.

(Muy lejos, en Kilghard Hills, un hombre llamado Gwynn, un proscrito sin padre -aunque su madre le había dicho que había sido engendrado durante el saqueo de Scathfell por Ansel, hijo de Ardrin primero de Asturias, treinta años atrás- se despertó de una pesadilla en la que unos rostros giraban a su alrededor, rodeándolo, acechándolo como los halcones a su presa, y uno de sus rostros era tan parecido a él que podría haber sido su gemelo.)

Una vez más la red atravesó abismos ahora más ex-

tensos, la noche sin estrellas, un tremendo vacío más allá del espacio y del tiempo, con arremolinados y vórtices de pesadilla de una nada terrible. Una vez más se formó una sombra detrás de Bard, sobre la pantalla, una sombra que vaciló, se encendió, se debatió como un durmiente que quiere despertarse de una pesadilla. En alguna parte, una chispa se encendió en el cerebro de Bard: ¿yo mismo o el otro? No lo sabía, no podía discernirlo. Se debatió para liberarse, pero ellos lo aprisionaron dentro de su red, desplazándose de un punto a otro del diseño cautivo en la pantalla, investigando para asegurarse de que cada átomo, cada detalle fuera congruente, idéntico...

¡Ahora!

Bard lo vio mentalmente antes de que sus ojos percibieran el fulgor de los relámpagos dentro de la habitación, un golpe ardiente cuando el otro fue soltado y liberado de la sombra de su mente, mientras la pauta se rompía y duplicaba hasta separarse. El terror llameó en él; sería el terror de sí mismo, o el terror del otro, inimaginablemente traído a través de los grandes abismos del espacio. Lo asaltó la imagen de un gran sol amarillo, de mundos vertiginosos, estrellas que ardían a través del oscuro vacío, galaxias que giraban, consternadas. El rayo cayó sobre su cerebro y él se desvaneció.

Despertó, consciente ahora de un terrible dolor de cabeza, agitación, confusión. Don Rafael estaba junto a él, tomándole el pulso. Después lo dejó y fue más adelante. Bard, mareado y atontado por el rayo, siguió la dirección de la mirada de su padre; y los *leroni,* que también observaban desde atrás de él, también parecían deslumbrados. Captó un jirón de pensamiento de uno de ellos:

No puedo creerlo. Yo lo hice, yo fui parte de esto, pero aun así no puedo creerlo.

Sobre el suelo, en el extremo opuesto de la gran pantalla, yacía el cuerpo desnudo de un hombre. Y Bard, aunque estaba intelectualmente preparado para esto, experimentó una oleada de terror que le inundó las entrañas.

El hombre tendido en el suelo era él mismo.

No alguien que se le pareciera mucho. No una semejanza accidental ni un estrecho parecido familiar. *Él mismo.*

Tenía espalda ancha y, en medio de los hombros, una oscura marca de nacimiento que Bard sólo había visto antes en el espejo. Los músculos poderosos en el brazo de la espada, el mismo mechón de pelo rojizo en el pubis, el mismo dedo encorvado en el pie izquierdo.

Después empezó a advertir algunas diferencias. Llevaba el cabello un poco más corto, aunque en la coronilla aparecía el mismo remolino indómito. No tenía cicatrices en la rodilla: su doble no había estado en la batalla de Raven's Glen y nadie le había propinado el mandoble de espada que el mismo Bard había sufrido. El otro no tenía el grueso callo que mostraba Bard en el interior del codo, donde se ataba la cinta del escudo. Y de alguna manera, estas pequeñas diferencias empeoraban las cosas. El hombre no era simplemente un duplicado mágico creado por el *laran* de la pantalla; era un ser humano real, que venía de otro lado, y que no obstante era precisa y exactamente Bard di Asturien.

No le gustaba, y menos aún le gustaban la confusión y el miedo que el otro estaba experimentando. Incluso Bard, que no poseía demasiado *laran,* podía percibir aquellas emociones de alguna manera.

No pudo impedirlo. Se incorporó y cruzó la habitación hasta el hombre que yacía desnudo. Se arrodilló a su lado y le puso un brazo bajo la cabeza.

-¿Cómo te encuentras?

Sólo después de hablar se detuvo a considerar si el extraño podría comprender su idioma. Eso sería tener demasiada buena suerte, aunque consideraba probable que algún pariente suyo de Kilghard Hills hubiera engendrado este duplicado. ¿Acaso dos hombres podían ser tan iguales sin pertenecer a la misma familia? La piel del desconocido parecía más oscura, como si hubiera sido tostada por un sol más intenso... pero todavía

persistía en la mente de Bard la imagen de galaxias que giraban, un mundo con una única y fría luna blanca. ¡Y lo más aterrador era que de alguna manera todas esas imágenes parecían pertenecer a la mente de Bard!

El extraño habló. No lo hizo en la misma lengua de Bard, y éste supo de algún modo que nadie de los que estaban en la habitación lo entendía. Pero Bard comprendió qué había dicho, como si ambos estuvieran unidos por el más intenso vínculo del *laran.*

-Me siento como el infierno. ¿Cómo esperabas que me sintiera? ¿Qué ha pasado? ¿Un tornado? ¡Diablos... tú eres yo! ¡Y eso no es posible! ¿Por casualidad no serás el demonio?

Bard meneó la cabeza.

-No soy en absoluto ningún diablo -dijo.

-¿Quién eres tú? ¿Qué es esto? ¿Qué ha pasado?

-Más tarde lo averiguarás -dijo Bard, y después, al ver que el hombre pretendía incorporarse, lo mantuvo inmóvil-. No, no trates de moverte todavía. ¿Cómo te llamas?

-Paul -respondió el hombre débilmente-, Paul Harrel.

Luego cayó hacia atrás, inconsciente. Bard actuó espontáneamente en su ayuda, para sostenerlo, alzarlo. Gritó pidiendo ayuda. El *laranzu* se acercó a examinar al hombre inconsciente.

-Estará bien, pero la energía que gastó durante ese viaje fue inmensa -explicó.

-Llama al viejo Gwynn para que te ayude a cargarlo; a él le confiaría mi vida y más aún -intervino don Rafael.

Bard y el anciano *coridom* llevaron al extraño hasta la antigua habitación de Bard, lo acostaron y cerraron la puerta con llave, aunque eso no era necesario: el *laranzu* le había asegurado que no se despertaría durante un día y una noche, o tal vez más.

Regresó para encontrar que don Rafael había conducido a los *leroni* a una habitación contigua, donde el anciano *coridom* ya había servido una cena caliente, con gran cantidad de vino.

Bard, desesperadamente curioso con respecto al extranjero, trató de establecer contacto con su padre, pero por alguna extraña razón don Rafael estaba completamente amurallado y distante.

¿Por qué su padre habría cerrado de ese modo su mente?

-Hay comida y bebida para vosotros, amigos míos. He sido *laranzu,* y conozco el hambre y la sed terribles que este trabajo produce. Venid a comer y beber, y luego descansad. Después os haré preparar habitaciones donde dormir, para que reposéis tanto como queráis.

Los tres *leroni* se acercaron rápidamente a la mesa y empezaron a alzar las copas colmadas de vino. Bard también sentía sed: empezó a levantar una copa, pero su padre le detuvo el brazo con resolución para impedirle que bebiera. En ese momento, una de las mujeres profirió un alarido desgarrador y cayó al suelo sin vida. El *laranzu,* consternado, escupió el vino que tenía en la boca, pero ya era demasiado tarde.

Envenenado, pensó Bard con un escalofrío de temor, pensando que había estado a punto de beber de ese mismo vino.

La otra *leronis* alzó los ojos en mudo ruego y Bard

percibió su terror, el pavor ante una muerte segura; casi no había tragado el vino y Bard la vio mirar a su alrededor, buscando, contra toda esperanza, alguna vía de escape.

Bard vaciló, pues la mujer era joven y bastante atractiva.

Al percibir la confusión del hombre, ella se acercó y se arrojó a sus pies.

-¡Oh, no! Oh, mi señor, no me mates, juro que nunca diré una palabra...

-Bebe -le ordenó don Rafael, con el rostro pétreo e impasible-. Bard, oblígala a beber.

La confusión de Bard desapareció. Su padre tenía razón: no podían permitir que los *leroni* siguieran con vida y pudieran contar su noche de trabajo. Podían confiar sus vidas al viejo Gwynn, pero una *leronis,* a quien otra podría leerle el pensamiento con la ayuda de una piedra estelar... No, no era posible. Era esencial para el plan que nadie supiera que Bard tenía un doble. La mujer seguía abrazada a sus rodillas y hablaba aterrorizada. De mala gana, Bard se agachó para cumplir con su trabajo, pero antes de que pudiera tocarla la mujer lo esquivó, se puso en pie de un salto y echó a correr.

Él suspiró, previendo una desagradable persecución, al final de la cual tendría que matarla, pero la mujer corrió alrededor de la mesa, tomó una copa y bebió rápidamente. Antes del tercer sorbo tosió de manera extraña y cayó sin vida sobre la mesa, volcando una panera, que cayó al suelo con ruido metálico.

¡Por esto mi padre no quiso traer a Melisendra!

Don Rafael vertió el resto del vino envenenado sobre el suelo de piedra.

-Hay una botella buena aquí. Sabía que la necesitaríamos, Bard. Come, la comida no está envenenada y tenemos un trabajo que hacer. Incluso con la ayuda del viejo Gwynn, nos llevará toda la noche enterrarlos a los tres.

LIBRO TERCERO
EL GEMELO OSCURO

Si él es yo, ¿ quién demonios soy yo?

Paul Harrel no estaba seguro de que esa idea que aparecía con tanta intensidad en su mente fuera suya o del hombre que se encontraba ante él. Estaba inmensamente confundido. Al mismo tiempo, dos emociones luchaban en él: *Este hombre puede comprenderme,* y *lo odio, ¿cómo es que se atreve a. ser yo hasta tal punto?*

No era su primera experiencia contradictoria, pero era la vez que más lo perturbaba conscientemente.

El hombre que se había presentado como Lobo, repitió otra vez el nombre de él.

-Paul Harrel. No, no es uno de nuestros nombres, aunque los Harryl se cuentan entre los más leales hombres de mi padre. Hubiera sido demasiado pedir que fueras uno de ellos.

Paul volvió a palparse la cabeza y descubrió, para su sorpresa, que todavía estaba entera. Entonces pensó una manera perfecta de comprobar si esto, después de todo, no era una pesadilla extraña de la caja de estasis.

-¿Dónde está el fzgre?

Supo que el otro lo había comprendido a pesar del argot (¿cómo demonios hacía ese truco de leerle el pensamiento?), ya que le respondió:

-Al otro lado del pasillo.

Paul se levantó, desnudo, y cruzó la puerta que le había indicado. Ningún cerrojo. No estaba prisionero, fuera lo que fuese que desearan de él, y eso ya era un avance.

El pasillo era de piedra, y lo recorría una ráfaga helada que le congeló los pies.

El baño estaba razonablemente bien equipado. Los artefactos tenían un aspecto bastante extraño, y desde luego no pudo discernir de qué material estaban hechos, aunque sin duda no eran de porcelana, pero era sencillo imaginarse la fontanería: Paul suponía que entre los humanos sólo había un número limitado de diseños. Había agua caliente... en realidad, había una enorme tina a nivel del suelo, llena de humeante agua caliente, que parecía formar parte de una lujosa casa de baños japonesa, y a juzgar por el leve aroma medicinal, Paul supuso que el agua debía provenir de algún manantial volcánico.

Tras aliviarse, Paul pensó que ésa era su última comprobación de la realidad. Tomó una manta o cobertor de piel que había sobre un banco y se envolvió con él.

Al regresar al cuarto, el otro lo observó así como estaba, envuelto en su improvisada capa.

-Ya pensé en eso. Hay una bata sobre la silla.

Parecía una anticuada bata de baño, pero más gruesa, ya que estaba forrada con alguna tela suave que parecía piel al tacto, y se cerraba bien en el cuello para evitar que entrara el frío. Era muy abrigada; en su propio mundo hubiera sido buena como abrigo para viajar por Siberia. Paul se sentó en la cama y recogió los pies desnudos para ponerlos bajo la bata.

-Esto servirá para empezar. Ahora bien, ¿dónde estoy y qué es este lugar? ¿Qué estoy haciendo aquí? Y, de paso, ¿quién eres tú?

Bard le repitió su nombre, y Paul lo probó, pronunciándolo.

-Bard di Asturien.

No sonaba tan exótico, después de todo. Estaba tratando de asimilar lo que Bard le había dicho acerca de los Cien Reinos. Se preguntó cuál sería el nombre del sol -si era una cultura preespacial, seguramente lo llamarían el Sol-, y él no conocía ningún mundo de la Confederación que tuviera un sol tan grande como éste, ni tan rojo. Los soles verdaderamente rojos y grandes no solían tener planetas habitables.

-¿Hay verdaderamente Cien Reinos?

Estaba pensando en una clase de Confederación en la que los reyes se reunían, como en el Congreso de la Confederación de Mundos, que se realizaba cada cuatro años. Sólo que no existían cien planetas habitados. ¡Una reunión de cien reyes debía de ser bastante portentosa, sobre todo si todos se llevaban como las embajadas de la Confederación! ¡Y eso que sólo había cuarenta y dos!

Bard tomó su pregunta con seriedad.

-Soy mejor para la estrategia que para la geografía -dijo-, y recientemente no he consultado a ningún cartógrafo; tal vez se hayan producido algunas nuevas alianzas. Además, los Hastur acaban de apoderarse de uno o dos tronos vacantes. Creo que tal vez haya solamente setenta y cinco u ochenta reinos. Pero los Cien Reinos es un buen número redondo, y suena bien más allá de sus fronteras.

-¿Y cómo conseguiste traerme hasta aquí? -preguntó Paul-. Lo último que me dijeron era que, incluso con hiperimpulso, viajar más allá de la colonia de Alfa implicaba una gran cantidad de tiempo, y advierto que ni el pelo ni las uñas me han crecido demasiado.

Bard hizo un gesto de disgusto.

-No tengo la menor idea de lo que estás hablando.

¿Acaso tiene una, brujería, más poderosa que la nuestra?

Paul captó perfectamente la idea no dicha.

-Supongo, entonces, que estamos fuera de la Confederación de Mundos.

-Sea eso lo que fuere, estamos fuera de ella -asintió Bard.

-¿Y la policía terrana no tiene jurisdicción aquí?

-Ella, o ellos, sin duda no tienen ningún poder. La única ley de este reino es la de mi padre, que actúa como regente de mi hermano Alaric. ¿Por

qué lo preguntas? ¿Eres un fugitivo de la justicia, o un criminal sentenciado a muerte?

-Pasé mucho tiempo como fugitivo -admitió Paul-. Me mandaron a rehabilitación dos veces antes de cumplir dieciocho años. En este momento se supone que debo estar bajo custodia...

Parecía absurdo hablar de la caja de estasis. Evidentemente, aquí no tenían nada parecido, y más valía no darles la idea.

-¿Tu país manda a prisión, entonces, en vez de condenar a muerte o al exilio?

Paul asintió.

-¿Y tú estabas... preso? Entonces, como te he liberado de la prisión, me debes algún servicio.

-Éste es un punto a discutir -objetó Paul-, y lo discutiremos más tarde. ¿Cómo me trajiste hasta aquí?

Pero la explicación -*piedras estelares, un círculo de hechiceros*- tuvo tan poco sentido para él como, según sospechaba, hubiera tenido para Lobo la caja de estasis.

Bien pensado, se trataba de algo tan improbable como cualquier cosa que pudiera sacarlo de la caja de estasis. Eso ya se había intentado varias veces, pero nunca se había conseguido, o si alguien lo había logrado, el gobierno no lo había difundido.

-¿Y qué pasó con la gente que me trajo hasta aquí?

Bard cobró una expresión sombría.

-Ya no están en condiciones de andar contándolo por ahí -respondió. Y Paul supo perfectamente de qué hablaba-. En tu propio idioma, están bajo tierra, salvo mi padre. Él se reunirá contigo más tarde; todavía está durmiendo. La noche de trabajo resultó... agotadora, para un hombre tan mayor.

Paul captó una imagen fragmentaria: tres tumbas, apresuradamente cavadas a la luz de la luna. De pronto se quedó helado. Éste no era un sitio para conformistas asustados. Bien, era la clase de lugar que había anhelado toda la vida. En este sitio, la gente jugaba según leyes que él podía comprender. Sabía que Lobo estaba dispuesto a asustarlo, y decidió que había llegado la hora de hacer saber a este orgulloso Lobo que él no se asustaba fácilmente.

¿ Quién le teme al lobo feroz? Yo no.

Traerlo aquí de este modo debía de ser algo ilegal, pues de lo contrario no hubieran matado a los testigos. Así las cosas, él ya tenía alguna ventaja sobre Bard y sobre su padre.

-Supongo que no me trajiste hasta aquí por puro amor al conocimiento -dijo-, pues si no estarías divulgándolo a los cuatro vientos desde las terrazas, en vez de ocultarme aquí y de asesinar a cualquiera que lo sepa.

Bard pareció desconcertarse.

-¿Puedes leerme el pensamiento?

-Sí, un poco.

No tanto como le gustaría que Bard creyera. Pero quería que Lobo estuviera un poco confundido. ¡Sabía que este hombre jugaba fuerte, iba por todas, y Paul necesitaba cualquier ventaja que se le ofreciera!

Pero Bard no se hubiera tomado tanto trabajo por

nada. Probablemente, Paul estaría seguro hasta que supiera qué era lo que Bard deseaba de él, y si no se trataba de encarnar al invitado de honor de una ejecución pública, no podía ser nada peor que la caja de estasis.

-¿Qué quieres de mí? Nunca gané una medalla por buena conducta... y tú tampoco -dijo, enunciando una suposición astuta.

Bard sonrió.

-Así es -convino-. Fui exiliado a los diecisiete años, y desde entonces he sido soldado mercenario. Este año regresé y ayudé a mi padre a reclamar el trono de Asturias para mi hermano.

-¿No para ti?

-Diablos, no. Tengo cosas más interesantes que hacer que sentarme con todos los canosos del reino para establecer leyes acerca de que el ganado debe mantenerse en las pasturas, y de la reparación de los caminos y de los refugios de viaje... ¡o discutir si las hermandades de la Espada debe compartir la vigilancia de incendios con los hombres!

Expresada de esa manera, Paul decidió que la tarea de reinar era un poco aburrida, después de todo.

-¿Eres el hermano menor y tu hermano mayor es el rey?

-No, al revés. Mi hermano menor es el hijo legítimo. Yo soy *nedestro...* más que un bastardo, pero no estoy en la línea de sucesión.

-Naciste en el lado equivocado del colchón, ¿verdad?

Bard pareció un poco perplejo, pero después soltó una risita, al captar la imagen.

-Podrías decirlo de ese modo. No tengo quejas de mi padre: me crió en su propia casa y me apoyó durante mi disputa con el viejo rey. Ahora mi hermano me ha puesto al mando de los ejércitos.

-Entonces, ¿para qué me quieres? -preguntó Paul-. ¿Y qué puedo sacar de ello?

-Como mínimo -respondió Bard-, la libertad. Si eres por dentro tan semejante a mí como lo eres por fuera, la libertad debe significar mucho para ti. ¿Además de eso? No lo sé. Mujeres, si las quieres; y una vez más, si tanto te pareces a mí, seguro que las quieres y que además las consigues. Riquezas, si no eres demasiado codicioso. Aventuras. Tal vez la posibilidad de ser regente de algún reino. En cualquier caso, una vida mejor que la que llevabas en prisión. ¿No te parece un buen comienzo?

Eso le parecía. Tendría que vigilar a Bard, pero al menos no lo habían traído aquí para ninguna complejidad del tipo del prisionero de Zenda, para pudrirse en una prisión mientras su doble podía estar afuera y hacer cosas.

En la mente de Bard captó imágenes que lo excitaron. ¡Éste, maldición, pondría ser un mundo donde valiera la pena vivir, no un mundo domesticado donde se confiaba en que todos habían sido sometidos a un nivel de blandura y conformismo, y donde se retorcía el cuello de cualquiera que sobresaliera del rebaño!

Muchos personajes importantes, generales, gobernantes, tenían dobles, pero por algún motivo le pareció que su tarea iría más allá. Probablemente podrían haber encontrado a alguien que se pareciera bastante a Bard, quizás algún pariente, sin tener que ir tan lejos. Las diferencias menores que pudieran existir entre ambos hombres se hubieran compensado por la conveniencia de tener a alguien que conociera el idioma y también las costumbres. Alguien como Paul, que ni siquiera sabía cómo vestirse en esta sociedad, y que hasta el momento había tenido que comunicarse leyendo el pensamiento de Bard -y por ahora, con una sola persona- debería constituir un gran inconveniente, de

modo que seguramente existía una buena razón, una razón de peso para haberlo buscado a él. Necesitaban un hombre que fuera como Bard, pero no solamente por fuera. Necesitaban a alguien que fuera también como Bard interiormente.

Éste podría ser un verdadero mundo, entonces. No meramente una existencia con límites estrechos, sino un verdadero mundo donde Paul podía convertirse en un verdadero hombre, entre hombres de verdad, ¡no entre androides sin sangre y clérigos!

Bard se incorporó.

-¿Tienes hambre? Pediré que te traigan algo de comer. Por lo que dice mi padre, si es algo que me gusta a mí, a ti también te gustará. También te enviaré alguna ropa. Eres más o menos de mi medida... -entonces recordó y soltó una risita sin alegría-. No, maldición, eres de mi medida. No podemos hacer nada mientras no te crezca el cabello, nadie puede verme sin la trenza de guerrero. Esto nos dará un poco de tiempo para enseñarte los rudimentos de la vida civilizada de aquí. Supongo que conoces los rudimentos de la esgrima... ¿No? ¡Entonces debes venir de un lugar más extraño de lo que alcanzo a imaginar! No soy duelista, de modo que no tienes que familiarizarte con la parte más fantasiosa de la esgrima, pero debes saber algo de autodefensa. También tendrás que aprender el idioma. No siempre estaré cerca, y además es una molestia tener que leernos el pensamiento constantemente. Te veré más tarde.

Sin ninguna ceremonia, se levantó y salió. Dejó a Paul pellizcándose la mano y preguntándose, una vez más, si todo esto no sería simplemente un sueño extraño producido dentro de la caja de estasis.

Bien, en ese caso, también sería mejor que lo disfrutara.

Pero apenas diez días más tarde ya estaban en marcha hacia el castillo Asturias. Don Rafael no había querido dejar el gobierno más tiempo en manos del inexperto Alaric. Y así, el plan de esperar hasta que Paul pudiera suplantar a Bard tuvo que ser abandonado. En cambio, decidieron que se los viera juntos, y que la gente advirtiera la *leve* semejanza que existía entre ellos; así, más tarde, cuando Paul verdaderamente suplantara a Bard, nadie creería que aquel pariente que se le parecía un poco pudiera sustituirlo. Al padre de Bard no le gustaba que pudiera circular la idea de que había alguien, cuidadosamente oculto, que se parecía tanto a Bard como para poder suplantarlo. Bard recordó a su padre que la gente solía ver lo que se esperaba que vieran, y si Bard aparecía a menudo acompañado de un (supuesto) pariente que se le parecía un poco, pero no demasiado, la gente chismosa que se ocupaba de los asuntos de los demás señalaría rápidamente que la semejanza no era tan acusada después de todo.

Así, por el momento, el corto pelo de Paul, más desteñido que el de Bard por los rayos de otro sol, fue oscurecido con una tintura que lo volvió más rojizo, y le pidieron que se dejara crecer un pequeño bigote. Les pareció que las diferencias de modales y posturas

harían el resto. Por el momento, se diría que era un nieto *nedestro* de uno de los hermanos de Ardrin y don Rafael, que había muerto antes de que Ardrin llegara al trono. Así Paul se convirtió en el primo de Bard, descubierto por este último durante sus años de exilio.

Se difundiría que había estado viviendo al norte del Kadarin, cerca del país de los rastreadores. Esa región era tan remota que no había la menor posibilidad de que alguien que hablara ese idioma, o que observara esas raras costumbres, pudiera llegar a la corte; y todos los errores que Paul pudiera cometer se atribuirían a su crianza rústica y poco civilizada.

También convenía que Paul pudiera estar abiertamente en la corte durante una temporada, para que aprendiera por sí mismo los modales y se pusiera al corriente de la situación política.

Bard sintió alivio al ver que Paul montaba bien, aunque no tan bien como él mismo. La lectura de pensamiento había ayudado. Paul ya hablaba un poco de *casta,* y su extraño acento podía justificarse gracias a su supuesta crianza rural en los Hellers. La primera tarea que los esperaba, pensó Bard, sería librarlo de los últimos vestigios de ese acento.

El audaz plan que habían concebido era el siguiente: dividir el ejército que pudieran reunir, y enviar a los soldados a dos campañas diferentes: una al oeste, contra Serráis; y la otra a enfrentar al ejército de Carolin en el este. Ambos ejércitos creerían estar liderados por el mismo Bard. Al final, unificarían todo el reino y posteriormente los Cien Reinos, bajo el dominio de Alaric de Asturias. Entonces, con los Hastur sometidos, podrían unir los dominios y reinaría la paz sin el tiránico dominio del infame pacto de Varzil.

¡Paz, sin la presión de pequeñas guerras fratricidas que entraran en ebullición en toda época, desde el des-

hielo de primavera hasta la cosecha; sin que un nuevo reino surgiera cada vez que algún grupito de hombres estuviera descontento de su señor y resolviera formar un nuevo reino sin él!

Y entonces, pensó Bard, podría producirse una nueva edad dorada como no se había conocido desde que el señor de Carthon hizo aquel pacto con el pueblo del bosque.

Sin embargo, el genio militar de Bard di Asturien era esencial para su plan, así como el carisma peculiar del Lobo de Kilghard.

Paul, que cabalgaba al paso detras de Bard y de don Rafael -como lo exigía su supuesto carácter de pariente pobre-, alcanzó a captar algunos de sus pensamientos.

Entonces, ¿debo ser el perro de este Lobo? ¡Ya lo veremos!

Paul pensó en la teoría que lo había traído hasta allí, la que afirmaba que él y Bard eran, en esencia, el mismo hombre. Él se sentía inclinado a creerla. Siempre había sabido que era más grande que los demás, no sólo físicamente -aunque eso contribuía-, sino también con una mente dispuesta para una edad mayor y más heroica que aquella en la que había nacido.

Él lo expresaba para sí de la siguiente manera: la mayoría de los hombres tenían cerebro pero no tenían valor, o tal vez al revés; y entre los escasos hombres que tenían cerebro y valor, casi ninguno poseía un mínimo de imaginación. Pero Paul sabía que él disfrutaba de las tres virtudes, si bien sus atributos eran un desperdicio en el mundo donde le había tocado vivir.

Uno de sus primeros psiquiatras, que lo había atendido cuando aún intentaban recuperarlo para el gobierno, le había dicho francamente que pertenecía a una frontera, que en una sociedad primitiva hubiera sido un personaje notable. Este comentario no lo había

ayudado en absoluto. El psiquiatra le había dicho, francamente, que en la sociedad donde Paul vivía, si no se resignaba al conformismo, sus virtudes se convertirían en inconvenientes.

Ahora estaba poniendo en acción tanto su cerebro como su imaginación, en este mundo de Bard. Las cuatro lunas de colores ya le habían confirmado que no se encontraba en ninguna de las colonias conocidas de la Confederación de Mundos. Sin embargo, los habitantes eran perfectamente humanos, por lo que había visto, lo cual implicaba que lo más probable es que fueran de linaje terrano. Aunque Paul no era lingüista, sabía que el *casta,* con su mezcla de palabras españolas, no podía proceder más que de una cultura terrana. Sólo podía plantearse tentativamente la hipótesis de que todos ellos descendían de alguna de las naves perdidas, enviadas en la época anterior al hiperimpulso a colonizar un universo que ya habían descubierto como prácticamente deshabitado. Una de esas naves había fundado la colonia de Alfa, otras las primeras colonias, pero muchas se habían desvanecido sin dejar rastro, y se las había considerado perdidas, con toda su tripulación.

Paul sabía que la Confederación de Mundos esperaba encontrar algún día una o dos colonias aisladas. Él deseaba que no encontraran ésta, al menos durante su tiempo de vida. ¡Sería una tragedia ver este mundo caer hasta la mediocridad de Terra, o de Alfa o de cualquier otro mundo conocido!

Al acercarse al castillo Asturias un poco antes del mediodía, Paul advirtió que se trataba de una clase de edificio fortificado que no se construía en la Tierra desde miles de años atrás. No se parecía mucho a las fotos de castillos históricos que él había visto. Los materiales de construcción eran diferentes; el estilo de vida que condicionaba la arquitectura era diferente. Pero durante los días anteriores había recibido los primeros conocimientos de la teoría de las fortificaciones y de las estrategias, y ahora se concentró en el problema de cómo se podría tomar este castillo. No sería fácil, pensó. Pero era posible y estaba bastante seguro de que si se le presentaba la oportunidad, él sería capaz de hacerlo.

Sin embargo, reflexionó, sería más sencillo si contara con un cómplice dentro...

Don Rafael se dirigió ceremoniosamente con sus asistentes a informar a Alaric de su retorno, y también a hablar con los consejeros. Bard asignó a Paul un par de criados, un par de habitaciones en su propia ala, y se marchó a ocuparse de sus asuntos sin ninguna explicación. Paul, al quedarse solo, decidió explorar las habitaciones que le habían otorgado.

Encontró una escalerita que conducía a un pequeño patio amurallado, colmado de las flores del final del verano, aunque a Paul el clima todavía le parecía demasiado frío para cualquier clase de flores.

Por todas partes había senderos empedrados, y la fragancia de las plantas, y un viejo pozo. Se sentó a disfrutar del raro sol de la tarde y a reflexionar una vez más en la extraña situación en que se encontraba.

Oyó un ruido detrás de sí y se volvió vertiginosamente -había sido un fugitivo durante demasiado tiempo como para ignorar cualquier cosa o persona que estuviera a sus espaldas-, y luego se tranquilizó, experimentando un estúpido alivio, al ver que sólo era un muchacho pequeño que hacía botar una pelota contra las piedras.

-¡Padre! -exclamó el niño-. No me dijeron que habías regresado. -Pero en ese momento detuvo su carrera en dirección a Paul, parpadeó y dijo con encantadora dignidad-: Mis disculpas, señor. Ahora veo que no eres mi padre, aunque te le pareces mucho. Te pido perdón por haberte molestado, señor… aunque supongo que debería decirte pariente.

-Está bien -respondió Paul. Decidió, y no costaba mucho darse cuenta, que éste debía de ser el hijo de Bard.

Era raro... Él no había pensado que Bard fuera la clase de hombre que tenía esposa e hijos, que pudiera atarse de esa manera, porque el mismo Paul no era así. Pero pensándolo bien, Bard había comentado algo acerca de matrimonios concertados, así que probablemente lo habían casado sin preguntarle su opinión, aunque tampoco podía imaginarse a Bard obedeciendo dócilmente en ese caso. Bien, suponía que en algún momento se enteraría,

-Ya me han dicho que guardo un indudable parecido con tu padre.

El muchacho lo reprobó con solemnidad:

-Deberías decir «el señor General» cuando hablas de mi padre, señor, a pesar de que sea tu pariente. Se supone que incluso yo debo llamarle «señor General», salvo entre los miembros de mi familia, pues mi aya dice que pronto seré enviado a educarme en otra parte, y debo aprender a hablar de él con la apropiada cortesía. Así, mi aya dice que siempre debo llamarlo de ese modo, salvo cuando estemos solos. Pero el rey Alaric dice «mi padre» cuando habla de mi abuelo, don Rafael, y él no llama a mi padre «señor General» ni siquiera cuando todos están en la sala del trono. No me parece justo... ¿y a ti, señor?

Paul, disimulando una sonrisa, respondió que la realeza tenía sus privilegios.

Bien, había deseado una sociedad donde las personas no estuvieran sometidas a un cansado igualitarismo, y ahora la tenía. ¡Además, probablemente había

obtenido ya, desde un principio, un lugar más encumbrado del que merecía para empezar!

-Supongo, pariente, que vienes de más allá de los Hellers. Lo sé por tu forma de hablar -observó el niño-. ¿Cómo te llamas?

-Paolo -respondió Paul.

-¡Oh, pero después de todo ése no es un nombre extraño! ¿Tenéis nombres como los nuestros en las lejanas tierras que están más allá de los Hellers?

-Ése es el término *casta* para mi nombre, o al menos eso me ha dicho tu padre. Mi verdadero nombre posiblemente te sonaría extraño.

-Mi aya dice que es de mala educación preguntar el nombre a un desconocido sin decirle el propio. Me llamo Erlend Bardson, pariente.

Bien, Paul ya lo había adivinado.

-¿Cuántos años tienes, Erlend?

-Cumpliré siete en el Solsticio de Invierno.

Paul enarcó las cejas. Hubiera jurado que el niño tenía nueve o diez años, por lo menos. Bien, tal vez aquí el año durara más.

-Erlend -llamó una voz de mujer-. ¡No debes molestar a los invitados de tu padre, ni a sus hombres juramentados!

-¿Te estoy molestando, señor? -preguntó Erlend.

-No -respondió Paul, divertido por los solemnes modales del niño.

-Todo está bien, señora -dijo Erlend, mientras una mujer se acercaba desde el recodo de un sendero-. Él dice que no lo estoy molestando.

La mujer se rió. Tenía una risa dulce, muy grave y alegre. Era joven, con el rostro redondo y pecoso, y dos largas trenzas que casi le llegaba a la cintura, y era tan pelirroja como el niño. No estaba desarreglada, pero sus ropas eran sencillas, sin ningún ornamento ni

joyas, salvo por una pequeña cadena de la que pendía una piedra azul.

Paul pensó que probablemente sería la niñera del muchacho, alguna pariente pobre o criada. Por lo que sabía de Bard, el Lobo hubiera vestido a su amante de manera más lujosa, y su esposa se hubiera ataviado de acuerdo a su alcurnia.

Pero ¿cómo era posible que Bard la hubiese pasado por alto? Pues a Paul le pareció que el cuerpo femenino y redondeado, la risa grave y las manos graciosas, y esa sonrisa rápida y alegre, eran la encarnación misma de la mujer... sí, y del sexo.

Repentinamente la deseó con tanta violencia que sólo con dificultad pudo evitar tocarla. Si el niño no hubiera estado presente...

Pero no. No iba a arriesgar su posición allí, al menos no inmediatamente, por un lío de faldas. Sabía que eso era lo que había arruinado la conspiración, el motivo por el cual él había ido a parar a la caja de estasis. Paul no había tenido la inteligencia ni la sensatez suficientes para no ponerle las manos encima a una mujer equivocada. Había supuesto, por las conversaciones casuales que había espiado entre los guardaespaldas y los escuderos, que el Lobo de Kilghard era un hombre terrible con las mujeres -y Paul había esperado que así fuera, ya que era su doble exacto-, y no pensaba pelear con él por cosas triviales. Había muchas mujeres.

Pero ésta... La observó fascinado: sus manos delicadas, los movimientos de su cuerpo maduro y femenino cubierto por las ropas sencillas. Tenía un hoyuelo en la mejilla, que se marcó cuando sonrió al regañar al niño.

-Pero debo conocer todos sus nombres, *domna* -protestó Erlend-. Cuando crezca y tenga edad para ser el segundo de mi padre, deberé conocer todos sus nombres.

La joven llevaba un vestido de color rojizo. Era raro que Paul nunca se hubiera dado cuenta de que ese color resaltaba el cabello rojo. El vestido era del mismo color que las pecas de la muchacha.

-Pero Erlend, tú no serás soldado ni segundo de tu padre, sino un *laranzu* -objetó ella-, y en cualquier caso, has desobedecido, pues te dijeron que jugaras tranquilo en el otro patio. Tendré que pedirle a la niñera que te vigile con más cuidado.

-Soy demasiado mayor para tener niñera -protestó el niño, pero se marchó dócilmente con la mujer.

Paul la observó hasta que estuvo fuera de la vista. ¡Dios, cómo deseaba a esa mujer! Lo único que había podido hacer fue evitar ponerle las manos encima. Se preguntó si sería alguien accesible a él. Bien, la gobernanta de un niño no podía ser una persona de muy alto rango, aunque fuera pariente, tal como sospechaba debido al parecido con el muchacho. Se preguntó dónde estaría la esposa de Bard. Muerta, tal vez. En los mundos primitivos, los partos eran trances peligrosos y también sabía que la tasa de mortalidad era bastante elevada.

Pensó, esbozando una sonrisa cínica, que estaba reaccionando normalmente. Recuperado de la muerte, sacado de la caja de estasis, ¿qué mejor manera había de pasar algunas horas que en compañía de mujeres? Pero por las dudas de que esto fuera real, no pensaba cometer el mismo error que lo había mandado a la caja de estasis. Si por casualidad ésta era una de las mujeres de Bard, él adoptaría una estricta política de distancia. Había mujeres de sobra en todas partes.

¡Pero, maldición, ésta era la que él deseaba! Por desgracia el niño había estado presente; Paul todavía no era tan canalla como para apoderarse de una mujer con un niño mirando.

Tenía la sensación de que ella no sería demasiado

pudorosa. La madurez de su pecho, la roja boca que parecía haber besado muchas veces, le indicaban que la mujer no era una virgen inocente. Para hacerle justicia, en realidad no podía decir que ella le hubiera hecho alguna insinuación: en realidad, había sido muy decorosa. ¡Sin embargo apostaba su vida a que ella no armaría mucho escándalo cuando él le pusiera las manos encima!

Al anochecer, tarde, Bard lo mandó llamar y ambos se sentaron ante la chimenea, dedicados a una pila de mapas de campaña que, según Bard había insistido, Paul debía llegar a comprender perfectamente. Hablaron largo rato acerca de tácticas y campañas, y aunque era una cuestión estrictamente profesional, Paul tuvo la sensación de que Bard se alegraba de su compañía, de que disfrutaba enseñándole estas cosas, y de que rara vez lo acompañaba alguien con quien pudiera compartir sus intereses.

£5 *como yo, un hombre que no halla con frecuencia con quien hablar de igual a igual. Lo llaman Lobo, pero me parece que «Lobo Solitario» sería más adecuado. Apuesto a que ha sido un solitario toda su vida. Como yo.*

No había tantas personas que pudieran seguir sus procesos mentales. Era sin duda una bendición rara... ser más inteligente que el noventa por

ciento de las personas con las que se cruzaba. Eso hacía que los hombres se le antojaran tontos, las mujeres aún más tontas, y la mayoría de las personas jamás parecían tener ni la menor idea de lo que él estaba hablando.

Incluso mientras lideraba la rebelión que lo había llevado al desastre, Paul había sabido que no había para él ninguna esperanza de éxito. No porque la rebelión fuera imposible -podría haber tenido éxito si él hubiera dispuesto de un par de aliados inteligentes que en realidad comprendieran qué demonios estaba intentando hacer-, sino porque, básicamente, los hombres que lo seguían no estaban ni la mitad de comprometidos que él. Él había sido el único a quien le importaba profundamente aquello por lo que estaban luchando. Los otros hombres no tenían aquella furia en el centro de su ser; él había sospechado que, tarde o temprano, la mayoría se arrodillaría -tal como en realidad había ocurrido- ante los poderes, para rogarles que les concedieran otra oportunidad, aunque esa oportunidad significara que los mutilaran hasta que no quedara nada de ellos. ¡Bien, habría sido poca pérdida, ya que no había mucho en ellos desde el principio! Pero significaba que Paul siempre había estado solo.

Puedo volverme necesario para el Lobo.

Porque soy su igual, su duplicado, lo más próximo a un igual que tendrá jamás.

Durante un momento, miró a Bard con un sentimiento semejante al amor, pensando:

Él hubiera comprendido. Si hubiera tenido un solo seguidor como él, podríamos haber infundido dureza a los hombres que me seguían. Podríamos haberlo hecho, los dos juntos. ¡Dos como nosotros podrían haber cambiado el mundo!

Paul sabía que las rebeliones por lo general fallaban porque el cerebro, el valor y la imaginación necesarios para liderarlas sólo se producían una vez cada siglo, o más. Pero esta vez ellos eran dos.

No pude cambiar mi mundo yo solo. ¡Pero los dos juntos podremos cambiar el suyo!

Bard levantó repentinamente la vista y Paul experimentó una súbita inquietud. ¿Otra vez estaría haciendo ese truco de leerle el pensamiento? Pero el Lobo se limitó a desperezarse, bostezó y dijo que era tarde.

-Me voy a la cama. A propósito, me olvidaba de preguntártelo. ¿Le digo al mayordomo que te envíe

una mujer? El cielo sabe que hay suficientes hembras inútiles, y casi todas ellas tan ansiosas por tener un hombre en su cama como los hombres por acostarse con ellas. ¿No habrás visto alguna que te haya gustado?

-Sólo una -confesó Paul-. La gobernanta de tu hijo, creo. Largas trenzas, de color rojo brillante, pecosa... redondeada, no muy alta. Quiero a ésa, a menos que esté casada, o algo así. No quiero tener problemas.

Bard echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

-¡Melisendra! No te la recomendaría... ¡tiene la lengua demasiado afilada!

-Apenas si pude evitar ponerle las manos encima.

-Tendría que habérmelo imaginado -comentó Bard, todavía riéndose-. ¡Si somos el mismo hombre! ¡Así fue como reaccioné cuando tenía diecisiete años, y creo que ella aún no había cumplido los catorce! Armó un gran escándalo, y mi madre adoptiva nunca me lo ha perdonado... ¡Pero, maldición, valió la pena! Erlend es su hijo. Y mío.

-Oh, bien, si es tuya...

Bard volvió a soltar una carcajada.

-¡Infiernos, no! ¡Estoy cansado de ella, pero mi madre adoptiva me la echa encima, y ella empieza a ponerse pesada! Me gustaría darle una lección, demostrarle que no es mejor que cualquier otra mujer de las que la rodean, y que sólo se debe a mi buen carácter, y no a ningún derecho suyo, que se le permita ser mi mujer y estar aquí para criar a mi hijo. Déjame pensar... si le digo que vaya a tu habitación, saldría corriendo a contárselo a lady Jerana, y no tengo corazón para pelearme con la esposa de mi padre. Pero de todos modos... -Esbozó una sonrisa de picardía-. ¡Bien, se supone que eres mi duplicado! Me pregunto si ella advertirá la diferencia. ¡Su cuarto está allí, y ella pensará

que soy yo, y no se le ocurrirá organizar un escándalo!

Algo en el tono de Bard molestó a Paul, y el otro añadió, con una sonrisa sarcástica:

-Después de todo, tú eres yo, no podrá quejarse de que la he entregado a otro hombre.

¿Quién diablos se creía Bard para entregarlo a Melisendra de este modo? Pero el recuerdo del cuerpo adorablemente maduro de la pelirroja acabó con todas sus objeciones. ¡Ninguna otra mujer lo había excitado de este modo, a primera vista!

El corazón le latía con violencia cuando, más tarde, se dirigió hacia la habitación a oscuras que Bard le había indicado. Pero detrás de su excitación, de su recuerdo de la mujer, había una cínica nota de cautela.

Era consciente de que a Bard le resultaría gracioso no mandarlo a la habitación de Melisendra, sino a la de alguna vieja bruja, alguna anciana virgen que despertaría a toda la casa con sus aullidos.

Pero aunque Bard intentara hacerle eso, él la encontraría, y de alguna manera lograría que Bard cumpliera su promesa.

£5 *de mi tamaño y ha estado luchando toda su vida. Y justo en este momento, después de haber pasado Dios sabe cuánto tiempo dentro de la caja de estasis, probablemente él esté en mejor forma que yo, pero no es más fuerte. Apuesto que podría ganarlo. Dudo, por ejemplo, que sepa demasiado karate.*

Pero descartó la idea del inevitable enfrentamiento cuando entró en la habitación. La luz de la luna, que entraba por una ventana abierta, caía sobre la cama, y distinguió las sueltas ondas de cabello color cobre, brillante y espeso, y el rostro pecoso que había visto antes. Ella tenía los ojos cerrados y estaba dormida. Tenía puesto un camisón largo, bordado en el escote y en los puños, pero la prenda no lograba ocultar la redonda madurez de su cuerpo.

Con sumo cuidado, Paul cerró la puerta. En la oscuridad, ¿cómo podría darse cuenta de que él no era Bard? ¡De alguna manera, él deseaba

que lo supiera, que lo quisiera a él! Sin embargo, si ésta era la única manera de conseguirla...

¿Por qué demonios se estaba retrasando? Si era el tipo de mujer que podía ser entregada de un hombre a otro, ¿qué importaba? Pero obviamente ella no era de esa clase, pues en ese caso Bard se la hubiera entregado directamente, sin esta triquiñuela.

O tal vez no. Descubrió que estaba pensando en el cuerpo de Bard, en su propio cuerpo, entrelazado con el de esta mujer, y la idea le resultaba curiosamente excitante. Al darse cuenta le dio rabia. ¿A Bard le pasaría lo mismo, le excitaría de algún modo pensar en su duplicado haciéndole el amor a su mujer?

Se sentó en el borde de la cama para desnudarse. Reinaba la más completa oscuridad, pero no se arriesgaría a encender ninguna luz. Ella hubiera advertido la diferencia, tal vez, al descubrir que él no tenía la trenza de guerrero.

Descubrió, esbozando una sonrisa divertida, que estaba temblando de deseo, como si fuera un muchacho a punto de poseer a su primera mujer.

¿Qué demonios?

Bard le había entregado a Melisendra, no para complacerlo, y Paul lo percibía, sino para humillarla a ella. De pronto no estuvo seguro de que deseara colaborar con Bard para vejar a esta mujer.

Pero probablemente ella no llegaría a advertir la diferencia, y si sólo podía tenerla de este modo, bien, ¡no pensaba desperdiciar la oportunidad!

Se acostó en la cama junto a ella y la tocó por debajo de las mantas.

Ella se volvió hacia él exhalando un pequeño suspiro, no de aceptación ni de bienvenida, sino de resignación. ¿Sería Bard un amante tan inepto, o simplemente a ella no le gustaba? ¡Seguramente ya no había un gran amor entre ellos!

Bien, tal vez él lograra hacerla cambiar de parecer; ninguna mujer que le hubiera dado una pequeña oportunidad había dejado de elogiarlo como amante.

Ella permaneció pasiva bajo sus caricias, sin rechazar el contacto y sin aceptarlo, actuando simplemente como si él ni siquiera estuviera allí.

¡Maldita mujer, no la quería de esa manera, en realidad hubiera preferido que gritara y se debatiera antes que se dispusiera a aceptarlo como si se tratara de una obligación aborrecible!

Pero mientras él formulaba esa idea, ella volvió a suspirar y lo abrazó, y él la estrechó contra sí. Paul advirtió la creciente excitación de ella, y la sintió temblar a medida que su propia excitación aumentaba cada vez más.

Finalmente se dejó caer sobre ella, agotado y jadeante. Se quedó allí, mientras sus manos aún la acariciaban, cubriéndola de besos, sin querer dejarla siquiera un momento.

-¿Quién eres? -dijo ella suavemente en medio de la oscuridad.

El asombro le cortó la respiración. Pero después lo comprendió. Él y Bard eran dobles físicamente, sí, e incluso tal vez fueran idénticos en personalidad. Pero el sexo era la actividad más sujeta al condicionamiento cultural. Era imposible que Paul hiciera el amor igual que un darkovano. La mecánica del acto era la misma, pero todo el entorno psicológico era

diferente; podría haberla engañado con un rostro conocido y con un cuerpo idéntico mientras se mantenía inmóvil, pero cada caricia, cada movimiento, delataba todo un universo de condicionamiento, un condicionamiento demasiado profundo para que pudiera alterarse. No podría haberle hecho el amor a la manera de Bard -aun cuando su duplicado le hubiera contado el método acostumbrado, y eso era algo inimaginable-, del mismo modo que no podría haber llevado a cabo el acto sexual a la manera de un hombre de Cromagnon.

-Por favor, no llores, Melisendra -murmuró-. Él me envió aquí, y yo no pude resistirme... te deseaba demasiado.

-Nos ha hecho sufrir una cruel triquiñuela a los dos; no es la primera vez. No, no gritaré. ¿Te molesta si enciendo una luz? -preguntó en voz baja y agitada.

Él se retiró mientras ella encendía una lámpara pequeña y la sostenía en alto para poder verlo.

-Sí-observó-, la semejanza es... demoníaca. Lo advertí cuando te vi con Erlend. Pero es algo más que una simple semejanza, ¿verdad? De algún modo siento que existe un vínculo entre vosotros. Aunque tú eres... muy diferente -dijo, y su respiración se agitó.

Él extendió la mano y tomó la lámpara para ponerla sobre la mesilla de noche.

-No me odies, Melisendra -le rogó.

La boca de ella tembló y Paul descubrió que deseaba borrar con besos cualquier cosa que la perturbara. ¡Ésa no era en absoluto la reacción que solía experimentar ante las mujeres! ¡Maldición, por lo general, cuando lograba de ellas lo que quería, salía corriendo tan rápido como le era posible! Pero esta mujer le provocaba sentimientos muy extraños.

Ella lo miró, temblando.

-Pensé... por un momento pensé que, tal vez, algo había cambiado en él. Yo siempre he querido que él se comportara de este modo conmigo. -Tragó con dificultad, ahogándose, y él advirtió que Melisendra se esforzaba al máximo por no llorar-. Pero tan sólo me engañaba, porque él está podrido, podrido hasta la médula, y lo desprecio. Pero más me desprecié a mí misma, por haber deseado que él fuera un hombre a quien yo pudiera llegar a amar. Pues ya que debo pertenecerle, ya que he sido entregada a él, no pude menos que desear que fuera... que fuera un hombre a quien yo pudiera amar.

Él la atrajo hacia sí, besando su boca estremecida, las lágrimas que fluían bajo las pálidas pestañas.

-No lamento nada -dijo él-. No puedo lamentar nada que me haya traído hasta ti, Melisendra. Lamento tu dolor, lamento que te hayas asustado; yo no te hubiera hecho daño ni te hubiera asustado a propósito, pero me alegra haberte tenido una vez, sin que tú me rechazaras.

Ella lo miró con seriedad, con los ojos todavía húmedos.

-Yo tampoco lo lamento -aseguró-. Créeme. Aunque supongo que él trató de humillarme. Siempre me negué cuando lady Jerana me ofreció entregarme a otro, incluso cuando me ofreció casarme con uno de los hombres de don Rafael. Temía que fuera peor aún. Bard ya me hizo lo peor

que podía hacerme, ya no tengo nada que temer de él. Supuse que era mejor una crueldad que ya conocía que la nueva crueldad de un desconocido. Sin embargo tú me has demostrado otra cosa.

Súbitamente, ella le sonrió a la luz de la lámpara, una sonrisa muy leve, pero él comprendió que nunca estaría completamente contento hasta que ella le dirigiera la misma sonrisa que había dedicado ese mismo día a su hijo, una sonrisa alegre, de completo amor.

-Creo que te estoy agradecida. Y ni siquiera sé cómo te llamas.

Con una mano, él apagó la lámpara, y con la otra la atrajo hacia sí.

-Entonces, ¿estás dispuesta a demostrarme tu gratitud?

Él oyó su suspiro agradecido y sorprendido, un momento antes de que ella lo besara, con un deleite que lo estremeció hasta la médula.

-Nunca antes odié a Bard -declaró ella, temblando, y apretándose contra él-. Ahora, gracias a ti, he aprendido a odiarlo, y nunca dejaré de estarte agradecida.

-Pero yo quiero algo más que gratitud -se oyó decir, para su propia sorpresa-. Quiero tu amor, Melisendra.

-No estoy segura de saber amar -dijo ella en la oscuridad, con una intensidad aterradora-. Pero creo que si pudiera aprender a amar a alguien, te amaría a ti, Paul.

Él no dijo nada más y la atrajo ferozmente hacia su boca. Pero incluso en medio de su maravilloso placer, una idea molesta lo perturbaba.

Ahora no puedo volver atrás, ahora estoy comprometido con este mundo, ahora hay alguien que me interesa más que cualquier otra cosa o persona en el mundo del que procedo. ¿ Qué ocurrirá ahora que ya no puedo creer que todo esto es un sueño absurdo?

Diez días más tarde, Paul Harrell marchó por primera vez a la guerra junto a Bard di Asturien.

-Los hombres de Serráis han quebrantado su juramento -le dijo Bard mientras hacían los preparativos-. Tal vez no tengamos que luchar, pero sí tendremos que recordarles su compromiso y la mejor manera de hacerlo es mediante una demostración de fuerza y un desfile de nuestros ejércitos. Será mejor que te aprestes a marchar dentro de una hora.

La primera idea de Paul fue de triunfo.

¡Así, por fin tendré una oportunidad de luchar para ganar poder!

Pero la segunda idea, que incluso desplazó a la primera, fue de dolor:

¡Melisendra!

No deseaba separarse de ella tan rápidamente. Había empezado a sospechar, por primera vez en su vida, que no deseaba separarse nunca de ella. Sin embargo, un momento de reflexión le dijo que esta separación era lo mejor que podía ocurrir.

Tarde o temprano, lo sabía, lucharía con Bard por Melisendra. No obstante, él seguía deseándola como nunca había deseado a otra mujer. Por lo general, diez días de posesión lo hubieran saciado, y habría estado

más que dispuesto a emprender cualquier cosa que lo separara del dominio de una mujer. Sin embargo, lamentaba esta separación, todavía deseaba a Melisendra -y no podía explicárselo- de una manera nueva. La

deseaba para siempre, y con el consentimiento de ella; le aterró advertir que la felicidad de la mujer se había vuelto, para él, más importante que la propia.

Siempre había pensado que las mujeres estaban ahí para tomarlas, nada más. ¿Por qué, se preguntaba, tendría que sentir otra cosa en el caso de Melisendra?

Siempre juré que jamás permitiría que una mujer me manejara a su antojo. Sabía en lo profundo de mi corazón que las mujeres querían ser dominadas, querían tener un hombre de verdad al que no pudieran vencer. ¿Por qué ésta es tan diferente?

Sabía que todavía deseaba a Melisendra, y que la deseaba, sin discusión, para el resto de sus vidas. Pero también sabía que Bard, producto de una sociedad menos sofisticada, consideraba a Melisendra como una propiedad suya: su trofeo, su posesión. Podía aceptar pasársela a Paul por un tiempo, para humillarla, pero no era probable que se la entregara completamente. Después de todo, ella era la madre de su único hijo.

En este momento, él no podía hacer nada al respecto. Llegaría la hora en que ambos lucharían por Melisendra, y Paul sabía que debía estar preparado para cuando eso ocurriera.

Porque cuando llegue el momento, pensó sombríamente, *o me matará o yo tendré que matarlo. Y no tengo la menor intención de morir.*

De modo que cogió su bolsa para cabalgar, y le dijo a Bard:

-Me gustaría despedirme de Melisendra.

-Oh, en cuanto a eso, no será necesario -respondió Bard-, pues ella marcha con el ejército.

Paul asintió, al principio sin prestar demasiada atención: estaba acostumbrado a que las mujeres fueran soldados, incluso a que fueran generales. Pero después la idea lo golpeó. Sí, en guerras en las que sólo había que oprimir botones o disparar armas de fuego, las mujeres podían ser tan competentes como los hombres para el combate. Pero, ¿en este mundo, donde la guerra implicaba una lucha cuerpo a cuerpo con espadas y cuchillos?

-Oh, también tenemos de ésas -apuntó Bard, leyéndole el pensamiento-. Las mujeres de la Orden de las Renunciantes, la Hermandad de la Espada, que marchan a la batalla con los hombres y combaten como poseídas. Pero Melisendra es una verdadera mujer, no una de ésas; ella es una *leronis,* una maga que acompaña al ejército para defendernos de la hechicería.

Paul pensó que tal vez eso fuera todavía más peligroso, pero no comentó nada. Mientras cabalgaban, una hora después, Bard le dijo:

-Hay algunos que reconocerán mi estilo de combate, y mientras estemos en esta campaña, como supuestamente eres un pariente *nedestro* mío, a nadie le llamará la atención si hago que mi propio maestro de armas te dé lecciones.

Paul, que cabalgaba inadvertido entre un pequeño grupo de ayudantes de Bard, observó el modo en que el ejército recibía a su general: con gritos de «¡El Lobo de Kilghard!», vivas y aclamaciones. Su mera presencia parecía

infundirles ánimo e inspirarles coraje y entusiasmo para la guerra contra los Serráis.

Así pues, Bard le confiaría algún día ese poder, y pensaba que él se lo devolvería dócilmente cuando pasara el tiempo. Sólo había, se dijo Paul mientras un escalofrío le recorría la espalda, una única explicación. Bard lo usaría para ascender y conquistar, y luego, en vez de recompensarlo y enviarlo lejos como había prometido, volvería a mandarlo a la caja de estasis, por

medio de la misma brujería que lo había traído hasta aquí. O tal vez, más simple aún, le clavaría un cuchillo entre las costillas durante alguna noche oscura, para convertirlo en un cadáver entregado a los *kyorebni* que revoloteaban en los desfiladeros.

Paul conservó una expresión impasible mientras se unía a las aclamaciones de los soldados. No sería fácil. Por ahora, Bard tenía otras cosas en qué pensar aparte de su duplicado, a quien se entrenaba para convertirlo en su doble y sustituto. Sin embargo, en otros momentos ambos podían leerse el pensamiento, y él carecía del entrenamiento necesario para bloquearse. Tal vez Melisendra pudiera ayudarlo, si verdaderamente era hechicera, pero la mujer tampoco estaría demasiado ansiosa por matar al padre de su hijo. Tal vez dijera que odiaba a Bard, pero Paul no estaba muy seguro de la profundidad de ese odio.

Sin embargo, si la enfrentaba con un hecho consumado, Paul seguramente podría confiar en que ella no diría nada de la sustitución.

Pero ahora sólo tenía una cosa que hacer, y era justamente aquello que Bard esperaba de él: prepararse no sólo para sustituir a Bard di Asturien, sino para convertirse en él, en el Lobo de Kilghard, general de todos los ejércitos de Asturias. Y tal vez, algún día, algo aún más importante.

Para su propia sorpresa -pues nada sabía del estilo de esgrima y de la guerra de Darkover, y nunca había tenido una espada en sus manos-, la práctica le resultó tan familiar como si hubiera nacido para eso. Al reflexionar comprendió por qué. Había nacido con los mismos reflejos y la misma soberbia organización física que convertían a Bard en un espadachín incomparable; y había entrenado ese mecanismo físico al máximo con artes marciales y con la práctica del combate sin armas, durante la rebelión. Ahora sólo se trataba de

añadir otra habilidad a los músculos y al cerebro ya entrenados, así como un bailarín profesional puede aprender variantes de un paso.

Descubrió que disfrutaba en campaña, al cabalgar como explorador con los ayudantes, al montar el campamento cada noche bajo las cuatro lunas que crecían y decrecían. Solía pensar que si hubiera crecido para esta vida, hubiera sido más feliz. Aquí había menos expectativas de conformismo, y las que existían le resultaban naturales: había muchas maneras de dar salida a la hostilidad. En su primera batalla cuerpo a cuerpo descubrió que no sentía miedo y que podía matar, si debía hacerlo, sin temor y sin maldad y, mejor aún, sin remordimientos. Un cuerpo mutilado por espadas y lanzas no estaba menos muerto que uno acribillado a balazos o calcinado por el fuego.

Bard se mantenía cerca de él y le hablaba mucho. Paul sabía que no era por buena voluntad: el Lobo simplemente deseaba saber si Paul tenía

también un don para la estrategia. Parecía que sí, que tenía talento para manejar a los hombres, un sentido de la estrategia para el combate o el ataque, y todo ello mientras caía una ciudad tras otra, casi sin defensa, ante las tropas de Asturias. Los hombres de Serráis huían, si es que no morían, hasta las fronteras de las tierras de Serráis. Paul descubrió que sabía instintivamente cuál era la mejor estrategia para tomar cada ciudad, para atacar a cada una de las fuerzas que se les oponían.

-Mi padre una vez dijo que con dos como yo podría conquistar los Cien Reinos -recordó Bard-. ¡Por los dioses que tenía razón! Ahora sé que la semejanza no es meramente superficial: tú y yo somos el mismo hombre, y cuando podamos liderar dos ejércitos a la vez, toda esta tierra se nos ofrecerá como una puta sobre la muralla de la ciudad.

Se rió y palmeó la espalda de Paul.

-Tendremos que conquistarlo todo -agregó-. ¡Un solo reino no alcanzaría para los dos, pero en cien reinos debería haber espacio para ambos!

Paul se preguntó si Bard realmente lo creería tan ingenuo. Sin duda, Bard intentaría matarlo. Pero no todavía, no durante algunos años, porque lo necesitaría hasta que los Cien Reinos, o tantos como deseara, estuvieran bajo su dominio.

Mientras tanto, paradójicamente, él disfrutaba de la compañía de Bard. Para Paul era una nueva experiencia tener a alguien con quien hablar, alguien que pudiera entender lo que decía y que comprendiera inteligentemente sus palabras. Por otra parte, intuía que también Bard disfrutaba de su compañía.

Todo hubiera sido perfecto si hubiera podido tener a Melisendra verdaderamente con él durante esta campaña, pero la mujer marchaba con los otros *leroni,* hombres y mujeres envueltos en capas grises, custodiados severamente por un anciano canoso con una pierna tullida. Su invalidez era tan pronunciada que debía usar un aparato especial para montar y desmontar de su caballo. Durante los treinta primeros días de la campaña, Paul no tuvo oportunidad de intercambiar más de media docena de palabras con Melisendra, y habían sido palabras que podían ser pronunciadas delante de los soldados.

Las murallas de Serráis ya estaban a la vista cuando Paul, que cabalgaba entre los ayudantes de Bard, vio que éste dejaba su puesto habitual y se retrasaba para cabalgar junto a los *leroni.* Al cabo de un momento, al advertir que Paul lo observaba, lo llamó con un gesto, y Paul se acercó al grupo de hombres y mujeres vestidos de gris. Melisendra alzó los ojos para saludarlo y le dedicó una sonrisa secreta detrás de su capucha gris, una sonrisa que de algún modo era tan íntima como un beso.

-¿Quién es maese Gareth? -le preguntó Paul.

-Es el jefe de todos los *laranzu'in* de Asturias; además, es mi padre -respondió Melisendra-. Me gustaría poder contarle...

Se interrumpió, pero Paul supo a qué se refería.

-Te echo de menos -le susurró, y ella volvió a sonreírle.

Bard lo llamó con un gesto imperativo.

-Maese Gareth MacAran, éste es el capitán Paolo Harryl.

El canoso hechicero dedicó a Paul una reverencia formal.

-Maese Gareth quedó inválido durante mi primera campaña -explicó Bard-, pero no parece guardarme ningún rencor, a pesar de todo.

El viejo hechicero dijo amablemente:

-Tú no tuviste la culpa, maese Bard... ¿o ahora debo llamarte Señor General, como lo hacen tus guardias? Nadie podría haber comandado mejor aquella campaña. El hecho de que una daga envenenada me hiriera en el muslo fue mala suerte, los riesgos habituales de la guerra, nada más. Los que salimos en campaña debemos aceptar esas cosas.

-Parece haber pasado muchísimo tiempo desde aquella campaña -comentó Bard, y Paul, que constantemente captaba parte de lo que Bard pensaba y sentía, advirtió que había en sus palabras un tono de amargura.

En efecto, Bard estaba sintiendo el agudo aguijón *de* la amargura, la nostalgia de épocas pasadas, las que .e recordaba la presencia de maese Gareth, y que hacía ñas doloroso el brillo del cabello rojo de Melisendra debajo de su capucha de hechicera.

Beltrán había estado a su lado entonces, y todavía era su amigo. Y Melora. Descubrió que no podía resistir la tentación de preguntar:

-Y tu hija mayor, señor, ¿cómo está, dónde ha ido?

-Está en Neskaya -respondió maese Gareth-. En el círculo de Varzil, el celador de esa Torre.

Bard frunció el ceño con desagrado.

-¿Sirve entonces a los enemigos de Asturias?

Sin embargo, sentía que tal vez fuera mejor poder pensar en Melora como enemiga, ya que la mujer estaba fuera de su alcance. Era la única mujer viviente que había llegado a comprenderlo, y sin embargo él jamás le había puesto una mano encima.

-Oh, no -exclamó maese Gareth-. Los *leroni* de Neskaya han jurado trabajar con las piedras estelares y vivir sólo para el bien de toda la humanidad, sin jurar lealtad a ningún rey ni gobernante, sino tan sólo a los dioses, para ayudar o curar. Así, ellos no son enemigos, mi señor Lobo.

-¿De verdad crees eso? -le preguntó Bard con tono de desdén.

-Señor, lo sé; Melora no miente, ni tendría motivos para engañarme. Además un *laranzu* no puede mentirle a otro. Don Varzil es exactamente lo que ella dice; ha jurado el Pacto, no usará, hará ni permitirá que se usen armas producto del *laran.* Es un hombre honorable y yo admiro su valor. No debe de ser nada fácil renunciar a las propias armas sabiendo que otros todavía las usan, y que tal vez se nieguen a creer que está desarmado.

-Si tanto lo admiras -espetó Bard, con frialdad-, ¿debo esperar que abandones mis ejércitos para unirte al grupo de este maravilloso y grandioso Varzil? Es un Ridenow de Serráis.

-Así nació -asintió Gareth-, pero ahora es Varzil de Neskaya, y no tiene más lealtad que ésa. Y tu pregunta, maese Bard, es innecesaria. Hice al rey Ardrin un juramento de por vida, y no lo traicionaré por Varzil

ni por ningún otro. Hubiera adherido al estandarte del hijo de Ardrin si lady Ariel no hubiera huido con él de esta tierra. Sigo el estandarte de tu padre porque verdaderamente creo que es lo mejor para Asturias. Sin embargo, no soy el guardián de la conciencia de Melera. Y por cierto, ella se

marchó de la corte de Ardrin la misma noche que tú fuiste exiliado, señor, mucho antes de que hubiera necesidad de elegir entre Valentine y Alaric. En realidad, Valentine ni siquiera había nacido todavía. Ella partió con la autorización del rey.

-Sin embargo -insistió Bard-, si ha elegido no combatir contra los enemigos de Asturias, ¿no debería situarla a favor de ellos?

-Como te parezca mejor, señor. Pero también podrías decir que tampoco ha elegido luchar a favor de los enemigos de Asturias. Podría haberlo hecho con toda facilidad; no todo el círculo de Varzil juró respetar el pacto, sino que algunos se alinearon con los partidarios de Hastur dentro del ejército. Sin embargo ella permaneció en Neskaya con Varzil, y eso significa que decidió permanecer neutral, señor. Por otra parte, mi nieta Mirella fue a la torre de Hali, que también ha jurado, como Neskaya, permanecer neutral. Soy un hombre viejo y me mantendré leal al rey mientras me necesite... ¡pero ruego que la gente joven encuentre alguna manera de acabar con estas condenadas guerras que devastan nuestras tierras año tras año!

Bard no respondió a eso.

-No me gustaría pensar en Melora como mi enemiga. Si no es mi amiga, me parece bien considerarla neutral.

Paul, que cabalgaba entre Bard y Melisendra, se preguntó por qué Melora podía producir en el rostro de Bard esa expresión de furia, dolor y desdicha.

-Por cierto, ella nunca sería tu enemiga. Siempre habló bien de ti -aseguró maese Gareth.

Bard, percibiendo que tanto Melisendra como Paul podían leerle el pensamiento y captar sus emociones, hizo un furioso esfuerzo para controlarse. De todas maneras, ¿qué significaba ahora para él esa mujer, Melora ? Esa etapa de su vida había concluido. Cuando acabara esta campaña, pondría a todos sus *leroni* a investigar una manera de poder atacar la isla del Silencio y recuperar a Carlina, y entonces nunca más pensaría en Melora. Ni tampoco... e interceptó una mirada entre Paul y Melisendra....pensaría en Melisendra. Paul podría tenerla, a él no le importaba. Al menos eso lo mantendría ocupado durante un tiempo.

Por un tiempo. Hasta que me baya establecido firmemente, con Alarte como rey de todas estas tierras. Entonces él resultará demasiado peligroso para mí; es un hombre ambicioso y estará acostumbrado a ejercer todo ese poder...

Y en ese momento sintió un inesperado aguijonazo de dolor. ¿Nunca podría tener un amigo, un hermano, un igual en quien confiar? ¿Perdería a todos los amigos tal como había perdido a Beltrán y a Geremy? Tal vez, después de todo, quizá pudiera pensar en otra cosa: tal vez no sería necesario que Paul muriera.

No quiero perderlo como perdí a Melora...

Se interrumpió, furioso. ¡No volvería a pensar en Melora!

De repente Melisendra detuvo violentamente su caballo; su rostro se contrajo, y en el mismo momento maese Gareth levantó las manos como si

quisiera protegerse de algún daño invisible. Otro de los *leroni* gritó, otra se ahogó de terror, encorvándose en la montura y aferrándose instintivamente a ella, incapaz de sentarse. Bard los miró dolorido y perplejo. Paul fue rápidamente a dar apoyo a Melisendra, quien se tambaleaba en su montura, más pálida que la nieve que se amontonaba al costado del sendero.

Ella no le prestó atención.

-¡Oh, la muerte, el fuego! -sollozó, y su voz revelaba un terror inexpresable-. ¡Oh, la agonía... muerte, la muerte que cae del cielo! ¡El fuego... los gritos...! -La voz se extinguió en su garganta los ojos le giraron en las órbitas hasta mostrar sólo el blanco, como si estuviera dedicada a contemplar algún horror interior.

-¡Mirella! ¡Por todos los dioses, Mirella está allí! -jadeó maese Gareth.

Esas palabras recuperaron a Melisendra, aunque sólo durante un momento.

-No podemos estar seguros de que ya haya llegado, querido padre. Ella... no la he oído gritar, estoy segura de que si ella estuviera allí, yo lo sabría. Pero oh, *el* fuego, el fuego...

Volvió a gritar y Paul la sostuvo desde su propio caballo. Ella apoyó la cabeza contra él, sollozando.

-¿Qué ocurre, Melisendra, qué ocurre...? -susurró Paul, pero ella no pudo responderle. Sólo podía aferrarse a él, sollozando desesperadamente.

Maese Gareth también parecía a punto de caerse de su caballo. Bard extendió una mano para sostener al viejo *laranzu* y las imágenes lo inundaron.

Luces fulgurantes. Un dolor abrasador, una agonía intolerable mientras las llamas se alzaban y quemaban por dentro, consumiendo, desgarrando... Cada vez más fuego, los muros que se resquebrajaban y caían... Voces y aullidos de agonía, terror, salvajes protestas... Carros aéreos que atronaban y escupían fuego, la muerte que llovía del cielo...

Paul había permanecido inmune, pero cuando la mente de Bard se abrió a esas imágenes, él también las vio y las sintió, y sintió que palidecía de horror.

-Bombardeo de fuego... -susurró.

Había creído que este mundo era civilizado, demasiado civilizado para ese tipo de guerra; había creído que aquí la guerra era casi un juego, una viril prueba de coraje, de dominio y desafío. Pero esto...

El cuerpo de una, mujer ardiendo como una, tea, el olor del cabello quemado, la carne abrasada, la quemante agonía...

Bard sostuvo al anciano como lo hubiera hecho con su propio padre. Estaba asqueado por el horror de las imágenes que centelleaban en su mente. Pero de algún modo maese Gareth consiguió liberarse de esos horrores.

-¡Basta! -gritó con aspereza-. ¡No los ayudaremos compartiendo con ellos su dolorosa agonía! ¡Amurallaos, todos vosotros, de inmediato!

Habló con voz de mando y de repente el aire que los rodeaba se limpió de humo y del olor de la muerte y el fuego, y desaparecieron los intolerables gritos de agonía.

Paul miró a su alrededor, atontado, dirigiendo su mirada al camino tranquilo y a las suaves nubes silenciosas en el cielo, y a los sonidos de un ejército en marcha. Un caballo relinchó, los carromatos de suministros crujieron, uno de los cocheros maldijo a sus mulas alegremente. Paul parpadeó ante la repentina calma.

-¿Qué fue? ¿Qué era eso, Melisendra?

Todavía la abrazaba; ella se irguió un poco avergonzada.

-Hali -dijo-, la gran torre situada en la costa del lago; lord Hastur había jurado que las torres serían neutrales, al menos Hali y Neskaya. No sé quién los atacó.

Todavía tenía el rostro contraído por todos los horrores que habían contemplado.

-Cada *leronis* de los Cien Reinos debe de haber compartido esas muertes. Por esto lord Varzil había jurado neutralidad. Si esto continúa, muy pronto ya no quedarán tierras para conquistar. -Todos tenían expresiones graves; muchos *leroni* lloraban, y Melisendra agregó-: Casi todos teníamos allí una hermana, un hermano, un amigo, alguien amado allá en Hali. Es la torre más grande; hay allí treinta y seis hombres y mujeres, tres círculos completos, con *leroni* procedentes de todos los reinos y de todas las familias que poseen *laran.*

Su voz volvió a extinguirse.

-Para eso sirve el pacto -espetó maese Gareth con ferocidad-. ¿Se quedarán sentados allá en Elhalyn, limitándose a hacer la guerra con espadas y arcos, cuando los atacan con fuego que cae del cielo? ¿Pero quién pudo atreverse a atacarlos? ¡Me imagino que no habrán sido fuerzas de Asturias!

Bard meneó la cabeza, estupefacto.

-Serráis ya no posee semejantes fuerzas, ¿y por qué habría de atacar lord Hastur su propia torre, que le era leal y había jurado permanecer neutral? ¿Puede ser que los Aillard o los Aldarán hayan declarado guerra, y que los Cien Reinos estén en llamas?

Paul escuchó, temblando. Superficialmente este mundo era simple y bello, sin embargo esto, esta horrorosa guerra telepática se ocultaba en las profundidades.

-Hay cosas peores que el bombardeo de fuego -acotó Melisendra, leyéndole el pensamiento como solía hacerlo-. Al menos atacaron desde carros aéreos, y los defensores de la torre podrían haberlos derribado. Una vez yo derribé un carro aéreo en un ataque semejante. Pero he sabido de un círculo de *leroni* que en una oportunidad hechizó el suelo que rodeaba a un castillo sitiado... -señaló unas ruinas que se veían en la cumbre

de una colina distante-, y el suelo se abrió y tembló... y el castillo se convirtió en ruinas, y todos murieron en el derrumbe.

-¿Y no hay defensa contra esas armas?

-Oh, sí -respondió Melisendra con tono indiferente-, si el señor del castillo hubiera tenido su propio círculo de hechiceros, y si ellos hubieran sido más fuertes que los atacantes, habrían podido defenderse. Durante generaciones, todos los de nuestra familia, y todas las grandes familias de Darkover, introdujeron en sí mismas, genéticamente, un *laran* cada vez

más fuerte; eso ocurrió cuando toda esta tierra estaba gobernada por el linaje de Hastur, los descendientes de Hastur y Cassilda. Pero hay un límite para lo que se puede conseguir genéticamente; tarde o temprano hay demasiada endogamia y predominan los recesivos letales. Mi padre... -indicó con un gesto a maese Gareth, quien todavía se veía pálido y exhausto- se casó con su medio hermana, y de catorce hijos sólo sobrevivimos tres, todas mujeres. Ya no hay MacAran en estas montañas, sólo quedan unos pocos en el norte, donde el programa genético nunca llegó. También hay pocos Delleray, y el viejo linaje de Serráis se extinguió: los Ridenow adoptaron ese nombre cuando se casaron con mujeres de esa familia. Mi hermana Kyria murió mientras daba a luz una hija, de modo que Melora y yo criamos a la pequeña. Mirella también es *leronis,* una de las que se conservan vírgenes para la Vista, y ruego que siga siéndolo, pues sé que teme morir de la misma manera que su madre.

Paul ya no estaba en contacto telepático con Melisendra, pero pudo sentir la oleada del viejo temor, a medias vencido; recordó que Melisendra había tenido un hijo, y experimentó una súbita compasión por el temor que seguramente había sentido. Nunca antes había experimentado ninguna simpatía particular por los problemas de las mujeres, pero ahora lo asaltaron los remordimientos. En su propio mundo, una mujer hubiera sabido cómo asegurarse de que no corría el riesgo de quedar embarazada, pero aquí no se había tomado la molestia de preguntarlo, y ahora se le ocurrió, con preocupación, que Melisendra no se había detenido a calcular el precio que podría comportar haber hecho el amor con él.

-Eso había comenzado a ser letal en nuestra familia -continuó ella, casi distraída y Paul se preguntó si estaría hablándole a él o si simplemente trataba de borrar sus propias tensiones y temores-. Erlend es sano, alabada sea la diosa, pero ya tiene *laran,* y es demasiado pequeño aún. Bard sólo guarda parentesco distante con nosotros, por supuesto, y Kyria se casó con un primo, de modo que tal vez ésa sea la razón. Melora y yo debemos tener cuidado y fijarnos muy bien con quién tenemos hijos; aun cuando nosotras sobrevivamos, el niño podría nacer muerto. No creo que Mirella deba tener hijos en absoluto. Y hay ciertos dones del *laran* que podrían combinarse con el mío y hacer que no sobreviviera siquiera cuarenta días de ese embarazo. Afortunadamente, esos dones son raros ahora, pero no creo que se haya perdido del todo su virulencia, y como ahora no se llevan registros, y como el antiguo arte de la supervisión a nivel celular se haya perdido, ya que la última que lo dominaba murió antes ¿e poder transmitir sus conocimientos... Cuando quedamos embarazadas, ninguna de nosotras puede saber qué ocurrirá. Y algunas de estas nuevas armas... -Se estremeció, y con determinación cambió un poco de rema-. Tuve suerte, ya que Bard no tenía nada de esa Herencia. Tal vez ésa haya sido el único aspecto afortunado de nuestra relación.

Les llevó otro día de marcha encontrarse con los ejércitos de Serráis, y eso significaba otra noche de campamento en el camino. En condiciones normales, Paul ni siquiera veía a Melisendra cuando estaban en marcha, pero cerca del campamento había un pequeño bosquecillo con un manantial, y cuando él caminó en esa dirección, mientras empezaba a caer la llovizna nocturna (Bard le había dicho que era normal en toda época, salvo durante el verano... ¡qué clima!), Melisendra, envuelta en la capa gris de una *leronis,* le indicó con un gesto que se reuniera con ella. Se

abrazaron durante unos minutos, pero cuando Paul le pidió en un susurro que fueran hacia donde los árboles pudieran ocultarlos, ella meneó la cabeza.

-No sería correcto. No ahora, mientras estamos con el ejército. ¿No crees que también yo lo deseo, amado mío? Pero ya tendremos tiempo.

Él estaba a punto de protestar -¿cómo podía saber que verdaderamente tendrían algún tiempo, después de esta campana?-, pero la expresión de la mirada de ella lo detuvo. No podía tratar a Melisendra como a una soldadera. Muy pronto ella volvió con los otros *leroni* -su padre, le dijo, se habría enojado con este abrazo subrepticio, hubiera pensado que ella se estaba comportando inadecuadamente-, no porque le importara a quién ella amara, sino por hacerlo furtivamente, de ese modo, en campaña, cuando todos los demás debían abandonar a sus amadas. Era éste un comportamiento vergonzoso. Cuando ella se marchó, Paul se quedó observándola pensativamente, dándose cuenta de que era la primera vez que había dado crédito a la negativa de una mujer. Si cualquier otra le hubiera hecho lo mismo, él hubiera considerado que era una manipuladora que intentaba dominarlo. ¿Qué le ocurría? ¿Por qué era diferente con Melisendra?

Luego tuvo una idea poco afortunada: ¿sería posible que su propia actitud, durante esos días, dejara algo que desear? Paul no era proclive a cuestionarse la corrección de sus propias motivaciones y actos, y éste era un pensamiento nuevo para él, y una idea que dejó de lado de inmediato. Melisendra era diferente, eso era todo, y el amor era el arte de hacer excepciones.

Pero por lo visto era su noche para las ideas poco afortunadas. Permaneció despierto, incapaz de conciliar el sueño, y se preguntó qué ocurriría cuando Bard se enterara de que no mantenía una relación pasajera con Melisendra, sino que la deseaba para siempre. Y si él y Bard eran el mismo hombre, con el mismo gusto y los mismos deseos sexuales, ¿por qué él no se había cansado enseguida de Melisendra, tal como le había ocurrido a Bard?

No tengo conciencia de culpa hacia ella, y por eso Melisendra no me hace sentir incómodo.

Paul casi soltó una carcajada: Bard, ¿sintiéndose culpable de algo? Bard era el hombre más libre del esquema neurótico de la culpa que Paul hubiera conocido jamás, tan libre de eso como el mismo Paul. La culpa era un sentimiento creado por las mujeres y los sacerdotes para evitar que los hombres hicieran lo que deseaban y podían, un instrumento que blandían los débiles para salirse con la suya.

No obstante, pasó largo rato sin poder conciliar el sueño. Se preguntó, deprimido, qué estaba ocurriéndole en este mundo.

Al menos era mejor que la caja de estasis. Y con esa idea finalmente logró dormirse.

El día siguiente amaneció gris y sombrío, y diluviaba, y Paul se sorprendió de que emprendieran la marcha; aunque después de reflexionar durante un momento, advirtió que, en este clima, si permitían que .a lluvia los detuviera nunca harían nada. Luego vio

pastores montados en extrañas bestias astadas, vigilando los rebaños que había en los campos, rebaños de conejos astados, según le explicó Bard más tarde. También vio campesinos, muchos de ellos mujeres, envueltos con chales de tartán muy gruesos, cavando en los campos. Se alegró de no ser un campesino. Por lo poco que sabía de ellos, el clima siempre era demasiado seco o demasiado húmedo.

Cabalgaron junto a un lago y distinguió unos botes pequeños que navegaban bajo la lluvia, arrojando sus redes. Supuso que la pesca era una buena actividad para realizar cuando llovía.

Alrededor del mediodía -los días eran más largos aquí y Paul nunca sabía qué hora era si no podía ver el sol- se detuvieron para comer las frías raciones de viaje que sirvió el cocinero: un rústico pan relleno con alguna clase de fruta seca y nueces, y un tipo de queso blando, un puñado de nueces con cascara y un vino pálido y acre que, no obstante, tenía considerable cuerpo y proporcionaba calor y estímulo. Paul sabía que era la bebida casera más común de la campiña, y creía que podría llegar a aficionarse a ella.

En mitad de la comida, el ayudante de Bard fue a buscar a Paul. Al levantarse para obedecer la orden, Paul fue consciente de las miradas y de los comentarios; tal vez debería advertirle a Bard que este supuesto favoritismo hacia alguien que, después de todo, era un recién llegado a su ejército, podría ocasionarle problemas. Pero cuando mencionó la cuestión, Bard se encogió de hombros.

-Nunca hago nada que puedan esperar de mí; ésa es una de las razones por las que me llaman Lobo -replicó-. Eso los confunde.

Después le dijo a Paul que uno de sus exploradores acababa de regresar con la noticia de que el ejército de Serráis no estaba lejos. En cuanto el tiempo mejorara,

tendría que enviar pájaros centinelas para cerciorarse de la posición exacta y la formación de las tropas.

-Cuento con un joven *laranzu* que tiene Vista, y es posible que podamos tomarlos por sorpresa en medio de la lluvia. Ruyven -añadió dirigiéndose a otro de sus ayudantes-, ve corriendo a decirle a Rory Lanart que en cuanto termine de comer venga a reunirse conmigo.

Cuando Rory llegó, Paul advirtió con pena que el joven *laranzu* sólo tenía unos doce años. ¿En este mundo también los niños combatían en las perversas batallas de brujería? ¿No era ya bastante malo que lo hicieran las mujeres, como para que también los niños participaran? Se apesadumbró aún más al pensar en el pequeño Erlend y en la piedra estelar que pendía de su cuello. ¿Acaso Erlend crecería en un mundo como éste?

Observó al muchacho concentrado en su piedra estelar, transmitiendo la información que necesitaban con una voz tranquila y distante, y se preguntó qué le parecería a Melisendra que su hijo creciera como Rory.

Después de todo, Bard no es más que un jefe bárbaro en un mundo de barbarie. Es el hombre que yo hubiera sido en esta sociedad de barbarie. No por la gracia de Dios, y todo eso.

Alzó la cabeza para encontrarse con que Bard lo estaba observando, pero su doble no reveló ningún signo de que esta vez le hubiera leído el pensamiento. Sólo le dijo:

-¿Has terminado de comer? Llévate contigo lo que quieras. Yo siempre me guardo unas nueces en el bolsillo para comer mientras cabalgo. Di a los asistentes que den la orden de ponerse otra vez en marcha. Rory, cabalga a la cabeza del ejército conmigo; voy a necesitarte, y alguien tendrá que guiar tu caballo mientras tú estés naciendo uso de la Vista.

No habían cabalgado más de una hora, le pareció a Paul, después del descanso del mediodía, cuando llegaron a la cima de una colina, y Bard señaló en silencio. Allá abajo, en formación y esperando, había un ejército. Paul identificó, a pesar de la distancia, el estandarte verde y oro de los Ridenow de Serráis.

Entre ellos y el ejército de Serráis se extendía un bosquecillo, unas ralas matas de árboles y arbustos. Una bandada de pájaros levantó el vuelo súbitamente, espantados mientras se alimentaban entre los arbustos. Paul captó el pensamiento de Bard:

Ya está; ahora es imposible que los tomemos por sorpresa. Pero seguramente sus leroni *ya lo sabían. Y sin duda tienen* leroni *con ellos.*

Los asistentes cabalgaban por las filas, formando a los soldados según el plan de batalla que Bard había discutido brevemente con Paul. Una de las cosas que resentía a los otros asistentes era que su líder le hablara a Paul, que era un ajeno y recién llegado, como a un igual. Por supuesto, no tenían idea de hasta qué punto Paul y Bard eran idénticos. Sin embargo, algo percibían, y eso los enfurecía. Algún día, Paul lo sabía, cuando tuviera tiempo, tendría que ocuparse de eso. Y pensó, casi divertido, que cuando él y Bard encabezaran diferentes ejércitos, y cada uno de ellos se creyera conducido por el mismo Lobo de Kilghard, al menos la causa de fricción desaparecería, ya que no habría ningún extraño intruso que se interpusiera entre el Lobo y sus leales seguidores.

Como siempre, Bard dio la señal al desenvainar su espada. Paul observaba, con la mano en la empuñadura de la espada, mientras esperaba que Bard impartiera la orden de atacar. La lluvia había menguado, y sólo caían algunas gotas aisladas. Ahora, repentinamente, a través de una gran grieta de las nubes, el gran sol rojo apareció centelleante, difundiendo luz en el valle.

Paul miró el cielo, pensando que era mejor combatir sin lluvia, pero consciente de que la hierba todavía estaba mojada y sería resbaladiza para el momento de la carga.

Maese Gareth había apartado a su pequeño ejército de hechiceros, con mantos grises, para que no estorbaran la carga.

La primera vez que Paul había combatido, se había sentido ansioso por Melisendra. Ahora sabía que ella no corría ningún peligro físico en una batalla como ésta. Incluso debajo del enorme manto gris, Paul era capaz de distinguir a Melisendra por su manera de montar.

Vio que Bard desenvainaba la espada. Después oyó que soltaba una exclamación y que descerrajaba una estocada al aire.

¿ Qué está viendo, en nombre de Dios?

Todos los hombres que cabalgaban detrás de él se comportaban de la misma manera: blandían sus espadas contra el aire, alzando los brazos para protegerse los ojos de alguna amenaza invisible; hasta los caballos relinchaban y retrocedían, corcoveando asustados.

Paul no veía nada, a pesar de que uno de los hombres gritó:

-¡Fuego! ¡Mirad allá! -Luego cayó de su caballo y se alejó rodando, prorrumpiendo en alaridos.

De pronto, al cruzar su mirada con la de Bard, en contacto con su gemelo, descubrió lo que veía Bard: sobre sus cabezas, chillando y volando en círculos, había unos pájaros extraños, que se lanzaban perversamente contra los ojos de los hombres, haciendo que los caballos retrocedieran ante su asqueroso aliento que todo lo invadía. Pero el mayor horror era que estos pájaros tenían rostro de mujer, contorsionado en una mueca feroz.

Paul vio esto a través de los ojos de Bard; pero a través de sus propios ojos… el día era tranquilo y soleado, y a sus pies, el ejército de Serráis se posicionaba con rapidez para rechazar la carga.

Paul se alzó en los estribos, y su espada centelleó en el aire. Bramó con una voz idéntica a la de Bard:

-¡No hay nada allí, hombres! ¡Es mera ilusión! ¿Qué demonios están haciendo los *leroni* ¡Vamos, a la carga!

La rápida respuesta que Bard dio a sus palabras confirió seguridad a Paul.

-¡A la carga! -gritó Bard.

Acto seguido encabezó el ataque, cabalgando a través de la ilusión. Paul vio a través de sus ojos a la maligna arpía que se zambulló sobre Bard, y lo sintió esquivarla, a pesar de que sabía que era una ilusión. Olió el hedor de la mujer-bestia, pero la parálisis del horror ya se había roto: Paul había regresado a su propia conciencia y galopaba, espada en mano, contra la primera fila del ejército de Serráis.

Un hombre lanzó un mandoble contra su caballo, pero Paul le respondió con un golpe de espada, y lo vio caer. Después se encontró luchando cuerpo a cuerpo, sin un solo instante para dedicar a los horrores mágicos, o para verlos a través de los ojos de Bard. En ese momento no le importaba qué estuviera viendo Bard, si era algo tangible o producto de la hechicería o de la ciencia del *laran.*

En parte habían tomado por sorpresa al ejército de Serráis, que había confiado en que sus hechiceros lograrían demorar la carga. La batalla no fue breve, pero tampoco tan prolongada como había creído Paul cuando había ayudado a Bard a calcular las fuerzas que se les opondrían.

Bard resultó milagrosamente indemne. Milagrosamente, pensó Paul, pues durante toda la batalla, mirara

hacia donde mirase, Bard estaba siempre en medio del combate.

El mismo Paul había recibido una estocada en la pierna que en realidad le hizo más daño a sus pantalones que a otra cosa.

Cuando el ejército de Serráis huyó, desmoralizado, y el propio don Edric se rindió -Bard lo colgó como transgresor de un juramento- el sol se ponía, y Paul, con la pierna helada bajo los jirones de sus pantalones de cuero, fue a ayudar a los asistentes a establecer el cuartel general en una de las casas

de la aldea cercana. Los hombres ya se disponían a saquear y violar, para después incendiar la aldea, pero Bard los detuvo.

-Éstos son súbditos de mi hermano; se han rebelado, es cierto, pero siguen siendo nuestros súbditos, y aunque por temor pueden haber cumplido las órdenes del ejército de don Serráis, debemos ofrecerles la oportunidad de demostrarnos su lealtad y de actuar libremente sin un ejército que los amenace. Le irá mal a cualquier soldado de este ejército que toque de uno de nuestros súbditos, ya sea leal o desleal. Pagad por lo que toméis y no le pongáis la mano encima a ninguna mujer que no lo desee.

Paul, que escuchaba a Bard mientras daba esta orden, pensó que no había creído que Bard fuera tan sensato ni que pudiera contener a los soldados decididos al pillaje. Pero cuando se lo dijo a Bard, éste sonrió.

-No seas tonto. No soy generoso, aunque lo que dije es cierto, por supuesto, y más aún porque la casa real de Asturias y yo tendremos el crédito por habernos mostrado generosos con nuestros súbditos. Pero hay otra razón, una razón más importante. Simplemente: no hay suficiente, en riquezas y en mujeres, para satisfacer a este ejército. Y cuando los soldados hubieran tomado todo lo que encontraran, se lo disputarían y se harían pedazos entre sí... y eso no puede

ocurrir en mi ejército. -Esbozó una sonrisa perversa y añadió-: De todos modos, los oficiales tienen cierta licencia y tú eres el primero en elegir, ya que comandaste la carga. Después de todo, tal vez no seamos tan idénticos... ¡tú te has mostrado más valiente que yo al comandar esa carga en medio de ese nido de arpías! ¿O simplemente empezaste a sospechar antes que yo que eran simples ilusiones?

Paul meneó la cabeza.

-Ninguna de las dos cosas -respondió-. Simplemente, no vi nada.

Bard lo miró fijamente.

-¿No viste... nada en absoluto?

-Nada. Al cabo de un rato empecé a descubrirlas a través de tu mente, pero entonces sólo estaba viendo lo que tú veías, y yo era consciente de ello.

Bard soltó un silbido,

-Qué interesante. Captaste el incendio de la torre de Hali... ¡por los dioses de arriba y de abajo, eso sí que fue espantoso! ¡No deberían combatirse las guerras con hechicería y bombardeos de fuego, sino con espadas y con fuerza! Esa cosa infernal se fabrica por medio de hechicería en las Torres... ¡ningún proceso normal puede producir eso!

-Estoy completamente de acuerdo -asintió Paul-, pero eso lo capté a través de la mente de Melisendra. No lo vi por mí mismo.

-Sí. El sexo crea un vínculo. Y siempre he sospechado que Melisendra es una telépata catalizadora. En una torre la usarían para despertar el *taran* latente de alguien que por cualquier motivo no puede utilizarlo. Sospecho que, sin querer, ella despertó en mí el *laran* que poseo. ¡Dios sabe que nunca ha creído deberme ningún favor! Y a veces considero que no hay ningún privilegio en el *laran,* aunque la mayoría de la gente opina lo contrario; a veces querría ser inmune al *taran,*

o al menos a las ilusiones. Si no hubieras ordenado la carga esta mañana, hubiéramos perdido toda ventaja. En cuanto a ser inmune al

laran, salvo cuando lo captas directamente de mi mente o de la de Melisendra, o de la de alguien muy próximo a ti... bien, eso podría representar una ventaja. Hablaremos de eso más tarde. Se me ocurre que podrías hacerme un servicio. -Entornó los ojos y miró intensamente a Paul-. Tendré que pensarlo. Mientras tanto, tengo que ocuparme de esta aldea rebelde. Quédate conmigo y presta atención a lo que ocurre: alguna vez te tocará organizar cosas así.

Paul, cumpliendo la indicación, escuchó atentamente mientras Bard impartía las órdenes con respecto a los hombres que habían ayudado activamente al ejército de Serráis. Este año pagarían impuestos dobles; los que no pudieran hacerlo, deberían cumplir cuarenta días de trabajo gratuito en los caminos. Paul ya había aprendido que el ciclo de cuarenta días, que correspondía al de la luna de mayor tamaño, cumplía socialmente la función de un mes, constituido por cuatro grupos de diez días. También las mujeres seguían en su ciclo menstrual el ritmo de cuarenta días de la luna mayor.

Cuando Bard terminó de dar sus órdenes, todos vitorearon su benevolencia.

-Con todo respeto, señor General, tendrías que haber incendiado la aldea -apuntó uno de los oficiales de Bard.

Pero éste meneó la cabeza.

-Necesitaremos buenos súbditos que nos paguen impuestos. Los hombres muertos no mantienen ejércitos, y necesitamos el trabajo de sus manos. Además si los colgamos, siempre tendremos que mantener a sus esposas e hijos, ¿o estás sugiriendo que imitemos a los de las Ciudades Secas y vendamos las mujeres y los niños a los

burdeles? ¿Qué sentiría esa gente por el rey Alaric, por no hablar de sus ejércitos?

-Estoy sorprendido -dijo suavemente maese Gareth detrás de él-. Cuando era joven nadie hubiera sospechado que Bard di Asturien, por valeroso que fuera, se convertiría en un adulto con algún sentido político.

Una muchacha bonita, pelirroja y de cuerpo redondeado se acercó a ellos, haciéndoles una reverencia.

-La casa de mi padre es tu cuartel general, señor General. ¿Puedo servirte vino de su bodega?

-Bien -asintió Bard-, lo aceptaremos con mucho gusto. Sírvele también a mi plana mayor si quieres. Y más te agradezco si lo sirves tú misma, querida.

Le sonrió, y ella le devolvió la sonrisa.

Paul, recordando que las mujeres *leroni* estaban acuarteladas en el otro extremo de la aldea, en una casa aparte, con cuatro guardias para proteger su intimidad, evocó también lo que decían los soldados acerca de la terrible reputación que Bard tenía con las mujeres.

Pero antes de que la muchacha pudiera regresar con el vino, una de las hermanas de la Espada, con la túnica escarlata desgarrada y manchada por el combate, irrumpió en la habitación.

-¡Mi señor! -exclamó cayendo de rodillas ante Bard-. ¡Apelo a la justicia del Lobo de Kilghard!

-Si eres una de las que combatió para nosotros, *mestra,* la tendrás -aseguró Bard-. ¿Qué te ocurre? Si algún hombre de mi ejército te ha puesto la mano encima... Personalmente no considero que las mujeres deban ser soldados, pero si luchas en mi ejército, tienes derecho a mi protección. El hombre que te haya tocado en contra de tu voluntad será castrado y después ahorcado.

-No -respondió la mujer de túnica roja, posando una mano sobre la daga que llevaba en el escote-.

Ese hombre, de existir, ya hubiera muerto por mi mano o por la de mi hermana de juramento. Pero había mercenarias de la Hermandad en *el* ejército de Serráis, mi señor. Casi todas huyeron junto con el ejército, pero una o dos estaban heridas y otras permanecieron junto a sus hermanas. Ahora que el combate ha terminado los hombres de tu ejército no las están tratando con la cortesía que la costumbre indica en el caso de los prisioneros de guerra. Una de ellas ya ha sido violada, y cuando pedí a los sargentos que los detuvieran, me dijeron que si una mujer iba al combate debía estar segura de que no perdería la batalla, pues no se la trataría como a un guerrero sino como a una mujer.

La boca de la mujer soldado temblaba de indignación. Rápidamente, Bard se levantó.

-Pondré fin a eso, por supuesto -dijo e indicó con un gesto a Paul y a uno o dos de sus oficiales que lo siguieran. Acto seguido salió de la casa.

Siguieron a la mujer vestida de rojo a través de la aldea, en medio de la confusión del ejército que montaba su campamento, pero en cuanto se alejaron un poco de la aldea comprendieron la situación.

Oyeron gritos de mujeres; un grupo de hombres se había reunido alrededor de una de las carpas y proferían asquerosas expresiones de estímulo. A un lado había una pelea, ya que un grupo de mujeres vestidas de rojo intentaba abrirse paso hasta la carpa por la fuerza.

En medio de todo ese ruido y confusión se oyó el bramido de Bard.

-¿Qué demonios ocurre aquí? ¡Todos atrás!

-Señor General...

Hubo murmullos, consternadas exclamaciones de reconocimiento.

Bard entró en la carpa, y un par de minutos más tarde, dos hombres salieron tambaleándose a resultas

de un poderosos puntapié. En el interior una mujer sollozaba desesperadamente. Bard se detuvo para decir al guardia algo que Paul no alcanzó a oír, y después volvió a alzar la voz.

-Por última vez, ya di mis órdenes: ¡no hay que tocar a ningún civil ni maltratar a ningún prisionero!

Indicó con la cabeza a los hombres que había pateado. Éstos estaban sentados en el suelo, atontados, confundidos, con la ropa desarreglada.

-Si estos hombres tienen aquí algún amigo, que se los lleven y los pongan sobrios.

Hubo murmullos entre las filas y uno de los hombres gritó:

-¡Podemos tomar todo lo que tiene el otro ejército, ésa es la costumbre! ¿Por qué nos niegas lo acostumbrado, general Lobo?

Bard se volvió en dirección a la voz y replicó con aspereza:

-La costumbre sólo os autoriza a tomar sus armas. ¿O acaso algún hombre del ejército opositor ha sido convertido en vuestro amante por la fuerza? -Hubo un murmullo de indignación ante la sola idea-. Entonces, apartad las manos de estas mujeres, ¿me oís? Y mientras lo hacéis, os repetiré lo que le dije a este soldado. -Indicó con un gesto a la mujer de la Hermandad-. ¡Cualquier hombre que le ponga una mano encima a una de las mujeres de la Hermandad que ha luchado con nosotros por el honor y la fuerza de Asturias, y por el reino del rey Alaric, será primero castrado y luego colgado, así tenga que hacerlo yo mismo! Comprendedlo de una vez por todas.

Pero la mujer de rojo volvió a arrojarse a los pies de Bard.

-¿No castigarás a los hombres que han ultrajado a mis hermanas?

Bard meneó la cabeza.

-He puesto punto final a eso, pero mis hombres actuaron por ignorancia y no los castigaré. Nadie volverá a tocar a una prisionera, pero lo hecho hecho está, y no daré a las mujeres que lucharon contra mí la misma clase de protección que brindo a mi propio ejército. De lo contrario, ¿cuál sería el beneficio entonces de pertenecer a mi ejército? Si las mercenarias de tu Hermandad quieren jurar lealtad a Asturias y luchar en mis ejércitos, les daré esa protección, pero no de otro modo. Sin embargo -añadió subiendo la voz y mirando a todos los hombres reunidos-, si alguien vuelve a tocar a una prisionera, salvo como lo autoriza la costumbre, lo haré azotar y no recibirá su paga, ¿queda ciar o?

La mujer estaba a punto de seguir hablando, pero él la interrumpió.

-Basta, he dicho. No quiero más peleas. Vamos, hombres, marchaos. ¡Ocupaos de vuestros asuntos! ¡Una pelea más y mañana habrá azotes y cabezas rotas!

Cuando regresaron a la casa que albergaba a la comandancia, todos habían terminado de beber y se marcharon a ocuparse de sus cosas.

La muchacha pelirroja, que a Paul le recordaba un poco a Melisendra, le puso una copa en la mano y le sonrió.

-Toma, señor, termina tu vino antes de marcharte.

Él la miró y bebió, deslizando el brazo alrededor de la cintura de ella. La coqueta sonrisa de la joven le hizo comprender que su gesto era bienvenido, y él la atrajo hacia sí.

Una mano pesada cayó sobre su hombro y resonó la voz de Bard:

-Déjala en paz, Paul. Ella es mía.

Paul maldijo mentalmente, sabiendo que tendría que haberlo previsto. Ya había descubierto durante la

campaña que él y Bard tenían el mismo gusto en mujeres. Naturalmente, si eran el mismo hombre, ambos desearían lo mismo en mujeres, y no era la primera vez que sus ojos se habían posado en la misma soldadera o mujer de vida alegre en una ciudad tomada. Sin embargo, era la primera vez que se producía un enfrentamiento directo.

Paul pensó que Bard estaba en deuda con él por haber comandado la carga, de manera que dejó el brazo obstinadamente en torno a la cintura de la joven. ¡Esta vez él no cedería!

-¡Oh, demonios! -exclamó Bard.

Paul advirtió que ya estaba borracho, también que el resto de la plana mayor se había ido, dejándolos a los dos solos con la chica. Tomó a la muchacha de la barbilla y le preguntó:

-¿A cuál de los dos prefieres, moza?

La sonrisa de ella pasó de uno a otro. También ella había estado bebiendo. Paul percibía el dulce aroma arrutado del vino en su aliento. O bien la bebida había aguzado la percepción de la muchacha o bien tenía algún vestigio de *laran,* pues dijo:

-¿Cómo puedo elegir entre ambos, cuando sois tan semejantes? ¿Sois hermanos gemelos? ¿Qué puede hacer una pobre muchacha cuando al elegir a uno debe perder al otro?

-No hay necesidad de eso -sugirió Paul mientras se tomaba el vino, advirtiendo que era mucho más fuerte que el de antes y que estaba cada vez más borracho-. No es necesario demostrar cuál de los dos es el mejor esta vez, ¿no es cierto, hermano?

Con anterioridad nunca había pronunciado en voz alta una manifestación de la inconsciente rivalidad que existía entre ambos. Y si Bard era de algún modo una mitad secreta de sí mismo, ¿acaso no era ésta la mejor manera de reconciliarse con ella?

La muchacha paseó la mirada de uno a otro riéndose, y se volvió para guiarlos.

-Por aquí.

Paul estaba lo bastante borracho para conservar una despiadada claridad.

Bard hizo el intento de *arrojar* una moneda. Paul no se sorprendió ante el gesto -esa clase de elección por el azar era muy común en algunas culturas-, pero se echó atrás, para observar la velada y elegante danza de los cuerpos, el de Bard y el de la chica, el cuerpo de él y el de ella, cuando Bard se arrojó en la cama atrayendo a la muchacha encima de él. Paul experimentó una sorpresa momentánea -él la hubiera retenido debajo de su cuerpo-, pero la idea era remota, como en un sueño. Se dejó caer junto a ellos y sus manos vagaron por la curvada espalda de la joven, por su cabello sedoso. Ella se volvió un poquito y su boca se oprimió sobre la de él mientras soltaba un jadeo de excitación cuando Bard la penetraba. La joven encontró un momento y una mano libre para acariciarle el sexo. Al abrazarla, Paul descubrió que estaba abrazándolos a ambos, pero eso no parecía importante; era como un sueño, nada parecía prohibido ahora y sabía que sus tres cuerpos enlazados iniciaban una danza cambiante. La suavidad de la mujer sólo parecía una excusa para saborearse a sí mismo, para conocer la excitación de Bard y compartirla. Era algo así como un sueño obsceno. Cuando Paul poseyó a la joven supo que Bard, ahora en pleno contacto telepático con él, compartía su placer tal como él había compartido el de su gemelo. Nunca averiguó, nunca quiso averiguar, cuánto duró o en qué momento, ya olvidada la muchacha, se encontró en el duro abrazo de Bard, desaparecida ya toda suavidad en una lucha casi a muerte, unidos por algo que no pudo identificar como pasión ni como odio, y en un último aislamiento sardónico se preguntó si esto

no podría considerarse, si es que verdaderamente eran el mismo hombre, la masturbación última, y entonces ya no importó si la violenta explosión era el orgasmo o la muerte.

Se despertó solo, con la cabeza estallándole. La muchacha no estaba y jamás volvió a verla. No había significado nada, sólo había sido la excusa para el violento enfrentamiento con su gemelo oscuro, su otra mitad, su extraño otro, al que apenas conocía.

Se mojó la cara con el agua helada del balde y todavía jadeaba de frío cuando entró Bard.

-Mi ordenanza me trajo una jarra *de jaco* caliente. Si tu cabeza está en el mismo estado que la mía, te convendría beber la mitad -le sugirió.

La infusión olía como chocolate amargo, pero su efecto era más o menos el mismo que el de un café negro muy cargado, y Paul se lo tomó agradecido. Bard se sirvió otro jarro.

-Quiero hablar contigo, Paolo. Sabes que ayer tú salvaste el día. Esa condenada ilusión de las arpías es nueva, y los *leroni* no estaban preparados para ella. ¡Parecía tan real! ¿De verdad no las viste en absoluto?

-Sólo a través de tu mente, como te dije.

-Entonces eres inmune a esa clase de ilusión. ¡Me gustaría poder confiar en maese Gareth! Tal vez él podría darnos una explicación. Entre otras cosas esto te da una ventaja si algún día debes comandar el ejército. Los hombres te seguirán, pero tendrás que andar con cuidado con los *leroni,* ya que percibirán que hay algo extraño en ti. -Soltó una carcajada-. ¡Es lo único que tiene de bueno ese pacto de Varzil, condenado sea! ¡Si alguna vez deciden poner ese pacto en vigencia, al menos podremos combatir sin llevar con nosotros a ese maldito grupo de hechiceros!

-¡Creí que tú y maese Gareth erais amigos, que confiabas en él!

-Es cierto -admitió Bard-. Me conoce desde que mis hermanos de crianza y yo éramos niños. Sin embargo, estaré contento de prescindir de sus servicios *y* enviarlo a pasar una hermosa y pacífica vejez en una torre. Cuando esta tierra esté en paz otra vez, tal vez Alaric, después de todo, se adhiera al pacto. No me gusta la idea de que mis futuros súbditos sean bombardeados y privados de sus hogares, y allá donde arrojaron polvo fundehuesos el año pasado, las parteras cuentan que los niños nacen sin brazos, piernas, ni ojos, con el paladar hendido o con cola, cosas que no se suele ver ni una vez en un año. Allí se dan docenas de casos así. ¡Tiene que haber alguna relación! Los hombres y las mujeres mueren porque se les aclara la sangre, y lo peor de todo es que todavía resulta peligroso cabalgar por allí. ¡Sospecho que esa tierra estará quemada durante años, tal vez durante una o dos generaciones! ¡Hay demasiada hechicería suelta!

Paul se preguntó cómo habían logrado gracias al poder mental hacer polvo radiactivo. Lo que Bard había descrito era, sin lugar a dudas, el producto de alguna clase *de* radiación. Bien, si el *laran* podía hacer las otras cosas que él ya conocía, sin duda era capaz de romper las moléculas en sus átomos componentes o combinarlos para formar elementos pesados radiactivos.

-¡A esa clase de *laran* sin duda yo no sería inmune! -observó Paul.

-No, creo que no. Tu mente puede ser inmune, pero tu cuerpo no es diferente del de cualquier otro. Sin embargo, hay clases de *laran* a las que tú serías inmune y yo no; y por eso tengo una tarea para ti. La fuerza principal de Serráis está destruida. Hoy me enteré de que los Aillard, después del bombardeo de

Hali, se han adherido al pacto, lo cual significa que todas las tierras del sur de las llanuras de Valeron, doce o trece reinos en total, estarán desprotegidas y listas para que cualquiera las tome. Ya ves, tengo una tarea para ti. -Frunció el ceño, mirando el suelo con fijeza-. Quiero que vayas al Lago del Silencio y traigas de regreso a Carlina. El sitio está protegido con hechicería, pero a ti eso no debe importarte. Puedes atravesar sus defensas, ignorar sus ilusiones y secuestrarla para traerla aquí.

-¿Quién es Carlina? -preguntó Paul.

Pero sabía la respuesta antes de que Bard le contestara:

-Mi esposa.

Estaba amaneciendo sobre el lago del Silencio, y en la isla Sagrada una larga procesión de mujeres, todas vestidas de negro, todas con una manto oscuro cubriéndoles la cabeza y el cuchillo en forma de hoz de la sacerdotisa pendiendo de la cintura, serpenteaba lentamente por la orilla, desde el templo en forma de colmena hacia las casas donde vivían.

La sacerdotisa Liriel, quien en el mundo había sido conocida como Carlina, hija del rey Ardrin, caminaba silenciosamente entre ellas, mientras una parte de su mente escuchaba todavía la plegaria matinal:

-Tu noche, Madre Avarra, da paso al alba y a la luz del día. Pero a tu oscuridad, oh Madre, todas las cosas deben retornar un día. Mientras hacemos tus obras de caridad a la luz no permitas que olvidemos jamás que todo brillo debe desvanecerse y que sólo tu oscuridad permanecerá al final...

Mientras entraban al edificio revocado y laberíntico que era el comedor de las sacerdotisas, la mente, de Carlina se volcó a otras cosas; pero era su turno de ayudar en el salón comedor. Colgó su pesado manto negro en un perchero colocado en el pasillo y entró a la oscura y enorme cocina, donde se envolvió en un gran delantal blanco, para cubrirse la falda y la túnica negra.

Se envolvió la cabeza con una toalla blanca y comenzó a servir el potaje que había hervido a fuego lento en una gran olla durante toda la noche. Cuando hubo servido todo el potaje en vasijas de madera, cortó largas rodajas de pan y las colocó en una bandeja de madera; llenó las pequeñas cazuelas con manteca y miel, para colocarlas a intervalos a lo largo de la mesa del desayuno. A medida que los bancos se llenaron de figuras vestidas de negro, pasó entre ellas, sirviéndoles leche fría o té caliente de una jarra. Estaba permitido hablar durante el desayuno, pero las otras comidas se tomaban en el silencio de la meditación. De las mesas provenían sonidos de algarabía y risas, el diario respiro de la solemnidad impuesta sobre las sacerdotisas la mayor parte del tiempo. Bromeaban y murmuraban como lo haría un grupo más de mujeres en cualquier lugar del reino. Carlina finalmente terminó de servir y se dirigió al lugar que le estaba asignado.

-Pero hay un nuevo rey en Marenji ahora -dijo una de las hermanas a su izquierda, hablándole a una tercera-, y ya no basta con pagar tributo al

rey, sino que además han llamado a todos los hombres sanos que puedan portar armas para luchar contra los Hastur, en el ejército del señor General. Dicen que el rey Alaric es solamente un muchacho, pero el comandante de sus ejércitos fue antes un famoso bandido a quien llamaban el Lobo de Kilghard, y que ahora es el señor General. ¡Dicen que es un terror! Ha conquistado Hammerfell y Sain Scarp, y la mujer que vino a traer cuero para las suelas de los zapatos me dijo que también Serráis ha caído en sus manos. Y ahora que marcha hacia las llanuras de Valeron, conseguirá que los Cien Reinos se subleven contra los Hastur...

-Eso me parece una blasfemia -intervino madre Luciella, que, según decían, era lo bastante vieja como para recordar el reinado de los antiguos reyes Has-

tur-. ¿Quién es este señor General? No pertenece en absoluto al linaje de Hastur.

-No. Según dicen, ha jurado arrebatar el reino a los Hastur -respondió la que había hablado primero-, y también los Cíen Reinos. Es el medio hermano del rey... ¡y es el verdadero gobernante, a pesar de quién se siente en el trono, hermana Liriel! -dijo la sacerdotisa-, ¿tú no venías de la corte de Asturias? ¿No sabes quién podría ser este hombre, ese al que llaman el Lobo del Kilghard?

Carlina estaba tan sorprendida que soltó un «sí», antes de contenerse y responder con severidad:

-Tú sabes muy bien, hermana Anya, que proceda de donde proceda, ahora soy tan sólo la hermana Liriel, sacerdotisa de la Madre Oscura.

-No seas así-se enfurruñó Anya-. ¡Creí que te interesaría tener noticias de tu tierra, que tal vez conocías a este general!

Debe de ser Bard, pensó Carlina. *No puede ser otro.*

-Ahora no tengo hogar, salvo la Isla Sagrada -dijo ferozmente en voz alta y enterró con resolución su cuchara en el cuenco de potaje.

No... Ahora ya no tenía interés en lo que ocurriera en el mundo más allá del lago del Silencio. Ahora ya no era más que una sacerdotisa de Avarra, y estaba satisfecha de seguir siéndolo toda la vida.

-Tú puedes decir eso -insistió la hermana Anya-, pero medio año atrás, cuando esos hombres armados vinieron a la isla, preguntaron por ti, llamándote por tu viejo nombre. ¿Crees que la madre Ellinen no sabía que antes te llamaban Carlina?

El sonido del nombre hizo daño a sus nervios, que ya estaban a flor de piel. Carlina, la hermana Liriel, se levantó con furia.

-¡Sabes muy bien que está prohibido pronunciar el nombre mundano de cualquiera que, después de haber buscado refugio aquí, haya sido aceptada bajo el manto de la Madre! Has transgredido una regla del templo. ¡Ahora, como tu superior, te ordeno que cumplas el castigo exigido!

Anya la miró con fijeza, con ojos muy abiertos. Al ver la furia de Carlina, bajó la cabeza y luego abandonó su silla para arrodillarse en el suelo de piedra.

-Humildemente te pido perdón ante todas nosotras, hermana mía. Me sentencio a cavar medio día limpiando las piedras del sendero al templo de

malezas sin tomar al mediodía otro alimento que pan y agua. ¿Bastará con esto?

Carlina se arrodilló a su lado.

-Es demasiado severo. Come tu comida, hermanita, y yo misma te ayudaré a limpiar las piedras cuando haya terminado mi tarea en la casa de las enfermas, pues también yo he sido culpable de perder los estribos. Pero en nombre de la diosa, querida hermana, te lo imploro: deja el pasado oculto bajo su manto y nunca más vuelvas a pronunciar ese nombre.

-Que así sea -asintió Anya, incorporándose, y recogió su cuenco y la taza para llevarlos a la cocina.

Carlina, que la siguió con su vajilla, trató voluntariosamente de borrar el ceño que se dibujaba entre sus cejas. El sonido del nombre que ella misma había descartado para siempre la había perturbado más de lo que podía expresar, había despertado en ella emociones olvidadas mucho tiempo atrás. Aquí había encontrado paz, compañerismo, un trabajo útil. Aquí era feliz. En realidad, no se había preocupado ni asustado cuando Bard había acudido hasta allí con hombres armados; había confiado en que Avarra la protegería y ahora confiaba en que esa protección sería tan segura como lo había sido en aquella ocasión. Sus hermanas las protegerían, y también los hechizos que imponían a las aguas del lago.

No, no había tenido miedo. Que Bard se apoderara de toda Asturias, de todos los Cien Reinos; eso no significaba nada para ella, pues aquel hombre había desaparecido de su mente. Entonces sólo había sido una jovencita; ahora era toda una mujer, una sacerdotisa de Avarra, y estaba segura dentro de los muros del lugar que había elegido.

La hermana Anya se había ido a cumplir su pesado trabajo en las piedras del sendero, una labor que debía realizarse pero que no podía asignarse a nadie y que debía esperar hasta el momento en que alguien se ofreciera para él voluntariamente como castigo por haber transgredido una regla o por alguna imperfección de conducta, real o imaginaria. Ocasionalmente, también se utilizaba como medio de dar empleo a energías superfluas. Carlina sabía que le gustaría realizar el duro trabajo físico que implicaba arrancar las malezas anudadas que hacían desparejas las piedras del sendero, y que perdería su ansiedad eh la agotadora tarea que implicaba levantar y cambiar las piedras limpiando el terreno de malezas y de espinas. Pero todavía no estaba en libertad de buscar esa monotonía que calmaría su mente: era el día en que le correspondía atender a las enfermas. Se quitó el delantal y la toalla, dejó su vajilla para que la lavaran las jóvenes novicias y se dirigió a cumplir la tarea que le habían asignado.

En los años transcurridos desde que había llegado a la isla del Silencio había aprendido mucho del arte de curar, y ahora se la consideraba una de las más hábiles de las sacerdotisas curadoras de segunda clase. Sabía que algún día estaría entre las mejores, entre aquellas a quienes se les confiaba la tarea de entrenar a otras. Sólo su juventud le impedía alcanzar ahora ese cargo. Y esto no era vanidad, era simplemente una conciencia realista de las habilidades que había aprendido desde que había llegado allí, habilidades que no había sospechado

en Asturias, porque en la corte nadie se había molestado en difundirlas ni en enseñar a usarlas.

En primer lugar debía dedicarse a la rutina menor de cada día. Una novicia se había quemado la mano con la cazuela de potaje. Carlina curó la quemadura con aceite y la vendó con gasa y le dio un pequeño sermón aconsejándole que estuviera atenta a lo que hacía cuando manipulaba cosas calientes.

-La meditación está muy bien -advirtió con severidad-, pero cuando estás manipulando cazuelas calientes sobre el fuego no es el momento para la plegaria ni para la contemplación. Tu cuerpo pertenece a la diosa; a ti te corresponde cuidarlo como propiedad de ella. ¿Comprendes, Lori?

Preparó té para una de las madres que sufría jaqueca y para una joven novicia que padecía espasmos, fue a hacer una visita a una de las sacerdotisas más viejas, quien se deslizaba inconscientemente a una muerte tranquila e indolora -poco podía hacer por ella salvo acariciarle la mano, pues la anciana ya no podía verla ni reconocerla-, y administró un linimento a una sacerdotisa que trabajaba en la vaquería y que había sido pisada por la pata torpe de un animal.

-Frótate con esto, hermana, y en el futuro recuerda que la bestia no es lo bastante inteligente para esquivar tu pie, de modo que tu debes ser suficientemente sensata como para mantener tus pies fuera de su camino. Y no vuelvas a ir a la vaquería durante un par de días. La madre Allida probablemente muera hoy; puedes sentarte a su lado para sostenerle la mano y hablarle si parece inquieta. Puede ponerse lúcida cuando el final se aproxime. Si así fuera, debes mandar llamar de inmediato a la madre Ellinen.

Después fue a la casa de las visitantes, donde dos veces cada diez días tenía la obligación de atender a las enfermas que acudían a requerir la ayuda de las sacerdotisas de Avarra, usualmente después de que la curadora de la aldea no lograra ayudarlas.

Tres mujeres estaban sentadas en silencio en un banco. Carlina hizo un gesto a la primera para indicarle que entrara a un pequeño cuarto interior.

-En nombre de la Madre Avarra, ¿cómo puedo ayudarte, hermana mía?

-En nombre de la Madre Avarra -respondió la mujer, que era pequeña, graciosa pero bastante ajada-, he estado casada durante siete años y nunca he concebido un hijo. Mi esposo me ama, y él hubiera aceptado esto como voluntad de los dioses, pero su madre y su padre... Vivimos en las tierras de mis suegros y han amanazarlo con hacerlo divorciar para casarlo con una esposa fértil. Yo... yo... -se derrumbó, tartamudeando-. Me he ofrecido a criar y adoptar a cualquier otro hijo que él pueda engendrar con otra mujer, pero su familia lo quiere casado con una mujer que pueda darle muchos hijos. Y yo... yo lo amo -concluyó, y quedó en silencio.

-¿Verdaderamente deseas hijos? ¿O quieres tenerlos solamente como una obligación hacia tu esposo, como una manera de conservar su amor y su atención? -le preguntó Carlina con suavidad.

-Las dos cosas -respondió la mujer, enjugándose furtivamente los ojos con el borde de su velo.

Carlina, con su *laran* consciente muy aguzado para captar el significado oculto de la respuesta, percibió la sinceridad de la mujer cuando ésta agregó, sollozando:

-Le prometí que criaría los hijos que tuviera con cualquier mujer que eligiera. Tenemos al bebé de su hermana para criar, y he descubierto que amo a los niños pequeños. Veo a otras mujeres que amamantan a sus bebés y deseo el mío... ¡oh, cómo lo deseo! Tú que has jurado castidad no puedes comprender lo que resulta ver a otras mujeres con sus niños y saber que nunca tendrás uno propio... Tengo a mi adoptivo para amar, pero yo también quiero tener uno, y quiero quedarme con Mikhail...

Carlina reflexionó durante un momento.

-Veré qué puedo hacer para ayudarte -dijo después.

Pidió a la mujer que se tendiera sobre una larga mesa. Ella la miró con aprensión y Carlina, todavía en contacto con ella, supo que había sufrido las dolorosos intervenciones de las parteras que habían intentado ayudarla.

-No te haré daño -prometió Carlina-, ni siquiera te tocaré; pero debes quedarte muy quieta y tranquila o no podré hacer nada.

Extrayendo su piedra estelar del pecho, dejó que su conciencia se hundiera profundamente en el cuerpo de la mujer, y encontró al cabo de un rato el bloqueo que había impedido la concepción. Con esa misma conciencia se hundió en los nervios y en los tejidos para desbloquear el daño casi célula por célula

Después, con un gesto, indicó a la mujer que se incorporara.

-No puedo prometer nada, pero ahora no hay razón para que no concibas un hijo. ¿Dices que tu esposo ha concebido hijos con otras? Entonces, dentro de un año, parirás el tuyo.

La mujer empezó a deshacerse en agradecimientos, pero Carlina se lo impidió.

-No me des a mí las gracias, sino a la Madre Avarra -dijo-, y cuando seas vieja, nunca dirijas palabras crueles a una mujer estéril, ni la castigues por su condición. Podría no ser culpa de ella.

Mientras observaba marcharse a la mujer, se alegró de haber encontrado un bloqueo físico. Cuando no encontraba nada, debía suponer que la mujer en cuestión verdaderamente no deseaba tener un hijo y, con un *laran* del que no era consciente, había estado bloqueando la concepción. También podía suceder que el esposo de la mujer fuera estéril. Pocas generaciones atrás, cuando el matrimonio era un asunto grupal y las mujeres normalmente daban hijos a hombres diferentes, todo se desarrollaba de forma más simple: una mera cuestión de estimular a una mujer tímida para que se acostara con dos o tres hombres que no fueran su esposo, tal vez durante un festival, para que la mujer pudiera creer con sinceridad que el hijo había sido engendrado por el padre que ella quería. Pero ahora, cuando la herencia y la propiedad se basaban firmemente en la paternidad literal, sólo podía aconsejar a la mujer que aceptara su esterilidad, o que tomara un amante arriesgándose a la furia de su esposo. El viejo estilo, pensó Carlina, era más lógico.

La segunda mujer también había venido a consultarla por una cuestión de fertilidad, lo que no sorprendió a Carlina, ya que por lo general las mujeres recurrían a la diosa para esas cosas.

-Tenemos tres hijas, pero todos nuestros hijos murieron, salvo el último -explicó la mujer-. Mi esposo está enojado conmigo, pues no he tenido ningún hijo varón durante cinco años, y dice que no sirvo para nada...

La vieja historia de siempre, pensó Carlina.

-Dime, ¿verdaderamente deseas tener otro hijo?

-Si mi esposo estuviera contento, yo también lo estaría -respondió la mujer, temblando-, pues he dado a luz a ocho niños, y cuatro viven todavía. Nuestro hijo está sano y bien, y ya tiene seis años. Nuestra hija mayor ya está en edad de casarse. Pero yo no soporto la furia de él...

-Debes decirle que es la voluntad de Avarra; y él debe agradecer la misericordia de la diosa, ya que un único hijo os quedó con vida -indicó Carlina con severidad-. Debe alegrarse de los hijos que tiene, pues no eres tú quien le niega la descendencia, sino que es la propia Madre quien te ha dicho que ya has cumplido tu misión al parir tantos hijos.

La mujer no pudo ocultar el alivio que sentía.

-Pero se enojará mucho, y tal vez me pegue...

-Si lo hace -respondió Carlina, sin poder ocultar su sonrisa-, te digo que en nombre de Avarra tomes un leño del fuego y le pegues en la cabeza, y ya que lo haces, pégale también por mí. -Luego agregó, con mayor seriedad-: También recuérdale que los dioses castigan a los impíos. Debe aceptar las bendiciones que ya ha tenido y no codiciar más.

La mujer le agradeció, y Carlina pensó, asombrada:

¡Misericordiosa Madre de Todos! ¡Ocho niños y estaba dispuesta a tener más!

La última mujer era una cincuentona, y cuando la introdujo a la pequeña habitación explicó tímidamente a Carlina que había empezado a sangrar otra vez cuando ya hacía mucho que no lo hacía. Estaba delgada y demacrada y tenía mal color, y por primera vez, después de muchas preguntas, Carlina la examinó físicamente y también con la piedra estelar.

-No tengo la habilidad necesaria para tratarte; debes regresar dentro de diez días para hablar con una de las madres -le dijo después-. Mientras tanto, bebe este té... -le entregó un paquete-. Aliviará el dolor y la hemorragia. Trata de comer bien y de recuperar un poco de peso, para tener así la fuerza necesaria para soportar cualquier tratamiento que se te indique.

La mujer se marchó, aferrando su paquete de té de hierbas, y Carlina exhaló un suspiro, pensando en lo que probablemente la esperaba. La neutralización podría salvar a la mujer; sólo las más hábiles podían decidir si valía la pena, o si sólo prolongaría sus sufrimientos. Si se decidía que no, la sacerdotisa principal le

daría otro paquete de té, pero éste contendría un veneno leve que la mataría antes de que el dolor le quitara toda humanidad y dignidad. Ella odiaba la sentencia, pero la misericordia de Avarra incluía facilitar la muerte de aquellas para quienes la muerte era, en cualquier caso, inevitable.

Toda la tarde, mientras trabajaba junto a Anya arrancando las malezas espinosas que habían desalojado las piedras del sendero que conducía al templo, pensó en ellas, en las mujeres que se habían ido

contentas, en la que no había podido ayudar. Poco antes del servicio del atardecer, la madre Ellinen la mandó llamar.

-La madre Amalia ha tenido una visión -anunció a Carlina-, y necesitaremos más protección. Otra vez seremos invadidas. Preveo que nos atacarán por tu causa. -Palmeó la mano de Carlina-. Sé que no es culpa tuya, hermana Liriel. El mal mora en el mundo, por voluntad de los dioses} pero la Madre nos protegerá.

Eso espero, pensó Carlina. *Desde luego, eso espero.*

Pero le pareció que, desde muy lejos, alcanzaba a oír a Bard pronunciando su nombre, y volvió a escuchar su amenaza:

Donde vayas, donde intentes ocultarte de mí, Carena, te tendré, lo quieras o no...

-Carlina -le repitió Bard-, mi esposa. Y yo no puedo llegar a la isla del Silencio. Pero tú puedes, porque eres inmune a las ilusiones, a menos que las captes de otra mente que puedas leer, y no hay muchas que cumplan este requisito. Tú puedes llegar a la isla del Silencio y devolverme a Carlina. Pero no cometas ningún error -le advirtió-, sé que deseamos a las mismas mujeres, y ya te he dado a Melisendra. Pero te juro

que si rozas siquiera a Carlina con la yema de un dedo, te mataré. ¡Carlina es mía, y la tendré, por más que se esconda!

Ahora Paul observaba las tranquilas aguas del lago del Silencio. Oculto entre los juncos, había estudiado el bote, atado a una soga con la que podía ser atraído desde ambas costas, aunque si iba cargado era necesario remar para cruzarlo. Podía matar a la vieja barquera, pero había observado que dos mujeres se acercaban remando, por la mañana y por la noche, para traerle comida y una jarra de vino. Ellas podrían advertir su ausencia.

Tras mucho reflexionar, mientras la barquera llevaba a las sacerdotisas de regreso a la isla, Paul se escurrió al interior de la cabaña y mezcló el vino con un licor poderoso, fuerte e incoloro. Eso la emborracharía tanto que la mujer ni se enteraría de lo que estaba ocurriendo, y si las sacerdotisas la encontraban ebria, la vieja sólo podría decir que había tomado su ración usual de vino, y que por algún motivo la había afectado en exceso.

Para cuando las otras pudieran sospechar que la barquera había sido drogada, ya sería demasiado tarde para tomar medidas al respecto. Sin embargo, si la encontraban muerta o inconsciente, o maniatada y amordazada, lo primero que sospecharían era que había un intruso en la isla.

De modo que esperó hasta que la mujer regresó de la isla, tras lo cual se sentó ante su choza para comer y beber. Comió con apetito el pan y la fruta que le habían traído y lo empujó con grandes sorbos de vino y, tal como Paul lo había previsto, rápidamente se mareó y se dirigió tambaleándose al interior de la choza para acostarse en su cama. Muy pronto roncaba, sumida en un profundo sueño debido a la borrachera.

Paul asintió, aprobando. Ahora, aunque las demás percibieran físicamente que la mujer estaba borracha,

no se alarmarían. Después de todo, la barquera era una anciana, y no se podía esperar que soportara el vino como una persona joven.

Subió al bote y remó rápidamente a través del lago, invadido por un extraño silencio que bañaba las aguas y los oscuros juncos. Bard le había contado brevemente lo del hechizo impuesto al bote.

El lago le resultó deprimente y, en un par de ocasiones, por un momento se sintió mareado, con la curiosa sensación de haber estado remando en dirección equivocada, pero miró hacia la costa y hacia la línea de tierra de la isla y siguió adelante. Paul había leído en la mente de Bard el terror que este último había experimentado. Bard no sentía deseos de enfrentarse otra vez con eso ni siquiera por Carlina, y mucho menos de pisar las costas donde, se decía, cualquier hombre sorprendido allí debía morir.

Paul experimentó una opresión creciente, la sensación de estar condenado, pero le habían advertido de eso y no se asustó demasiado.

Si hubiera sido un hombre de aquel mundo, vulnerable a los hechizos y las ilusiones, creía, para entonces ya hubiera estado delirando de terror. Pensando en lo que había leído en las mentes de Bard y de Melisendra, Paul se alegraba de tener cierta inmunidad.

El bote encalló en la costa de la isla donde, según le habían dicho a Paul, ningún hombre había estado durante generaciones incontables. No experimentó ninguna sensación de reverencia: ¿qué significaban esos tabúes religiosos para él? Siempre había creído que las religiones eran cosas inventadas por los sacerdotes para controlar a los demás y vivir sin trabajar. Pero las costumbres ancestrales tenían su propia fuerza, y Paul no estaba en absoluto ansioso de enfrentarse con eso.

Un sendero evidentemente transitado, bordeado por escasos arbustos, subía desde la playa.

Paul lo rodeó, manteniéndose oculto tras los árboles, y se escondió tras el saliente de un edificio cuando un par de mujeres aparecieron por el sendero. Llevaban vestiduras oscuras y unos cuchillitos pequeños y curvos pendían de sus cinturones. A Paul le parecieron formidables, casi como si no fueran mujeres, con sus rostros severos y de mandíbulas marcadas, sus manos grandes y rústicas y sus vestidos informes que no revelaban ninguna curva femenina. Lo asustaron. No sentía ni el menor deseo de que lo descubrieran, ni tampoco quería verlas a ellas más tiempo del necesario.

Recordó que espiar los misterios femeninos siempre había significado la muerte, y por esa razón todas las sociedades sensatas los prohibía.

-Me ha parecido oír el bote -observó una de ellas.

-Oh, no, hermana Casilda. Mira, el bote está en la otra costa -señaló la segunda, y Paul se alegró de haber enviado el bote al otro lado de la cuerda.

La segunda mujer era una anciana matrona saludable, de doble mentón, y él se preguntó por qué estaba allí. Hubiera esperado verla en algún otro lado, aterrando a sus hijas crecidas y a sus nueras, e infundiendo a sus nietos el temor a Dios. Podía imaginarse que las sacerdotisas vírgenes fueran jóvenes doncellas, bellas y neuróticas, pero no este tipo de mujer que parecía una abuela sólida y capaz. Por algún motivo, eso lo desconcertó.

-¿Dónde está Gwennifer? -preguntó la robusta hermana Casilda, y tendió la mano hacia la alta vara que sostenía la cuerda del bote. Usó el mango de su cuchillo para golpear con fuerza la campana. Pero en la otra costa no hubo ningún sonido, ningún movimiento.

-No suele quedarse dormida en su puesto. ¿No estará enferma?

-Lo más probable -intervino una tercera mujer

que no había dicho nada hasta entonces- es que se haya bebido su ración de dos días de vino de golpe, y que esté durmiendo completamente borracha.

-En cualquier caso, eso no es un pecado mortal -dijo la primera mujer-. Sin embargo, creo que deberíamos tirar del bote y cruzar para cerciorarnos. Puede estar enferma y sin ninguna atención, o se puede haber caído y tal vez se ha fracturado un hueso, como suele ocurrirle a las mujeres ancianas. ¡Puede estar allí tendida durante días hasta que aparezca la próxima peregrina!

-Si eso ocurriera, nunca me lo perdonaría -coincidió la otra, y tiraron de la cuerda para atraer el bote hasta la isla, se subieron y empezaron a remar en dirección a la otra costa. Paul siguió su camino, contento de no haber dejado ninguna evidencia de que la anciana barquera había sido atacada. Sin duda la encontrarían allí tendida, espectacularmente borracha, pero no hallarían ningún indicio de que alguien le hubiera hecho daño, ni de que había habido presencias extrañas en los alrededores. En realidad, no le había hecho ningún daño a la anciana, simplemente le había dado un buen trago y, por lo que habían comentado las mujeres, de todos modos no era la primera vez que se emborrachaba y se quedaba dormida en su puesto.

Sintió que un escalofrío de temor le recorría la espalda. Si hubiera seguido su primer impulso, golpearla y maniatarla antes de subirse al bote, toda la isla estaría al corriente de que había un intruso allí.

Se había asegurado de que ninguna de las mujeres que había visto era la que él buscaba. Bard le había mostrado un retrato de Carlina, advirtiéndole que estaba muy retocado y que en cualquier caso había sido hecho siete años atrás, pero él estaba seguro de que reconocería a Carlina en cuanto la viera. En ese aspecto también experimentaba cierto temor sombrío. Él y Bard tenían la mala costumbre de interesarse por las mismas mujeres. Pero Bard se lo había dicho con toda claridad: Paul no podría tener a ésta.

Había leído el pensamiento de Bard lo suficiente para saber que Carlina había podido, al menos por un tiempo, desalojar de su doble toda idea con respecto a otras mujeres. Era algo que Paul nunca había percibido antes en Bard: estaba obsesionado con Carlina, no tanto en el sentido físico, sino con la idea de ella.

¡Dios Todopoderoso, pensó Paul, *supongamos que veo a Carlina y a mí también me produce ese efecto, de forma que no pueda resistirme!*

Bien, eso sólo significaría que la inevitable confrontación con Bard se produciría un poco antes, y eso era todo.

Si podía engañar a la muchacha y convencerla de que él era Bard, ¿facilitaría eso las cosas? ¿O ella temía y odiaba a Bard tal como Melisendra había llegado a odiarlo y temerlo ?

A juzgar por lo que Bard decía, habían sido novios desde la infancia, habían estado comprometidos y habían sido separados por la crueldad del rey. Pero si ella estaba tan ansiosa de reunirse con Bard como él decía, ¿qué estaba haciendo allí escondida entre las sacerdotisas de Avarra?

Podía pasar por Bard salvo en presencia de alguien como Melisendra, quien conocía cada detalle de la conducta de Bard. Pero Carlina no había tenido ninguna experiencia de intimidad con él. Paul sabía, por haber leído la mente de su doble, que el contacto más íntimo que ambos habían tenido había sido un par de besos castos... y además la joven los había rehuido.

Si consiguiera que Carlina lo aceptara como Bard, entonces su doble podría desaparecer tranquilamente, él quedaría en libertad y tendría el trono.

Pero no tendría la única cosa que hacía que este

mundo fuera valioso para él. Si engañaba a Melisendra, ella lo delataría. En todo caso, él debía ser más parecido a Bard de lo que creía. La tarea de gobernar un reino le resultaba aburrida. A diferencia de Bard, a él no le gustaba la guerra por sí misma, aunque al parecer compartía el talento de Bard para esas tareas. La guerra para Paul era simplemente el preludio necesario para un estado de cosas más ordenado, y a él lo aburriría muchísimo gobernar un reino ya puesto en orden. ¿Qué deseaba, entonces? Por raro que pareciera, nunca *se* había detenido a pensarlo, ni Bard tampoco se había preocupado por preguntárselo, tan seguro estaba de que Paul, siendo su doble, compartiría sus metas.

Bien, si fuera libre me gustaría salir a explorar con Melisendra. Hay mucho para ver aquí. Tal vez algún día nos asentaríamos, y tendríamos hijos y los criaríamos. Y caballos, me gustan los caballos. Un lugar donde las cosas tendrían sentido para mí, y no me metería en esa clase de problemas que me llevaron a la caja de estasis. Un mundo donde no estaría siempre transgrediendo leyes y reglas imposibles.

Era una verdadera vergüenza que las cosas no pudieran acabar de esa manera. Que Bard se quedara con el condenado reino. Con los cien, si quería. Tal vez pudiera convencerlo de que lo decía en serio. ¡Demonios, por qué no, si podían leerse el pensamiento! Bard tendría que creerle. Y si él tenía a Carlina, no querría a Melisendra. A Erlend tal vez, pero no a Melisendra.

Sólo que Bard nunca se sentiría seguro mientras Paul estuviera con vida. Tal vez podría convertir a Carlina en su aliada inmediatamente. ¡Nunca se había rebajado a hacerse amigo de una mujer! Las mujeres servían para una sola y única cosa. Pero no era eso lo que sentía hacia Melisendra. De alguna manera, ella también se había convertido en su amiga.

El crujido de unos arbustos y el ruido de pasos por el sendero le recordó que se encontraba en peligro, y se escurrió tras la sombra de unos arbustos.

Tres mujeres avanzaban por el sendero y Paul, que las espiaba, advirtió que una de ellas era Carlina.

Era pálida y delgada, y tan pequeña que apenas si le llegaría a la altura del pecho. Llevaba el cabello recogido en una larga trenza. Se movía con el mismo andar tranquilo y distante de las otras sacerdotisas, y su vestido informe la hacía parecer torpe.

Desde su escondite, Paul la observó con consternación. ¿Ésta... ésta era la princesa Carlina, la mujer por la que Bard estaba tan obsesionado que no podía pensar en ninguna otra? ¿Y por ella estaba dispuesto a abandonar la bella madurez de Melisendra, quien además era la madre de

su hijo? Melisendra era también inteligente, bella, entrenada en el *laran,* y poseía todas las gracias necesarias para adornar una corte y convertirse en reina, o al menos en esposa de un general. Además había combatido junto a él.

Paul había creído conocer bien a Bard, pero ahora se asombraba hasta la médula al advertir que las diferencias existentes entre ambos eran más profundas de lo que había imaginado.

Pero Bard no la deseaba, pensó Paul mientras observaba alejarse a Carlina. No podía desearla. Él sabía qué deseaba Bard. Había deseado a Melisendra hasta que ella había herido su orgullo de manera insoportable. Había deseado a la mocita de cuerpo redondeado que ambos habían compartido después de la batalla. Pero, ¿desear a Carlina? Nunca.

Estaba obsesionado con Carlina, algo muy distinto. Como si Bard se lo hubiera dicho, Paul comprendió la situación: Bard deseaba de Carlina el hecho de ser la hija del rey Ardrin, la seguridad que implicaba para él convertirse en el hijo político del rey, no un proscrito

exiliado que intentaba reclamar desesperadamente alguna posición, alguna identidad.

Razón de más, pensó Paul, *para que me convierta inmediatamente en aliado de Carlina. Sin embargo, nunca podría abandonar a Melisendra por nada de esto. ¡Una locura! Melisendra sería una reina mucho mejor.*

Sin embargo, si Bard tuviera a Carlina, no pelearía conmigo por Melisendra...

Debo asegurarme, entonces, de que Carlina llegue a manos de Bard tan rápido como sea posible. Al menos no necesito preocuparme por una cosa. Me resultará fácil no mezclarme con ella. No quisiera tenerla en mi cama, aunque fuera treinta veces reina.

Un matrimonio dinástico con Carlina daría a Bard -o a Paul en su lugar- cierto derecho a reclamar el trono para sí, si el enfermizo Alaric moría sin descendencia, lo cual parecía probable. Bien, entonces, el trono y Carlina para Bard. Y para Paul, la libertad y Melisendra. Bard nunca se sentiría seguro mientras él estuviera con vida, pero si lograba huir lejos, tan rápido como fuera posible, entonces tal vez Bard estaría demasiado ocupado defendiendo su trono como para perseguirlos. Pero primero, Bard debía tener a Carlina.

Las sacerdotisas habían seguido avanzando por el sendero, y Paul se deslizó en pos de ellas, manteniéndose en las sombras. Primero una, luego otra, entraron en pequeñas casas que se hallaban al borde del sendero. Carlina entró en otra y, al cabo de un momento, Paul vio en el interior el diminuto resplandor de una lámpara.

Se ocultó para reflexionar. No porque tuviera miedo de las mujeres, en realidad. Pero allí había muchas, y contaban con perversos cuchillitos.

No debía darle a Carlina tiempo de gritar. Ni siquiera mentalmente. Sin duda, habría otras telépatas en

este lugar, lo cual significaba que debía desmayarla de un golpe y dejarla completamente inconsciente antes de que ella lo descubriera o de que pudiera alarmarle la presencia de un intruso. Debía llevarla bien lejos de la isla antes de que pudiera verle la cara.

Traspuso silenciosamente la puerta.

Tarareando una melodía, Carlina se dedicaba a ajustar la mecha de la lámpara. Después se quitó su manto negro, lo colgó de un perchero y levantó las manos para soltarse el pelo.

Él no podía esperar hasta que se desnudara; con este frío, no podría llevarla lejos sin ropas, y sabía que no podría vestirla si estaba inconsciente. Salió de su escondite y le propinó un golpe. Observó que la joven se desplomaba silenciosamente.

Todavía desacostumbrado al poco *laran* que pudiera tener, quedó consternado ante el súbito vacío que había ahora donde un momento antes había advertido una presencia. Sintiendo un repentino temor, se arrodilló para cerciorarse de que la mujer todavía respiraba. Respiraba. Envolvió su cuerpo inerte en el manto negro y colocó un par de pliegues sobre su nariz y su boca. Podía respirar, pero la capa ahogaría cualquier grito; sin embargo, si ella se despertaba y sentía miedo, la alarma estaría dada y la persecución se organizaría en pocos minutos.

La alzó en brazos, cerró la puerta con el pie detrás de él. Ahora venía la parte verdaderamente arriesgada de todo el plan. Si alguien lo descubría ahora, probablemente no lograría salir de la isla con vida.

Rápidamente, la llevó por el sendero hasta la costa y atrajo el bote. Media hora más tarde cabalgaba alejándose de la isla del Silencio, con el cuerpo inconsciente de Carlina atado sobre el lomo de su bestia de carga.

La había acomodado lo mejor posible, pero deseaba poner distancia entre él y la isla del Silencio, y quería hacerlo tan rápido como pudiera.

Con suerte no la echarían de menos hasta la mañana, y en la isla no había visto ningún caballo. Sin embargo, tarde o temprano ella recuperaría la conciencia y daría la alarma telepáticamente. Él quería estar lejos para entonces, para que la alarma resultara inútil.

Todavía parecía inconsciente cuando llegaron al lugar de las colinas donde Paul había dejado su escolta. Sus hombres ya habían ensillado y tenían una litera preparada.

Él les dirigió un gesto.

-Montad y preparaos a partir. ¿Tenéis un caballo fresco para mí? Sí, y caballos de relevo para la litera, para que no tengamos que detenernos.

Desmontó, alzó el bulto inconsciente que era Carlina hasta la litera, y cerró las cortinas.

-¡Vamos!

El sol se alzaba cuando se detuvieron para que los caballos descansaran.

Paul desmontó, comió algo -no había tiempo de detenerse para cocinar- y luego abrió las cortinas de la litera.

Carlina estaba consciente. Se había quitado la mordaza de la boca. Estaba tendida de costado y se debatía silenciosa y desesperadamente para desatar las ligaduras que le apresaban las muñecas.

-¿Te hacen daño, señora? Te las aflojaré si lo deseas -dijo Paul.

Ante el sonido de su voz ella se retiró.

-Bard. Tendría que haber sabido que eras tú. ¿Quién otro habría sido tan impío para desafiar la ira de Avarra?

-No temo a ninguna diosa -replicó él con sinceridad.

-Eso sí que puedo creerlo, Bard mac Fianna. Pero no podrás desafiarla impunemente.

-En cuanto a eso, no tengo intenciones de discutir el asunto. Tu diosa, si es que existe, no intervino para protegerte e impedir que te sacara de la isla. Y no creo que te proteja ahora. Si la idea de que me castigará te sirve de algo, no te negaré ese consuelo. Sólo he venido para decirte que si te molestan esas ligaduras, te las aflojaré; sólo tienes que darme tu palabra de honor de que no intentarás escaparte.

Ella lo miró con implacable desafío.

-Sin duda me escaparé a la menor oportunidad.

¡Maldita mujer!, pensó Paul, *¿no se da cuenta cuando ha sido derrotada?*

Con un sentimiento desconocido que no identificó como culpa, advirtió que no deseaba hacerle daño, ni siquiera maniatarla con más fuerza. Maldiciendo, cerró las cortinas y se alejó.

Bard recibió otra mala noticia mientras cabalgaba de regreso hacia el castillo Asturias: su segundo había venido a decirle que tres días después de la batalla, todas las mercenarias de la Hermandad de la Espada habían ido a ver al oficial, le habían pedido la paga que se les adeudaba y se habían marchado del campamento.

Bard se quedó mirándolo fijamente.

-Les pagué generosamente, y lo que es más, las puse bajo mi protección personal -dijo, indignado-. ¿Dieron alguna razón?

-Sí. Dijeron que tus hombres violaron a las prisioneras de guerra y que tú no les castigaste -respondió el oficial-. Para serte sincero, señor General, creo que es mejor que nos hayamos deshecho de ellas. Tienen algo que me incomoda. Son -dudó un instante y prosiguió-: son maniáticas, eso es. Te diré lo que pienso, mi señor. ¿Recuerdas cuando atacamos la Isla del Silencio y a aquella vieja bruja que nos maldijo? ¡Esas condenadas mercenarias de la Hermandad de la Espada me la recuerdan, ellas y su diosa!

Bard frunció el ceño. La sola mención de la Isla del Silencio le recordaba que Paul ya debería estar de vuelta.

A menos que le hubiera alcanzado también a él la

maldición de la isla y de Avarra. El oficial malinterpretó su mueca, y creyó que se había enfadado por el hecho de que se le mencionara aquella derrota; miró incómodo hacia el suelo.

-Nunca creí que un montón de mujeres pudieran conducirnos a ese final, señor General. Están todas locas, ellas y su Diosa. Tener algo que ver con ellas trae mala suerte y, si quiere seguir mi consejo, señor, tampoco le conviene tener contacto con la Hermandad, ¿sabe? Las mujeres de la Hermandad redimen a las prisioneras de guerra y las llevan con ellas. Les dicen que hubieran debido saber que combatían en el mismo bando, que nunca hubieran debido tomar las armas en contra de sus propias

hermanas... basura de ese estilo. Están locas, señor. Me alegro de que se vayan.

-¿Acaso no matan a las prisioneras ellas mismas? He oído decir que si una mujer de la Hermandad es violada sus hermanas la persiguen y la matan, eso en caso de que no se mate ella misma.

-¿Matarlas? No, señor; los guardias las oyeron llorar juntas en sus tiendas. Luego les devolvieron sus armas, les dieron ropas decentes que ponerse -recuerde que los soldados se quitaron sus propias ropas para ellas-, les dieron también caballos, y se marcharon todas juntas. Te digo que no puedes confiar en esas mujeres, no tienen sentido de lealtad, ¿te das cuenta?

Cuando llegó al castillo Asturias, hizo avisar de su llegada a su padre y a su hermano, el rey Alaric, y cuando entregó su montura a los caballerizos, advirtió que estaba allí el caballo que Paul se había llevado al Lago del Silencio.

Apresuradamente se dirigió a la sala de audiencias. Su padre lo recibió con un abrazo y Alaric se le acercó renqueando para darle un abrazo de pariente.

-Bard, tu dama está aquí. La princesa Carlina.

Él ya lo sabía, pero le sorprendió que su padre y Alaric estuvieran también al corriente.

-¿Está aquí? -preguntó como atontado.

-Llegó en una litera de caballo hace un rato; tu hombre, Paolo Harryl, la escoltó hasta aquí-explicó Alaric-. Pero todavía creo que deberías casarte con Melisendra, Bard. Erlend es un hijo demasiado bueno para ti como para ser *nedestro.* Cuando me coronen rey, le daré un sello de legitimidad. ¡Entonces será tu hijo aunque no te cases con Melisendra!

-¿Ella está en sus antiguas habitaciones?

-¿Y dónde si no? -exclamó Alaric, mirándolo fijamente-. Di la orden de que la condujeran allí y que la bañaran y todo eso. Había estado viajando todo el día en litera de caballos, y debía de estar cansada y sucia.

¿Sería posible, se preguntó Bard, que Carlina hubiera acudido por propia voluntad?

-Paolo dijo que ella estaba demasiado cansada por el viaje como para ver a nadie, pero que yo debía enviarle criadas que la atendieran -prosiguió Alaric-. Es la hija del rey Ardrin, y tu esposa. Cuando tengas la ceremonia *di catenas,* yo mismo la oficiaré, si quieres, ya que se considera un honor que el rey mismo oficie la boda.

Bard dio las gracias a su hermano y pidió permiso para retirarse.

Alaric le respondió con una sonrisa infantil.

-No tienes que pedirme permiso, Bard. Siempre me olvido de que soy el rey y de que tengo que darle permiso a la gente para ir y venir, incluso a nuestro padre. ¿No es una tontería?

Le habían asignado habitaciones cerca de los antiguos aposentos de Carlina. Cuando entró, Paul lo esperaba.

-Entiendo que tuviste éxito en tu misión -dijo Bard con sequedad-. ¿Ella vino voluntariamente?

Paul meneó la cabeza con pesar, señalando una magulladura en su mejilla.

-La primera noche fui lo bastante ingenuo como para soltarla. Le aflojé las ligaduras por un minuto para que ella pudiera aliviarse. Fue la única vez que cometí ese error. Por fortuna, ninguno de los hombres procedía de Asturias ni sabía quién era la dama. Todos ellos eran mercenarios de Hammerfell y de Aldarán, y casi ninguno sabía hablar este idioma. Pero cuando ella advirtió adonde la traía, a su propio hogar, me dio su palabra de honor de que esta noche no intentaría escapar. Se me ocurrió que sería demasiado humillante para la dama entrar en su propia casa atada de pies y manos como un saco, de modo que acepté. Y el rey envió damas a atenderla. Me imagino que la encontrarás bastante dócil. Yo no la he tocado, salvo cuando la desmayé de un golpe. No le puse la mano encima hasta que me arañó. E incluso entonces, tan sólo la cargué como si fuera un saco de patatas y la arrojé dentro de la litera. No usé más fuerza de la necesaria, te lo prometo.

-Oh, te creo. ¿Dónde está ahora?

-En sus propias habitaciones, y supongo que mañana podrás convencerla de que no debe irse, o tendrás que ponerle un guardia tú mismo -sugirió Paul.

Se preguntó si éste sería el momento adecuado para hablar con Bard sobre Melisendra, y decidió que probablemente no lo era. Bard llamó a su criado personal, y se hizo bañar, afeitar y vestir. Le daría un poco de tiempo a Carlina para que descansara del arduo viaje y se pusiera bella.

Contra toda esperanza, esperaba que Carlina lo recibiera bien y se hubiera resignado al matrimonio. Por supuesto que había luchado al verse sometida, pero cuando descubrió que estaba en su propio hogar, había estado dispuesta a dar su palabra. Sin duda, eso

significaba que la joven sabía que no tenía nada que temer. Desde luego, Carlie sabía que él no le haría ningún daño. ¡Después de todo, era su esposa, según todas las leyes de los dioses y de los Cien Reinos!

El guardia que se hallaba ante la puerta de Carlina se puso firmes cuando Bard se acercó, y él, devolviendo el saludo del hombre, se preguntó si Paul habría dudado de la palabra de Carlina. Era probable que Carlina, al verse raptada tan repentinamente, sin una explicación, hubiera temido que la secuestraran para pedir un rescate, o que la obligaran a casarse con alguien. Pero su palabra significaba seguramente que estaba contenta de encontrarse segura y en su propio hogar, ¿verdad?

Encontró a Carlina en una de las habitaciones interiores, tendida en una cama, durmiendo.

Estaba pálida y parecía una colegiala, ya que llevaba una especie de túnica, sencilla y de color oscuro; se había tapado con un grueso manto negro, sin gracia, a modo de manta. Sus párpados se veían enrojecidos en contraste con la marfileña palidez de su rostro.

Bard nunca había podido tolerar las lágrimas de Carlina. Al cabo de un momento, ella abrió los ojos y lo miró, mientras su rostro se contraía en una expresión de temor.

Se sentó muy erguida y aferró el manto negro alrededor de su cuerpo.

-Bard -dijo, parpadeando-. Sí. Esta vez eres tú, ;verdad? ¿Quién era el otro hombre? ¿Uno de tus parientes bastardos de los Hellers? No me harás daño, ¿verdad, Bard? Después de todo, pasamos juntos la infancia, fuimos compañeros de juegos.

Él oyó su profundo suspiro, como si fuera una expresión de alivio.

-¿Cómo lo supiste? -le preguntó, asiéndose a lo menos importante.

-Oh, desde luego os parecéis mucho -respondió ella-. Hasta en la voz; pero yo le arañé la cara hasta el hueso, pensando que eras tú. Si era tan sólo tu instrumento inconsciente, tal vez le deba una disculpa.

Él volvió a referirse a lo que ella había dicho antes:

-Ten por seguro que nunca te haría daño, Carlina. Después de todo, eres mi esposa, e incluso ahora el rey de Asturias está esperando para unirnos *di catenas.* ¿Esta misma noche te parece bien, o prefieres esperar hasta avisar a algunos de tus parientes?

-Ni esta noche ni nunca -espetó Carlina, y sus manos estaban blancas como las de un esqueleto por la fuerza con que se aferraba al manto-. He hecho un juramento a las sacerdotisas de Avarra, y a la Madre, prometiendo dedicar mi vida a la plegaria, en castidad. Pertenezco a Avarra, no a ti.

El rostro de Bard se endureció.

-Quien traiciona un primer juramento traicionará también el segundo. Antes de que hicieras tu juramento a Avarra, tú y yo nos comprometimos delante de todos los hombres.

-Pero no nos casamos -replicó Carlina-, y un compromiso puede romperse cuando no ha sido consumado. ¡No tienes más derecho a mí que... que... que el guardia que está en el pasillo!

-Eso es cuestión de opiniones. Tu padre te entregó a mí.

-¡Y me retiró cuando te exilió!

-No acepto su derecho a hacerlo.

-Y yo no acepto su derecho a entregarme a ti sin mi consentimiento en primer lugar, así que estamos en "tablas -le replicó Carlina, con los ojos en llamas.

Bard pensó que ella estaba más hermosa de lo que nunca la había visto, con las mejillas sonrojadas, los

ojos brillantes de ira. Las mujeres lo habían desafiado o rechazado otras veces, pero él nunca había esperado tanto tiempo para conseguir a ninguna. Carlina no saldría de aquella habitación hasta que se convirtiera en su esposa de hecho, tal como en realidad lo había sido durante todos estos años.

Bard estaba excitado por su cercanía y por el desafío que percibía en sus ojos y en su voz. Ni siquiera Melisendra se le había resistido de aquella forma. Ninguna mujer había sido capaz de resistirse a él, salvo Melora y ella... Con furia, eliminó toda idea de Melora. No significaba nada para él. Se había ido.

-Bard, no puedo creer que seas capaz de hacerme daño. Pasamos juntos la infancia. No siento resentimiento hacia ti; déjame regresar a la isla y a la Madre, y yo intercederé ante ellas para que no haya para ti ningún castigo ni ninguna maldición.

Él chascó los dedos.

-¡No me importan Canto las maldiciones, ni las de Avarra ni las de ningún otro espectro!

Carlina hizo un piadoso gesto de horror.

-¡Te ruego que no pronuncies blasfemias semejantes! Bard, envíame de regreso a la isla.

Él meneó la cabeza.

-No. Pase lo que pase, eso ha terminado. Tú perteneces a este lugar, a mi lado. Te exijo que cumplas tu deber conmigo y que te conviertas en mi esposa esta noche.

-No. Nunca. -Sus ojos se llenaron de lágrimas.- Oh, Bard, no te odio. Fuiste mi hermano de crianza, junto con Geremy y el pobre Beltrán. Pasamos juntos la infancia y siempre te mostraste amable conmigo. Sé amable ahora y no insistas más. Hay muchas mujeres hermosas que puedes tener, damas de alto linaje, *leroni,* mujeres bellísimas. Está Melisendra, que es la madre de tu hijo, un hermoso muchacho... ¿Por qué me quieres a mí, Bard?

Él la miró directamente a los ojos y le dijo la verdad literal.

-No lo sé. Pero nunca he deseado a una mujer como te deseo a ti. Eres mi esposa y te tendré.

-Bard... -murmuró ella, palideciendo-. No. Por favor.

-Conseguiste romper el compromiso por medio de una treta, porque no había sido consumado, pero no volverás a utilizar el mismo truco. Cumplirás con tu deber hacia mí, lo quieras o no, Carlina.

-¿Estás diciendo que intentarás violarme?

Él se sentó en la cama junto a ella, tratando de cogerle la mano.

-Preferiría que fuera voluntariamente. Pero de una manera o de otra, te tendré, Carlie, de modo que debes resignarte a eso.

Ella le arrebató la mano y se arrojó tan lejos de él como le fue posible, envolviéndose en el grueso manto. Él la escuchó sollozar, oculta por el manto.

Él se lo quitó por la fuerza, aunque Carlina seguía aferrada a su protección. Bard lo arrojó furiosamente al suelo.

No soportaba ver llorar a Carlina. Nunca había tolerado sus lágrimas, ni siquiera cuando lloraba porque un gatito la había arañado. A él le pareció verla ahora a los nueve años, delgada como un palo, con el cabello trenzado que parecía una cuerda negra, chupándose el dedo arañado y llorando.

-¡Maldita sea, deja de llorar, Carlie! ¿Crees que podría hacerte daño? No quiero hacerte daño, pero tengo que asegurarme de que no volverás a escaparte de mí con la misma excusa. No estarás enfadada conmigo después, te lo prometo. Ninguna mujer ha estado enfadada después de yacer conmigo.

-¿De verdad crees eso, Bard?

Él no se molestó en contestarle. Él no creía eso,

sino que lo sabía. Las mujeres tenían toda clase de excusas para no hacer lo que en realidad deseaban.

Recordó a Lisarda... ¡a aquella desdichada mocosa no le había importado demasiado lo ocurrido, sino que más bien le había encantado! Pero no se educaba a las mujeres para que se mostraran sinceras en esas cosas.

En vez de responder, Bard se agachó sobre ella y la abrazó; pero Carlina se debatió y se alejó de él, luchando, y sus uñas le arañaron la mejilla.

-¡Maldito seas, Bard, ahora estás igual que tu sicario, y no eres mejor que él!

La frustración y la impotencia de Bard se convirtieron en furia; la aferró con rudeza y le inmovilizó ambas manos.

-¡Basta, Carlie! ¡Yo no quiero hacerte daño, pero tú me estás obligando!

-Tú siempre te justificas, ¿verdad? -le espetó ella con furia-. ¿Por qué debo ponértelo fácil?

-Carlie, nada que me digas, ningún truco, ninguna persuasión servirá para convencerme. Voy a tenerte y eso es todo, y aunque no quiero hacerte daño, haré lo necesario para que te quedes quieta. Ya antes te dejé escapar, y de allí surgieron todos mis problemas. Si Geremy no se hubiera entrometido durante aquel Festival, tú serías mi esposa y hubiéramos vivido felices todos estos años; Beltrán seguiría con vida...

-¿Te atreves a echarme la culpa de eso?

-Te culpo *de* todo lo que me ha ocurrido desde que te permití que me rechazaras -replicó él, ahora con furia-, pero aún estoy dispuesto a tomarte como esposa. ¡Ésta es tu oportunidad para compensarme!

-¿Compensarte? ¡Debes de estar loco, Bard!

-¡Al menos me debes esto! Ahora bien, si fueras sensata y dejaras de debatirte como una tonta, podría ser tan placentero para ti como para mí, y así preferiría

que fuera. Pero lo quieras o no, soy más fuerte que tú, y si eres sensata te darás cuenta de que no tiene sentido oponerte a mí. Veamos... -dijo, tironeando el chal de ella-. Quitemos esta ropa.

-¡No!

Su voz fue frenética y retrocedió, aterrorizada.

Bard apretó los dientes. Si la gatita estaba decidida a luchar, él la disuadiría de inmediato. Le quitó el chal y lo arrojó lejos, aferró el borde de la túnica y se la desgarró hasta abajo, luego le arrebató la tela hecha jirones y la arrojó al suelo. Luego siguió la túnica interior, y la tela delgada se rasgó con facilidad.

Las uñas de ella le dejaban marcas en las manos, pero él las ignoró. La alzó, todavía luchando, la arrojó en medio de la cama y se acostó a su lado. Ella lo pateó y Bard la golpeó, brutalmente, con la mano abierta. Carlina retrocedió, vestida con su delgada enagua, y rompió a llorar.

-Carlie, cariño, mi amor, no quiero hacerte daño, no tiene sentido que te resistas.

Trató de abrazarla, pero ella volvió la cabeza y siguió llorando, retorciéndose para evitar que él la besara en la boca.

Enfurecido por el llanto de Carlina, cuando él sentía tanta ternura, Bard volvió a abofetearla con dureza, y ella dejó de luchar y se quedó quieta, tendida, mientras las lágrimas le corrían por las mejillas.

¡Maldición! ¡Podría haber sido placentero para los dos! ¿Por qué lo había obligado a hacerlo así?

Enfurecido -y simultáneamente excitado- por la manera en que la mujer estaba echando a perder ese momento con el cual él había soñado durante años, se arrojó encima de ella y le levantó bruscamente la enagua, para separarle las piernas con las manos.

Ella arqueó el cuerpo y trató de rechazarlo, pero Bard la oprimió brutalmente. Carlina jadeó y se quedó quieta, encogida y sollozante. No volvió a luchar, aunque él sabía que le estaba haciendo daño: vio que se mordía un labio hasta que brotó la sangre. Trató de girar y besarle las gotas de sangre, pero ella volvió la cabeza bruscamente, rígida como un cadáver en sus brazos, salvo por las lágrimas que seguían fluyendo como si fueran la única cosa viva en ella.

-Señor General...

Una voz interrumpió a Paul mientras caminaba por el corredor. Por un momento pensó que Bard estaba allí, pero luego advirtió que se dirigían a él.

¡Hasta tal punto había llegado a parecerse a Bard! Estuvo a punto de revelar su identidad y luego se dio cuenta de que en principio nadie debía saber que Paolo Harryl y Bard se parecían tanto. Rápidamente escarbó en su memoria en busca del nombre del hombre.

-Lerrys.

Los ojos del hombre se posaron en el arañazo que Paul tenía en la mejilla.

-Parece como si hubieras estado luchando con una de esas perras vestidas de rojo -comentó el hombre, soltando una risita-. Espero que le hayas arrancado el aro del agujero de la oreja, señor.

En *casta,* la frase tenía cierto doble sentido, y Paul, a pesar de que la broma resultaba un poco menos sofisticada que las que a él le hubieran parecido graciosas en su propio mundo, se rió amistosamente y no respondió, salvo por una mueca de entendimiento.

-He oído decir que todas ellas habían desertado, señor. ¿Piensas castigarlas, proscribirlas o algo así? Eso proporcionaría un poco de diversión a las tropas, y enseñaría a esas mujeres cuál es el lugar que les corresponde.

Paul meneó la cabeza.

-Los halcones no persiguen a los pájaros enjaulados. Déjalas ir, y que tengan buen viaje -respondió, y se dirigió, pensativo, a sus habitaciones.

Como había supuesto, Melisendra lo esperaba.

Le tendió los brazos y lo besó, y él advirtió que durante todo el viaje desde la isla del Silencio había estado esperando este momento. ¿Qué le había ocurrido para que una mujer se le metiera de aquel modo bajo la piel?

-¿Cómo está Erlend?

-Bien, aunque me gustaría poder enviarlo a algún lugar seguro, al campo, o mejor aún, a una torre. Aunque... -se puso pálida-, después de lo que le ocurrió a Hali, no sé si habrá seguridad en alguna torre o en algún otro lugar de esta tierra.

-Envíalo al campo, si quieres -sugirió Paul-. Estoy seguro de que Bard no pondrá objeciones. Pero, ¿por qué crees que no estará seguro aquí, Melisendra?

-Tengo sangre Aldaran -respondió ella, vacilando-, y en ese linaje existe un *laran* premonitorio. No es muy seguro y no siempre puedo controlarlo. Pero a veces... tal vez sea tan sólo mi miedo, pero he visto fuego, fuego en este lugar, y una vez, cuando miré al rey Alaric, vi su rostro rodeado por las llamas.

-¡Oh, querida!

Paul la abrazó estrechamente al advertir de súbito que si algo le ocurriera a ella, en este mundo y en cualquier otro, no habría para él nada que fuera una luz de felicidad. ¿Qué le había ocurrido?

Ella levantó una mano suave para rozar el arañazo que él tenía en la mejilla.

-¿Cómo te has echo esto? Parece demasiado pequeña para ser una herida de combate.

-Y no lo es -apuntó Paul-, pues me lo hizo una mujer.

-Nunca pregunto lo que hace un hombre mientras está en campaña -sonrió ella-. Me imagino que has tenido muchas mujeres, pero ¿no puedes encontrar alguna mejor dispuesta? No creía, buen mozo, que alguna pudiera rechazarte.

Paul se ruborizó al recordar a la bella joven pelirroja que él y Bard habían compartido. Dios era testigo de que la muchacha había estado bien dispuesta. Pero para Paul sólo había sido, al principio, un consuelo porque Melisendra no estaba allí, y más tarde, una excusa para enfrentarse con Bard.

-Las mujeres que yo tomo siempre están dispuestas, amor mío -respondió, preguntándose por qué se molestaba en explicar esto. ¿Qué demonios le había ocurrido durante los últimos meses?-. La que me hizo esto era una cautiva, una mujer que Bard me ordenó traerle.

£50 *era,. No me gustó conseguirle una, mujer. ¡No soy su maldito criado!*

Furioso, identificó la causa de su enojo, y Melisendra, que estaba en contacto telepático con él, comentó:

-Eso me sorprende. Hay muy pocas mujeres que rechacen a Bard. Aunque me han dicho que la princesa Carlina que huyó de la corte... Había habido algunas conversaciones con respecto a casarlos cuando eran jóvenes.

Y cuando volvió a leerle el pensamiento, sus manos pequeñas volaron hasta taparle la boca y se quedó mirándolo fijamente.

-¡Carlina, en nombre de la diosa! Te envió para que provocaras la ira de Avarra, para que la maldición cayera sobre ti.

-No creo que ésos fueran sus únicos motivos -dijo Paul, y le explicó que él era inmune a los hechizos impuestos a la isla del Silencio.

Ella lo escuchó, preocupada, meneando la cabeza con desesperación.

-Cualquier hombre que pise la isla Sagrada debe morir.

-En primer lugar -puntualizó Paul-, no tengo miedo de tu diosa, ya se lo dije a Carlina. Además, ella es su esposa...

Melisendra meneó la cabeza.

-No, la diosa la ha reclamado para sí. Tal vez la venganza de Avarra se cumpla a través de ella. No obstante, él no podrá escapar. -Melisendra se estremeció, con el rostro pálido de horror-. Incluso llegué a pensar que Bard ya había sido advertido cuando fue expulsado de la isla -agregó en un susurro-. No odio a Bard, es el padre de mi hijo, sin embargo... sin embargo...

Empezó a caminar de arriba abajo, preocupada, abstraída.

-El castigo para quien viole a una sacerdotisa de Avarra es terrible. Primero provocó la enemistad de la Hermandad que está bajo la protección de la diosa, y ahora esto.

Paul la observó preocupado. Toda su vida había creído que las mujeres realmente deseaban ser dominadas, que en lo más profundo de su feminidad deseaban pertenecer a alguien, y que si lo ignoraban, un hombre no les hacía ningún daño si les demostraba qué era lo que verdaderamente deseaban. Pero al observar a Melisendra, no tenía la menor duda de que ella sabía muy bien lo que quería, y esa idea le resultaba nueva y bastante perturbadora. Sin embargo, Bard la había tomado en contra de su voluntad...

Decidió que no quería seguir con esa idea, o se encontraría dispuesto a matar a Bard.

No quiero matar a Bard, de alguna manera se ha convertido en una parte de mí mismo.

-Pero, ¿qué pasa con la Hermandad, Melisendra? Andan entre hombres, ¿acaso tienen derecho a exhibir

su feminidad y decir, sí, estoy aquí, pero no puedes tocarme? Convengo en que no hay que tocar a las mujeres que se quedan en casa, protegidas por sus hombres, pero estas mujeres han rechazado toda protección.

-¿Tú crees que todas las mujeres son iguales? No conozco a las Hermanas de la Espada, aunque en alguna ocasión he hablado con una de ellas. Conozco muy poco de sus costumbres, pero si prefieren blandir una espada, no veo por qué no pueden hacerlo en paz -dándose cuenta de lo que acababa decir se rió-. No, por supuesto que no quise decir eso. Pero deberían hacerlo sin que las molesten. ¿Por qué el accidente del nacimiento debería privarlas del derecho de hacer la guerra, si lo prefieren en vez de coser capas y bordar almohadones y hacer queso?

-¡Ahora me dirás que los hombres deberían tener el derecho de pasarse la vida bordando manteles y lavando los pañales de los niños! -replicó Paul, sonriendo ante la vehemencia de ella.

-¿Y acaso dudas de que algunos hombres son más adecuados para eso que para la guerra? -preguntó ella-. ¡Aun cuando deseen usar faldas y preparar el potaje para la cena! Una mujer al menos puede casarse, o ser *leronis, o* unirse a la Hermandad y perforarse las orejas y blandir la espada. ¡Pero que Dios ayude al hombre que desee ser alguna otra cosa aparte de

soldado, un campesino o *laranzul* ¿Por qué una mujer que blande la espada debe temer ser violada cuando es vencida? Yo soy una mujer, ¿te gustaría que me lo hicieran a mí?

-No -le respondió Paul-, mataría a cualquier hombre que lo intentara, y no le daría una muerte fácil. Sin embargo, tú eres una mujer y ellas...

-Y ellas también son mujeres -lo interrumpió Melisendra con furia-. Los hombres no piensan que las mujeres son poco femeninas, ni las someten a violaciones o desastres cuando deben seguir el arado para

ganar el sustento para sus hijos huérfanos, o cuando cuidan animales. El hombre que viola a una pastora o a una pescadora solitaria es despreciado en todas partes y se le considera como alguien a quien ninguna mujer prestaría atención voluntariamente. ¿Por qué sólo las que blanden una espada deben ser sometidas a esa vejación? Cuando capturas a un enemigo, tomas sus armas y lo obligas a pagar rescate por ellas; en los perversos días del pasado podías convertirlo en tu esclavo durante un año, pero no podías obligarlo a acostarse contigo.

-Eso es lo que dijo Bard -señaló Paul-. Dijo que sus hombres deberían tratarlas honorablemente como prisioneras de guerra, y que si no los haría azotar.

-¿De verdad? Eso es lo mejor que me han contado acerca de Bard di Asturien. Tal vez con la edad cambie y se transforme cada vez más en un hombre y menos en un lobo salvaje.

Paul la miró con intensidad.

-En realidad no lo odias, ¿no es verdad, Melisendra? Aunque te violó.

-Oh, querido -exclamó ella-, eso no fue una violación, yo me presté voluntariamente, aunque es cierto que me impuso un encantamiento. Pero he llegado a saber que muchas mujeres se acuestan con un hombre sometidas a un encantamiento, y a veces ni siquiera lo saben. Espero que la diosa Avarra perdone a Bard con tanta rapidez como yo. Pero, ¿por qué estamos hablando de él? Estamos juntos, y no es probable que nos moleste esta noche.

-No -convino Paul-, creo que Bard tendrá muchas otras cosas en qué pensar. Entre lady Carlina y la ira de Avarra, no creo que se acuerde demasiado de nosotros.

Carlina había estado llorando mucho tiempo; ahora sus sollozos se habían atenuado finalmente, y yacía quieta mientras las lágrimas fluían sobre sus mejillas, surgiendo debajo de los hinchados párpados y empapando la almohada.

-Carlina -dijo Bard por fin-, te ruego que no llores más. La cosa está hecha. Lamento haber tenido que hacerte daño, pero ahora todo será mejor, te doy mi palabra de que nunca volveré a ponerte una mano encima con brusquedad. Carlie, podemos vivir felices durante el resto de nuestras vidas, ahora que ya no puedes rechazarme.

Ella se volvió y lo miró fijamente. Tenía los ojos tan hinchados por el llanto que apenas podía verlo.

-¿Todavía crees eso? -le espetó en voz baja y ronca.

-Por supuesto, mi amada, mi esposa -respondió él y extendió un brazo para acariciarle una mano, pero ella la retiró-. Por la misericordia de Avarra -explotó él-, ¿por qué las mujeres sois tan poco razonables?

Ella lo miró y una extraña sonrisa jugueteó en una de las comisuras de su boca.

-¿Tú, pidiendo la misericordia de Avarra? Llegará el día, Bard, en el que no jurarás con tanta ligereza. Creo que has desdeñado todo derecho a su misericordia cuando me raptaste de la isla, y esta noche otra vez.

-Esta noche... -Bard se encogió de hombros-. Avarra es la señora del nacimiento y la muerte, y también del fuego del hogar. Sin duda no puede enojarse porque un hombre tome a su esposa, quien había estado comprometida con él desde antes de que hicieras tu traidor juramento a la diosa. Y si es una diosa que se interpone entre el esposo y la esposa, juro que acabaré con su veneración dentro de este reino.

-La diosa es la protectora de todas las mujeres, Bard, y castigará la violación.

-¿Todavía alegas que fuiste violada?

-Sí -respondió ella implacablemente.

-No me pareció que te importara demasiado, tu diosa sabe no trataste de rechazarme...

-No -admitió ella en voz baja.

Pero él comprendió la parte no dicha:

Tenía miedo...

Él la había tomado una segunda vez, y Carlina no había luchado, no había tratado de librarse de él, sino que se quedó inmóvil y pasiva, permitiéndole que hiciera lo que quisiera con ella, como si fuera una muñeca de trapo.

Él la miró con desprecio.

-Ninguna mujer se ha quejado de mí... después. Con el tiempo a ti también te gustará, Carlina. ¿Por qué no eres honesta con tus sentimientos? Todas las mujeres son iguales: en el fondo de su corazón desean un hombre que las tome y que las domine, y algún día dejarás de luchar y reconocerás que me deseabas tanto como yo a ti. Pero tenía que conseguir que lo admitieras para tus adentros. Eras demasiado orgullosa, Carlie. Tuve que traspasar ese orgullo tuyo antes de que pudieras admitir que me deseabas.

Ella se sentó en la cama, buscando el manto negro de Avarra.

Él se lo arrebató y lo arrojó con furia en un rincón.

-¡Que nunca vuelva a verte vistiendo esa condenada cosa!

Ella se encogió de hombros, con su enagua desgarrada, tan erguida y orgullosa como si tuviera puesto un vestido de la corte. Las lágrimas todavía le resbalaban por las mejillas con vida propia, pero ella sé las enjugó con impaciencia. Su voz fue calma y fría, aun a través de la ronquera producida por el llanto.

-¿De verdad crees eso, Bard? ¿O es tu manera de protegerte para no saber qué cosa tan cruel has hecho

ni qué miserable proyecto de hombre eres en realidad?

-No soy diferente de cualquier otro hombre -se defendió-, y tú, mi querida dama, no eres diferente de ninguna otra mujer, salvo por tu orgullo. Incluso he conocido mujeres que han preferido matarse antes de admitir a un hombre que sus deseos no difieren de los masculinos. Pero había creído que tú eras más honesta, que podías admitir, ahora que yo lo he hecho inevitable, que tú también me deseabas.

-Eso es mentira, Bard -espetó ella en voz baja-. Una mentira. Y si lo crees así es solamente porque no te atreves a saber qué eres ni qué has hecho.

El se encogió de hombros.

-Al menos conozco a las mujeres. Las conozco desde que tenía catorce años.

Ella meneó la cabeza.

-Nunca has sabido nada de ninguna mujer, Bard. Sólo has sabido lo que deseabas creer acerca de ellas, y eso está muy lejos de la verdad.

-¿Y cuál es la verdad? -preguntó él con tono de desdén.

-Me lo preguntas, pero no te atreves a conocerla, ; verdad? Si alguna vez hubieras intentado averiguar *.3.* verdad, la auténtica verdad, Bard, no las mentiras tranquilizadoras que los hombres se dicen entre sí para poder vivir con sus sucias conciencias...

-¿Me estás sugiriendo que se lo pregunte a una mujer, y que escuche las mentiras que ellas se cuentan? Te lo digo, todas ellas... sí, y tú también, señora, desean ser dominadas, que su orgullo quede avasallado para poder admitir sus verdaderos deseos.

Ella esbozó una pequeña sonrisa.

-Si de verdad crees eso, Bard, entonces no vacilarás en conocer la auténtica verdad, de una mente a otra, para que nadie pueda mentir.

-No sabía que eras una *leronis* -admitió Bard-,

pero estoy tan seguro de mí mismo, señora, que si tienes el valor de mostrarme el interior de tu mente, no tengo miedo de lo que pueda ver.

Carlina se llevó la mano a la garganta, donde pendía la piedra estelar dentro de su pequeña bolsa de cuero.

-Que así sea, Bard. Y que Avarra tenga piedad de ti, pues yo no tendré más piedad de la que tú has tenido conmigo esta noche. Mira, entonces, lo que soy y lo que eres tú.

Desenvolvió la piedra y Bard sintió un leve mareo al ver el azul, las pequeñas cintas de luz que se movían en el interior.

-Mira -murmuró ella-. Mira desde dentro, si quieres.

Por un momento no hubo nada salvo distancia, extrañeza, y después Bard comprendió que se estaba viendo a sí mismo en el recuerdo, tal como Carlina lo había visto la primera vez que llegó a la corte para ser su hermano de crianza: un muchacho grande, torpe, que no podía bailar, excesivamente crecido, que tropezaba con sus propios pies.

¿Ella me tenía lástima entonces? ¿Nada más que lástima?

No, se vio a sí mismo a través de los ojos de Carlina, apuesto, atemorizador, incluso un poco seductor, el muchachote que le bajaba a su gatito del árbol... y que de pronto, cuando ella se sentía más agradecida,

amenazaba con retorcerle el pescuezo al animalito, mientras la gratitud de ella se convertía en súbito temor:

Si es capaz de hacerle eso a un gatito, ¿que podría hacerme a mí?

Bard sabía que para Carlina él había parecido enorme, atemorizador, grande como el mundo, y cuando iban a comprometerse y ella había pensado por primera

vez en él como posible esposo, él sintió, junto con ella, el asco aterrador de esos grandes brazos que la aplastarían, esas manos rudas tocándola, el beso que él le había dado delante de todos con vergüenza y pudor; y el odio que ella había sentido por él cuando había consolado a Lisarda que sollozaba en sus brazos; la muchacha ni siquiera sabía qué le había hecho Bard o por qué, sólo que había sido usada, avergonzada, humillada, y que no había podido resistirse, ni siquiera por el odio y el asco que sentía por lo que le había hecho a su cuerpo y por cómo la había convertido en cómplice de su propia violación...

Y después, el festival, cuando él la había conducido a la galería, y ella supo que él pretendía tener de ella, de buen grado o por la fuerza, lo mismo que había tenido de Lisarda; sólo que era peor para ella, porque sabía lo que él quería y por qué.

Bard no me quiere a mí, sino que, por orgullo, quiere acostarse con la hija del rey para ser el hijo político del rey; no tiene identidad ni orgullo propios, y por eso debe tomar por esposa a la bija del rey, para que le dé legitimidad. Quiere mi cuerpo al igual que desea el cuerpo de cada mujer que ve.

Bard sintió junto con Carlina el asco físico que el contacto de él le producía, el disgusto ante su lengua metiéndose en la boca de ella, sus manos sobre ella, ¿ terrible alivio que sintió cuando Geremy los interrumpió. A través de los ojos de ella se vio desenvainar «a condenada daga contra Geremy, oyó los gritos del joven y vio sus convulsiones agónicas.

-Basta -suplicó en voz alta, pero la matriz lo resentía, despiadada, arrastrándolo a la vergüenza que Orlina sentía porque en el pasado lo había admirado, porque al principio había sentido por él unos vestigios '¡se deseo...

Pero él los había destruido con sus propias manos,

y ella permaneció insensible mientras lo observaba ir al exilio. Había sido como si, al tocarla, hubiera matado en ella el deseo de casarse alguna vez.

Cuando se le ofreció la mano de Geremy, Carlina había huido a la seguridad de la isla del Silencio, y la paz de ese lugar le había limpiado la memoria, o casi.

A Bard le pareció morir de terror cuando sintió, junto con Carlina, el mortal pavor de estar sola, maniatada y amordazada -*indefensa, completamente indefensa*- en una litera de caballos, en manos de no sabía quién, hacia no sabía dónde. Cada una de las emociones de Carlina lo penetraba con un dolor agónico, su miedo a las manos desconocidas, su pavor al ver el rostro que creyó de Bard mirándola con odio en la litera, cuando supo que ya no podría esperar piedad del orgullo y de la ambición de él.

Bard vivió con ella la espantosa lucha cuando, liberada un momento para aliviarse, había corrido como una *caprina* astada, sólo para ser

atrapada y maniatada mientras se debatía y arañaba (en medio del terror la momentánea satisfacción que experimentó al hundir las uñas en la mejilla de Paul) y otra vez arrojada al interior de la litera.

La humillación de yacer allí hora tras hora, maniatada y amordazada, la vergüenza de yacer con un vestido empapado de su propia orina. El conocimiento, cuando la habían llevado a sus propias habitaciones, de que estaba derrotada, de que no había escapatoria. Avergonzada pero demasiado exhausta para resistirse. La oyó dar su palabra tan sólo para que le aflojaran las ligaduras que le herían la carne, para que le dieran comida y atención, un baño y ropa limpia.

Después de eso, nunca más seré capaz de creer que soy valiente...

Cuando Bard fue a verla, Carlina ya estaba semiderrotada. Bard sintió junto con ella el ataque de pánico de sus frenéticas plegarías:

Madre Avarra, ayúdame ahora, sálvame, protégeme, porque me be jurado a ti, no dejes que esto ocurra, i Por qué, por qué debe ocurrir esto, por qué me abandonas? He cumplido todos mis votos, te he servido fielmente como sacerdotisa...

Y la terrible sensación de abandono cuando advirtió que la diosa no la ayudaría, que nadie la ayudaría, que estaba sola con Bard y que él era más fuerte que ella.

El terror mortal y la espantosa humillación mientras yacía allí, con las ropas desgarradas, empalada, con ardiente dolor, pero aún peor que el dolor era el horror de saber que Bard la había convertido en un simple objeto.

El maltrato de su cuerpo en el interior de sus partes más íntimas y secretas, una sensación de desvalorización, la vergüenza y el asco por sí misma, porque podía permitir que la usaran de este modo, odio y horror por no haberlo obligado a que la matara antes, por no haber luchado hasta la muerte. Sin duda él no podría haber hecho nada, nada, nada peor que esto. Cuando su semilla cayó en el interior de ella, el miedo y el conocimiento de su propia vulnerabilidad, el saber que ella no sería más que un vientre para su hijo, el de él... un horrendo y odioso parásito que podía crecer en su interior y apropiarse de su cuerpo limpio. Pero ella le había permitido hacerlo, podría haber luchado más, no merecía nada mejor...

Bard no sabía que estaba retorciéndose en el suelo, que había gritado, en medio de esta violación, como no lo había hecho Carlina, que se había mordido los labios, que se había convertido en objeto golpeado, ultrajado, vencido. El mundo era sólo oscuridad y sus propios sollozos cuando sintió junto con Carlina el

horror de ser tomada por segunda vez, usada de nuevo y que él se había atrevido a hallar placer en este horror. Inmóvil y despreciándose, ella sólo había merecido esto y nada más.

Pero eso no fue todo. De alguna manera, la marea del *laran* se había despertado, y él sintió que otros recuerdos, otras conciencias lo invadían.

Se vio a sí mismo a través de los ojos de Lisarda, desnudo, monstruoso, incomprensible, provocando el dolor de la violación. Se vio a través de los ojos de Melisendra, una odiosa compulsión y un placer que provocaba autodesprecio, el temor de verse humillada, de quedar arruinada

para la Vista, su terror al castigo y a la lengua venenosa de lady Jerana, y peor aún, la compasión de Melora...

Una vez más se encontró en la costa del lago del Silencio y una sacerdotisa de túnica oscura lo maldijo. Después, los restos de todos los que había matado y destruido se acercaron a roerle el alma; él se revolcó y aulló en las garras del autoconocimiento, una comprensión tan absoluta que nada quedó fuera: se vio a sí mismo como una cosa pequeña, enferma y vergonzosa... *qué miserable proyecto de hombre eres en realidad...* y supo que era verdad. Había mirado en las profundidades de su propia alma y la había encontrado defectuosa. Entonces deseó la muerte con todo su corazón mientras eso seguía, y seguía, y seguía...

Por fin acabó y él se quedó tendido, encogido, exhausto, en el suelo de la habitación. En alguna parte, a millones de kilómetros de distancia, más allá de las lunas, la vengativa Avarra ocultó una matriz y el mundo entró en una piadosa oscuridad.

Horas más tarde el mundo empezó a aclararse. Bard se movió oyendo una única voz a través del tormento de

odio y acusación y autodesprecio, que era lo único que podía escuchar.

Bard, creo que eres dos hombres, y a, ese otro nunca, dejaré de amarlo.

Melora, que lo había amado y valorado. Melora, la única mujer ante cuyos ojos él nunca se había destruido.

Incluso mi hermano, incluso Alarte, si supiera lo que he hecho, me odiaría. Pero Melora conoce lo peor de mí y no me odia. Melora... Melora.

Como un hombre atontado se vistió, mirando a Carlina que yacía profundamente dormida sobre la cama. Había estado demasiado agotada para cubrirse con su manto negro; todavía llevaba la enagua desgarrada y manchada de sangre, y sus ojos, casi en carne viva por el llanto, estaban profundamente hundidos en las órbitas. Bard la miró con terrible temor y pensó:

Carlie, Carlie, nunca quise hacerte daño. ¿Qué he hecho?

Caminando de puntillas por miedo de que ella se despertara y volviera a mirarlo con esos ojos justicieros, salió al corredor.

¡Melora!

Sólo había una idea en su mente, llegar hasta Melora, la única que podría curar sus heridas.

Sin embargo Bard era un soldado antes que nada, y aunque anhelaba lanzarse por las escaleras y montar su caballo, se obligó a dirigirse hacia sus propias habitaciones.

Paul levantó la vista asombrado cuando Bard entró. Estuvo a punto de decirle: «Buen Dios, hombre, creí que pasarías la noche con tu mujer, y parece como si hubieras estado persiguiendo demonios en uno de los infiernos.» Sin embrago, se contuvo ante la mirada de Bard. ¿Qué le había ocurrido?

Vio que Bard miraba a Melisendra, quien llevaba

puesta una bata verde y el pelo recogido, recién salida del baño, y también vio que Bard desviaba la mirada, atormentado.

-Bard- le dijo ella, con su dulce voz musical-, ¿qué te ha ocurrido, querido? ¿Estás enfermo?

Él meneó la cabeza.

-No tengo derecho... ningún derecho a pedir...

Paul quedó atónito y consternado al oír su voz ronca.

-Sin embargo, en nombre de Avarra, eres una mujer. Te ruego que acudas a Carlina; no puedo permitir que sea más humillada por sus propias criadas, no puedo permitir que la vean en ese estado. Yo... -su voz se quebró-. La he destruido. Y ella me ha destruido a mí.

Alzó una mano negándose a escuchar más preguntas, y Melisendra supo que ese hombre estaba al límite de su resistencia.

Bard se dirigió a Paul, con los restos finales de su antiguo estilo.

-Hasta que yo vuelva... hasta que vuelva, tú eres el señor General del ejército de Asturias. Se ha producido antes de lo que creíamos, eso es todo.

Paul abrió la boca para protestar, pero antes de que pudiera hablar, Bard había salido de la habitación.

Cuando el sonido de sus pasos se alejó, Paul se dirigió a Melisendra, atónito y apesadumbrado.

-¿Qué demonios le ha ocurrido? Parece como si hubiese sufrido la ira de Dios.

-No -dijo Melisendra suavemente-, de la diosa. Creo que se ha enfrentado con ladra de Avarra, y que ella no se ha mostrado amable con él. -Melisendra apartó la mano de Paul-. Debo ir a ver a lady Carlina; él me lo pidió en nombre de la diosa y ninguna mujer ni ninguna sacerdotisa pueden negarse a semejante ruego.

Durante todo el largo trayecto hasta Neskaya, Bard, aferrado a su caballo al galope, totalmente solo, apenas si podía mantenerse en la montura. Estaba enfermo *y* exhausto, el dolor y la desesperación golpeaban dentro de él al mismo ritmo que los cascos de su caballo sobre el camino; la terrible conciencia de la humillación, no sabía si la de sí mismo o la de Carlina, el dolor de un cuerpo violado y la vergüenza que ardía profundamente dentro de su alma. Sintió el dolor de ella, su autodesprecio, y se maravilló. «¿Por qué habría de odiarse a sí misma por lo que yo le hice?» Sin embargo, él sabía que Carlina se acusaba por no haberlo obligado a matarla antes.

Pero aún más le dolía el recuerdo de la amable voz de Melisendra diciéndole:

Bard, ¿qué te ha ocurrido, querido? ¿Estás enfermo?

¿Cómo podía perdonarle después de haberle hecho a ella lo mismo que a Carlina? Sin embargo, había sido sincera, ella sentía verdadera preocupación por él. ¿Sería tan sólo porque era el padre de su hijo? ¿O tendría alguna fuente de consuelo que él no conocía?

Cuando tuve necesidad del consuelo de la diosa, era más joven e ignorante de lo que tú podías imaginar,

le había dicho en una ocasión. Ella había superado su dolor, o al menos había sobrevivido a él, pero en Carlina el recuerdo del momento en que había clamado a la diosa y se había dado cuenta de que su Diosa no podía o no quería intervenir para salvarla era reciente y estaba en carne viva.

Sin embargo, la diosa actuó a través de Carlina y la vengó, a ella y a todas las otras mujeres que he maltratado. Pero, ¿por que Carlina debió sufrir para que la diosa me golpeara?

¿Me estoy volviendo loco?

Cabalgó todo el día y cuando cayó la noche, como ya alcanzaba a vislumbrar la torre de Neskaya sobre las colinas, siguió cabalgando a la luz de las lunas. No se había detenido para comer ni para descansar, ni para nada, salvo para darle unos minutos de descanso a su caballo. Ahora, al recordar que no había tomado nada en todo el día, y que había dormido muy poco, desmontó por unos minutos y dio un poco de pienso a su caballo. Su gruesa capa lo protegía bien de la llovizna nocturna, pero mientras estaba allí el cielo se despejó y la faz verde de Idriel atisbo pálidamente por entre los jirones de nubes.

Me está observando. Es el rostro de la diosa que me está observando.

Sí. Sin duda, sin duda, se está volviendo loca.

No, soy yo quien se está volviendo loco.

Pero una voz cuerda, más allá de su desesperación, comentó que no se estaba volviendo loco, que no había una huida tan piadosa del sitio del autoconocimiento.

No te atreverás a volverte loco. Debes juntar fuerzas y rehacerte de algún modo para que puedas corregir las cosas... aunque nada, nada podrá borrar lo que he hecho...

¿ Cómo tuve laran *suficiente para ver todo eso?*

Melisendra. Es una telépata catalizadora.

¿Por qué Melisendra nunca me mostró lo que me mostró Carlina? Tenía poder para hacerlo. ¿Fue la compasión por mí la que detuvo su mano? ¿ Y por qué habría de tener compasión de mí después de lo que le hice?

Melora, Melora. Si él hubiera tenido alguna sensatez, tendría que haber sabido -mil cosas pequeñas deberían habérselo indicado-, que Carlina no lo deseaba como esposo, y que él no la deseaba como esposa. Había deseado casarse con la hija del rey para estar seguro en su puesto como hijo político del rey. ¿Pero por qué había tenido tan poca confianza en sí mismo, y tan poco orgullo?

Siempre pensé que, en todo caso, yo era demasiado orgulloso; sin embargo hice todo lo que hice porque nunca sentí que era suficientemente bueno.

Pero era el sobrino *nedestro* del rey, el rey Ardrin era hermano de su padre,* y la bastardía nunca había tenido demasiada importancia, y menos aún si se la confrontaba con sus habilidades para la guerra y la estrategia. Podría haber tenido una buena carrera, y podría haber ganado honores y jerarquía como defensor y portaestandarte del rey... Pero no había creído lo suficiente en sí mismo como para estar seguro, y había tenido que imponerse a Carlina...

Y si el rey Ardrin verdaderamente lo hubiese querido, él y Carlina podrían haber tenido un matrimonio formal que no hubiera sido peor que el de muchas parejas de la corte. Pero después de su afortunada campaña, cuando capturó el fuego perpetuo, tendría que haber sentido suficiente confianza como para saber que el rey lo valoraría incluso aunque ese

matrimonio nunca se celebrara. Tendría que haber liberado a Carlina y haber pedido a maese Gareth que le hiciera su propuesta a Melora.

Si es que ella me aceptaba... ¡creo que ya entonces yo sabía que no la merecía!

Melora era la única persona que lo había amado alguna vez. Su madre se lo había entregado a su padre para que lo criara, por lo que él sabía, sin un momento de vacilación. ¿Su padre lo había amado o sólo había considerado a Bard un instrumento de su propia ambición? Su hermano pequeño, Alaric, lo había amado.

Pero Alaric nunca me ha conocido, y si hubiera sabido lo que yo era verdaderamente me hubiera odiado, me hubiera despreciado.

Nunca había tenido una mujer que lo amara.

Las sometía por la fuerza porque me parecía que ninguna de ellas me querría por propia voluntad.

Sus hermanos de crianza lo habían amado... y él había mutilado a uno de ellos de por vida, y había convertido al otro en su enemigo, para después matarlo...

¿Y por qué Beltrán se convirtió en mi enemigo? Porque me burlé de él... y me burlé de él porque puso en evidencia todos mis miedos acerca de mi propia virilidad. Porque él no se avergonzaba de admitir sus debilidades o su deseo de confirmarse mediante la vieja promesa que habíamos hecho cuando éramos niños. ¡Pero yo temí que él me considerara menos viril que él mismo!

Cuando llegue a Neskaya, Melora sin duda me dirá que he sido un ingenuo al creer que ella podía amarme... pero tal vez se compadezca de mí. Es una leronis, *y tal vez sepa qué debo hacer para enderezar mi vida. No porque pueda borrarse lo que he hecho, pero al menos tengo que intentarlo. Tal vez consiga apaciguar a la diosa.*

¿Será demasiado tarde?

Su caballo estaba ahora rendido y marchaba lentamente, pero Bard también estaba cansado, inimaginablemente cansado, y se envolvió en su capa *de* una manera que le recordó, con esa nueva y cruda conciencia que ahora tenía, el modo en que Carlina se había protegido en su manto negro. Él la había despojado incluso de ese consuelo. Bard sintió que no podría vivir con esta conciencia, que moriría si persistía mucho más en él; sin embargo sabía, en un nivel profundo, que en realidad nunca se interrumpiría. A pesar de cuantas compensaciones concretara, viviría durante el resto de su vida dolorosamente consciente del tormento que había infligido a los demás. Viviría para siempre sabiendo lo que les había hecho a aquellos a quienes amaba.

Amar. A su manera compleja había amado a Carlina. Su amor había sido egoísta y brutal, pero había sido verdadero amor, amor también por la tímida niñita que había sido su compañera de juegos. También había amado a Geremy y a Beltrán, y ahora ellos estaban fuera de su alcance para siempre. Todo el castigo por haberlos perdido era saber que él mismo los había alejado, que había impulsado a Geremy a la alienación y había enviado a Beltrán a la muerte. Amaba a Erlend, y sabía que nunca merecería el afecto de su hijo, ni tampoco su respeto. Si a pesar de todo lo tuviera (pues los niños amaban sin motivo, sin razón), siempre sabría que lo tenía a causa de la bondad de Erlend y no de la suya, sabría que si Erlend lo conociera a

fondo también lo odiaría, tal como Alaric lo odiaría, como lo odiaría su padre... como Melora, que era tan buena y honesta, seguramente lo odiaría cuando lo supiera. Y él debía decírselo.

Entonces supo el dolor que le produciría cuando se lo contara, y se preguntó cómo podía poner esta carga sobre Melora, cómo podía pretender aliviar su propio corazón si el precio era cargar el de ella con pena y dolor. Se preguntó si no debía suicidarse de inmediato,

para no volver a hacer daño a los demás. Pero después supo que también eso haría daño a los otros. Podría sobrecargar de culpa a Carlina, que ya estaba colmada de vergüenza y de humillación, y que tal vez jamás se recuperara. Haría daño a Erlend, que lo amaba y lo necesitaba, y haría daño a Alaric, en cuyas frágiles manos descansaba el reino. Pero más allá de todos, haría daño a Melora, y por eso supo que no debía hacerlo.

Entró al patio de Neskaya y preguntó al somnoliento guardia si podría hablar con la *leronis* Melora MacAran.

El hombre le dirigió una mirada, pero era evidente que en la torre de Neskaya la llegada de un jinete solitario por la noche no era un acontecimiento demasiado extraño. Envió a alguien a decirle a Melora que la buscaban, y mientras tanto, al ver el agotamiento de Bard, lo hizo pasar a la planta baja donde le ofreció unos bizcochos y un poco de vino.

Bard comió los bizcochos con apetito, pero no tocó el vino, consciente de que si tomaba media copa, en aquel estado de agotamiento y con el estómago vacío, se emborracharía de inmediato. Por más que hubiera agradecido el olvido de la borrachera, sabía que para él no había una huida tan sencilla.

Oyó la voz de Melora antes de verla.

-No tengo ni la menor idea de quién podría buscarme aquí a estas horas, Lorill.

Después Melora apareció en la puerta. A primera vista él descubrió solamente que estaba más gorda que nunca, allí parada a la luz de una lámpara que llevaba en la mano, pero también distinguió el centelleo de su pelo rojo a través del modesto velo con que se había cubierto. Evidentemente, la habían llamado cuando estaba a punto de retirarse y llevaba puesta una bata suelta, de color pálido, a través de la cual Bard percibió veladamente su silueta.

-¿Bard? -exclamó, mirándolo inquisitivamente y sorprendida.

Entonces, con esa nueva y terrible conciencia de las emociones de los demás, él *sintió* el choque que ella experimentó al ver su rostro demacrado y las arrugas de agotamiento.

-Bard, cariño, ¿qué ha pasado? No, Lorill, está bien, lo llevaré a mi sala. ¿Puedes caminar, Bard? Ven, entonces, sal del frío.

Él la siguió, sin voluntad, incapaz de todo salvo de obedecerle como un niño, recordando que también Melisendra le había dicho «cariño» cuando le había visto la cara. ¿Cómo podían hacerlo? Al entrar en la habitación, el fuego encendido hizo que Bard advirtiera que estaba casi congelado.

-Siéntate aquí, Bard, junto al fuego. Lorill, pon unos leños más en el fuego y luego regresa a tu puesto. ¡No seas estúpido, hombre, no soy ninguna *leronis* virgen para que me protejan y me cuiden! Además conozco a Bard desde su primera campaña. No me hará daño.

De modo que todavía había una persona que confiaba en él. No era mucho, pero significaba un comienzo, una semilla de creciente calor que iluminaba el páramo desolado que había en su interior, así como el fuego calentaba su cuerpo helado y exhausto.

Lorill se marchó. Melora alzó una mesa pequeña y frágil y la colocó entre ambos.

-Estaba tomando una cena tardía antes de subir a los transmisores. Compártela conmigo, Bard, donde come uno, comen dos.

Había una canasta de fragante pan de nuez, todavía caliente, cortado en rebanadas, unos rollos de queso blando condimentados con hierbas sabrosas y picantes, y un cuenco de sopa caliente. Melora vertió la mitad en un jarro que le entregó y luego se tomó su parte del cuenco.

Bard bebió, saboreando la sopa caliente, y la calma y la confianza de Melera le devolvieron la vida.

Ella terminó la sopa y dejó el cuenco; luego untó el pan con queso, y el pan se deshizo de modo que tuvo que apretarlo entre los dedos. Aun así, unas migas cayeron en su regazo y ella las recogió y las arrojó al fuego.

-¿Más sopa? Puedo pedir más, siempre hay un poco en la cocina, sobre el fuego. ¿Estás seguro? Toma la última rebanada de pan, si quieres, yo ya no tengo hambre y tú has cabalgado mucho tiempo en el frío. Bien, ya no pareces el señuelo de una banshee. Bard, ¿qué ha pasado? Cuéntamelo, ¿quieres?

-¡Melora!

Él cruzó apresuradamente la habitación para caer de rodillas a los pies de ella; Melora lo miró y suspiró.

Él sabía que Melora estaba esperando y de repente advirtió la enormidad de lo que estaba haciendo.

¿ Cómo podía aliviar la enorme agonía de su nueva carga de conocimiento depositándola sobre los hombros de Melora?

Habló, y percibió que su voz era áspera e insegura como el barítono reciente de un muchacho cuya voz acaba de cambiar.

-Nunca debí haber venido, Melora. Lo siento. Yo... me iré ahora. No puedo...

-¿No puedes qué? No seas tonto, Bard -exclamó ella, y extendió sus manos regordetas pero curiosamente graciosas, para alzar el rostro de Bard hacia el suyo.

Cuando le rozó las sienes, Bard comprendió de pronto que ella podía leerlo todo, que lo *sabía*- todo, en una única oleada de conciencia. El ardor de su nuevo dolor pasó a ella sin palabras, y Melora supo todo lo que él había hecho, y cómo se sentía ahora, y qué había ocurrido.

-Misericordiosa Avarra -susurró ella horrorizada; y luego añadió suavemente-: No, no se mostró misericordiosa contigo, ¿verdad, mi pobre amigo? Pero todavía no has merecido su piedad, ¿verdad? ¡Oh, Bard!

Y sus brazos lo atrajeron contra su pecho. Él permaneció allí como si Melora fuera, en ese único momento, la madre que él nunca había conocido, y supo que estaba a punto de llorar.

No había llorado desde la muerte de Beltrán, pero sabía que lloraría en otro momento; por eso se irguió y se puso tenso para no derrumbarse.

-Oh, querido -susurró Melora-. ¿Cómo ha podido suceder? Me culpo, Bard, tendría que haberme dado cuenta de hasta qué punto necesitabas amor y confirmación tendría que haber encontrado la manera de llegar a ti. Pero estaba tan orgullosa de mí misma por respetar las reglas, como si no pudieran ser olvidadas en función de las necesidades humanas. ¡Por mi orgullo puse en marcha todo esto! Todos nosotros vivimos con los errores que cometemos, ésa es la peor parte. Podemos mirar atrás y ver el momento exacto en que todo anduvo mal, y creo que ése es todo el castigo que necesitamos: el de vivir con lo que hemos hecho, y el de saber cómo lo hicimos. Yo tendría que haber encontrado una solución.

Súbitamente Bard recordó a Mirella, aquella noche en el campamento cuando Melora lo despidió, recordándole orgullosamente qué era lo apropiado; Mirella, en la puerta de la carpa, susurrando: «Ella lloró hasta dormirse...»

Melora lo había deseado tanto como él a ella. ¡Si al menos él hubiera sabido eso! Si hubiera estado al menos seguro de eso podría haberse mostrado más amable con Beltrán. Pero, ¿cómo podía acusarse Melora por los pecados y los errores de él? Sin embargo, lo hacía, y

Bard nunca podría aliviarla de eso. Entonces, de una manera terrible, también le había hecho daño a ella.

-¿No hay manera de evitarlo? ¿No hay manera de evitarlo? No puedo vivir así, con esta... esta carga de conocimiento, no puedo...

Todavía acariciándole suavemente el rostro, ella dijo, con infinita amabilidad:

-Pero debes hacerlo, cariño, como debo hacerlo yo, como debe hacerlo Carlina, como todos. La única diferencia es que algunos nunca llegan a saber por qué sufren, y nosotros sí. Dime, Bard, ¿preferirías que esto no hubiera ocurrido? ¿De verdad lo deseas?

-¿Si deseo no haber hecho lo que hice? ¿Estás loca? Por supuesto... eso es lo peor, que nunca podré remediar nada de lo que he cometido.

-No, Bard, quiero decir, ¿de veras querrías que Carlina nunca te hubiera mostrado esto, que siguieras siendo el mismo hombre que eras hace pocos días?

-Sí, sí, no soporto saber de esta manera, quiero regresar *a.* la ignorancia -gritó él.

Carlina lo había cargado de este modo con *laran,* y tal vez con *laran* podría encontrarse la manera de extraer de él este conocimiento monstruoso. Entonces, bajando la cabeza, advirtió con una nueva clase de dolor que se equivocaba. Para él, regresar a la ignorancia significaría arriesgarse a repetir lo que ya había hecho; convertirse una vez más en la clase de hombre que podía cometer esas atrocidades, que podía herir a un hermano, mutilar de por vida a un hermano de crianza, violar y atormentar a mujeres que lo querían.

-No -cambió de opinión, todavía con la cabeza gacha.

Pues aunque él no lo supiera, todo el dolor de Carlina, todo el sufrimiento de Melisendra y toda la belleza de su perdón seguirían existiendo, pero él no sería consciente de eso. Ya no podía imaginarse cómo

sería la ignorancia: se convertiría en un hombre ciego en un jardín colmado *de* capullos en flor, pisoteando la belleza sin advertirla.

-Prefiero saber. Duele, pero prefiero saber.

-Bien -asintió Melera en un susurro-. Ése es el primer paso. Saber, y no bloquear el conocimiento.

-Yo quiero... quiero... de alguna manera quiero enmendarme, tratar de corregir lo que pueda.

Ella asintió.

-Lo harás. No puedes evitarlo. Pero habrán muchas cosas que no podrás corregir, y aunque te torturen tendrás que aprender a seguir... a seguir de alguna manera, cargando con ese peso. Tendrás que saber que no puedes remediar nada de lo que cometiste. -Lo miró intensamente-. Por ejemplo, ¿te parece que deberías haber dejado a Carlina sola con esto?

-Me pareció que yo sería la única persona a quien ella no desearía ver -respondió él, todavía incapaz de mirarla. '

-No estés tan seguro de eso; después de todo, ambos habéis compartido algo, y algún día tendrás que enfrentarte de nuevo a ella.

-Yo... lo sé. Pero después, después de eso no podía quedarme allí, recordándole... y no pude soportarlo. Le pedí a Melisendra que fuera con ella. Melisendra es amable. No sé cómo puede, después de todo lo que pasó, de todo lo que le hice, pero lo es.

-Porque ve dentro de las personas, igual que tú ahora -respondió Melora-. Ella sabe qué son y qué es lo que las atormenta.

-Tú también -dijo él, al cabo de un momento-. ¿Qué es eso? ¿Es simplemente tener *¡aran?*

-No del todo. Pero es el primer paso de nuestro entrenamiento, por eso Carlina te devolvió en realidad un bien a cambio de un mal. Te dio el don del *laran,* que fue lo primero que ella misma recibió.

-¡Menudo don! -exclamó Bard con amargura.

-El don de vernos a nosotros mismos. Es un don, y lo sabrás en su momento. Bard, es tarde y debo ir a los transmisores. No, no te dejaré en este estado. Deja que avise a Varzil. Es nuestro *tenerézu,* nuestro celador, y él podrá enviar a algún otro para que ocupe mi lugar allí; tu necesidad es mayor en este momento.

Bard recordó que había visto a Varzil de Neskaya. ¿Había sido en la boda de Geremy? No lo recordaba. El tiempo se concentraba en un pasado continuo y nebuloso. No sabía cuándo, cómo ni por qué había hecho cada cosa, sólo sentía la enorme convicción de una culpa que trascendía lo soportable y un horror por sí mismo tan intenso que le parecía que ya nunca podría volver a mantener la cabeza erguida. Cualquier cosa que hiciera, cualquier cosa, crearía infinitas catástrofes. ¿Cómo podría vivir de esta manera? Y sin embargo, morir también provocaría una catástrofe, de modo que si se suicidaba para evitar seguir haciendo el mal, tampoco arreglaría nada.

Melora le rozó la mano.

-¡Basta! -le ordenó con severidad-. Ahora estás empezando a caer en la autocompasión, y eso sólo empeorará las cosas. Lo que sientes ahora es tan sólo la secuela del agotamiento. ¡Basta! Mira -su voz se hizo más suave-,

cuando hayas descansado y puedas digerir lo que te ha ocurrido, estarás en condiciones de continuar. No de olvidar, pero sí de dejar atrás todo eso; aprenderás a vivir con lo que no puedes corregir. Lo que necesitas ahora es dormir y descansar. Yo me quedaré cerca.

Se puso en pie y levantó la mesita para devolverla a su sitio. Luego llevó un pesado banco acojinado y lo colocó frente a la silla.

-Podría haberlo hecho yo.

-¿Por qué? No estoy agotada ni soy inválida. Vamos, levanta los pies... sí, así. Deja que te quite esas botas. Y quítate también el cinturón y la espada; no los necesitas aquí.

Abrió una cortina que ocultaba una alcoba al otro extremo de la habitación. Él se dio cuenta de que allí era donde dormía Melora. La mujer le trajo una almohada.

-La silla es bastante cómoda. He dormido allí muchas noches, cuando alguien estaba enfermo y sabía que podían llamarme en cualquier momento. Si necesitas salir durante la noche -le dijo directamente-, el lugar que buscas está al final de este pasillo, bajando la escalera, y tiene la puerta pintada de rojo. Es para los guardias; sería un escándalo si te permitiera usar el baño de mi habitación, ya que no eres uno de nosotros. -Lo envolvió en un chal de punto-. Que duermas bien, Bard.

Apagó la lámpara. Bard oyó el crujir de la cama cuando ella se acostó.

Era raro que sus pasos fueran tan leves, siendo ella una mujer tan corpulenta; ni siquiera había oído sus pasos. Bard tocó la cálida textura del chal que le llegaba hasta el mentón. De alguna manera, lo hacía sentir pequeño y joven; lo asaltó una curiosa imagen de su madre adoptiva envolviéndolo en un chal parecido después de una enfermedad infantil. Era raro. Siempre había pensado que lady Jerana lo odiaba y lo trataba con crueldad, ¿por qué había olvidado las veces que había sido amable con él? ¿Acaso había querido creer que ella lo odiaba y no le deseaba nada bueno? Seguramente para una mujer que no tenía niños no había resultado fácil criar al hijo fuerte y saludable que su esposo había tenido con otra mujer.

Cuando estaba a punto de dormirse oyó la respiración de Melora: el sonido resultaba extrañamente tranquilizador, y también que lo hubiera dejado dormir en su propia habitación, a él, un hombre que siempre había tratado a las mujeres con crueldad. No porque hubiera pensado hacerle algo. Se preguntó, repentinamente, si alguna vez sería capaz de sentir otra vez deseo por una mujer, con esa terrible conciencia de todo el mal que podía hacer.

Carlina ha tenido su venganza, pensó, y luego se preguntó, con súbita y suspicaz lucidez, si alguna vez desde que su madre lo había entregado había sentido que lo amaban, pues quizá pensaba, sin saberlo, que su madre no lo había considerado digno de ser amado, por eso lo había entregado a su padre. Lo ignoraba; estaba empezando a creer que no sabía nada del amor. Pero sabía que la confianza de Melera era, de algún modo, el primer paso hacia su curación. Abrazando la almohada que olía a algún fresco aroma perteneciente a Melora, se durmió.

Cuando despertó, era de día y nevaba suavemente, una de las primeras nevadas del año en Kilghard Hills. Los copos silenciosos, que se derretían al

caer, derivaban contra las ventanas. Melora mandó a pedir prestada una navaja de afeitar y una camisa limpia a uno de los guardias, y a desayunar con ellos.

-De ese modo -explicó la mujer, sonriéndole con alegría-, se enterarán de que no estoy recibiendo a un amante del exterior, lo cual no sería correcto mientras presto servicio aquí. No me preocupo demasiado por mi reputación, pero no es correcto atraer un escándalo de ese modo, aquí en la torre. Varzil ya tiene demasiado qué combatir, sin necesidad de ocuparse de esas cosas.

Mientras se dirigía a compartir con los guardias el fresco pan de nuez y el pescado frito, Bard sintió un cierto orgullo vergonzoso: ¿el señor General de Astu-

rías compartiendo el desayuno con los guardias? Pero no estaba en su tierra, probablemente nadie lo reconocería, y si lo hacían, bien, no era asunto de ellos; sin duda incluso un general podía consultar a una *leronis* por algún asunto urgente y privado.

Afeitado y con ropa limpia se sintió mejor. Después del desayuno, un joven pelirrojo, vestido de azul y plata y con el inconfundible sello del linaje de Hastur en el rostro, fue a traerle el mensaje de que lord Varzil de Neskaya deseaba verlo.

Varzil de Neskaya. Un enemigo, un Ridenow de Serráis; pero Alaric lo amaba, y él mismo se había sentido favorablemente impresionado por el hombre que había ido a cambiar a Alaric por Geremy. Aunque creía que Varzil era un aliado del rey Carolin de Thendara, igualmente lo había impresionado favorablemente.

¡No debe resultar fácil jurar neutralidad en un mundo desgarrado por las guerras! ¡Cuando todas las tierras que te rodean estarcen llamas, sin duda es más sencillo unirse a algún bando!

Bard recordaba a Varzil como a un hombre joven, pero el personaje que encontró en el pequeño estudio con suelo de piedra, abrigado con una simple túnica y sandalias en vez de la túnica ceremonial de su cargo, le pareció viejo: en el rostro demacrado por la preocupación se veían arrugas, y el brillante cabello rojo estaba encaneciendo. Varzil, después de todo, no podía ser muy joven: él había reconstruido Neskaya después del bombardeo de fuego, y eso había ocurrido antes del nacimiento de Bard, aunque, según había oído, Varzil era muy joven entonces.

-Bienvenido, Bard mac Fianna. Ahora mismo te atiendo, pero primero debo arreglar algunas cuestiones. Siéntate aquí-le indicó, y siguió hablando con el joven vestido con los colores de Hastur, que se hallaba frente a él.

Al principio esto incomodó a Bard: eso era lo que valía la mentada neutralidad de Varzil y de la torre. Pero cuando hubo escuchado unas pocas palabras, se tranquilizó.

-Sí, dile a la gente de Hali que les enviaremos curadoras y *leroni* para atender a los más quemados, pero deben darse cuenta de que las heridas físicas visibles no son lo único. Las mujeres embarazadas deben pasar un chequeo, la mayoría abortará, y ésas serán las más afortunadas, pues de los niños que hayan sido concebidos antes de este desastre, al menos la mitad nacerán mutilados o deformes. Ellos también deberán pasar un control en cuanto lleguen al mundo. Las mujeres en edad de concebir

deben ser evacuadas del área en cuanto sea posible, pues de lo contrario correrán el mismo riesgo si conciben niños antes de que la tierra se haya curado, y eso tal vez no ocurra durante muchos años.

-La gente no querrá dejar sus propiedades ni sus granjas -apuntó el hombre de Hastur-, ¿qué les diremos?

-La verdad -respondió Varzil con un suspiro-, que la tierra está irreversiblemente envenenada y que seguirá así durante años: nadie puede vivir allí, ni conquistados ni conquistadores. Esto sólo ha provocado una única cosa buena.

-¿Una cosa buena? ¿Y cuál es, *vai laranzu?*

-La torre de Dalereuth también ha jurado neutralidad -explicó Varzil-. Han jurado que en ningún caso volverán a fabricar armas con el *laran,* y su señor, Marzan de Valeron, se ha adherido al pacto, al igual que la reina Darna de Isoldir. Valeron e Isoldir han hecho el juramento de lealtad a los Hastur.

Bard se puso muy nervioso ante esta noticia. ¿Todas esas tierras estarían algún día bajo el dominio de los Hastur? Sin embargo, si los Hastur habían jurado que

no harían más guerras que contravinieran el Pacto, ya no se producirían más atrocidades como las de Hali.

Bard había sido un soldado toda su vida y no se sentía especialmente culpable por los hombres que había matado con la espada en combate cuerpo a cuerpo, ya que ellos habían tenido la misma oportunidad de matarlo a él. Sin embargo, sentía que nada podría justificar nunca la muerte de los hombres eliminados por medio de la hechicería, la de las mujeres y los niños muertos por los bombardeos de fuego. También sentía que sus ejércitos podían enfrentarse y conquistar los ejércitos de Hastur con cualquier arma. ¿Por qué habrían de necesitar también hechiceros?

Cuando Varzil acabó su entrevista con el enviado de Hastur, dijo:

-Comunicad a *domna* Mirella que me gustaría hablar con ella.

Bard oyó ese nombre sin sorpresa -no era tan poco común-, pero cuando entró la joven, la reconoció de inmediato. Se conservaba esbelta y bonita, y llevaba puesta la túnica blanca de una supervisora.

-¿Estás trabajando en los transmisores, niña? Creí que estabas descansando, después de tu odisea en Hali -comentó Varzil.

Mirella estaba a punto de responder, pero se interrumpió al ver a Bard.

-*Vai dom,* me enteré por Melora de que ahora eres señor General de Asturias. Perdóname, lord Varzil, ¿pero puedo preguntar por mi familia? ¿Está bien mi abuelo, señor, y cómo se encuentra Melisendra?

De alguna manera, Bard consiguió reunir el coraje necesario para enfrentarse a ella. Era esperar demasiado que Mirella no supiera nada de su depravación; él creía que todo el mundo en los Cien Reinos lo sabía, y que todos estaban dispuestos a escupir sobre el

nombre de Bard mac Fianna, al que llamaban Di Asturien.

-Maese Gareth está muy bien, aunque para él también pasan los años -respondió-. Marchó con nosotros durante nuestra última campaña contra los Ridenow, antes de que éstos se rindieran.

Dirigió a Varzil una mirada vacilante. Menos de diez días antes, había ahorcado al señor de este hombre, don Eiric de Serráis, después del combate, por haber quebrantado su juramento. Pero aunque Varzil pareció entristecerse, no parecía albergar ningún odio hacia Bard ni hacia sus ejércitos.

-¿Y Melisendra?

Melisendra es la hermana-madre de esta chica. ¿ Qué le habrá dicho de mí?

-Melisendra está bien -respondió y agregó, siguiendo un impulso-: Creo que es feliz; me parece que desea casarse con uno de mis hombres juramentados. Desde luego, si ése es su deseo, yo no se lo impediré. El rey Alaric ha prometido a Erlend un sello de legitimidad, de modo que eso no debe preocuparla.

Melara dijo que yo encontraría la manera de hacer todas las compensaciones posibles. Éste es sólo el comienzo, algo insignificante, pero por algún lugar hay que empezar. Paul es casi tan malo como yo, pero por algún motivo ella lo ama.

Mirella le sonrió con dulzura.

-Te agradezco las buenas noticias, *vai dom.* Y ahora, don Varzil, estoy a tu disposición.

-Somos felices de tenerte aquí mientras te recuperas del choque de lo ocurrido en Hali -dijo Varzil-. ¿Por qué no estabas dentro de la torre?

-Me habían dado autorización para salir a cazar en las colinas, con dos *bredin-y* -explicó Mirella-. Estábamos a punto de regresar a casa cuando empezó a llover, y no refugiamos en una cabaña de pastor. En-

ronces, oh diosa misericordiosa, sentimos el incendió los gritos...

Palideció y Varzil extendió una mano para abrazarla con fuerza.

-Debes tratar de olvidar, querida niña. Aunque eso siempre estará contigo. Sin duda, ninguno de nosotros, en ninguna de las torres, podremos olvidar -manifestó Varzil-. Mi hermana más joven, Dyannis, era *leronis* en Hali, y yo la sentí morir. -Su voz se extinguió y por un momento Varzil quedó mirando algún horror interior. Luego, recuperándose, continuó con firmeza-: Lo que debemos recordar, Relia, es que el heroísmo de ellos nos ha hecho avanzar un paso más hacia el momento en que toda esta tierra respete el pacto. Ya sabes que ellos transmitieron deliberadamente lo ocurrido, mientras morían mantuvieron sus mentes abiertas para que todos pudiéramos ver, escuchar y sentir lo que sufrían. Prefirieron eso antes que morir rápidamente, una opción que podrían haber tomado con suma facilidad.

Mirella se estremeció.

-¡Yo no podría haberlo hecho! Creo que ante el primer contacto con el fuego hubiera detenido mi corazón para recibir una muerte más misericordiosa.

-Tal vez -asintió suavemente Varzil-. No todos somos igualmente heroicos. Sin embargo, rodeada por los demás, tal vez hubieras tenido valor.

Bard vio en su mente la imagen de un cuerpo de mujer, ardiendo como una tea, pero Varzil lo eliminó.

-Debes ir a otra Torre, Relia; ¿deseas ir a Arilinn o a Tramontana?

-Tramontana es un lugar peligroso -objetó -, pues Aldaran todavía no se ha adherido al pacto y puede atacar la torre. Os debo una muerte a todos vosotros: iré a Tramontana.

-No es necesario -apuntó Varzil con suavidad-.

Habrá mucho trabajo para los *leroni* aquí, curando las heridas de los niños quemados de Hali, o en las montañas de Venza, donde esparcieron polvo fundehuesos. Los pequeños se están muriendo.

-Dejaré esa tarea a las curadoras y a las sacerdotisas de Avarra, si es que aceptan romper su aislamiento en el lago del Silencio -rechazó Mirella-. Mi lugar está en Tramontana; es lo que me corresponde, Varzil.

Varzil agachó la cabeza.

-Que así sea. No soy el guardián *de* tu conciencia. No preveo paz en Aldaran, ni tampoco seguridad para Tramontana durante mi tiempo de vida y mucho tiempo más. Pero si crees que te corresponde ir a Tramontana, Mirella, entonces que todos los dioses te acompañen, pequeña. -Se levantó y abrazó a Mirella estrechándola con fuerza-. Tienes mi bendición, hermana. No te olvides de hablar con Melora antes de marcharte.

Cuando Varzil la soltó ella se dirigió a Bard.

-Envía mis saludos a mi abuelo y a Melisendra, *vai* afora. Diles que si no volvemos a encontrarnos, será por los azares de la guerra. Tú que eras el comandante la primera vez que fui a la guerra como *leronis,* sin duda lo comprenderás.

Lo miró con mayor intensidad, y algo en el rostro de Bard hizo que la mirada de la joven se suavizara.

-Ahora que eres uno de nosotros, rogaré por tu paz y tu esclarecimiento, señor. Que los dioses te protejan.

Cuando la joven se marchó, Bard, perplejo, se dirigió a Varzil.

-¿Qué demonios ha querido decir con «uno de nosotros»?

- -Bien, ella ha visto que estabas recientemente dotado de *laran* -respondió Varzil-. ¿O acaso crees que una *leronis* no puede distinguir a una persona con *donas?*

-Por el lobo de Alar, ¿eso se ve?

Su consternación era evidente. ¿Llevaba alguna marca visible de aquello en lo que se había convertido? Varzil casi soltó una carcajada.

-No fisicamente. Pero ella lo ve, al igual que cualquiera de nosotros. No nos miramos demasiado con nuestros ojos físicos, sino que lo vemos en el exterior de tu mente. Ninguno de nosotros te leería el pensamiento sin permiso, ni siquiera yo. Pero, en general, nos reconocemos. -Sonrió-. Después de todo, ¿crees que el celador de Neskaya concede audiencia a cualquiera que venga aquí, aunque sea el Señor General de Asturias, Merenji y Hammerfell y Dios sabe cuántos otros países del territorio rebelde? No me importa tanto el señor General -dijo, con una sonrisa que hacía inofensivas esas palabras-, pero Bard mac Fianna, el amigo de Melora, a quien yo amo, el que acaba de hacerse consciente de su *laran,* Bard mac Fianna es otra cosa. Como *laranzu* tengo una obligación hacia ti. Tú eres... ¿cómo decirlo? Tú eres un pivote.

-No sé qué quieres decir.

-Tampoco yo -reconoció Varzil-, ni tampoco sé cómo lo sé, pero la primera vez que te vi supe que alrededor de tu persona girarían muchos grandes acontecimientos de nuestra época. Yo también soy uno de esos pivotes, una de esas personas que pueden cambiar la historia, y que tienen el deber de hacerlo si pueden, pase lo que pase. Creo que por eso te convertiste en Señor General de Asturias.

-Eso me suena demasiado místico, *vai dom* -opinó Bard frunciendo el ceño.

Había ascendido al volver del exilio gracias a sus propios esfuerzos y no le gustaba en absoluto la idea metafísica de ser solamente una pieza del destino.

Varzil se encogió de hombros.

-Tal vez sea así. He sido *laranzu* durante toda mi

vida, y uno de mis dones es el de ver líneas temporales; no muchas, no muy claramente, no de manera que me permita elegir entre los muchos caminos que podría tomar. He oído decir que en una época existió un don así, pero se extinguió. Aunque a veces puedo reconocer a un pivote cuando lo veo, y decidir lo que hay que hacer para no malgastar una oportunidad.

Bard hizo una mueca.

-¿Y si no consigues que los otros coincidan con tu idea de lo que debería ocurrir? ¿Tan sólo les dices que tienen que hacer esto o aquello, o el mundo podría venirse abajo?

-Ah, no, eso sería demasiado fácil, y no creo que los dioses quieran que alcancemos la perfección -declaró Varzil-. No, los demás hacen lo que pueden tal como a ellos les parece, aunque no siempre comparten mi opinión. De otro modo, yo sería un dios, y no simplemente el celador de Neskaya. Hago lo que puedo, eso es todo, y siempre soy terriblemente consciente de los errores que cometo, de los que he cometido e incluso de los que cometeré. Sólo tengo que esforzarme al máximo y... -de pronto su voz se endureció-: Considerando tu experiencia, Bard mac Fianna, creo que eso es algo que tendrás que aprender rápido: debes esforzarte al máximo, allí donde estés y convivir con los errores que no puedes evitar cometer. De otro modo, serás como el asno que se murió de hambre entre dos parvas de pienso, tratando de decidir cuál comería primero.

¿Sería por esto que Melora lo había enviado a hablar con Varzil?, se preguntó Bard.

-En parte -respondió Varzil leyéndole el pensamiento-, pero estás al mando del ejército de Asturias, y una de tus tareas es la de unificar toda esta tierra. Así pues, debes regresar.

Era lo último que Bard esperaba que Varzil le dijera.

-Enviaré a Melora contigo -prosiguió Varzil-. Creo que la necesitarán en su tierra. Asturias es el lugar donde están ocurriendo las cosas importantes de nuestro mundo. Pero antes de que te vayas, te repetiré la pregunta que ya te formulé en una ocasión, cuando nos encontramos en Asturias: ¿te adherirás al pacto?

El primer impulso de Bard fue asentir. Después agachó la cabeza.

-Lo haría con gusto, *tenerézu.* Pero soy un soldado y obedezco órdenes. No tengo derecho a hacerlo sin la orden de mi rey y de su regente.

Para bien o para mal, he jurado obedecerlos, y no puedo hacerte ninguna promesa sin permiso de ellos. De lo contrario sería una deshonra. El que quebranta su primer juramento también quebrantará el segundo.

Con gran vergüenza, recordó cómo había hostigado a Carlina con ese mismo proverbio, pero eso no hacía más leve su obligación en este momento.

He destruido y arruinado todo lo demás. Pero mi honor de soldado, y mi lealtad a mi padre y a mi hermano aún están incólumes. Debo tratar de mantenerlos así.

Varzil lo miró largamente. Al cabo de un momento tendió la mano hacia Bard y le rozó la muñeca.

-Si tu honor lo exige, que así sea, tampoco soy el guardián de tu conciencia. Entonces yo mismo tendré que acompañarte a Asturias, Bard. Espérame hasta que hable con mis sustitutos y me asegure de que alguien se hace cargo de todo aquí.

Carlina se despertó de un sueño inquieto, con todos los nervios y músculos de su cuerpo doloridos, para ver a una mujer de pie en la puerta de su habitación. Carlina se encogió para cubrirse con el manto negro; después, temblando, recordó que ya no tenía derecho a hacerlo. Ya no. Lo hubiera dejado caer, pero se dio cuenta de que todavía estaba medio desnuda, vestida tan sólo con la enagua ensangrentada y rota, la única prenda que Bard le había dejado puesta. Se sentía entumecida y golpeada, pero en ese momento reconoció a la mujer, alta y robusta, que tenía puesto un hermoso vestido verde ribeteado en piel: era la concubina de Bard, la *leronis* de lady Jerana, la que le había dado un hijo años atrás. Carlina sólo sabía de ella que se llamaba Melisendra, porque la había visto veladamente en la mente y en la memoria de Bard. No podía recordar los detalles, pero estaba segura de que eran muy desagradables. Se ocultó bajo el manto negro, pensando que no podría soportar que aquella mujer serena y segura contemplara su vergüenza.

-*Vai domna* -dijo Melisendra, al tiempo que entraba en la habitación-, no querrás que tus criadas te vean en este estado; te ruego que me dejes ayudarte.

Se sentó en la cama junto a Carlina, rozando con suavidad la magulladura que la otra tenía en una mejilla.

-Créeme, sé lo que sientes. Yo era una *leronis* conservada virgen para la Vista, y ni siquiera pude protegerme de un hechizo. En cierto sentido, estaba más avergonzada, que tú, pues a mí no me golpearon hasta someterme, sino que le entregué mi virginidad sin luchar. Veo que tú te defendiste con todas tus fuerzas, mientras que yo no tuve voluntad para hacerlo. Además, vi en su cara las marcas de tus uñas.

Carlina rompió a llorar desesperadamente. Melisendra la abrazó contra su pecho y la mantuvo allí.

-Bueno, bueno, llora todo lo que quieras... -murmuró, acunándola-. Pobre damita, ya sé, ya sé, créeme. Yo también me desperté así, y no había nadie para consolarme; mi hermana estaba lejos, en la torre, y tuve que enfrentarme con la furia de mi señora. Bueno, bueno, ya...

Cuando Carlina lloró hasta calmarse, Melisendra fue al baño y metió a Carlina en la bañera con agua caliente, quitándole su enagua desgarrada.

--Haré quemar esto. Estoy segura de que no querrás volver a ponértela.

También desechó el resto de la ropa que Bard le había arrancado a Carlina. Luego bañó a la otra como si fuera una niña pequeña y curó sus heridas con cremas balsámicas. Después la vistió como una muñeca y llamó a una de las criadas.

-Tráele algo de comer a la dama.

Cuando la comida llegó, se sentó y estimuló a Carlina para que tomara algunas cucharadas de sopa. A Carlina le resultaba difícil mover la mandíbula lastimada, pero Melisendra le aseguró que no había fractura.

Cuando las criadas se llevaron las bandejas Carlina la miró trémulamente.

-Creo que todo esto debe resultarles extraño. Todas ellas conocen mi vergüenza y contigo aquí... -^

Melisendra le sonrió.

-Seguro que no; no es nada nuevo que una barragana atienda a la esposa legal. Señora, a decir verdad, estoy segura de que en esta tierra donde tantos matrimonios se imponen a mujeres que no los quieren, tú no eres la única mujer noble que debe soportar una violación en su noche de bodas.

-Bien, así es -asintió Carlina con una amarga sonrisa-. Casi lo había olvidado. Supongo que esto me ha convertido en la esposa legítima de Bard. ¡Ahora sólo me falta esperar que cierren las *catenas* sobre mi muñeca, como si fuera una puta de las Ciudades Secas! ¿Dónde está Bard?

-Se marchó hoy temprano, no sé adonde; pero parecía haberse enfrentado con la vengativa Avarra -respondió Melisendra suavemente-. No sé qué saldrá de esto, ignora si la situación política lo obligará a retenerte como esposa. No sé nada de esas cosas. Pero estoy segura, muy segura, de que nunca volverá a maltratarte. Soy *leronis, y* vi que algo había ocurrido en su interior. No creo que nunca vuelva a maltratar a ninguna mujer.

-¿Cómo puedes ser tan buena amiga mía, considerando que, si debo permanecer aquí como esposa de él, tú sólo serás su barragana?

-Nunca fui más que eso, señora. El padre de Bard hubiera visto con buenos ojos que nos casáramos, pero él no me quiere. Para él sólo fui una diversión en el momento en que sentía furia y amargura hacia el mundo. Si no le hubiera dado un hijo, me habría echado...

-Oh -susurró Carlina-, también eres una víctima. -Siguiendo un impulso, besó a Melisendra y recitó con timidez-: Según el juramento de las sacerdotisas de Avarra soy madre, hermana e hija de todas las demás mujeres...

-... y bajo su manto tú eres mi hermana -completó Melisendra suavemente.

Carlina la miró atónita.

-¿Eres una de nosotras?

-Con gusto lo hubiera sido -asintió Melisendra, y sus ojos se llenaron de lágrimas-. Pero tú conoces Su ley. Ninguna mujer puede renunciar al mundo para refugiarse en la isla del Silencio mientras tiene un hijo demasiado pequeño o padres ancianos que necesiten sus cuidados. No quisieron aceptarme mientras tuviera estas responsabilidades. Mi otra hermana es *leronis* en Neskaya, y yo soy el único apoyo que le queda a mi

anciano padre. Por otra parte, Erlend sólo tiene seis años. De modo que no quisieron aceptar mis votos y, además, un *laranzu* me predijo que tenía trabajo que hacer en el mundo, aunque no me comunicó cómo ni cuándo. Sin embargo, la madre Ellinen me autorizó a comprometerme, en privado, con las obligaciones de una sacerdotisa, aunque no hice voto de castidad: ella dijo que tal vez quisiera casarme algún día.

-¿Y todavía deseabas el amor de un hombre? -le preguntó Carlina temblando-. Me siento como si fuera a morir. No soporto la idea de que un hombre vuelva a tocarme por deseo, ni siquiera por amor.

Melisendra le acarició la mano con suavidad.

-Eso pasará, hermana. Eso pasará, si la diosa lo quiere. O tal vez ella desee que vuelvas a servirla en castidad, en la isla o en otra parte. Todas estamos bajo su manto. ¿Quieres que haga lavar esto para ti? -preguntó tras haber recogido el manto negro.

-No soy digna de usarlo -sollozó Carlina.

-¡Calla! -ordenó Melisendra con severidad-. ¡Sabes que no es así! ¿Crees que ella no sabe que te defendiste muy bien?

Los ojos de Carlina volvieron a llenarse de lágrimas.

-Eso es lo que temo. Podría haber luchado más,

podría haber dejado que me matara. ¡Ojalá lo hubiese hecho!

-*Vai domna,* hermana -musitó Melisendra suavemente-, me parece una blasfemia pensar que la diosa pueda ser menos comprensiva que una débil mujer como yo. Y si yo comprendo y perdono tu debilidad, no cabe duda de que la Madre Oscura no podrá hacer menos.

-Tal vez he estado demasiado tiempo en la isla del Silencio -prosiguió Carlina y su voz tembló-. He olvidado las cosas reales del mundo. Tú estuviste en la guerra aquí.

-¿Ni siquiera os enterasteis cuando Hali fue bombardeado con fuego y todos ellos murieron?

-Lo supimos. Pero la madre Ellinen nos dijo que no captáramos eso, porque era inútil compartir esa agonía...

-Mi padre nos aconsejó lo mismo. Pero estábamos marchando con el ejército -dijo Melisendra.

-Las madres dijeron que nosotras no debíamos mezclarnos con la guerra, que debíamos ocuparnos de las cosas eternas, del nacimiento y la muerte. Según ellas, la guerra era un asunto de hombres, algo que no tenía nada que ver con nosotras, sino con el patriotismo y el orgullo masculino y la realeza y la sucesión, y que las mujeres no teníamos nada que ver con eso.

Melisendra profirió una palabrota.

-Perdóname, señora, pero yo he combatido junto a los hombres, desarmada excepto por una piedra estelar y una daga para asegurarme de que no caería viva en manos del enemigo. La Hermandad de la Espada también combate con las mismas armas que los hombres, aunque saben que para ellas los castigos de la derrota son aún más crueles. Algunas prisioneras sufrieron ese destino hace unos pocos días, después de la última derrota de Serráis.

-Siempre están pidiendo a las sacerdotisas de Avarra que abandonen su isla y salgan al mundo a curar -dijo Carlina débilmente-. Tal vez deberíamos pedirle a la Hermandad que nos proteja. Al menos de esa manera no les haríamos ningún daño. -Su voz se extinguió y luego agregó-: Tal vez la madre Ellinen esté equivocada al insistir en que no participemos en las luchas que nos rodean...

-No soy el guardián de la conciencia de nadie -señaló Melisendra-. Tal vez hay diferentes vocaciones para mujeres diferentes...

-Pero, ¿dónde encontrarás un hombre que lo acepte? -preguntó Carlina con amargura.

Y ambas mujeres permanecieron en silencio.

Ninguna de ellas previo lo que ocurrió inmediatamente. Se oyó un zumbido leve... todos los sobrevivientes coincidieron en eso. Un momento más tarde se produjo un gran estallido, un ruido atronador, el suelo tembló bajo sus pies y ambas se abrazaron involuntariamente. A la primera explosión le siguieron varias más.

-¡Erlend! -gritó Melisendra, y corrió salvajemente por el pasillo, tambaleándose cuando los muros se estremecieron con una cuarta explosión.

-¡Erlend! ¡Paolo!

Paul gritó el nombre de Melisendra y la atrapó a la entrada de sus habitaciones. Luego la arrastró por la fuerza hasta situarla debajo del marco de una puerta.

Melisendra se aferró a él y se tambaleó, buscando establecer contacto con la mente de su hijo. ¡El niño estaba a salvo! ¡Gracias a todos los dioses, estaba a salvo en los establos, donde había ido a visitar una carnada de cachorros!

Paul sintió como propio el alivio de Melisendra,

cuya mente estaba abierta, mientras se apoyaba en él con ambas manos. Una y otra vez todo se tambaleó con repetidas explosiones y se alzó el estrépito de las piedras al derrumbarse.

-Vamos -indicó Paul rápidamente-. ¡Tenemos que salir de aquí!

-Lady Carlina...

Paul siguió a Melisendra cuando ésta regresó corriendo. Encontró a Carlina agazapada debajo de los muebles caídos, la cogió en brazos y corrió con ella hacia la pequeña escalera privada que conducía al jardincito donde había visto a Melisendra con su hijo por primera vez. Melisendra corría tras él.

Cuando estuvieron afuera, dejó a Carlina en el suelo. En medio de su confusión y terror, ella no lo había visto; ahora, al mirarlo, retrocedió otra vez asustada.

-Tú... pero no, no eres Bard, ¿verdad?

-No, señora. Pero yo fui quien te trajo de la isla del Silencio.

-Te pareces mucho a él. Es muy raro.

Más raro de lo que supones, pensó Paul, pero no podía decirle nada y sabía que, de todas maneras, probablemente ella no le creería. ¿Qué podía

saber Carlina de su mundo y de la caja de estasis? De todos modos, eso había quedado atrás, había sido otra vida y el hombre que él había sido en ese otro mundo estaba absolutamente muerto. ¿De qué serviría contárselo?

De algún modo debía conseguir que Bard creyera que él, Paul, no representaba ninguna amenaza. Tal vez ahora que Bard se había marchado en alguna misteriosa misión, y que el castillo estaba sumido en la confusión, bajo un ataque -¿de hechicería?- era el momento de llevarse a Melisendra y huir a Kilghard Hills y más allá, más allá de los Hellers. Tal vez en ese territorio salvaje y desconocido pudieran empezar una vida

nueva. Pero, ¿Melisendra accedería a abandonar a su hijo?

-¡Mira! ¡Oh, por la piedad de los dioses, mira! -gritó Melisendra, quien observaba el edificio del que se habían escapado.

Toda un ala del castillo se había desplomado, y Melisendra se aferró a Paul, horrorizada. A través de su mente él vio...

Un rostro joven, contorsionado por el terror; un cuerpo inválido demasiado lento y torpe para bajar la escalera, un anciano que corría para ponerse a salvo, pero que regresaba par a auxiliar al muchacho inválido. Todo un tramo de escalera se derrumbó bajo los pies de ambos, el techo se abrió para dejar entrar el cielo, y el mundo desapareció bajo un alud de piedra y yeso que los sepultó instantáneamente, juntos.

-¡Don Rafael! ¡Alaric! -susurró Melisendra, horrorizada. Rompió a llorar-. El anciano se mostró siempre muy bueno conmigo. Y el muchacho... su vida fue tan dura, pobrecito, y morir de esta manera...

Carlina tenía el rostro duro e implacable.

-Lamento tu dolor, Melisendra. Pero el usurpador del trono de Asturias está muerto, y no encuentro en mí ningún dolor.

Ahora, en todos los jardines y terrenos del castillo Asturias aparecían hombres y mujeres, cortesanos y criados, nobles, cocineras y caballerizos que aullaban y gritaban sumergidos en la mayor confusión, apiñándose para contemplar horrorizados el ala derrumbada.

Pero mientras uno de los mayordomos gritaba, advirtiéndoles a todos que no se acercaran al edificio todavía tembloroso, se alzó una terrorífica explosión final. Lo que quedaba en pie de esa ala se desplomó y acabó estrellándose en medio de una nube de polvo y gritos ahogados. Luego reinó el silencio.

En medio de esa quietud, Paul escuchó que maese Gareth gritaba.

-¿Todavía quedan con vida algunos *leroni* del rey? ¡Venid conmigo! ¡Rápido! ¡Debemos averiguar qué nos está atacando!

-Debo ir -alegó Melisendra, y se alejó rápidamente antes de que Paul pudiera cogerla de la mano e instarla a escapar con él durante esa confusión.

El hombre permaneció junto a Carlina, observando a los hechiceros, que no llevaban puestas ahora sus túnicas grises, sino que vestían cualquier cosa, desde camisones y batas, incluyendo a uno, el joven Rory, que apareció envuelto en una toalla, evidentemente sorprendido durante un baño. Todos se reunían debajo de los árboles en flor del huerto.

Maese Gareth, renqueando, los reunió a su alrededor; faltaban dos o tres, ya que algunos se encontraban en el ala derrumbada, atendiendo a don

Rafael o al rey, pero además de Rory había cuatro mujeres y dos hombres, y maese Gareth les dijo algo en voz baja.

Paul, que estaba un poco lejos, no alcanzó a oírlo. Los soldados trataban de mantener a todos alejados de los muros derrumbados. Paul se dirigió hacia ellos. ¿ Qué era lo que le había dicho Bard ?

Eres el señor General hasta que yo regrese. Ha ocurrido un poco antes de lo que pensábamos, eso es todo.

Uno de los soldados se le acercó corriendo.

-Señor, seguramente estás preocupado por tu hijo. Pero está a salvo, uno de los sargentos se ha hecho cargo de él, ya que su madre estará con el viejo hechicero y todos los demás *leroni.* Ven, señor, habla con él y tranquilízalo, para que el niño sepa que todavía tiene padre y madre.

Sí, era correcto. Vio a Erlend, pálido y tembloroso, abrazado a un cachorro con ambas manos.

-Tu mamá está bien, Erlend, está allá con tu abuelo -dijo el soldado-. Mira, *chiyu,* aquí está el señor General que ha venido a llevarte con tu mamá.

Erlend alzó la cabeza.

-Ése no es... -Durante un horrible momento de pánico, Paul supo que el juego había acabado antes de comenzar, que Erlend estaba a punto de decir: «Ése no es mi padre.» Sin embargo los ojos del niño se cruzaron con los de Paul por un instante, y Erlend dijo, en cambio-: Ése no es modo de hablarme, Coras, no soy un bebé. -Dejó el cachorro en manos del soldado y añadió-: Llévalo a él con su mamá, mira cómo llora pidiendo su leche. Yo debería ir con los *leroni,* ya que algunos de nosotros han muerto y necesitarán todas las piedras estelares disponibles.

-Es un fenómeno, señor General, ¿verdad? -comentó el soldado-. ¡De tal lobo, tal cachorro! ¡Buen chico!

-No creo que te necesiten, Erlend, pero puedes ir y preguntarles si puedes ser útil en algo -dijo Paul a Erlend, cuidadosamente y con dignidad.

-Gracias, señor.

Erlend caminó junto a él, con firmeza, pero Paul percibió que el muchacho temblaba, y al cabo de un momento le tendió la mano. El chico la cogió en la suya, pequeña y sudorosa. Cuando se alejaron lo suficiente como para que nadie los oyera, Erlend le preguntó ferozmente:

-¿Dónde está mi padre?

-Se marchó a caballo esta mañana temprano -respondió Paul. Al cabo de un momento, agregó-: Temí que todos pensaran que los había abandonado en un momento de desgracia, y por eso respondí como si fuera él cuando los soldados me confundieron con tu padre.

Se preguntó por qué se molestaba en dar tantas explicaciones a un chico de seis años.

-Sí. Mi padre debería estar aquí -observó Erlend, y en su voz había una nota de acusación.

Las palabras del niño hicieron que Paul se preguntara si Bard regresaría, y cuándo lo haría.

-Antes de marcharse me dijo: «Hasta que regrese, tú eres el señor General». -Erlend lo miró de manera extraña-. Lo vi marcharse. En ese momento no comprendí qué había querido decir.

Permaneció un momento en silencio, y por fin observó:

-Debes hacer lo que te dijo.

Cuando el muchacho se alejó en dirección al pequeño grupo de *leroni,* Paul se quedó mirándolo, preocupado.

Carlina seguía en el mismo lugar donde la había dejado.

-¿Ése es el hijo de Bard? -le preguntó.

-Sí, señora.

-No se le parece en absoluto. Supongo que ha salido a Melisendra. Desde luego tiene su pelo y sus ojos.

-Debo ir a ver qué están haciendo los soldados -dijo Paul, retomando lo que había querido hacer antes de encontrar a Erlend.

Melisendra se tranquilizaría al ver a su hijo; pero el ejército era como un hormiguero que alguien hubiera destruido de un puntapié. Todos se movían de acá para allá, sin dirección.

-¡Formaos, hombres! -bramó Paul-. ¡Sargentos, pasad lista y averiguad cuántos han quedado sepultados en el derrumbe! ¡Luego veremos si nos encontramos bajo ataque! ¡Formación!

-¡Es el Lobo! ¡El señor General está aquí! -gritó alguien.

Una vez restablecido el liderazgo, los hombres formaron, se pasó lista y todos escucharon los silencios que se producían cuando se llamaba algún nombre al

que nadie respondía. Más tarde se descubriría que algunos soldados ausentes en esa primera constatación seguían con vida, pero que por una razón u otra no habían estado en sus puestos: algunos de permiso y bebiendo una copa en la aldea, uno o dos profundamente dormidos en las barracas, o con alguna mujer. Después aparecerían, preguntando a qué se debía tanto alboroto. Pero al menos, todos tuvieron una idea de las bajas, y la forma del ejército se restableció, aunque no en su totalidad.

Todo siguió en silencio. No hubo indicio de más explosiones, ni ninguna señal de un asalto, ni de una fuerza de ataque.

Paul se preguntó quién sería el enemigo. Serráis se había rendido, Hammerfell no tenía suficiente fuerza, los Hastur habían jurado el pacto, y aunque todavía poseían ejército, habían prometido no usar armas de *laran.* ¿Acaso los Alton o los Aldaran habrían entrado en guerra, y las noticias no le habían llegado a Paul porque se hallaba entonces cumpliendo su misión en la isla del Silencio? ¿Se trataría del pequeño reino de Syrtis, famoso por su poderoso *laran}*

Hasta el momento, no había tenido ninguna noticia de los *leroni* que investigaban la procedencia del ataque. Paul se preguntó si habrían aceptado la oferta de Erlend y habrían admitido al niño junto a ellos.

Ese mismo día, más tarde, Paul estaba inspeccionando junto con dos ingenieros militares la parte incólume del edificio, para evaluar si era segura o no, y para cerciorarse de que cualquier incendio producido por braseros caídos o por lámparas encendidas se hubiese extinguido. En ese momento vio a Erlend que caminaba apresuradamente, y el muchacho lo

saludó con seriedad. Acto seguido le dijo que los *leroni* lo habían destinado a llevar y traer recados. Le pedían que les hiciera enviar comida y vino, porque no tenían ningún

lugar aislado donde trabajar y la presencia de cualquier no-telépata que los atendiera les resultaría perturbadora.

Paul se preguntó a qué *leronis* se les habría ocurrido esta idea, que era una buena manera de dar salida a la energía del chico y alejarlo de cualquier problema. Hasta podía ser cierto, la cosa sonaba bastante razonable.

El interior del castillo era un caos. Un ala y la parte principal estaban intactas, y la fortaleza principal no había sufrido daños. Los proyectiles habían caído un poco desviados. Al inspeccionar las ruinas, Paul no encontró ningún resto que revelara la presencia de bombas ocultas en el interior, porque eso era lo primero que se le había ocurrido. Se sintió inclinado a estar de acuerdo con la apreciación de los ingenieros, quienes opinaban que se trataba de un ataque con *laran.*

-No lo sabremos con seguridad hasta que vengan maese Gareth, la dama Melisendra, o la dama Lori -puntualizó uno de los hombres-. Ellos sabrán decir si ha sido con *laran* o no, pero ahora están ocupados en otra cosa, y bien ocupados, supongo, tratando de descubrir quién nos atacó y cómo devolverles el golpe. Tal vez acaben por rodear el castillo con un escudo. No te sorprendas de que sepa algo de eso, señor, mi hermana era *leronis* en la torre de Hali; murió durante el bombardeo. Y mi padre murió hace treinta años, en el incendio de Neskaya. Algún día, señor, tendrán que acabar con las armas del *laran.* No tengo nada en contra, señor, y la dama Melisendra me parece una buena mujer, pero con todo respeto, señor, el ejército no es lugar para una mujer, ni siquiera dentro del cuerpo de hechiceros. ¡Me gustaría que las guerras se combatieran honestamente, con el acero de las espadas y no con hechicería!

-¡También a mí! ¡Créeme que también a mí me gustaría! -respondió Paul, sorprendido de sí mismo.

-Pero mientras nos ataquen con armas de *laran,* supongo que tendremos que defendernos de la misma manera. No hay nada malo en protegernos con un escudo a prueba de *laran,* señor, para que no pueda alcanzarnos ninguna clase de hechicería.

-Les hablaré de eso -aseguró Paul con ironía.

-Hazlo, señor General -dijo el hombre-, y si el nuevo rey, sea quien fuere, desea firmar el pacto, señor... ¡dile que todo el ejército estará a favor!

Carlina, envuelta en su manto negro, se movía entre los pocos que habían sido sacados de los escombros todavía con vida, dedicada a curar y a supervisar a las curadoras.

Paul advirtió que su sola presencia tranquilizaba y consolaba a los suficientes.

-¡Mirad, una sacerdotisa de Avarra, una mujer de la isla del Silencio ha venido a asistirnos!

Las otras curadoras hacían lo que podían, pero un silencio reverente parecía rodear a Carlina mientras se desplazaba entre los heridos. Nadie sabía ni a nadie le importaba que fuera o que hubiera sido la hija de Ardrin, la princesa Carlina; lo que les importaba era que fuera una sacerdotisa de

Avarra, y los pocos que la reconocieron ni siquiera mencionaron su identidad o, si lo hicieron, nadie les prestó atención.

Al anochecer se había restaurado al menos una apariencia de orden. Los heridos habían sido trasladados al Gran Salón, donde recibían cuidados.

Carlina, observando aturdida a su alrededor, advirtió que en este mismo salón se había comprometido con Bard ocho años atrás, y que allí mismo había presenciado su exilio medio año más tarde. Le parecía que todo eso pertenecía a otra vida. En efecto, había sido algo perteneciente a otra vida.

El cuerpo del rey Alaric, penosamente aplastado,

había sido recuperado de entre las ruinas de la gran escalera del ala derruida, y también el de don Rafael, quien al parecer había intentado cubrir el cuerpo del muchacho con el suyo en la caída. Ambos cadáveres yacían en la antigua capilla, vigilados por los más antiguos criados, entre ellos el anciano Gwynn.

Paul se cuidó de no entrar allí. Sabía que advertirían su ausencia, o más bien, la de Bard, pero no confiaba en los ojos penetrantes del viejo Gwynn.

Pero fuera de la capilla, Paul fue acosado por dos de los consejeros principales.

-Señor General, debemos hablar contigo.

-¿Es éste el momento adecuado, con... -Paul se interrumpió, exhaló un suspiro y dijo lentamente-: cuando los cuerpos de mi padre y mi hermano aún no han recibido sepultura?

Nunca había visto a Alaric, y de don Rafael sólo sabía que era el hombre que lo había traído aquí por medio de hechicería. No sentía ningún pesar y no se atrevió a simularlo.

-No tenemos más tiempo -urgió don Kendral de High Ridge quien, según sabía Paul, era el consejero mayor del Reino de Asturias-. Alaric de Asturias ha muerto y también su regente. Ésta es la situación objetiva. Valentine, el hijo de Ardrin, es un niño, y no aceptaremos aquí a ningún títere de los Hastur. El ejército te respalda, señor, y eso es importante. Estamos dispuestos a respaldar tu coronación, Bard di Asturien.

-¡Buen Dios! -tartamudeó Paul.

Ya era bastante extraño que los principales consejeros del reino estuvieran dispuestos a ofrecerle la corona a Bard mac Fianna, el *nedestro* proscrito, el Lobo de Kilghard. Pero que se la ofrecieran a Paul Harrell resultaba impensable: ¡exiliado, rebelde, criminal confeso y asesino! ¡Fugitivo de la caja de estasis!

-El tiempo constituye el principal problema, se-

ñor. Estamos en guerra, y tú sabes qué hacer con el ejército; los soldados nunca aceptarán a un rey niño, no ahora. Además, tú eres el señor General.

¿Dónde demonios está Bard, de todos modos?, se preguntó Paul con furia. ¿Qué estaba haciendo lejos, justo en este momento?

-Es necesario que tengamos un rey, señor. Si los Hastur nos atacan ¡nos veremos atados de manos! Vimos cómo tranquilizaste a los soldados esta mañana. Creo que eres el único rey que todos aceptarán.

Ensombrecido, Paul supo que no tenía ninguna posibilidad de negarse. Bard se había marchado, nadie sabía adonde, y todo el mundo creía que él era Bard. Su doble le había dicho con mucha frecuencia que no deseaba ser rey, pero Paul supuso que si Bard hubiera estado allí, en un castillo en ruinas con un ejército sin cabeza y un país sin rey, también él hubiera sucumbido a la lógica de la situación.

-Supongo que no tengo alternativa.

-No la tienes, señor. Como comprenderás, no hay nadie más que tú -dijo Lord Kendral, y luego vaciló-. Otra cosa, señor. En un tiempo estuviste comprometido con la hija menor de Ardrin, pero la línea de Ardrin no es popular en este momento. No desde que la reina Ariel huyó del modo en que lo hizo. Tendrás que designar un heredero, señor, y como no tienes ningún hermano vivo, tendrás que legitimar a tu hijo. Todo el mundo sabe quién es su madre; podría resultar conveniente que te casaras con Melisendra MacAran... Lady Melisendra, quiero decir, por supuesto, *vai dom.* Al ejército le gustaría eso.

Y así, a la luz de las lámparas de la antigua sala de audiencias del ala intacta del castillo, Paul Harrell, rebelde y criminal condenado, fugado de la caja de estasis, fue coronado rey, y fue casado *di catenas* con Melisendra MacAran, *leronis.*

Dos ideas prevalecían en su mente en el momento en que maese Gareth unió las manos de ambos por encima de los brazaletes rituales y dijo:

-Y que por siempre seáis uno.

La primera idea era de gratitud, porque hubieran llevado a Erlend a la cama.

La segunda era una furiosa curiosidad: dónde infiernos estaría Bard di Asturien, y cómo se sentiría al enterarse de que su doble le había usurpado el trono y por ende le había obsequiado también con una reina.

Varzil tardó casi todo el día en encontrar a alguien que pudiera quedarse al frente de Neskaya, y sólo a la mañana siguiente pudieron partir hacia Asturias.

Melora, tras hacer ensillar su asno, advirtió a Bard, riéndose, que en cuestión de montar no había mejorado desde aquella lejana campaña sucedida años atrás.

Observándola cabalgar, Bard pensó que todavía montaba a su asno como si fuera un saco de patatas arrojado sobre la montura. Era raro, porque Melisendra montaba bien y con gracia. ¿Por qué sería que él nunca había sentido ningún interés por Melisendra, al margen de su bello cuerpo, y esta otra mujer significaba tanto para él?

Tal vez en algún momento Melisendra pudo haber tenido importancia para mí. Pero siempre que la miraba, después me sentía avergonzado, y no quería saber qué le había hecho; por eso no soportaba mirarla. Así, cada vez me comportaba de forma más cruel con ella.

He destruido a todos los que amaba. He destruido mi propia vida. Y ni siquiera puedo morir porque tengo una misión que cumplir.

Bard cabalgaba a través de la temprana belleza del otoño en las Kilghard Hills, pero sus ojos permanecían

fijos en su interior, en una tierra sombría y estéril, y sentía .en la boca el frío resabio de las cenizas.

De algún modo debía poner orden en Asturias. Había una guerra por ganar, o al menos había que establecer la paz. Desde el bombardeo de Hali, pensó Bard, no había quedado demasiado placer por la guerra entre los Hastur, ni entre nadie más. Él había establecido contacto telepático con Mirella durante 'un momento, y con Varzil, y con Melora, mientras hablaban del incendio de Hali, y ahora le repugnaba la mera idea de esa clase de ataque, con fuego perpetuo o esparciendo polvo fundehuesos, como había ocurrido sobre las montañas Venza, donde los niños morían porque la sangre se les volvía pálida y floja... ¡Eso no era una guerra! Era una pesadilla.

Bard decidió que como mínimo despediría a sus hechiceros y *leroni,* y que si su padre se negaba a firmar el pacto, debería buscarse a otro comandante para sus ejércitos. Él, Bard, se había ganado el sustento como soldado mercenario, en el exilio. Podía volver a hacerlo.

Pensó, sombríamente, que si su padre estaba decidido a tener un gran general que arrasara todas estas tierras y que sometiera a los Cien Reinos al dominio de Asturias, podía pedirle a Paul que ocupara su lugar.

Paul es tan inconsciente como era yo. Como era hasta... Dioses del cielo, ¿sólo fue anteanoche? He perdido la noción del tiempo. Me parece como si el hombre que fui hubiera vivido siglos atrás.

Paul ni siquiera comprende el horror de la guerra con laran, *es inmune a los horrores que penetran el cerebro, la, mente y el alma de un hombre.*

De repente comprendió que estaba dispuesto a matar a Paul. No como le había ocurrido mientras estaban en campaña juntos, a causa de que tarde o temprano su gemelo oscuro podría representar una amenaza para su propio poder y posición, sino porque Paul era el hombre que él mismo había sido hasta hacía dos días, y ahora estaba dispuesto a matarlo para salvar a su pueblo del dominio del hombre cruel y despiadado que él mismo había sido antes. Sabía que eso heriría a Melisendra, y estaba preparado para intentar cualquier cosa para persuadir a Paul de que depusiera su ambición. Pero Paul no había compartido la experiencia que había tenido él, y en Paul no había nada que pudiera poner coto a su despiadada ambición. Paul todavía era capaz, como antes lo había sido Bard, de pasar por encima de cualquiera y de cualquier cosa -incluso de Melisendra- para conseguir poder y posición.

No lo sé con certeza. Tal vez baya juzgado mal a Paul, del mismo modo que he juzgado mal a todos los demás. Tal vez pueda hacerlo entrar en razón. Pero si no es así... No quiero hacerle más daño a Melisendra, pero tampoco le permitiré a Paul seguir como hasta ahora. No debía haberlo dejado al mando del ejército, podría hacer muchísimo daño.

Entonces advirtió que se había metido -o más bien que su padre se había metido- en la vida de Paul sin ningún motivo, y que cualquier cosa que Paul le hiciera a cambio sería una retribución justa. Todo se reducía a aquella vieja certeza que lo asaltó la primera vez que había visto el rostro de su gemelo oscuro:

Llegará el día en que tendré que matarlo, o él me matará primero.

Siguieron el camino hacia el oeste de Neskaya, pero cuando el camino doblaba hacia el norte, hacia Asturias, Varzil dijo, sombríamente, que debían abandonar el camino por un trecho y continuar hacia el oeste.

-Melora todavía está en edad de concebir, y también tú, Bard. Esta tierra ha sido azotada; cualquier

hijo que pudierais tener dentro de varios años podría sufrir severos daños a nivel celular. Incluso a esta distancia, tampoco estoy seguro de que Neskaya se libre. No sabemos nada todavía acerca de cómo actúa esa cosa en las células. Podemos soportar el riesgo que ofrece Neskaya, pero no estoy dispuesto a exponeros a mayor riesgo. A mi edad ya no importa demasiado. Pero vosotros dos tal vez tengáis hijos algún día. Quiero decir, cualquiera de vosotros podría tenerlos "-agregó, y luego se rió, extendiendo las manos como si dijera: «No quise decir eso.»

Pero Bard, al mirar a Melora en medio de la brillante mañana, vio en ella una sonrisa tan íntima como un beso de bienvenida, una sonrisa que le dio calor, que caldeó la muerte que lo invadía. En toda su vida nunca se le había ocurrido que una mujer podía mirarlo y sonreírle de esa manera.

Ya ese hombre, Bard, nunca dejaré de amarlo.

Entonces ella todavía lo amaba. No sería fácil. Había convertido a Carlina en su esposa por la fuerza; la ley establecía que un compromiso, una vez consumado, equivalía a un matrimonio legal. Sin duda Carlina estaría muy contenta de librarse de él, y él no podía convertir en su barragana a una *leronis* de Neskaya, de modo que poco tenía para ofrecer a Melora. Pero tal vez pudieran encontrar alguna solución honorable.

Qué extraño. Durante todos estos años había soñado con poseer a Carlina, y ahora que la tenía estaba tratando de idear una manera de librarse de ella. En las montañas había un dicho: *«Ten cuidado con lo que les pides a los dioses, pues podrían concedértelo.»*

Y la peor ironía, pensó, la peor catástrofe que podía imaginar, era que Carlina hubiera llegado a amarlo, tal como él siempre había esperado que ocurriera si alguna vez la poseía. No podía devolverle lo que le había

quitado, del mismo modo que no podía compensar a Melisendra, ni devolverle la virginidad y la Vista. Pero debía hacer todo lo que pudiera. Si Melisendra quería a Paul, debía tenerlo, aunque finalmente descubriera que Paul no era mejor que el propio Bard.

¿O lo era? No sabía más de Paul de lo que verdaderamente sabía de sí mismo. Paul y él eran el mismo hombre en esencia. Paul era el hombre que él podría haber sido, nada más. Aunque tal vez las diferencias eran más profundas de lo que suponía.

El largo rodeo de las tierras devastadas tomó tiempo, y el sol ya no caía verticalmente cuando Melora soltó una exclamación de consternación y dolor.

Varzil detuvo su montura, con el rostro grave, y pareció escuchar algo que trascendía la audición normal. Extendió una mano y tomó la de Bard, en un gesto instintivo, como si quisiera darle consuelo.

-¡Alaric! -susurró Bard, consternado, y en algún lugar distante percibió mentalmente, sintió y contempló la última visión de su hermano: la del techo abriéndose para dejar entrar el cielo, su último gesto frenético,

aferrándose a su padre en busca de apoyo, la piadosa e instantánea oscuridad.

¡Oh, mi hermano! ¡Dioses misericordiosos! ¡Mi hermano, mi único hermano!

No pronunció las palabras en voz alta; tan sólo creyó haberlas dicho.

Varzil le tendió los brazos y Bard apoyó la cabeza sobre el hombro del otro, en mudo dolor, temblando debido a una angustia demasiado profunda para poder llorar.

-Lo siento -murmuró Varzil con voz suave y ahogada-. Era como un hijo adoptivo para mí, y lo cuidé mucho tiempo cuándo estaba enfermo.

Bard supo que la pena de Varzil era tan profunda como la suya.

-Él te amaba, *vai dom,* me lo dijo. Por eso pude confiar en *ú*--dijo Bard, tembloroso.

Los ojos de Varzil se llenaron de lágrimas; Melora sollozaba.

-No me llames *vai dom,* Bard, soy tu pariente, como lo era de él -dijo Varzil.

Y Bard, con las lágrimas fluyendo de sus ojos, advirtió que nunca había sabido lo que era tener un pariente, un par, un igual, desde la muerte de Beltrán. Se le formó un nudo en la garganta.

No podía llorar, no ahora, o vertería todas las lágrimas que no había derramado desde que vio yacer a Beltrán, muerto por su propia espada, y se despidió de Geremy, a quien había mutilado de por vida, y que no obstante lo abrazó y lloró.

¡Aldones! ¡Señor de la Luz! Geremy también me amaba, y yo nunca lo creí, nunca lo acepté, lo alejé de mí, también a él...

Se irguió en su montura, mirando directamente a Varzil y controlando con esfuerzo la expresión de su rostro.

-Debo adelantarme y ver qué está ocurriendo en mi casa, primo -dijo, vacilando un poco-. Por favor, no te sientas obligado a cabalgar conmigo, debo llegar a casa tan rápido como pueda, allí me necesitan. Podéis seguirme a una velocidad que os resulte más cómoda; Melora no es buena amazona, y tú ya no eres joven.

El rostro de Varzil permaneció inexpresivo.

-Iremos contigo. También nosotros seremos necesarios allí. Creo que ahora ya podemos dirigirnos directamente hacia Asturias y tomar el camino principal.

Hizo girar a su caballo.

-Si cortamos aquí a través de los campos, estaremos en el camino principal en menos de una hora.

-Mi asno no podrá seguir el paso de los caballos

objetó Melera-. Nos detendremos en la primera posada en la que tengan caballos. Dejaré el asno allí y conseguiré un caballo que pueda cargarme. Puedo seguir el paso* en caso necesario.

Varzil empezó a protestar, miró los labios apretados de Melora y desistió.

Bard se preguntó qué conocimiento compartían Varzil y Melora, del cual estaba excluido.

-Como quieras, Melora. Haz lo que te *parezca* mejor -se limitó a responder Varzil.

Empezaron a cabalgar a través de los campos.

Al cabo de una hora, ya habían cambiado el asno de Melora y lo dejaron al cuidado del establo de una posada. Obtuvieron un caballo dócil y una montura de mujer. Después, pudieron avanzar más rápido, y mientras marchaban hacia Asturias, Bard descubrió sombrías imágenes en su mente. No sabía si procedían de su nuevo *laran* en desarrollo o transmitidas por contacto telepático con Varzil y Melora; tampoco le importaba. Eran imágenes de ruinas y de caos en el castillo Asturias.

Y en toda esta tierra, en los Cien Reinos.

De alguna manera había que acabar con la guerra del laran, *pues de lo contrario ya no habrá tierras por conquistar, y nada quedará para los vencedores. El Pacto es la única esperanza para estas tierras.*

Bard sintió que esta idea procedía de Varzil, y no de su propia mente, pero después ya no estuvo tan seguro.

Tiene razón. Tiene razón. Yo no pude verlo antes, pero tiene toda la razón.

En un momento dijo, rompiendo el sombrío silencio:

-Me gustaría que tú fueras el rey en vez del señor de Hastur, señor.

Pero Varzil meneó la cabeza.

-No quiero tener nada que ver con ese cargo. Es una tentación demasiado grande para mí: sentir que puedo ordenar cualquier cosa con una palabra. Carolin de Thendara no es un hombre orgulloso, ni ambicioso, y no le importa demasiado que lo gobiernen sus consejeros. Fue entrenado para ser rey, que es exactamente lo que es: sabe para sus adentros que no es rey, sino un servidor del pueblo. Un buen rey no puede ser esforzado soldado o un estadista verdaderamente hábil. Debe contentarse con saber que puede buscar a los mejores soldados y a los mejores estadistas para que lo aconsejen. Si yo fuera rey, interferiría demasiado en mi propio reino -respondió con una sonrisa-. Como celador de Neskaya, tal vez tenga más poder del que me convendría. Quizás en estos tiempos eso sea útil, pero también es cierto que soy un hombre viejo; tal vez llegue el momento en que un celador no tenga tanto poder. Creo que por eso tenía esperanzas de enviar a Mirella a Arilinn.

-¿Una mujer? -preguntó Melora, alarmada-. ¿Una mujer tiene la fuerza necesaria para ser celadora?

-Sin duda, tanta como cualquier *emmasca y,* después de todo, no necesitamos fuerza física, ni habilidad con la espada, sino fuerza mental y de voluntad. Por otra parte, las mujeres son menos proclives a meterse en política; saben qué es lo verdadero, y tal vez lo que una torre necesita no es un hombre fuerte que la gobierne, sino una madre que la guíe.

Varzil quedó en silencio, frunciendo el ceño, y ni Melora ni Bard se atrevieron a perturbar sus pensamientos.

Siguieron cabalgando y, al anochecer, unas espesas nubes empezaron a oscurecer el cielo y el horizonte. Cuando se detuvieron, a la puesta del sol (aunque el sol ya estaba oculto) para comer un poco de pan y carne seca, se envolvieron en sus capas, previendo lluvia o incluso nieve, pero

gradualmente el clima mejoró. Tres lunas, casi llenas, flotaban en el cielo de oscuro color púrpura: la verde faz de Idriel, la faz azul verdosa de Kyrrdis y el disco perlado de Mormallor; Liriel, un tímido cuarto creciente, se demoraba cerca del horizonte.

Bajo la brillante luz lunar, distinguían perfectamente el camino que se abría ante ellos, y cuando llegaron a la colina que dominaba el valle de Asturias, descubrieron a sus pies la masa oscura del castillo.

Ruina. Caos. Muerte.

-No es tan malo como creímos -comentó Melora con suavidad.

-Veo luces, primo -intervino Varzil-. Luces que se mueven y el contorno de edificios intactos. Tal vez no sea tan grave. Perdóname, primo, sé que has sufrido una pérdida terrible, pero tal vez tu casa no esté tan destruida como suponías. No todo se ha perdido.

Pero sín mi padre. Y Alaric. No es sólo que haya perdido a mi familia. Es evidente que todo el reino está destruido, con el rey y el regente muertos a la vez. ¡ Y mis hombres, el ejército, y yo ausente, sin ocuparme de ellos!

Le dije a Paul que tomara mi puesto hasta que yo regresara. Pero ¿qué sabe él de comandar a mis hombres? Le enseñé a usar el poder. Pero ¿qué sabe él de la responsabilidad, del cuidado de hombres que esperan dirección de su líder, que tienen fe en él para que los consuele y resuelva sus necesidades vitales? ¿Habrá sabido cómo conseguir que estén todos a salvo y bien cuidados?

Bard se dio cuenta de que en una vida en la que había tenido a pocos a quien amar, en la que había sido amado por pocos, él se había interesado por sus hombres y había recibido su aprecio. Ahora los había deja-

do en manos de otro hombre, en un momento que había resultado más crucial de lo que él había supuesto.

Su padre había reunido el ejército para la conquista y por su propia ambición, pero ahora su padre estaba muerto. ¿Qué ocurriría con el ejército, cómo compensaría a sus nombres?

Mientras se dirigían hacia el castillo, sin saber con cuánta destrucción se encontrarían, Bard se preguntó qué haría con el ejército. Él regresaría a la propiedad de su padre -su padre, después de todo, no había dejado ningún hijo legítimo, y nadie más podría heredarlo- y, por supuesto, legitimaría a Erlend de inmediato, por si él moría sin tener más descendencia. Pero ¿qué ocurriría con sus hombres? ¿Quién reinaría en Asturias y qué haría el gobernante con el caos que heredaría, con la destrucción que había sido consecuencia de la ambición de un hombre?

No podía hacer nada mientras no supiera qué había quedado.

No parecía tan grave como había temido. Un ala del castillo, desnuda bajo la luz lunar, yacía en ruinas; entre los escombros todavía se movían las luces de los hombre que trataban de desenterrar los cadáveres. El edificio principal, la torre y el ala oeste permanecían intactas, erguidas bajo la luz de las lunas. Cuando se acercaron a las puertas, Bard advirtió, con alivio, que no todo era caos, pues la voz de uno de sus soldados resonó fuerte y clara.

-¿Quién vive? ¡Detente, y di si eres amigo o enemigo!

Bard empezó a pronunciar su nombre -sin duda el hombre reconocería su voz-, pero el celador de Neskaya no sería segundo de ningún hombre, vivo o muerto. Su voz se alzó fuerte y segura:

-Varzil de Neskaya y una *leronis* de su torre, Melora MacAran.

-Y Bard mac Fianna, señor General de Asturias -añadió Bard con firmeza.

El hombre respondió con deferencia:

-¡Don VarziÍ! Entra, señor, serás bienvenido, y también la *leronis.* Su padre está aquí. Pero con tu perdón, señor, el hombre que te acompaña no es el Señor General; este impostor te ha engañado.

-Tonterías -exclamó Varzil con impaciencia-. ¿Crees que el celador de Neskaya no sabe con quién habla?

-Ignoro quién es, lord Varzil, pero sin duda no es el señor General. El señor General está aquí.

-¡Sostén en alto esa linterna! -ordenó Bard con aspereza-. Vamos, Murakh, ¿no me reconoces? ¡El que está aquí es mi escudero Harryl!

El hombre sostuvo en alto la linterna *y* empezó a dudar.

-Señor, seas quien fueres, sin duda pareces el señor General, y tu voz también suena como la suya. Pero no puedes ser el señor General. Él ya no es el señor General, sino el rey. Esta noche estaba de guardia y vi cómo lo coronaban. ¡Y lo casaban!

Bard tragó saliva con dificultad, incapaz de hacer otra cosa que quedarse mirando fijamente el hombre.

-Te aseguro que el hombre que está aquí a mi lado es Bard mac Fianna de Asturias, hijo de don Rafael y hermano del difunto rey.

El soldado pareció preocupado y sus ojos pasaban de Varzil a Bard, mientras la linterna se movía en su mano temblorosa.

-Tengo que cumplir con mi deber, señor. Mi deber es asegurarme de que las personas son quienes dicen ser. Aunque se trate del rey, con tu perdón, señor.

-Nunca castigaría a un soldado por cumplir con

su deber -le dijo Bard a Varzil-. Mañana podemos establecer quién soy. No discutas. Aquí hay personas que me reconocerán sin ninguna duda. Si supuestamente estoy casado con lady Carlina...

El guardia meneó la cabeza.

-No sé nada de ninguna lady Carlina, señor. Creí que se había marchado de la corte años atrás y que estaba en una torre, en una casa de sacerdotisas o algo por el estilo. Pero el padre de la reina, maese Gareth MacAran, está en el gran salón atendiendo a los heridos que sacaron de las ruinas, y si tú eres *leronis,* señora, agradecerán tu presencia allí.

Bard sonrió sombríamente. De modo que había llegado al castillo Asturias para descubrir que era rey, estaba casado, y ahora no le abrirían las puertas porque era un impostor. Bien, le había pedido a Paul que ocupara su lugar hasta que él volviera y, según parecía, había cumplido bien las órdenes.

-Yo soy responsable de este hombre, mañana podremos establecer su identidad -indicó Varzil con voz grave-. Seguramente también a mí me necesitan ahí dentro.

-Oh, lo admitiré como miembro de tu compañía, lord Varzil -dijo Murakh con deferencia, y los tres entraron, dejando sus caballos en los establos intactos.

El Gran Salón estaba atestado de hombres y mujeres heridos, separados por unas cortinas improvisadas con mantas. Era un hospital donde se había alojado a los heridos como consecuencia del derrumbe del ala este. Maese Gareth recibió a Varzil con una deferencia que no revelaba demasiada humildad, sino más bien como a un compañero de tareas.

-Gracias por ofrecernos tu ayuda, señor. Nos hace falta: hay muchos heridos y agonizantes.

-¿Qué ocurrió? -preguntó Varzil.

-Por lo que sé, fueron los hombres de Aldarán,

aprovecharon este momento para entrar en guerra. Mañana que el rey, señor, tendrá que decidir qué haremos. Tal vez podamos detenerlos en el Kadarin, pero en este momento hemos puesto un escudo de *laran* sobre el castillo. No volverán a atacarnos con eso, pero por supuesto que no podremos mantenerlo demasiado tiempo; esa tarea está ocupando a cuatro hombres y un muchacho. Deben haber sabido que el ejército estaba aquí e intentaron eliminarnos para que no supiéramos qué estaban haciendo. Bueno, ahora debo ocuparme de los heridos. Y a ti, Melera, te necesitan las mujeres. Como sucede en cualquier conmoción, dos o tres mujeres -una de las damas de la corte y una de las muchachas de la cocina y... sí, una de las lavanderas del ejército- eligieron justo este momento para parir, de modo que hay más trabajo del que una sola partera puede manejar. Alabada sea Avarra, una sacerdotisa de Avarra estaba aquí, sólo la diosa sabrá por qué, y ella las está atendiendo. Pero también hay mujeres heridas a causa del derrumbe, de modo que será mejor que vayas y ayudes a las curadoras.

-Por supuesto que iré -aseguró Melora, dirigiéndose hacia la otra parte del salón Al cabo de un momento de reflexión, Bard la siguió.

Carlina, aquí... ¡y como sacerdotisa de Avarra! Pero si él había sido coronado rey de esta tierra, ella debería ser reina...

La encontró inclinada sobre una mujer que tenía vendados un brazo, una pierna, un ojo y el cráneo. Ella vio primero a Melora y le preguntó directamente:

-¿Eres una curadora? ¿Sabes algo de partos? Una de las mujeres ya ha tenido hijos antes, y puedo confiarla a las doncellas, pero esta mujer está muy grave. Además hay una mujer de parto que tiene más de treinta años y es primeriza, y otra joven también primeriza...

-No soy partera, pero soy una mujer y sé algo de curar -respondió Melora y Carlina la miró directamente a la luz de la lámpara.

-Melisendra... -dijo. Luego se interrumpió y parpadeó-. No, ni siquiera te pareces mucho a ella, ¿verdad ? Debes de ser su hermana, la *leronis...* No hay tiempo ahora de preguntarte cómo has llegado aquí, pero te bendigo en nombre de Avarra. ¿Me ayudarás entonces con las heridas?

-Con mucho placer -dijo Melora-. ¿Dónde están las parteras ?

-Las llevamos a aquella habitación; antes era el estudio del viejo rey. Estaré contigo en un momento -dijo Carlina. Volvió a inclinarse sobre la mujer agonizante, le puso una mano en la frente y meneó la cabeza-. No volverá a despertarse -susurró, y se dirigió hacia la habitación donde había enviado a Melora, pero Bard le puso una mano en el brazo con suavidad.

-Carlie -dijo.

Ella se sobresaltó; después, tal vez percibiendo por la voz que él no representaba una amenaza, respiró hondo.

-Bard. No esperaba verte aquí.

Él vio la oscura magulladura en su mejilla.

Misericordiosa, Avarra, y yo le hice eso.

Pero no tenía tiempo para la vergüenza ni la autocompasión. Incluso su humillación ante Carlina podía esperar. Su tierra sufría el ataque de Aldarán, y estaba en manos de un usurpador.

-¿Qué es toda esa tontería de que fui coronado esta noche y me casé con alguien?

-¿Coronación, casamiento? No lo sé, Bard, he estado aquí todo el día, atendiendo a los heridos, desde que la otra ala del castillo se derrumbó. No he tenido tiempo para ninguna otra cosa más. No he tenido tiempo para nada más que para comer un poco de pan y queso.

-¿No hay otra persona que pueda hacer esto, Carlie? Pareces muy cansada.

-Oh, estoy acostumbrada, éste es el trabajo de una sacerdotisa... -respondió ella con una leve sonrisa-. Y, aunque tal vez tú no lo creas, Bard, eso es lo que soy. Aunque quizás he estado recluida demasiado tiempo, quizá las sacerdotisas seamos más necesarias en el mundo que en la isla del Silencio.

-¿Y Melisendra...?

-Estaba conmigo en el momento del ataque, no ha sufrido heridas. Y he oído que tu hijo estaba bien. Estuvo todo el día con maese Gareth. Pero Bard, no tengo tiempo para ti ahora, estas mujeres están agonizando. Y los hombres también. ¿Sabes que hubo más de cien heridos, y que doce de ellos ya han muerto? Mañana todo un regimiento de soldados tendrá que cavar las tumbas en alguna parte y habrá que enviar mensajes a sus familias. Bard, ¿puedes enviar a alguien a la isla del Silencio, para pedir más sacerdotisas que vengan a ayudarme con los heridos y los agonizantes ? Si envías buenos jinetes pueden llegar allí al amanecer.

-Naturalmente que puedo hacerlo -asintió Bard, con gravedad-, pero ¿escucharán a un hombre? ¿Querrán venir?

-Tal vez no por el rey de Asturias. Pero quizá sí por mí, si se les dice que yo soy quien se lo pido, la hermana Liriel.

-Ningún hombre puede acercarse siquiera a las costas del lago del Silencio, Carlie, sin padecer sus malignas hechicerías. -Se interrumpió. No, las hechicerías no eran malignas; tan sólo se estaban protegiendo. Agregó humildemente-: Ningún hombre puede atravesar la protección con que se han rodeado sin morir de terror.

-Pero una mujer puede hacerlo -replicó Carlina-. Bard, ¿no tienes en tu ejército a ninguna de las

hermanas de la Espada? Ellas también están bajo la protección de Avarra.

-Creo que todas me han abandonado, Carlina. Pero iré a consultar 'a mis sargentos; sin duda, alguno de ellos lo sabrá.

-Entonces, envía a alguien de la Hermandad, Bard. Ruégale que cabalgue hasta allí y que les transmita mi mensaje, y ellas vendrán.

Bard estuvo a punto de decir que él no rogaba a nadie de su ejército que hiciera lo que estaba obligado a hacer para su comandante legal, pero se interrumpió. Si Carlina podía rogar, él también.

-Enviaré inmediatamente jinetes rápidos, señora.

Se alejó dejando a Carlina con los ojos muy abiertos, ya que advirtió que algo muy extraño había ocurrido no sólo en el reino de Asturias, sino también en el interior de Bard.

Bard se dirigió a los establos, pensando, con alivio, que al menos Carlina no había aprovechado el momento para reprocharle nada. Tenía derecho a montarle una escena si quería. Él le había hecho mucho daño. Pero la tragedia mayor había borrado en ella cualquier consideración personal, al igual que en él.

Uno de los sargentos le anunció que cuando las prisioneras y las mercenarias de su ejército se habían marchado, una de las mujeres se había sentido mal, y otra de las hermanas juramentadas se había quedado a cuidarla.

Las dos estaban viviendo juntas en una pequeña tienda cerca del lugar donde estaban alojadas las soldaderas y lavanderas del ejército, un poco más allá de las barracas de los soldados.

Bard empezó a decir que le ordenaran salir de inmediato a llevar un mensaje y que enviaran a alguien a cuidar a su amiga, pero entonces comprendió que estaba pidiendo un servicio extraordinario a alguien a

quien había negado adecuada protección. Sería mejor que fuera él mismo.

Se perdió dos o tres veces en el campamento, hasta que finalmente encontró el lugar donde se alojaban las soldaderas.

Incluso después del desastre, en el campamento del ejército las cosas parecían razonablemente normales. Los heridos leves estaban al cuidado de sus camaradas, y algunas mujeres los ayudaban. Algunas soldaderas miraron a Bard con sonrisa invitadora, y él comprendió que no lo habían reconocido. Eso le recordó su pasado como soldado mercenario. Evocó a Lilla, y al hijo de ella, que posiblemente también fuera hijo de él.

No le había hecho daño a Lilla como a tantas otras mujeres; probablemente porque ella no había esperado ni necesitado nada de él, salvo las pocas monedas que él le daba y que le permitían cuidar a su hijo. Ella no le había conferido el poder de herirla, y por eso Bard no pudo hacerle ningún mal. *

Sí, he herido a muchas mujeres. Pero tal vez las mujeres también han tenido la culpa. Vivían de tal manera que podían ser destruidas por los hombres.

En cierto sentido, él era tan culpable como cualquier hombre de su mundo. Como todos los hombres de su mundo. ¿Era el mundo lo que estaba mal, entonces?

-Bien, capitán -intervino una de las soldaderas-, ¿estás buscando un poco de diversión?

El meneó la cabeza. Evidentemente ella no lo había reconocido y había creído que era un soldado común; «capitán» no era más que una manera de halagarlo.

-Esta noche no, muchacha, tengo cosas más importantes que hacer. ¿Puedes decirme dónde se alojan las hermanas juramentadas, las renunciantes?

-No conseguirás ningún placer de esas dos, señor; tienen dagas en vez de besos. Además, el general

advirtió que castigará a cualquiera que se meta con ellas -explicó la mujer.

Bard le sonrió amablemente.

-Lo creas o no, bonita, un hombre tiene que pensar en otras cosas de vez en cuando, por increíble que te parezca. -La muchacha no tenía maldad-. Tengo un mensaje para una de ellas de la *leronis* que está trabajando en el hospital. Y ahora que lo pienso, si quieres, también hay allí trabajo para ti.

-¿Qué harían las mujeres como yo ayudando a una *leronis,* señor? -respondió ella, mirando las piedras del terreno.

-Bien, podrías acarrear agua, doblar las vendas y alimentar a los heridos que no pueden comer solos -sugirió Bard-. ¿Por qué no vas y lo intentas?

-Tienes razón, capitán, éste no es momento para andar en la cama, con tantos heridos -dijo la mujer-. Supongo que muchas de nosotras podríamos ayudar, iré a averiguarlo. Si quieres ver a las de la Hermandad, señor, hay dos en aquella tienda, pero -lo miró indignada- será mejor que no se te ocurra ninguna idea sucia. Una de ellas está tan malherida que ni siquiera puede sentarse y su amiga sólo la está cuidando. Los hombres la violaron antes de que el general diera sus órdenes, y ellas no son... como nosotras, señor; ella no estaba acostumbrada... y los soldados le hicieron mucho daño. -Esbozó una mueca feroz-. A este tipo de hombres habría que hacerles algo peor que azotarlos, señor.

¡Por piedad de Avarra!

Toda la vieja culpa y la vergüenza volvieron a invadir a Bard.

-Tienes toda la razón -dijo, sorprendiendo a la mujer, y se dirigió hacia la tienda que le había indicado.

No se atrevió a entrar. Las mujeres que estaban allí, después de todo lo que habían pasado, probablemente golpearan primero a cualquier hombre que se

acercara, y sólo después preguntarían. Llamó suavemente desde el exterior.

-*Mestra...*

Una mujer apareció en la puerta de la tienda. Salió y se incorporó. Llevaba puesta la túnica de la Hermandad, cuero rojo, larga hasta la

rodilla y dividida por delante para cabalgar. Tenía el pelo muy corto todo alborotado.

-¡Habla en voz baja! -exigió con ferocidad-. ¡Mi hermana está muy mal!

Era alta y delgada y llevaba un cuchillo en el cinturón. En su oreja centelleaba una argolla dorada.

-Lamento sus heridas -dijo Bard-, pero tengo un mensaje de la *leronis* del hospital. Necesito que alguien vaya con toda velocidad a Marenji, al lago del Silencio.

Le explicó la situación y la mujer lo miró, perturbada. Bard se movió hasta entrar en el círculo de luz de una linterna que pendía <3e una vara sobre la calle del campamento, entonces ella lo reconoció.

-¡Señor General! Bien, señor, yo iría con mucho gusto, pero mi hermana me necesita mucho, señor. No sé si sabes lo que ocurrió...

-Sí, lo sé, pero ¿no podrías llevarla al hospital? Si está tan mal como afirmas, necesitará más cuidados de los que tú puedes proporcionarle. Sin duda la sacerdotisa de Avarra la ayudará.

La renunciante esbozó una mueca de disgusto, pero había lágrimas en sus ojos.

-Las sacerdotisas son vírgenes sagradas, señor, y no querrían mezclarse con la Hermandad. Sin duda piensan que no somos mujeres decentes. Además no sé qué pueden saber de una mujer que ha sido violada repetidas veces y... está infectada, señor...

-Creo que la encontrarás más comprensiva de lo que imaginas -aseguró Bard-. Las sacerdotisas de Avarra han jurado ayudar a todas las mujeres. -Eso es lo que había visto en la mente de Carlina-. Pero debes partir de inmediato. Yo haré traer una camilla para que la trasladen al hospital.

Regresó a las barracas rápidamente, pidiendo una camilla a gritos. En pocos minutos la mujer herida fue cargada con sumo cuidado, mientras su hermana y amiga se inclinaba sobre ella.

-Tresa, *breda,* esta gente te llevará con una *leronis* que puede ayudarte más que yo. -Se volvió hacia Bard, y le dijo con voz temblorosa-: Odio dejarla con desconocidos...

-Yo mismo la dejaré en manos de la *leronis, mestra,* pero lo que te pido es algo que sólo una mujer puede hacer: ningún hombre debe acercarse al lago del Silencio.

Carlina se ocuparía de la otra, y si por algún motivo Carlina no podía, Bard estaba seguro de que Melora sabría qué hacer.

Carlina iba abstraída de las heridas de una habitación a las parturientas de la otra en el momento en que Bard entró con la mujer. Melora estaba vistiendo a un recién nacido.

-Traigo a otra que necesita tu ayuda -anunció Bard, y explicó lo ocurrido.

-Sí, por supuesto que me ocuparé de ella -prometió Carlina.

Bard imaginó que lo miraba con perplejidad: *¿Desde cuándo te molestas por cosas así?*

-Es un soldado y una prisionera, ¡y maldición, fueron mis hombres quienes la hirieron! -dijo él, a la defensiva-. ¿Eres demasiado virtuosa para atenderla?

-Por supuesto que no, Bard -lo tranquilizó ella-. Te prometí que nos ocuparíamos de ella. Mujeres... -hizo un gesto a las mujeres que habían insistido en acarrear la camilla, quitándosela a los soldados-,

¡necesito todas las manos disponibles! Incluso las que no saben nada de enfermería pueden alimentar a los heridos y llevar bandejas y hervir agua.

Bard miró el cielo que se aclaraba fuera del castillo. Casi era el alba.

-Enviaré a los cocineros del ejército para que preparen el potaje -prometió.

Cualquier soldado podía llevar el mensaje y sólo tardó un momento en entregarlo. Acto seguido puso un sargento a disposición de maese Gareth y de Varzil. El sargento era un veterano que había acompañado a Bard en muchas campañas, y no se le ocurrió cuestionar su identidad. Le hizo la venia y dijo:

-Como lo desee el señor General.

En ese momento Bard pensó que su padre había traído a Paul a este mundo para que, en efecto, Bard pudiera estar en dos lugares al mismo tiempo. Bien, eso era lo que estaba ocurriendo: él, señor; General recientemente coronado rey, estaba en las habitaciones reales con su reina recientemente coronada; y el señor General también estaba aquí abajo dando órdenes en el hospital.

¡A mi padre sólo le importé como instrumento de su ambición!

Había creído eso durante toda su vida. Pero ahora supo que se equivocaba. Mucho antes de que don Rafael di Asturien hubiera podido saber si su hijo sería soldado, estadista, *laranzu* o un inútil retrasado, se lo había llevado con él, lo había criado en su propia casa, lo había entrenado en todas las artes viriles junto a su esposa, le había dado caballos, sabuesos y halcones, criándolo como al hijo de un noble. Incluso se había privado de la compañía de su hijo para hacerlo criar en la corte con príncipes y nobles como hermanos de crianza. Sí, su padre lo había amado sin egoísmo, no sólo por su propio interés. Incluso la madre que lo había entregado... Bard supo, contemplando el alba y el

gran sol rojo que se alzaba sobre las dentadas cimas de Kilghard Hills, que su madre también debía haberlo amado; debía haberlo amado lo suficiente como para entregarlo a fin de que lo criaran como el hijo de un noble en vez de obligarlo a ganarse el sustento duramente en una granja de las montañas. Se preguntó, literalmente por primera vez en su vida, si esa madre desconocida viviría todavía. Ahora, ya nunca podría preguntárselo a su padre. Pero tal vez lady Jerana lo supiera, y ella a su manera se había mostrado amable con él; incluso hubiera sido más amable de habérselo permitido Bard. Si debía hacerlo, se humillaría ante lady Jerana, le rogaría que le dijera el nombre de su madre y en qué lugar de las montañas vivía, para poder arrodillarse ante ella y honrarla por haberlo amado lo suficiente como para entregarlo al amor de su padre.

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

Toda mi vida be sido amado, y nunca lo he sabido.

¿ Qué me está ocurriendo? ¡Deseo llorar todo el día! Será solamente el laran, *o me habré convertido en un blandengue, un gallina, en la clase de hombre que siempre he despreciado.*

Sabía que se acostumbraría a lo que le había ocurrido. Pero también sabía que se había convertido en un hombre diferente, estaba sorprendido pero no avergonzado del hombre en el que se había convertido. Reservaba su vergüenza para el hombre que había sido, y ese hombre estaba muerto. No necesitaba desperdiciar culpa ni vergüenza en ese Bard anterior.

Debía encontrar tiempo para hablar otra vez con Carlina. No había terminado lo que los unía. Pero ella también estaba ocupada con los vivos, y el Bard muerto no le resultaría más interesante de lo que era para él mismo. Así, mientras los primeros atisbos de luz diurna iluminaban el cielo, entró en busca de Paul Harrell y de Melisendra.

Al alba, Varzil ya había hecho todo lo posible en el hospital y había enviado a descansar a maese Gareth, a pesar de todas sus protestas.

-Unas pocas horas no servirán de mucho.

-Tú también has trabajado toda la noche, y has cabalgado todo el día anterior -le replicó maese Gareth-. ¡Y tú tampoco eres joven, don Varzil!

-No, pero soy más joven que tú, y me ocuparé de lo que sea necesario. ¡Vete a descansar! -indicó, irguiéndose de pronto en toda su estatura, aunque no era muy alto, y hablando con voz de mando.

Maese Gareth exhaló un suspiro.

-Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que alguien me dio una orden, señor, pero te obedeceré.

Cuando el viejo *laranzu* se marchó, Varzil impartió órdenes a los encargados para que alimentaran a los que estaban en condiciones de comer y para que se ocuparan de los que no podían, y se dirigió a la parte destinada a las mujeres dentro del Gran Salón. Allí encontró a Melora, con las faldas recogidas y envuelta en una sábana.

-Bien, niña, ¿cómo andan las cosas?

Ella sonrió.

-Asturias tiene tres nuevos súbditos, sea quien fuere el rey. La hija de un soldado y una cocinera, y a juzgar por su pelo rojo, una *leronis* para su consejo. No sabía que yo tuviera talento como partera, pero hasta ayer tampoco sabía que pudiera montar a caballo.

-Bien, moverse un poco es la mejor manera de evitar llagarse por la silla después de cabalgar durante tanto tiempo -le dijo él-, pero ahora, *breda,* debes ir a descansar. Y también tú, buena madre -agregó, mirando a Carlina, envuelta en su negro manto.

-Sí -convino ella, restregándose los ojos con cansancio-. Creo que ya he hecho todo lo posible aquí. Estas mujeres pueden ocuparse de ellas mientras yo descanso un rato.

-¿Y tú, *vai tenerézu* -preguntó Melora.

-El ejército ha sido puesto a mi disposición; consultaré a Bard, ya sea señor General o rey, pero antes... -miró el cielo que se aclaraba-, haré soltar pájaros centinelas para averiguar si estamos sufriendo un ataque de Aldarán. Si han enviado un ejército contra Asturias, Bard debe conseguir

detenerlo en el Kadarin de alguna manera. Y si no, bien... pensaremos más tarde en eso.

Se marchó y Carlina permaneció mirándolo, repentinamente consciente de que no había comido ni bebido nada desde que Melisendra le había dado un poco de sopa el día anterior.

-Varzil me ha hablado como si yo fuera una sacerdotisa de Avarra -comentó.

A ninguna de las mujeres les pareció raro que Melora supiera exactamente lo que le había ocurrido a Carlina y por qué.

-Todavía perteneces a la diosa, ¿verdad? -replicó.

-Siempre. Pero aunque pudiera regresar al lago del Silencio, no estoy segura de que lo hiciera. Creo

que hemos estado demasiado aisladas en nuestra segura islita, protegidas por poderosos hechizos, sin importarnos lo que ocurría en el mundo exterior. Y sin embargo, ¿cómo podrían vivir juntas las mujeres no casadas, con seguridad?

-La Hermandad de la Espada lo hace -apuntó Melora.

-Pero ellas tienen medios para protegerse, medios de los que nosotras carecemos -objetó Carlina.

Y luego pensó:

Yo nunca podría blandir una espada; soy una curadora, una mujer y no considero que hacer la guerra forme parte de la vida de una mujer. En cambio, cuidar a los demás...

-Tal vez la diosa necesite a ambas hermandades, que una de ellas sea fuerte, y que la otra sirva para ayudar y curar -apuntó Melora, vacilando.

Carlina esbozó una sonrisa temblorosa.

-No creo que ellas sientan más respeto por nuestro modo de vida que el que nosotras... -la sonrisa fue ahora pesarosa- que el que nosotras sentimos por el suyo.

-Entonces -dijo Melora, y su voz clara no fue de mando, pero podría haberlo sido-, debéis aprender a sentir respeto por vuestros respectivos estilos de vida. Vosotras también sois renunciantes. La gente puede cambiar, ya sabes.

Sí, pensó Carlina, *si Bard puede cambiar tanto debería haber esperanzas de que cualquiera que esté sobre la faz de este inquieto mundo pueda cambiar también. Debo hablar de esto con Varzil; como celador de Neskaya, tal vez pueda ofrecernos alguna respuesta.*

-Perdóname, madre... -dijo Melora utilizando el título respetuoso que se confería a una sacerdotisa-, pero tú eres la princesa Carlina, ¿verdad?

-Lo fui. Renuncié a ese nombre hace años.

Con dolor, Carlina advirtió súbitamente que, según la ley, estaba legalmente casada con Bard. ¿Y si Bard la había dejado embarazada?

¿ Qué haría con un niño? ¡Su hijo!

-Eso me pareció; la última vez que te vi fue durante un festival del Solsticio de Verano, pero no creo que me conozcas, ya que yo era solamente la hija de maese Gareth...

-Te vi. Bailaste con Bard -dijo Carlina. Y después, porque ella también tenía *laran,* agregó-: Tú lo amas, ¿verdad?

-Sí, pero creo que él todavía no lo sabe.

De repente Melora soltó una risita nerviosa.

-Me han dicho que el señor General fue coronado y casado, ayer. Según la ley, tú también eres su esposa, comprometida. De modo que, por el momento, tiene una esposa legal de más. Estoy segura de que querrá librarse al menos de una de ellas... y, si no me equivoco, de ambas. Tal vez, Carlina... Madre Liriel, que este malentendido sea para bien, ya que con todo esto su matrimonio deberá aclararse ante la ley.

-Esperemos que así sea -deseó Carlina, e impulsivamente tomó la mano de Melora-. Ve a descansar, *vai leronis.* Te encontraré un lugar entre las damas de compañía, las enviaré a que hagan todo lo posible por los heridos y las enfermas, y tú podrás descansar.

Mientras tanto, Bard di Asturien se dirigía hacia sus propias habitaciones, las que había ocupado desde que Alaric fue coronado y lo había designado comandante de sus ejércitos. Había un guardia ante la puerta, quien le advirtió que el supuesto señor General estaba adentro.

Bard reflexionó un momento. Por supuesto, podía

entrar y exigir, como señor General, que lo admitieran. Casi todos los hombres del ejército conocían de vista al Lobo de Kilghard. Pero todavía no estaba preparado para este enfrentamiento. De modo que, al cabo de un momento de reflexión, se dirigió hacia una entrada trasera cuya existencia sólo conocían sus hombres más leales.

Recorrió las habitaciones como si nunca antes las hubiera visto. No las había visto: el hombre que había dormido en ellas pocas noches atrás era otro distinto. En el enorme dormitorio ambos dormían: Paul, sobre la espalda, y Bard observó su propio rostro con un extraño y desapasionado interés.

Melisendra yacía encogida contra él, con la cabeza sobre su hombro y, aunque dormía, Bard advirtió que el brazo del Paul rodeaba a la mujer de manera protectora. Los rizos rojos de Melisendra estaban sueltos y cubrían el rostro de Paul.

Bard reflexionó, de manera distante, que si los hubiera encontrado de este modo, en sus propias habitaciones, días antes, no hubiera perdido tiempo para desenvainar la daga y degollarlos. Incluso ahora lo pensó por un momento: Paul había tratado de usurparle el trono, había sido coronado en su nombre, y al casarse con Melisendra ante los ojos de medio reino había dado al trono de Asturias una mujer que, de alguna manera, tendría que ser repudiada públicamente. Aunque Paul estuviera dispuesto a abandonar la identidad de señor General, eso todavía dejaba a Bard casado con Melisendra. ¡Qué enredo! ¡Y por lo que él mismo había hecho, había convertido a Carlina en su esposa legal, y tampoco podía repudiarla públicamente! ¿Cómo, en nombre de todos los dioses, resolvería esto?

Por un momento, Bard contempló la posibilidad de escurrirse de la habitación tan silenciosamente

como había entrado, buscar su caballo, y cabalgar hacia las montañas otra vez. No quería el reino de Asturias. Siempre había estado seguro de que encontrarían algún otro, incluso cuando se enteró de la muerte de su padre y de Alaric. Más allá del Kadarin había docenas de reinos pequeños, y ya antes se había ganado vida como mercenario.

Pero ¿qué ocurriría con sus hombres, si él escapaba? Paul no tenía conocimientos ni interés suficientes para ocuparse de ellos. ¿Y qué pasaría con Carlina, con la promesa que él había hecho a la Hermandad de la Espada, con Melisendra, con Melora? No, todavía tenía responsabilidades aquí. Después de todo, había dejado a Paul voluntariamente para que ocupara el lugar del señor General. Tal vez Paul tan sólo había protegido su buen nombre y reputación... ¿Cómo quedaría, después de todo, si se supiera que en el momento del ataque contra el castillo Asturias, el señor General se había marchado para llorar sus crímenes sobre el hombro de una mujer? Paul debía tener una oportunidad para explicarse: Bard no lo mataría mientras dormía.

Se agachó sobre Melisendra, mirando con una ternura que lo sorprendió las claras pestañas posadas sobre las mejillas, la redondez de sus pechos en el sitio donde el delgado camisón, tan fino que se transparentaba la piel rosada, se fruncía en pliegues de gasa. Ella le había dado a Erlend y por eso, como mínimo, él siempre debería demostrarle su amor y su gratitud.

Entonces sacudió suavemente el hombro de Paul.

-Despierta -le dijo.

Paul se sentó en la cama, sobresaltado. Instantáneamente alerta, vio el rostro severo de Bard, y de inmediato supo que estaba en peligro de muerte. Su primer impulso fue proteger a Melisendra. Se levantó de un salto para interponerse entre Bard y la mujer.

-¡Ella no tiene la culpa de nada!

La sonrisa de Bard lo sorprendió. Tan sólo parecía divertido.

-Ya lo sé. Pase lo que pase, no haré daño a Melisendra.

Paul se tranquilizó un poco, pero siguió mostrándose cauteloso.

-¿Qué estás haciendo aquí, de esta manera?

-Eso mismo iba a preguntarte -contestó Bard-. Después de todo, es mi habitación. Me enteré de que te coronaron anoche, y de que... te casaron. Con Melisendra. ¿Acaso puedes acusarme por pensar que tal vez quieras reclamar el trono de Asturias? Anoche no me querían dejar entrar en el castillo porque estaban seguros de que era un impostor.

Bard advirtió que, por algún motivo, ambos hablaban en susurros. Sin embargo, sus voces despertaron a Melisendra, y ella se sentó en la cama, con el pelo cayendo sobre sus hombros. Miró a Bard con los ojos muy abiertos. Después, apresuradamente, le rogó:

-¡Bard! ¡No! ¡No le hagas daño! Él no pretendía...

-¡Deja que él mismo revele qué pretendía! -le espetó Bard, con tono acerado.

Paul apretó los dientes.

-¿Qué esperabas de mí? ¡Vinieron a decirme que yo era el rey y me exigieron que me casara con Melisendra! ¿Acaso esperabas que dijera: «Oh, no, no soy el señor General, y la última vez que lo vi estaba en camino hacia Neskaya»? No me preguntaron: ¡me dieron órdenes! Si hubieras regresado a tiempo... Pero no, estabas lejos, arreglando algún asunto personal y me dejaste a mí a cargo de todo. ¡Ni siquiera has preguntado por tu hijo! ¡Eres tan capaz de gobernar este reino como él, y eso no es un cumplido porque me imagino que cualquiera con pantalones podría manejarlo mejor

que tú! Si pudieras dejar de pensar en las mujeres durante diez minutos y prestar atención a lo que supuestamente estás haciendo....

Bard desenvainó la daga. Melisendra gritó y tres guardias irrumpieron en la habitación.

Al ver a Bard vestido como soldado, y a Paul en camisa de noche, llegaron de inmediato a la conclusión más obvia, y cayeron sobre Bard con las espadas desenvainadas.

-¿Así que desenvainas el arma en presencia del rey? -gritó uno de ellos, y un momento más tarde, Bard estaba desarmado y retenido por dos guardias.

-¿Qué hacemos con él, señor General... perdón, majestad?

Paul paseó la mirada de los guardias a Bard, advirtiendo que había salido de las brasas para caer en el fuego. No quería que mataran al padre del hijo de Melisendra ante sus ojos. Advirtió, penosamente y un segundo demasiado tarde, que en realidad no estaba en absoluto enfadado con Bard.

Demonios, a decir verdad, terminé en la caja de estasis porque no pude mantenerme lejos de las mujeres equivocadas. ¿Quién soy yo para darle sermones? Sin embargo, si admito que él es el rey y el señor General, entonces estoy en la cama con la reina, y por lo que sé de este lugar, eso también constituye un crimen bastante serio... por no hablar del orgullo de Bard. Si lo hago matar, probablemente Melisendra les dirá la verdad. ¡Y si no lo hago estaría muchísimo mejor dentro de la caja de estasis! Porque no dudo de que aquí hay pena de muerte... ¡y probablemente muchas maneras ingeniosas de llevar a cabo la sentencia!

El guardia de mayor jerarquía miró a Paul.

-Mi señor...

-Me parece que aquí hay un error -intervino Bard.

-Sin duda alguien está cometiendo un error -replicó uno de los guardias con tono sombrío-. Este hombre intentó entrar anoche en el palacio alegando ser el señor General... ¡Incluso llegó a engañar a lord Varzil de Neskaya! Creo que es un espía de Hastur. ¿Lo llevamos afuera y lo ahorcamos, señor?

Melisendra saltó de la cama con su camisón, ajena a la mirada de los guardias. Abrió la boca para hablar. En ese momento se oyeron gritos en los pasillos y entró un mensajero.

-¡Mi señor el rey! ¡Un enviado de los Hastur bajo bandera de tregua! ¡Varzil de Neskaya pide que acudas de inmediato al salón del trono!

Los guardias giraron rápidamente.

-Imposible -objetó Bard-. La sala del trono está ocupada por los heridos; tendremos que entrevistarnos con los enviados en el jardín.

Ruyvil... -dijo al guardia más joven-, tú me reconoces, ¿no? ¿Recuerdas las campaña contra Hammerfell, cuando discutí con el rey Ardrin para que pudieras marchar con nosotros, y que el estandarte de Beltrán se enroscó en tu pica?

-¡Lobo! -exclamaron los guardias y luego se volvieron amenazantes hacia Paul.

-¿Quién es este hombre?

-Mi hombre juramentado y mi sustituto -explicó Bard rápidamente-. Tuve que ir a Neskaya por asuntos urgentes, y lo dejé en mi lugar. Fue coronado en mi nombre...

El más viejo de los guardias, quien había querido llevarse a Bard y ahorcarlo, objetó suspicazmente:

-¿Y también se casó en tu nombre?

-¡No hables al rey de ese modo, tonto, o descubrirás que la cabeza se te ha soltado de los hombros! -exclamó el joven Ruyvil-. ¿Crees que no conozco al Lobo de Kilghard? ¡Podría haber sido expulsado del

ejército por lo que ocurrió! ¿Crees que un impostor lo sabría?

-No soy tan atrevido como para interferir en el matrimonio de mi rey -replicó Paul rápidamente, utilizando el pie que Bard le había dado-. Él me había prometido a Melisendra y con ella me casé. Su majestad... -miró rápidamente a Bard y el mensaje fue claro:

Ahora arréglate como puedas con ésta. No podría casarse con lady Melisendra aunque lo deseara; legalmente estaba unida a otra persona.

Bard lanzó a Paul una mirada de innegable agradecimiento.

-Ve y dile al enviado que me encontraré con ellos en cuanto me haya afeitado y vestido. Y también avisa a lord Varzil de Neskaya.

Cuando los guardias y el mensajero se marcharon, Bard se dirigió a Melisendra.

-Lo creas o no, pretendía casarte con Paul, pero te anticipaste. Tendré que quedarme con Erlend, ya que es el único heredero que tengo.

-No interferiré -respondió, aunque le temblaba la barbilla.

Entonces Bard pensó en su madre desconocida que lo había entregado a don Rafael para que lo criara como a un noble. ¿Todas las mujeres serían tan generosas?

-Me ocuparé de que recuerde que también es tu hijo. Ahora, maldición, basta de discusiones antes del desayuno. ¡Envíame a mi criado, con ropas apropiadas para una audiencia! Paolo, córtate el pelo, ahora nos conviene disminuir el aparecido. ¡Este asunto no ha terminado todavía!

Cuando Bard fue a la otra habitación, Melisendra apoyó una mano sobre el brazo de Paul.

-Me alegro de... -dijo ella, y sonrió.

Él la abrazó.

-¿Qué otra cosa podría haber hecho? -preguntó-. ¡De haber decidido cualquier otra cosa, tendría que haberme quedado con el reino!

Para su absoluto asombro, advirtió que había dicho la verdad. No envidiaba a Bard, ni siquiera un poco. Y tal vez -sólo tal vez- las cosas se habían arreglado de tal manera que no necesitaría acabar con Bard para

evitar que él lo matara. Eso no hubiera sido posible con el Bard de antes. Pero algo le había ocurrido en el breve lapso transcurrido desde que había traído a Carlina del lago del Silencio. No sabía qué era; pero de alguna manera, sutilmente, se había convertido en otro hombre. Melisendra, pensó, sabía cuál era el cambio, y tal vez algún día se lo contaría.

O tal vez se lo diría el mismo Bard. Ya nada lo sorprendería.

Afeitado, vestido, con su trenza rubia recogida con la cinta roja de un guerrero, Bard se observó en el espejo. Parecía el mismo hombre, pero aún se sentía extraño dentro de la nueva piel, sin saber qué haría a continuación. Paul, sin darse cuenta, había hecho lo correcto, aunque él no lo había esperado: había temido que Paul pretendiera seguir con la farsa, y en ese caso Bard no habría tenido más alternativa que hacerlo ejecutar.

No. No lo hubiera hecho matar. Ya he destruido a demasiada gente. Podría haberlo matado yo mismo, en un momento de furia, pero no hubiera podido ordenar que lo mataran a sangre fría. Ahora ya forma parte de mí mismo. Además, todo ha salido bien, pues me he librado de Melisendra.

Sin embargo, todavía estaba ligado legalmente a Carlina, y si ella necesitaba la protección de ese matrimonio, si, por ejemplo, no lo quisieran todos los dioses misericordiosos, la hubiera dejado embarazada, no podría negarle honrosamente la posición de reina.

Todo su corazón clamaba por Melora, pero aunque sabía que la amaría durante toda su vida, no podría acudir a ella después de haber ensuciado a Carlina ni después de haber ignorado cualquier exigencia que ella pudiera plantear.

Ten cuidado con lo que le pides a. los dioses, pues podrían concedértelo.

Recordó a Melora en aquella desdichada y lejana noche de festival, diciéndole que no le pisaría a Carlina el ruedo del vestido.

Si al menos hubiera tenido la sensatez suficiente para ofrecerle a Carlina la liberación de un matrimonio que ninguno de los dos deseábamos...

Pero ni siquiera un dios puede volver a poner las hojas de un árbol que ya han caído. Él había organizado este lío con Carlina, y si no podía desenredarlo honrosamente, tendría que vivir con ella.

Aunque estaba tan erguido como le resultaba posible, le pareció que el hombre del espejo se encorvaba bajo una pesada carga. Sí, esta tierra de Asturias, donde no quería reinar, pesaba ahora sobre sus hombros.

¡Oh, hermano mío! ¡Con cuánto orgullo hubiera sido tu general, pero sin deseo de llevar tu corona!

Pero el vino ya había sido servido y debía beberlo.

Se alejó del espejo apretando los dientes y cuadrando los hombros. Su ejército había elegido al Lobo de Kilghard para que lo gobernara, y él debía aceptar el cargo.

Los servidores le habían dispuesto un dosel y una silla en el jardín, en lugar del trono. Observó, con sombría incredulidad, las filas de reverentes cortesanos, y los soldados y los guardias que adoptaban posición marcial a medida que él pasaba. Nunca había visto

tanta formalidad alrededor de su padre ni del rey Ardrin. Simplemente, la había dado por sentada. Durante un momento se le antojó adecuado que

en esta primera oportunidad su trono fuera, simplemente, una silla con dosel. Recordó que había tropezado al pie del trono de Ardrin cuando éste le había otorgado la cuerda roja.

-Señor, el enviado de los Hastur.

El que había hablado era Varzil, y Bard recordó, de lo poco que sabía de protocolo, que el celador de una torre importante tenía la misma jerarquía que cualquier rey. Indicó a Varzil que se aproximara a su silla.

-Primo, ¿es necesario que ésta sea una reunión formal?

-Sólo si tú lo deseas.

-Entonces, di a todas estas personas que se marchen, porque quisiera hablar tranquilamente con los enviados -pidió Bard, y mientras Varzil despedía a todos los cortesanos, salvo a la guardia personal, Bard miró al enviado.

Tal como había supuesto, allí estaba la bandera de tregua del rey Carolin y, vestido con el azul y plata de los Hastur, Geremy Hastur.

Avanzó hacia Geremy para darle un formal abrazo de pariente, y ante el contacto, todo el antiguo afecto volvió a invadirlo. ¿Podría algún día redescubrir también a Geremy?

Bard pensó: Geremy también tiene *laran,* él lo sabe. Y cuando alzó los ojos hasta el rostro de Geremy, vio en su mirada, aunque Geremy se veía demacrado y preocupado, la misma aceptación, la misma comprensión que antes había captado en Melora.

Entonces, sabiendo que su voz temblaba con la emoción que ya no podía disimular, dijo:

-Bien venido a Asturias, primo. Es, sin duda, una triste bienvenida, basada en la pérdida. Mi padre y mi hermano aún no han recibido sepultura, y así seguirán

hasta que reine un poco el orden en este estado. Sufrimos un ataque *de* Aldarán y, sin desearlo, me encuentro en un trono que no sé cómo llenar. Sin embargo, aunque ésta sea una pobre bienvenida, me alegra que estés aquí... -Su voz se quebró.

Se interrumpió sabiendo que si no lo hacía se derrumbaría y lloraría a la vista de todos. Sintió la mano de Geremy firme sobre la suya.

-Ojalá pudiera ofrecerte algún consuelo... hermano de *crianza.*-dijo Geremy, y Bard sintió un nudo en la garganta-. Lamento profundamente tu pérdida. No conocí mucho a don Rafael, pero sí traté y amé a Alaric. Era demasiado joven para ser segado de la vida. Sin embargo, aun en esta hora de dolor debemos ocuparnos de los vivos. Varzil me ha dado noticias que, según creo, todavía no conoces. Varzil, pariente, dile a Bard lo que han visto tus pájaros centinelas

-Aldarán ha entrado en esta guerra-explicó Varzil-. Anoche supimos por maese Gareth y sus *leroni* que ellos enviaron la hechicería que derrumbó los muros del castillo. Ahora hay un ejército en marcha desde el bosque de Darriell, que está aliado con Scathfell y con otros pequeños reinos del norte. Todavía se encuentran a muchos días al norte del Kadarin, pero supongo que esperan sorprenderte en medio del caos y el pesar. Además, tengo noticias todavía más recientes. Tramontana ha jurado neutralidad: no harán

más armas de *laran, y* es la última torre que quedaba, pues Arilinn ya se lo ha jurado a los Hastur.

-Entonces -intervino Geremy-, la muerte de los mártires de Hali no fue en vano. Ahora ya no queda una sola torre en esta tierra que fabrique fuego perpetuo, o polvo fundehuesos, o la plaga que atacó las montañas de Venza. Ignorando la muerte de don Rafael, vine a pedirle por segunda vez que se adhiriera al pacto, y que se uniera conmigo y con mis *leroni* para

destruir los depósitos de armas de *laran* que todavía quedan. Hemos jurado no usar esas armas, pero sí podemos defendernos contra ellas.

En silencio, Bard sopesó la propuesta mientras miraba el ala derrumbada del castillo. Aldarán lo había atacado con *laran.* ¿Cómo sabían qué le quedaba en su arsenal?

-Lo haría con gusto, Geremy -respondió finalmente-. Cuando reine la paz en esta tierra, juraré el pacto y seré enemigo de cualquier hombre que lo transgreda, para que los *leroni* puedan volver a leer la suerte a las doncellas enfermas de amor y a decirles a las embarazadas si tendrán hijos o hijas, y a curar a los enfermos y a enviar mensajes más rápidamente que un buen jinete. Pero mientras esta tierra esté en guerra, no me atrevo a hacerlo. ¡Debo poner en marcha mi ejército en el lapso de tres días, si quiero detener a Aldarán y mantenerlo al otro lado del Kadarin!

-Para eso te ofrezco una alianza -sugirió Geremy-. Carolin me ha autorizado a enviar a sus hombres contigo contra Aldarán. Él puede reinar al otro lado del Kadarin, pero no lo queremos dentro de los Cien Reinos.

-Aceptaré con agradecimiento la ayuda de Carolin -dijo Bard-. Pero no puedo unirme al pacto mientras no haya puesto en orden mi reino. Y juraré una alianza con los Hastur.

Mientras hablaba supo que, con unas pocas palabras, estaba acabando con todo lo que su padre había querido construir. Pero ésa había sido la ambición de su padre, no la suya propia. Él gobernaría, pero no tenía ningún deseo de conquista. Que quienes tenían y gobernaban la tierra lo hicieran en paz. Él ya tenía suficientes problemas con un reino; se estremeció ante la idea de gobernar todo un imperio. Era un solo hombre; ya había liberado a su gemelo oscuro.

Geremy suspiró

-Esperaba que estuvieras dispuesto al pacto, Bard, ahora que has visto lo que su ausencia puede hacerle a esta tierra. Y es peor en el territorio de Hastur. ¿Has visto a los niños que han nacido en las montañas de Venza y cerca de Carcosa?

Bard meneó la cabeza

-Ya te he dicho, Geremy, que hablaremos otra vez de eso cuando Aldarán se resigne a quedarse de su lado del Kadarin. Y ahora, si me lo permites, tengo que ocuparme de preparar mi ejército para la marcha.

¿ Quién gobernaría mientras él estuviera con el ejército? ¿Podría confiar en Carlina para que tomara el puesto de regente? ¿Podría persuadir a Varzil de que se quedara en la corte para asegurarse de que todo se hiciera bien? ¿Cómo podría decidirlo?

Sonrió sombríamente, pensando que una vez más necesitaba estar en dos lugares a la vez: en su trono, aquí, y con el ejército en marcha. ¿El

ejército seguiría a Paul? ¿O debería ponerlo en manos de uno de los comandantes veteranos de su padre?

Convocó a cuatro o cinco de los hombres de su padre, comandantes veteranos, y habló con ellos largo rato acerca de los despliegues del ejército. Entró por un momento en el Gran Salón para pasar unos pocos minutos entre los hombres heridos. El ejército había cedido muchos ordenanzas, y las mujeres eran atendidas por todas las mujeres del castillo que no tenían una ocupación más urgente. Reconoció a la criada personal de lady Jerana y comprendió que incluso ella debía vestirse sola esta mañana.

En ninguna parte vio a Melora: ¿dónde estaba? Ansiaba verla, aunque sabía que hasta que se arreglara el enredo con Carlina no podría confesarle ni una palabra de lo que sentía.

Maese Gareth se acercó a él y Bard le preguntó:

-¿Qué estás haciendo, viejo amigo? ¿Hay suficientes *leroni* como para mantener el escudo alrededor del castillo?

-Lo estamos intentando, señor -le respondió maese Gareth-, aunque no sé por cuánto tiempo podremos mantenerlo. Me gustaría que le pidieras a lord Geremy Hastur que nos preste sus hechiceros.

-Lo haré, o puedes pedírselo tú mismo

-Ah, pero un ruego tuyo resultaría más convincente, señor.

-¿Y dónde está la dama Melera? Lord Varzil te la prestó anoche para cuidar a los enfermos.

-Esta mañana le ha dejado eso a la madre Liriel, ya sabes, la sacerdotisa -dijo maese Gareth.

Bard, con súbita comprensión, advirtió que Carlina, la madre Liriel tal como ahora se llamaba, no tenía más deseos que él de reconocer ese contrato matrimonial. ¿Era verdaderamente libre? Él y Carlina debían conversar, debían dejar todo claro; pero sintió que su ánimo mejoraba mientras maese Gareth le hablaba.

-Envié a Melora a soltar sus pájaros centinelas; es la mejor que conozco en esta tarea. Ella me pidió que te informara de que hay una gran columna de sacerdotisas en camino desde el lago del Silencio, y que están escoltadas por jinetes vestidos de rojo.

-Entonces la Hermandad de la Espada ha cumplido su promesa -empezó a decir Bard, pero en ese momento apareció Melora desde el otro extremo del jardín, agitando los brazos y gritando frenéticamente, fuera de sí.

Bard corrió hacia ella, con maese Gareth pisándole los talones y jadeando por el esfuerzo.

-¿Qué ocurre, Melora?

-¡Llama a Varzil! ¡Oh, en nombre de todos lo dioses, llama a don Varzil! -gritó ella-. Rory, que

tiene la Vista, nos ha avisado. El escudo de *laran* sigue ahí, pero hay carros aéreos en camino, y ahora ya no tenemos defensa contra ellos. Emplea al ejército, debemos evacuar a todos los heridos antes de que el techo se les caiga encima.

Maese Gareth palideció, pero su voz fue severa.

-Nada se gana con el pánico, Melora. ¡Puedes ponerte en contacto con Varzil más fácilmente que yo!

El rostro de Melora quedó inmóvil y distante. Bard, en contacto telepático con ella, oyó su inaudible grito a Varzil, y al cabo de pocos segundos vio que no sólo Varzil, sino también Geremy, se acercaban rápidamente a ellos.

-Bard -observó Geremy-, todavía no tienes suficiente *laran* para esto, todavía no. Ocúpate de evacuar a los heridos del salón, por si no podemos detenerlos.

A Bard no se le ocurrió que Geremy, que ni siquiera estaba en su propio reino, estaba impartiendo órdenes al propio rey. Lo que Geremy le aconsejó pareció tan lógico que se apresuró a obedecerlo. Mientras corría, llamó a un guardia.

-¡Llama a Paolo Harryl y a lady Melisendra!

Y entonces, con su nuevo *laran,* se preguntó si no podría utilizar su proximidad con ellos dos. Siempre había estado en contacto con la mente de Paul. ¡Este era un momento en que necesitaba estar en dos lugares al mismo tiempo!

¡Paul! ¡Trae suficientes hombres como para sacar a todos los heridos!

Por el rabillo del ojo vio a Melora y a Geremy, a maese Gareth y a Varzil de Neskaya, con las manos entrelazadas, con el aspecto incongruente de cuatro adultos formando un corro infantil. Pero incluso Bard, recién iniciado en el *laran,* captó la fuerza psíquica, una barrera casi tangible que se alzaba alrededor de ellos.

Después se apresuró a entrar en el salón y empezó a dar órdenes a los soldados.

-¡Todos los que puedan caminar, salid, y alejaos tanto como os sea posible de los edificios! ¡ Ordenanzas, ayudad a los que puedan caminar! ¡Nos han advertido que podemos ser bombardeados! ¡Todo el mundo afuera! -ordenó-. ¡Muy pronto tendremos todas las camillas necesarias! ¡Que no cunda el pánico, os sacaremos a todos!

Sintió el miedo como un miasma visible y alzó la voz.

-¡Caminando, he dicho, no corriendo! ¡Someteré a consejo de guerra a cualquiera que caiga sobre algún otro herido! ¡Con tranquilidad, tenemos tiempo!

Pasó a la otra habitación.

-¡Carlie...! Madre Liriel, que las que pueden caminar ayuden a las inválidas, muy pronto tendremos camillas.

Carlina habló con las mujeres suavemente, y Bard vio que, al cabo de pocos minutos, se organizaba una salida ordenada. Había llegado Paul, con todo un escuadrón de camilleros. Se detuvo junto a la camilla de una de las mujeres tendida con su bebé recién nacido en brazos.

-Ah, ¿así que ésta es una de mis nuevas subditas? Bien, madre, no te preocupes, es una hermosa niña, y estará bien, créeme -murmuró, y siguió adelante escuchando el susurro a sus espaldas.

-Ése es el rey.

-No seas tonta -exclamó la mujer de la camilla contigua-. El rey no vendría aquí, ése es uno de sus ayudantes, el que se le parece tanto.

-Bien, en cualquier caso, ha sido muy amable, y llamaré Fianna a la niña en su honor. ¡Además, el ayudante del rey es tan bueno como el rey mismo!

Bard supervisaba la última camilla, deteniéndose

aquí y allá, para hablar con algún soldado que reconocía, con algún veterano amigo de su padre o con algún criado a quien conocía desde la juventud. No todos ellos recordaban que debían llamarlo señor o su majestad, pero a él no le importaba. Ya habría tiempo suficiente para las formalidades más adelante, y estaba orgulloso de ser el Lobo de Kilghard. Además, suponía que, si llamarlo maese Bard servía para atenuar el terror de algún anciano criado, eso no le mermaba honor.

-¿Ya están todos?

-Todos, salvo la anciana de aquel rincón. Tengo miedo de que muera, si la movemos -señaló Carlina vacilando-. Tampoco quiero mandar cuatro hombres con una camilla.

Estaba pálida de miedo, y él recordó que también Carlina tenía *laran y* tal vez un toque de premonición. En ese momento se alzó un extraño zumbido y una exclamación se elevó del círculo de *leroni* que habían unido sus manos en el jardín.

Bard corrió hacia el rincón del Gran Salón y se inclinó sobre la anciana. Ella lo miró fijamente con el rostro gris de miedo y de dolor.

-Vete afuera, hijo, yo estoy acabada.

-Tonterías, abuelita-se negó Bard, quien se agachó para alzarla en brazos-. ¿No puedes rodearme el cuello con tu brazo? Vamos, eso es, salgamos de aquí.

Mientras corría recordó de pronto que Carlina había temido mover a la anciana, incluso en una camilla, por miedo de que muriera. ¡Bien, sin duda moriría si la dejaban allí y se le caía el techo encima!

Corrió, tambaleándose, hasta el aire libre, y mientras salía al jardín, se produjo una tremenda explosión. Una ráfaga de aire lo golpeó y él se tambaleó y cayó sobre la anciana, sintiendo que le estallarían los oídos con el estruendo.

Cuando advirtió lo que estaba ocurriendo, Paul y

uno de sus guardias ya lo estaban levantando, y la anciana que milagrosamente respiraba todavía, fue retirada de sus brazos y suavemente depositada en una camilla.

Una de las alas del castillo, todavía en pie, se convirtió en una graciosa columna de polvo y se derrumbó con un rugido. Bard, que había dado la orden de que se extinguieran todos los fuegos, incluso los de la cocina, comprobó con alivio que no se veían llamas.

Se produjo otra explosión y otra más, y un establo se desplomó, pero el ejército había estado trabajando a las órdenes de Paul y ya todos los caballos estaban fuera.

Hubo otra explosión, seguida de gritos; había dado justo en el centro de un grupo de soldados apiñados alrededor de los heridos, y Bard, descompuesto, vio brazos y piernas saltando por los aires y cuerpos que se retorcían.

Arriba, el zumbido se hizo más intenso. Luego una luz azul surgió del grupo de *leroni* que se encontraba debajo de los árboles y, repentinamente, con un rugido atronador, un carro aéreo cayó del cielo, como una piedra. Aterrizó en el huerto, sobre un manzano del que surgieron llamas altas hasta el cielo.

-¡Cubos! -bramó uno de los comandantes de Bard-. ¡Apagad ese fuego!

Una docena de hombres corrió en dirección al incendio.

Otra luz azul y un nuevo carro aéreo cayó en llamas, pero éste estalló sobre un pico rocoso y siguió rodando hasta acabar destrozado. Otro se elevó sobre la tórrela principal del castillo, dejando caer unos huevos pequeños y de aspecto inofensivo, que se abrieron mientras descendían.

-¡Por los infiernos de Zandru! -aulló Bard-. ¡Fuego perpetuo!

En efecto, a medida que los proyectiles caían, las llamas se alzaban de los muros de piedra del castillo. Esa sustancia endemoniada, recordó Bard, podía quemar cualquier cosa, incluso la roca, y seguiría ardiendo y ardiendo...

Así pues, Alaric y su padre tendrían una pira funeraria.

El último carro aéreo estalló con un rugido y cayó del cielo, pero Bard vio que Melora se apartaba del círculo y corría directamente hacia el castillo ¿Estaba loca? Él se había esforzado al máximo para evacuar a todo el mundo... ¿Qué estaba haciendo ella?

Paul, que trabajaba con los guardias extinguiendo el fuego de los establos, oyó de pronto que Melisendra gritaba, como si estuviera cerca de él. Dioses del cielo, ¿acaso el contacto con Bard le había permitido establecer contacto con ella? Pudo verla con claridad subiendo rápidamente la pequeña escalera del jardín, donde la había visto por primera vez, y captó el pánico que dominaba su mente.

¡Erlend! ¡Erlend! ¡Anoche estuvo levantado hasta tarde, llevando recados para los leroni, *y todavía duerme en su habitación! ¡Oh, misericordiosa Avarra, Erlend!*

Ya estaba a mitad de la escalera, pero Paul le pisaba los talones. Cuando subió un poco se enfrentó con una asfixiante nube de humo, tras la cual Melisendra había desaparecido. Paul se rasgó la camisa, se la ató sobre el

rostro y, dejándose caer por debajo del nivel del humo, empezó a subir la escalera a gatas.

Por alguna extraña duplicación, como si él y Bard estuvieran ligados mentalmente, vio que el otro trataba de entrar en el edificio en pos de Melora, y vio y sintió a los guardias que lo aferraban, reteniéndolo.

-¡No! ¡No, mi señor, es demasiado peligroso!

-Pero Melora...

-Enviaremos a alguien para que saque a la *leronis,* señor, pero tú no debes arriesgarte. Eres el rey.

Bard se debatió, luchando, mientras veía a Melora que subía la escalera, abriéndose paso entre las ruinas. Por encima de todo esto, estaba la imagen de Erlend tranquilamente tendido en su cama, con su piedra estelar en la mano y el humo que lo avasallaba, convirtiendo su sueño en inconsciencia a medida que las paredes empezaban a arder.

-¡Dejadme ir! ¡Maldición, os cortaré la cabeza a todos! ¡Es mi hijo! ¡Está allí, quemándose!

Luchó contra ellos, mientras las lágrimas le corrían por el rostro.

-¡Maldición! ¡Maldición, soltadme!

Pero los guardias no le obedecieron, y por primera vez en su vida, la fuerza colosal de Bard no le sirvió de nada.

-Lo sacarán de allí, señor, pero todo el reino depende de ti. ¡Ruyvil, Jéran, ayudadnos a retener a Su alteza!

Y mientras Bard se debatía entre ellos, una parte de él estaba con Paul, subiendo la escalera, era Paul, de modo que se asfixiaba en manos de los guardias, y sus propios ojos lloraban mientras Paul luchaba por subir.

Paul, sintiendo que el humo lo cegaba, se dejó caer sobre las rodillas. Detrás, Bard quedó repentinamente inerte en manos de sus captores, a medida que la parte esencial de él se convertía en Paul y trataba de prestarle cada átomo de su fuerza, respirar por él, si es que podía. A los dos les parecía que gateaban juntos, subiendo la escalera, y ya arriba avanzaban centímetro a centímetro por el pasillo. Allí encontraron la puerta al tacto, pues el humo era tan espeso que Paul no lograba ver nada. Al otro lado de la puerta, Melisendra yacía inconsciente por el humo, con el rostro oscuro y congestionado. Durante un momento aterrador Paul no

percibió su respiración. Toda la habitación estaba invadida por el humo acre que hacía doler los pulmones de Paul, quien no podría haber seguido adelante sin la fuerza de Bard, y hubiera caído al suelo junto a ella, desmayado.

Pero un niño gimió, como si sollozara en sueños, y la conciencia de Bard dentro de Paul lo hizo debatirse hasta ponerse de pie, maldiciendo. Las paredes empezaban a arder, al igual que el borde del colchón de Erlend, y de él surgía más humo que se añadía al que ya había en la habitación.

Paul -o Bard, nunca se supo quién- alzó al niño, oyendo su chillido de dolor y de terror cuando el pequeño vio las llamas que crecían. Estrelló una garrafa de agua junto a la cama, cogió un pedazo de tela del suelo y lo empapó para atárselo alrededor del rostro. Después, con Erlend débilmente aferrado a su cuello, se arrodilló junto a Melisendra, a quien abofeteó con la tela húmeda. ¡Debía despertarla! Tal vez, con la fuerza de Bard en su

interior, debía haber dejado a Melisendra para rescatar al niño. Pero no, Melisendra era la madre del pequeño. ¡No podía permitir que muriese!

Olió a pelo quemado, el acre hedor de la tela que ardía, y vio a Melera, con el rostro ennegrecido, de pie junto a él.

-¡Vamos! ¡Dame a Erlend! -pidió ella, tosiendo y ahogándose, obligándose a hablar-. Tú lleva a Sendra, yo no puedo.

Paul se preguntó, en un fragmento de conciencia individual, si ella creía que era Bard, pero la parte de él que era Bard ya le había entregado a Melora el niño inconsciente. Sabía que unas lágrimas de alivio y agradecimiento corrían por su rostro, aunque mientras tanto toda su doble atención se concentraba en Melisendra. Vio que Melora tropezaba con una tabla quemada junto a la puerta, pero se incorporó asiéndose a la

viga ardiente y, de alguna manera milagrosa, se tambaleó hasta el corredor en llamas.

Melora lloraba, y él alcanzaba a percibir sus sollozos de dolor y de terror, pero la mujer seguía adelante con el niñito en brazos.

Paul cargó a Melisendra sobre el hombro, y en ese momento cruzó por su mente un irrelevante recuerdo de otro mundo y de otra vida: esta manera de alzar a alguien se llamaba el rescate del bombero, y él nunca había sabido por qué. Las paredes ardían ahora, un verdadero infierno de calor y humo, pero él se apresuró por el mismo sitio por donde había venido. Entonces tropezó con Melora, quien miraba horrorizada las escaleras en llamas. ¿Cómo podrían bajar por allí?

Melora respiraba rápida y audiblemente, el aire raspaba al entrar y salir de sus pulmones, y su voz era tan ronca que no podía hablar, sólo emitir un susurro vacilante. Vio que la *leronis* extraía algo del escote.

-¡Sigue! ¡Baja! Yo.., *leronis...* las llamas...

Él vaciló, y la voz ronca se alzó frenética ahora.

-¡Ve! ¡Ve! Sólo detendré el fuego un instante con la piedra estelar...

Ante él las llamas se atenuaron, se retiraron, y Paul se quedó congelado, atónito. Sin embargo, Bard, dentro de él, aceptó la brujería de aquel mundo, la manera en la que una *leronis* entrenada podía manipular las llamas, y aferró con mayor fuerza a Melisendra y bajó rápidamente la escalera.

Melisendra estaba inconsciente en sus brazos, desmayada, pero Erlend gritaba aterrado sostenido por Melora. Las llamas retrocedieron, se agitaron ante él mientras ambos bajaban corriendo la escalera. El paso de Melora era pesado y vacilante, ya que toda su voluntad consciente se concentraba en la piedra estelar, en las llamas que se extinguían, resurgían, retrocedían y se erguían en amenazante proximidad. Paul se zambulló a través de la puerta en llamas y salió al aire libre, y una vez más, con esa conciencia dividida, vio a Bard, con el último resto de su fuerza, que se desprendía de los guardias y acudía corriendo a descargar a Melisendra de sus brazos mientras él caía, casi desmayado, y sus atormentados pulmones aspiraban y espiraban el aire con un silbido.

Una docena de mujeres corrió a alzar a Melisendra y a acostarla sobre la hierba. Bard, frenético, se zambulló a través de las últimas llamas en el momento en que Melora caía inconsciente. Bard cogió a Erlend de sus

brazos y se lo pasó rápidamente a Varzil, que lo esperaba. Geremy, que renqueaba detrás, sostuvo a Bard cuando éste alzó a Melora, con gran alivio.

Ella cayó sobre él, tan pesadamente que incluso la enorme fuerza de Bard vaciló, y por un momento creyó que los tres se derrumbarían al suelo, pero los guardias los sostuvieron.

El rostro de Melora estaba cubierto de hollín y de humo, y gritó de dolor cuando los brazos de Bard la rodearon, pero en el momento en que él la soltó, con temor -¿habría pagado con su vida el rescate de su hijo?-, ella se aferró a Bard, sollozando.

-Oh, duele. Me he quemado, Bard, pero no demasiado. Por el amor de la Diosa, dame algo para beber.

Ella se atragantó tosiendo, sollozando, y sus lágrimas fluían negras por el hollín. Alguien le puso una jarra de agua en la mano y ella la bebió, se atragantó, escupió, y volvió a toser repetidas veces.

Bard la sostuvo, gritando para que alguien acudiera para atenderla, pero ella se incorporó en el momento en que maese Gareth se acercaba a ellos.

-No, padre, está bien. Es tan sólo una quemadura superficial -lo tranquilizó.

Todavía tenía la voz muy ronca. Geremy, arrodillado ahora junto a Erlend, alzó el rostro hacia Bard, con profundo agradecimiento.

-Gracias a los dioses, respira -dijo, y como para acentuar eso, Erlend empezó a gemir a gritos.

Sin embargo, se interrumpió en cuanto vio a Bard.

-Viniste a buscarme, padre. Viniste y me buscaste, no dejaste que me quemara, yo sabía que mi padre no permitiría que me quemara.

Bard empezó a hablar, a desmentirlo, a decir que había sido Paul quien había subido físicamente esa escalera, mientras él, el padre del niño, había sido retenido por sus propios guardias, fuera o no el rey. No obstante Paul dijo en voz alta desde el lugar en donde estaba, junto a Melisendra:

-¡Así es, mi príncipe, tu padre fue a salvarte del fuego! -y añadió ferozmente, en voz muy baja-: ¡Nunca le digas otra cosa! ¡Tú estabas ahí! ¡Yo no podría haberlo hecho sin tu fuerza! ¡Él tiene que vivir contigo!

Sus ojos se cruzaron con los de Bard, y súbitamente el Lobo supo que ambos estaban mutuamente libres para siempre. Él le había concedido la vida a Paul, al liberarlo de la muerte de la caja de estasis, y ahora Paul le había devuelto a él una vida aún más preciosa que la suya: la vida de su único hijo. Ya no estarían unidos por un vínculo mortal, el de los gemelos oscuros, sino que eran hermanos, señor y servidor respetado, amigos.

Se inclinó sobre Erlend y besó a su hijo. Este heredero *nedestro* nunca se sentiría despreciado, ni sufriría los tormentos que él había conocido. Tal vez Melora nunca le diera un hijo -era mayor que él, había trabajado mucho tiempo como *leroni* y curadora en la zona envenenada-, pero le había dado la vida de Erlend. Mientras observaba a Carlina, con sus oscuras ropas, inclinada sobre el cuerpo inerte de Melisendra -ahora

torturado por una terrible tos mientras trataban de extraerle el humo de los pulmones-, Bard supo que también estaba libre de ellas dos. Melisendra encontraría la felicidad junto a Paul, y la vida de Carlina estaba dedicada a la diosa. Él ya no lo negaría. Durante su vida se ocuparía de que las sacerdotisas de Avarra abandonaran el Lago del Silencio y salieran al mundo como curadoras bajo la protección de Varzil. Las sacerdotisas y la Hermandad de la Espada formarían una nueva Orden de Renunciantes, y Carlina se convertiría en una de sus santas fundadoras; pero todo eso sería en el futuro.

Con un tremendo rugido, el techo del ala principal del castillo se desplomó y las llamas la engulleron.

Bard, sentado junto a Melora mientras las curadoras le vendaban las quemaduras del brazo y del pecho, meneó la cabeza y suspiró.

-Soy un rey sin castillo, amada mía. Y si los Hastur se salen con la suya, un rey sin reino; señor tan sólo de la propiedad de mi padre. Supongo que no me negarán eso. ¿Querrás ser una reina sin país, Melora, amor mío?

Ella le sonrió y a él le pareció que el sol matinal no brillaba tanto como sus ojos. Bard llamó a Varzil.

-Después de atender a los heridos, hay un pacto que debo jurar y una alianza pendiente -dijo con una sonrisa. Luego se volvió hacia Melora y la besó en los labios-. Y una reina por coronar -concluyó.